







✓  
**EMETERIO S. SANTOVENIA**

# **UN DIA COMO HOY**

## **366**

**FECHAS EN LA  
HISTORIA DE CUBA**



**EDITORIAL TROPICO**

**LA HABANA**

**1946**

NO CIRCULANTE





NACIONAL DE CUBA  
BIBLIOTECA

Fecha: MAR 1955

No. \_\_\_\_\_

Comprado a \_\_\_\_\_

Precio \_\_\_\_\_

Canje Banco nac. de Cuba  
#9629

Fecha: 18/5/64

ES PROPIEDAD.  
Copyright, 1946, by  
Emeterio S. Santovenia.

PROCEDENCIA	<u>Tondo Antiguo</u>
<u>H51411</u>	<u>\$2.00</u>
FECHA	<u>9-10-18</u>

Referencia  
9-0528  
San  
U

PRINTED IN CUBA

Seoane, Fernández y Cía., Impresores, Compostela 661, La Habana.



## PREFACIO

*Las páginas que van a continuación de las presentes líneas recogen, día por día, siguiendo las fechas de un año bisiesto, expresiones de la vida cubana a lo largo de más de cuatro siglos, desde la época de Cristóbal Colón hasta nuestra era republicana. Trescientos sesenta y seis sucesos notables de nuestra historia aparecen exhibidos en este volumen. Disímiles actividades y hechos humanos, con alguno que otro ajeno a la voluntad o a la intervención del hombre, son estudiados aquí, aunque someramente, por el valor o la significación que tienen como factores del desarrollo políticosocial de nuestra Antilla.*

*Estas páginas, en la diversidad de su contenido y dentro de lo que permite su naturaleza, enfocan lo esencial del proceso histórico de Cuba. Cuando he encontrado más de un acontecimiento o de una circunstancia en un día, lo que ha sido frecuente, he procurado elegir lo de mayor relieve. He querido satisfacer el propósito de señalar los hitos de los periodos de formación y de creación que han posibilitado los progresos humanos en esta insula, a tantas y tan graves vicisitudes sujeta en el curso de las edades.*

*Fácil será al lector advertir mi inclinación a exponer con sencillez y claridad lo que recuerda y contiene Un día como hoy. He cuidado de escribirlo con toda la claridad y toda la sencillez de que he podido disponer en una obligada y persistente síntesis.*

*Una pretensión acompaña al presente empeño: la pretensión de que este libro resulte útil. Lo he compuesto con la mira de que sea usado con provecho por los deseosos o necesitados de estudiar lo que Cuba ha sido como medio idóneo para comprender lo que es y lo que puede ser. Lo publico con la esperanza de que mi idea no quede reducida a vana ilusión.*



ENERO

1

1899

## CAMBIO DE SOBERANIA

La transmutación fundamental del régimen político de Cuba a fines del siglo XIX fué producto de dos fuerzas: una negativa, constituida por los graves errores del sistema colonial hispánico, y otra positiva, derivada de la marcha ascendente de todo pueblo civilizado. Tres hombres preeminentes, el cubano José Antonio Saco, el español Juan Prim y el francés Paul Leroy-Beaulieu, predijeron, en el tercer cuarto de la décima nona de las centurias cristianas, la evolución de esta Antilla hacia su emancipación. Saco advirtió que o España concedía a Cuba derechos políticos o Cuba se perdería para España. Prim opinó que, habiendo llegado para Cuba el tiempo de gobernarse por sí misma, su separación de España resultaría inevitable. Leroy-Beaulieu anunció que no finalizaría el siglo XIX sin que la Isla conquistase su independencia.

La intervención de los Estados Unidos de América en la guerra entre Cuba y España desvió el curso de los acontecimientos históricos de que la Isla era teatro. Por efecto del protocolo de paz firmado en Wáshington en 12 de agosto de 1898 y del tratado concluído en París en 10 de diciembre del mismo año, España debía abandonar todo derecho dominico sobre Cuba sin que Cuba entrase en el goce de la soberanía internacional: la Isla dejaba de ser una colonia de España para quedar bajo la autoridad del gobierno de los Estados Unidos. Y el 1º de enero de 1899 fué el día designado para llevar a efecto el cambio de banderas y la transmisión de poderes en Cuba.

En la residencia del Capitán General, frente a la Plaza de Armas, se hallaba Adolfo Jiménez Castellanos, a quien la suerte había impuesto el grave deber de hacer entrega de los poderes que España había tenido en la Isla durante

casi cuatro siglos. Y era aquél el lugar escogido para realizar la ceremonia de la trasmisión. Poco antes de las doce del día 1º de enero de 1899 llegó a Palacio John R. Brooke, general del ejército de los Estados Unidos, seguido de algunos colegas suyos norteamericanos y cubanos. Al empezar a sonar la hora de mediodía se inició con notoria rapidez el movimiento de tropas españolas que quedaban en La Habana hacia los barcos surtos en el puerto que las conducirían a la Península. Salvas de cañones saludaron el descenso de la bandera de España y la aparición de la de los Estados Unidos. Profunda emoción agitaba los corazones de cuantos fueron actores y testigos de lo externo de una mudanza tan esencial.

En Palacio la ceremonia de trasmisión de poderes revistió caracteres imponentes. Jiménez Castellanos, bajo el peso inmenso que el acto significaba, declaró que dejaba de existir en aquel momento —las doce horas del 1º de enero de 1899— la soberanía de España en Cuba y empezaba la de los Estados Unidos y que él era el primero en obedecer las órdenes de su sucesor. Este, John R. Brooke, fué breve y cordial en sus palabras: aceptó el grande encargo de asumir la gobernación de la Isla en nombre de los Estados Unidos y deseó a Jiménez Castellanos y a los valientes que lo acompañaban un feliz regreso a sus hogares y la protección del Cielo en todas partes. Inmediatamente después de este cambio de altas expresiones, de hecho tanto como de derecho Cuba cesó de ser posesión de España y entró en el período de transición que era la administración militar de los Estados Unidos, llamada a desembocar en el advenimiento de la plena independencia patria.



ENERO

2

1897

## ACCION DE SANTA TERESA

Los hombres que rodeaban sobre el campo de la lucha sangrienta al mayor general Máximo Gómez tuvieron que ser decididos y abnegados frente al peligro. En las contiendas a mano armada el arrojo y la valentía acompañaron a Máximo Gómez y los suyos. Eran días de sacrificio generador de gloria, y al primer toque del clarín bélico los soldados de la libertad corrían a combatir con denuedo. La voz de la patria en aflicción retumbaba de monte en monte y se esparcía de llano en llano, y los hijos dignos la escuchaban con pasión y decoro, para satisfacer sus deberes cívicos.

Al entrar en el año de 1897 se hallaban cerca del General en Jefe del Ejército Libertador, entre otros muchos libertadores de buena ley, Enrique Loynaz del Castillo, Bernabé Boza, José Miguel Gómez y Tello Sánchez. Con estos servidores de Cuba, a presencia del Consejo de Gobierno de la República, el Generalísimo provocó el día 2 de enero de 1897, en las inmediaciones de Arroyo Blanco, la acción de Santa Teresa. Aún no habían podido comenzar a cicatrizar las heridas que en el corazón infirió al hombre de Palo Seco la caída en San Pedro de su hijo, el noble y pundonoroso ayudante del general Antonio Maceo, cuando el enemigo le ofreció la oportunidad propicia para mostrar que el cubano se mantenía, vigoroso y agresivo, en su puesto de honor. El choque de Santa Teresa, aunque de relativa importancia, enseñó, en efecto, cómo el espíritu de la Revolución y el brazo de sus defensores se alzaban de igual suerte que en los mejores días de la inmortal campaña de la Invasión.

El Generalísimo supo que se acercaba una columna española comandada por el general Luque y conduc-

tora de un convoy destinado a Arroyo Blanco, y dispuso al amanecer del 2 de enero que el general Avelino Rosas, el teniente coronel Enrique Loynaz del Castillo y el comandante Francisco Díaz Silveira ocupasen posiciones con núcleos importantes. El teniente coronel Tello Sánchez también se aprestó a batir al adversario. El general José Miguel Gómez, con su escolta y fuerzas de *Taguasco* y *Martí*, sin tardanza inició la polémica. Situado el General en Jefe, con el Estado Mayor, su escolta y los regimientos *González* y *Expedicionario*, en orden de lucha, no llegó a trabarla, puesto que Luque, continuando su marcha, no abandonó el convoy ni se separó del camino. Pero no ocurrió lo mismo respecto de los demás jefes, que hostilizaron eficazmente al enemigo.

En La Concepción, San Felipe, San Manuel y Santa Teresa, oponiéndose a la marcha de la columna enemiga, Rosas, Loynaz, Díaz Silveira, Tello Sánchez y José Miguel Gómez se batieron con denuedo. Luque juzgó que sumaban unos mil quinientos hombres los libertadores que le presentaron resistencia. Mas cuando la acometida insurrecta revistió mayor ímpetu fué al dirigirla José Miguel Gómez, que resultó herido, al igual que su ayudante Tomás Armstrong y Mac-Mahon. Los españoles tuvieron dos muertos —uno de ellos fué el capitán de guerrilla Federico Alvarez—, trece heridos de consideración y cuatro contusos. Las bajas cubanas —en el parte español calculadas en un centenar— consistieron en un muerto y diez heridos, además del general José Miguel Gómez y su edecán. El caudillo espirituario fué en seguida, a virtud de este hecho de armas, promovido a general de división.



ENERO

3

1896

## LA INVASION EN LA HABANA

Con la llegada del año de 1896 coincidió la entrada de la columna invasora en la provincia de La Habana. Quedaba atrás, con todas sus glorias inmarcesibles para la historia de la Revolución, 1895. El siguiente, ya iniciado, reservaba a la causa por los patriotas defendida novedades de muy diversa índole. Aunque se vislumbraba el buen suceso de la grande obra en ejecución, habría sido pueril suponer que no sobrevendrían adversidades irreparables.

En el primer día de 1896 la hueste invasora vivaqueó en Bagáez, en las inmediaciones de Nueva Paz. Estaban los soldados orientales en territorio de La Habana. La proeza anhelada iba aproximándose a su final realización. Por regiones de Camagüey, de Las Villas y de Matanzas había avanzado la columna libertadora organizada en el corazón mismo de Santiago de Cuba. Ya comenzaba a señalar de manera ostensible y ruidosa su paso por La Habana. ¿Era a juicio de las autoridades españolas visión engañosa o realidad asoladora todo aquello? ¿Podía por ventura el cubano abrigar dudas acerca del éxito dichoso del plan ideado por los supremos jefes del Ejército Libertador? La elocuencia de los acontecimientos resultaba demasiado clara para no ver cómo se desarrollaría completamente la jornada redentora.

El 2 de enero de 1896 las huestas revolucionarias, con Máximo Gómez y Antonio Maceo a la cabeza, levantaron el campamento de Bagáez y se acercaron a Güines, después de pasar a tiro de fusil por Nueva Paz. Pernoctó el Cuartel General en una colonia del ingenio *Providencia*. Allí supieron Maceo y Gómez que la brigada enemiga de García Navarro había estado horas antes en la propia finca. García Navarro venía alimentando la idea

de mandar la vanguardia de las fuerzas españolas encargadas de exterminar a los insurrectos capitaneados por los dos jefes principales de la Revolución, y, puesto al habla con su colega Aldecoa y de acuerdo con la Capitania General, se dispuso en seguida a satisfacer sus ansias.

Casi simultáneamente se movieron ambos adversarios el 3 de enero de 1896, la fecha que pareció escogida para que pusiese el cubano de manifiesto su desenfado y su pujanza en la provincia de La Habana. Se situó García Navarro en el observatorio del central *Teresa* en tanto el invasor pasaba por los trampales del Mayabeque, ganando ventajas y laureles a través de la campaña de Güines. Pero los ímpetus del jefe enemigo, del hombre ganoso de entorpecer el avance de las huestes libertadoras, no alcanzaron siquiera el grado de verdadera tentativa. ¿Reprimieron su amenazante actitud la bizarria y la decisión de los patriotas? Indudablemente, sí.

El caso de Matanzas, desfilando Maceo por Colón a la vista de Martínez de Campos, se reproducía en La Habana con escasa diferencia. La marcha a presencia de García Navarro demostró el 3 de enero de 1896 que la Revolución se adueñaba de los campos próximos a la capital de la Isla. Quedó así burlado el jefe español. Mas, como si no hubiera bastado tamaño alarde de actividad por parte de los libertadores, el propio 3 de enero de 1896, inmediatamente después de la felicísima correría por las márgenes del Mayabeque, fueron el caserío de Guara y el pueblo de Melena del Sur ocupados a discreción por destacamentos de la columna insurrecta. Los esfuerzos realizados en tales horas eran bastantes para poner de nuevo espanto en los defensores de la soberanía de España en Cuba.



ENERO

4

1896

## TOMA DE GÜIRA DE MELENA

¿Qué había ocurrido en el pueblo de Güira de Melena en la segunda mitad del día 4 de enero de 1896? ¿Cómo llegaron a la presencia del mayor general Máximo Gómez los voluntarios españoles que aquella tarde se hallaban ante el caudillo? Algo inusitado acababa de suceder en Güira de Melena. Los servidores de la Colonia a quienes Máximo Gómez observaba de cerca no estaban allí de buen grado. Güira de Melena había caído en poder de las huestes invasoras, y el Lugarteniente General del Ejército Libertador, apenas rendidos los defensores de la plaza, mandó que los condujesen al lugar donde se encontraba el General en Jefe, a fin de que decidiera sobre la suerte de los prisioneros, a quienes Gómez arengó así:

"¡Españoles!: si se invirtieran los papeles y ustedes fueran los vencedores, ni uno solo de nosotros quedaría con vida para contar el suceso; pero somos nosotros, los cubanos, los que triunfamos, y ni Antonio Maceo ni yo sabemos matar prisioneros de guerra. Ambos respetamos como se debe al enemigo, y esto es siempre más digno de consideración cuando, como ustedes, se es valiente. Así, pues, españoles, quedan ustedes en completa libertad, a pesar de haber hecho derramar sangre nuestra por una mal entendida defensa de sus intereses. Advértanles a sus compañeros, los comerciantes españoles, que el gran Ejército Libertador Cubano respetará en sus personas e intereses a los que acaten y respeten nuestra Revolución, pero a los que le hagan frente los arrollará con sus briosos corceles y les cruzará por encima!"

Había quedado consumada una de las brillantes acciones de la campaña invasora. Los libertadores tomaron el 4 de enero de 1896 rumbo hacia la línea férrea del

Oeste, y a la una de la tarde avistaban el pueblo de Güira de Melena. Maceo se mostró en seguida partidario de tomar la plaza divisada. Gómez, por el contrario, se oponía al asalto, que consideraba infructuoso. Mas el Lugarteniente, aduciendo la poderosa razón de que era indispensable el desarme de los voluntarios y cargando con la responsabilidad del acontecimiento, "adoptó todas las medidas que creyó oportunas para que la plaza fuera capturada si el comandante militar no aceptaba buena-mente su capitulación". El choque se hizo inevitable. Se hallaban frente a frente la resistencia de los servidores de la Colonia y la acometividad de los defensores de la República.

En medio del estruendo de la fusilería, de los gritos angustiosos del vecindario atacado, de las exclamaciones airadas de los asaltantes y del sonido estrepitoso producido por las llamas devoradoras, los defensores de la plaza pidieron parlamento. Se rindió el destacamento sin más tardanza al capitán Manuel Aranda. El botín por el invasor cogido en Güira de Melena consistió en trescientas armas, diez mil cartuchos, cien mil pesos en metálico y las existencias de que se hallaban abarrotados los comercios de la población. Fué entonces, mientras se celebraban el asalto y la toma de la plaza mediante un metódico saqueo, cuando Antonio Maceo ordenó llevar a la presencia de Máximo Gómez a los prisioneros a quienes en la segunda mitad del 4 de enero de 1896 arengó el Generalísimo.





## CAYO HUESO

José Martí pasó la última semana de 1891 sustraído a toda relación social y política. La dolencia con que llegó a Cayo Hueso en 25 de diciembre fué recrudeciéndose de manera tal que el doctor Eligio Palma decidió prohibir la entrada en la estancia del enfermo. Estos días resultaron enojosos, lo mismo que para Martí, que se veía privado de toda actividad, para los cubanos que integraban el núcleo anheloso de recibir las inspiraciones del pensador y de seguir las orientaciones por él señaladas. El 1º de enero de 1892, felizmente, el facultativo declaró restablecido al predicador de la buena doctrina, y el regocijo y la fe se reflejaron en los rostros de los patriotas.

"Cayo Hueso —escribió Gerardo Castellanos García— tomó carácter de gran jubileo. Todo en torno de Martí: cada club y cada sociedad aspirando a hacerle demostración extraordinaria de su regocijo. Parecía increíble que el misionero tuviera fuerzas físicas para soportar tanto agobio que, aunque cariñoso, era capaz de vencer a un titán. Dijérase que Martí no sentía el cansancio, porque siempre estaba ágil y sonriente, platicador con todos y cada uno de los que le rodeaban."

Para la colonia cubana fué motivo de intenso alborozo la vuelta de Martí a la vida de constante afán. El mismo 1º de enero pudo el prócer considerar cómo aquel pedazo espiritual de la patria subyugada veía en él un salvador del ideal de la redención. Todos apreciaron, desde luego o al cabo de oírlo una vez tan sólo, la excelsitud de su alma, la nobleza de su corazón y la potencia de su cerebro. Amigos y devotos de atrás y admiradores de los momentos que corrían se disputaban la gracia y el honor de tratarlo, de recoger los destellos de su preclara inteli-

gencia. ¿Cómo no había de triunfar hasta de la adversidad quien con tales armas y de tal manera combatía en provecho de Cuba?

El comité gestor, integrado por Angel Peláez, Gualterio García, Frank E. Bolio, Aurelio C. Rodríguez, José G. Pompey y Genaro Hernández, no tardó en ver coronado por el éxito feliz sus aspiraciones y anhelos. En el acta levantada en Cayo Hueso el 5 de enero de 1892 quedó condensada la común ansia de Martí y de aquellos animosos seguidores suyos. Nunca tuvo la patria servidores más leales y desinteresados. Fueron ellos quienes, bajo la dulce inspiración del buen maestro y con la honra de su compañía, consolidaron la gestación de los principios de justicia y redención de que se había hablado tan ardorosamente en Tampa en noviembre del año que acababa de expirar. El 5 de enero de 1892, exaltado por ocurrencia de tanta significación, pasaba a ser una fecha notable en los afanes del patriotismo por dar a Cuba libertad y justicia.



ENERO

6

1875

## INVASION DE LAS VILLAS

Los esfuerzos de los coroneles Francisco Jiménez y Francisco Carrillo por sostener la guerra en el territorio de Las Villas no resultaban infructuosos al iniciarse el año de 1875. En Los Charcos, Sancti Spíritus y otros lugares triunfaron las armas cubanas. Por los españoles llegó a creerse que los elementos revolucionarios que operaban por Las Villas componían gruesas columnas, cuando era lo cierto que las partidas de Jiménez y Carrillo no sumaban más de ciento veinte hombres, a los que había que agregar tan sólo otros pequeños núcleos. No estaba el insurrecto en situación desesperada en la tierra de Miguel Jerónimo Gutiérrez, Eduardo Machado y Antonio Lorda, pero necesitaba refuerzos si quería poner en grande aprieto a Gutiérrez de la Concha y sus conmlitones.

En semejantes momentos, de una significación singular para la Revolución, se decidió el general Máximo Gómez a pasar la trocha de Júcaro a Morón después de discutir esa determinación ampliamente en junta de jefes y oficiales celebrada en Ciego de Escobar. Los patriotas comprendían que, aniquilada la riqueza y agotada la gente para el reclutamiento en Oriente y Camagüey, era necesario y urgente ampliar su esfera de acción hasta el territorio de Las Villas por lo menos. El propio Gómez, detenido por empeños como los representados por los combates de Naranjo y Las Guásimas, alimentaba aquella idea desde principios de 1874. Era cierto que luego, cuando la mayoría lo constreñía a que llevase a cabo sin dilación el plan concebido, vio aún serios inconvenientes y peligros. Pero estaba resuelto a arrostrar las consecuencias de su determinación, y en la noche del 5 de enero estudió la forma en que había de efectuarse la riesgosa marcha. La atre-

vida jornada fué consumada en la mañana del 6 de enero de 1875. Con seiscientos infantes y trescientos jinetes, a despecho del fuego de los fuertes de la Trocha, el general Gómez burló la famosa barrera levantada en tierra de Camagüey. En los instantes en que, enardecido por el éxito brillantísimo de la operación, lanzaba al aire un grito de *¡Viva Cuba!*, una bala lo hirió en la garganta, "cortándole la palabra y llenando de consternación a los que lo seguían". Mas el percance revistió escasa importancia, y fué el caudillo mismo quien desde Juan Criollo comunicó al gobierno revolucionario el hecho de haberse iniciado la invasión de Las Villas, a cuyos hijos no tardó en dirigir una vibrante proclama.

El Presidente de la República, Salvador Cisneros y Betancourt, se dirigió asimismo a los villareños. Los conminó para que se levantasen de la postración en que yacían, azotasen con sus cadenas el rostro de los opresores y no aguardasen con criminal egoísmo a que sus hermanos les proporcionaran la libertad.

Los españoles, ante el ruidoso triunfo alcanzado por el general Máximo Gómez, cayeron en el mayor desconcierto. El brigadier Acosta y Albear atribuyó el fracaso de la Trocha a causas quizá provenientes de la Capitanía General, y quien a la sazón la ocupaba, el marqués de la Habana, no tuvo empacho en dirigir graves inculpaciones al propio Acosta y Albear. La Revolución, con la entrada de Gómez en Las Villas, se anotó una indiscutible victoria, puso a sus enemigos en confusión y se preparó a realizar nuevas hazañas.



ENERO

7

1896

## MACEO A LAS PUERTAS DE PINAR DEL RÍO

Máximo Gómez y Antonio Maceo se separaron inmediatamente después de sostener en el campamento de Baracoa la conferencia en que convinieron un nuevo plan de campaña. El 7 de enero de 1896 el Lugarteniente realizó labor útil. El Generalísimo debía sostenerse en La Habana para imprimir energía y eficacia a la acción de los libertadores y correrse luego a la frontera de Las Villas a fin de asegurar en Matanzas los progresos de la Invasión, y se ocupó en establecer la primera base de operaciones de la Provincia. Su segundo se aprestó a situarse a las puertas de Pinar del Río.

Maceo se dirigió en la mañana del 7 de enero al Noroeste de la capital de la Isla, "para situarse sobre la raya divisoria de las dos regiones occidentales, con el doble objeto de explorar el campo de Pinar del Río, reconocer el paso angosto de Mariel, que se consideraba infranqueable para las huestes invasoras, y ver de qué modo burlaba la vigilancia del enemigo". Aunque en la noche de aquel día las huestes del Lugarteniente, en suma mil quinientos sesenta, pernoctaron en las inmediaciones de Hoyo Colorado, ya quedaban reconocidos el central *Lucia* y el poblado de Banes, lugares entonces de la provincia de Pinar del Río. El caudillo se encontraba ansioso de proporcionar a La Habana alguna sorpresa antes de dirigirse definitivamente al Poniente del país, pero tan atrevido designio tropezaba con dificultades.

Maceo examinó la línea divisoria de La Habana y Pinar del Río. Próxima se hallaba la hora en que el invasor emprendería su más famosa serie de marchas. La Habana quedaba no sólo recorrida por las huestes libertadoras, que operaciones tan brillantísimas habían ejecu-

tado, sino también bajo la férrea tutela del General en Jefe. A la vista del Lugarteniente, colocado en la raya de Vuelta Abajo, se extendía la Cordillera de los Organos. Estaba Maceo a las puertas de Pinar del Río.

La bandera patria iba, al fin, a flotar sobre la región occidental. Vuelta Abajo había sido hasta entonces maltratada por la suerte, obstinada en aniquilar los brotes de libertad en el suelo pinareño. Los colaboradores con que allí contaron la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar y la llamada de Vuelta Abajo vieron fracasados todos sus planes. La última de las expediciones del general Narciso López hizo de la región occidental nuevo camino del Calvario, al cabo del cual sucumbió el infortunado alterador. Durante la guerra de los Diez Años los hombres y las cosas de la tierra de Cirilo Villaverde apenas cambiaron. Mas al tiempo de fructificar la simiente esparcida por Martí y sus compañeros y discípulos, al tiempo en que el héroe oriental se disponía a avanzar por la campaña vueltabajera, el derecho del cubano a regirse a sí propio encontraría propicio el suelo productor del mejor tabaco del Mundo.



ENERO

8

1896

## LA INVASION EN VUELTA ABAJO

—General: he oído decir a los del cónclave autonomista que si usted pasaba el estrecho de Mariel sería más grande que Anibal.

—Yo no sé dónde está esa angostura de las tormentas, pero deme mañana por situado en Pinar del Río.

El diálogo había sido breve, brevísimo, pero expresivo hasta no más. Apenas fueron algunas otras las palabras de despedida cruzadas el 8 de enero de 1896 entre Perfecto Lacoste y Antonio Maceo. Era un singular cambio de impresiones. Ambos personajes resultaban en aquella hora histórica eximios servidores de Cuba. Lacoste estaba ofreciendo prueba plena de su amor a la independencia y a las libertades patrias. Ni su concurso personal, con el de la ejemplar compañera de sus días, regateó a la Revolución, arrostrando el doble peligro de las balas y la inquina españolas. Maceo —de antemano lo reconocían sus adversarios— iba a poner fuera de toda duda su condición de gran capitán, título extraordinario conquistado en defensa del suelo nativo.

Seguro se hallaba el Lugarteniente de que no le fallarían los cálculos en que se basó para anunciar a Lacoste su próxima entrada en territorio pinareño. Aún anduvo corto el caudillo en su aseveración. No fué menester aguardar al día siguiente para ver satisfecha su categórica esperanza. La jornada del 8 de enero de 1896, iniciada marcialmente bajo la metralla española, quedó rendida en suelo de Pinar del Río. La columna invasora, penetrando en la región occidental tenida por baluarte inexpugnable de los servidores de la Colonia, consumaba una proeza más y ponía otra vez al descubierto la impotencia irremediable de los enemigos de la República.

Los hechos que iban a desarrollarse inmediatamente

eran los encargados de mostrar cuán caprichosos e injustos resultaban a un tiempo los vaticinios de los integristas que contaban con la adhesión absoluta de Vuelta Abajo y los temores y recelos abrigados por los patriotas que ignoraban que era iluminada desde mucho antes la conciencia de los pinareños. Las predicaciones de Martí habían tenido magníficos y eficaces instrumentos en las comarcas del poniente cubano. Hombres y mujeres vivían en la campaña vueltabajera poco menos que consagrados a esparcir la simiente de la redención. Los acontecimientos guerreros casi once meses atrás iniciados en la tierra oriental invitaban de continuo y con buen éxito a sentir hondo y pensar alto, fija la vista en la salud de Cuba, en el nacimiento de la República, en el imperio de la justicia. Cuando sólo faltaba el esfuerzo superior capaz de proporcionar vigor y unidad a las ansias patrióticas de los occidentales, en el instante en que llegaban a su colmo los anhelos de estos servidores de la Revolución, Maceo, el conductor de la Invasión, penetró en Pinar del Río con el título, que sus enemigos le adjudicaron, de nuevo Aníbal.



ENERO

9

1517

## ARMAS Y DIVISAS PARA CUBA

El funcionamiento de los órganos institucionales introducidos en Cuba al ser ocupado su territorio por los castellanos reafirmó la existencia de la Colonia. No bastaban las intenciones regias para asegurar el progreso cristiano del país. En consecuencia, adivinaron los resortes morales y jurídicos capaces de completar la acción de aquellos factores. El gobierno de la Isla, el régimen municipal, los procuradores, la legislación, la administración de justicia y la iglesia católica eran suficientes para que la presencia de los colonizadores españoles en Cuba no se redujese a un suceso insustancial y transitorio.

La Colonia se consolidaba. Fernando el Católico se dió por enterado de ello. Comunicó a Velázquez sus parabienes y algunos consejos. Estimuló al Gobernador a continuar sirviendo como hasta allí y mejor aún, si se podía. Le prometió mercedes. Juzgaba buena la disposición de las villas fundadas y excelente el trabajo de los seguidores de Velázquez. Ya consideraba firme en la Isla su señorío, enderezado a doctrinar a los indios en la fe católica y a sacar provechos de su suelo y subsuelo.

El monarca español examinó el cuadro de la situación de Cuba. Estimó llegado el momento de variarle su nombre, por parecerle que el que tenía estaba fuera de propósito. Colón denominó Juana a la tierra que despertó su admiración. Pero lo de Juana se perdió en el curso de algunos años. Advino la conquista. Cuando el Rey la estimó consumada y decidió dar a la Isla un nombre que guardase armonía con su nuevo rango, le puso Fernandina. Una real cédula hizo saber a Velázquez el cambio de nombre de Cuba por el de Fernandina. Fernandina re-

NO CIRCULANTE



cordaba al Soberano, que de esta manera se rindió homenaje a sí propio.

El nuevo nombre de la Isla fué seguido de otros adornos dedicados a la Colonia. Muerto Fernando el Católico, su hija y su nieto, Juana la Loca y Carlos, por cédula de 9 de enero de 1517, concedieron a la isla Fernandina, que antes solía llamarse Cuba, armas y divisas para que las pusiese en sus pendones, sellos y demás cosas y partes donde fueran necesarias. Todos los funcionarios reales, toda la nobleza hispánica y todos los vasallos esparcidos por las tierras de Indias debían guardar y cumplir la gracia conferida a la isla Fernandina. La providencia emanaba del trono español a instancias de los procuradores Pánfilo de Narváez y Antonio Velázquez. Tendía a crear un prestigio más para el país.

Aquello de isla Fernandina, que antes solía llamarse Cuba, no perduraría ni en los papeles oficiales. La fuerza de una costumbre adquirida en la época de la ocupación del país por los súbditos de los Reyes Católicos fué superior a la prescripción de carácter legal proveniente de uno de estos monarcas. La denominación de Cuba acompañó a la de Fernandina al principio y la excluyó después. En definitiva, se impuso. La organización de la Colonia, que había comenzado bajo el nombre de Cuba, salió de su etapa inicial sin desterrar ni abolir en la práctica lo que era herencia del lenguaje de las primeras culturas que desfilaron por la Isla.



ENERO

10

1896

## PROGRESOS DE LA INVASION

Antonio Maceo se contentó con vivaquear el 8 de enero de 1896 en territorio de Pinar del Río. Era sábado, y en verdad no pudo haber rendido mejor la tarea de la semana. Sin embargo, marchaba pesaroso hacia los confines del Poniente, pues no llevaba consigo la gloria apetecida de dejar alarmada La Habana con un golpe de mano. Necesitaba el caudillo de grandes novedades en Vuelta Abajo para sacudir la contrariedad experimentada y aleccionar una vez más al enemigo. Pero ¿no estaba ya en la región occidental? El famoso campeón quería aún algo de mayor notoriedad.

La marcha de la Invasión quedó reanudada el 9 de enero. Comenzaba entonces la campaña de Pinar del Río. Cruzó el caudillo la carretera de Guanajay a Mariel. Pudieron entonces todos admirar la sorprendente vegetación de la zona de Quiebra Hacha y Cabañas, sin duda una de las más fértiles de Cuba. Aquella situación topográfica era para Maceo positivamente inspiradora. A un lado se alzaban a la vista del prócer las abruptas montañas de Guaniguanico. Y, vuelta de cara, se extendía ante él, como incitándolo a ventajosas correrías, la campiña hasta el mar mismo. Maceo avanzó a través del país, impuso el cumplimiento del acuerdo prohibitivo de la molienda de caña, sostuvo escaramuzas con las vanguardias de Échagüe y Suárez Valdés e hizo que fuerzas cubanas pernотaran la noche del 9 al 10 de enero en Cabañas, después de tomar la plaza, con un botín de doscientas armas, quince mil cartuchos, equipos, medicamentos y prendas de vestir y calzar.

La toma de Cabañas contribuyó de manera efectiva a deparar suma importancia a la entrada de la Invasión en el territorio de Pinar del Río. Pero, como para demostrar

que se mantenía sobre la marcha, Maceo reanudó el avance en las primeras horas de la mañana del 10 de enero de 1896. Contaba ya con el concurso de Pedro Delgado, que, recién incorporado al contingente oriental y conocedor perfecto de la zona, llegó en ocasión oportuna para prestar señalados servicios. Internado por la tierra pinareña, el Lugarteniente se halló pronto a la vista de San Diego de Núñez, la cuna de Cirilo Villaverde. Este pueblo se rindió a discreción apenas intimado para ello. No podía caber la menor duda acerca de la eficacia de las operaciones iniciadas por Maceo en las comarcas occidentales: los pasos andados el 10 de enero de 1896 ponían fuera de toda duda o sospecha el éxito brillantísimo con que había de quedar rematada la ruta de la invasión libertadora.

¿Estaba el pueblo vueltabajero dormido o impasible o, por el contrario, dió en seguida muestras de su preparación patriótica? Semejante interrogación fué contestada el propio 10 de enero de 1896, no con huecas y vanas palabras, sino con hechos realizados por hijos de Occidente. Pudo con razón decirse que a la luz del fuego sostenido en Cabañas los patriotas de Bahía Honda y lugares comarcanos se sumaron a la demanda emancipadora, y, merced a ello, el 10 de enero, en el camino de San Diego de Núñez a Bahía Honda, se incorporaron a la columna de Maceo las fuerzas organizadas por Carlos Socarrás y Modesto Gómez Rubio. Socarrás era el hombre entero que aguardaba, internado en la serranía, la hora de la redención. Gómez Rubio, propietario y médico de Guane e hijo de Isabel Rubio y Díaz, resultaba algo así como una avanzada del esfuerzo que los cubanos del extremo occidental se aprestaban a realizar en pro de la independencia patria.



ENERO

11

1521

## ALONSO ZUAZO

La política de expansión exterior a que Diego Velázquez dedicó muchas de sus actividades desde 1517 quebrantó su prestigio. El alzamiento de Hernán Cortés con la escuadrilla destinada a México empezó a socavar la reputación del hombre cuyo crédito descansaba en la obra desarrollada en Cuba. Era el conquistador y rector de la colonización de la Isla, donde robusteció su fama de buen poblador, no obstante sus yerros, injusticias y ambiciones. Su fortuna se desvió. Los signos de la desgracia amargaron los últimos años de su existencia. Desamparos fuera de Cuba y agravios en el seno de la Isla acentuaron sus congojas.

En concordancia con la pugna provocada por Cortés, Diego Colón importunó a Velázquez. El Almirante recordó su superioridad jerárquica al Adelantado. Dió a Alonso Zuazo el encargo de residenciarlo. Este juez llegó a Santiago de Cuba y asumió la gobernación de la Isla en 11 de enero de 1521.

Zuazo cedió el paso a graves irregularidades. Reemplazó interinamente a Velázquez, pero se abstuvo de enjuiciarlo. El Adelantado continuó en el ejercicio de las funciones de alcaide de Baracoa, capitán a guerra y repartidor de indios. En esto Zuazo compitió con Velázquez. Desposeyó de sus encomiendas a distintos pobladores. Los persiguió. Se apropió del servicio y fruto de muchos cobrizos, de los que en definitiva se vió privado por voluntad del Rey. Tales anomalías fueron agravadas por las rebeldías y los suicidios de los aborígenes y los excesos de Vasco Porcallo de Figueroa.

Contra la iniciativa de Colón y la tarea de Zuazo se pronunció Carlos I. Una provisión de 10 de septiembre de 1521 mandó a Zuazo que paralizase la residencia, por-

que ni el Almirante podía nombrar pesquisidores para seguir procesos a gobernadores, lo que estaba reservado al Rey, ni poseía capacidad legal para instruir autos de esa laya quien, como Zuazo, se hallaba sujeto a enjuiciamiento. En Santiago de Cuba se presentaron los oídores Juan Ortiz de Matienzo y Marcelo de Villalobos, quienes absolviéron a Zuazo, restituyeron a Velázquez el lleno de sus facultades y castigaron suavemente, con un ligero arresto y una multa, los crímenes de Porcallo.

La Colonia estaba perturbada. En España se consideró la posibilidad de que Velázquez se ausentase del país y se preparó como sustituto temporal suyo a Gonzalo de Guzmán, regidor de Santiago de Cuba. La intolerancia llegaba a tanto que el Rey prescribió que no se opusiesen cortapisas a los habitantes de Indias que quisieran escribir e informar acerca del estado de ellas. Cuba se empobrecía en forma alarmante. Una real cédula mandó repartir entre los castellanos residentes en la Isla doscientos cincuenta mil maravedíes por vía de socorro, porque eran muchas sus penas y agudísima su penuria.



ENERO

12

1896

## LA JUSTICIA EN EL EJERCITO LIBERTADOR

El pensamiento maligno tan a menudo puesto en boca de un político célebre fué en la práctica repetido por la humanidad: "Calumnia, que algo queda." Esta máxima, atribuida a un solo mortal, fué por parte importantísima del resto de sus semejantes escuchada como voz del Cielo. En Cuba, durante las luchas por la redención patria, la calumnia se cebó a expensas de los que todo lo sacrificaban en defensa del derecho y de la justicia. Para sus enemigos, ciegos de odio y de ira, llegó a ser como un deber ineludible la falsa imputación de las mayores atrocidades a los soldados de la Revolución.

Mala afición fué aquélla. Muy lejos estuvo el cubano de ser instrumento de crímenes y depredaciones. Hubo casos repetidos en que se dejó probado que ni la República ni el Ejército mancillaban sus fastos omitiendo el castigo de delitos perpetrados por servidores suyos. Pocos días después de separarse en la provincia de La Habana los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, el 12 de enero de 1896, en la columna del primero se realizó un hecho represivo hasta no más. Un oficial y tres individuos de tropa fueron acusados de haber robado prendas de oro y piezas de vestir a una señora, y un consejo de guerra los juzgó y condenó a muerte. El General en Jefe aprobó la sentencia, y a las seis de la mañana del 12 de enero de 1896 quedaron pasados por las armas.

"Aquello fué —escribió en su *Diario de la Guerra* Bernabé Boza, testigo del suceso— un acto cruel, un tiroteo horrible y desgraciado. ¡Una página negra para la Historia! Para hacer un escarmiento bastaba una víctima,

pero ¡cuatro! ¡Ah, cómo le habrá quedado la conciencia al tribunal sentenciador!"

Pero la Revolución, velando por su buena fama y ganosa de desmentir las especies de continuo propaladas por sus enemigos, no buscaba víctimas propiciatorias, sino tendía a ser, aun con el carácter trashumante de sus instituciones, un poder guardador del orden social. La Ley Penal de Cuba libre respondía a tamaña finalidad. Sus prescripciones eran más severas que las del Código Penal español. La conducta de los jueces de la República en armas estaba, a mayor abundamiento, acorde con el pensamiento del legislador. Todo ello constituía una prueba más de la rectitud de las intenciones de los fundadores de la República.





## ALZAMIENTO EN REMATES DE GUANE

El pueblo vueltabajero no fué durante mucho tiempo juzgado debidamente desde el punto de vista patriótico. Se le atribuía tibieza, cuando no absoluta indiferencia, ante el magno problema de romper las cadenas de la esclavitud política. Se creía por cubanos que se preciaban de conocer el sentir de todo el país que allí no tendría eco el grito de independencia o muerte que de monte en monte y de llano en llano corría por las tierras orientales. No se tenía presente que Pinar del Río había carecido de oportunidades para mostrar sus inclinaciones en los primeros meses de la insurrección del 24 de febrero de 1895. Empeños como los realizados en San Juan y Martínez y en la capital de la Provincia cabalmente al tiempo de partir Antonio Maceo de Baraguá, en octubre de 1895, murieron al nacer por extemporáneos o prematuros.

No fué siquiera preciso que la columna invasora marchase a lo largo de la región para que los patriotas tomaran las armas. Cuando aún el Lugarteniente se encontraba por el Oriente de Vuelta Abajo, ya en el extremo occidental lucía desplegada la bandera de Cuba libre. Las gentes virtuosas en el amor al suelo nativo y a los derechos inalienables del hombre no necesitaron nunca ser espoleados para correr al campo de la lucha cruenta.

Fué el 13 de enero de 1896 el día escogido por los pinareños del extremo occidental para rebelarse con las armas en las manos contra la soberanía de España en Cuba. El fausto suceso ocurrió en el territorio ocupado en la división geográfica primitiva por el cacicazgo de Guanahacabibes, en la península del mismo nombre. El caserío de El Cayuco fué teatro de la actitud asumida por los que, con Manuel y Ramón Lazo y Policarpo Fajardo

a la cabeza, proclamaron la independencia patria e iniciaron la organización del primer escuadrón vueltabajero, el mismo que una semana después desfiló en Guane a presencia del Lugarteniente. La injusta leyenda de la indolencia patriótica de los occidentales comenzó a quedar completamente desmentida.

El alzamiento de los patriotas de Remates de Guane—el remate de la Cordillera de los Organos de que hablaban los regidores de San Cristóbal de la Habana del siglo XVI—no constituyó un suceso aislado. Casi toda la provincia de Pinar del Río se mostró propicia a secundar el movimiento liberador representado por la Invasión. Aquello era, ni más ni menos, lo presumido por Martí. El Apóstol había esperado de Vuelta Abajo una actitud bélica francamente favorable a la independencia. Así lo había escrito a Antonio Maceo. Y a Antonio Maceo tocó, como un privilegio digno de su preeminencia, recibir la prueba del fervor cívico de los hijos, de Pinar del Río.



ENERO

14

1574

## ORDENANZAS MUNICIPALES DE ALONSO DE CACERES

Una real cédula que pasó a ser la ley primera, título XXXI, libro II, de la *Recopilación de Leyes de los Reynos de Indias*, mandaba que los oidores de las Audiencias girasen visitas periódicas a todos los pueblos de su jurisdicción. Si en la ciudad o villa adonde el Juez de Residencia iba no existían ordenanzas o convenía modificar aquellas con que se contaba o hacer alguna nueva, debía procederse de concierto con lo que la razón aconsejase y dictara. La audiencia de Santo Domingo, conocedora de las controversias personales que en Cuba surgían a cada paso entre los ayuntamientos y los gobernadores y aun entre los mismos concejales, quiso aplicar el remedio previsto a los males tan de continuo observados. La Habana, por ejemplo, había sido testigo de las enojosas querellas en que se enfrascaron Gonzalo Pérez de Angulo y los capitulares.

Con el título de Visitador General proveniente de la audiencia de Santo Domingo, llegó a La Habana en las postrimerías del tercer cuarto del siglo XVI Alonso de Cáceres, oidor de aquel tribunal. Dos encargos trajo a Cuba Alonso de Cáceres: residenciar al gobernador Pedro Menéndez y a sus lugartenientes y organizar las corporaciones municipales mediante la redacción de los reglamentos o las ordenanzas pertinentes. Ambas tareas fueron despachadas por el Oidor con felicidad. Debíó de requerir la toma de residencia a Menéndez y sus subordinados menos esfuerzos que los demandados por el plan y la composición de las ordenanzas municipales que tomaron el nombre del docto juez, escritas para que se aplicaran no sólo a La Habana, sino también a la ciu-

dad de Santiago de Cuba, a las villas de Bayamo, Puerto Príncipe y Sancti Spíritus y a los demás lugares de la Isla.

El 14 de enero de 1574 pasó a ser una fecha señalada en la vida institucional de Cuba. Alonso de Cáceres terminó la redacción de las Ordenanzas Municipales, y el 14 de enero de 1574 las presentó en el cabildo de San Cristóbal de la Habana. La tramitación tuvo que revestir la seriedad que merecía. En ella intervinieron el gobernador Sancho Pardo Osorio, los alcaldes ordinarios Gerónimo de Rojas Avellaneda y Alonso Velázquez de Cuéllar y los regidores Diego López Durán, Juan Bautista de Rojas, Baltasar de Barreda, Antonio Recio y Rodrigo Carreño. Quedaron entonces aceptadas las Ordenanzas, como las fueron aceptando después todos los otros municipios de la Isla. Pudo sentirse satisfecho el oidor Alonso de Cáceres. Su obra estaba llamada a ser duradera y rica en consecuencias de índole varia.

La obra de Alonso de Cáceres —juicio emitido por el profesor Francisco Carrera y Jústiz— alcanzó el rango de monumento legislativo, muy superior a la época en que se produjo: dió forma a múltiples resoluciones dispersas, ofreciendo a los ayuntamientos cubanos una organización política perfectamente adecuada a las funciones de su ramo y una base cierta de criterio en el desenvolvimiento de sus iniciativas y actividades. Cáceres realizó labor meditada y juiciosa, y por espacio de tres siglos las instituciones locales de Cuba tuvieron vida y prestigio al calor de las inspiraciones condensadas en los ochenta y ocho artículos de las ordenanzas para el cabildo y regimiento de La Habana y demás villas y lugares de la Isla.



ENERO

15

1887

## UN DISCURSO DE MANUEL SANGUILY

Manuel Sanguily jamás dejó de combatir los excesos y miserias del régimen colonial en Cuba. Veinte años tenía cuando empezó a servir a la insurrección de 1868 con el esfuerzo de su brazo y los destellos de su talento. Ofreció entonces a la patria cuanto poseía, y allá, en los diez años de fatigosa y cruenta lucha contra la soberanía de España en Cuba, sacrificó casi todo el mejor período de su vida. Vuelto el país a la paz material proveniente del pacto de El Zanjón, desde aquel suceso hasta el de la insurrección de 1895 Manuel Sanguily supo ser en la tierra cubana encarnación de la rebeldía indomable. Como en la guerra blandiendo el machete, en la tregua iniciada en El Zanjón flageló con su palabra grandilocuente el poder de la vieja nación conquistadora. Una prueba fehaciente de ello fué su enérgico discurso sobre los elementos y caracteres de la política en Cuba, pronunciado la noche del 15 de enero de 1887 en el Círculo Liberal de Matanzas.

"De todas maneras —dijo aquella noche, entre otras muchas cosas, Manuel Sanguily—, es cierto, es positivo, que el ciudadano, el hombre político, goza en Cuba de personalidad jurídica; pero no así el hombre natural, el hombre real, producto de toda la civilización moderna; porque aquí el hombre, el ser humano y libre en el seno de la Naturaleza y del derecho contemporáneo, es anulado, apaleado como aquellos súbditos del ruso Iván, vilipendiado precipitadamente por quien tiene el deber de protegerlo, por el Estado, cuya única misión, cuya razón única de existir, es la defensa del individuo en todas las manifestaciones de su vida.

"Estamos gobernados, mandados, por descendientes

y herederos de quienes aprendieron en luengos siglos de guerra y de inquisición el desprecio más absoluto del derecho y de la vida humana.

"En una situación contradictoria y absurda como ésta pienso que debe ceñirse la actividad política a la esfera de la propaganda pacífica, en la obra de inculcar una doctrina; porque —tratándose de un partido que no es más frente al poder, esto es, a otro partido, que un sistema de ideas enfrente de otro sistema de ideas—, creo que lo más propio, acaso también eficaz, pero siempre seguramente digno, es la propaganda... Pero en defensa de la dignidad pisoteada, estoy seguro de que lo único indigno es la propaganda; pues en tales desordenadas situaciones, en que el derecho desaparece para el que lo ultraja y para el que lo pierde, no hay más remedio que oponer la fuerza a la fuerza... Señores, agradezco satisfecho vuestros aplausos, que no me sorprenden; porque estoy en la ciudad en que el valeroso órgano de los liberales en la prensa ha sabido, altivo y digno, condenar con indignación ciertos procedimientos salvajes conocidos del público, y ante ellos, si se elevasen a sistema, debemos, primero que consentir cobardes en nuestro vilipendio, alzar resuelto el brazo que realizó tantas maravillas en tiempo no lejano, y demostrar que, cuando se pretendiere reducirnos a la abyecta condición de nuestros antiguos esclavos, sabemos —dominados de santa ira— renovar las antiguas hazañas de la guerra..."

¿Quién habló en Cuba, en cualquier tiempo, con más valentía? Bien pudieron pensar los cubanos que en la noche del 15 de enero de 1887 escucharon al insigne patriota que el espíritu revolucionario no había muerto. Los amigos y servidores de la libertad iban reponiéndose y fortificándose a través de tanta injusticia, y al cabo llegaría la hora, por el prócer anunciada, de renovar, bajo el imperio de santa ira, las antiguas hazañas de la guerra.



ENERO

16

1897

## ASALTO DEL TREN DE REGLA A GUANABACOA

La noche del 16 de enero de 1897 ocurrió casi a las puertas de La Habana un suceso que tuvo naturalmente que alarmar a las autoridades españolas residentes en la capital de la Isla. Cuando no hallaban reparo los servidores del régimen colonial para alardear de que la provincia de La Habana estaba en absoluto desalojada por los insurrectos, dieron éstos señales inequívocas de vida y de energía entre Regla y Guanabacoa. La caída de Antonio Maceo había sido un golpe rudo para la Revolución, mas sus huestes supieron mantenerse con vigor, disciplina y arrojo y recordar al envalentonado enemigo que se encontraban prestas a medir sus armas con las defensoras de una metrópoli sin alientos para detener el torrente generador de la independencia de Cuba.

Con el segundo cuerpo del regimiento de caballería *Habana*, Néstor Aranguren, uno de los jefes más jóvenes de la Revolución, atacó y capturó el tren de viajeros de Regla a Guanabacoa, a las diez y media de la noche del 16 de enero de 1897, al realizar el último viaje entre ambas poblaciones. La riesgosa operación quedó consumada tal como se la había imaginado el animoso e intrépido coronel. Interrumpida la marcha del ferrocarril mediante el descarrilamiento preparado, aprehendió Aranguren a los oficiales y soldados que encontró y en libertad dejó a unos setenta paisanos que allí iban. Tras una escaramuza sostenida con el destacamento enemigo de la Quinta Menocal, Aranguren, con los suyos y los prisioneros, emprendió la marcha que duró hasta las cinco de la mañana del 17 de enero, en que vivaqueó en el demolido ingenio *San Joaquín*.

Además de los prisioneros aludidos —todos eran

oficiales e individuos de tropa naturales de España—, Aranguren condujo en calidad de detenidos a un bodeguero, conocido delator y espía, y al segundo teniente Bernardo Barrios, cubano al servicio de los opresores de su patria. Que Aranguren era hombre inflexible cuanto riguroso en el cumplimiento de lo que juzgaba su deber, quedó entonces plenamente probado. Para con el traidor y el espía capturados la severidad de su criterio se manifestó sin menoscabo ni flojedad. Cuatro horas después de llegar al *San Joaquín*, y muy cerca del paradero de Minas, fueron ahorcados el bodeguero y el segundo teniente Bernardo Barrios. La Ley Penal de la República en armas era tan dura como entero resultaba el carácter de Aranguren, y bien pudo prescindirse de toda forma de proceso cuando al cabo no había de ser sino la que fué la suerte de los dos ajusticiados.

Otras circunstancias derivadas del asalto del tren de Regla a Guanabacoa por Néstor Aranguren pusieron de manifiesto cuánta hidalguía llevaba en su pecho el joven coronel cubano. El mismo día 17, poco después de quedar ahorcados el espía y el traidor, los insurrectos hicieron rumbo a La Soledad, no lejos de Jaruco, y allí el coronel Aranguren puso en libertad a los prisioneros restantes, a los hijos de España al servicio de la bandera española, no sin antes extenderse acta, que todos firmaron, expresiva de lo ocurrido y de haber recibido durante el tiempo de su detención las mayores atenciones por parte del coronel Néstor Aranguren y de sus subordinados. Los pormenores de ese gesto de Aranguren arrancaron a peninsulares como Mariano de Cavia palabras de honda admiración, publicadas en periódicos de Madrid, hacia el caudillo criollo, nuevo caballero sin miedo y sin tacha.



ENERO

17

1896

## COMBATE EN LAS TAIRONAS

La campaña del general Antonio Maceo en Vuelta Abajo tuvo puntos singulares. Lo fueron ciertos hechos que, por su propia significación y por sus circunstancias, revistieron de la mayor notoriedad la presencia del famoso caudillo en el occidente cubano. La situación del Lugarteniente a las puertas de la ciudad de Pinar del Río perteneció al grupo de sucesos notables ya indicado. La capital de Vuelta Abajo, ocupada y guarnecida por los españoles, vió el 17 de enero de 1896, con sorpresa, cómo estaba amagada por las huestes invasoras.

No flotaba entonces por primera vez la bandera de Cuba libre en las inmediaciones de la ciudad de Pinar del Río. Casi tres meses antes, el 24 de octubre de 1895, un puñado de jóvenes animosos —Emilio Avendaño y Silva, Clemente Alvarez, Carmelo Olarte y Rodríguez, Miguel Blanco Gómez, Manuel de la Fuente y Jordán, Francisco Azopardo y Linares, Enrique Maza y Martínez, Pastor Armenteros, José Urrutia Castañeda, Gregorio Hernández Veloz y Eduardo Bernal y Piloto— enarboló la enseña de Narciso López y Guáimaro en las vegas de La Ceniza, a cuatro kilómetros de la población. Aquel temerario brote revolucionario del 24 de octubre de 1895 quedó incontinenti anulado, dejando sólo la prueba de que en las comarcas occidentales el cubano se encontraba alerta. La proximidad del Lugarteniente General del Ejército Libertador convirtió la esperanza en realidad. El puso fuera de quicio a los enemigos de la República y demostró con la altivez de su continente y la firmeza de su resolución que el ideal de los patriotas triunfaba de la ambición del maltrecho régimen colonial.

El 16 de enero vivaqueó el contingente invasor en

Paso Viejo, barrio de la municipalidad de Pinar del Río. Los defensores de la ciudad tuvieron en seguida aviso de la grave novedad. Hubo hasta escaramuzas en las últimas horas del día 16 entre destacamentos avanzados de la plaza y patrullas insurrectas. Todo tendió a preparar una inmediata polémica.

El 17 de enero de 1896 los libertadores realizaron amagos sobre la población y se colocaron a tiro de fusil de Pinar del Río. Los españoles respondieron a tal actitud disparando veintiún cañonazos. Mientras esto ocurría, persistiendo Maceo en rondar por las inmediaciones de la capital de Vuelta Abajo, fuerzas enemigas partieron de la ciudad, por la calzada de La Coloma, con rumbo al embarcadero del mismo nombre. El encuentro se hizo inevitable. La columna española avanzó cabalmente al hacer alto Maceo en Las Taironas —por allí había de cruzar el adversario— para enterarse de los últimos acontecimientos de que hablaban los periódicos.

La polémica se inició al verse las caras españoles y cubanos. La vanguardia insurrecta atacó impetuosamente. El adversario resistió con serenidad y bravura. Maceo dirigió personalmente la acción de sus huestes, que necesitaron afrontar el refuerzo de la segunda columna salida de Pinar del Río. El fuego adquirió carácter horrible.

Los españoles dejaron el campo de la acción y se volvieron a la ciudad. La victoria fué del Ejército Libertador, pero a costa de pérdidas notables. Murieron sesenta y dos patriotas —el coronel Pedro Ramos, el doctor Federico Latorre y el teniente Rafael Ferrer, entre ellos— y en el número de los heridos de gravedad se halló el brigadier Bermúdez. Los españoles —los que allí pelearon sumaban unos mil infantes, mandados por el coronel Morgado y los tenientes coroneles Sánchez Hechavarría y San Martín— confesaron haber sufrido cuarenta y ocho bajas.



ENERO

18

1876

## SEGUNDO MANDO DE JOAQUIN JOVELLAR

En condiciones desastrosas asumió el 18 de enero de 1876 por segunda vez el mando supremo de Cuba el general Joaquín Jovellar y Soler. El triste privilegio de tomar las riendas del poder colonial en pésima situación no podía, sin embargo, sorprender al Gobernador General. Su período anterior, tan infausto como breve, se inició al desarrollarse los sucesos, tintos de ignominia y de sangre, del *Virginus*. Las excepcionales prendas de Jovellar no brillaron entonces, a pesar del juicio del panegirista suyo que lo llamó hombre de acrisolada honradez, militar distinguido, el más dulce y justiciero de todos los gobernantes. Tamaña alabanza rebasó los límites de la verdad. Fuera por debilidad de carácter, fuera por natural inclinación a la práctica de procedimientos violentísimos, Jovellar estuvo muy lejos de resultar justo con motivo de las ocurrencias a que dió lugar la captura del *Virginus*.

Al tomar de nuevo el mando de la Isla, el 18 de enero de 1876, Jovellar se encontró frente a un tenebroso cuadro político, económico y moral. El conde de Valmaseda, fracasado en sus planes y anuncios de exterminar a los soldados de la Revolución, fué separado de la Capitanía General. Lo sucedió interinamente el Segundo Cabo, Buenaventura Carbó, de quien Jovellar recibió el gobierno superior de Cuba. Se creyó en la Metrópoli que, ante la ineficaz labor de Valmaseda, debía venir a la Isla un militar precedido de fama entre los peninsulares, y se escogió a Jovellar. Además de conocer, siquiera a su modo, las cosas y los hombres de Cuba, Jovellar había formado parte del Consejo de Ministros y era personaje influyente en la situación alfonsina, como que en Valencia había proclamado soberano de España al hijo de Isabel II.

El desorden administrativo reinante en la Isla y el cúmulo de evidentes inmoralidades realizadas por elevadas autoridades de la administración pública, antecedentes denunciados y comentados por la prensa periódica de Madrid, habían dado motivo para nombrar un Comisario Regio, dotado con treinta mil pesos, a fin de buscar la manera de poner coto a tanto desmán. Recayó la designación en un exministro de Ultramar, en Tomás Rodríguez Rubí. Estas determinaciones molestaron al conde de Valmaseda, que hasta llegó, tan airado como de costumbre, a formular quejas y protestas. Pero, entablada la lucha entre el Capitán General y el Comisario Regio, bien respaldado en Madrid, la caída del Conde resultó inevitable.

Al posesionarse Jovellar del mando de la Isla se hallaba Rodríguez Rubí enfrascado en la instrucción de más de tres mil expedientes. Aunque uno y otro, Jovellar y Rodríguez Rubí, pretendieron sinceramente arrancar de raíz los graves males observados, todo, al cabo, siguió a merced de peculados y dilapidaciones.

El problema económico demandó de Jovellar atención preferentísima. Pudo consagrársela porque también había venido Arsenio Martínez de Campos, para asumir las funciones de General en Jefe. Jovellar, desembarazado de la dirección de las operaciones militares, se entregó al estudio de la solución requerida por la hacienda pública. De acuerdo con el Comisario Regio, expuso en seguida ante la Metrópoli el mal grave y alarmante y señaló los remedios que debían usarse para conjurar la crisis. Los apuros rentísticos de Jovellar no desaparecieron, y momentos hubo en que pareció imposible su sostenimiento. Mas logró que su mando sobreviviese al imperio de la guerra, y desde la Capitanía General, que dejó el 18 de junio de 1878, fué testigo del desastre cubano de El Zanjón, principio, después de todo, no de una paz duradera, sino de una nueva tregua para los animadores de la libertad.



ENERO

19

1898

## DEFECCION DE MASO PARRA

La implantación del régimen autonómico sirvió de pretexto a Juan Masó Parra para abandonar las filas del Ejército Libertador. Necesitaba de una excusa o explicación para aceptar y reconocer la soberanía de España en Cuba, después de haberla combatido a sangre y fuego por espacio de más de dos años, y en el tardío cambio de sistema de gobierno colonial encontró el falso motivo buscado. El caso no era nuevo en la Historia. Fué procedimiento usado por determinadas gentes en todos los tiempos el de pretender encubrir actos de cobardía o claudicación con el manto de un apostolado o el de una rectificación.

Juan Masó Parra había sido un animoso soldado de la Revolución. Su brazo y su talento habían prestado señalados servicios a la redención de Cuba. Había peleado en defensa de la bandera de la estrella solitaria cada vez que había sido necesario. Los jefes superiores del Ejército Libertador lo distinguían. Al comenzar el año de 1898 ostentaba el título de brigadier, con mando de numerosas fuerzas en la jurisdicción de Trinidad.

El 19 de enero de 1898 Juan Masó Parra llegó a un acuerdo con el enemigo. Reunido en Fomento —Fomento era tenido por baluarte del integrismo— con el coronel español Julio Alvarez Chacón, suscribió el acta de presentación suya y de dos tenientes coroneles, dos comandantes, un capitán, cinco tenientes y ciento diez individuos de tropa, con armas, municiones y caballos, según comunicó el general Blanco al ministro de la Guerra de la Metrópoli. El documento contentivo del convenio entre Masó Parra y Alvarez Chacón dió a la defección del jefe insurrecto el carácter de sabia rectificación, como si quien había estado peleando durante casi tres años se

hallase de la noche a la mañana persuadido de la bondad y eficacia de un régimen implantado para evitar el hundimiento del poder colonial cuando ya resultaba para España irremediable el fin de su dominación en América.

Los españoles revistieron de grande importancia, con sus declaraciones oficiales y los comentarios de su prensa periódica, la defección de Juan Masó Parra, cuya entrada en Fomento, de concierto con la mal llamada capitulación firmada el 19 de enero de 1898, se efectuó al amanecer del día 20. El capitán general de la Isla, después de anunciar que Masó Parra había arengado a su gente y ésta había aclamado "con frenético entusiasmo al rey de España y a Cuba española", emitió su juicio acerca del suceso. Se refirió con no disimulado alborozo a la trascendencia política del nuevo autonomista. Y anunció para muy pronto el fin de la guerra. La pacificación que se aproximaba estaba muy lejos de resultar la consecuencia de defecciones de la índole de aquella que, para honor del cubano rebelde, no tuvo en el campo insurrecto sino la condenación severa dictada por el patriotismo.



ENERO

20

1896

## EL EJERCITO INVASOR EN GUANE

Después del rudo combate de Las Taironas, al acercarse Maceo a la ciudad de Pinar del Río, tuvo el invasor, el 18 y el 19 de enero, en la propia comarca situada al Sudoeste de la capital de Vuelta Abajo y sobre el campo de Tirado, en San Luis, nuevas disputas con los españoles. Pero desde que el Lugarteniente observó las dificultades que se oponían a la ocupación de la ciudad de Pinar del Río se sintió aún más dominado por la idea de avanzar hacia el Poniente para poner término a la gran jornada iniciada en Baraguá. Todavía el mismo 19 de enero, en terrenos del ingenio *Guacamaya*, en San Juan y Martínez, hubo otra escaramuza, sostenida por la caballería oriental en momentos en que regresaba del embarcadero de Galafre o Noda. La columna libertadora, en medio de esos encuentros y de la necesidad de buscar hospital para los heridos, no cesó de marchar, de concierto con los propósitos de su ilustre jefe.

El invasor corrió en dirección a Guane. Luego de destruir el muelle de Bailén, a la vista del barco de guerra español *Conde de Venadito*, y colocado en El Sábalo, en la raya divisoria de los municipios de San Juan y Martínez y Guane, el 20 de enero de 1896 partió hacia Paso Real de Guane, adonde llegó a las once de la mañana. Paso Real de Guane había sido en los días azarosos que precedieron al 20 de enero de 1896 el centro de conspiración más importante del Occidente de Vuelta Abajo. Laboraba allí con tesón admirable y eficacia positiva por el ideal revolucionario una mujer extraordinaria, una matrona ejemplar, allí mismo nacida: Isabel Rubio. Por eso, al llegar a Paso Real de Guane, pudo Maceo contemplar cómo el integrista estaba en aquella zona abatido

por el espíritu bélico y la decisión inquebrantable de los patriotas.

En Guane fué recibido Maceo con extraordinarias muestras de regocijo. Criollos pudientes y criollos humildísimos se confundían en la decisión de sumarse al esfuerzo bélico. El peligro cierto de la guerra no contaba para los patriotas: para los patriotas contaba la certidumbre de que se hallaba presente la hora de los sacrificios.

El acontecimiento, de suyo notable, todavía lo fué más por el concurso que en el propio Guane y el mismo 20 de enero de 1896 ofrecieron al Lugarteniente los elementos revolucionarios de Vuelta Abajo. Allí le presentaron, en columna de honor, el primer regimiento de caballería organizado en la región, "con la gente armada y equipada, para Maceo el más estimable y valioso de los agasajos". En Guane se hallaron, alrededor del famoso caudillo, el 20 de enero de 1896, hombres meritísimos de la provincia occidental. Manuel Lazo, con los valientes que el 13 de enero habían tomado las armas en Remates, el abogado José Antonio Caiñas y Figarola, que acababa de sumarse a las huestes libertadoras con sus hijos, y el doctor Francisco Díaz Vivó, médico de grandes prestigios en la comarca, fueron, entre otros muchos, la prueba de que en Pinar del Río, en un extremo igual que en el otro, la Revolución contaba con servidores que contribuían decididamente a la creación de la República.



ENERO

21

1896

## MAXIMO GOMEZ EN LAS INMEDIACIONES DE GÜINES

En los anales de las guerras de Cuba hubo pocos momentos históricos en que la actividad de los soldados de la libertad se manifestase más intensamente que a principios de 1896. Fué aquél, en realidad, el año crítico de la insurrección del 24 de febrero. Estaban a prueba la acometividad y la audacia del cubano rebelde. El oportuno y buen uso de semejantes cualidades, tan decisivas en las luchas armadas, determinó el fracaso definitivo de los cuerpos de ejército enviados desde la Metrópoli para conservar la Colonia. Las serranías y llanuras de Vuelta Abajo resultaron teatros de nuevas hazañas del Lugarteniente. Al plantar la enseña de Guáimaro en los confines de Poniente, proeza estupenda, quedaba realizado uno de los objetivos de mayor riesgo del plan convenido en el campamento de Baracoa, en la provincia de La Habana, el 7 de enero de 1896, por Antonio Maceo y Máximo Gómez.

En el entretanto ¿qué hacía el Generalísimo? Como apuntó uno de sus biógrafos, el Generalísimo, con el fin de llamar hacia sí la atención del enemigo, mientras el Lugarteniente ejecutaba su magnífica correría, llevó a cabo en la provincia de La Habana movimientos en todas direcciones, que, por la pequeñez del campo en que se realizaron, por lo poblado de la región, por las fuerzas contrarias en ella acumuladas, por los medios de comunicación de que las mismas disponían, por la cercanía de la capital de la Isla y por su propia persistencia, fueron asombrosos y constituyeron prueba fehaciente de las extraordinarias cualidades estratégicas del gran caudillo, de su prodigiosa resistencia física y de su indomable energía.

Asombrosa fué, realmente, la campaña del mayor

general Máximo Gómez en la provincia de La Habana. Asaltos de poblaciones, correrías incesantes y combates reñidos tuvieron en el Generalísimo un ejecutor admirable. Pero su desenfado no se tradujo sólo en acciones calificables propiamente de bélicas, sino también en actos de presencia resonantes. Tal fué, y no fué la única, su operación del 21 de enero de 1896. Después de pasar por Tapaste en las primeras horas del día llegó, ya por la tarde, a las inmediaciones de Güines, y allí, junto a la risueña villa del Mayabeque, con grande aparato y sugestiva arrogancia, estableció su vivaque el General en Jefe del Ejército Libertador.

Quizá pareció al Cielo que no bastaba aquello para que las armas cubanas se sintiesen en absoluto satisfechas, y deparó a los luchadores por la libertad motivo de mayor regocijo aún. Se hallaba el Generalísimo todavía en el valle de Güines cuando el comandante Adolfo del Castillo, al frente de setecientos hombres, se le unió. ¡Feliz, felicísimo suceso! ¿Era todo ello el premio demandado por la obra inapreciable del antiguo adalid? Algo más que humano pudo creerse que había en el desarrollo de sucesos que constituían para el soldado cubano prez y provecho.



ENERO

22

1869

## SUCESOS EN EL TEATRO DE VILLANUEVA

Lo ocurrido en la noche del 21 de enero de 1869 en el teatro de Villanueva, en La Habana, armó de cólera a la soldadesca dominante. Necesitaba ésta de un pretexto para desatar sus iras contra los naturales del país, y lo hallaron en las funciones ofrecidas por los caricatos o bufos habaneros a beneficio de "unos insolventes, que no eran sino Céspedes y los suyos", al decir de la intransigencia colonial por boca de Justo Zaragoza. La noticia de que los actores, de acuerdo con los laborantes, se habían salido de los límites del programa, entonando canciones hirientes para el sentimiento de los leales a la Metrópoli, corrió con celeridad eléctrica. Al día siguiente, aumentadas y desfiguradas las versiones de lo acaecido, las cosas tomaron carácter grave. Se aseguraba que a las exclamaciones proferidas durante la representación teatral había seguido la actitud de los concurrentes al salir del coliseo, muy envalentonados y ya citados para que veinte horas más tarde se repitiese el espectáculo.

Los intransigentes sólo aguardaban, después de los aspavientos con que comentaban lo acontecido el 21 de enero, una oportunidad más o menos propicia para dar rienda suelta a sus odios. La función de la noche del 22 de enero de 1869 en el teatro de Villanueva les deparó la deseada coyuntura. Bastó que comenzasen a llegar al coliseo las damas habaneras para que corriese por los alrededores del mismo la noticia de que se presentaban las cubanas con el pelo suelto y trajeadas de azul y blanco, en tanto lucían en el local banderas estrelladas, y que eran "aquellas hijas del país recibidas con calurosos aplausos por sus jóvenes paisanos que las esperaban."

La primera parte de la función del 22 de enero de

1869 se deslizó, con todo, sin alteración de ningún género. Pero en la segunda parte, al representarse la pieza *El perro huevero*, uno de los actores recitó con entonación un verso:

¡Viva la tierra que produce la caña!

El actor fué calurosamente coreado por los espectadores. La intransigencia perdió los estribos. Inmediatamente circuló entre los voluntarios la nueva de que en el teatro aclamaban a Cuba libre y a Carlos Manuel de Céspedes. Mientras semejante versión se propalaba llegó el entreacto. Con motivo de hallarse en la cantina-café del coliseo varios jóvenes de los concurrentes a la función un peninsular prorrumpió en vítores a España. Así estalló el escándalo y se adueñó la confusión de todos los ánimos. El retén de policía y los voluntarios se echaron sobre los espectadores, para terminar incontinenti la función. Pocos momentos después se encontraban allí las autoridades locales. A las once de la noche circundaban el edificio más de mil hombres armados. Hubo sangre y hubo muertes. Al día siguiente el Capitán General, Domingo Dulce y Garay, se dirigió en una proclama a los españoles, a quienes llamaba habaneros, anunciándoles que se haría pronta justicia.

¿Qué entendería por justicia, por pronta justicia, el general Dulce? ¿Entregarse a los excesos de los voluntarios pudo acaso constituir respeto a la justicia y realización del derecho? Los acontecimientos de la noche del 22 de enero de 1869, que produjeron cuatro muertos y varios heridos, envalentonaron descompasadamente a los espontáneos servidores del régimen colonial, y ya la peor de las anarquías, la imperante entre los usufructuarios del poder público, se adueñó de la capital de la Isla. No quisieron ellos, ni pudo el Capitán General, aprovechar la lección que lo sucedido ofrecía. Porque procedimientos de rectificación prudente y sabia, y no de violencia, demandaba el interés de los opresores, para no ser ahogado, más tarde o más temprano, por el ideal de la liberación patria.



ENERO

23

1896

## TERMINO DE LA INVASION LIBERTADORA

El 20 de enero de 1896 Maceo había quedado a una jornada de Mantua. El 22 rindió la columna invasora, con el regimiento de Vuelta Abajo a la vanguardia y andando de un solo tirón treinta kilómetros, la ruta de Guane a Mantua. El Lugarteniente se halló en Montezuelo a las tres de la tarde. Las campanas echadas a vuelo anunciaron a las cuatro de la propia tarde del día 22 la entrada de las huestes libertadoras en Mantua.

En medio de los transportes de inmenso regocijo que dominaban a todos no faltó quien se ocupase en encarecer la importancia del hecho de que se extendiera formal testimonio del término de la Invasión. Y en la sala de sesiones del Ayuntamiento, en Mantua, el 23 de enero de 1896, se realizó lo consignado en el acta concebida en estos términos:

"En el pueblo de Mantua a los 23 días del mes de enero de 1896, reunidos en la Sala de Sesiones de la Casa Capitular los vecinos de más arraigo de la localidad, sin distinción de opiniones políticas, bajo la presidencia del señor Alcalde Municipal, estando presente en la sesión el Lugarteniente General y Jefe del Ejército Invasor Antonio Maceo, acompañado del Jefe de Estado Mayor Brigadier José Miró y Jefe de la Primera Brigada de Las Villas Juan Bruno Zayas, se hace constar:

"Primero: Que el pueblo de Mantua está situado al extremo occidental de la Isla, en la provincia de Pinar del Río.

"Segundo: Que el general Maceo con las fuerzas a sus órdenes ha ocupado la población y término municipal, habiendo sido respetados vida y bienes de todas clases, guardado el orden público por sus tropas y dejado

en el ejercicio de sus funciones a las autoridades y empleados que tenía colocados el Gobierno Español; y que visto el procedimiento del Ejército Libertador y de su Jefe se adhieren a sus principios y fines, creyendo que redundará, no sólo en beneficio de esta comarca empobrecida de antes por las múltiples exacciones de que se le hacía víctima, sí que también del país entero que sufría el mismo mal tratamiento. Y representando los presentes las fuerzas vivas del territorio, en la propiedad inmueble, en la ganadería, en la industria, en el comercio, en las artes, en las profesiones, en el crédito y en la agricultura, firman las demás personas que al margen se expresan con los antes mencionados en el día de su fecha y por ante mí el Secretario que certifico."

Suscribieron el singular documento el alcalde José Fors y Perdomo, el general Antonio Maceo, el presbítero Martín Viladomat, el jefe de estado mayor José Miró, el gobernador Oscar A. Justiniani, el brigadier Juan Bruno Zayas, el auditor de guerra licenciado José Antonio Caíñas y Figarola, el primer teniente alcalde José Fernández, el regidor Simón Docal, el juez municipal Nicolás Reyes, el doctor Simón Carbonell, el notario público Domingo Fors y Perdomo, el juez municipal suplente Santiago Muguruza, el profesor de instrucción pública Pedro Lozano, el secretario judicial Rafael Inglés, el comerciante Narciso Fontanella, el secretario de la ayuntamiento de marina José Ruiz, Gerardo Nonell, Juan Ocaris, Manuel Rego, Fidel Pedraja, José Granda, Braulio V. Blanco, Antonio Menéndez, Manuel Quintana, Jaime Vives, José H. Peláez y Pedro Sánchez, secretario del Ayuntamiento.

El acto llevado a cabo en Mantua el 23 de enero de 1896 tuvo importancia incalculable. Fué único en los fastos de la revolución de 1895-1898. La presencia de Maceo en Mantua demostró ante el Mundo que las armas de la independencia cubrían todo el territorio insular.



ENERO

24

1898

## UNA PROCLAMA DE ALFREDO REGO

La conducta de Juan Masó Parra llenó de indignación a los patriotas. Hasta los más conocedores del corazón humano se sintieron perplejos y confusos. Apenas concebían que, so pretexto de una rectificación de buena fe, hubiera alguien capaz de pasarse con armas y bagajes de un campo a otro, de las filas del Ejército Libertador a las de sus enemigos. Lo positivo, lo rigurosamente exacto, era, sin embargo, que un brigadier de Cuba libre había consumado su defección, ofreciendo así oportunidad a los leales a la Colonia para hablar de la eficacia de la autonomía, el remedio tardíamente aplicado a males ya incurables por la Metrópoli.

Los fieles a la libertad y al decoro volvieron con entereza de su estupefacción. La reacción iba a ser lo suficientemente enérgica para contrarrestar el decaimiento que pudo ocasionar la actitud de los nuevos autonomistas. Eran momentos de prueba. La que brindaron los insurrectos que habían contado entre sus compañeros próximos a los recién acogidos a la legalidad española fué digna de los servidores de la Revolución. Al general Alfredo Rego, con sus subalternos en la brigada de Trinidad —la misma que Masó Parra pretendió dejar en cuadro—, tocó levantar la voz para hablar el lenguaje de la dignidad patriótica. Su proclama del 24 de enero de 1898, dada en Limones, fué una síntesis admirable del pensamiento de los libertadores alrededor de la desgraciada conducta de Juan Masó Parra y los débiles que lo siguieron.

“¡Sus nombres —dijo la proclama, refiriéndose a quienes se habían hundido en un abismo de error y flaqueza— desaparezcan de los libros de la libertad! ¡Cai-

ga sobre los miserables la maldición de Cuba! ¡Despedacen esos corazones tan viles, no ya el plomo de nuestros héroes, sino puñales vengadores!

"Y ¡guerra a España! ¡Guerra sin cuartel a los traidores despreciables que la ayuden!

"¡Compañeros de armas! ¡Trinidad os promete responder a la traición con la honra en los hombres, con el plomo en los caminos, con la muerte en cada insinuación de pactos con un enemigo que no nos puede vencer ni con la fuerza ni con la indignidad!"

Así habló el general Alfredo Rego, jefe de la brigada de Trinidad, el 24 de enero de 1898. Las palabras del intrépido caudillo, excelente servidor de Cuba, corrieron por las filas revolucionarias como voz de la patria misma. Eran aquéllos, felizmente, los últimos esfuerzos por realizar contra la soberanía de España en Cuba. Aun cuando fuese cierto que el destino de los hombres y de los pueblos estaba escrito, de la acción de éstos dependían el desarrollo y el éxito de los sucesos de la vida. El proceder de los que permanecieron en guardia, custodios celosos de la salud de la República, constituía un ejemplo útil y honroso.



ENERO

25

1869

## ANTECEDENTES DE LA DICTADURA DE DULCE

A los sucesos ocurridos en el teatro de Villanueva la noche del 22 de enero de 1869 siguieron casi incontinenti nuevos escándalos y atropellos en La Habana. La anarquía se adueñó de la ciudad. El orden político y hasta el social fueron hollados. Una multitud armada con el nombre de Cuerpo de Voluntarios se encargó de exacerbar los ánimos, encender insistentemente la tea de la discordia y pisotear toda clase de derechos. Una tormenta de odio y de fuego se desencadenaba sobre las cabezas de los moradores de la capital de la Isla.

Un panegirista de las fechorias de los voluntarios, y no historiador veraz y sereno de las luchas de Cuba contra España, Justo Zaragoza, lo advirtió: los acontecimientos del teatro de Villanueva envalentonaron a los vencedores en aquella jornada sin nombre ni gloria. Quedaron entonces convencidos de la necesidad de dominar hasta las intenciones recónditas de los cubanos y "se dispusieron a no dejar pasar ni el más pequeño acto en que, atropellando a sus hijos, se intentase injuriar a la madre España". Sólo esperaban una ocasión de esa índole los voluntarios de La Habana. Con un concepto deleznable de sus deberes patrios y con una apreciación estrecha de la condición y de los derechos de los cubanos, ¿qué bueno, aunque en pequeña dosis, podía esperarse de los asaltadores de los destinos de la Colonia? Únicamente un desastre era posible aguardar.

No eran menester sino nuevos pretextos, lo mismo fútiles que graves, para registrar por lo menos otros tantos desmanes de la soldadesca. La pasión, sentimiento común a todos los hombres, cedió su puesto al odio fiero. De ahí que el 25 de enero de 1869 se repitiesen los

excesos de los voluntarios de La Habana. El 24, a poco de romper filas los batallones reunidos para pasar revista en gran parada, los voluntarios se dedicaron a rondar en grupos por distintos barrios de la ciudad. Lo que buscaban en realidad era la perpetración de las atrocidades del ataque al café *El Louvre* y del saqueo de la casa de Miguel Aldama. El 25 de enero de 1869 aún sonaron tiros y hubo sangre. Era todo ello, cuanto ocurrió del 21 al 25 de enero, la obra de preparación urdida por los reaccionarios en su afán de matar la libertad hasta en sus presuntos defensores.

Lógicamente pudo creerse que los voluntarios de La Habana conocían el carácter de Domingo Dulce. La entereza de este general no resistió nunca una crítica justa. Quiso ser suave y enérgico, tolerante e intransigente, liberal y reaccionario, y se mantuvo sólo en berlina al principio. Pero los sucesos que acabaron el 25 de enero de 1869 con un muerto más a manos de la ebriedad de los adictos a la Colonia lo decidieron por el aspecto malo de sus tendencias. Cayó en la red que los voluntarios le tendieron, y no tuvo empacho en volver sobre los pasos que de manera trabajosa había dado por senderos progresistas, para pronunciarse en definitiva suprimiendo la libertad de imprenta, creando consejos de guerra al amparo de preceptos draconianos para delitos de infidencia y rebelión, desterrando en masa a los hijos del país, autorizando sentencias de muerte y decretando el embargo de los bienes de los separatistas. La dictadura de Dulce quedó así organizada e imperó de manera tal que la última víctima de su propia conducta fué él mismo, divorciado al cabo de sus funestos inspiradores.



ENERO

26

1855

## PLANES DE RAMON PINTO

A todo plan concebido y desarrollado necesariamente en la reserva y en el secreto solían en Cuba ir anejos los frutos de la maldad proveniente de hombres sin conciencia ni pun-donor. La vigilancia se extremaba, las prevenciones se mantenían con celo y persistencia y el espíritu de conservación propia permanecía en guardia. A veces la sagacidad de ciertas gentes lograba triunfar de la previsión de los buenos. Así y todo, en las luchas por la redención de los pueblos esclavos, la perversidad se irguió en momentos decisivos y malogró los esfuerzos mejor encauzados.

En los albores de la segunda mitad del siglo XIX, tras los fracasos de Agüero, Armenteros y López y de los conspiradores de Vuelta Abajo, el patriotismo cubano emprendió nuevos afanes bajo las inspiraciones de Ramón Pintó. La conducta infame de un malvado, Claudio Maestro, probó cuán cierto era que los empeños más puros y las ansias más generosas quedaban en ocasiones a la merced de quienes no sabían ser sino secuaces de la protervia. Claudio Maestro, presidiario español fugado de Ceuta, se había refugiado en los Estados Unidos de América. En relaciones con revolucionarios cubanos, logró venir a la Isla con anuencia de los mismos y hasta con encargo de repartir entre los elementos populares y dentro de los cuarteles proclamas insurgentes. En Cuba, puesto que se preparaba astutamente, trató de conseguir y consiguió la confianza íntima de los directores del movimiento. Colocado en esa situación privilegiada, sólo aguardó el momento propicio para que su traición malograra toda la obra de los patriotas al tiempo de ofrecer ésta el mejor aspecto.

Claudio Maestro se hizo pasar en Cuba por un Antonio Rodríguez. A principios de 1855 supo que el movimiento organizado por la Junta Revolucionaria, presidida por Ramón Pintó y en la que figuraban hombres de la valía de Nicolás Pinelo, José Antonio Echeverría y Benigno Gener, se hallaba a punto de ofrecer los frutos que de ella se esperaban para la Isla. Entonces se dió prisa en delatar todo lo que se tramaba. Se valió para ello de un paisano suyo —Maestro era español, natural de Zamora— nombrado José Ramos, comerciante de La Habana.

Maestro comunicó a Ramos cuanto sabía después de sus viajes a los Estados Unidos y al interior de la Isla conduciendo dineros, armas, órdenes y confidencias procedentes de la Junta Revolucionaria. Y el 26 de enero de 1855 Ramos visitó al Capitán General, José Gutiérrez de la Concha, y lo puso en antecedentes de la vasta conspiración con tantos sacrificios trabajada.



ENERO

27

1860

## CORONACION DE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

La fama de la poetisa hija de Camagüey había corrido ya por todas partes. Tenía ciertamente bien ganado cualquier homenaje "la mujer española que mejores versos líricos y más notables piezas dramáticas había producido en todo el curso de la literatura castellana". Cuba le debía el tributo de su admiración. Sólo era de aguardarse, cuando la consagración intelectual de Gertrudis Gómez de Avellaneda revestía el carácter de cosa juzgada, el momento propicio para que La Habana, en acto público, mostrase su orgullo ante la existencia del genio patrio, vinculado en la eminente camagüeyana.

En el séquito del capitán general Franciso Serrano llegó a Cuba el coronel Domingo Verdugo, esposo de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Vino entonces ella también a la Isla. Buen cuidado tuvieron los intelectuales de preparar su coronación, el medio más propio de poner de relieve la admiración sentida hacia la poetisa. Fué "la noche del viernes 27 de enero de 1860 cuando, ante inmensa concurrencia, pusieron en sus sienes con gran solemnidad, en el Gran Teatro de La Habana, una magnífica corona de laurel de oro y esmalte en nombre del país, de la isla natal, que con orgullo la contaba y cuenta como la más famosa de cuantas mujeres en su suelo vieron la luz del día."

En tres partes se celebró la fiesta. La primera de aquéllas fué musical, y sobresalieron el pianista Luis Gottschalk y el violinista José White. La segunda fué dramática, representándose *La Hija del Rey René*. La tercera consistió en lo puramente literario. Al levantarse en la tercera parte el telón aparecieron en la decoración del fondo, debajo de un gran retrato de

Isabel II, siete sillas y en ellas sentados al centro el presidente del Liceo de La Habana —el conde de Santovenia—, a su derecha Gertrudis Gómez de Avellaneda y en los demás butacones Luisa Pérez de Zambrana, la condesa de Santovenia y otras damas distinguidas. José Ramón Betancourt, hijo de Camagüey, abogado, orador y director del Liceo, leyó un extenso discurso. Después el auditorio escuchó versos de Esteban de Jesús Borrero, José Fornaris y Antonio Enrique Zafra.

Un momento trágico, como lo llamó Enrique Piñeyro, hubo, sin embargo, antes de la coronación. Acababa de determinarse abreviar la fiesta cuando, sin anuncio ni introducción de ningún género, un desconocido, de tez amarillenta, ropa, barba y cabellos negros, un tanto fúnebre en la apariencia, se adelantó al proscenio y, con descompasados gestos y voz alterada y desagradable, comenzó a leer algo que luego se supo era un romance. El escándalo así provocado fué descomunal. Nadie sabía quién era tan extraño personaje, que luego se averiguó se apellidaba Muñiz y estaba empleado en las oficinas públicas. Ante los silbidos, risas, carcajadas y gritos de los espectadores permanecía impertérrito. La insigne poetisa, entre tanto, resultó presa de profunda indignación por lo que acontecía. Piñeyro, en sus recuerdos de aquella escena, dijo a la posteridad cómo él pudo observar —todavía al ceñir Luisa Pérez de Zambrana y la condesa de Santovenia la frente de la Avellaneda con la corona de oro— la huella de una gota de sangre que se deslizó por su labio inferior, arrancada por la impotencia con que luchaban en tal ocasión su inmenso orgullo e indomable carácter.



ENERO

28

1909

## RESTAURACION DE LA REPUBLICA

El Gobierno Provisional —la situación gobernante creada en Cuba al eclipsarse la República en septiembre de 1906—, de concierto con el de Wáshington, creó la Comisión Consultiva, promulgó una serie de leyes con celo elaboradas y convocó comicios para que el 1º de agosto de 1908 el pueblo cubano dijese libremente quiénes habian de ser sus nuevos gobernadores y consejeros provinciales, alcaldes municipales y concejales. Llevada a cabo esta lucha pacífica, se señalaron las elecciones para presidente y vicepresidente de la República, senadores y representantes. Para estos comicios se fijó el 14 de noviembre de 1908. Frente a frente bregaron entonces los dos partidos políticos principales del país, y el mismo día 14, bien entrada la noche, se supo ya en La Habana que los candidatos liberales a la presidencia y vicepresidencia de la República, el mayor general José Miguel Gómez y el doctor Alfredo Zayas, resultaban victoriosos en las seis provincias cubanas.

Natural parecía que para la trasmisión de poderes del Gobierno Provisional a los hombres designados por el pueblo para ocupar la alta dirección del país se escogiese, con arreglo a lo establecido al advenir la República, el 20 de mayo de 1909. Pero un cubano eximio en la guerra y en la paz, el general Enrique Loynaz del Castillo, quiso que se honrase la memoria del inmortal José Martí restaurando en el aniversario de su natalicio, el 28 de enero, la República. Lo pidió así al presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, y este amigo de Cuba no tuvo inconveniente en acceder a ello. El 28 de enero de 1909, pues, la República quedaría restaurada.

Dispuestas y preparadas todas las cosas para el 28 de enero de 1909, pocos minutos antes de las doce del día llegó al Palacio de la Plaza de Armas, en coche descubierto, el presidente José Miguel Gómez, a quien acompañaba el gobernador provisional Charles E. Magoon. El momento feliz de la restauración había llegado. Mas hubo para los cubanos que invadían la Plaza de Armas y lugares próximos una agradable sorpresa. Cuando se creía que en uno de los salones de Palacio iba a prestar su juramento el héroe de Arroyo Blanco, pasaron él, los miembros del Tribunal Supremo, el vicepresidente Zayas, el gobernador Magoon y los invitados al balcón principal, y allí tuvo efecto la solemne ceremonia. Una vez terminada, el Presidente se dirigió a sus compatriotas para referirse al hecho de haber jurado en presencia del pueblo.

Inmediatamente después de la ceremonia de la transmisión de poderes Charles E. Magoon, en compañía del Presidente de la República y de los asistentes al notable acto, se encaminó, a pie, a la explanada de la Capitanía del Puerto. Desde allí se trasladó al buque de guerra norteamericano que lo devolvió a su patria.

El nuevo gobierno de los cubanos comenzaba sus funciones. Las secretarías de la Presidencia, Estado, Justicia, Gobernación, Hacienda, Agricultura, Instrucción Pública, Obras Públicas y Sanidad y Beneficencia fueron ocupadas, respectivamente, por José Lorenzo Castellanos, Justo García Vélez, Luis Octavio Diviño, Nicolás Alberdi, Marcelino Díaz de Villegas, Ortelio Foyo, Ramón Meza y Suárez Inclán, Benito Lagueruela y Matías Duque. El Senado y la Cámara de Representantes quedaban presididos por Martín Morúa Delgado y Orestes Ferrara. La República, al fin, tornaba al disfrute de plena vida nacional en medio del regocijo y de la fe de todos sus hijos.



ENERO

29

1895

## AUTORIZACION PARA EL ALZAMIENTO LIBERTADOR

José Martí no fué hombre que se sintiese arredrado por el infortunio en términos de moverlo al abandono de la santa causa de la liberación patria. El Apóstol sabía alzarse sobre su propia adversidad, reponerse, triunfar de todo género de dificultades y proseguir con firmeza insuperable. El traducido en semejantes actitudes fué siempre privilegio reservado a varones llamados a realizar extraordinarios designios.

El fracaso de las expediciones revolucionarias de los bajeles *Amadís*, *Lagonda* y *Baracoa* no pudo matar en el Apóstol la fe en la eficacia de su obra. Pasaron los primeros sinsabores producidos por tamaña contrariedad, y Martí se dispuso a reanudar los preparativos de la contienda bélica contra la dominación de España en Cuba. En Nueva York fijó su centro de comunicaciones. Allí maduró proyectos felices y determinó su partida definitiva para Cuba.

Llegó el momento en que se consideró propicia la situación de los elementos revolucionarios de la Isla. Se sucedieron las demandas apremiantes de algunos y los avisos del peligro en que se encontraban muchos. Se juzgó que no debía contribuirse con resoluciones tardías a la explosión desordenada de la guerra. De esa suerte veía Martí las cosas cuando, el 29 de enero de 1895, suscribió en Nueva York estas trascendentales decisiones:

"Primero.—Se autoriza el alzamiento simultáneo, o con la mayor simultaneidad posible, de las regiones comprometidas, para la fecha que la conjunción con la acción del exterior sea ya fácil y favorable, que es durante la segunda quincena, y no antes, del mes de febrero.

"Segundo.—Se considera peligroso, y de ningún modo

recomendable, todo alzamiento en Occidente que no se efectúe a la vez que los de Oriente y con los mayores acuerdos posibles en Camagüey y Villas.

"Tercero.—Se asegura el valioso concurso inmediato de los poderosos recursos ya adquiridos y la ayuda continua e incansable del exterior, de los que los firmantes son actores o testigos y de que con su honor dan fe, en la certidumbre de que la emigración, entusiasta y compacta, tiene hoy la voluntad y capacidad de contribuir a que la guerra sea activa y breve."

El documento contentivo de estas instrucciones fué dirigido a Juan Gualberto Gómez y, en él, a todos los grupos de Occidente, y con José Martí lo suscribieron José María Rodríguez, en nombre del mayor general Máximo Gómez, y Enrique Collazo. Ya los propios firmantes advirtieron que tales resoluciones estaban acordes con las demandas expresivas y urgentes de la Isla, con el conocimiento de las condiciones revolucionarias interiores y exteriores y con el propósito de no incidir en engaño o ilusión en medidas en que había de presidir la más desinteresada vigilancia por las vidas de los compatriotas y la oportunidad de su sacrificio. Todos, ciertamente, creyeron llegada la hora de iniciar la cruenta lucha, y Martí, Rodríguez y Collazo partieron de Nueva York dos días después de despachar la autorización formal para emprender la brega redentora.



ENERO  
**30**  
1871

## ORDEN GENERAL EXPEDIDA POR AGRAMONTE

Carlos Manuel de Céspedes comprendió, en medio de los sucesos e incidentes derivados de la dimisión que a mediados de abril de 1870 hizo Ignacio Agramonte del mando de las fuerzas de Camagüey, que no debía prescindir de los excelentes servicios del General. Así fué que, a despecho de la acritud y tirantez que revistieron las relaciones personales y oficiales entre ambos, el Presidente de la República no disimuló su deseo de que Agramonte no se ausentase del país. La patria necesitaba de los servicios eminentes del virtuoso y valiente caudillo. Céspedes sólo aguardaba, para utilizarlos, el momento propicio. No tardó en llegar,

Al iniciarse el año de 1871 el estado de la Revolución era deplorable. Menester era, en primer término, buscar un jefe capaz, por sus iniciativas y aptitudes, para utilizar los entusiasmos y las esperanzas de los soldados de la libertad. En tan críticos momentos, poniendo uno y otro de manifiesto la grandeza de sus corazones, Céspedes confió a Agramonte, y Agramonte aceptó, la jefatura de las huestes de Camagüey, a las que el Bayardo cubano supo hablar en seguida el lenguaje del sacrificio y de la vergüenza.

“Ahora —dijo Ignacio Agramonte a los camagüeyanos— es cuando los verdaderos patriotas deben realizar los más entusiastas esfuerzos por romper de una vez las cadenas que todavía oprimen a Cuba. Poseemos todos los recursos necesarios para triunfar; pero es necesario ponerlos en ejercicio con aquel valor y aquella abnegación de que hizo alarde nuestro pueblo aun en los primeros movimientos revolucionarios. El Camagüey se encuentra hoy hostigado por el enemigo. Seamos todos solda-

dos de la libertad. Los que, errantes en los bosques, son inolados, sin venganza y sin gloria, forman en el campamento la milicia invencible del derecho. El enemigo, más que de buscar el combate, se ocupa de atormentar vuestras familias. Vamos a defenderlas con empeño, pero no permaneciendo a su lado para tener que abandonarlas en la hora del peligro, sino peleando valerosamente. Organizar y disciplinar nuestro ejército es prepararlo para la victoria. Convencido de esto, estoy dispuesto a conseguir las ventajas de la organización y disciplina, y vosotros me ayudaréis, sin duda, en esta importante obra.

"Camagüeyanos: vosotros habéis realizado inmensos sacrificios por la gloria y felicidad de Cuba, y es imposible que retrocedáis por el camino que está ya teñido con vuestra sangre. Muy pronto vuestras indomables legiones asombrarán al tirano, y demostrarán una vez más que un pueblo amigo de la libertad y decidido a arrostrarlo todo para obtenerla alcanza siempre el laurel inmarcesible de la victoria."

Agramonte demostró en aquellos días de peligro y de zozobra cuánto podía un espíritu organizador. Sus afanes e iniciativas no tuvieron límites. El resultado fué superior. En acertadas órdenes generales proveyó a remediar las necesidades y deficiencias de que adolecía la división de Camagüey. Diez días después de haber dado una de aquéllas en el campamento de La Esperanza completó con otra, expedida el 30 de enero de 1871, en El Jobo, las previsoras y meditadas medidas que tan en alto pusieron sus prestigios militares. Al dictar Agramonte su orden general de 30 de enero de 1871 renacieron las esperanzas de la República en el intrépido campeón. La infantería y la caballería fueron organizadas admirablemente. La caballería de Camagüey, a la que Agramonte comunicaba sus bríos y acometividades, estuvo llamada a realizar proezas salvadoras.



ENERO

31

1895

## ACTITUD EXPECTANTE DE LOS PATRIOTAS

La ansiedad de los patriotas llegaba a lo sumo en el mes de enero de 1895. José Martí, como delegado del Partido Revolucionario Cubano, y José María Rodríguez, en representación del General en Jefe del Ejército Libertador pronto a organizarse, lo reconocieron así en el documento que con Enrique Collazo extendieron en Nueva York el 29 de enero de 1895. Los trabajos de conspiración eran cada día más intensos. El peligro aumentaba por horas.

Los revolucionarios laboraban sin cesar. Las noticias procedentes del exterior reafirmaban la certidumbre de que todo estaría en breve propicio al esfuerzo bélico que en la Isla preparaban los servidores de la libertad. El Apóstol, con la superior capacidad con que dirigía la causa patria, había considerado próximo el instante de alzar de nuevo el estandarte de la independencia y esgrimir otra vez el machete redentor. El soldado de Cuba libre tenía puesto el pie en el estribo.

Quienes seguían creyendo en la eficacia de la evolución y en el advenimiento de reformas se ocupaban en reorganizar sus huestes para repetir las luchas de la paz material. Los autonomistas continuaban apegados a la idea de que su obra era la panacea de los males que sufría la Colonia. Incidían en la doble equivocación de suponer que el pueblo cubano no era partidario sino de semejante remedio y de esperar que por la fuerza de los razonamientos el régimen de opresión se convertiría en sistema democrático y liberal para la Isla. Pero en el mismo bando autonomista había hombres que conocían la realidad y se ajustaban a sus demandas. Eduardo Yero, secretario del comité de Santiago de Cuba, fué uno

de ellos. El vigoroso periodista pudo lograr que la Junta Provincial no designase el delegado que debía asistir a la reorganización de la asamblea primaria en que él figuraba, por considerarlo inoportuno en tales momentos, según lo participó en significativo telegrama que el 31 de enero de 1895 puso a José Miró Argenter, a Manzanillo. No se contentó Yero con eso sólo, y en su periódico *El Triunfo* expuso una idea atrevida:

"No son éstas horas de reorganizar legiones para la paz, sino de tomar actitud expectante, para que el pueblo de Cuba pueda seguir dignamente las inspiraciones que le dicten las circunstancias."

Los términos de esta conclusión fueron graves y categóricos. Resumieron, en verdad, el pensamiento de los cubanos que se hallaban persuadidos de la inutilidad de todo esfuerzo que no fuese el de las armas. Ya se aproximaba el momento de iniciar la lucha armada autorizada por José Martí y Máximo Gómez.



FEBRERO

1

1751

## SAN ISIDORO DE HOLGUIN

Uno de los compañeros de Hernán Cortés en la conquista de México, el capitán extremeño Francisco García de Holguín, natural de Cabeza del Buey, fué quien, en 1523, echó los cimientos de lo que había de llegar a constituir la población de San Isidoro de Holguín. Pero dos centurias tuvieron que transcurrir para que aquel caserío tomase incremento y saliese de la condición de asiento de fincas de criar ganados. Perteneció durante tan dilatado período a la antigua demarcación de Bayamo. Y el ayuntamiento de esta villa y el de Santiago de Cuba, tan luego como se atribuyeron la facultad de hacer mercedes de terrenos, adjudicaron los de la comarca explorada por Francisco García de Holguín a sus concejales y vecinos.

La primitiva población de Holguín —suerte común a muchas de la isla de Cuba, sin excluir la de La Habana— anduvo poco menos que ambulante en los días de su formación. A fines del siglo XVII se fabricó una ermita de ladrillos y tejas en el hato *Managuaco*, en el antiguo partido de Auras, según Jacobo de la Pezuela. El modestísimo templo fué trasladado, mediante licencia del obispo Diego Evelino de Compostela, a otro hato, *Las Guásimas*, donde quedó erigida la parroquia regentada a la sazón por el presbítero Francisco González de Milián y Batista. Mas tampoco allí había de perdurar: la iglesia pasó al verdadero asiento de Holguín. Fué otra circunstancia notable —y en los progresos en demasía lentos de Holguín se observó perfectamente— el constituido por la importancia que en la fundaciones de los pueblos y las villas a través de la colonización tuvo el culto católico, apostólico y romano, resultando con

frecuencia el centro alrededor del cual crecieron los agregados sociales.

Cuando se trasladó la iglesia al hato *Holguín* ya se habían fijado allí muchas de las familias que residían en *Managuaco* y *Las Guásimas*. Cualquier observador atento pudo apreciar cómo era cierto que el pueblo de Holguín iba adquiriendo, tenía adquirida, por mejor decir, personalidad propia. A poco de haberse cumplido los dos siglos de la realización de la obra del capitán Francisco García de Holguín, contando con unas sesenta casas, en su mayoría techadas de guano, la población quedó declarada cabecera de la jurisdicción formada por segregación de la de Bayamo y mandada, con el título de teniente de justicia y capitán a guerra, por el comandante de milicias Diego de la Torre y Hechavarría.

No podía ya haber duda acerca de la vida larga y próspera que aguardaba a Holguín. Con sus progresos institucionales corrieron parejas sus adelantos económicos. La ganadería tomó a principios del siglo XVIII importancia a la par que los cultivos, que, sobre todo en la Hoya de Holguín, iban extendiéndose en términos provechosos e inusitados. Progresos jurídicos y materiales eran todos aquellos que demandaban especiales distinciones del trono de la Metrópoli. El mariscal de campo Alonso de Arcos y Moreno, gobernador de Santiago de Cuba, así lo entendió, y, en consecuencia, realizó lo necesario para que por real cédula de 1º de febrero de 1751 se otorgase a San Isidoro de Holguín el título de ciudad, que, entre otras secuelas, tuvo la muy beneficiosa de que en enero de 1752 pasase el propio Arcos y Moreno a la población para trazar nuevas calles y plazas y dejar instalado en las funciones de teniente de gobernador al regidor perpetuo de Bayamo doctor José Antonio de Silva Ramírez.



FEBRERO

2

1544

## GOBIERNO DE JUAN DE AVILA

Veintiocho años de edad contaba el licenciado Juan de Avila cuando, el 2 de febrero de 1544, llegó a Santiago de Cuba provisto de despachos, expedidos por la audiencia de Santo Domingo, acreditativos de habersele nombrado gobernador de la Isla. Pero no venía solo el licenciado Avila. Decretadas en Valladolid en agosto de 1543 las ordenanzas que emancipaban a los indios, suprimiendo las encomiendas y otros abusos de parecida índole, el nuevo gobernador fué encargado de traerlas a Cuba y hacerlas observar.

Se dirigían aquellas ordenanzas a reconocer la libertad de los indios, pero con restricciones cuyas malas consecuencias no tardarían en palparse. Declaraban a los indígenas fieles y leales vasallos de la Corona, aparentando exaltar su condición, a la par que estatúan, amparando los privilegios ya concedidos, que mientras viviesen los beneficiados conservarían sus indios, aunque con el carácter de intrasmisibles por cualquier concepto. Se prestaban tales preceptos a anular la parte buena de la intención del legislador, y el propio Juan de Avila resultó el instrumento de la maldad. Quiso demostrar al principio que se hallaba animado de alto espíritu de justicia, mas duró poco semejante deseo. Al cabo, los indígenas no fueron sino objeto de nuevos vilipendios.

En una carta dirigida al Emperador veinte días después de su llegada a la Isla, Avila dejó traslucir su criterio contrario a la emancipación de los indios. Sin embargo, no fué su propio juicio el que de mala manera encaminó las cosas. Hubo una influencia, al principio disimulada y luego evidentísima, que pesó de manera incontrastable sobre la conducta del Gobernador. Hospedado en

Santiago de Cuba en el domicilio de Guiomar de Guzmán, viuda del antiguo tesorero Pedro de Paz y usufructuaria de una de las encomiendas de la región oriental, el interés, la sagacidad y los halagos de su amiga lo indujeron a crear un irritante privilegio en provecho de los colonos de Santiago, eximiéndolos del cumplimiento de las ordenanzas de agosto de 1543 en tanto las hacía ejecutar en Bayamo y Baracoa. Las acritudes a que todo ello dió ocasión rebasaron los límites de lo común, y cuando, tomando a su dama por esposa —mucho mayor en años que él—, se identificó con la codicia y las enemistades de Doña Guiomar, la estimación de que antes gozaba en el mismo Santiago se trocó en desafecto y desprestigio.

El licenciado Juan de Avila, en medio de la obra perniciosa a que se entregó cediendo a las instancias de Doña Guiomar, visitó la villa de San Cristóbal de La Habana. En la incipiente población levantada junto al Puerto de Carenas pretendió realizar labor útil, habilitando una casa para hospital, terminando la edificación de una fortaleza y señalando a su monarca la conveniencia de desviar por medio de una zanja las aguas de La Chorrera, a fin de surtir la localidad. Las quejas contra Avila, sin embargo, eran no menos frecuentes que repetidas, y sus abusos fueron cortados de raíz, en junio de 1546, cuando arribó a Santiago de Cuba el licenciado Antonio Chaves, comisionado para sucederlo y residenciarlo.



FEBRERO

3

1874

## EL HIMNO DE LAS VILLAS

El cubano rebelde del tiempo heroico de la Guerra Grande quiso invadir el territorio de Las Villas. Desvelos e intentos se sucedieron en pos de la realización del atrevido sueño. La obra, difícil y riesgosa, demandó energías y elementos extraordinarios, que debían acumularse antes de acometer de manera definitiva su ejecución. Carlos Manuel de Céspedes acarició más de una vez con entusiasmo verdadero el proyecto. Luego, cuando su deposición se había consumado, aquella idea patriótica no dejó de tener albergue en los pechos libertadores, animosos y resueltos.

Estudio y preparación singulares requería el plan de invadir el territorio villareño. El sucesor de Céspedes en la Presidencia de la República, Salvador Cisneros y Betancourt, lo comprendió así. Al tomar por su cuenta la iniciativa de antes alentada, se ocupó en agrupar a los principales jefes de la Revolución, para deliberar ampliamente alrededor del magno empeño. El 3 de febrero de 1874 se hallaron reunidos muchos de aquéllos con Cisneros y los auxiliares del Poder Ejecutivo de la República en San Diego de Buenaventura. El general Máximo Gómez había aguardado allí al Presidente. Gómez estaba llamado a dirigir más tarde o más temprano el avance de las huestes insurrectas hacia la tierra de Eduardo Machado y Miguel Jerónimo Gutiérrez.

La primera de las reuniones de San Diego, límite de los departamentos de Oriente y el Centro, se celebró el 3 de febrero de 1874. Presidió Salvador Cisneros y Betancourt. Quedaron iniciados el estudio y la discusión de la proyectada invasión. Casi se llegó aquel día al acuerdo definitivo. La reunión, de todas suertes notable, lo fué aún más por la presencia allí de Antonio Hurtado

del Valle, el dulce vate que tan famoso hizo el pseudónimo *El Hijo del Damuji*. Muchos de los circunstantes, tocados en el alma por el entusiasmo de la jornada en preparación, instaron al poeta para que improvisase algo alusivo a la futura hazaña. *El Hijo del Damuji* acabó por acceder, y poco después corría de mano en mano el *Himno de Las Villas*, una de cuyas estrofas quedó escrita así:

¡Alzad un himno que al éter suba  
y que surcando rápido el mar  
al Mundo enseñe que sabe Cuba  
a sus tiranos avasallar.

El noble y puro enardecimiento de los libertadores subió de punto al calor de la repetición del *Himno de Las Villas*. Los transportes de entusiasmo se sucedieron. Todos contemplaron en el cielo de las ilusiones patrióticas dilatarse como dominio propio de la Revolución el vasto territorio villareño,

donde las cañas de oro se dan

en hermosos y verdes valles. Los anhelos del cubano se vieron refrenados casi durante un año más, pero, lejos de decaer, fué robusteciéndose día tras día el ansia de escuchar la voz del pueblo que gemía

en las riberas del Agabama  
y en las orillas del Damuji.



FEBRERO

4

1878

## JORNADAS POSTRERAS DE LA GUERRA GRANDE

Encarnación de la rebeldía noble y altiva fué el mayor general Antonio Maceo. En el círculo de sus cálculos no cupo pensamiento alguno de donde pudiese emanar desdoro o menosprecio para la causa de Cuba libre. Colocado en las avanzadas del honor cubano, supo ser vigilante celoso de los intereses patrios. No hubo en él en la guerra iniciada en 1868 decaimientos ni dobleces. Cuando el cansancio de la lucha y la impotencia del esfuerzo aproximaron a muchos de los defensores de la bandera de Guáimaro a El Zanjón, Maceo consagró a la gloriosa enseña proezas dignas de los atributos de la fama.

En los primeros días del mes de febrero de 1878 el general español Arsenio Martínez de Campos se hallaba concertando con los hombres que seguían al servicio de la Revolución la paz por la Metrópoli tan ansiada. El famoso caudillo de la restauración borbónica no escatimaba medios de ningún género para lograr el triunfo de sus propósitos. Muchos de los cubanos en armas, por su parte, no tardaron en caer en la red de las proposiciones liberales, basadas en promesas de rectificaciones y reformas saludables, que a modo de estandarte de reconciliación salvadora presentaba Martínez de Campos. Pero había excepciones entre los insurrectos, y Antonio Maceo constituyó, si no la principal, una de las más notables.

Soldado del temple de Maceo no podía contentarse con no estar conforme con la consumación de un pacto que estimaba suicida. Necesitaba demostrar su sincera oposición con hechos resonantes y prácticos. De esta suerte sin duda pensaba cuando, el 4 de febrero de 1878, hallándose acampado entre Palma Soriano y Florida-

blanca, se decidió a batir a los españoles al mando del coronel Ramón Cabezas. La brega fué encarnizada. A la columna enemiga, fuerte de trescientos hombres, hizo frente Maceo con los treinta y dos que constituían la guarnición de su vivaque en el momento de comenzar la lucha. Duró ésta, con varios intervalos, la mayor parte del día, y estuvo salpicada de episodios emocionantes. Un oficial libertador, el capitán Valentín Consuegra, mató, en duelo a machete, al coronel Cabezas. De los españoles quedaron sobre el campo de la polémica muertos unos doscientos sesenta y prisioneros veintisiete. Las bajas cubanas sólo llegaron a cinco, entre las cuales se halló el teniente coronel Teodoro Laffite.

Dura lección debió de ser para Martínez de Campos el suceso del 4 de febrero de 1878. Maceo puso entonces de manifiesto una vez más cómo el recurso supremo de que había hablado Ignacio Agramonte era capaz de realizar hazañas trascendentales. La Revolución estaba, sin embargo, condenada a morir. Aquellas jornadas no pasarían de ser las postreras de la Guerra Grande. Sobre los alientos patrióticos, las esperanzas de los optimistas y la abnegación de los que se sentían atraídos por el dilema de vencer o morir en la contienda se alzaba la adversidad. A guisa de paréntesis, largo o corto, pero paréntesis al cabo, se imponía la paz, una paz transitoria y capaz de preparar a los defensores de la República para una nueva demanda en condiciones decisivas.



FEBRERO

5

1896

## ASEDIO DE CANDELARIA

Candelaria, en los momentos en que la columna invasora regresaba del extremo occidental de Vuelta Abajo, era uno de los pocos fortificados entre los pueblos situados junto a la vía férrea del Oeste. Resultaba un obstáculo cuya desaparición mucho y de veras interesaba a la Revolución. El general Antonio Maceo no quería dejar tras sí en la región pinareña baluartes peligrosos. Al acercarse el Lugarteniente a Candelaria tenía naturalmente que surgir el choque. Se hallaban frente a frente la magnífica posición española y el deliberado propósito del caudillo cubano ganoso de hacer sentir por todas partes la pujanza de sus huestes.

Tomada por el general Maceo la resolución de poner asedio a Candelaria, salió de San Cristóbal el 5 de febrero de 1896 por la tarde. Si los defensores de la plaza no abrían sus puertas a los libertadores, el ataque iba a ser inevitable. El Lugarteniente había enviado con anticipación un mensaje de intimación al coronel de voluntarios Remigio Humara y Colina, que allí tenía el mando de las fuerzas españolas, compuestas de cuatro compañías de los llamados chapelgorris, dos escuadrones del mismo instituto a que pertenecía el jefe y cincuenta hombres del batallón *San Quintín*. Casi la llamada tuvo por respuesta el aviso conminatorio del caudillo cubano. El portador de la epístola, el joven Bonifacio Humara y Quintana, hijo del Coronel, al regresar de Candelaria, comunicó a Maceo su impresión de que no capitularían los defensores de la población, esperanzados de recibir refuerzos procedentes de Artemisa. Ya el asalto no debía retardarse.

"Maceo —narró el general José Miró— comenzó el

ataque de la población a las cinco de la tarde. El fuego se extendió rápidamente por todo el radio de la localidad. Bajo un aguacero de balas, nuestra gente se apoderó de algunos edificios de mampostería, desde los cuales se hizo menos peligrosa la hostilidad de los defensores. Empezó el incendio de las casas abandonadas y establecimientos de comercio: el fuego no calmaba los ímpetus de la guarnición. A media noche continuaban el ataque y la defensa, bajo el resplandor de las llamas."

La lucha fué larga e implacable. Se prolongó hasta el atardecer del día 6 de enero. Los sitiados, entre los que figuraban muchos hijos del país, resistieron con denuedo y aguardaron con buena suerte la llegada de refuerzos procedentes de Artemisa, mandados por el general Canella. Candelaria, teatro de sangrienta polémica, fué de esa suerte, observada desde el punto de vista español, una villa valerosa, como el Consejo de Ministros de la Metrópoli quiso llamarla oficialmente. No cayó la plaza en poder de la Revolución, pero el Ejército Libertador, según el propio Lugarteniente advirtió al coronel de voluntarios de Candelaria, marchaba de victoria en victoria, y poco importaba al cabo la esterilidad relativa del esfuerzo en 5 de febrero de 1896 realizado.



FEBRERO

6

1869

## REVOLUCION EN LAS CINCO VILLAS

La guerra libertadora iniciada en Oriente en octubre de 1868 y en Camagüey en noviembre del mismo año aceleró los trabajos de los conspiradores de Las Villas. En Santa Clara laboraba la Junta Revolucionaria, presidida por Miguel Jerónimo Gutiérrez. En febrero de 1869 muchos de los criollos dispuestos a empuñar las armas contra el régimen colonial se retiraron de Santa Clara hacia el campo con sus familias y apresuraron la concentración de miles de patriotas.

En San Gil, no muy lejos de Santa Clara, se hallaron reunidos el 6 de febrero de 1869 unos siete mil hombres. En aquel sitio y aquel día las Cinco Villas se lanzaron a la guerra. Carlos Roloff, Joaquín Morales, Mateo Casanova y Florentino Jiménez asumieron el mando de los revolucionarios. Miguel Jerónimo Gutiérrez desempeñó papel importante: escribió el acta del levantamiento y expuso, en sobria y enérgica arenga, los motivos trascendentales de la rebelión contra España. La insurrección estalló simultáneamente en el vasto territorio comprendido por las jurisdicciones de Santa Clara, Remedios, Cienfuegos, Trinidad y Sancti Spíritus. El acontecimiento era por todos conceptos salvador para la causa cubana.

En seguida surgió el grave problema de los elementos de combate. De los cinco mil hombres que a raíz del alzamiento se hallaban concentrados en Manicaragua sólo unos doscientos poseían armas, casi todas escopetas deficientes. La escasa cantidad de pólvora obtenida merizó considerablemente en los primeros encuentros. La situación llegó a ser crítica en grado sumo. Los villareños, como medida de previsión dictada por la ne-

cesidad de evitar la riesgosa aglomeración de muchas fuerzas bisoñas y desarmadas, convinieron con Federico y Adolfo Fernández Cavada, jefes de Trinidad y Cienfuegos, cuidar de que cada contingente operase en su respectivo distrito.

El enemigo agravaba con sus provocaciones, hora por hora, la situación de los patriotas. Pero la entereza de éstos malogró los cálculos de aquéllos. A las insidiosas proposiciones de paz del coronel Francisco Mataos, comandante general del Departamento, respondieron los revolucionarios atacándolo bravamente y poniéndolo en grave peligro, a la par que publicando, con la formalidad pertinente, que se reputaría delito de traición todo trato con los españoles que no estuviese basado en la independencia. Las fuerzas fueron distribuidas en distintos lugares del territorio. Miguel Jerónimo Gutiérrez, Arcadio S. García, Antonio Lorda, Tranquilino Valdés y Eduardo Machado, que integraban la Junta Revolucionaria, se sostuvieron en Malezas al lado de Carlos Roloff, a quien distinguieron desde ese momento con el empleo de General en Jefe de Estado Mayor.



FEBRERO

7

1880

## POLITICA DE CANOVAS DEL CASTILLO

Antonio Cánovas del Castillo fué el hombre público de la Península que más pesó en los destinos de España en el último cuarto del siglo XIX. Fué él "sin disputa —escribió Enrique Piñeyro— el político español que mayor influencia tuvo en los sucesos que dieron por resultado la retirada final de España del territorio americano". Con un concepto erróneo de la cuestión antillana, pero con un imperio casi aplastante en el seno de la restauración borbónica, orientó el mantenimiento de la dominación hispánica en Cuba en términos que la hicieron depender en absoluto de la fuerza material de las armas, no de las potencias morales engendradas por el amor y la comprensión. Así lo evidenció desde que, en 7 de febrero de 1880, pronunció estas duras y altaneras palabras:

"La cuestión de la Isla es ante todo de recursos y de armas, no hay que equivocarse; toda otra cosa sería un acto de candor, indigno de nuestra previsión de hombres políticos; es cuestión de armas y recursos para sostener bayonetas, porque no es ni más ni menos que una cuestión nacional. ¿Tenéis medios de sostener un ejército suficiente? Pues echaos a dormir sobre el porvenir de la isla de Cuba."

Sobre la línea de conducta de esa manera trazada, Cánovas obró y reobró. Su juicio primigenio acerca del problema cubano en nada varió. El sello que imprimió a la política colonial estaba llamado a subsistir en condiciones adversas para los propios intereses que creyó resguardar con procederes inflexibles y resortes férreos.

Los cubanos reanudaron la guerra contra el régimen colonial, y Cánovas entregó el mando de la Isla a Valeriano Weyler. Cánovas realizó así un acto que arrancó a



Manuel Sanguily esta expresión de profunda congoja: "Yo creía a Cánovas —al hombre funesto que azuzó contra la pobre Cuba la horda de asesinos que capitanea un criminal tan ruin y tan cobarde como Weyler— capaz de todos los crímenes contra los cubanos, sobre todo en una hora de trastornos, de liquidación y de castigo para la dominación española; lo creía un salvaje como Weyler, más salvaje que Weyler todavía, pues que ha sido él quien soltó ese perro para que en nombre de España desgarrarse el corazón cubano..." El tono durísimo de la manifestación de Sanguily estaba justificado por el hecho de que acababa Cánovas de descender "del pedestal de su enorme soberbia" para dar rienda suelta a "invenciones infelices y calumnias ridículas", sobre empeñarse en ahogar en sangre la insurrección de la Colonia.

Cánovas, uno de los máximos directores de la suerte hispánica en días de zozobras y peligros infinitos, fué impotente para encarar las realidades circundantes, ya por exceso de soberbia, ya por temor a comprometer la perpetuidad de humanas instituciones de que era servidor destacado. Mucho arriesgó. Mucho sacrificó. Con el corazón encogido, al columbrar el infortunio en su fase postrera, debió de pensar en lo vacío y estéril de ciertas palabras ante el valor imperativo de hechos ineluctables.



FEBRERO

8

1898

## ACCION INTERNACIONAL DE ESPAÑA

El escritor que el 1º de abril de 1897, en París, en el semanario *La República Cubana*, se refirió a la situación de Creta, para loar la conducta de las potencias del Viejo Mundo frente a las tropelías turcas, señaló la resolución de conquistar la independencia o extinguir la propia existencia que era guía y norte de los combatientes antillanos. Europa debía conocer esta extrema determinación, como sabida la tenía América. Para Creta y los cretenses había habido en las naciones de Europa un movimiento de simpatía y una acción común con el propósito de hacer de aquel pueblo un pueblo libre. ¿Olvidarían esas mismas naciones que en el Nuevo Mundo alentaba otro pueblo que merecía con no menos razón y justicia ser un pueblo libre? El interés de la humanidad y el buen nombre de la civilización reclamaban el reconocimiento del derecho de Cuba a lograr su emancipación.

Nunca, ni en circunstancias tan propicias como las elaboradas por el problema cretense, la Europa oficial quiso ayudar a Cuba en la empresa de elevarse a la condición de estado soberano. Incomprensión absoluta y egoísmo invencible eran valladares que atajaban el paso a toda alta iniciativa nacida al calor del principio de cooperación internacional entre hombres y pueblos. Más de una vez las potencias del Viejo Mundo dieron muestras de actividad o parecieron estar a punto de obrar en torno al conflicto hispanocubano. Pero ¡cuán lejos se hallaron siempre de incrementar con la fuerza de su autoridad el desenlace feliz de los destinos de la mayor de las Antillas!

La diplomacia hispánica buscó contacto íntimo con las grandes potencias europeas desde que comprendió la

creciente gravedad de sus relaciones con los Estados Unidos. En 8 de febrero de 1898, en telegrama circulado a los embajadores de España en París, Berlín, Londres, Viena, Roma y San Petersburgo, el ministro de Estado Pío Gullón —para señalar el principio de la reacción hacia la catástrofe final de las diferencias existentes entre Madrid y Wáshington con motivo de la guerra de Cuba— reflejó los recelos fomentados por la ostentación y concentración de fuerzas navales norteamericanas cerca de la Isla.

El gabinete de Madrid pretendía tener informados a los de las naciones prepotentes de Europa de sus choques con el de Wáshington. Aspiraba a preparar el terreno para decisiones que se prometía transcendentales. La ocasión no tardó en presentarse. El ministro Gullón de nuevo se comunicó telegráficamente, en el mes de marzo de 1898, con los representantes de España en el extranjero para participarles que el gobierno de la Unión iba a llevar al Congreso el dictamen de su comisión sobre la voladura del crucero acorazado *Maine* en la habia de La Habana y que Madrid solicitaba, desde luego, el consejo de las grandes potencias y, en último término, su arbitraje para dirimir las discordias pendientes y las que en un porvenir próximo podían perturbar una paz que España deseaba conservar hasta donde su honor y la integridad de su territorio lo consintiesen, no sólo por lo que a sí misma concernía, sino también por lo que la contienda, una vez encendida, podría afectar a los demás países de Europa y América.



FEBRERO

9

1898

## CARTA FAMOSA DE DUPUY DE LOME

Una verdad desconcertante flotó en el ambiente creado en los Estados Unidos de América con ocasión de la postrera de las guerras de Cuba por su independencia: los presidentes Cleveland y McKinley resistieron con obstinación a la solución que suponía la ingerencia enérgica de Wáshington en la cuestión de la Isla, no para sustituir una tutela por otra, sino para imponer el triunfo de ansiedades que, más que los propios interesados, grandes hombres de la civilización occidental habían diputado respetables y justas. La intensa propaganda desenvuelta en la Unión por los emigrados revolucionarios cubanos prendió en muchedumbre de corazones norteamericanos. Pueblo y prensa de la Nación manifestaban su compenetración con los separatistas de la Isla. Mas el Poder Ejecutivo de la Federación fiaba la suerte de la cruenta lucha al empleo de instancias diplomáticas.

En 20 de diciembre de 1897 el ministro de los Estados Unidos en Madrid dirigió una nota al de Estado de España. Repitió allí el concepto de que la paz de Cuba era menester para el bienestar del pueblo de la Unión y que el deseo de su gobierno consistía en lograr esa paz y la sólida prosperidad que únicamente con la paz podía advenir. Cuando, en 1º de febrero de 1898, el Ministro de Estado, Pío Gullón, acusó al plenipotenciario Woodford el recibo de la nota del 20 de diciembre no ocultó la viva y especial complacencia que el gabinete de Madrid experimentaba ante las diversas afirmaciones obtenidas del gobierno de Wáshington. Pareció que las relaciones entre ambas potencias se hallaban definitivamente en un sector armónico.

Un hecho, de orden privado en su origen y sin trans-

cendencia de no haber adquirido publicidad, estuvo predestinado a causar del lado de los Estados Unidos la mayor sensación: la carta que el ministro de España en Wáshington, Enrique Dupuy de Lome, escribió al notable político radical José Canalejas, a la sazón en Cuba, con alusiones al mensaje anual de McKinley y a la conveniencia de promover, aunque no fuese más que para efecto, el mejoramiento de las relaciones comerciales entre España y la Unión. La carta, dirigida a La Habana, fué ocupada, sin que la conociese Canalejas, por su secretario o amanuense, Gustavo Escoto, quien, con no escasas peripecias, la condujo a Nueva York. Allí, al habla Escoto con Horatio S. Rubens, Tomás Estrada Palma y Gonzalo de Quesada, se determinó que la epístola se pusiese en manos del Presidente, y el 9 de febrero de 1898 *New York Journal* insertó en sus columnas un perfecto facsímile de la carta y su traducción al inglés, con encabezamiento expresivo de contener el documento publicado el peor insulto perpetrado contra la Unión en toda su historia.

En aquella famosa epístola, con alusión al citado mensaje presidencial, figuró el siguiente párrafo: "Además de la natural e inevitable grosería con que se repite cuanto han dicho de Weyler la prensa y la opinión en España, demuestra una vez más lo que es McKinley: débil y populachero y, además, un polícastro que quiere dejarse una puerta abierta y quedar bien con los *jingoes* de su partido." Inmensa fué la indignación que produjeron en el pueblo norteamericano las palabras del plenipotenciario escritas en menosprecio de la persona del Jefe de la Nación y la insinuación de iniciar negociaciones para entretener y engañar a sus más altos funcionarios. El gabinete de Madrid se vió obligado a sustituir a Dupuy de Lome, a quien sucedió Luis Polo de Bernabé, y a dar cumplidas satisfacciones al gobierno de Wáshington.



FEBRERO

10

1878

## PACTO EN EL ZANJON

La Cámara de Representantes, nacida en Guáimaro el 11 de abril 1869, celebró sesión extraordinaria en San Agustín del Brazo, en Camagüey, el 8 de febrero de 1878. Asistieron su presidente, Juan Bautista Spotorno, y los diputados Salvador Cisneros, José Aurelio Pérez, Federico Betancourt, Miguel Betancourt, Antonio Aguilar, Francisco Sánchez Betancourt y Luis Victoriano Betancourt, que era su secretario.

Se leyó una manifestación popular favorable a la negociación de la paz con el gobierno de España. Spotorno dijo que renunciaba su puesto de diputado por Las Villas. Cisneros expresó que, si en otro momento no hubiese dudado abandonar la Cámara por la mera indicación de unos pocos, en aquellas circunstancias le parecía indigno hacerlo, y protestó, en su carácter de representante de Camagüey, contra los actos que sin su anuencia se verificasen y en los cuales tuviera que tomar parte como diputado. Miguel Betancourt y Antonio Aguilar significaron que, ciertos de que la mayoría del pueblo de Camagüey les había retirado sus poderes, ellos, que de otra manera se abstendrían de tomar esa determinación, se daban por separados de su representación. Francisco Sánchez Betancourt, Luis Victoriano Betancourt, Federico Betancourt y José Aurelio Pérez declararon que se consideraban desposeídos de la investidura que hasta entonces ostentaban. Con estas declaraciones terminó el acto que, a su turno, produjo la disolución de la Cámara de Representantes, como Juan Bautista Spotorno, el último en presidirla, lo consignó en documento oficial.

Dos días después de la última reunión de la Cámara de Representantes se concluyó en El Zanjón, en Cama-

güey, un pacto entre cubanos y españoles enderezado a poner término a la guerra iniciada el 10 de octubre de 1868. El convenio se firmó dando por subsistente en Cuba la dominación de España. En los artículos de esta capitulación se consignaron promesas y hechos llamados a influir en el régimen políticosocial de la Isla:

1. Introducción en Cuba de condiciones políticas, orgánicas y administrativas semejantes a las que regían en Puerto Rico.

2. Olvido del pasado respecto de los delitos políticos cometidos desde 1868.

3. Libertad de los colonos asiáticos y esclavos que se hallasen en las filas revolucionarias el día del pacto.

El convenio concluido en El Zanjón era por parte de los españoles obra de la tenacidad pacificadora de Arsenio Martínez de Campos, el general que había proclamado en Sagunto la vuelta de los Borbones al trono de los Reyes Católicos. Naturalmente, se hallaba lejos de satisfacer las aspiraciones alimentadas por los revolucionarios en su larga lucha bélica. La capitulación firmada en 10 de febrero de 1878 no obligó a los libertadores cubanos que no prestaron su consentimiento expresamente. Mucho quedaba aún por hacer antes de que en la Isla imperase la paz totalmente. Sin embargo, la aplastante fatiga de una década de sangrienta lucha y el agotamiento de las fuerzas materiales de los patriotas hacían presumir que el pacto terminado en El Zanjón llegaría a ser admitido por lo menos como el principio de una tregua entre los sostenedores de la Colonia y los partidarios de la República.



FEBRERO

11

1901

## RELACIONES ENTRE CUBA Y LOS ESTADOS UNIDOS

El 25 de julio de 1900, casi a los diecinueve meses de comenzada la total ocupación de Cuba por los Estados Unidos de América, el gobernador militar de la Isla, Leonard Wood, ordenó que el tercer sábado de septiembre se celebrasen elecciones de delegados a la Convención Constituyente que debía reunirse en la ciudad de La Habana a las doce horas del primer lunes de noviembre de 1900. Wáshington empezaba a cumplir el solemne compromiso, contraído en la resolución conjunta de 20 de abril de 1898, de propiciar la organización del gobierno de Cuba por los cubanos. La Convención Constituyente, según su convocatoria, iba a realizar tres actos fundamentales: a) redactar y adoptar una constitución para Cuba; b) acordar las relaciones que habían de existir entre la Unión y Cuba; c) regular la forma de cubrir por elección popular los cargos que la carta magna estableciese y el consiguiente traspaso de poderes. La Convención inició su vida, en el teatro Martí, en la ciudad de La Habana, el 5 de noviembre de 1900. El 21 de febrero de 1901 los delegados suscribieron la ley de leyes a que habían dedicado amplias deliberaciones, con lo que dejaron consumada la parte de mayor responsabilidad de las tareas cometidas a sus luces e intenciones.

Luego de dar cima a la formación del código fundamental por que se regiría la República, pero sin hallarse todavía firmado, en 11 de febrero de 1901, principió la Convención a prestar atención al dictamen que estaba llamada a rendir acerca de las relaciones que ligarían los destinos de Cuba y los Estados Unidos. Por su parte, Wood se puso al habla con algunos delegados y, de manera señalada, con los componentes de la comisión

encargada de informar sobre el expresado punto, a fin de comunicarles instrucciones procedentes de Wáshington y contenidas en una extensa carta oficial de Elihu Root, secretario de la Guerra. Desde el 15 de febrero, como lo denunció Manuel Sanguily, se ejerció por Wood presión sobre miembros de la Convención, aunque en vano, para torcer sus propósitos.

La Asamblea discutió el 26 de febrero, en dos sesiones, la ponencia de Manuel Ramón Silva, Gonzalo de Quesada, Enrique Villuendas, Juan Gualberto Gómez y Diego Tamayo sobre las mencionadas relaciones. La aprobó el 27, ya corregida en su estilo. En horas de la tarde del propio 27 ratificó aquella aprobación. El último de estos actos, celebrado con toda publicidad, fué coreado por nutridos aplausos, bien ganados por la lealtad con que procedían los convencionales.

El informe que hizo suyo la Convención Constituyente aludió a las insinuaciones formuladas por Wood, juzgadas inaceptables, y ponderó el derecho de la Asamblea, una vez conocidas, a proceder con igual libertad de juicio que antes de saberlas. Recordó las virtudes demostradas por la Isla durante los dos años que llevaba sujeta a la ocupación militar de la Unión. La parte dispositiva del documento se concretó a opinar que los poderes constitucionales de la República de Cuba, en estimándolo oportuno, debían declarar y adoptar las estipulaciones comprendidas en cinco bases, por las cuales recomendaba al futuro gobierno independiente y soberano el mantenimiento de absoluta neutralidad, la aceptación del tratado de París de 10 de diciembre de 1898, el reconocimiento de los actos ejecutados para la buena gobernación de la Isla por la representación de los Estados Unidos de América y la regulación de las relaciones comerciales de esa nación y la cubana por medio de un convenio fundado en la reciprocidad y con tendencias al libre cambio de sus productos naturales y manufacturados.





## JUNTA DE INFORMACION

Al cabo de una época que comprendía lustros y décadas, el 25 de noviembre de 1865, un real decreto autorizó al ministro de Ultramar para abrir una información sobre las bases en que habían de fundarse las leyes especiales que, en cumplimiento del artículo ochenta de la constitución de la monarquía española, debían someterse a la consideración de las Cortes para el gobierno de Cuba y Puerto Rico. En realidad, la medida adoptada no salía de la esfera de las promesas con que durante tantos años había respondido la Metrópoli a las ansias innovadoras de la Colonia: la Corona se limitaba a solicitar datos que podían servir a sus ministros para presentar a las Cortes proyectos concernientes al manejo de sus posesiones en las Antillas.

El último domingo de marzo de 1866 se celebraron los comicios de donde salieron los comisionados que iban a exponer en España necesidades y aspiraciones cubanas. El resultado de la elección constituyó una enorme sorpresa. De los dieciséis candidatos triunfantes eran doce partidarios decididos de la reforma, uno reformista con ligeras reservas y los demás personas ilustradas y liberales.

Las últimas semanas de 1866 y las primeras de 1867 fueron de intensa labor para los comisionados cubanos reunidos en el Ministerio de Ultramar, en Madrid, con el propósito de discutir y aprobar las respuestas a los interrogatorios sobre la cuestión social, la economía y la política. Las deliberaciones estuvieron en armonía con la importancia de los asuntos sometidos a estudio. En uno de ellos, el de la esclavitud de la raza africana, subió el tono de las discrepancias entre los reformistas

y los defensores de los intereses españoles en las Antillas. Alrededor de los modos y medios de gobernarlas tampoco podía esperarse un acuerdo fácil. En cambio, hubo unanimidad de criterios en cuanto a la necesidad de modificar el sistema tributario que regía en Cuba. Si se hubiese consultado a los hombres que acá seguían pensando en la independencia por la vía de la revolución, también se habrían producido por un cambio inmediato en la forma de obtener y administrar los recursos fiscales de esta ínsula.

En vano esperaron los reformistas ver triunfante la aspiración suya que tan unánimes pronunciamientos provocaba. De súbito, el 12 de febrero de 1867, un real decreto echó por tierra toda ilusión relacionada con la información que se tramitaba en Madrid, puesto que, dando a entender falsamente que aquello era consecuencia de las deliberaciones y los acuerdos ya terminados, vulnerando respetos y derechos y manteniendo intacto el régimen de las aduanas, estableció sobre la renta o producción líquida el impuesto directo del diez por ciento, único en el nombre y lo suficientemente elevado para arruinar la propiedad y la agricultura cubanas.





## LA ESCUELA POLITICA DE FISH

Desde el instante en que Hamilton Fish quedó erigido en cuasi indiscutido e indiscutible llevador de la política exterior de Estados Unidos, señaladamente en cuanto a las relaciones con España en torno a Cuba, pudo con razón pensar el secretario de Estado de Grant que su escuela imperaría durante mucho tiempo en las decisiones de Wáshington. Al cabo, invención suya no resultaba la táctica seguida para resolver el conflicto hispanocubano. De antiguo tenía la Unión adoptado singular sistema para tratar los asuntos de la mayor de las Antillas.

No era lo peor que los Estados Unidos pretendieran inmiscuirse en la vida cubana: lo peor radicaba en los términos en que pretendían llevar adelante esa ingerencia. A los viejos procedimientos encaminados a sostener la soberanía de España en Cuba o a apoderarse de la Isla, sin perder de vista el provecho propio, el gobierno de Wáshington hizo suceder, bajo la inspiración de Fish, el propósito de favorecer la independencia de la Colonia por medios que a nada exponían los intereses norteamericanos y que sólo sirvieron para brindar a la diplomacia española la oportunidad de ganar fáciles e incruentas batallas.

En la Cámara de Representantes de la Federación produjo estupor, con mezcla de indignación, la historia de la fracasada negociación desarrollada en Madrid en 1869. En su seno floreció el pensamiento de adoptar resoluciones encaminadas a disponer un auxilio material y eficaz a los combatientes de Cuba. El presidente Grant, en mensaje dirigido a la Cámara, evitó la votación que así iba a decidirlo. Hombres de tanto prestigio como Banks y Logan atacaron enérgicamente la política

del Secretario de Estado. Al cabo de tres días de discusión, con sesiones diurnas y nocturnas, el éxito favorable a los partidarios de la causa cubana era evidente. Pero Grant, de concierto con la opinión de Fish, solicitó, con carácter oficial, que no se adoptase lo propuesto por Banks, aludiendo a probables dificultades y augurando que por rutas más seguras podría conseguirse lo que la Cámara anhelaba. Los esfuerzos de los liberales del Congreso se debilitaron.

El 13 de febrero de 1872, con motivo de referirse a la cuestión cubana un mensaje del Presidente de la República, el senador S. S. Cox salió en el cuerpo colegislador de que formaba parte en defensa de los derechos de la Isla. Pidió que fuese reconocida la beligerancia de los revolucionarios. Se expresó con ardor acerca de la situación anormal persistente en Cuba. Sabía que corazones norteamericanos abrigaban amor hacia la Isla. Conocía las vicisitudes de su historia. Sentía indignación contra los crímenes de que eran víctimas ciudadanos de la Unión y estudiantes cubanos. Juzgaba de urgencia suma practicar una política conforme con los sentimientos de su pueblo, con mayores veras cuando implícitamente España, al declarar la existencia de un estado de guerra en Cuba y la pérdida de más de treinta mil hombres de sus filas, tenía aceptada la procedencia de que por el gobierno de Wáshington se decretase el reconocimiento de la beligerancia que él demandaba.

La iniciativa de Cox no prosperó en el Senado. Los Estados Unidos no abandonaban la escuela política de Fish. En Cuba morían hombres y mujeres y perecían familias enteras por la causa de la libertad, pero los regentes de la patria de Wáshington y Lincoln se abstendían de conceder a los combatientes criollos el beneficio de la beligerancia.



FEBRERO

14

1869

## CONSPIRACION EN CARDENAS

La actitud de los cubanos era resuelta. Al cabo de repetidos intentos y de pacientes esfuerzos se decidieron a empuñar las armas en demanda del reconocimiento del derecho a gobernarse por sí propios. Esto produjo el desconcierto en las filas de los servidores y usufructuarios de la Colonia. Pero, como impulsados por cólera diabólica, tomaron el peor de los rumbos ante los amagos del desastre. No quisieron oír la voz de la razón. Entre la obstinación en la maldad y la rectificación salvadora, midiendo antecedentes y efectos, los que por sus intemperancias e imposiciones formaban la opinión imperante no estuvieron remisos en decidirse por el partido de la perdición.

La conducta rebelde de los hijos del país respondía al desprecio con que la Metrópoli había visto los requerimientos justísimos de la Colonia. Cuando en Yara quedó encendida la tea revolucionaria en vano esperaron los ecuanímes un cambio de procedimientos en el manejo de los asuntos públicos de la Isla. Los representantes de la Metrópoli buscaron el restablecimiento de la paz y el imperio de una concordia que había desaparecido desde las postrimerias del primer cuarto del siglo XIX. ¿Qué medios o resortes pusieron en juego? Las demandas de los criollos sólo merecían, a juicio de los opresores, nuevas falaces promesas, como si hubiese sido posible ya una reconciliación sin que mediaran el abandono absoluto del régimen y el advenimiento de la justicia y del derecho.

Trabada la lucha cruenta, no ya los coadyuvantes efectivos a la Revolución, sino también cuantos simpatizaban de alguna manera con el esfuerzo redentor atra-

jeron hacia sus personas la furia de los adictos a la Colonia. La malaventurada política de agriar más y más los ánimos ya predisuestos a la acritud tomó otra vez carta de naturaleza entonces. La Habana fué testigo de acontecimientos realmente bochornosos. Hasta los bienes materiales, como si el patrimonio de cada patriota hubiese constituido un insulto para el integrismo, fueron hollados por la soberbia de los que precisamente se preciaban de ser los monopolizadores del orden y de la verdad.

Ejemplo triste de tamaños desmanes fué lo sucedido el 14 de febrero de 1869 con motivo de ser embarcado de Cárdenas para La Habana José Manuel Ponce de León y catorce cubanos más, todos acusados de conspiradores y detenidos en aquella ciudad matancera el 7 del citado febrero. A bordo del barco que había de conducirlos a la capital de la Isla los aguardaron un comandante y una compañía del ejército español. El acto, como de costumbre, fué aparatoso al encontrarse los aprehendidos ante los guardadores del orden. Pero no consistió en ello la nota más significativa. El jefe español se encargó de darla en seguida. Hizo conducir a Ponce de León y a sus compañeros a la cámara principal del buque. Allí les notificó que debían observar durante el viaje compostura y quietud poco menos que absolutas, pues al menor desmán de cualquiera de ellos cumpliría la disposición que se le había comunicado de acuchillarlos. El procedimiento no resultaba nuevo ni único. El caso se repitió con frecuencia inusitada, para mengua y perdición cabalmente de los que tales desmanes realizaban. Los servidores de la Metrópoli no querían ver la realidad de que, colocado el desdén del oprimido frente a la furia del opresor, cada vejamen acabaría por traducirse en una nueva disposición al sacrificio en el ara de la liberación de Cuba.



FEBRERO

15

1898

## LA CATASTROFE DEL "MAINE"

Alborotos producidos en La Habana el 12 de enero de 1898, de los que el cónsul Fitzburgh Lee dió noticia circunstanciada a Wáshington, fomentaron en la conciencia norteamericana la creencia de que la anarquía estaba pronta a dominar las plazas de la Isla ocupadas por los españoles. Esta presunción fué robustecida por las insinuaciones contenidas en el último parte de Lee de 13 de enero, y determinó el envío a La Habana de un buque de la armada norteamericana. El 24 de enero William R. Day, subsecretario de Estado de la Unión, telegrafió a Lee que el Gobierno tenía el propósito de reanudar sus visitas navales amistosas a los puertos de Cuba y que, consiguientemente, el crucero acorazado *Maine* llegaría a La Habana dentro de uno o dos días.

A las once de la mañana del 25 de enero entró en el puerto de La Habana, procedente de las islas Tortugas, el crucero acorazado de guerra de los Estados Unidos *Maine*, buque de seis mil seiscientos ochenta y dos toneladas de desplazamiento, con una velocidad de diecinueve nudos por hora. Montaba cuatro cañones rayados de veintiocho centímetros, seis de quince, siete de tiro rápido de seis libras, ocho de tiro rápido de una libra y cuatro tubos lanzatorpedos. Formaban su tripulación dos jefes, seis oficiales y trescientos cincuenta individuos de línea. Era su comandante el capitán de navío Charles Dinight Sigsbee.

El *Maine* hizo el saludo a la plaza, contestado por la fortaleza de La Cabaña y el buque de la marina de guerra española crucero *Alfonso XIII*. Pasó a bordo del *Maine* a saludar a su comandante el teniente de navío de la armada española Alberto Medrano. Sigsbee

devolvió la visita, por la tarde, al capitán del puerto Luis Pastor Landero. Cambiados los saludos y visitas en el *Maine*, quedó amarrado a la boya número cuatro, donde había una profundidad de veintiocho pies, suficiente para el buque, que tenía un calado de veintitrés.

A las veintiuna horas y cuarenta y cinco minutos del 15 de febrero de 1898, surto aún en el puerto de La Habana, voló el crucero acorazado *Maine*. Las explosiones fueron dos, separadas por breve intervalo. La primera, cuya detonación semejó la de un cañonazo, levantó el buque de manera perceptible. La segunda fué más abierta, más prolongada y de mayor volumen y causó la voladura parcial de dos o más de los pañoles de proa. En el parte transmitido incontinenti a Wáshington, el comandante Sigsbee consignó que había varios marinos heridos y muchos más muertos y ahogados, que los heridos y otros individuos de la tripulación salvados se hallaban a bordo de un buque de guerra español y de un vapor de la línea de Ward y que abrigaba la creencia de que supervivían todos los oficiales. En el recuento final de las víctimas, el número de éstas ascendió a doscientas sesenta y seis, entre ellas dos de los oficiales. Al tiempo de ocurrir la catástrofe, el Comandante escribía en su cámara y saltó a la cubierta al sentir la sacudida y oír el estruendo.

El entierro de las víctimas cuyos cadáveres pudieron ser habidos se llevó a cabo el 17 de febrero. El cortejo fúnebre, con los sarcófagos cubiertos de flores ofrendadas por la amistad y el dolor y con más de trescientos carruajes, desfiló por las calles de la ciudad hasta el cementerio de Cristóbal Colón. El pueblo de La Habana se mostró profundamente conmovido por la catástrofe del *Maine*.



FEBRERO

16

1739

## ABOLICION DE LA FACULTAD DE MERCEDAR TIERRAS

Desde el siglo XVI usaron los municipios cubanos la facultad de conceder mercedes de solares para fabricar y de tierras para poblar de ganados. En los albores de la segunda mitad de la citada centuria comenzaron los capitulares de la villa de San Cristóbal de La Habana a acceder a las peticiones, muchas veces provenientes de ellos mismos, de sitios para dedicar a la cría de reses y puercos. El sistema tomó naturalmente carta legal con la aplicación de las ordenanzas municipales de Alonso de Cáceres.

En el siglo XVII la Corona empezó a poner cortapisas a la facultad municipal de hacer mercedes de tierras. Reales providencias trataron de cortar de raíz el antiguo privilegio. La medida, en realidad, resultaba tardía. Por otra parte, el mal no estribaba sólo en las primitivas concesiones. Con frecuencia, fallecidos sin sucesión los usufructuarios de antiguas mercedes, el Ayuntamiento incidía en la prodigalidad de adjudicar los terrenos así vacantes sin orden ni concierto. La pésima práctica fué elevada a procedimiento en apariencias legal, y continuó imperando a despecho de las restricciones que había procurado imponer el Trono.

El abuso llegó a convertirse en escándalo. El eco de éste fué al cabo escuchado en la Metrópoli, y nuevas medidas coercitivas no se hicieron esperar. Por una real cédula de noviembre de 1729 quedó prohibido a los ayuntamientos de Cuba que en lo sucesivo confiriesen mercedes de terrenos y solares. Mas los capitulares de La Habana, en representación de junio de 1730, expusieron al Rey las razones de que se creían asistidos para no verse privados de la facultad de otorgar repartimientos. El gobernador de la Isla brigadier Dionisio

Martínez de la Vega se mostró parte en el pleito de esa suerte suscitado, y prestó a los regidores el apoyo de su opinión y de su autoridad. Todos, los capitulares y Martínez de la Vega, se valieron de la afanosa labor de activos agentes en la Corte.

El mal observado desde la Metrópoli y la decisión con que ésta acudió a su remedio fueron igualmente grandes. Los defensores de la antigua facultad de conceder mercedes de tierras no lograron sino prorrogar el señorío de sus abusivos procedimientos. Por real cédula de 16 de febrero de 1739 fué hecho saber a los capitulares "que se abstuviesen en adelante de conceder mercedes de tierras y solares como estaba prevenido, considerándose los graves perjuicios que podían resultar de la facultad que habían tenido por las Ordenanzas Municipales, no sólo por las muchas mercedes de tierras hechas, dando lugar a que se hallasen sin ejidos, ni donde pastar el ganado para el matadero, sino por haber cesado la necesidad que urgía en lo primitivo del establecimiento de hatos y distribución de solares, con los copiosos que se habían concedido sin más fábricas que unos colgadizos expuestos a los incendios". Así quedaron los municipios privados de un privilegio que ya resultaba irritante. Pero el monarca español quiso dejar todavía mejor cerrado el camino a las extralimitaciones posibles de los ayuntamientos en materia de tan grande importancia, y la real cédula de 16 de febrero de 1739 fué completada por la de 28 de febrero de 1741, dispositiva de que la facultad de mercedar residiese en una comisión integrada por el Capitán General y notables confiados a su elección.



FEBRERO

17

1867

## UN VOTO DE POZOS DULCES

La Junta de Información convocada por real decreto de 25 de noviembre de 1865 dió oportunidad a que los cubanos considerasen innecesario esgrimir las armas para lograr el reconocimiento de derechos por espacio de largos años inútilmente demandado de la Metrópoli. Los reformistas estaban animados del noble deseo de evitar nuevos derramamientos de sangre en el suelo patrio. Eran hombres de indiscutibles prestigios intelectuales y morales. Su conducta debía haberse interpretado por los usufructuarios del régimen colonial como el más sincero de los esfuerzos encaminados al mantenimiento de la paz en la Isla.

Las sesiones de la Junta de Información se iniciaron en Madrid en 1866, casi al cabo de treinta años de hallarse Cuba privada de representación legal en la Metrópoli. Lo que durante esos seis lustros había sido negado a la Isla —las falazmente prometidas leyes especiales necesarias para reparar la privación de las prerrogativas constitucionales de que la Península gozaba— se creyó entonces que sería otorgado. Pero vanas e ilusorias fueron las esperanzas del cubano en ese momento histórico. La Metrópoli, como respondiendo al clamor del país, había llamado a los representantes de éste a la Corte.

El real decreto de 12 de febrero de 1867, modificativo del sistema tributario de la Isla, entrañó de consuno la renovación de los azotes administrativos sufridos por Cuba y el desprecio para los comisionados antillanos. La protesta no podía hacerse esperar, y el conde de Pozos Dulces fué el encargado de condensarla en un voto,

el 17 de febrero de 1867 presentado, sobre la actitud que debían observar los Comisionados.

"En concepto del que suscribe —aseveró el esclarecido cubano—, los Comisionados deben protestar de una manera respetuosa, pero enérgica, contra las disposiciones del Real Decreto, por los perjuicios de gran cuantía que han de causar en la riqueza de aquel país, y por la alarma y el descontento que van a suscitar en todas las clases de la población; con tanta más razón cuanto que se han decretado inmediatamente después del informe razonado y documentado en que, así ellos como los demás individuos que el Soberano les ha asociado para ilustrarlo sobre las necesidades y conveniencias de Cuba, consignaron una opinión unánime y en sentido muy diverso a la vez que verdaderamente favorable para los intereses de aquella Isla y de su Metrópoli. Y urge que no se pierda tiempo en hacer la indicada exposición, porque en el preámbulo del Real Decreto se alude dos o tres veces al informe de los Comisionados en términos que pudieran hacer extensiva a ellos la responsabilidad de medidas que ciertamente no han aconsejado."

De la conducta levantada que los cubanos siguieron en aquellos días difíciles fué hermoso ejemplo el voto formulado por Pozos Dulces el 17 de febrero de 1867. Mas Cuba estaba a la sazón condenada a recibir nuevos agravios de la Metrópoli, y España se hallaba predestinada a precipitar por sí misma su ruina colonial. La voz de los previsores y sensatos se perdió ante la perniciosa obstinación de la turba de funcionarios, monopolizadores y traficantes que pensaba que por entero le pertenecía el explotado país para entregarse en él a todo género de abusos. La hora del desengaño final iba aproximándose. Ciertamente, los gobernantes españoles no querían evitar las amarguras y tristezas de una guerra.



FEBRERO

18

1711

## EL OIDOR PABLO CAVERO

A poco de haberse posesionado, en enero de 1708, del mando supremo de Cuba el coronel Laureano de Torres Ayala, reemplazó en la auditoría de la Isla a Nicolás Chirino Vandevall el licenciado José Fernández de Córdova. Uno y otro estaban poseídos de sus prerrogativas y preeminencias. No tardaron en chocar. Era un caso más de estériles competencias entre los que estaban cabalmente obligados a prestarse recíprocos respetos y auxilios.

Fernández de Cordova se consideró con autoridad y atribuciones bastantes para constituirse en pesquisidor con derecho a vigilar, enmendar y censurar todos los actos del gobernador general de la Isla. Empezó por calificar de criminal la tolerancia con que Torres Ayala veía el contrabando, sin reparar en que la autoridad atacada carecía de medios idóneos para contrarrestar tamaño mal. Asedió a la audiencia de Santo Domingo con denuncias contra su rival. No dió tregua a murmuraciones y desobediencias enderezadas a menoscabar en su prestigio y representación a Torres Ayala. Ni halló empacho en dirigir al Gobernador un escrito en demasia altanero e insinuante, tan insinuante y altanero que el ofendido se juzgó en el caso de hacer que un oficial de la guarnición condujese preso a El Morro al destemplado auditor.

La discordia subió de punto. Fernández de Córdova dió desde El Morro rienda suelta a su resentida soberbia en un memorial que dirigió al Rey por conducto de la audiencia de Santo Domingo, a cuya intervención recurrió en seguida. Las acusaciones formuladas por Fernández de Córdova no tardaron en dar motivo a que la Audiencia designase a su oidor Pablo Caveró para

que realizase pesquisas sobre la conducta del Gobernador y del Auditor. Cavero llegó a La Habana el 18 de febrero de 1711. Presentó sus credenciales de juez investigador. Depuso a Torres Ayala de sus cargos, reservándose el político para sí y otorgando el militar a Luis Chacón. Sacó a Fernández de Córdova del castillo de El Morro y lo declaró preso en su casa. Permitió a Torres Ayala —quien, con arreglo a preceptos legales, debía ausentarse a catorce leguas de la capital— residir en Guanabacoa con un hermano suyo, vicario de la vecina villa.

Cavero procuró conducirse con imparcialidad en Cuba. Muchos eran aquellos en quienes recaían responsabilidades. La Habana fué teatro de constantes disputas y pendencias, pues cada uno de los acusados pretendió echar sobre el prójimo las culpas propias. Pocas veces se vieron tan exacerbadas las pasiones. Así andaban las cosas cuando murió de repente, al parecer por una violenta apoplejía, el oidor Pablo Cavero.



FEBRERO

19

1897

## JUSTICIA DE PI Y MARGALL

En Francisco Pi y Margall se manifestó una cualidad rara en la política europea: la comprensión del destino de América. Las voces de Víctor Hugo y Giuseppe Mazzini, alzadas en 1870 para señalar a los Estados Unidos de América la obligación ineludible de cooperar a la libertad de Cuba, no habían logrado crear doctrina entre los directores de las potencias del Viejo Mundo. Pi y Margall, abroquelado con ideas análogas a las expuestas por Hugo y Mazzini, fué en España, a fines del siglo XIX, "el único político de altura que acertó a ver con claridad la magnitud del problema colonial". ¿Cómo juzgaba las aspiraciones de Cuba?

Precisas eran las ideas de Pi y Margall sobre Cuba. "Cuba está, con sobrado motivo, cansada de una dominación que, sobre impedirle que se gobierne por sí misma, la estruja y la hace pasto de la voracidad de políticos hambrientos. Cuando no fuese más que por nuestras vergonzosas dilapidaciones, no podría menos de aspirar a sacudir el yugo." En toda Europa, no sólo en España, la postura de Pi y Margall constituyó un caso excepcional.

Pi y Margall no pudo dejar de poner su atención en lo contradictorio del juicio europeo acerca de Creta y Cuba. "Se levantan Cuba y Filipinas por su independencia —esto trazó su pluma—, y no hay en España quien no las califique con los más duros epítetos. Los insurrectos de Cuba son unos ingratos y unos bandidos, y los de Filipinas, además de bandoleros y desagradecidos, monos que apenas alcanzan la categoría de hombres." ¿Se discurría de la misma manera en cuanto a Creta? Pi y Margall afirmó: "Se alzan ahora los cretenses, y todo

el mundo bate palmas. ¿Hay nada más hermoso, se dice, que verlos luchar por sacudir el yugo de los otomanos? Son griegos de origen, tan griegos, que, según la mitología helénica, se suponía nacido a Júpiter en uno de los montes de la Isla. Pues aspiran a formar parte de Grecia, y Grecia los busca, como la madre a sus hijos: ¿hay cosa más justa que satisfacer los deseos de la una y los otros?" El repúblico español no censuraba el raciocinio, sino la inconsecuencia.

Caso de lesa humanidad era el de España contra Cuba. "Cubanos y filipinos se quejan de la conducta de España, como los cretenses de la de Turquía. Como los cretenses, habían recurrido otras veces los cubanos a las armas y habían obtenido promesas no siempre cumplidas. Viven los filipinos bajo una servidumbre aún más depresiva que la de los cretenses, bajo la servidumbre del fraile. ¿Cómo tanta deferencia para los sublevados de Creta, y tanto rigor y desprecio para los de Filipinas y Cuba?" Así discurría Pi y Margall el 19 de febrero de 1897. Las naciones de Europa intervenían sin rebozo en los disturbios de Creta, y nadie protestaba. Se admiraba en Creta el renacimiento del genio y del empuje de la Grecia de Pericles, y hasta una guerra general contra Turquía se hubiese visto con júbilo para salvar a Creta. En cambio, un solo clamor se alzaba para condenar, no menos que a los colonos rebeldes del Nuevo Mundo, el propósito de los Estados Unidos de inmiscuirse legítimamente, por solidaridad, en el rudo choque que depauperaba a Cuba. La justicia de Pi y Margall reclamó para Cuba un trato por parte de Europa semejante al aplicado por Europa a "Creta.



FEBRERO

20

1871

## LA TORRE OPTICA DE COLON

Una de las fases notables de la guerra iniciada en Cuba en 1868 fué la constituida por la significación de muchos de sus hombres. En la hora del sacrificio cruento hubo una admirable conjunción entre los elementos cargados de años y experiencias y la juventud que brillaba a la cabeza del movimiento intelectual del país. ¿Quién superó en abnegación y desistió a los principales componentes de la Revolución? Cada quien anhelaba ser el primero en el peligro y en el sufrimiento. Propietarios riquísimos, profesionales prestigiosos, oradores, literatos y poetas marcharon al campo de la pelea con la decisión de sucumbir en la demanda.

Ignacio Agramonte y Loynaz, el caballero cubano sin tacha y sin miedo, figuró en las avanzadas de la abnegación. Fué él de aquellos que dieron lustre a la Revolución, no ya por las proezas mismas realizadas en defensa de la nacionalidad en germen, sino también por los antecedentes de todo género que rodearon su nombre. De no haber tenido Cuba a docenas caudillos realmente insignes, sin duda hubiera bastado Agramonte para llenar de honor las páginas de su historia. Ofreció ejemplo elocuente de cuanto en la vida era grande y noble. Su brazo estuvo al servicio de hazañas que depusieron gloria inmarcesible a las huestes organizadas para reclamar por la fuerza el derecho del cubano a llamarse ciudadano libre.

Agramonte no perdía ocasión para arremeter contra los enemigos de la independencia patria. Así, rondando por las inmediaciones de la Torre Optica de Pinto o Colón —mirador de los españoles, situado a cuatro leguas de la ciudad de Puerto Príncipe—, puso empeño en

asaltarla. Desde mucho antes de amanecer, el 20 de febrero de 1871, el año de sus esfuerzos inmortales, se dirigió a aquella fortaleza adversaria. Se situó cerca de ella. Arengó a sus subordinados. Dispuso el ataque por el frente y los flancos. Trabó ruda pelea. Los asaltados aguardaban el suceso y se hallaban preparados para repeler la acometida.

El choque fué terrible. La Torre Optica estaba blindada. Sus ocupantes no pudieron evitar que los bravos insurrectos, asaltándola a pecho descubierto, la incendiasen y derribaran a no pocos de aquéllos. Las bajas cubanas superaron en número a las españolas. Jefes de la significación de Salvador Cisneros y Betancourt y Manuel Sanguily fueron heridos cuando, secundando denodadamente a Agramonte, animaban con la palabra y el ejemplo su hueste. Ante la dureza de la realidad, al mismo tiempo que complacido de los estragos hechos en el bando contrario y seguro de que no merecía la toma de la Torre Optica de Pinto o Colón mayores sacrificios que los ya consumados, el héroe se resolvió a poner término al asalto.



FEBRERO

21

1723

## SUBLEVACION Y MUERTE DE VEGUEROS

La presencia de unos quinientos vegueros, casi todos a caballo y armados, el 18 de febrero de 1723 en las zonas de cultivo de Santiago y Bejucal fué, más que nuncio, demostración plena de que algo extraordinario ocurría. La actitud asumida por tan numerosas personas era aún de mayor notoriedad. Se echaron sobre campos cubiertos de tabaco. Los arrasaron. ¿A qué se debía locura tal? ¿Qué había por ventura espoleado a los labradores de las inmediaciones de La Habana para que se entregasen a semejantes depredaciones? La defensa de intereses que consideraban lesionados era el móvil de la alborotada conducta de tan gran concurso de agricultores.

Los especuladores en el comercio del tabaco, perjudicados por no haber podido despachar sus remesas para la Península en los galeones que zarparon del puerto de La Habana a principios de 1723, montaron en cólera. Pero no desataron la propia: encendieron la de los vegueros de San Miguel, Guanabacoa y Jesús del Monte. Los llevaron a creer que un estanco absoluto de la rama nicociana estaba decretado, y que ello era causa de la baja de precios notada por algunos necesitados que en aquellos días precipitaron la venta de la que poseían. Los labradores confiaron en la buena fe de sus oficiosos informantes. Se apresuraron a hacer sentir su protesta. Se armaron de arcabuces y escopetas. Aparecieron de improviso organizados y dispuestos a realizar atentados a la propiedad como el llevado a cabo el 18 de febrero en Bejucal y Santiago de las Vegas.

El gobernador de la Isla, Gregorio Guazo Calderón, fué informado de los hechos realizados por los vegueros y de que el número de los sediciosos pasaba de

mil, situados estratégicamente a lo largo del camino de Calabazar a Santiago de las Vegas. Dispuso que a las nueve de la noche del 20 de febrero el capitán Ignacio Barrutia, con su gente montada y dos compañías de peones, marchase hacia el lugar de los sucesos. Las horas señaladas por el Capitán General para el movimiento de sus fuerzas sirvieron para que unos y otros se aprestasen. Los amotinados tendían a marchar sobre la plaza de La Habana.

El choque se hizo inevitable al amanecer del 21 de febrero de 1723. El capitán Barrutia, situado en las inmediaciones de Santiago, se adelantó con un pequeño núcleo de sus fuerzas e intimó a los sediciosos para que se disolviesen. La respuesta fué dada en el acto, mas no como la aguardaban los representantes de la autoridad. A la demanda del oficial contestaron los sediciosos descargando a quemarropa sus arcabuces y escopetas. El resto de la tropa de Barrutia salió de las malezas en que se ocultaba y arremetió contra la muchedumbre rebelde. Gracias a la prisa que se dieron para ponerse a salvo, sólo hubo un muerto, varios heridos y doce prisioneros. Guazo condenó a muerte a los prisioneros casi al ser aprehendidos, y en la misma mañana fueron arcabuceados y sus cadáveres colgados en lugares fácilmente visibles, según el Capitán General, para escarmiento de los pueblos donde se había producido la insurrección.



FEBRERO

22

1877

## MUERTE DE AGUILERA

A Francisco Vicente Aguilera cupo la honra singular de ser el genitor de la insurrección cubana iniciada en 1868. Su posición económica era privilegiada. Las tierras que constituían parte de su patrimonio ocupaban superficie mayor que la de alguno de los estados alemanes. Esta circunstancia no lo apartó de ideas y obras de ejecución riesgosa. Con sencilla valentía tomó a su cargo la tarea de organizar la lucha armada que había de disputar a España su dominación en Cuba. Fué él de aquellos a quienes Martí se refirió cuando dijo que los ricos, que en otras partes se le opusieron siempre, en Cuba hicieron la guerra.

Aguilera fué hombre de prudencia extremada y de actitudes juiciosas. Nadie estuvo en situación mejor que él para encabezar los trabajos fomentadores de una rebelión en Cuba. Sin embargo, no se mostraron tardos los agentes del gobierno colonial en abrigar sospechas respecto de la conducta del opulento varón. Con motivo de alborotos e incidentes ocurridos en Bayamo en los días de Santiago y Santa Ana, con ostensibles manifestaciones de hostilidad al régimen político dominante en la Isla, recayeron en Aguilera serios cargos: se le supuso y señaló como inductor de lo sucedido. El teniente de gobernador de Bayamo, Julián de Udaeta, lo llamó a su presencia y le dijo: "Señor Aguilera, sé que es usted el instigador de esta asonada, extrañándome mucho que un hombre que peina canas se meta en asuntos de esa naturaleza. Tengo tomadas mis medidas, y le juro a usted que haré ejemplar castigo sobre cualquiera que grite: ¡Muera España!" Aguilera sintió indignación por el tono autoritario que empleó Udaeta, y en el acto

repuso: "Aseguro a usted que no he tomado parte en ese asunto; pero también le juro, como caballero, que, si Francisco Vicente Aguilera toma algún día parte en asuntos de esa naturaleza, ha de hacer temblar a España." Saludó el prohombre bayamés a su colocutor, que debió de sentir estupefacción, y se marchó.

Desde principios de 1867, cuando inició la conspiración, hasta una década después, el 22 de febrero de 1877, al expirar en frío suelo extraño, Aguilera acopló sus procederés a la recia moral evidenciada en su mencionada contestación al teniente de gobernador de Bayamo. Más de una vez quienes en Cuba dominaban a nombre de España temblaron ante las fuerzas morales engendradas por el coraje de hombres de la contextura de Aguilera.

Los merecimientos de Aguilera lo elevaron a la calidad de señor potísimo en las fastos de la guerra de los Diez Años. Pareja gloria alcanzó con sus desasimientos. Circunstancias varias pusieron a Carlos Manuel de Céspedes a la cabeza del movimiento armado al surgir éste, y Aguilera acató sin protesta ni acidia un hecho que lo colocaba en segundo plano. No regateó su personal concurso a la magna tarea por él animada y alimentada. Con su brazo, su temperamento conciliador y su fortuna en bienes materiales concurrió a salvar la insurrección. Sus méritos fueron solemnemente exaltados en Guáimaro el 11 de abril de 1869, el día en que Céspedes lo propuso para secretario de la Guerra y la Cámara de Representantes proclamó su condición de precursor en la difícil obra de repujar las instituciones privativas de la República.





## MACEO EN MATANZAS

Antonio Maceo entró de nuevo en la provincia de Matanzas, de regreso de su recorrido hasta el extremo occidental de la Isla, el 23 de febrero de 1896. Demostró, otra vez, que estaba poseído del genio de la guerra. No más de un mes hacía del famoso acontecimiento entrañado por su presencia en Mantua, rodeado de autoridades y elementos de la situación colonial, que se aprestaron a rendirle personal homenaje de acatamiento y a levantar el acta en que quedó constancia fehaciente, única por su naturaleza en los fastos de la Invasión, de aquel señalado suceso. Cuatro semanas habían bastado al héroe para recorrer los territorios de Pinar del Río y La Habana y penetrar en el de Matanzas.

Al cabo de la jornada del 22 de febrero, triunfante de obstáculos de todo género, las huestes de Maceo vivaquearon en la raya de las provincias de La Habana y Matanzas. Los movimientos realizados aquel día eran consecuencia inmediata del acuerdo entre el Generalísimo y el Lugarteniente, decididos a internarse otra vez en Matanzas.

Maceo tenía por maestro a Gómez. La lealtad de esta actitud era absoluta. Pero había más entre los dos grandes guerreros: el entrañable afecto que los aproximaba y unía. Maceo se sentía feliz acercándose a Gómez y obedeciendo sus inspiraciones. La colaboración de ambos jefes era ejemplar. Gómez y Maceo estaban penetrados de la alta conveniencia de efectuar una excursión por la comarca dos meses antes devastada por los soldados de la libertad, y la acción sucedió sin tardanza a las palabras de los próceres expresivas de semejante determinación.

En las primeras horas de la mañana del día 23 se dirigió Maceo a la parte central de Matanzas. No perdió de vista el plan de atraer con su presencia la atención del enemigo hacia el Norte de la Provincia. La jornada del 23 de febrero de 1896 resultó extraordinariamente satisfactoria. Entre Navajas y Güira de Macurijes, en la línea de Sabanilla, sostuvo la columna insurrecta una escaramuza con motivo de los intentos del coronel Eduardo García para impedir o dificultar el paso de un tren. Mas no hubo otros contratiempos para los designios del Lugarteniente, que pudo sentirse por la tarde, al hacer alto para acampar, complacido de sentar sus reales dentro de líneas intrincadas y fuertes del adversario, naturalmente desconcertado ante maniobras tan espléndidas del caudillo cubano.



FEBRERO

24

1895

## LA REVOLUCION DE MARTI

Las instrucciones enviadas desde Nueva York por Martí a su delegado en La Habana, ya avezado servidor de Cuba en medio de peligros y persecuciones, Juan Gualberto Gómez, había puesto en movimiento a los comprometidos a llevar la nueva demanda contra España. El entusiasmo, de antes prendido en los pechos honrados, se sentía entonces más inflamado que nunca. La hora de renovar las viejas proezas de la guerra se aproximaba. Más aún: parecía advenir el día de la felicidad misma del pueblo cubano. Las cadenas arrastradas durante cuatro siglos pesaban demasiado, y el solo hecho de decidirse a romperlas era como sacudir un profundo letargo.

En Cuba existía fuerte raigambre de descontento y enemiga hacia los procedimientos que el régimen colonial se empeñaba en perpetuar con daño para los intereses inmanentes del país. El incumplimiento de promesas hechas en momentos solemnes, el atraso padecido por la mayoría, la corrupción administrativa y del pueblo de la Isla y las trabas con que tropezaban manifestaciones esenciales del progreso colectivo alimentaban los naturales anhelos de independencia. La certidumbre de que sólo por medio de las armas alcanzaría Cuba una situación más libre y próspera crecía sin cesar.

La salida de Juan Gualberto Gómez de La Habana, los aprestos del grupo dirigido en Manzanillo por Bartolomé Masó y la ausencia de Santiago de Cuba de muchos de los señalados como fáciles a tomar las armas de la rebeldía, con otras novedades de parecida índole, fueron síntomas inequívocos de que la guerra estaba pronta a estallar. La fe patriótica tuvo que experimentar favorables reacciones. Los planes del Partido Revo-

lucionario Cubano iban a entrar en franco período de ejecución. La obra preparada a costa de sacrificios y amarguras en la emigración, bajo la jefatura del Apóstol, comenzaría a traducirse en el desplome del sistema colonial.

Varios fueron los grupos de conspiradores que el 24 de febrero de 1895 se lanzaron a los campos de Cuba en son de guerra contra la dominación española. Guantánamo, Bayate, Baire, Ibarra y Jagüey Grande se señalaron como lugares en que se manifestó el espíritu bélico de los separatistas. Estos núcleos de sublevados no corrieron igual suerte. El de Ibarra, capitaneado por Juan Gualberto Gómez y Antonio López Coloma, fué deshecho. El de Baire alcanzó especial atención, a pesar de haber estado acompañado de una rara mezcla de propósitos autonomistas y emancipadores. El de Bayate, conducido por Bartolomé Masó, tuvo la virtud de resistir a todas las tentaciones insinuadas por los defensores de la Colonia. El movimiento del 24 de febrero se salvó del fracaso que por tantos caminos buscaron los adversarios de la independencia. Y la subsistencia del esfuerzo feral aseguró el avance de la lucha concebida y plasmada por José Martí.



FEBRERO

25

1896

## ACCION DE LA PERLA

Maceo y sus hombres quisieron conmemorar ostensible y dignamente el primer aniversario de los principios de la guerra de 1895. La entrada y el paseo triunfales del caudillo en la provincia de Matanzas el 23 de febrero de 1896 fueron sucesos propios para enaltecer la vispera de la festividad gloriosa. El 24, al año justo de iniciada la contienda en que tan señaladas victorias se había ya anotado el cubano, el recorrido practicado por los campos de Coliseo habló al corazón de los libertadores de felices acontecimientos aún recientes y avivó el ardor patriótico, puesto sin tardanza de manifiesto en el asedio del pueblo de Limonar.

El Cuartel General pernoctó el día 24 en el ingenio *La Perla*, en el valle de Guamacaro. Allí hubo noticias de que fuerzas españolas, en número crecido, se encontraban en Lagunillas. Las providencias aconsejadas por la inminencia del choque fueron adoptadas sin dilación. Patrullas exploradoras partieron a medianoche por los caminos de Lagunillas y Limonar. Llevaban la instrucción de atravesar la línea férrea y salir al encuentro del enemigo apenas lo descubriesen por aquellos contornos. En el entretanto el grueso de las fuerzas se ocupó activamente con los aprestos de la pelea por todos presentida, y al amanecer se hallaba sobre las armas.

El cronista de las campañas de Maceo habló de la actividad bélica en Matanzas entre el 24 y el 25 de febrero de 1896. Los pelotones que habían salido a medianoche anunciaron con un tiroteo muy vivo la proximidad de la columna enemiga. El centro de esta columna avanzó por el frente, porque la altura inmediata no había sido tomada con la rapidez debida. Durante la maniobra,

muy bien ejecutada, recibió el fuego enfilado de la tropa dirigida por Maceo. Con la celeridad del rayo acudió la caballería del General a repeler otro avance de los españoles. Casi tocó al adversario con las manos. Tuvo que acudir a las armas de fuego en esa fase de la acción. Ello dió motivo a que por dos o tres guardarrayas paralelas se adelantasen con decisión evidente algunas compañías de las fuerzas españolas, y poco faltó para que envolvieran a los escuadrones que habían ido a la carga con el acero desnudo.

Tal fué la primera parte de la acción sostenida el 25 de febrero de 1896 en *La Perla*. El combate quedó reanudado cuando se reunieron las fuerzas mandadas por los generales Antonio Maceo y Juan Bruno Zayas. Los cubanos trabaron la pelea en el ingenio *Julia*, que incendiaron para presentar al enemigo una barrera formidable. Por la tarde, al tiempo de recibir Maceo un refuerzo en las alturas de Guamacaro, prosiguió la contienda, que cesó después de las tres. Ambos contrincantes abandonaron el campo de la acción, en la que los cubanos lamentaron cincuenta y tres bajas. Unos y otros, insurrectos y españoles, pelearon allí con bravura y destreza.



FEBRERO

26

1869

## ABOLICION DE LA ESCLAVITUD EN CAMAGÜEY

Entre los acuerdos adoptados por los camagüeyanos a poco de haber proclamado en su territorio, el 4 de noviembre de 1868, la independencia de Cuba, se halló el de constituir un Comité Revolucionario, encargado de encauzar la guerra. Cuando se decidieron a continuarla a todo trance, rechazando las proposiciones de paz procedentes del conde de Valmaseda —nunca tronó con más oportunidad y eficacia la palabra viril de Ignacio Agramonte— eligieron a Salvador Cisneros y Betancourt, Ignacio Agramonte y Loynaz y Eduardo Agramonte y Pina para integrar el Comité Revolucionario.

Camagüey sostuvo en el común esfuerzo de los patriotas la tendencia democrática apasionadamente. Desde los primeros momentos, lejos de poner en manos de un solo hombre la dirección de todos los intereses y asuntos de la región, se ocupó en organizar un triunvirato de eximios ciudadanos.

Camagüey no se contentó con darse una vez instituciones capaces de nobles empresas. Procuró marchar de concierto con los tiempos y las cosas. Así se vió cómo, no cumplidos los dos meses del desembarco en La Guanaja de los expedicionarios de la goleta *Galvanic*, comandados por el general Manuel de Quesada, del propio Comité Revolucionario partió una idea altamente democrática y previsoras. Puesto que el territorio insurreccionado contaba con nuevos y más numerosos elementos, debía conocerse la opinión de todos acerca de los hombres en quienes depositaban su confianza. El Comité Revolucionario resignó sus poderes. Hubo elecciones. La mayoría favoreció a Salvador Cisneros, Ignacio Agramonte, Eduardo Agramonte, Antonio Zambrana y Fran-

cisco Sánchez Betancourt. Los representantes del pueblo pasaron a ser cinco, y, fuera por esta razón, fuera por otra de parecida índole, el organismo de tal suerte creado por los sufragios tomó el nombre de Asamblea de Representantes del Centro.

La Asamblea de Representantes del Centro se dió prisa en iniciar labor útil y levantada. Lo fué desde luego su decreto de 26 de febrero de 1869. Por él quedó abolida en el territorio sometido a la jurisdicción de la Asamblea la inhumana institución de la esclavitud. Los Representantes declararon en el expresivo cuanto lacónico preámbulo de su acuerdo que, habiendo sido traída la institución de la esclavitud a Cuba por la dominación española, debía extinguirse la primera con la segunda. Además, ellos tuvieron en cuenta principios de justicia y creyeron con razón hablar en nombre de la libertad y del pueblo.

El acuerdo de abolición de la esclavitud adoptado por la Asamblea de Representantes del Centro cortó el mal de raíz, pues creó aquella novedad sin atenuaciones de ninguna especie. Fué sin duda más amplio y expícito que el decreto dictado por Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo el 27 de diciembre de 1868. Acuerdo y decreto estuvieron inspirados en el mismo criterio de libertad y justicia. Mas resultó asimismo innegable que los camagüeyanos se dirigieron con menos temor y menos vacilaciones a la consumación de la trascendental medida. El acuerdo de la Asamblea de Representantes del Centro constituyó una verdadera conquista revolucionaria.



FEBRERO

27

1874

## MUERTE DE CESPEDES

Carlos Manuel de Céspedes, depuesto en 27 de octubre de 1873 del cargo de Presidente de la República de Cuba libre, adoptó una actitud ajustada a las circunstancias y compatible con el lustre de su vida. Después, sosegado el ánimo, abrigó el pensamiento de marchar al extranjero. Lo alentaba el doble propósito de evitar dificultades al gobierno revolucionario y de prestar su ayuda desde la emigración. En 2 de noviembre de 1873 solicitó del Presidente de la República pasaporte y autorización para que lo acompañasen algunos familiares, amigos y criados de su confianza. Entonces dijo:

"No pensé nunca salir de Cuba durante la actual contienda contra la dominación española. Mas, depuesto del cargo que ejercía, mi presencia en el país puede servir de pretexto a ambiciones, ser origen quizás de desagradados que yo quiero evitar a toda costa; es por esto, en modo alguno por las privaciones que tuviera que experimentar, ni por temor a peligros procedentes del enemigo, que deseo pasar al extranjero. Quedándome en Cuba, he de ser forzosamente gravoso; en el extranjero, sosteniéndome con el producto de mi trabajo personal, puedo ayudar a más a la Revolución."

Céspedes aguardaba a que se le extendiese el pasaporte pedido. Se hallaba en esta espera cuando se determinó a fijar su residencia en una finca situada en la Sierra Maestra y llamada *San Lorenzo*, adonde llegó el 23 de enero de 1874. Allí ocupó con su primogénito un bohío de guano.

En Santiago de Cuba un antiguo esclavo de Salvador Cisneros y Betancourt había sido condenado a muerte por los españoles. En vísperas de ser pasado por

las armas ofreció señalar el refugio de Céspedes a cambio de la conmutación de la pena impuesta. Los sostenedores del régimen colonial no despreciaron una ocasión tan propicia a la satisfacción de un antiguo anhelo. Capturar a Céspedes, vivo o muerto, sería asestar un rudo golpe a la Revolución.

Una fuerte columna española asaltó en 27 de febrero de 1874 el apartado albergue del hombre del 10 de octubre. El prócer comprendió en seguida el peligro en que se hallaba. Se dispuso a repeler la agresión. Con agilidad y vigor extraordinarios se situó a distancia de los asaltantes. Un tiro le fracturó una pierna y lo derribó. Pero él se levantó, disparó e hirió a uno de los enemigos. La lucha era excesivamente desigual. Céspedes fué acosado y hostigado. En aquellos momentos supremos conservó la decisión de no rendirse. Y el insigne propulsor de la guerra por la independencia de Cuba llegó al fin de su vida terrenal bajo el fuego de los dominadores que habían suscitado la lucha sangrienta por él desatada.



FEBRERO

28

1895

## EL ULTIMO HOMBRE Y LA ULTIMA PESETA

La noticia de que el 24 de febrero de 1895 habían ocurrido en Cuba distintos alzamientos en pos de la independencia nacional no tardó en llegar a España. Media semana después comenzó en Madrid a agitarse sin recato la conciencia pública en torno a la grave novedad. El día 28 fué de manifestaciones ostensibles en la prensa y en la zona parlamentaria. El Ministerio estaba presidido por Práxedes Mateo Sagasta. Y Antonio Cánovas del Castillo y sus parciales se creyeron obligados a mostrar su solidaridad con el Gobierno. *El Liberal*, de Madrid, insertó el mismo 28 declaraciones en ese sentido dictadas por Cánovas. También de Cánovas, a la vez que salían las manifestaciones públicas en *El Liberal*, partió para el senador Antonio María Fabié la carta contentiva de estos conceptos:

"No podemos dejar pasar más tiempo sin interrogar al Gobierno respecto a la situación de la isla de Cuba; nuestro deber de oposición de S. M. nos obliga a ello. Hoy mismo, previos los oportunos requerimientos, haga usted la pregunta en el Senado, afirmando que el partido liberal conservador apoyará al Gabinete resueltamente y está dispuesto a sacrificar, en el empeño de mantener la soberanía española en las Antillas, el último hombre y la última peseta."

Fabié atendió incontinenti la recomendación de Cánovas, su jefe político. En el Senado, el 28 de febrero de 1895, interpelló al Ministerio acerca de la alteración del orden público en Cuba, "parafraseando, en un breve discurso, el texto de la carta de Cánovas". Cánovas había lanzado la idea de que era menester, en el empeño de retener la soberanía española en las Antillas, llegar

hasta sacrificar el último hombre y la última peseta. En los momentos en que Fabié hablaba en el apuntado tono en el Senado, el propio 28 de febrero, Francisco Romero Robledo —con Cuba relacionado por su familia, por intereses materiales y por su apego a las peores inclinaciones de los intransigentes de la Isla, a quienes podía tener por sus legítimos clientes con no menos autoridad que Cánovas— levantó la voz en el Congreso de los Diputados para referirse a los sucesos de Cuba, interrogar al Gobierno y terminar con la expresión de su deseo de que lo que en la Colonia acontecía no pasase de ser “una pequeña algarada promovida por algunos insensatos y malos españoles”. Lo que a Romero Robledo, el *Pollo de Antequera*, arrancaba palabras tan despectivas no era sino el principio real de una guerra promovida para extinguir la dominación de España en América.

A Cánovas correspondió la paternidad del pensamiento según el cual España debía perder hasta el último hombre y gastar hasta la última peseta para evitar que las Antillas saliesen de su soberanía. Su partido, alejado del Poder, hizo suyo el magno ofrecimiento apenas comenzó a tratarse en la Península de la guerra reiniciada por los cubanos. Pero no fué patrimonio exclusivo de Cánovas ni de sus correligionarios la actitud arrogante que aquellas palabras entrañaron. En la otra orilla de la política organizada en derredor de la dinastía borbónica, en el sector dominado por Sagasta, floreció idea semejante a la concebida por Cánovas. Poco más de una semana después de escribir Cánovas a Fabié la epístola en que consignó el designio de consagrar a la causa de la llamada integridad nacional hasta el último hombre y la última peseta, el 8 de marzo de 1895, Sagasta, discutiendo acerca de la situación en España y sus colonias, dijo en el Senado que la Nación estaba dispuesta a sacrificar hasta la última peseta de su tesoro y hasta la última gota de sangre del último español antes de consentir que se le arrebatase un pedazo siquiera de su territorio.



FEBRERO

29

1896

## WEYLER JUZGADO POR ESTRADA PALMA

Un día de aquellos en que se veía venir de nuevo la guerra en Cuba como único medio idóneo para precipitar su transformación política José de Armas y Cárdenas escribió y publicó en La Habana que para los habitantes de la Isla había llegado el momento de escoger entre José Martí y Valeriano Weyler. Con Martí debían estar los aspirantes a vivir en un ámbito en que fuese respetada la dignidad plena del hombre. Con Weyler podían coexistir quienes pretendiesen hacer de esta Antilla una factoría regida por el absolutismo. En el señorío de Weyler observaba algo más *Justo de Lara*: el señorío de Weyler hablaba de actos de lesa humanidad.

Cuando Arsenio Martínez de Campos dió por fracasadas sus actividades políticas y militares en Cuba, puesto que le era imposible sofocar la insurrección iniciada el 24 de febrero de 1895, el General expresó al gobierno de Madrid dos conclusiones graves: a) la rebelión de los separatistas no podía ser combatida sino con procedimientos de extrema crueldad, incompatibles con su temperamento y su moral; b) sólo había un hombre en España con capacidad para hacer en la Isla esa guerra inhumana, y el hombre era Valeriano Weyler. Acaso Martínez de Campos pensó que la segunda de estas afirmaciones no serviría nunca de base para enviar a la Isla a un militar sin escrúpulos de conciencia. De todos modos, incidió en el yerro capital de insinuar que se entregase a Weyler el mando de Cuba en circunstancias excepcionales.

Weyler fué destinado a Cuba. Llevaba pocos días en la Capitanía General en los momentos del 29 de febrero de 1896 en que Tomás Estrada Palma, en carta

que desde Nueva York dirigió a Severo Pina, expuso su parecer acerca de lo que podía esperarse de la presencia del cruel militar en la Isla. El delegado del Partido Revolucionario Cubano dijo al secretario de Hacienda de la República:

"Lamento como el que más las violencias, atropellos y crímenes que nuestro pobre pueblo sufrirá bajo el mando del sanguinario general Weyler, pero indudablemente la torpeza e iniquidad de sustituir al general Campos con este infame y sanguinario gobernante ha apresurado a los que dirigen y rigen los destinos de esta gran nación a prestarnos su valioso concurso."

Estrada Palma conocía la conducta observada por Weyler como oficial subalterno en la Guerra Grande. Weyler había llegado a azotar con un látigo a mujeres desnudas e indefensas por el solo hecho de ser cubanas residentes en los campos dominados por la Revolución. Su vuelta a la Isla, y armado con el lleno de las facultades de un gobernador de plaza sitiada, presagiaba las infinitas desgracias previstas por Estrada Palma. Era presumible que los crímenes de Weyler precipitasen a los Estados Unidos a poner su enorme influjo al servicio de la libertad de Cuba. Pero el precio de esta ayuda podía ser elevadísimo en sacrificios para los patriotas antillanos: ni más ni menos que como observaba Estrada Palma juzgando al infame y sanguinario Weyler.



MARZO

1

1878

## REFORMAS POLITICAS

Los clamores de Cuba en demanda de reformas jurídicas y administrativas durante los treinta años comprendidos entre 1837 y 1867 fueron inútiles. La Metrópoli, ciega y contumaz ante la realidad, se mantuvo imperturbable mientras la Colonia gemía en el infortunio. La voz de los más ilustres hijos del país en vano se dirigía a los altos poderes de España. Cuando patriotas fervorosos acudían a las armas para hacerse oír, los gobernantes, lejos de rectificar, agravaban la situación del oprimido.

Necesario fué preparar, iniciar y poner en marcha una guerra. Una década de sangrienta lucha no bastó para redimir al cubano de la esclavitud política. Pero el grande esfuerzo de los servidores de la libertad produjo efectos beneficiosos. Los patriotas quedaron cansados, poco menos que vencidos. Así y todo, España tuvo que recurrir a medios muy distintos de los de antaño para devolver al país la paz perturbada desde el 10 de octubre de 1868.

El olvido del pasado y la esperanza en el porvenir fueron los elementos con los que el general Arsenio Martínez de Campos procuró llevar a los cubanos al avenimiento de que fué expresión jurídica el pacto de El Zanjón. El caudillo español, rodeado a la sazón de los prestigios deparados por triunfos recientes en la Metrópoli, comprendía que una era de rectificaciones resultaba imprescindible para restablecer en la Colonia una paz durable. Los tiempos sin duda habían cambiado. ¿Acaso existía identidad entre el proceder de Martínez de Campos y el de los que con anterioridad intentaron llegar a una reconciliación salvadora con los cubanos? En verdad, el hombre de Sagunto empezó por desarmar a muchos revolucionarios y acabó por firmar la paz tan ansiada por España.

La obra pacificadora de Martínez de Campos tuvo varias consecuencias. Una de éstas fué la declaración de reformas para Cuba hecha el 1º de marzo de 1878 por Joaquín Jovellar, gobernador general de la Isla. Se publicó que a partir de la legislatura inmediata Cuba tendría representación en las Cortes del reino español y que se aplicarían aquí las leyes municipal y electoral de la Península. Además, la manifestación de la máxima autoridad colonial envolvió la promesa de procurar que cuantos códigos se promulgasen en España se hicieran extensivos a Cuba. Así quedó iniciada una nueva tregua entre cubanos y españoles.



MARZO

2

1895

## JUAN GUALBERTO GOMEZ EN LA HABANA

Los sucesos ocurridos en la provincia de Matanzas el 24 de febrero de 1895 habían asestado rudo golpe a uno de los núcleos llamados a desarrollar con mayor eficacia los designios revolucionarios. El fracaso sufrido por Juan Gualberto Gómez inmediatamente después del alzamiento de Ibarra revistió caracteres más graves por lo mismo que se trataba, entre los aprehendidos, del delegado de Martí en La Habana, claro paladín de los ideales de redención. Lo ocurrido entonces constituyó una contribución más del ilustre escritor a la causa que siempre defendió.

Gómez cayó prisionero de los españoles. Fuerzas de la Guardia Civil lo condujeron el 2 de marzo de 1895 a La Habana. Las autoridades de la Colonia no quisieron omitir la realización de actos ostensibles con motivo de la llegada de cubano tan eminente a la capital de la Isla. El propio 2 de marzo fué llevado al Palacio de la Plaza de Armas y hasta la presencia del Capitán General. ¿Dudaría el general Calleja de que Juan Gualberto Gómez estaba en poder de los servidores de la corona española?

La atención dedicada por los funcionarios de la Colonia a Juan Gualberto Gómez estaba justificadísima. Quien tenía la confianza absoluta de Martí no podía ser sino un varón de condiciones excepcionales, seguramente peligrosas para la subsistencia de la dominación de España en Cuba. Y Gómez era el hombre en cuyo corazón Martí veía lo mejor del suyo, tan rico en grandezas.

Luego fué pasado al castillo de El Morro. A largo y complicado proceso se le sometió. Una sentencia dictada no mucho después lo condenó a veinte años de

prisión. Pero ni aún así estaba satisfecho el opresor. El fiscal de la causa seguida contra el alterador llegó a solicitar para el mismo la pena de muerte.

Las cosas, al cabo, cambiaron. El notable hombre público pudo, apenas restablecida la paz con el triunfo de la Revolución, prestar sus servicios a la instauración de la República. Su palabra fácil y persuasiva y su pluma brillante y lozana laboraron entonces, no menos que antes, por el ideal de antiguo alentado. Los esfuerzos del incansable luchador en la Convención Constituyente fueron extraordinarios. El hombre tenido por perdido irremisiblemente el 2 de marzo de 1895 era uno de los organizadores de las instituciones nacionales.



MARZO

3

1895

## FIRMEZA DE MASO

Las autoridades españolas en Cuba se ocuparon en emplear medios conducentes al restablecimiento inmediato de la paz al estallar la insurrección de 1895. Veintisiete años atrás Blas Villate y Domingo Dulce, en nombre de la Metrópoli, acudieron al tardío remedio de buscar solución a la crisis dentro de los moldes de la dependencia de la Isla, cuando resultaba cierto que quienes empuñaban las armas lo que ya procuraban era el advenimiento de la República. Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, los camagüeyanos reunidos en Las Minas y los villareños pronunciados en San Gil, como obedeciendo todos a igual consigna, no cayeron en los lazos tendidos por el enemigo: las negociaciones intentadas por el Capitán General y sus conmlitones fueron una tras otra abortadas por la firmeza de los patriotas.

La vieja práctica, desde entonces desacreditada, fué reanudada al estallar de nuevo la guerra en 1895. Los emisarios de paz se sucedían. Sus visitas al campo insurrecto eran frecuentes, pero infructuosas. Se dirigían por lo común a los hombres de mayor prestigio colocados fuera de la llamada legalidad. No tardó en ser asediado el general Bartolomé Masó, que había sido de los primeros en ponerse al frente del movimiento revolucionario. Pronto salieron de dudas los rectores de la Colonia. El integérrimo soldado de Bayate respondió a los requerimientos de la embajada que se le acercó que sólo entraría en arreglos basados en el reconocimiento de la independencia de Cuba. La noticia, circulada oficialmente el 3 de marzo de 1895, exhibía una vez más los firmes designios de que se hallaba poseído Bartolomé Masó.

Quien observaba aquella actitud llevaba consagrada gran parte de su vida al servicio patrio. Bartolomé Masó estaba a mitad del andar de la vida, según el primer verso de la *Divina Comedia*, cuando comenzó a colaborar en los preparativos de la guerra iniciada en 1868. Carlos Manuel de Céspedes lo tuvo a su lado en la madrugada del 10 de octubre. Casi inmediatamente después lo consideró digno de ser su lugarteniente. En la brega prolongada y gloriosa resistió con inalterable estoicismo los embates de la fortuna.

La tregua iniciada en El Zanjón no varió su modo de ver las cuestiones fundamentales de su país. Ni la adversidad ni la lisonja torcieron la línea de su conducta. Se mantuvo fiel a las ideas del 10 de octubre de 1868. Sin odios ni resentimientos, en la paz lo mismo que en la guerra, fué un defensor inalterable de la independencia patria. La noticia propalada, en una mezcla de cólera y desencanto, por los representantes de la Colonia el 3 de marzo de 1895, como obra negativa de los comisionados enviados al general Bartolomé Masó, era nueva demostración de la integridad y pureza de aquel carácter, templado en la lucha y en el sacrificio.



MARZO

4

1878

## UN RASGO DE ANTONIO MACEO

Muchas veces el general Antonio Maceo puso de manifiesto la nobleza y la hidalguía que su pecho abrigaba. Naturalmente midió sus armas con las del adversario frente a frente. Repudió todo otro procedimiento. Así lo evidenció en los días, a raíz del pacto de El Zanjón, en que se dispuso a conferenciar con Martínez de Campos. En tal oportunidad pasaron por una prueba decisiva la entereza y la hombría de bien del caudillo en quien el propio Martínez de Campos vió reunidos valor, prestigio y talento.

La insistencia del general Arsenio Martínez de Campos para llegar con el general Antonio Maceo a un arreglo que pusiese paz en el departamento oriental de la Isla fué extraordinaria. El español comprendió lo que entrañaba disuadir al cubano, convencerlo de que debía abandonar sus esfuerzos guerreros. Con placer aceptó la idea de celebrar con Maceo una entrevista enderezada a aquel fin. Entonces fué cuando no faltó quien pensase en lo propio que podía ser un acercamiento entre los conspícuos rivales para suprimir a Martínez de Campos. Alguien hizo llegar a oídos de Maceo proyecto tan radical, por no decir infamante. El héroe cubano adoptó sin dilación la actitud reflejada en una epístola que el 4 de marzo de 1878 dirigió a Flor Crombet.

"Cuando supe aquí que tal cosa se pensaba —escribió Maceo a Crombet— me llené de indignación, porque creo se apelaba a un medio poco honroso. Aquí las personas que se reunieron a mí tocaron este asunto, parece que con el fin de que yo apelase a tal infamia; no se atrevieron a proponerme nada; pero llegó a mi conocimiento que pretendían que yo apresase al general Campos el día de la conferencia; llenéme de indignación

cuando lo supe, y dije que el hombre que expone su pecho a las balas, y que puede en el campo de batalla matar a su contrario en buena lid, no apela a la traición y a la infamia, asesinándole, y que aquellos que quisiesen proceder mal con ese señor tendrían que pisotear mi cadáver."

La conducta de Maceo en aquella ocasión retrató de cuerpo entero al campeón cuyas hazañas eran asombro y orgullo de los cubanos. El llegó a afirmaciones terminantes pasando de lo particular a lo general. Declaró que no quería libertad si a ella iba unida la deshonra. Abarcaba con su mirada, tanto como su reputación personal, la base moral de la nación que contribuía a erigir. No olvidó ni subestimó la naturaleza delicada de la obra común. Enseñó a pelear con heroísmo y a vivir con virtud excelsa.



MARZO

5

1874

## DEPORTACION DE UN ARZOBISPO

Potestad estrechamente ligada al Estado fué la Iglesia Católica, Apostólica y Romana durante la dominación de España en Cuba. Casi todos los componentes del Clero eran naturales de España. Y los dos hechos apuntados concurrían a producir otro: el de ser la mayor parte de los ministros eclesiásticos servidores de los intereses de la Metrópoli.

La cuestión religiosa se presentó bajo aspectos muy diferentes. Uno de éstos resultó el ofrecido por el conflicto que a principios de 1874 tomó cuerpo entre el arzobispo de Santiago de Cuba, Pedro Llorente y Miguel, y las autoridades de la Colonia. Un cisma, con el nombre de gobierno anticanónico, apareció en la antigua capital eclesiástica de Cuba. La Metrópoli no tardó en hallarse bien enterada de lo que acontecía por acá, y las medidas preventivas no se hicieron aguardar. Se pretendió conjurar el peligro en grado de tentativa, y para ello se juzgó pertinente y sabio hacer salir del país al Arzobispo. El 5 de marzo de 1874 el Ministro de Ultramar envió al Capitán General un telegrama por el cable ordenándole que participase al arzobispo de Santiago de Cuba que el Gobierno deseaba que fuese a Madrid para tratar de urgente asunto del servicio.

Lo que el Ministro de Ultramar había expedido por el cable no era un simple despacho telegráfico, una sencilla indicación: era, en realidad de verdad, una orden de deportación. El Arzobispo, naturalmente avisado y puesto en guardia por la índole misma del aparente amistoso llamamiento del Ministro, procuró obrar de concierto con su interés. El general Joaquín Jovellar le pidió que pasase de Santiago de Cuba a La Habana, para conferenciar acerca de su viaje a la Península. Pero el

prelado estaba preparado para eludir en lo posible el compromiso, si era que como tal, no más, consideraba la expresión de los deseos del gobierno de Madrid en el sentido de que marchase hacia la Corte sin pérdida de tiempo. Al amparo de excusas y pretextos de toda índole, supo dar largas a su partida, y pareció triunfante en su propósito de no salir de la Isla.

La agitación aumentó en términos alarmantes en Santiago de Cuba. La aproximación de las funciones de Semana Santa hizo pensar a Jovellar que a la exacerbación de los sentimientos religiosos bien podía unirse en el Departamento Oriental la política, para mayor zozobra y quebranto de la Metrópoli. El Capitán General insistió sobre el Arzobispo a fin de que atendiese la orden dada por el Ministro de Ultramar en 5 de marzo de 1874. El Arzobispo intentó persistir en su disfrazada negativa. El Capitán General comprendió que las cosas se agravarian hora por hora. Se resolvió a tomar una actitud radical y enérgica. Y dispuso lo conducente a que se efectuase el embarco forzado del arzobispo de Santiago de Cuba.





## ENCUENTRO BELICO EN LA TENERIA

La actitud de los hijos de Vuelta Abajo en el desarrollo de la guerra iniciada en 1895 fué resuelta y efectiva. Cuando la Invasión se internó en las comarcas occidentales no encontró dormido ni vacilante el espíritu de los patriotas. El sentimiento de libertad había penetrado los pechos de innumerables pinareños, y éstos no aguardaron la llegada de los orientales para colocarse abiertamente en rebeldía contra el régimen colonial.

Los bisoños soldados de Pinar del Rio se hallaban ansiosos de mostrar su valor. Aquellos que Maceo dejó operando en la propia zona de su alzamiento, lejos de rehuir los encuentros con el enemigo, los buscaban. No permanecieron quietos ni sumidos. Las llanuras y serranías de la mitad occidental de Vuelta Abajo, en las semanas que siguieron al término de la Invasión, fueron sin cesar recorridas por los intrépidos jefes y oficiales de las huestes recién organizadas. Manuel Lazo, Leopoldo Pérez, Policarpo Fajardo, Ramón Lazo, Faustino Guerra, José Estévez, Antonio Pozo, Antonio Tarafa y José Ibarra no fueron los únicos. Así y todo, los pinareños llegaron a los albores de marzo de 1896 sin sostener una polémica reñida con el enemigo, en verdad nada presto a medir sus armas en el campo de la pelea.

De tal suerte marchaban las cosas cuando, encontrándose en Remates de Guane las fuerzas insurrectas comandadas por Manuel Lazo, recibieron la noticia del desembarco del batallón *Wad-Ras* en los Arroyos de Mantua. El *Wad-Ras*, dejando raciones, parque e impedimenta, partió para Mantua, a la sazón en ruinas, poco después de las siete de la mañana del 3 de marzo. El regimiento de Manuel Lazo se dirigió inmediatamente

al encuentro de la columna hispánica. El término de esta caminata coincidió con el de la serie de escaramuzas suscitadas por Leopoldo Pérez en todo el trayecto. El 4 salió el coronel Terán, a cuyas órdenes iban los españoles, para Montezuelo, y a la media hora sufría el tiroteo de los cubanos apostados, con José Ibarra y Antonio Pozo a la cabeza, en Loma Alta. Cuanto a empeños y decisión, nada faltó a las tropas que, al mando del coronel Antonio Varona, se propusieron hostilizar la columna enemiga, que se dirigía a Guane.

La jornada hubiera carecido de nombradía de no desarrollarse el 6 de marzo de 1896 una acción sangrienta. Los escuadrones de Pinar del Río se reunieron en Juan Gómez la noche de la víspera, y el día 6, en La Tenería, en la margen izquierda del río de este nombre, entre Mantua y Guane, combatieron contra el batallón *Wad-Ras*. Machete en mano, la caballería al galope y la vista fija en el cuadro que el coronel Terán formó sin dilación, los bisoños soldados vueltabajeros se abalanzaron hasta las bayonetas contrarias. La pelea fué terrible. En ella llevaron su valor a los límites de la temeridad Manuel y Ramón Lazo, Policarpo Fajardo, José Ibarra, Antonio Murrieta, Ramón Vidal y Antonio Pozo. Además de las vidas de veinticuatro números, costó la de Leopoldo Pérez y Rodríguez, bravo comandante. En tan difícil trance, en presencia de tamaño descalabro, no perdieron los insurrectos ni el valor ni la serenidad indispensables para obligar a la columna española a abandonar los despojos de los caídos. Las fuerzas libertadoras sostuvieron el fuego, y, gracias a su actividad, los compañeros muertos fueron rescatados.



MARZO

7

1825

## LOPEZ DE SANTA ANNA

La conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar había demostrado que existían ansias de libertad en Cuba. La persecución y la violencia mataron aquel intento, pero nuevos esfuerzos surgieron para mantener vivo en la conciencia antillana el espíritu de rebeldía. Laborar en el país resultaba difícil, cuando no imposible. En cambio, en suelo extranjero tuvo altares el culto patriótico de los hijos de la Isla.

México ofreció franca y leal hospitalidad a los cubanos proscritos. En 1825 se desarrollaron allí nobles iniciativas tendientes a la liberación de Cuba. El Presidente de la República, Guadalupe Victoria, fué explícito y categórico en la expresión de sus votos en aquel sentido. Antonio López de Santa Anna, general de brigada de los ejércitos de la República y gobernador y comandante general de Yucatán, fué más allá en sus planes. En el primer trimestre de 1825 preparó una expedición compuesta de unos quinientos hombres, la que debía dirigirse a La Habana y echarse sobre las fortalezas de esta plaza. Y el 7 de marzo firmó una proclama enderezada a los habitantes de la Isla y concebida en estos términos:

"Una falange libertadora, a las órdenes del C. capitán Ricardo Toscano, joven que por sus prendas personales merece mi confianza, va a pisar vuestro suelo, a posesionarse de una fortaleza con el objeto de proteger vuestra independencia y libertad, por las cuales suspiráis.

"Consiguiente a esto, la seguridad de vuestras personas y propiedades es la primera garantía que os ofrecerá. Españoles liberales y americanos independientes formarán una familia, y procurarán de consuno sacudir

el yugo ominoso del gobierno opresor. A esto os excitan vuestros hermanos de la República Mexicana, y al efecto marchan con entusiasmo a ayudaros y sosteneros. No pretenden dominaros: vuestros representantes decidirán la forma de gobierno que convenga a vuestra felicidad. Sus auxilios son gratuitos, e impelidos por los principios generales de fraternidad, justicia e interés mutuo.

"El Presidente de la República, el general Victoria, desea ardientemente vuestra emancipación, y mis operaciones son conformes a sus particulares encargos: contad, pues, sobre todo, con el influjo y poder de este ilustre patriota.

"Yo tendré la gloria de estar con vosotros muy en breve, y espero entre tanto tendréis la de llenar vuestro deber hacia la patria. El valor, el honor y la virtud presidan vuestras acciones y la más sincera unión conduzca a todos al grandioso fin, al éxito feliz de la más sublime empresa.

"Vuestras sienes se ceñirán con laureles inmarcesibles en la posteridad, y vuestros nombres serán trasmitidos con admiración al porvenir, dejando a vuestros hijos la herencia preciosa de la libertad."

El esfuerzo no pasó del grado de tentativa. Los expedicionarios agrupados por López de Santa Anna llegaron a estar embarcados en dos o tres bajeles fondeados en Campeche. Pero graves nuevas hicieron desistir de la realización inmediata del empeño. Supieron allá que, procedentes de La Coruña, habían llegado a La Habana dos mil individuos de tropa. La noticia torció inmediatamente el rumbo de las cosas. Los casi invasores comprendieron que eran necesarios mayores elementos de combate, y aquel proyecto no pasó de tal, detenido por adversos designios.



MARZO

8

1826

## LA EXPEDICION DE LOS TRECE

La expedición llamada de los trece —título debido a que la formaban tantos como letras tiene la palabra independencia— fué uno de los esfuerzos consumados en los albores del segundo cuarto del siglo XIX por quienes anhelaban ver libre a Cuba. En Kingston se encontraron Ramón Guerra, Mariano y Bartolomé Castillo y Alonso y Fernando Betancourt, que se dirigían a Cartagena, y los coroneles colombianos Juan José de Salas y Juan de Betancourt, comisionados para reconocer la costa meridional de Cuba y proponer a su gobierno el punto más indicado para realizar un alijo. De acuerdo aquéllos para efectuar juntos la aventura de venir a la Isla, pasaron a Montagobay, donde se les agregaron otros, ocuparon la balandra inglesa *Margaret* y se provieron de lanzas, fusiles, cartuchos y pólvora.

Pusieron proa a Cuba. Al cabo de cuatro días de navegación, el 8 de marzo de 1826, llegó el bajel explorador a un embarcadero situado entre Manzanillo y Santa Cruz. El propósito de aquellos hombres arrojados, entre los cuales se hallaban el habanero Francisco Desa y el trinitario Santiago Zambrano, se reducía sencillamente a cumplimentar el encargo de examinar el litoral de la Isla y ver en tierra adentro con qué elementos propicios al buen suceso de una expedición se podía contar en el momento de transportar a la Colonia una masa de soldados capaz de hacer frente a la situación gobernante.

Los coroneles Juan José de Salas y Juan de Betancourt, una vez llegados a Cuba, bajaron a tierra y se encaminaron a la hacienda *San Lorenzo*, a una legua de distancia. En el entretanto permanecieron en aquel em-

barcadero sus compañeros de aventura, a excepción de Alonso Betancourt, que se trasladó a una finca de Cossío. Este Betancourt, que envió cartas a un amigo suyo de Puerto Príncipe, supo, tras una semana de espera, que el propio Cossío y un tío suyo se encontraban presos en Santiago de Cuba, acusados de realizar actos masónicos. Además, aquellos momentos eran de extraordinaria consternación en Camagüey. Francisco Agüero y Velazco y Manuel Andrés Sánchez se hallaban presos y sujetos a una causa en que los procedimientos draconianos quedaron una vez más elevados a la categoría de regla jurídica.

Larga, improba y estéril fué realmente la peregrinación de los exploradores de la *Margaret*. Ellos siguieron por la costa hacia el Poniente. Persistieron en el cumplimiento del espinoso encargo que se les había confiado. Pero estaban condenados a marchar de tropiezo en tropiezo.

Los alteradores que pisaron tierra cubana el 8 de marzo de 1826 tuvieron que apurar amarguras, privaciones y peligros de todo género, sin que un rayo siquiera de esperanza les iluminase días mejores para los intentos guerreros que abrigaban. Tuvo algo de misterioso y complejo la expedición de los trece. Sus componentes llegaron a expresar que eran comisionados del gobierno de México, cuando era lo cierto que idéntica manifestación habían hecho respecto del de Colombia. Su labor resultó infructuosa y pasó a la Historia como uno de los muchos empeños realizados en vano alrededor de la independencia de Cuba.



MARZO

9

1870

## BIBLIOTECAS DE SEPARATISTAS

La dictadura iniciada por el general Domingo Dulce, en su carácter de Gobernador Superior Civil de la Isla, inmediatamente después de los excesos perpetrados en La Habana en la última decena de enero de 1869, no se detuvo ante consideración ni escrúpulo de ningún género. Aquel hombre, aturdido al cabo de las mayores veleidades, dió rienda suelta a sus propias pasiones. Y éstas, a porfía con las de los más intransigentes, eran fruto desgraciado de un cerebro alocado y un espíritu enardecido por extraño maleficio. Dulce extremó el rigor con resoluciones que él mismo calificó de meditadas. Sólo consiguió exacerbar los ánimos de aquellos a quienes iba enderezado el sistema de violencias que creía indispensable para acabar de una vez con la insurrección.

En Cuba circuló un importante manifiesto de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico firmado por el presidente de ella, José Morales Lemus. Con este motivo Dulce emprendió una de las más funestas prácticas a que el régimen colonial pudo entregarse en Cuba. Dispuso incontinenti que se embargasen todos los bienes así de Morales Lemus como de cuantos otros se hallasen en igual situación de rebeldía. Pero ni aun así se consideró satisfecho. Una previsión exagerada privó también de los derechos políticos y civiles a cuantos de alguna manera estaban complicados en la Revolución. La medida, en lo tocante a la privación de los derechos políticos dentro de los moldes de la Colonia, poco tuvo que importar ciertamente a los hombres que en el pueblo libre de Guáimaro habían ya proclamado la República.

En lo del embargo de bienes hubo atropellos incalificables. Nada se respetó. Y no podían quedar exclui-

das de tales desafueros las bibliotecas de los cubanos al servicio de la Revolución. Fueron dictadas reiteradamente disposiciones relativas a incluir en el despojo inicuo las ricas colecciones de libros de los hombres más ilustres que habían abandonado La Habana y corrido en auxilio de la causa patria.

Las vacilaciones que tuvieron vida alrededor del destino que debía darse a las bibliotecas embargadas constituyeron serio problema. A los sucesores de Dulce tocó resolverlo. Primeramente se pensó en exceptuar de la correspondiente subasta algunas bibliotecas, a fin de destinarlas en gran parte a enriquecer la Biblioteca Nacional de Madrid. Con posterioridad, y por acuerdo del Consejo Administrativo de Bienes Embargados, se ordenó reunir todos los libros en el local en que se hallaban los del ilustre Antonio Bachiller y Morales. Como complemento de esa decisión, se ordenó averiguar las necesidades de los establecimientos literarios públicos, para satisfacerlas con las bibliotecas ocupadas. La negativa de tales centros fué absoluta. Ante ello, en vista de que no se prestaban a aceptar el encargo que de manera tan singular se les quiso confiar, se mandó en 9 de marzo de 1870 depositar en la Academia de Ciencias las bibliotecas de los separatistas cubanos.



MARZO

10

1818

## JOSE PABLO VALIENTE

José Pablo Valiente y Bravo fué uno de aquellos hombres que en las postrimerías del siglo XVIII contribuyeron a crear civilización en Cuba. Sus iniciativas fecundas, su honradez acrisolada, su integridad y su consagración al bienestar de la Isla, desde que fué llamado a inmiscuirse en los asuntos de esta Antilla, fueron magníficas. Se ganó la gratitud de sus contemporáneos y de la posteridad quien como él pudo ser varón prudente y letrado.

Valiente nació en Cumbres Mayores. Inició su vida pública siendo catedrático de la Universidad de Sevilla. Pasó a México en calidad de oidor de la Audiencia. Allí se hallaba cuando, en 1791, atendiendo una antigua solicitud del capitán general de Cuba, se dispuso su traslado a La Habana para que se encargase de la dirección de las rentas de la Colonia. En 17 de febrero de 1792 tomó posesión de la Intendencia General de Hacienda. Su labor al frente de tan importante ramo de la Administración correspondió a las esperanzas que había hecho concebir la justa fama que lo precedía al arribar a Cuba.

Motivos de sobra hubo, conocida ya su conducta, para que en 1799 se le designase consejero de Indias, elevado cargo en el desempeño del cual siguió prestando servicios eminentes. En España, en Tudela, lo sorprendió la muerte en octubre de 1817. Cuando se supo en La Habana la infausta novedad los lamentos públicos se repitieron. La Real Sociedad Patriótica, de la que había sido promotor entusiasta y eficaz, preparó un homenaje digno de su memoria. Y el vecindario, agradecido también por los beneficios recibidos del ilustre economista, quiso poner de manifiesto aquel sentimiento de gratitud. Distintos personajes de la población y autoridades or-

ganizaron la solemnidad religiosa que se efectuó el 10 de marzo de 1818 en la catedral de La Habana. En la ceremonia, realizada por una concurrencia numerosa, ofició el obispo de Chiapa, Salvador Sanmartín, y pronunció el elogio del desaparecido el sacerdote y filósofo cubano Félix Varela.

Lo más notable de cuanto entonces hubo en La Habana como homenaje póstumo a Valiente fué el elogio pronunciado por Varela. La elocuencia cubana, por boca del claro pensador, alcanzó envidiable altura. Dijo cómo era cierto que el voto de los buenos y las miradas de los conscientes seguían las sombras fugitivas del hombre que entraba y se escondía en la región de la inmortalidad, y que los ayes lastimeros atravesaban los mares y llegaban al suelo patrio, y que mil voces, animadas por la gratitud y dirigidas por el justo aprecio, repetían los ecos del lamento.



MARZO

11

1896

## COMBATE EN NUEVA PAZ

Cuando el general Antonio Maceo abandonó la provincia de Matanzas en marzo de 1896 abrigó la idea de hacerse sentir en la de La Habana. Le parecía que la zona de Güines demandaba su acción, siquiera fuese de paso, ya que su objetivo principal era trasladarse sin mayor tardanza a Vuelta Abajo. Se separó del Generalísimo en la raya divisoria de Matanzas y La Habana. El nuevo plan de Maceo consistía en internarse en la región pinareña.

Maceo dispuso las cosas de suerte que el 11 de marzo de 1896 se encaminó hacia Nueva Paz. Inició la marcha con las precauciones que aconsejaba la cercanía del enemigo. No hubo asomos de polémica sino a las puertas del pueblo de Nueva Paz. Casi al tiempo de ser divisado el caserío por la columna insurrecta, la española que allí se hallaba rompió el fuego con bríos. Imposible, o poco menos, era trabar acción en aquellos momentos. El terreno, pantanoso en demasía, dificultaba las más elementales maniobras estratégicas, y fué necesario elegir, bajo el plomo del adversario, escenario más adecuado para la lucha en tanto el general Lacret contenía el avance de aquél.

"En terreno más a propósito para que pudieran maniobrar las dos armas —escribió José Miró—, desplegó en batalla nuestra infantería, y el General se puso al acecho con los escuadrones de reserva para meter el viaje si los españoles se arriesgaban a cruzar los pantanos del Guanamón. Ordenó al coronel Cárdenas que reforzara la retaguardia con uno de los escuadrones de La Habana y que buscara la oportunidad de correrse hasta el central Nueva Paz, para recoger los materiales de guerra. La columna enemiga se mantuvo en el terreno que eligió al

inaugurarse la pelea, sin meterse en los lagunatos del Guanamón, pero logró impedir el acceso al caserío de Nueva Paz."

Aunque los españoles, en nota oficiosa facilitada en la Capitanía General, se adjudicaron un triunfo poco menos que ruidoso al cabo del hecho de armas de Nueva Paz, todo no pasó de ser un combate sin consecuencias notables. El general Maceo no pudo penetrar en el pueblo de Nueva Paz. Mas lo sucedido allí, el combate del 11 de marzo de 1896, en nada torció sus proyectos. El Lugarteniente General del Ejército Libertador llegó a alentar la idea de asaltar en la noche de aquel día la villa de Güines. El héroe estaba muy lejos de sufrir la maltrecha situación que Weyler y sus conmlitones le atribuían.



MARZO

12

1870

## LUIS MARCANO

La caída del general Luis Marcano frente al enemigo de los libertadores cubanos, el 12 de marzo de 1870, privó de un excelente servidor a la Revolución. La desgracia infirió a la causa de la emancipación quebranto notable. ¿Cómo no había de ser así tratándose de un verdadero luchador? ¿Cómo no iba a resultar un desastre la muerte del militar entendido que tantas muestras había dado en menos de dos años de poseer condiciones y virtudes excepcionales? Día aciago fué aquel en que, maltrecho y casi abandonado por los suyos, una bala española, como perdida en la espesura del bosque, tronchó de una vez para siempre la existencia de Marcano.

Luis Marcano nació en la isla de Santo Domingo. Fué uno de los hijos de esa Antilla que prestaron la contribución de su brazo y de su vida a la liberación de Cuba. Desde el mismo 10 de octubre de 1868 Carlos Manuel de Céspedes conoció cuánto podía esperar la libertad de soldado tan valeroso y entendido. Inmediatamente después del desastre de Yara —que un desastre fué el primer hecho de armas del caudillo del 10 de octubre— Céspedes recibió consejos, alientos y esfuerzos decisivos de Luis Marcano. Con los trescientos hombres que éste reunió ya el día glorioso repuso él las fuerzas del iniciador de la contienda, y la seguridad, borrando la huella de la noche triste de Yara, puso entusiasmo y fe en todos los pechos.

En el ataque y la ocupación de El Cobre jugó papel importantísimo. Verdaderamente, al principio fué contraproducente la táctica que empleó para tomar la villa sin derramamiento de sangre, confiado en la pasividad que atribuía a los defensores de la Colonia. Pero, al cabo, el triunfo resultó suyo y el fin correspondió a los medios

que puso en práctica. Ya en posesión pacífica de El Cobre, lo honró Céspedes con su visita, y las fiestas con tal motivo celebradas, desde el desbordamiento en júbilo de los esclavos manumitidos hasta las preces elevadas en el antiguo santuario de la fe criolla, parecieron la apoteosis del feliz éxito.

Fué nombrado jefe de la segunda brigada de Bayamo al constituirse en Guáimaro la República. Siguió prestando servicios singulares. En distintas acciones de guerra repitió alardes de arrojo como aquel que llevó a cabo en Sabana de Buena Vista, a cuatro leguas de Manzanillo, enarbolando ante las miradas del enemigo la bandera que acababa de enviar desde Nueva York, como preciado obsequio a los libertadores, la meritisima Emilia Casanova, la esposa de Cirilo Villaverde. Pero la suerte no quiso ser mucho tiempo propicia al general Luis Marcano, y acabó por colocarlo en el martirologio de la patria que con tanto amor adoptó y defendió hasta sucumbir.



MARZO

13

1896

## ASALTO DE BATABANO

Los libertadores quisieron dar un mentis rotundo a las afirmaciones de Weyler en sentido de que la parte occidental de la Isla se hallaba pacificada y limpia de insurrectos. Maceo fué agente eficaz de esta aspiración cubana. Preparó, en marzo de 1896, antes de internarse en Vuelta Abajo, un golpe de mano digno de ser notado. Después de la acción de Nueva Paz el pensamiento del caudillo estuvo fijo en la necesidad y conveniencia de atacar el caserío de Batabanó. La importancia de este lugar, destinado a embarcadero de hombres y pertrechos para distintos lugares del país, lo mismo para Pinar del Río que para las regiones de Levante, hasta Guantánamo, lo señalaba como el más indicado para infundir alarma entre aquellos elementos a quienes el Capitán General pretendía convencer de que las cosas marchaban para su causa admirablemente bien.

A poco de separarse el brigadier Juan Bruno Zayas de la columna de Maceo, tomó ésta, el 13 de marzo de 1896, el camino de Batabanó. Componían la fuerza del Lugarteniente la infantería oriental, el regimiento *Céspedes*, el de Palos a las órdenes del coronel Cuervo, tres escuadrones de Matanzas, dos de Pinar del Río y el Estado Mayor y la escolta del general Maceo. La infantería oriental marchó entonces a la vanguardia, por estar designada para la embestida inicial.

La hueste libertadora avanzó sin tropiezos ni escaramuzas siquiera. Al atardecer se halló entre Pozo Redondo y El Crucero, casi a las puertas del caserío de Batabanó. Sólo tres kilómetros la separaban de la plaza ocupada por los españoles. Maceo aguardó la entrada de la noche para mejor sorprender al adversario, que es-

taba muy lejos de conocer la inminencia del ataque de que sería objeto. En el entretanto el General, en su afán de sacar partido más provechoso de la función ideada, maduró el proyecto de la acometida. Pronto, llevado de su natural exaltación, pensó en la posibilidad no ya de atacar el caserío, sino también de llegar hasta el surgidero y apoderarse de los pertrechos que guardaban los bajeles atracados a los muelles.

El plan, en toda la magnitud que de esa suerte aspiró a darle Maceo, no pudo realizarse. Por lo demás, resultó de una eficacia superior. Después de las siete de la noche, al amparo de la oscuridad, la infantería oriental, adelantándose en la forma dispuesta, limpió de obstáculos el avance de toda la hueste. El General dirigió la maniobra hasta en sus pormenores. En poco tiempo las fuerzas insurrectas se adueñaron de la población, incendiando los edificios que ofrecían peligro a la vez que la caballería de Tamayo se metió en el surgidero. Los buques, encendiendo sus máquinas, se apresuraron a quedar fuera del alcance de los atacantes. La operación tuvo que alegrar a Maceo. Cuando, a medianoche, luego de proveerse convenientemente sus fuerzas de vituallas en abundancia, dió la orden de retirada, pudo considerar satisfecho el deseo de mostrar de manera ostensible que en Occidente, no menos que en Oriente, imperaba el machete libertador.



MARZO

14

1899

## GOMEZ Y LA ASAMBLEA

La lucha sostenida entre el mayor general Máximo Gómez y la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana, reunida en una casa de la calzada del Cerro, en La Habana, acabó por revestir caracteres de extremada violencia. Las pasiones se enardecieron. Insostenible se hizo para la propia Asamblea toda situación de templanza que pudiese ser traducida en menoscabo del Ejército Libertador, de que aquel cuerpo era cifra y compendio. Desde los primeros días de marzo de 1899 la hostilidad al Generalísimo en el seno de la Asamblea tomó cariz alarmante. El partido contrario al caudillo estuvo pronto constituido por la mayoría de los Representantes.

Julian Betancourt planteó la disyuntiva de que se aceptase su renuncia de representante por el Segundo Cuerpo del Ejército o se acordara la deposición del Generalísimo. Manuel Sanguily, queriendo acabar de una vez para siempre con tan enconadas luchas, presentó una moción concebida en estos términos: "Desde esta fecha queda suprimido por innecesario y perjudicial el cargo de General en Jefe del Ejército Cubano, pasando, en consecuencia, el mayor general Máximo Gómez a la clase de reemplazos." El debate a que esa proposición dió lugar fué largo —del 11 al 12 de marzo—, sosteniéndolo con viveza, unos para acusar a Gómez y otros para defenderlo, el propio Sanguily, Fernando Freyre de Andrade, Juan Gualberto Gómez, Emilio Núñez, Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada, Aurelio Hevia, Domingo Lecuona y José Lacret Morlot. Aristedes Agüero pidió la ampliación de lo propuesto y discutido, y, aprobado su criterio, la moción quedó redactada en el sentido de destituir de su empleo al General en Jefe y suprimir el cargo por las mismas razones apuntadas

por Sanguily. La Asamblea, poco menos que por unanimidad, lo acordó así.

El acuerdo de exoneración del General en Jefe exacerbó las pasiones. Los amigos de Gómez acusaron fuertemente a la Asamblea. Y la Asamblea, en sesión celebrada el 14 de marzo de 1899, decidió dirigir al pueblo y al Ejército Libertador un extenso manifiesto explicativo de su conducta.

"Por grande que sea la emoción que esta medida haya causado —declaró la Asamblea en aquel documento—, por injustificadas que resulten las demostraciones de tumultuosas censuras que formulan principalmente aquellos elementos que durante la larga y gloriosa lucha, en que tantas ocasiones se ofrecieron a los que desearan de veras probar su amor sincero a la independencia o siquiera su indignación ante las atrocidades de sus enemigos, supieron convivir con los opresores de su patria y permanecieron cuando menos impasibles en medio de tantas y tan espantosas calamidades, la Asamblea sabe que, pasado el primer momento de ofuscación y desvarío, o cuando, cansados los agitadores interesados y maliciosos, se serenen los ánimos, podrá contar con la aprobación de los hombres honrados y de cuantos se interesan noblemente por el triunfo del derecho y de la libertad."

La Asamblea estuvo inspirada en el anhelo de conservar su soberanía, proveniente del Ejército Libertador, como un valladar contra el cual se estrellase todo intento de imposición. No obstante el sólido prestigio revolucionario de sus componentes, careció del necesario para triunfar del inmenso que rodeaba a Máximo Gómez, ilustre conductor de las tropas emancipadoras e insigne agente de la reconstrucción moral del país. La opinión pública era favorable a Gómez.



MARZO

15

1878

## BARAGUA

Antonio Maceo y Arsenio Martínez de Campos se dieron cita para conversar bajo los mangos de Baraguá el 15 de marzo de 1878. Al amanecer de aquel día Maceo partió de Sabana de San Juan en tanto Martínez de Campos salía de Miranda. A Maceo acompañó un grupo de patriotas distinguidos por la constancia y el valor demostrados en la larga brega iniciada casi diez años antes. A Martínez de Campos rodearon en la marcha hasta el punto de reunión una pequeña escolta, sus edecanes, tres coroneles y dos brigadieres.

Cuando Martínez de Campos llegó a Baraguá ya se encontraban allí el jefe cubano y sus acompañantes. El hombre de Sagunto preguntó quién de los presentes era Antonio Maceo, y éste, estrechando su mano, lo invitó a sentarse en su hamaca. Martínez de Campos aceptó la indicación. Y mientras se formaban distintos grupos, en los que confraternizaban españoles e insurrectos, habló con mucha viveza a Maceo. Después de pronunciar frases amables para el caudillo cubano y de excusarse por no haber acudido con anterioridad a la conferencia que entonces se efectuaba, dijo así:

"Basta de sacrificios y sangre; bastante han hecho ustedes asombrando al Mundo con su tenacidad y decisión, aferrados a su idea; ha llegado el momento de que nuestras diferencias tengan su término y que, unisonos, cubanos y españoles, propendamos a levantar este país de la postración en que diez años de cruda guerra lo han sumido. Ha llegado el momento de que Cuba, viniendo a la vida activa de los pueblos cultos, entre en el goce de todos sus derechos y, unida a España, marche por la senda del progreso y de la civilización."

Maceo advirtió a Martínez de Campos que los orientales no estaban de acuerdo con lo pactado en El Zanjón. Esta afirmación fué ratificada por el general Manuel de Jesús Calvar, quien con energía declaró que Oriente no aceptaba lo convenido en Camagüey porque aquel concierto no encerraba ni la abolición total de la esclavitud ni el reconocimiento de la independencia patria, que eran los términos fundamentales de la Revolución. Pudo haber ocurrido un grave incidente entre Calvar y Martínez de Campos con motivo de uno de los razonamientos aducidos por el primero. El jefe español se sintió herido por Calvar cuando éste aseveró que la aceptación de lo pactado en Camagüey constituiría para los cubanos una deshonra. Pero la intervención de Félix Figueredo puso punto a la personal cuestión suscitada.

Baldía fué la insistencia de Martínez de Campos para seguir la discusión alrededor de las bases acordadas en Camagüey y que pretendía hacer extensivas a Oriente. La actitud resuelta de Maceo y los suyos le hizo comprender que, aun cuando él se empeñaba en lo contrario, por el momento allí era inútil todo esfuerzo en favor de la paz basado en concesiones que estimaban vejaminosas quienes habían peleado durante una década por la independencia absoluta de Cuba.

Martínez de Campos acabó por ceñirse a convenir con Maceo la fecha en que volverían a romperse las hostilidades. Quedó fijado el 23 de marzo. Tras un saludo, hecho militarmente, el jefe hispano se alejó de Baraguá con su comitiva. Los insurrectos comentaron con alborozo el resultado de la entrevista. Ya se aprestaban a reorganizar los elementos con que contaban para proseguir la ruda contienda en pos de la completa emancipación de Cuba y de los esclavos.



MARZO

16

1826

## SUPPLICIO DE AGÜERO Y SANCHEZ

Francisco Agüero y Velazco y Manuel Andrés Sánchez pretendieron encabezar un movimiento de liberación en Cuba en una de las épocas más complejas de la Colonia. La independencia de la Isla parecía un objeto de necesidad, no de elección. Esta Antilla se hallaba entre dos fuerzas opuestas: la influencia proveniente de las guerras emancipadoras del Continente y la concentración en ella de los elementos que la Metrópoli consideraba necesarios para la defensa del resto de su imperio ultramarino. El choque de tales fuerzas, siendo la una moral y la otra material, estaba llamado a culminar en la imposición de la segunda. Tal era en 1826 la situación de Cuba.

El país se hallaba hondamente conturbado. Vivía a la merced de los propósitos y caprichos del Capitán General. Este agente de la Corona reunía en sí una suma de poderes que, empleada para mantener con rigidez el orden de cosas establecido, hacía imposible toda aspiración renovadora.

Funcionarios de la Colonia acusaron a Agüero y Sánchez de conspirar contra la soberanía de España en Cuba. El aparato oficial de la Isla tenía por esencial objetivo proteger los intereses de la monarquía hispánica. Entre estos intereses ninguno en Cuba era tan grande como el de la conservación de la Isla bajo el pabellón de España y bajo el absolutismo de Fernando VII. Agüero y Sánchez, tenidos por enemigos de la España de Fernando VII, fueron aprehendidos y sometidos a proceso criminal.

La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, recién creada en Cuba cuando se instruía causa contra Agüero y Sánchez, no arrancó de la audiencia de Puerto Príncipe el conocimiento del grave asunto. Pero la Audien-

cia no fué menos dura de lo que podía ser la Comisión: la Audiencia condenó a los dos alteradores a morir en la horca. El fallo del más alto tribunal de España en las Antillas se acomodó a las pautas del absolutismo de Fernando VII.

En la horca levantada en Puerto Príncipe dejaron de vivir el 16 de marzo de 1826 Francisco Agüero y Velasco y Manuel Andrés Sánchez. El suceso tuvo doble significación: la que llevaba en sí mismo y la que poseía como síntoma. Los agentes de España en Cuba no se detenían ni ante lo más grave en su deseo de conservar la Colonia. Y los que premeditaban extinguirla ya sabían qué riesgos debían encarar. La aspiración a hacer libre a Cuba, abonada desde entonces con sangre de mártires, no podía progresar sino a costa de inmensos sacrificios.



MARZO

17

1874

## GUASIMAS DE MACHADO

En los albores del año de 1874 los propulsores de la independencia de Cuba sufrieron quebrantos muy sensibles. Pero ni en la adversidad ni en la victoria se echó de menos la entereza de los libertadores. La acción de Guásimas de Machado fué ejemplo de lo dicho. El encuentro, que duró cinco días, del 15 al 19, y que tuvo su momento crítico el 17 de marzo de 1874, hubiera bastado por sí solo para acreditar la bravura de las fuerzas insurrectas. El combate de Guásimas de Machado resultó digna continuación de los de Naranjo y Mojacasabe.

Las fuerzas que chocaron en Guásimas de Machado eran las cubanas mandadas por el general Máximo Gómez y las españolas a las órdenes del brigadier Manuel Armiñán. El primero se hallaba al frente de unos mil hombres. La columna del segundo se componía de tres mil de infantería y caballería y estaba provista de cuatro cañones. El campo donde la lucha se trabó se hallaba en un extenso potrero cruzado por un arroyo. Gómez dispuso sus tropas aprovechando las condiciones del teatro de la acción. La caballería española se envalentonó al encarar a los exploradores cubanos, pero en la embestida inicial cayó en los trampales dominados por la gente mambisa de igual arma y en poco tiempo fué diezmada bajo el filo del machete.

La caballería española estaba acuchillada. En su ayuda corrió inmediatamente la infantería. La brega se generalizó entonces. Tres horas de incesante combatir siguieron al primer choque. El brigadier Armiñán, maltrecho y confuso, hizo formar un vallado, en el que encerró a sus heridos e impedimenta. Los insurrectos, rodeando el conglomerado enemigo, a porfía infantes y

jinetes, sembraron el terror y la muerte en las filas adversarias. La noche, sin poner fin a la función, aplacó a los combatientes.

La contienda prosiguió. Al tercer día, el 17 de marzo de 1874, los españoles quemaron los cadáveres que en número crecido yacían insepultos. En medio de tanto peligro y tanto desastre Armiñán logró comunicarse con la ciudad de Puerto Príncipe, y el 18 recibió el refuerzo del brigadier Báscones con dos mil individuos de tropa, gracias a lo cual, aunque hostilizados de continuo por el general Máximo Gómez, pudieron ambos jefes hispanos emprender el 19 la retirada. Las bajas españolas, según confesión propia, ascendieron a cien muertos, trescientos heridos y ochenta contusos. Los cubanos sufrieron, si bien en número más limitado, la pérdida de valientes luchadores. Con Máximo Gómez, poniendo muy en alto la fama del Ejército Libertador, se hallaron en aquella sangrienta acción jefes y oficiales del prestigio de Julio Sanguily, Antonio Maceo, Angel Maestre, Lino Pérez y Emilio Ubieta.



MARZO

18

1734

## GOBIERNO DE GÜEMES HORCASITAS

Cuba estaba sumida en el mayor desbarajuste administrativo cuando, el 18 de marzo de 1734, el mariscal de campo Juan Francisco Güemes Horcasitas sucedió al brigadier Dionisio Martínez de la Vega en el mando de la Isla. El estado rentístico de la Colonia había caído en extremado abatimiento por complacencias y miramientos de la primera autoridad. No lo superaba en bondad la conducta de los funcionarios subalternos. Se había dado el caso de ser un sargento de morenos de Bayamo herido por un capitán de milicias en una procesión y, no obstante la imposición de arresto por el sargento mayor Bartolomé Aguilera, burlarse el delincuente del juez que lo condenó y de la sociedad en cuyo seno perpetró sus desmanes. El contrabando tenía conquistada carta de legitimidad o poco menos.

Una mano fuerte para detener tantos y tan graves males era necesaria. Y a ello tendió la de Güemes Horcasitas. Empezó por hacer castigar los abusos y peculados que imperaban en la administración pública. Nombró tenientes capaces, por sus aptitudes y severidad, de encauzar el orden en jurisdicciones de la importancia de Puerto Príncipe, Sancti Spíritus y San Juan de los Remedios. Sometió a su potestad al gobierno de Santiago de Cuba. Los veintidós bandos que en el curso de once años dictó para disciplinar la administración y la policía de la Colonia fueron prueba de sus excelentes condiciones de mando.

En el período inicial de su administración no descansó Güemes Horcasitas un momento. Reguló la limpieza de calles y parajes públicos, trasladó el matadero de La Habana a lugar más decente y apropiado, cortó abusos

introducidos por ciertos terratenientes con perjuicio del Erario, puso coto a las excesivas especulaciones de los pulperos en lo tocante a los víveres procedentes del interior de la Isla y restableció el imperio de la Ley. Las medidas que decretó respecto de los fraudes realizados en las entradas y salidas de efectos de comercio resultaron eficacísimas.

Aquellas excelentes dotes de gobernante se vieron a veces eclipsadas por una codicia y una altivez censurables. Con soberbia solía tratar a los habitantes de la Isla. Sólo exceptuaba a los militares, acaso por ser los de su clase. Se ganó el epíteto de tirano. Los individuos del ayuntamiento de La Habana, los del Clero y los del comercio, víctimas de sus intemperancias personales, se revolvieron contra Güemes Horcasitas, atacándolo en conversaciones, cartas e impresos. Las palabras de uno de sus enemigos reflejaron, con elocuente laconismo, la situación creada entre el gobernante y los gobernados:

"La maldad del tirano ha hecho tres letrados a medida de su intención, que, quebrando la Ley, miran al semblante del Gobernador, observan su inclinación, y aquella es la sentencia."



MARZO

19

1828

## EL TEMPLETE DE LA HABANA

La villa de San Cristóbal de la Habana fué trasladada en definitiva para las inmediaciones del Puerto de Carenas en 1519.

La memoria de la primera sesión celebrada por el Ayuntamiento en el principio real de la ciudad de La Habana hubiese acaso desaparecido de no haberse ocupado en 1754 el capitán general de la Isla, Francisco Cagigal, en recoger y perpetuar de manera ostensible la tradición. La iniciativa de aquel gobernante estuvo fija en el porvenir. Gracias a ella, pasó a la posteridad una versión que, de otra manera, pudo experimentar transformaciones o extinguirse por obra del tiempo.

La previsión fué más lejos tres cuartos de siglo después de hacer erigir Cagigal de la Vega la columna en que se inscribió la tradición de estar en las inmediaciones de la Plaza de Armas el lugar donde se dijo la primera misa y se celebró el primer cabildo de La Habana. Bajo el mando de Francisco Dionisio Vives, que prestó su apoyo a la idea, el Ayuntamiento puso empeño en realizar una obra durable. En sesión de 15 de junio de 1827 el Alcalde-Presidente apuntó la necesidad de atender a la conservación del monumento levantado por Cagigal de la Vega. El cuerpo municipal, penetrado del deber en que se hallaba respecto de aquel punto, acordó proceder a lo que era conveniente para decorar la columna y despejar sus alrededores de las casillas de tablas que constituían un desdoro del paraje. El pensamiento de alzar allí un monumento de mayores dimensiones tomó entonces cuerpo y existencia.

El ayuntamiento de La Habana acordó fabricar un edificio que sirviese de monumento duradero. En el propio año de 1827 puso manos a la obra, llamada desde

luego Templete. En su ejecución tomaron parte principalísima Antonio María de la Torre y Cárdenas, secretario del Gobierno General, y José Rodríguez y Cabrera, regidor del Ayuntamiento. Debíó de haber mucho interés en terminar en seguida el Templete, pues pocos meses más adelante se llevó a cabo su inauguración. En una lápida fijada en la parte alta y al centro del frente del edificio se consignó esta inscripción:

"Reinando el Señor Don Fernando VII, siendo Presidente y Gobernador Don Francisco Dionisio Vives, la fidelísima Habana, religiosa y pacífica, erigió este sencillo monumento decorando el sitio donde el año de 1519 se celebró la primera misa y cabildo: el Obispo Don Juan José Díaz de Espada solemnizó el mismo augusto sacrificio el día diez y nueve de marzo de mil ochocientos veinte y ocho."

El 19 de marzo de 1828, en efecto, se inauguró el Templete de La Habana. Hubo con tal motivo tres días de fiestas, de que dió cuenta circunstanciada el periódico oficial. El Ayuntamiento se ocupó en reunir a todas las corporaciones y personas distinguidas de la ciudad alrededor del monumento consagrado a perpetuar hecho tan importante como el del principio de la vida del ayuntamiento de la villa de San Cristóbal de la Habana sobre el mismo suelo en que se perpetuó.



MARZO

20

1876

## LA CAMARA EN LA MATILDE DE SIMONI

La Cámara de Representantes de Cuba libre existió a través de nueve años entre resplandores de victoria y decaimientos desconsoladores. Recesos tuvo que eclipsaron su vida. Actitudes adoptó de concierto con el carácter, que la Constitución le atribuía, de más preponderante de los poderes de la República. Entre sus componentes figuraron casi todos los grandes varones de la insurrección de 1868. Su historia quedó hecha de sueños, riesgos y sacrificios.

El último período brillante de la Cámara fué aquel que se inició poco antes de ocupar la presidencia de la República Tomás Estrada Palma. En el primer trimestre de 1876 integraban el Legislativo Miguel Bravo Senties, Pablo Beola, Fernando Figueredo Socarrás, José Enriquez Collazo, Salvador Cisneros y Betancourt, Antonio Aguilar Varona, Miguel Betancourt, Francisco Sánchez Betancourt, Juan Bautista Spotorno, Eduardo Machado, Marcos García, Manuel Pina, Francisco La Rúa, José Aurelio Pérez, Luis Victoriano Betancourt y Federico Betancourt.

En la Matilde de Simoni, en territorio camagüeyano, se reunió la Cámara en 20 de marzo de 1876. Todos sus componentes, al quedar de nuevo en marcha el Poder Legislativo, usaron de la palabra. Estaban animados de excelentes deseos y mucha fe. Quisieron transmitirse entre sí los generosos arranques de sus corazones. De los discursos entonces pronunciados, uno muy hermoso llegó a la posteridad: el de Francisco La Rúa, diputado por Occidente. Manifestó que se consideraba en el caso de mostrar su programa, enseñar el color de su bandera y proclamar sus principios.

“Son éstos —aseveró el animoso representante— los republicanos, que amé toda la vida y por los que recibiré dichoso la muerte. Soy ciego obediente de aquella acta constitucional que el 10 de abril de 1869 nos colocó en el rango de hombres libres. Me uniré, sin embargo, a aquellos de vosotros que, razonándola, propongan a esta Cámara la enmienda de sus artículos, cuando las necesidades del país así lo exijan. Me uniré también a los representantes del pueblo que en defensa de éste se levanten para reprimir y castigar la violación del acta sagrada, por alto que sea el asiento de donde parta aquélla. Constituyen mi programa: el orden, la unión, la disciplina en ese pueblo-ejército que combate hoy sin descanso para descansar mañana victorioso. El color de mi bandera será aquel que simbolice la única y constante aspiración de nuestro pueblo: su absoluta independencia; y, aunque débiles, se dirigirán mis esfuerzos a que nuestras leyes tiendan constantemente al engrandecimiento moral del ciudadano y al diario perfeccionamiento del soldado.”

La Rúa dijo más: dijo que la Cámara, formada sobre los sufrimientos del pasado y los triunfos del porvenir, tenía el pasado por estudio y el porvenir por tarea. Y deseaba que sus sesiones, celebradas bajo el estruendo de las armas, pudieran acompañarse muy pronto del entusiasta clamoreo de un pueblo soberano.



MARZO

21

1834

## NUEVAS ARMAS DEL ABSOLUTISMO

España se halló ciega casi siempre en presencia de sus problemas de Ultramar. Poco le enseñó la experiencia. Poco le aconsejó el espíritu de conservación propia. Poco tuvo en cuenta para retroceder en el camino de injusticias y vilipendios en que la metieron ofuscados políticos y malos gobernantes.

La Metrópoli trató de revestir el cargo de Capitán General de facultades omnímodas. En tiempos de Francisco Dionisio Vives, bajo el régimen absolutista impuesto por Fernando VII, fueron conferidas a la suprema autoridad de Cuba atribuciones propias de gobernadores de plazas sitiadas. Pero ni aun por eso se sintió tranquila y satisfecha la reacción. Poco llegó a importar que en la Península el liberalismo, a la muerte de Fernando VII, se considerase con fuerza y decisión bastantes para exigir y obtener franquicias y derechos, pues la Isla seguía siendo la víctima propiciatoria de los arrebatos de hombres cuyos cerebros se nublaban ante ideas nuevas.

A despecho de toda buena razón y sin oír dictamen alguno, en 21 de marzo de 1834 el ministro de la Guerra de España, Antonio Ramón Zarco del Valle y Huet, natural de La Habana, no tuvo empacho en dar aún mayor amplitud al absolutismo erigido en regla jurídica desde poco después de la caída del régimen constitucional. El Ministro, reaccionario respecto de la suerte de su tierra nativa, autorizó al Capitán General para que pudiese suspender de sus destinos y expulsar del país a las personas que comprometiesen la seguridad y firmeza del Gobierno. Quiso sin duda, dictando medida de tanta importancia, hacer absolutamente imposible hasta el más ligero asomo de cuanto no fuese vil sometimiento al opresor.

Miguel Tacón manejó aquel resorte coercitivo. Las consecuencias de la disposición del Ministerio de la Guerra tuvieron que verse inmediatamente. El Capitán General usó de la exagerada atribución a su gusto y antojo. No fué preciso mezclarse en movimiento de marcado liberalismo --un alarde de liberalismo, y no aspiración separatista, resultó la jura de la Constitución en Santiago de Cuba--- para caer dentro del draconiano procedimiento cuya aplicación se confió a la primera autoridad de la Isla. Hablar de alguna manera, por cuidadosa que fuera, en sentido desfavorable al Gobierno constituía motivo para ser expulsado del país. Llegó pronto a ser imposible hasta la emisión de juicios personales en el seno de simples tertulias. La prensa periódica permanecía muda, sin manifestar cosa alguna en relación con los fines primordiales de su existencia. Con las nuevas armas que le deparó Zarco del Valle en 21 de marzo de 1834, el absolutismo no tardó en poner colmo a sus desmanes.



MARZO

22

1797

## CULTIVO DEL CAFE

El cultivo del café en Cuba, a través de los tiempos, despertó especial interés. Productoras de este grano eran otras Antillas. Desde temprano pareció que, por la semejanza de condiciones climatológicas y telúricas, Cuba podía rivalizar con las tierras hermanas. Ensayos realizados, ya por particulares aisladamente, ya por núcleos alentados oficialmente, llegaron a hacer concebir excelentes esperanzas.

A poco de comenzar el último tercio del siglo XVIII, en 1768, fué introducido el café en Cuba. Lo trajo de Puerto Rico el funcionario y agricultor José Antonio Gelabert. En su finca, enclavada en Wajay, hizo las primeras plantaciones. Se vió pronto que los cálculos formulados alrededor de las excelentes condiciones de Cuba para el cultivo del preciado fruto descansaban en sólidos fundamentos. De Wajay se extendió el café por otros partidos no distantes de La Habana.

El incremento del cultivo de un artículo de tanto consumo no alcanzaba a cubrir las demandas del país, que continuaba en las postrimerías del siglo XVIII importando mucho café de Puerto Rico. En 1790 el que se traía de allí costaba a unos veinte pesos el quintal, precio que poco después, en 1793, bajó, fluctuando entre doce y dieciséis pesos. Lo cosechado en Cuba competía por entonces con lo importado. En 1795 los sesenta quintales que produjo un cafetal fomentado en Arcos de Canasí se vendieron en La Habana, con anticipo por parte del comprador de parte del precio, a razón de catorce pesos.

El estancamiento en que había permanecido el cultivo del café a través de más de un cuarto de centuria se debía principalmente a falta de protección y estímulo oficiales.

El Real Consulado de La Habana pretendió coadyuvar al fomento de ramo agrícola de tanta trascendencia. Ofreció prestar a cierto número de hacendados el valor de diez esclavos, pagaderos en varios plazos sin interés alguno. La medida no fué del todo estéril. El propio Real Consulado quiso cerciorarse de los frutos de sus iniciativas y auxilios, y comisionó a Pablo Baloix para que reconociese los cafetales. Baloix rindió en pocas semanas su cometido, y el 22 de marzo de 1797 presentó el informe pertinente. Pudo verse así que en 1797 había en Cuba cinco cafetales de alguna importancia, situados en Canasí, Wajay y Guanajay. Ciento dos esclavos trabajaban en esos cinco cafetales. El total de sus plantaciones se elevaba a ciento treinta y cuatro mil novecientas cuarenta y cinco. Acaso se abrigaron esperanzas de extraordinaria monta por aquellos días, pero el café no lograba tan buen éxito como el tabaco y la caña de azúcar.





## TIRANTEZ ENTRE WASHINGTON Y MADRID

A partir del instante en que ocurrió la explosión del *Maine* las relaciones entre Washington y Madrid fueron internándose en zona peligrosa. Cuba era el eje de las graves discrepancias surgidas. Acontecimientos insólitos habían concurrido a acentuar la violencia moral precursora de la material. La diplomacia trabajaba con febril actividad, mas con éxito inseguro.

Sendas comisiones designadas por los gobiernos norteamericano y español investigaron las causas de la explosión e informaron. La comisión de los Estados Unidos, tras un estudio comprensivo de la existencia del buque desde su arribo a La Habana y de los datos relativos a las pesquisas realizadas en sus restos, declaró que la pérdida del *Maine* no era debida a culpa o descuido de sus oficiales o tripulantes, sino a la explosión de una mina submarina, que había dado lugar a la voladura parcial de dos o más de los paños de proa, sin que le hubiese sido dado recoger prueba alguna capaz de fijar la responsabilidad de persona o personas determinadas. Según el gobierno español, la pérdida del *Maine* reconocía su causa en accidente interior, cuya naturaleza no había tenido medios de fijar y esclarecer.

Al comunicar Woodford al gabinete de Madrid el dictamen de la comisión norteamericana acerca de la destrucción del *Maine*, le transmitió también los puntos de vista de su gobierno como consecuencia de tal informe. Ante los hechos revelados, parecía corresponder una grave responsabilidad a España. El *Maine*, conduciendo una misión pacífica y con el conocimiento y consentimiento de las autoridades insulares, entró en el puerto de La Habana, confiado a la seguridad y protección de una nación

amiga. El puerto estaba bajo la jurisdicción de España, y ésta, como soberano local, tenía la obligación de proteger a las personas y los bienes que se hallaban en dicho lugar, mayormente la nave y los marinos de una potencia con la que mantenía relaciones amistosas. La Unión demandaba de España la acción encaminada a castigar la agresión inferida a sus derechos.

Una manifestación escrita entregada por el legado de los Estados Unidos en Madrid a los ministros de Estado y de Ultramar de España el 23 de marzo de 1898 hizo saber que, si dentro de breves días no se llegaba a un acuerdo satisfactorio, capaz de asegurar una paz inmediata y honrosa en Cuba, el Presidente no podría sino someter, en su totalidad, al Congreso, para su decisión, los problemas pendientes. La tirantez entre Wáshington y Madrid crecía. La disparidad de los dictámenes sobre la explosión del *Maine* derivaba hacia lo medular de la cuestión cubana. O se producía un acuerdo que deparase una paz justa a la Isla o el Poder Ejecutivo de la Unión haría participar al Legislativo en el peligroso estudio del conflicto hispanocubano.



Di'a del Veterinario Cubano

MARZO

24

1896

## ACCION DE GUERRA EN BLANQUIZALES

Los libertadores del extremo occidental de Vuelta Abajo probaron su arrojo y su heroísmo en el encuentro tenido el 6 de marzo de 1896 con el batallón español *Wad-Ras* en La Tenería. Pinareños fueron los que allí pelearon por la libertad de Cuba. Estaban dominados por la creencia de que necesitaban demostrar su aptitud bélica a la faz de propios y extraños. La temeridad, el ardimiento patriótico y la inexperiencia jugaron entonces papeles importantes.

El batallón *Wad-Ras* rindió el viaje emprendido en Arroyos de Mantua llegando a Guane. Apenas descansó allí. Reanudó pronto las operaciones. Fué a la playa de Juan López, dispuso en aquel embarcadero la conducción de pertrechos a Guane y emprendió marcha el 14 de marzo. El capitán Ramón Lazo corrió en persecución de la columna enemiga. Sin embargo, no era el que corría el momento en que iba a repetirse el rudo choque entre españoles e insurrectos. Diez días después entablaron los propios contendientes una verdadera acción de guerra.

El teniente coronel Manuel Lazo preparó y dirigió la función. Presumió el paso del *Wad-Ras* por Blanquizales, en jornada de Guane a Juan López. Hizo que Ramón Lazo permaneciese en las avanzadas del campamento. Entre éstas y la vanguardia del adversario comenzó la pelea a cosa de las nueve y media de la mañana del 24 de marzo de 1896. Las fuerzas de Manuel Lazo casi cercaron a Terán, que seguía mandando las fuerzas españolas. El grueso de las cubanas arremetió de frente contra aquéllas. Ramón Lazo y su gente atacaron por el flanco izquierdo. Francisco Rivera y Julián Cruz, con un puñado de valientes, se abalanzaron sobre la retaguardia y le arre-

bataron cuerpo a cuerpo parte importantísima del convoy.

La polémica, menos sangrienta que la librada dieciocho días antes en La Tenería, fué para las armas cubanas un triunfo. El coronel Terán, a duras penas repuesto de la sorpresa de la embestida, se apresuró a guarecerse en el embarcadero de Juan López. Los libertadores, poseídos más que en otra ocasión alguna de la certeza de su empuje, se entregaron a celebrar la victoria obtenida. El botín resultó cuantioso. Aunque por aquellos días la escasez de viandas no se había acentuado mucho, el refuerzo tuvo que ser magnífico para los que luchaban en la península de Guanahacabibes.



MARZO

25

1895

## MONTECRISTI

La Revolución, como la concibió y propugnó Martí, abrigaba tres aspiraciones fundamentales: a) obtener la independencia y libertad de Cuba y Puerto Rico, sin tratos peligrosos con los pueblos de composición diversa, en América o Europa, de los que no pudiese venir una ayuda desinteresada; b) lograr el beneficio equitativo de todas las clases, no el exclusivo de una sola; c) librar a Cuba de peligros. Esto imponía el cuidado de no acarrearle dificultad alguna, ni en el pueblo de los Estados Unidos ni en ningún otro de América o Europa, que por deberes de cortesía o derecho público pudieran verse en la necesidad de aparecer como enemigos y perseguidores de la nueva república americana cuya creación necesitaban y anhelaban.

Martí anunció con exactitud la reanudación de la guerra de Cuba contra España, porque no en vano la había madurado. Redobló su actividad. En cuerpo y alma se dió a la tarea de poner en marcha sus concepciones. Supo que su presencia en Cuba depararía fuerza y prestigio a la insurrección. Vivió horas de angustia y agonía mientras ultimaba los preparativos de la contienda y aguardaba la confirmación de su creencia de que la Isla secundaría la iniciativa libertadora.

Montecristi, en la isla de Santo Domingo, fué la expresión geográfica que dió nombre a la concreción política de Martí. En Montecristi escribió Martí papeles enderezados a explicar las razones y los fines de la lucha de Cuba contra el régimen colonial.

Con Máximo Gómez suscribió Martí en Montecristi, en 25 de marzo de 1895, el manifiesto, obra suya, en que recapituló las doctrinas de la Revolución. Martí no se-

paraba el pensamiento de libertar a Cuba del vasto proyecto de transformar la función política de las Antillas. La guerra no pararía en el insano triunfo de un partido cubano sobre otro o en la humillación siquiera de un grupo de cubanos equivocados. La independencia de la Isla no sería fenómeno más temible que útil. La insurrección no era desatada contra los habitantes españoles de Cuba, sino contra los que, imprevisores, le saliesen al camino. Más fácil y amiga sería la paz, después de la contienda, si acertaban a vivir juntos padres e hijos. La raza negra, lejos de constituir una amenaza para la empresa bélica y para sus buenas consecuencias, colaboraría con generosidad e inteligencia en la obra patriótica en marcha. La guerra de Cuba era suceso de grande alcance humano y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas prestaba a la firmeza de las naciones americanas y al equilibrio universal.



1961 Se crean los Organos de Seguridad  
del Estado (G-2).

MARZO

26

1896

## LA CORDILLERA DE LOS ORGANOS

La intrepidez del general Antonio Maceo se manifestó ampliamente en la campaña realizada en Vuelta Abajo a su regreso de la excursión por Matanzas. Los hombres de la Colonia seguían teniendo a Pinar del Río por muy adicto a ellos. Maceo había dicho lo contrario. Y él se sentía subyugado por la idea de luchar en Pinar del Río.

Cuando Maceo regresó a la región occidental se empuñó en imprimir grande actividad a las operaciones militares. Juzgaba que las huestes libertadoras habían perdido tiempo y oportunidades, mientras él se hallaba fuera de la Provincia, para medir sus armas con las del adversario. Dos factores concurrían a mantenerlo en situación ofensiva: su nueva visita a Vuelta Abajo y el atraso que observaba en los esfuerzos de sus subalternos. Creyó preciso y urgente extremar su acometividad, comunicar personalmente energía y arrojo a los defensores de la independencia patria, demostrar que la Revolución no se hallaba muerta e infundir respeto y hasta desconcierto en el campo enemigo.

Uno de los proyectos acariciados en seguida por Maceo fué el de hacerse sentir ostensiblemente echando sus huestes sobre Consolación del Norte o La Palma. Conocía la condición de aquel pueblo, apegado al integrismo colonial. Comprendió que la sorpresa ideada daría resultados magníficos. A la concepción del pensamiento siguió sin tardanza el desarrollo del plan. Todos los pasos se encaminaron a tal fin. Sin embargo, para aproximarse a La Palma era necesario recorrer una ruta peligrosísima.

Maceo escogió a Carlos Socarrás —el intrépido criollo que se había echado al monte desde mucho antes de sonar los primeros tiros de la lucha— para que guiase la

columna libertadora hacia La Palma. En esta marcha los patriotas demostraron que no existían obstáculos invencibles para su tenacidad y abnegación. El 26 de marzo de 1896 las huestes del Lugarteniente realizaron una jornada extraordinaria antes de vivaquear en territorio de Las Pozas. El desfiladero aquel día atravesado, poco menos que intransitable, ofrecía los mayores riesgos para el paso de fuerzas numerosas. Pero nada iba resultando imposible para quienes llevaban a manera de consigna gloriosa el juramento de vencer o morir en la demanda. La Cordillera de los Organos se presentaba aspérrima. Pero superiores a las dificultades eran el denuedo y el empeño puestos en juego para satisfacer los propósitos del héroe.



MARZO

27

1854

## CONTRA LAS IRRUPCIONES DE LOS IGNORANTES

Juan de la Pezuela y Ceballos Escalera ocupó dignamente la capitania general de Cuba. En días de infortunio para el cubano, y a despecho de la enemiga de los intransigentes, ofreció ejemplo hermoso de la elevación de su espíritu. Se sobrepuso a toda influencia perniciosa. En él hallaron los sedientos de sangre criolla un valladar infranqueable. Fué justo y bueno.

Pezuela hizo rivalizar en sí los prestigios de la espada con los de la pluma. En 27 de marzo a 1854 él dispuso, dirigiéndose a los censores regios de La Habana, lo conducente a evitar la intervención de gente inculta en las tareas periodísticas. Su firma fué puesta al pie de estas palabras:

“Teniendo en consideración el respeto que merece por su ilustración y su cultura el público de esta importante ciudad, y haciéndome cargo de la facilidad con que se lanzan a escribir para el mismo individuos que han dejado los estudios para meterse a escritores, que empiezan con engañosas promesas y que acaban por cansarle, cuando menos, con sus enojosas producciones, monumento triste de la ignorancia y de la tontería y escuela perversa donde se corrompe el gusto de los demás jóvenes, se anima a la desaplicación, se acaba con el habla castellana y se deshonra la literatura patria; teniendo en cuenta asimismo que los censores, que tienen leyes y reglas establecidas para la censura de escritos irreligiosos, inmorales o subversivos, no cuentan con ninguna contra las irrupciones de los ignorantes, he dispuesto que no se permita la publicación de ningún nuevo periódico cuyos redactores no justifiquen haber hecho la competente carrera literaria en las universidades, colegios o academias del Reino, y

que en los que hoy se publican no consientan sus redactores principales la inserción de escrito alguno de individuo que no haya justificado ante ellos aquellas mismas circunstancias de aptitud literaria."

Una pasión noble y gallarda por la pureza y el esplendor del habla y de las letras castellanas fué por supuesto la fuerza impulsora de una medida de tan elevado vuelo. Corriente resultaba entonces leer en periódicos habaneros anuncios en que, dirigiéndose a las personas que desearan encargar un soneto u otra composición poética, ya para celebrar un onomástico, un bautismo o una boda, ya para lamentar la pérdida o ausencia de un ser querido, ofrecía sus detestables servicios tal cual pretenso hijo de Apolo. El general Pezuela, dando una lección espléndida de cómo el gobernante talentoso y consciente de sus deberes había de cumplirlos hasta en relación con las más sutiles manifestaciones literarias, se decidió a poner coto a los desmanes de la osadía y la estulticia.



MARZO

28

1873

## INTEGRIDAD ESPAÑOLA Y REVOLUCION CUBANA

El error capital de España en el largo, complicado y sangriento problema de la independencia de Cuba consistió en el concepto abstracto que llevó aquello de integridad nacional o integridad patria. Los hombres representativos de la Metrópoli se encastillaron en el absurdo de que era menester conservar a toda costa su dominación en esta Antilla. No quisieron pensar en una solución, digna para todos y para todos beneficiosa, sobre la base del reconocimiento de un estado, independiente y libre, en la Isla. La obstinación en tan equivocado criterio apenas tuvo un intervalo de lucidez. Monárquicos y republicanos, en su inmensa mayoría, discurrían allá de igual manera respecto de la cuestión cubana. Por conocer esta realidad, los libertadores en armas, en documento suscrito en febrero de 1872, dijeron a los directores del Partido Republicano de España:

"Muchos de nosotros aprendimos en vuestras aulas universitarias cuán absurdo es el derecho de conquista; y el conocimiento que a nuestro ánimo llevaron vuestras brillantes lecciones disipó las dudas que mil veces nos asaltaron sobre la razón que hubieran tenido los españoles para privarse de la difusión de luces que la civilización arábiga esparciera por toda España durante la larga dominación sarracena, expulsando los moros de su territorio. Tuvieron los españoles razón para hacer lo que hicieron; que nunca el derecho de la fuerza podrá ser aceptado por código alguno.

"Si concebimos nosotros la inmarcesible gloria que cupo a España por el descubrimiento de las Américas, es porque no lo consideramos como un hecho aislado, sino

porque para nuestra razón esa gloria no se explica sin actos posteriores.

"Efectivamente, el mayor timbre, el más preclaro título que a la admiración del Antiguo Mundo y a la gratitud del Nuevo una potencia conquistadora puede ofrecer es, como Inglaterra, hacer libres, dar existencia propia e independiente, a los pueblos a quienes primero prestó su civilización, religión e idioma."

Los términos del alegato de los patriotas eran categóricos y convincentes. ¿Pensarían ellos que iba a ser aquél bastante eficaz para conmover a los sostenedores del régimen democrático en España?

La apreciación del problema cubano estaba allá erigida en sistema común a todos los partidos. El contenido de las instrucciones reservadas que en 28 de marzo de 1873 fueron comunicadas por el ministro de Ultramar al capitán general de Cuba constituyó prueba plena de que en España, en la situación republicana lo mismo que en la monárquica, el falso concepto de la integridad de la patria continuaba frente a la revolución cubana. En aquel documento se expresó que la República estaba legítimamente proclamada en la Península. Y también allí se declaró, de manera formal y casi solemne, que para el nuevo gobierno, para el gobierno de la República, nada había superior o igual a la integridad patria, traducida entonces en el mantenimiento de la servidumbre política de Cuba.



1895- Diego Vicuña Tejeda a.  
conocer el manifiesto del primer  
Partido Socialista Cubano.



## SAQUEO DE PUERTO PRINCIPE

A mediados del mes de marzo de 1668 el famoso filibustero inglés Henry John Morgan, fijando como punto de reunión Isla de Pinos, concentró en aguas cubanas una flota compuesta de doce velas y unos setecientos naturales de Inglaterra y Francia. Se situó así en las inmediaciones del territorio de La Habana. Alimentó la idea de marchar hacia la capital de la Isla. Llegó a planear el procedimiento que creía más conveniente para asaltar La Habana: desembarcar en Batabanó y continuar por tierra hasta la villa asentada junto al Puerto de Carenas. Debíó de ser aconsejado en sentido contrario a tales proyectos. Acabó por desistir de su ejecución, riesgosa sin duda ante las condiciones de defensa de la plaza.

Morgan no podía alejarse de Cuba sin dejar huellas de su rapacidad. Abandonó el pensamiento de atacar La Habana, pero fijó su intención en la villa de Puerto Príncipe, cabecera ya de una comarca de bastante esplendor económico. Se encaminó hacia allá. El 28 de marzo, al amanecer, comenzó a realizar el alijo de su nutrida expedición en la albufera de Santa María. Hubiera sorprendido alevosamente a los habitantes de Puerto Príncipe de no haber logrado el prisionero a quien obligaba a servir de práctico fugarse y correr a la población amenazada y avisar de la proximidad de tamaño golpe de gente armada y dispuesta a perpetrar todo género de depredaciones.

El alcalde de Puerto Príncipe, hombre animoso y resuelto, dispuso la defensa de la plaza. Hizo retirar a muchas familias con sus esclavos, dinero y alhajas, reunió cuantas armas de todas clases había en la localidad, las puso en manos del vecindario y se colocó a la cabeza de unos se-

tecientos infantes y unos cien jinetes en jacas y aun en mulas, según la expresión de un narrador de aquellos sucesos. Todo el día 28 fué invertido laboriosamente por ambos bandos: los moradores de Puerto Príncipe se apresaban a la resistencia de la manera apuntada y Morgan y los suyos salvaban la distancia entre la albufera de Santa María y Puerto Príncipe. Al romper el alba del 29 de marzo de 1668 unos y otros se hallaron frente a frente.

La lucha pudo culminar en el triunfo de los príncipeños, que se defendían abnegadamente, ya en las entradas de la población, ya desde lo interior de sus casas. Pero Morgan se cuidó de precipitar el fin de la brega. La heroica resistencia de los asaltados lo exacerbó. Y el soberbio y despiadado filibustero se apresuró a participarles que, si no se rendían a discreción, se dispusiesen a morir, presa de las llamas dentro de los edificios. El sometimiento de los príncipeños, anonadados en presencia de una amenaza que no hubiera tardado en traducirse en espantosa realidad, no se hizo esperar. Los filibusteros encerraron a los vencidos en las dos iglesias allí existentes, se entregaron al despojo de cuanto encontraron, exigieron rescates onerosos y, en la imposibilidad de hacer éstos efectivos, terminaron por llevarse, previa conveniente sazón, quinientas reses. En las filas de los príncipeños cayeron con el Alcalde más de cien combatientes.



1849 - Muere Tomás Romay.  
1874 - Muere Gonzalo Castillo  
Bustamante (Capitán del ejército  
libertador)



## ENRIQUE LOYNAZ EN ACTIVIDAD

Enrique Loynaz del Castillo era en 1894 uno de los cubanos de la nueva promoción que ardían en ansias de proseguir la obra libertadora de los padres. Sus progenitores habían colocado en el altar patrio sus vidas y fortunas en la guerra de los Diez Años. Al Mundo vino él, y en el Mundo creció, rodeado de mujeres y hombres que no se cansaban de pensar en la suerte de Cuba ni se atreguaban en el afán de coadyuvar a su independencia.

Los propósitos insurreccionales de Martí situaban a Camagüey en lugar sobresaliente. Los que conocían los avances de los trabajos realizados en el extranjero para precipitar una nueva guerra de Cuba contra el régimen colonial tenían que admitir la importancia de la cooperación de Camagüey a la lucha concebida y preparada por Martí. El esfuerzo emancipador debía ser obra de todas las regiones de la Isla, no menos de Pinar del Río que de Camagüey. Pero en el renovado empeño la participación de Camagüey, por sus leyendarios antecedentes, entrañaba singular importancia.

La aptitud revolucionaria de Enrique Loynaz del Castillo quiso coincidir con la capacidad guerrera de Camagüey en momentos en que las miras insurreccionales de Martí se aproximaban a la etapa de las arduas realizaciones. Loynaz midió la trascendencia que tendría el hecho de situar pertrechos bélicos en Camagüey con antelación al día en que allí debía reiniciarse la contienda contra el régimen colonial. Además, para Loynaz era Camagüey dominio suyo: en Camagüey ilustres deudos suyos habían ofrendado lo mejor de sus vidas a la causa patria.

El 30 de marzo de 1894 fué uno de los días, plenos de

agitación y peligro, empleados por Enrique Loynaz del Castillo para transportar armas y municiones desde Nueva York hasta Camagüey. El joven alterador aprovechó sus relaciones con el personal del Ferrocarril Urbano de Camagüey para adelantar su proyecto de introducir en la Isla aquellos pertrechos. Estos fueron despachados en el puerto de Nueva York con destino al de Nuevitas. El director del empeño siguió de cerca el importante cargamento. Cuando todo parecía marchar de perfecto acuerdo con lo ideado, ya en Cuba los efectos de guerra, la delación entró en juego. Loynaz no pudo salvarlos. Y sólo con la intrepidez privativa de su temperamento logró él eludir la persecución oficial y salir de Cuba para continuar trabajando por la transformación política de esta Antilla.



MARZO

31

1589

## TEJEDA Y ANTONELLI

La villa de San Cristóbal de la Habana no podía quedar a la merced de la suerte cuando ya su importancia y hegemonía estaban de manifiesto. Había sido elevada a capital de la Isla. La prudencia aconsejaba dotar la población levantada a orillas del Puerto de Carenas de elementos defensivos, que la pusiesen a salvo de los ataques enemigos. La Metrópoli lo consideró así, y se ocupó en atender necesidad tan premiosa.

El maestre de campo Juan de Tejeda y el ingeniero Batista Antonelli fueron encargados de dirigir, cada quien en la esfera de sus atribuciones y de su competencia, las obras demandadas por La Habana. Al hallarse ambos en la capital de la Isla, para emprender aquellos trabajos, su pericia y la confianza que inspiraban en la corte española estaban justificadas por la comisión que acababan de cumplir en otras posesiones americanas, donde habían llevado a cabo el estudio y proyecto de importantísimas fortificaciones. Sus trabajos en Cuba abonarían justamente la fama adquirida en el ejercicio de aquellas especiales funciones. La ocasión aquí sería más propicia, por lo mismo que el Puerto de Carenas, situado en el crucero del Nuevo Mundo, poseyó siempre carácter y condiciones excepcionales.

Tejeda y Antonelli se hallaban en La Habana, en disposición de desarrollar los proyectos defensivos ideados respecto de esta plaza, en 31 de marzo de 1589. Acompañaban entonces al Gobernador General, como refuerzo y procedentes de Tierra Firme, cien hombres, que debía utilizar vigilando y abasteciendo los destacamentos de La Florida. Pero lo primordial, lo preferente, entre los encargos confiados a Tejeda, consistió en la construcción

de dos fortalezas en La Habana. Para ello, precisamente, venía asesorado de técnico tan reputado y competente como Batista Antonelli.

Antonelli, eficazmente apoyado por Tejeda, se consagró a la realización de las obras proyectadas. De la Corte vinieron las instrucciones concernientes al plan de fortificación, sin que las facultades de Tejeda ni las de Antonelli fuesen bastantes para introducir innovación o mudanza de ningún género. Había que levantar, y se levantó, un cuadrilátero atrincherado que después se convirtió en un castillo y comenzó a llamarse La Punta, y había que edificar el de El Morro, y se edificó, sobre un punto adecuado para impedir el paso de todo enemigo por el canal de la bahía.

La construcción, por su naturaleza y consistencia y por las dificultades propias de la época, se prolongó por no poco tiempo. Su eficacia era manifiesta, aunque no absoluta. La eminencia del otro lado de la bahía seguía sin fortificación alguna. Y quien ocupase aquélla en son de hostilidad acabaría por ser dueño de La Habana, como observó Batista Antonelli.



ABRIL

1

1667

## FRANCISCO DAVILA OREJON

Cuba estaba azotada por el filibusterismo en las postrimerías del segundo tercio del siglo XVII. La América española sufría las depredaciones de los delincuentes del mar, que contaban con bases de operaciones en Tortugas, Santo Domingo, Barbados y Jamaica. Cuba tuvo que hallarse entre las regiones más castigadas por el pillaje organizado. En la Navidad de 1665 Sancti Spiritus fué asolado por la turba de facinerosos capitaneada por el francés Pierre Le Grand. El desenfreno se manifestaba por todas partes, y hubo momento en que pareció mal incurable.

Las rencillas y luchas de España con Inglaterra y Francia llegaban a Cuba. En poco más de un año, para mengua y deshonor de las cortes que patrocinaban tales excesos, sobre unas doscientas haciendas cubanas, enclavadas a lo largo de costas indefensas, fueron esquilmas por hordas de ingleses y franceses. Estas saqueaban los vecindarios, robaban animales y dineros, incendiaban los caseríos y convertían a las esposas e hijas de los ofensivos campesinos en pasto de su lascivia.

En situación tan desesperada se hallaba la Isla en los primeros tiempos del mando del maestro de campo Francisco Dávila Orejón y Gastón. Pero este animoso veterano no permaneció indiferente ni inactivo ante enormidades tales. Se ocupó en estudiar los medios de defensa. Concibió un plan. Y convocó a las demás autoridades y personas notables de La Habana para comunicarles sus intenciones.

La reunión de autoridades y vecinos de La Habana con el Gobernador General se efectuó el 1º de abril de 1667. Dávila Orejón, en un discurso vehemente, excitó el patriotismo de todos. Pintó con vivos colores el estado

de la Metrópoli, en guerra con los poderes más formidables de Europa. Encareció la necesidad de no dilatar los aprestos defensivos. Luego, refiriéndose a los enemigos internacionales, dijo:

"No nos fundemos ya en su desunión para omitir diligencias que conduzcan a nuestra seguridad y conservación, cuando con tales avisos nos anuncian la quema y el saqueo de esta ciudad. Sobran ya para no perder más tiempo y ocupar el que nos queda en la defensa más segura y eficaz, como lo será infaliblemente el ceñirla de trincheras y faginas de quince tercios de grueso y un estado de alto; lo cual nos dará un foso en lo profundo y ancho de la misma proporción que la trinchera. Esto y el foso, con buenas y fuertes estacadas, bastarán no sólo a defenderla de piratas, sino de un ejército regular. Se dispondrá como si fuera una muralla real: que, si desde cincuenta años atrás se hubiera principiado, hallárese hoy esta plaza la más fuerte del Mundo, y sus moradores con ánimo más quieto. Señores, la obra de la trinchera que propongo, repartida por compañías, dueños de ingenios y personas que puedan ejecutar la porción que se les señalare, según su posibilidad y gente, se puede levantar en treinta días."

La palabra de Dávila Orejón constituía en La Habana de principios del tercer tercio del siglo XVII uno de los valores culturales más apreciados. Su discurso de 1º de abril de 1667 levantó el espíritu público. El gobernalle de Cuba estaba en manos de un claro varón.



ABRIL

2

1901

## ELIHU ROOT Y LA ENMIENDA PLATT

En el seno de la Convención Constituyente, y en la conciencia cubana no menos que allí, produjo sensaciones inusitadas el anuncio de que el gobierno de los Estados Unidos se empeñaba en imponer a los cubanos el tratado permanente que desde luego tomó el nombre de enmienda Platt. Se diputaba tal intento limitativo de la soberanía de la república cuyas bases definitivas, en el orden jurídico, se estaban trabajando. La protesta fué grande. La alarma resultó aún mayor.

La Asamblea elegida por el pueblo se ocupó, afanosa, con la tarea, no menos ardua que complicada, de discutir la enmienda Platt. En uno de los momentos críticos, cuando se debatía, con ardimiento y temor a la vez, alrededor de las intenciones del gobierno norteamericano respecto de su ingerencia en los asuntos públicos de Cuba, el 2 de abril de 1901, el secretario de la Guerra de la Unión, el notable estadista Elihu Root, se dirigió por cable al gobernador militar de la Isla, Leonard Wood.

Root autorizó a Wood para expresar oficialmente cuál era, en opinión del presidente McKinley —la opinión de McKinley era la de Root—, el alcance de la intervención prevista en la enmienda Platt. Esta intervención no era sinónima del entrometimiento en los asuntos del gobierno cubano: esta intervención contemplaba la formal acción del gobierno de los Estados Unidos inspirada en justos y sustanciales fundamentos para la preservación de la independencia cubana y el mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida y propiedad y de la libertad individual y para el cumplimiento de las obligaciones impuestas respecto de Cuba por el tratado de París a los Estados Unidos.

Las palabras de Root no convencieron a los adversarios de la enmienda Platt. Realmente, el despacho cablegráfico del secretario Root no era sino la reproducción, casi exacta, del párrafo tercero del proyecto de apéndice constitucional, párrafo anticipado por el mismo Root en la extensa comunicación que había enviado a Wood el 9 de febrero. Y esto más: en lo dicho anteriormente, en aquello que expresó el 9 de febrero, sentó, como no concediendo importancia al hecho en sí, que la intervención pretendida no pasaba de ser el ejercicio del derecho de que a la sazón usaban los Estados Unidos sobre Cuba.

La aclaración intentada por el Secretario de la Guerra fué baldía en lo de llevar al ánimo de los convencionales cubanos una rectificación de criterio. Pero la fuerza no de los razonamientos, sino de la realidad, se iba imponiendo. Los cubanos estaban colocados frente al dilema de aceptar la enmienda Platt o continuar bajo la tutela absoluta del extranjero. El futuro diría si era cierto que el párrafo tercero de la enmienda Platt estaba enderezado, según su letra, a la preservación de la independencia de Cuba y al mantenimiento de un gobierno adecuado para la protección de la vida civilizada.



ABRIL

3

1896

## SAN DIEGO DE TAPIA

Para las huestes revolucionarias bajo el mando inmediato del general Antonio Maceo el ataque al pueblo de Consolación del Norte o La Palma, en Vuelta Abajo, fué un suceso desgraciado. Mas ¿había de enfrascarse el caudillo en lamentaciones alrededor de la inesperada cuan lamentable novedad? No era el Lugarteniente hombre inclinado a perder tiempo y sosiego en el análisis infructuoso de hechos pasados. Le bastaba conocerlos, apreciar sus causas y efectos y tomar buena nota de la lección que ofrecían a su consideración.

Recién ocurrido lo de La Palma el general Maceo dictó disposiciones encaminadas a no dejar de hacer sentir su presencia en la región pinareña. En la segunda de las noches siguientes al asalto de Consolación del Norte los servidores de España que guarnecían el pueblo de San Diego de los Baños fueron avisados por vivo tiroteo de la proximidad de Maceo. En aquella localidad, adonde seguramente había llegado ya la noticia de la lucha sostenida en La Palma, las salvas de la gente de Maceo debieron de producir no poca alarma, llevando la destemplanza y la zozobra a los ánimos de los fieles que allí tenía la Colonia.

El caudillo cubano prosiguió el afán encaminado a molestar de continuo al enemigo. Quiso explorar la comarca de Bahía Honda. Llegó a infundir pavor a sus adversarios. Atacó, aunque ligeramente, el destacamento español que en la cumbre de la montaña de El Toro cuidaba la torre heliográfica allí levantada. La noticia, abultada por los conmitones del Capitán General y por el propio Weyler, fué reflejo fiel del terror que les infundía la intrepidez del héroe.

En la montaña de El Toro se encontraban aún Maceo y los suyos el primer día del mes de abril, al tiempo de desencadenarse una tempestad horrible. Bajo la inclemencia del tiempo los libertadores se replegaron a las estribaciones de la sierra. Pero los trastornos atmosféricos persistían, y no iba el general Maceo a esperar pacientemente, para emprender nueva marcha, hallarse bajo un cielo azul y sobre la tierra iluminada por una esplendente luz solar. Así fué que el 3 de abril de 1896, en medio de las rachas huracanadas que hacían difícil toda operación, tomó el camino de San Diego de Tapia, a fin de llevar a cabo reconocimientos y ajustes que consideraba indispensables para desarrollar sangrientas jornadas en las lomas de Tapia.



ABRIL

4

1869

## BANDO DE VALMASEDA

Blas Villate, conde de Valmaseda, fué uno de aquellos hombres que, enviados por España a Cuba con elevadas funciones de mando, no trabajaron sino por crear en la Colonia el odio a la Metrópoli. Desde los primeros momentos actuó en la contienda iniciada en 1868. Ensayó al principio, sin inteligencia ni facultades bastantes para ofrecer reformas, el sistema de atraer a la llamada legalidad a los revolucionarios de Oriente y Camagüey.

Los esfuerzos pacificadores de Valmaseda se estrellaron ante la actitud enérgica y firme de Francisco Vicente Aguilera, Ignacio Mora e Ignacio Agramonte, para no citar otros nombres. El Conde pudo ver cómo, a raíz precisamente de sus negociaciones con Napoleón Arango en Puerto Príncipe, los camagüeyanos en armas le infligieron en la acción de Bonilla una espantosa derrota.

Pasaron los días y pasaron los meses iniciales de la Revolución, y Valmaseda tuvo que arribar al convencimiento de que en vano seguiría intentando el término de la guerra por medio de engañosas promesas. Los insurrectos llegaron a la conclusión de que no debían entablar con los opresores trato alguno de paz que no descansase en el reconocimiento de la independencia de Cuba. Esta idea fué robustecida en el campo revolucionario por acuerdos de la trascendencia de la abolición de la esclavitud. Por otra parte, adelantaban los esfuerzos dedicados a producir la fusión de todos los núcleos libertadores. Valmaseda se halló al comenzar el mes de abril de 1869 sumido en la mayor decepción. No había sido él humanitario, pero desde aquellos días lo fué menos. Y, no contento con llevar a la práctica la barbarie y el crimen, quiso elevar a sistema escrito abominables procedimientos.

En un bando o una proclama que dirigió a los habitantes de los campos, y fechó en Bayamo el 4 de abril de 1869, declaró que quien no estaba con él estaba contra él y que, para que sus soldados supiesen distinguir entre sus adictos y sus adversarios, iban provistos de las siguientes imperativas instrucciones:

"Todo hombre, desde la edad de quince años en adelante, que se encuentre fuera de su finca, como no acredite un motivo justificado para haberlo hecho, será pasado por las armas.

"Todo caserío que no esté habitado será incendiado por las tropas.

"Todo caserío donde no campee un lienzo blanco, en forma de bandera, para acreditar que sus dueños desean la paz, será reducido a cenizas.

"Las mujeres que no estén en sus respectivas fincas o viviendas, o en casa de sus parientes, se reconcentrarán en los pueblos de Jiguaní o de Bayamo, donde se proveerá a su manutención; las que así no lo hicieren serán conducidas por la fuerza."

Ni más terrorífica ni más inhumana podía ser la providencia adoptada por Valmaseda. Los abusos a que sin tardanza dió ocasión no tuvieron límites. Por lo demás, su resultado fué en absoluto negativo. Pocos días después, en el pueblo de Guáimaro, los revolucionarios de Oriente, Camagüey y Las Villas, impertérritos ante tamaños desafueros, proclamaban la República, y casi inmediatamente después, el 13 de abril, Manuel de Quesada, nombrado por la Cámara de Representantes General en Jefe del Ejército Libertador, suscribía una proclama en la que, dirigiéndose a los patriotas, los excitaba a ser soldados para salvar la honra de todos.



ABRIL

5

1538

## COMBATE NAVAL EN SANTIAGO DE CUBA

El corso y la piratería perjudicaron y dañaron la obra de España en Indias. Sin ley ni freno de ningún género, los bandidos del mar constituyeron un peligro constante y un mal frecuente para las colonias fundadas en el Nuevo Mundo. Desde temprano comenzó Cuba a ser víctima de tales depredaciones.

El combate naval sostenido en el puerto de Santiago de Cuba por Diego Pérez, de Sevilla, contra un corsario francés, el 5 de abril de 1538, fué uno de aquellos sucesos provocados por los enemigos de España en Indias. Al tiempo de salir de Santiago de Cuba, el 4 de abril, un bergantín español fué apresado por una nave francesa, cuyo capitán, haciéndose guiar por un piloto aprehendido, al otro día, el 5 de abril de 1538, entró en Santiago poseído de la mayor soberbia. Los franceses recién llegados y los españoles de Diego Pérez se reconocieron como enemigos.

Rompieron el combate el mismo 5 de abril. Esforzados eran unos y otros contendientes. Hasta llegar la noche bregaron obstinadamente. Entraron en una tregua por la oscuridad nocturna. Los capitanes, por medio de fieles mensajeros, cambiaron recados muy comedidos y presentes de caldos, frutas y conservas y acordaron renovar el combate al día siguiente, continuarlo hasta que uno de los dos quedase vencido y no hostilizarse durante la noche, ni por medio de la artillería ni de las lanzas y espadas. Media semana, bajo el plan así combinado, mantuvieron la lucha. A la cuarta noche, como Diego Pérez recordase al francés lo estipulado en el sentido de sostener la brega hasta decidirla por uno u otro, el segundo hubo de responderle, con no disimulada arrogancia, que era ociosa

la advertencia, pues estaba seguro de obtener la victoria y que, si ello resultaba deseo de Diego Pérez, en el acto podían reanudar la polémica. Mas el francés se hallaba quebrantado y con su desplante no quiso sino inspirar confianza a su adversario, que, demasiado creyente en las palabras de su enemigo, descuidó toda vigilancia y advirtió, al romper el nuevo día, que la nave francesa había abandonado el puerto de Santiago de Cuba.

Hubiera Diego Pérez preferido dejar totalmente vencido en el puerto de Santiago de Cuba a su adversario. De todas suertes, la victoria fué suya. Se holgó de ello al solicitar poco después, con el carácter de capitán y señor de su navio *Magdalena*, armas para rememorar sus servicios. En el documento en que tal petición formuló Diego Pérez relató las circunstancias del suceso, más sangriento en la primera embestida por el empleo de la artillería. Diego Pérez, que con su abnegación libró a Santiago de Cuba de las depredaciones del corsario francés, aspiró a que los atributos de su escudo fuesen un león y un lobo alzados en memoria de que había peleado como una fiera hasta hacer huir al francés, tres flores de lis para simbolizar el triunfo obtenido y árboles y aguas en recuerdo de los medios empleados en su defensa, encallando su nao y batiéndose con el éxito feliz reconocido por el gobernador Guzmán al participar la ocurrencia al emperador Carlos V.



ABRIL

6

1895

## MARTI Y GOMEZ EN CABO HAITIANO

José Martí fué durante su vida un elaborador de la gloria, porque nadie gustó del desasimiento útil y redentor con más dulzura y templanza que él. Amó el sacrificio. Jamás olvidó que la gloria, para ser alcanzada con justicia plena, había de ser amasada por el esfuerzo arduo. ¿Quién se mantuvo con mayor firmeza que Martí ante la adversidad? ¿Quién afrontó con mayor empeño que él los azares y quebrantos propios de la humana existencia?

Las jornadas de Martí para llegar a Cuba cuando sonó la hora de reanudar la lucha por la independencia fueron prueba acabada de cómo sabía él enfrentarse al peligro y vencer todo género de obstáculos. Su pensamiento de dirigirse a su patria desde suelo antillano, como para ofrecer testimonio de su amor a la compenetración de los hermanos de la América latina, lo condujo a su arribo a playas cubanas en términos riesgosos. En Santo Domingo se unió al mayor general Máximo Gómez. Ambos próceres poseían entereza y decisión bastantes para no sentirse arredrados en presencia del infortunio.

Martí y Gómez, con Francisco Borrero, Angel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario, partieron de Montecristi el 1º de abril de 1895. Al cabo de una semana de peripecias y contratiempos, a bordo de un vapor frutero que tomaron en Inagua, en 6 de abril llegaron a Cabo Haitiano. Aquellos momentos fueron de una significación singular. La presencia de los patriotas cubanos, en actitud dudosa para los enemigos de la independencia, podía provocar medidas coercitivas por parte de las autoridades de Cabo Haitiano. Era menester conducirse allí con extremada cautela.

El Apóstol y el Generalísimo habían convenido con el

capitán del buque frutero tomado en Inagua mantenerse sigilosamente en Cabo Haitiano, en atención a los peligros apuntados. Tan luego como llegaron a aquel puerto ellos y sus compañeros desembarcaron y se dispersaron por la población. La misteriosa estada de los próceres allí duró cuatro días. El 9 fueron noticiados de que debían reembarcarse aquella noche, como, en efecto, lo hicieron, para hallarse al amanecer del 11 de nuevo en Inagua y por la noche en tierra cubana. ¡Riesgosa y dura peregrinación! Todo ello era un sacrificio más en abono de la gloria labrada por quien con su esfuerzo, su predicación y su amor procuró la liberación del suelo nativo.



ABRIL

7

1898

## LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS

Poco más de una semana después de haber sido requerida por España su ingerencia en América las grandes potencias europeas se inmiscuyeron en el conflicto suscitado por la guerra de Cuba. El 7 de abril de 1898 los legados de Austria, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia y Rusia en Wáshington visitaron al presidente McKinley. Llevó la palabra, a nombre de todos, el embajador inglés. Ellos se acercaron al alto magistrado norteamericano en misión de amistad. Sus respectivos gobiernos habían autorizado a los diplomáticos presentes para que apelasen a los sentimientos de humanidad y moderación del presidente y del pueblo de la Unión en el litigio que sostenían con España. Esperaban que ulteriores negociaciones condujesen a los contendores a una inteligencia capaz de asegurar el mantenimiento de la paz y ofrecer las necesarias garantías para el restablecimiento del orden en Cuba.

McKinley fué más categórico y llegó más al fondo de la cuestión que sus preopinantes. Tras algunas palabras corteses, dejó caer la advertencia de que confiaba en que se apreciarían por Europa los esfuerzos sinceros y en nada egoístas que el gobierno norteamericano venía realizando para cumplir deberes de humanidad, poniendo término a la prolongación indefinida de un estado de cosas que se había hecho intolerable.

Los embajadores de las mentadas naciones en Madrid hablaron confidencial y colectivamente con el ministro Pío Gullón el 9 de abril, como consecuencia de las gestiones practicadas cerca de McKinley, para recomendar la suspensión, pedida por el papa León XIII, de hostilidades en Cuba. Ni en Wáshington ni en Madrid, ni ante McKinley ni ante Gullón, los voceros de las potencias media-

- doras se aventuraron a opinar de manera precisa respecto  
• del cambio de régimen por la Isla demandado.

La Europa oficial se condujo con manifiestas reservas en el caso de Cuba cuando ya no era momento sino de proceder abiertamente. Sus representantes diplomáticos hablaron en Wáshington del restablecimiento del orden y del mantenimiento de la paz en la Isla, mas omitieron toda referencia al problema medular: el derecho de Cuba a su liberación. No bastaba impulsar medidas de sosiego material. Urgía resolver lo fundamental, lo que había dado pábulo a la guerra. Y las potencias europeas se mostraban refractarias a entrar en esa zona del conflicto. Con repugnancia la contemplaban, como con desazón observaban la participación de los Estados Unidos en la cuestión planteada. Tal era la opinión dominante en los gobiernos y en muchos políticos notables del Viejo Mundo. Formaban número cortísimo aquellos que, como Francisco Pi y Margall —pensador, estadista, repúblico integérrimo, hombre de ponderado juicio y español por añadidura—, aquilataban la razón del separatismo cubano y la procedencia de que Wáshington, viéndolo como asunto de interés americano, lo ayudase a triunfar.



ABRIL

8

1852

## UN PROYECTO DE CONVENCION TRIPARTITA

Con motivo de la última expedición de Narciso López, cuando Cuba se hallaba fuertemente sacudida, los gabinetes de Londres y París previnieron a sus respectivas fuerzas navales en el Golfo de México para que, en caso necesario, cooperasen con las autoridades españolas en la defensa de la Isla y el mantenimiento de la soberanía hispánica en la Colonia. A tales aprestos añadieron la Gran Bretaña y Francia su comunicación con los Estados Unidos en demanda de que se guardase absoluto respeto a derechos consagrados por el tiempo. La Unión respondió en términos categóricos y deslizó apreciaciones sustanciales.

El gobierno de Wáshington desaprobaba las empresas bélicas preparadas en territorio de la Unión y cobijadas con su bandera. No veía con indiferencia que Cuba pudiese salir de manos de España para caer en las de cualquier otra potencia. ¿No sería posible —se preguntaba— encontrar algún modo práctico de evitar en lo futuro la probabilidad de un choque o de complicaciones desagradables entre las potencias a que cabía atribuir propósitos ambiciosos respecto de Cuba? Londres y París, embozadamente, imputaban a Wáshington designios tortuosos sobre Cuba, y Wáshington advertía a París y Londres que conocía el peligro elaborado por la codicia de las naciones que en la Isla contemplaban una posible presa.

La Gran Bretaña y Francia creyeron magnífica la oportunidad que los Estados Unidos les brindaban para llegar a un entendimiento satisfactorio. En 8 de abril de 1852 James Howard Harris, conde de Malmesbury, ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, se dirigió a su plenipotenciario en Wáshington, John F. Crampton,

a fin de instruirlo de la solución que los gabinetes de Londres y París habían planeado para resolver con el norteamericano el problema que para las tres potencias constituía Cuba y enviarle, traducido al inglés, el proyecto de tratado que Luis Félix Esteban Turgot, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, había redactado en su propia lengua al efecto ya indicado. Por la convención tripartita trazada por Turgot, prolijada por la Gran Bretaña con no menos entusiasmo que Francia, estas dos naciones y los Estados Unidos se obligarían, individual y colectivamente, a no pretender la posesión de Cuba.

El gobierno de Wáshington examinó con serenidad el proyecto de convención tripartita elaborado en Europa. Luego llevó sus conclusiones a un extenso despacho. Los Estados Unidos declinaron la invitación de la Gran Bretaña y Francia por serias razones. Quizá llegaría el caso de que la posesión de Cuba se convirtiese para los Estados Unidos en una condición esencial de su seguridad. Problemático era que España conservase a Cuba para siempre. Ninguna administración de los Estados Unidos sería capaz de soportar los embates de la opinión pública si estipulase con otras potencias que la Unión no adquiriría en ningún caso a Cuba.



ABRIL

9

1896

## ACCION DE SAN CLAUDIO

En la campaña realizada por el general Antonio Maceo en el Oriente de Vuelta Abajo en la primavera de 1896 hubo novedades que pusieron una vez más de manifiesto las admirables cualidades del caudillo. La acción de San Claudio, librada el 9 de abril de 1896, constituyó para las huestes libertadoras otra victoria resonante a la par que sumió a los defensores de la Colonia, de Weyler abajo, en comentarios, disquisiciones y acuerdos reveladores del desconcierto reinante en sus ánimos. Una página de gloria escribió Maceo al quedar triunfante, a costa de treinta y siete bajas entre muertos y heridos, en San Claudio.

Cuando el Lugarteniente, a despecho de la inclemencia del tiempo, bajo los azotes de un recio temporal, se dirigió el 3 de abril a San Diego de Tapia, había tomado la resolución de buscar al enemigo. De ahí que no pusiera paz a su espíritu ni diese tregua a su acometividad. Supo que el cuartel general de los españoles estaba en el pueblo de Bahía Honda. Organizó patrullas exploradoras, que no tardaron en cerciorarse de la existencia de destacamentos adversarios en los ingenios *Bramales*, *Luisa* y *Teresa*. Entonces Maceo, convencido de la inminencia del choque, dada la situación en que españoles e insurrectos se hallaban, consideró pertinente aguardar la ofensiva de sus contrincantes.

El 9 de abril de 1896, a mediodía, en las inmediaciones del ingenio *Manuelita*, se inició la polémica entre los españoles y las fuerzas mandadas por el general Quintín Bandera. Con presteza acudió el Lugarteniente, atraído por las detonaciones. El fuego tomó incremento, rivalizando el general Maceo y el teniente coronel Devós, jefe de las tropas españolas, en ordenar maniobras de

importancia. Pero lo más notable en aquellos momentos estuvo constituido por la actitud de Maceo, quien, al arrear el combate, echó pie a tierra y, provisto de un fusil y de una canana que le alcanzó uno de sus subalternos, se colocó en la línea de tiradores, disparando como un simple soldado. El ejemplo del caudillo enardeció a los cubanos.

Al cabo de seis horas de incesante lucha, en una extensión de dos leguas, la acción pudo darse por terminada con el triunfo de las huestes insurrectas. Mucho mayor fué la importancia de éste por lo mismo que los españoles pelearon con bizarria y denuedo dignos de la habilidad con que resultaron dirigidos por el teniente coronel Devós, no menos en la ofensiva que en la retirada hacia San Claudio. La brega entrañó para los leales a España motivo de largas lamentaciones, de juicios muy singulares y hasta de inculpaciones enderezadas a jefes de la significación del coronel Ulpiano Sánchez Hechavarria. Mal podían avenirse Weyler y los suyos con el resultado desastroso del rudo encuentro con el Lugarteniente: habían concebido la esperanza de infligir a Maceo la derrota que éste, cambiando los términos del suceso, asestó a sus adversarios, cuyas pérdidas en hombres debieron de correr parejas con la intensidad de la pésima impresión que les causó la ocurrencia sangrienta de San Claudio.



ABRIL

10

1869

## ASAMBLEA EN GUAIMARO

La compenetración a que llegaron los cubanos en armas en Guáimaro, el 10 de abril de 1869, estaba llamada a ser fecunda. Aunque aislados hasta entonces los movimientos revolucionarios de Oriente, Camagüey y Las Villas, eran en lo fundamental idénticas sus aspiraciones y muy semejantes las direcciones de su espíritu guerrero. Puntos de la trascendencia de la abolición de la esclavitud fueron tratados y resueltos en parecidos términos, con mayor o menor amplitud, pero resueltos al cabo, por la Capitanía General de Oriente, por la Asamblea de Representantes del Centro de Camagüey y por la Junta Revolucionaria de Las Villas. Por otra parte, y a despecho de la diversidad de nombres tomados por aquellos núcleos de libertadores, en todos se hallaba firmemente arraigado el ideal republicano y era definitiva la decisión de no entrar con el adversario en tratos que no estuviesen basados en el reconocimiento de la emancipación de Cuba.

Carlos Manuel de Céspedes, Salvador Cisneros y Betancourt, Francisco Sánchez Betancourt, Miguel Betancourt Guerra, Jesús Rodríguez, Antonio Alcalá, José María Izaguirre, Honorato del Castillo, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Arcadio S. García, Tranquilino Valdés, Antonio Lorda, Eduardo Machado, Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana fueron los hombres que, en representación de los elementos insurreccionados, integraron la Asamblea Nacional. Asumieron su presidencia Carlos Manuel de Céspedes y sus secretarías Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana en la primera sesión, celebrada en la mañana del 10 de abril de 1869, en el pueblo de Guáimaro. Quedaron proclamada la República, hecha la pertinente declaración de principios y encomendada a Agra-

monte y Zambrana la redacción de un proyecto de constitución. En tales actos y acuerdos, sencillos en medio de su importancia extraordinaria, consistió la tarea inaugural, de carácter secreto, de la Asamblea Nacional, en funciones a la sazón de Convención Constituyente.

Pocas horas habían transcurrido cuando, el mismo 10 de abril, por la tarde, pudo reunirse nuevamente la Asamblea, para conocer, discutir y votar un proyecto de constitución redactado por Agramonte y Zambrana. En una sola sesión, en la pública efectuada en aquella tarde, fué adoptada la carta fundamental de la República. Este código político, compuesto de veintinueve artículos, creó los poderes públicos de la naciente nacionalidad: el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial. El Legislativo, que resultó preponderante, iba a residir en la Cámara de Representantes. El Ejecutivo lo ejercería el Presidente de la República. El Judicial, por lo que tocaba a su regulación, se dejó a las prescripciones de una ley especial.

La obra de la Asamblea Nacional no terminó al quedar adoptada la Constitución. Acuerdo suyo fué escoger la bandera creada y enarbolada por Narciso López como pabellón de la República. Menester era dejar en marcha las instituciones de la República. Por asentimiento unánime de todos los elementos en estrecho y cordial abrazo confundidos en Guáimaro, el 11 de abril los propios componentes de la Asamblea Nacional, a excepción de Céspedes, integraron la Cámara de Representantes.



ABRIL

11

1869

## LA CAMARA DE REPRESENTANTES

La Asamblea Nacional había cedido su puesto en la tarde del 11 de abril de 1869 a la Cámara de Representantes. Tan luego como Carlos Manuel de Céspedes declaró terminados los trabajos de aquélla, sin dilación alguna, comenzó la existencia del cuerpo legislativo de la República, de concierto con la constitución votada, firmada y ratificada. Los mismos hombres, exceptuando a Céspedes, que habían suscrito la carta fundamental integraron la Cámara, cuyo acto inicial tuvo que ser, naturalmente, el de la elección de su mesa. En votación secreta resultaron designados Salvador Cisneros y Bentancourt para presidente, Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana para secretarios, Miguel Jerónimo Gutiérrez para vicepresidente y Miguel Betancourt y Eduardo Machado para vicesecretarios.

El momento de iniciar las deliberaciones de la Cámara había llegado. Zambrana propuso, y así se decidió, que el primer acuerdo consistiese en disponer que la gloriosa enseña enarbolada por Céspedes se fijase en la sala de sesiones y se considerara parte integrante del tesoro de la República.

La Cámara se hallaba en la oportunidad y el deber, para que el país viese completando su organización, de ejercer una de sus más altas atribuciones: la de nombrar, conforme a lo estatuido en la Constitución, al Presidente de la República y al General en Jefe del Ejército. No bien hubo anunciado Cisneros y Betancourt que iba a procederse a cumplir el mencionado precepto, la Cámara, por aclamación, designó para cubrir tan importantes cargos a Carlos Manuel de Céspedes y a Manuel de Quesada. Ambos en breves palabras expresaron que aceptaban la carga que sobre sus hombros ponía Cuba y agradecieron

la prueba de confianza que entrañaba la elección en ellos recaída. El Presidente de la República propuso en seguida para ocupar la Secretaría de la Guerra a Francisco Vicente Aguilera, y, al aceptarse entre aplausos la indicación de Céspedes, se resolvió asimismo, a iniciativa de Zambrana, que constase en acta el agrado con que la Cámara había recibido el nombre de quien, por las señaladas muestras de patriotismo y grandeza que había ofrecido, era merecedor de todos los honores.

Céspedes pidió nuevamente la palabra. Después de despojarse de las insignias de su mando de Capitán General de Oriente, habló. Nada pudo ajustarse más a las conveniencias patrias que la oferta que hizo de su abnegación en la defensa del compromiso contraído ante la América independiente, ante el mundo liberal y ante la propia conciencia. Grande entusiasmo provocó en todos la actitud del caudillo.

Cuando logró restablecerse la calma, la Cámara continuó en sesión, en la que, sin embargo, no se adoptó ningún otro acuerdo. La solicitud de varios ciudadanos relativa a cierta manifestación oficial respecto de la anexión de Cuba a los Estados Unidos quedó pendiente de estudio. Cisneros y Betancourt, antes de cerrar la sesión, señaló el día siguiente para la solemne investidura del Presidente de la República y del General en Jefe del Ejército Libertador.



ABRIL

12

1869

## CESPEDES Y QUESADA

El júbilo que despertaron en Guáimaro los actos celebrados en 10 y 11 de abril, como fruto del sentir hondo de los patriotas, se reprodujo el 12 de abril de 1869. ¿Cuál fué el motivo de ello? Ya lo había anunciado la víspera Salvador Cisneros y Betancourt, presidente de la Cámara de Representantes: la solemne investidura del Presidente de la República y del General en Jefe del Ejército Libertador. Hombres y mujeres, formando una muchedumbre entusiasta y fervorosa, aplaudían a los ciudadanos de cuya obra dependía en gran parte el buen suceso de la Revolución.

La Cámara de Representantes tomó juramento, sucesivamente, a Céspedes y a Quesada. A cada uno de estos actos siguió un discurso de uno de los secretarios de la Cámara acerca de los deberes del que acababa de prestar juramento. Hablaron allí Agramonte, Céspedes, Zambrana y Quesada. Lo más notable de la sesión, por lo que sacudió el sentimentalismo patriótico, lo constituyeron la presencia y las palabras de Manuel de Quesada. A la izquierda de Cisneros y Betancourt, con uniforme verde y botas calzadas de espuelas de plata, el General en Jefe se levantó y, hondamente emocionado y apoyadas ambas manos en el puño de su espada, balbuceó estas frases, que arrancaron sollozos y lágrimas a mujeres y hombres:

"Conciudadanos: Con orgullo recibo de vuestras manos esta espada, no como distintivo del puesto distinguido a que me eleváis, sino como un emblema del deber que me habéis impuesto.

"De hoy más, compañera inseparable de mis esfuerzos,

será un símbolo que me recuerde, si olvidarlo pudiere, la sagrada misión que la patria por vuestra mediación me ha encomendado.

"Juro, sobre su empuñadura, que esta espada entrará con vosotros triunfante al capitolio de los libres, o la encontraréis en el campo de batalla al lado de mi cadáver."

El juramento de Quesada tuvo mucho de golpe de efecto, pues, al cabo, ni una cosa ni la otra ocurrieron: la espada no entró al capitolio de los libres ni quedó en el campo de batalla junto al cadáver del General. El resto del ceremonial de la investidura consistió en el discurso que el vicepresidente de la Cámara, el meritísimo Miguel Jerónimo Gutiérrez, leyó, relativo a la significación de aquel día.



ABRIL

13

1822

## LA PARTIDA DE ARMONA

Domingo Armona tuvo el encargo de perseguir en campos y ciudades a los malhechores que en Cuba, en el primer tercio del siglo XIX, eran el azote de la Colonia. Pero en el cumplimiento de su cometido casi siempre se excedió. Al cabo, en él había un enemigo de los derechos inalienables del hombre.

Lo ocurrido en La Habana el 13 de abril de 1822, como consecuencia del carácter levantisco e impetuoso del capitán Domingo Armona, perteneció a la serie de desmanes a que en su larga vida de policía se entregó. Al regresar en la tarde de aquel día, al frente de su partida, de recorrer los campos en persecución de los malhechores, supo Armona que había aparecido en la ciudad un papel injurioso para su persona.

Más que resentido, colérico, se dirigió sin pérdida de momento a la imprenta de Pedro Nolasco Boloña, establecida en la calle de Lamparilla, pues de allí había salido la diatriba a él enderezada. Preguntó a Francisco Mas, director o regente de la casa, quién era el autor del papel injurioso, y, como Mas tratase de evadir la respuesta, estuvo el Capitán pronto a hacer justicia por su propia mano. Agredió a bastonazos a Mas, y pocos minutos después, para vergüenza y mengua de los mismos que se llamaban agentes de la autoridad, los operarios de la imprenta y hasta las cajas y fuentes del taller quedaron convertidos, con el pobre director, en pasto de una de las fieras acometidas de Armona y su gente.

La protesta del pueblo contra tamaño desmán fué grande. A oídos del capitán general de la Isla llegaron las públicas murmuraciones a que dió motivo el atropello realizado por quienes abandonaron las vías legales para

la persecución de los calumniadores o injuriadores y atropellaron de manera brutal y bochornosa a los que consideraban responsables. El Capitán General se enteró de las recriminaciones lanzadas contra la actitud pasiva que se le atribuía. Y suscribió y publicó una alocución expresiva de que, aun cuando los impresores vilipendiados no habían presentado querella con ocasión de lo ocurrido el 13 de abril, estaban suspensos, de su orden, Armona y su partida, hasta que se determinase el grado de culpabilidad que sobre los mismos pesaba.



ABRIL

14

1825

## FERMENTACION REVOLUCIONARIA

Simón Bolívar, varón epónimo, llenó con sus ideas y acciones todo un medio globo. Trabajó en el Continente, pero no dejó de influir en las islas del Caribe. Desde la carta de Jamaica él vió con claridad que Cuba no podía escapar a la transformación políticosocial iniciada en Tierra Firme. La América española, una en lo que tenía de civilización occidental, una debía ser en el empeño de vivir bajo instituciones propias.

Era posible que Cuba quedase atrás en el proceso de la independencia de los pueblos americanos. Pero esto no excluía la creencia de que en ella se trabajaba contra el régimen colonial. En las postrimerías del primer cuarto del siglo XIX circularon por el Continente noticias según las cuales la Isla se encontraba dominada por las armas de los separatistas. Desde Caracas se anunció a un negociante español con residencia en Nueva York que Cuba estaba devorada por fuego vivo oalzada a la emancipación. Un oficial de posta procedente de Bogotá informó en Caracas que, con motivo de la insurrección de Cuba, se habían corrido órdenes para concentrar la escuadra del Atlántico, tomar en Puerto Bello a los vendedores de Ayacucho y Junín y continuar a la mayor de las Antillas. Estas noticias, transmitidas a La Habana, elevaron el grado de la zozobra reinante en la Isla.

¿Qué efectos producían en las Antillas los progresos de Bolívar en el Continente? Infundían temor a los que mandaban y esperanza en los ansiosos de renovación. Vives confesó la existencia de esos estados de conciencia. Reconoció que la obra del Libertador estaría expuesta a precaria situación mientras España poseyese a Cuba y Puerto Rico, en particular a Cuba, y admitió que los cori-

feos de la revolución hispanoamericana no levantaban los ojos de estos territorios insulares. Ciertas o falsas, noticias echadas a volar por el Caribe derramaban cotidianamente, según sobre quienes gravitasen, disgustos, acidia, desunión, osadía o alientos.

La situación de Cuba iba agravándose. Fuera de la Isla se comentaba y estudiaba el estado de descomposición políticosocial que constituía el mejor alimento de los libertadores. Desde Filadelfia, apreciando esos factores, un observador escribía en 14 de abril de 1825: "La fermentación en que se encuentra toda la Isla es grande; y, como el capitán general Vives está persiguiendo indistintamente a liberales españoles y a criollos independientes, ambos partidos van haciendo una causa común contra el Gobierno que probablemente deberá producir la emancipación." En la medida misma en que disminuían los peligros de ataque a los puertos de Colombia por parte de las naves españolas, porque las situadas en el apostadero de La Habana eran viejas y estaban mal tripuladas, crecían los elementos morales propicios a la adhesión de Cuba al régimen victorioso en el Continente.



ABRIL

15

1869

## LA CAMARA Y MORALES LEMUS

Los rectores de la República, al quedar organizado en Guáimaro el gobierno democrático, cuidaron de que hubiese en los Estados Unidos quien representase dignamente los intereses de los que luchaban por la independencia patria. En José Morales Lemus se fijaron las miradas de todos. Se recordaban sus servicios patrióticos, prestados con anterioridad inmediata a la iniciación de la guerra, luego contribuyendo a que la misma tomase mayor incremento y por último al frente de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico. Su cultura, su previsión y su sagacidad eran, en concepto de los ciudadanos de la República, otros tantos motivos para esperar de él una labor sabia y provechosa.

A nadie pudo causar sorpresa y a todos produjo complacencia la designación recaída en José Morales Lemus para representar los poderes constitucionales de Cuba libre cerca del gobierno de Wáshington. Lo nombró el presidente Céspedes de acuerdo con la Constitución. Pero no se concretó a eso la iniciativa de los revolucionarios. También la Cámara de Representantes, expresando a la vez el agrado con que veía aquella elección, se dirigió a él, por medio de su secretario Antonio Zambrana, en 15 de abril de 1869. Después de referirse a la situación pública anterior a la reunión de Guáimaro, en los días en que existieron la Capitanía General de Oriente, la Asamblea de Representantes de Camagüey y la Junta Revolucionaria de Las Villas, expuso lo siguiente la Cámara:

"Penetrados estos gobiernos de que la unión de todos los patriotas bajo un solo centro político y administrativo daría fuerza y prestigio a la Revolución, acordaron cele-

brar una conferencia en el pueblo libre de Guáimaro con el objeto de destruir las dificultades que los separaban, y, creyéndose autorizados por las circunstancias especiales en que nos encontrábamos, y por la confianza que el pueblo tiene en ellos depositada, para asumir la representación del país, se constituyeron, con aprobación y placer de los patriotas, en Asamblea Nacional, y acordaron la ley política que ha de regir los destinos de Cuba en el espacio de su gloriosa campaña de independencia."

En la consideración de otros sucesos se detuvo la Cámara de Representantes de Cuba libre al dirigirse a José Morales Lemus. Una y otro estaban separados por la distancia, pero se hallaban estrecha y felizmente unidos en las ideas y aspiraciones fundamentales de la Revolución. Bien hizo entonces la Cámara en expresar sus congratulaciones al notable jurisconsulto. Fué paradigma de pureza y patriotismo el primer agente diplomático de la República de Cuba en los Estados Unidos.



ABRIL

16

1874

## VACILACIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Momentos hubo en el año de 1874 en que pudo creerse que estaba próximo el día en que iba Cuba a recibir la justicia con ahinco imperturbable solicitada de los Estados Unidos de América. En el Congreso de la Unión volvió a ser tema de sensación el problema de la Isla. Los revolucionarios antillanos, aunque enfrascados en discordias, ganaban en prestigio por la vitalidad con que sostenían la guerra y la magnitud de los sacrificios que consumaban al servicio de su causa.

El senador Carpenter asumió la responsabilidad de reverdecer hermosas explosiones de compenetración norteamericana con los esfuerzos libertadores de Cuba. En 16 de abril de 1874 sometió a la consideración del Senado un proyecto de resolución basado en apreciaciones trascendentes. Recordó el derecho claro e incontrovertible de la Colonia a romper los lazos que la ataban a la Metrópoli y convertirse por sí misma en nación independiente. Exaltó la verdad de que el pueblo de Cuba se había declarado libre y soberano, con establecimiento de un gobierno propio y abolición de la esclavitud de los negros. Y propuso que por el Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Congreso, se declarase que era deber de los Estados Unidos reconocer a Cuba como nación independiente y que la Unión observaría estricta neutralidad entre ambas partes contendientes durante la prosecución de la guerra.

El empeño de Carpenter fué enervado por las esperanzas de que de España partiese la solicitud de los buenos oficios del gobierno de Wáshington para poner término a la guerra hispanocubana. Pero España no pedía estos buenos oficios. Y la noble actividad de Carpenter

no pasó de ser una empresa más condenada a la infecundidad. Las vacilaciones de los Estados Unidos eran contrarias a todo esfuerzo que llevase consigo algún riesgo para la paz exterior de la Nación.

A veces parecía que el gobierno de Wáshington iba a entrar en el terreno de las grandes decisiones para acelerar la cesación de la guerra en Cuba. Se hablaba de que la Isla debía formar parte de la gran familia de las repúblicas latinoamericanas, con instituciones políticas propias y sin estar ligada a Europa sino por los lazos de la amistad internacional y las relaciones comerciales y sociales. Se reconocía la legitimidad del deseo de independencia por parte de los cubanos, por su condición de americanos. Se decía que esa independencia constituía una necesidad manifiesta de los intereses políticos de los cubanos y a la vez del resto de América, de toda América. Se añadía que los Estados Unidos, en cuanto podían influir en la solución de tales problemas, no llevaban miras egoístas de ninguna especie. Sin embargo, no se producía el tránsito entre las palabras y los hechos. Cuba seguía sangrando por su emancipación sin que su poderoso vecino se resolviese a salir del círculo de las vacilaciones.



ABRIL

17

1492

## CAPITULACIONES DE COLÓN

Los proyectos de Cristóbal Colón para atravesar las aguas oceánicas hacia el Poniente se frustraron en Portugal, donde él buscó apoyo. Pero de allí salió bien equipado mental y moralmente. Se dirigió a España. Seguía apegado a la idea de buscar por Occidente un tránsito entre Europa y Oriente.

Al cabo de siete años de paciente labor, en 1492, Colón estuvo en el principio de la consumación de su idea capital: entró en la fase de las formalidades contractuales. La España que salía de la unión de Castilla y Aragón y de la guerra de reconquista contra los árabes tendió su mano al inquieto navegante.

Colón ajustó con agentes de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón —los Reyes Católicos— las capitulaciones concernientes a su proyecto de navegación hacia Occidente. Intervino en ellas oficialmente Juan de Coloma, secretario de Fernando. Los Reyes Católicos se consideraban señores de los mares oceánicos. Colón poseía conocimientos y planes acerca de la exploración de estos mares. Representantes de la Corona y Colón redactaron las cláusulas del contrato sobre las siguientes bases:

1. Los Reyes Católicos hicieron a Colón su almirante en todas las islas y tierra firme que por su mano e industria se descubriesen o ganaran en los mares oceánicos. Ese título sería vitalicio para Colón y transmisible perpetuamente a sus herederos y sucesores, con todas las preeminencias y prerrogativas anejas al oficio.

2. Los Reyes Católicos designaron a Colón su virrey y gobernador general en todas dichas islas y tierra firme. Para el regimiento de cualquiera de ellas, Colón elegiría tres personas con destino a cada oficio.

3. De todas las mercaderías que hubiese en las islas y tierra firme del almirantazgo de Colón, aunque fuesen perlas, piedras preciosas, oro, plata y especiería, se harían dos lotes: nueve décimas para la Corona y la restante décima para Colón.

4. Para el conocimiento de los pleitos que se suscitasen por razón de los contratos relacionados con las mercaderías de la pertenencia de Colón, los jueces competentes serían los Reyes Católicos o sus tenientes.

5. Colón quedó autorizado para sufragar la octava parte de los gastos necesarios para armar los navios que se destinasen a tratar en los mares oceánicos. En correspondencia a esa contribución, el Almirante percibiría la octava parte de los provechos que se obtuviesen.

Las cláusulas acordadas por la representación de la Corona y Colón fueron sometidas a los Reyes Católicos. Una por una, todas obtuvieron la aprobación regia, consignada al final de cada párrafo. Con el cumplimiento de este requisito, las capitulaciones quedaron otorgadas y despachadas, en 17 de abril de 1492, en la villa de Santa Fe de la Vega de Granada.



ABRIL

18

1896

## LUCHA EN LAS LOMAS DE TAPIA

Las lomas de Tapia, por su condición aspérrima y apartada, acaso hubieran permanecido como lugar casi ignorado, poco digno de mención y mucho menos de nombradía, de no haber sido teatro de una serie de hazañas famosas entre Antonio Maceo y muy aguerridos jefes españoles. El héroe, obstinado en su afán de demostrar que la Revolución estaba pujante, perseguía a todo trance la ocasión de enfrentarse con el enemigo. A la cabeza de unos doscientos cincuenta individuos de tropa, veteranos de una ruda campaña, se encontraba el Lugarteniente en las lomas de Tapia. El número de los combatientes cubanos era reducido, pero en acometividad y valor ninguna fuerza los superaba: las deficiencias observadas en unos aspectos se hallaban suplidas en otros con creces.

Maceo permanecía vigilante, con interés vivísimo, en la segunda quincena del mes de abril de 1896. Las noticias y confidencias recibidas por distintos conductos lo tenían enterado de la proximidad del arribo a playas cubanas de expediciones bélicas. La novedad aguardada entrañaba suma importancia, y con razón estaba pendiente el animoso campeón del desarrollo de sucesos de tan singular trascendencia para la causa de los patriotas. A tal situación había que agregar la creada por el acopio de elementos de combate hecho por los leales a la Colonia. La zona que se consideró como campo de acción del héroe fué reforzada considerablemente. Valeriano Weyler tuvo especial empeño en destacar su participación en la manera de disponer semejantes aprestos militares, como si se tratase de medidas de alto ingenio.

Las cosas fueron poniéndose por momentos más y más propicias al choque de ambos contendientes. El 17

de abril de 1896 supo Maceo que las tropas de Suárez Inclán se hallaban en el ingenio *La Luisa*. El Lugarteniente se aprestó para la brega. A las nueve de la mañana del 18 de abril las huestes insurrectas se encontraron a la vista de las españolas. Dispuesto por Maceo lo pertinente para presentar resistencia al enemigo en las lomas de Tapia, entre tanto la columna de Suárez Inclán avanzaba por el camino de La Lechuza, la polémica pronto se hizo inevitable.

Serían las diez de la mañana cuando jinetes del Estado Mayor y de la escolta del Lugarteniente rompieron el fuego de frente y núcleos del regimiento *Narciso* acometieron al adversario por uno de los flancos. Pudo haber resultado en extremo sangrienta la pelea, pero las fuerzas españolas no se decidieron a acometer al general Maceo, que, advertido de que sus contrincantes se encaminaban a Cabañas, hizo que los destacamentos de El Rubí los hostilizasen duramente. No llegaron a estrechar el lance cuerpo a cuerpo españoles e insurrectos, mas la lucha, en sus dimensiones relativamente limitadas, resultó esforzada, costando a los libertadores la pérdida de cinco individuos de tropa y un oficial. Fué una jornada de aquellas en que la bravura cubana se convertía en muralla inexpugnable.





## REGIMEN CONSTITUCIONAL

La inserción en las columnas del periódico oficial de los reales decretos, tomados de la *Gaceta* de Madrid, por los cuales el soberano español, aunque no de buen grado, había restablecido la Constitución de 1812, fué el principio, en 15 de abril de 1820, de sucesos importantes desarrollados en los días siguientes a aquél en La Habana. Varios hechos determinaron la rejura de la constitución de las Españas: la súbita actitud liberal asumida por las tropas reunidas en la Plaza de Armas, lo realizado por los elementos populares en apoyo de tales fuerzas y la generalización del movimiento por la ciudad. El acto se efectuó en la casa del Gobierno y a presencia del capitán general Juan Manuel Cagigal, del obispo Juan José Díaz de Espada y Landa, del intendente Alejandro Ramírez, del subinspector general Juan María Echeverri y del teniente rey Diego Ulloa. Nuevas demostraciones hubo en la Catedral, en las filas del Ejército y en el Ayuntamiento. En verdad, los directores de la restauración constitucional se ocuparon en llenar todas y cada una de las formalidades inherentes al cambio político que entrañaba la nueva promulgación del código de Cádiz.

Así pensaron los que el 19 de abril de 1820, continuando la tarea de restablecer el régimen constitucional, organizaron y llevaron a cabo en La Habana actos públicos de entidad. Algo parecido a lo realizado en el Ayuntamiento tuvo efecto aquel día al resucitar la Diputación Provincial existente en el primer periodo constitucional. En la casa del Gobierno se reunieron los componentes de la Diputación, prestaron juramento ante el Capitán General y reasumieron el ejercicio de las atribuciones de que gozaba el Cuerpo en 1814. Al quedar restablecida la

Diputación Provincial, el nuevo orden de cosas respondía plenamente al espíritu y a la letra de la Constitución.

Debieron de estar todos interesados en realizar actos todavía más ostensibles, pues a mediodía del 19 de abril de 1820 organizaron una manifestación popular revestida de pompa y solemnidad. Se habían dado cita en la Casa Consistorial cuantos ostentaban alguna representación. A la cabeza marchó el Ayuntamiento, presidido por el Capitán General. Todos se dirigieron a la Plaza de la Constitución, a fin de restablecer allí la lápida de la carta fundamental del estado español. La placa fué colocada sobre un pedestal de plata y conducida en procesión por los manifestantes, escoltados por cuatro batidores de las compañías de granaderos de Cataluña y Málaga. En la Plaza de la Constitución se fijó la inscripción entre salvas de la artillería, descargas de la tropa, repique general de campanas y vivas entusiastas.

Los partidarios del régimen constitucional se hallaron en 19 de abril de 1820 muy lejos de apreciar con exactitud el alcance de los acontecimientos políticos que acababan de iniciar de manera tan brillante y decidida. Menos de tres años duró el nuevo período de vida pública no sujeta a la voluntad absoluta del soberano de España. La libertad tuvo de 1820 a 1823 servidores desenfrenados. Pero más grave mal que ciertos libertinajes debía ser la reacción del despotismo de Fernando VII.



ABRIL

20

1898

## RESOLUCION CONJUNTA EN WASHINGTON

Extraordinaria fué la actividad del Congreso de los Estados Unidos, en abril de 1898, al estudiar y resolver acerca de la posición en que la Unión debía quedar frente a España por los problemas de Cuba. El día 13 comisiones de la Cámara y del Senado rindieron informes. En la Cámara se habían presentado proposiciones de veintitrés resoluciones conjuntas, dos resoluciones simples y dos concurrentes. Las proposiciones presentadas en el Senado eran diez. El dictamen de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara quedó autorizado por su presidente interino, Robert Adams, en forma concisa. El de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, suscrito por su presidente, Cushman K. Davis, resultó largo. En el informe del Senado se declaró que el pueblo de Cuba era y de derecho debía ser libre e independiente. En el de la Cámara se proveía a la intervención como medio para establecer en la Isla un gobierno propio, independiente y estable.

Cuando el Senado llegó al momento de entrar en la votación del dictamen de la Comisión de Relaciones Exteriores, el proyecto de resolución conjunta había sufrido alteraciones de grande importancia. En el artículo primero de los aprobados por el Senado el 16 de abril se declaró que el pueblo de Cuba era y de derecho debía ser libre e independiente y que los Estados Unidos reconocían la República de Cuba como el gobierno legal y verdadero de la Isla. En 18 de abril la Cámara de Representantes conoció la resolución conjunta votada por el Senado, y, a iniciativa de Nelson Dingley, alteró la redacción del expresado artículo primero, reducido a expresar que el pueblo de Cuba era y de derecho debía ser

libre e independiente. La totalidad del proyecto, así modificado, fué aceptada incontinenti. La modificación introducida por la Cámara, con el disenso del Senado, demandó la designación de una comisión mixta, y ambos cuerpos colegisladores, el mismo 18 de abril, adoptaron definitivamente la resolución conjunta que, enviada al Presidente y sancionada por éste, quedó convertida en ley de la Nación el 20 de abril de 1898, con los pronunciamientos siguientes:

1. El pueblo de Cuba era y debía tener el derecho de ser libre e independiente.

2. Era deber de los Estados Unidos de América demandar, como demandaban, que España renunciase inmediatamente a su autoridad y gobierno en la Isla y retirase sus fuerzas de tierra y mar de Cuba y de las aguas cubanas.

3. Se concedió facultad y autorización al Presidente para que emplease todas las fuerzas terrestres y marítimas y llamase al servicio de la Unión a las milicias de los Estados, hasta donde fuese necesario, para llevar a efecto las resoluciones dictadas.

4. Los Estados Unidos de América renunciaron a toda intención o propósito de ejercer soberanía, jurisdicción o dominio sobre la Isla, excepto para su pacificación, y estaban determinados, para cuando ésta se realizase, a dejar el gobierno y dominio de la Isla en manos del pueblo cubano.

La resolución conjunta sancionada el 20 de abril de 1898 por William McKinley no satisfizo la aspiración de quienes opinaban que debía ser reconocida la república organizada en los campos de Cuba. Pero estableció la garantía de que los Estados Unidos aceptaban como hecho consumado la independencia de la Isla. De esta manera los órganos máximos de la Unión comenzaban a conducirse en armonía con orientaciones esenciales de aquellos que consideraban saludable para América la expansión de la libertad.



ABRIL

21

1869

## ACUERDOS DE LA CAMARA

La Cámara de Representantes constituida en Guáimaro acometió sus labores afanosamente. Sus trabajos respondieron a las necesidades premiosas del estado de cosas creado por los cubanos en armas. Hubo verdadero interés, en todos los componentes del Cuerpo, por contribuir al mejor auge de la Revolución, de concierto con las iniciativas y resoluciones del Presidente de la República y sus consejeros. Pudo aún observarse más: pudo observarse en el seno de la Cámara la existencia de un verdadero espíritu de concordia y compenetración con el Poder Ejecutivo.

Los acuerdos adoptados por la Cámara en la sesión ordinaria celebrada el 21 de abril de 1869 fueron prueba de lo acabado de apuntar. La primera de las resoluciones tomadas consistió en aprobar cuanto había realizado el secretario de Relaciones Exteriores de la República. También se ocupó en sancionar, aunque con el carácter de mera forma, siempre con el fin de robustecer lo hecho, las autorizaciones conferidas por Carlos Manuel de Céspedes a José Morales Lemus como enviado extraordinario de Cuba en los Estados Unidos. El deseo de acertar y de presentarse unidos y guiados por el mismo elevado propósito animaba a los miembros de la Cámara, y no había de surgir sino obra previsor y justa de las deliberaciones de los representantes del pueblo.

La Cámara fijó su atención en cuestiones de la mayor trascendencia el 21 de abril de 1869. Recomendó al Presidente de la República que sin demora dictase las disposiciones necesarias para la emisión de dos millones de pesos en papel moneda. La nacionalidad creada por los cubanos en plena manigua estaba en trance de no descuidar aspecto alguno de los característicos de su perso-

nalidad jurídica. De ahí que la Cámara de Representantes, consciente de sus deberes y de los de cuantos luchaban por la emancipación política del país, tendiese a allanar el camino conducente a las innovaciones demandadas por el buen éxito de la causa pública. Como para complementar la decisión relativa a emitir aquellos dos millones de pesos, el Legislativo se disponía a discutir y votar una ley reguladora de la deuda pública y de las instituciones bancarias.

Un acuerdo más tomó la Cámara en la sesión del 21 de abril de 1869. La Cámara autorizó al Presidente de la República para que, cuando fuese absolutamente imposible la reunión de los miembros del Poder Legislativo, dictase las medidas que fuesen urgentes y estuviesen de acuerdo con los intereses patrios, aunque no pertenecieran a la órbita de sus atribuciones constitucionales. No fué, en realidad de verdad, la Cámara de Representantes enemiga sistemática de la coexistencia de los poderes públicos de la República. Se inspiró por lo común en un vivo anhelo de acertar. Ansió sinceramente el triunfo de la Revolución. Procuró proceder de concierto con ese deseo. Ante el interés supremo de Cuba, ciertamente, todos tendieron en aquellos días a la victoria de la República.



ABRIL

22

1896

## RESISTENCIA EN LAS LOMAS DE TAPIA

Difícil fué hallar en otra ocasión actitud superior a la asumida por Antonio Maceo en las lomas de Tapia. El General demostró que la Revolución estaba pujante en Vuelta Abajo. En constantes maniobras, atento a desplegar energías y arrestos con provecho y oportunidad, el Lugarteniente enseñó cómo el cubano, peleando por la libertad, procedía, dondequiera y en todo momento, con ánimo esforzado y decidido. Pelear, bregar frente al peligro, despreciar riesgos y amenazas, desafiar la muerte misma, ¿acaso no era, en concepto del gran capitán de la campaña de Pinar del Río, la obra que debían realizar los servidores de la causa patria?

El adversario estuvo presto a la lucha en las lomas de Tapia. Y supo de la bravura sin decaimiento y de la resistencia ejemplar de los soldados libertadores. La acción del 20 de abril de 1896, llegando a su término con el acceso al camino de La Lechuza por las tropas españolas a trueque de incendiar los campos de caña, había resultado, sin embargo, una victoria para los cubanos, que lograron mantenerse en sus posiciones.

El día siguiente se deslizó sin ruido de armas ni incursiones provocativas. Unos y otros se hallaron el 22 de abril de 1896, desde temprano, en actitud de acometerse. Las ocho de la mañana serían cuando el Cuartel General insurrecto tuvo conocimiento de que el enemigo se acercaba. El general Maceo partió por el camino de Recompensa, que era una de las avenidas por donde avanzaba la hueste contraria, en tanto el general José Miró, al frente de otro núcleo, cuidaba de contener en el camino de La Lechuza a los españoles que por allí intentaban abrirse paso. En tales circunstancias, encarados entram-

bos contendientes, la brega se desarrolló en términos muy parecidos a los del encuentro de la antevíspera. Un ayudante del Estado Mayor, Ignacio Almagro, y un capitán de la escolta del Lugarteniente, Francisco Chacón, quedaron heridos. Pero los cubanos, conservándose en la posición elegida para campamento, volvieron a resultar victoriosos y pudieron, sin festinación ni peligros, dirigirse a pernoctar en San Gabriel de Lombillo.

Nuevo notable esfuerzo del general Antonio Maceo fué, sin duda, el de su resistencia en las lomas de Tapia. Para la suerte de la Revolución, pendiente de la marcha de los sucesos de guerra dirigidos por sus principales caudillos, el afán de Maceo entrañó importancia excepcional. ¿Quién demostró más brío en esfuerzos de esa índole que el que puso de manifiesto el Lugarteniente? ¿Cuándo el espíritu bélico tuvo mejor encarnación que al residir en el hombre admirable que convirtió las lomas de Vuelta Abajo en teatro de sus proezas?



ABRIL

23

1895

## PROCERES EN ACCION

La Revolución no hubiera marchado de victoria en victoria, desde a poco de quedar en actividad en febrero de 1895, de no contar con el brazo y el genio militares de Antonio Maceo. Pero el hombre que en la contienda de los Diez Años había demostrado hallarse en posesión de singular bravura, el soldado ilustre que en Baraguá había dado forma a la protesta cubana frente a los manejos pacificadores de Arsenio Martínez de Campos, estuvo presto a contribuir decisivamente al buen suceso del nuevo esfuerzo emancipador. Cuando, el 1º de abril de 1895, el general Antonio Maceo desembarcó en la playa de Dua-ba, brillaron en el cielo patrio resplandores de triunfo y de gloria.

José Miró Argenter, tan unido a Maceo en la Historia, señaló la importancia de la llegada del héroe a Cuba. Al saber los españoles que Maceo se hallaba entre los suyos e ileso, se prepararon para el combate formal, comprendiendo que la cosa iba de veras. Martínez de Campos se dispuso a dirigir personalmente las operaciones militares, estimando como negocio secundario la acción política, en la que había cifrado hasta entonces sus lauros de pacificador. La guerra cambió de aspecto bajo la dirección del caudillo cubano, que imprimió a la campaña el sello de su rara actividad y las manifestaciones de su genio emprendedor. Los tiroteos cobraron intensidad y se multiplicaron. Las plazas españolas se creyeron inseguras. Se peleó en campo raso. Hubo choques terribles, en los que jugó el arma blanca. Acudieron a las filas muchos viejos soldados que sólo esperaban la llegada del egregio capitán.

La actividad del veterano campeón fué, ciertamente,

extraordinaria. Desde el momento en que pisó tierra cubana su iniciativa y su brazo se hallaron en constante faena. Se dió a conocer como jefe de los libertadores de Oriente, y emitió disposiciones encaminadas a dar publicidad a su condición de caudillo principal y a robustecer la acción revolucionaria.

No bastaba una labor sencillamente constituida por providencias y proyectos. Menester era que el machete libertador se dejase sentir en el campo adversario con bríos y resolución. ¿Lo entendía así el general Antonio Maceo? No de otra manera lo puso de manifiesto, el 23 de abril de 1895, al dominar la línea férrea de Sabanilla y Maroto mediante la distribución de tiros en todas direcciones, enderezados a desconcertar los destacamentos españoles de las inmediaciones de la posición ocupada.

La presencia de Maceo en el extremo oriental de Cuba estuvo acompañada de otro suceso feliz: la llegada de Martí y Gómez a la Isla. Los tres próceres estaban llamados a dar fuerza e impulso decisivos a la guerra. El pensamiento de Martí y la autoridad de Gómez tenían por complemento la acción de Maceo.



ABRIL

24

1898

## MANIFIESTO DE SEBASTOPOL

La inminencia de la intervención armada de los Estados Unidos en el conflicto bélico entre Cuba y España condujo a los rectores de la Colonia, colocados ya en situación desesperada, a adoptar medidas que tenían el carácter de remedios heroicos. En la segunda decena de abril de 1898 el gobierno de España expidió un bando para hacer saber que había suspendido las operaciones militares en toda la Isla. El anuncio escueto de tal novedad, hecho oficialmente, iba enderezado a crear confusión y desconcierto en las filas enemigas y llevar desconfianza e inseguridad a la opinión extranjera, mayormente a la del pueblo norteamericano, que se hallaba a punto de conseguir que los poderes federales compartiesen su decisión de ayudar a precipitar la victoria de los cubanos.

El Consejo de Gobierno conoció con sorpresa la noticia de que el gobierno de La Habana declaraba en suspenso las operaciones militares. En una de sus sesiones, en la del 24 de abril de 1898, celebrada en Sebastopol. en Camagüey, consideró la importancia que tenía aquel acto de los primates de la Colonia. Era menester y urgente decir la verdad. Y la verdad era que los adictos a la dominación de España en Cuba pretendían hacer pasar una suspensión de operaciones militares de su parte, que no requería sino su sola determinación, por una suspensión de hostilidades, que sólo podía producirse por el expreso asentimiento de ambos bandos contendores. Domingo Méndez Capote, vicepresidente de la República y encargado interinamente de la cartera de la Guerra, redactó un manifiesto que, aprobado por el Consejo y firmado por su presidente, Bartolomé Masó, no dejó duda alguna

acerca de la actitud de los libertadores frente al caso suscitado por sus contrarios.

"La falta de consideraciones en que se nos ha tenido siempre —puntualizaron los libertadores por el autorizado conducto del Presidente— llega hoy, no ya a suponer, como antes, que no somos factor apreciable para la solución de los asuntos que a Cuba conciernen, sino hasta suprimir nuestra existencia como elementos que combaten a España con las armas en la mano. No de otro modo se explica la pretensión de dictar un armisticio por una sola de las partes combatientes, cosa que nunca se habrá ocurrido a ejército alguno, cualquiera que sea la situación en que se haya encontrado. Se dice que esa medida tiene por objeto preparar y facilitar la paz en esta Isla. España debiera saber, como lo sabe hoy el Mundo todo, que sólo existe un medio de obtener la paz en Cuba: reconocer nuestra independencia. Eso puede realizarlo el gobierno español, bien evacuando desde luego el territorio cubano o viniendo por camino recto y en actitud franca a pactar con nosotros sobre la base indeclinable de la independencia absoluta e inmediata de toda la isla de Cuba."

La fuerza que siempre hubo en el razonamiento de Méndez Capote se exhibió plenamente en el manifiesto de Sebastopol. El eminente jurista, en función de conductor de los destinos patrios en horas dificilísimas, sometió a la consideración del Consejo de Gobierno y a la firma de Masó el documento que era necesario para deshacer el infundio puesto en circulación por los altos funcionarios de España en La Habana. Los cubanos que mantenían la lucha bélica no estaban vencidos ni arrepentidos. Se habían lanzado a la guerra —una guerra justa, como Martí la había anunciado en el manuscrito de Montecristi—, y ellos la seguían con el fundamental objetivo de conquistar la soberanía internacional de la Isla.



ABRIL

25

1901

## COMISION CUBANA EN WASHINGTON

En la sesión celebrada por la Convención Constituyente en 13 de abril de 1901 fué aprobada una moción dispositiva de que una comisión de su seno fuese a los Estados Unidos para ponerse en comunicación con el gobierno de Wáshington e indagar sus miras sobre el establecimiento de un orden definitivo de relaciones entre la Unión y Cuba. El día 18 quedó integrada la comisión por Domingo Méndez Capote, Rafael M. Portuondo, Diego Tamayo, Pedro González Llorente y Pedro E. Betancourt.

Los comisionados de la Convención Constituyente, ya en Wáshington, en 25 de abril de 1901 conferenciaron con Elihu Root, secretario de la Guerra, y visitaron al presidente McKinley. Entre ellos y Root, del 25 al 27 de abril, hubo amplias explicaciones. Méndez Capote evidenció cómo su talento, su cultura y su patriotismo lo hacían digno del elevado mandato que de su pueblo ostentaba. Lo secundaron admirablemente sus compañeros.

Los cubanos tuvieron facilidades para cambiar impresiones con encumbrados funcionarios y legisladores, sin excluir al senador Platt, acerca de la cuestión que los había conducido a Wáshington. Las extensas conferencias con Root entrañaron la mayor importancia, porque en ellas fueron examinados de manera detenida todos y cada uno de los aspectos del vasto problema. Ante la insistencia de sus visitantes en expresar los recelos y la desconfianza con que Cuba analizaba algunos puntos de la enmienda Platt, el Secretario de la Guerra se afanó en esclarecer las intenciones de los Estados Unidos en cuanto al porvenir de Cuba. No querían ni intentaban éstos intervenir en el gobierno de la Isla, cuyo bien buscaban en la cláusula tercera del documento es-

tudiado. Querían mantener incólume la independencia de Cuba, que ansiaban preservar eternamente. Jamás podrían amenazar la soberanía de Cuba sin pasar sobre una ley que ellos habían votado y sin ultrajar tratados que ellos habían sancionado. La creación de una república en Cuba era hecho trascendental llamado a producirse con el aval, prestado de buena fe, de los Estados Unidos.

La comisión enviada por la Convención Constituyente a Wáshington salió de la capital federal el 27 de abril de 1901. Se alejó de allí con absoluto conocimiento de los propósitos del gobierno de los Estados Unidos respecto de Cuba. Sabía que difícilmente serían variados por el gabinete de McKinley los términos de la enmienda Platt.

Entre lo que más influyó en los convencionales cubanos enviados a Wáshington para regresar a Cuba con la creencia de que los Estados Unidos no rectificarían sus miras acerca de las relaciones entre la Unión y la Isla descolló la actitud personal de McKinley. Ellos, hablando con el Presidente, habían escuchado de labios de éste la afirmación de que, si la Convención Constituyente no aceptaba los términos de la enmienda Platt, su gobierno retiraría de Cuba el de carácter militar y lo sustituiría por uno de índole civil. Semejante anuncio claramente estaba expresando el propósito de postergar el advenimiento de la República en la Isla, a menos que se adicionase a su código fundamental lo que el Congreso y el Ejecutivo de los Estados Unidos habían estimado procedente que se estipulase como condición para entregar el manejo de los negocios públicos de Cuba a los cubanos.



ABRIL

26

1869

## DISOLUCION DE LA ASAMBLEA DE CAMAGÜEY

Camagüey sumó sus empeños guerreros a los de los orientales que reconocían la jefatura de Carlos Manuel de Céspedes.

Fué una prueba de la que supo salir airosa y triunfante la tierra de Ignacio Agramonte. Aunque los camagüeyanos, en los días de la conspiración, se mostraron partidarios de no precipitar los acontecimientos y de no iniciar la contienda sino en 1869, apenas enterados de que en el suelo sobre el cual ardió el cuerpo de Hatuey resonaba el grito de redención o muerte, estuvieron prestos a ocupar el puesto de peligro.

Camagüey estaba en guerra desde el 4 de noviembre de 1868. Un comité dirigió al principio el esfuerzo bélico. Pero, como las filas insurrectas fueron nutriéndose a diario y el arribo de la primera expedición del bajel *Galvanic* resultó una fuerte contribución de hombres de pensamiento y de acción, de los propios miembros del Comité Revolucionario partió la idea de sustituirlo por la que desde luego se llamó Asamblea de Representantes del Centro, integrada por cinco individuos elegidos por el pueblo en armas. Hermosa fué la tarea desarrollada por la Asamblea de Representantes del Centro en los tres meses escasos que rigió los destinos de los libertadores camagüeyanos. Un verdadero espíritu de democracia y justicia presidió sus trabajos. Entre sus actos postreros, y de seguro no el menos importante, se halló el constituido por el interés y la eficacia con que coadyuvó a la unificación de todos los núcleos revolucionarios bajo un solo gobierno.

La reunión en Guáimaro de orientales, camagüeyanos y villareños produjo una saludable mudanza. Los tres poderes creados en la Constitución reemplazaron las funciones que, separadamente, venían ejerciendo la Capitanía

General de Oriente, la Asamblea de Representantes del Centro y la Junta Revolucionaria de Las Villas. De derecho desaparecieron los instrumentos de gobierno que existían con anterioridad al 10 de abril de 1869. Sin embargo, algunos de los elementos representativos opinaron que debía declararse ello de manera formal y terminante. Así como Carlos Manuel de Céspedes se despojó ante la Cámara de Representantes de las insignias de su mando de Capitán General de Oriente, los camagüeyanos, más severos aún, quisieron extender un acta expresiva de las circunstancias del caso, bien que no en la oportunidad de los sucesos públicos aludidos.

El 26 de abril de 1869 fué el día en que Salvador Cisneros y Betancourt, Francisco Sánchez Betancourt, Miguel Betancourt Guerra, Ignacio Agramonte y Loynaz y Antonio Zambrana, como miembros que habían sido de la Asamblea de Representantes del Centro, extendieron y firmaron el acta de disolución de la misma. Hicieron constar la concurrencia en Guáimaro de los hombres que acordaron la Constitución y los puntos esenciales de ésta, determinante todo de la desaparición de la asamblea camagüeyana. También manifestaron que, debiendo hallarse al frente del ejecutivo de cada estado un gobernador elegido por el pueblo, en tanto ello no se efectuase en Camagüey, quedaba nombrado, en calidad de interino, Carlos Loret de Mola. La Asamblea cumplió con sus deberes patrióticos. Al levantar acta de su disolución, declaró que, dondequiera que los acontecimientos colocasen a sus representantes, éstos serían decididos y leales servidores de Camagüey.



ABRIL

27

1875

## LAGUNAS DE VARONA

El general Vicente García prestó grandes servicios a la Revolución, pero también la puso, y más de una vez, en trances duros y peligrosos. Por su carácter poco propicio a ajustarse a las exigencias circundantes, dió vida funesta a sentimientos y decisiones que costaron mucho a la causa de los libertadores. Con una contextura moral propia para dirigir un cacicazgo, y no para hallarse en actitud tanto de obedecer como de mandar, según los dictados del interés mayor, resultó con frecuencia un miembro pernicioso de la Revolución. Conoció la extremada simpatía y el constante respeto que inspiraba a sus soldados, y abusó de esa buena disposición de sus tropas cuando precisamente debió utilizarla en el desarrollo de una obra sana, justa y redentora.

La especial manera de ser de Vicente García creó, en los albores todavía de la insurrección de 1868, una situación singular en la zona de Tunas, donde hizo sentir su autoridad casi con independencia de los poderes de la República. El y sus secuaces se colocaron en un plano tan peligroso que tuvieron que surgir serios conflictos en menoscabo y flaqueza del ideal patrio. Las cosas fueron de mal en peor, y al cabo sólo faltó el pretexto. El caudillo de las reservas, de las aparentes vacilaciones y de las resistencias pasivas acabó por ser el eje de tramas y cabildeos que, vestidos con el ropaje de reformas políticas, minaron los cimientos de la Revolución.

Hacia poco que el general Máximo Gómez, burlando la Trocha, se encontraba en el territorio de Las Villas. El gobierno de Cuba libre creyó pertinente reforzar aquel contingente invasor con el envío de otro cuerpo, organizado entre los orientales. Entonces surgió el conflicto.

El general Vicente García, erigido en caudillo de descontentos de todas procedencias, se mantuvo en la comarca de Tunas, empeñado con los suyos, ya con un pretexto, ya con otro, en no acatar la disposición del Gobierno. El problema llegó en seguida a su complicación máxima. La desobediencia de los elementos congregados en los campos de Tunas no podía ser más alarmante ni más clara. Por parte de los directores de la cosa pública era imposible tolerar pacientemente suceso de tan perniciosa índole.

El gobierno de la República supo lo que ocurría y conoció que el general Vicente García se hallaba en Guaramanao. Quiso reunirse con él. Se puso en marcha. Llegó en 27 de abril de 1875 a aquel lugar. Pero en tales momentos, cuando García pudo rehabilitarse de sus ligerezas y terquedades, no procuró sino colmar sus desplantes. Al llegar a Guaramanao el presidente Salvador Cisneros y Betancourt, con su escolta y los miembros de la Cámara de Representantes, levantó García su campamento sin dejar tiempo siquiera para el saludo y, desatendiendo la orden en contrario que le trasmitió el Presidente de la República, partió para Lagunas de Varona, donde se habían concentrado fuerzas cuasi rebeldes de Tunas, Holguín y Bayamo. Así fué como tomó carácter de sedición la actitud discolá del general García, tantas veces servidor magnífico de su patria. Aquel conflicto, aparentemente conjurado con la generosa renuncia de Salvador Cisneros y Betancourt, creó un precedente funesto en el seno de la Revolución.



ABRIL

28

1872

## UN VETO DE CESPEDES

La República, organizada como consecuencia de la lucha armada que en Guáimaro tuvo admirable culminación el 10 de abril de 1869, logró marchar, en sus instituciones fundamentales, con verdadero sentido jurídico. Las normas que allá tomaron carta de naturaleza fueron expresión de verdaderos progresos. La Constitución desenvolvía principios democráticos. Los órganos de ella provenientes se produjeron con frecuencia en formas a veces no superadas por las puestas en uso en países regidos bajo plena normalidad. Los poderes de la República respondieron por lo común a los designios de aquellos hombres que, hasta anticipándose a los tiempos, dieron consistencia y vida a un estado nuevo en medio de la selva.

La Cámara de Representantes, en el ejercicio de sus atribuciones constitucionales, se ocupó en dictar las leyes que creyó pertinentes, ya para satisfacer necesidades premiosas, ya para subsanar deficiencias observadas en la legislación que era obra de sí propia. El Presidente de la República no siempre se limitó a sancionar los cuerpos legales votados por el Poder Legislativo. Casos hubo en que, discrepando del parecer de la Cámara, opuso su veto a determinaciones de la misma. Uno de aquéllos, y muy notable por cierto, surgió con motivo de la ley de organización militar aprobada por la Cámara el 20 de abril de 1872.

Carlos Manuel de Céspedes consideró que en conjunto aquella ley dictada por la Cámara resultaba nociva a los intereses de la Revolución, y el 28 de abril de 1872 redactó un veto, razonándolo circunstanciadamente. Por el Legislativo se trataba de derogar la ley de 9 de julio de 1869, reguladora de la organización militar de la Re-

pública. El Presidente creyó peligroso el procedimiento ideado. Existió, y así lo apuntó Céspedes en su mensaje, el propósito de dar absoluta unidad al Ejército, y, sin embargo, lo que al cabo pudo advertirse como criterio dominante a través de toda la ley vetada en 28 de abril de 1872 fué el prurito de privar a la cabeza del Gobierno de facultades que, confiadas a subalternos, hacían precisamente imposible la absoluta uniformidad de las huestes de la patria.

El Presidente vió torcido el camino por los legisladores. Estimó de su deber hacerlo así notar. Fundó su veto en consideraciones serenas y atendibles. Aspiró a usar de las facultades inherentes a su alto cargo en provecho del común ideal. Advirtió peligros. Su oposición, al cabo, fué inútil. A raíz de su exoneración la Cámara volvió a la carga con su proyecto de reformas militares, y en 1º de diciembre de 1873, en El Corojo, en la jurisdicción de Bayamo, quedó promulgada la nueva ley, no exenta, en verdad, de disposiciones prudentes y aconsejadas por la experiencia y por el deseo de acertar para bien de todos.



ABRIL

29

1896

## LA GOLETA "COMPETITOR"

Los cubanos emigrados en Cayo Hueso, ansiosos de no perder ocasión de contribuir al buen suceso de la lucha armada contra España, quisieron realizar en la primavera de 1896 un esfuerzo más. Después de fracasar la expedición de la goleta *Perla*, al mando del coronel Juan Monzón, y hallándose los que la habían integrado en Cabo Sable, fué organizado en Cayo Hueso un nuevo apresto militar. Los revolucionarios repararon el bajel *Competitor*, capitaneado por Alfredo Laborde. El propio coronel Juan Monzón, tenaz en su deseo de venir a combatir, sobresalió entre los propulsores de la expedición de la *Competitor*. Esta partió de Cayo Hueso, y, haciendo escala en Cabo Sable, se dirigió a Cuba con cerca de cincuenta hombres, setenta y cinco fusiles y veinticuatro mil tiros.

En breve, en 25 de abril de 1896, se halló el bajel expedicionario frente al litoral del Norte de Vuelta Abajo. Pero la mala fortuna, que se ensañaba con el coronel Juan Monzón, no tardó en manifestarse de nuevo. La *Competitor* fué avistada por los tripulantes de la lancha *Mensajera*, que tenían destinada los españoles a la vigilancia de aquella parte de la costa. En seguida, en momentos en que la nave insurgente hacía rumbo a Punta de Berracos, sus ocupantes se dieron cuenta de que se trataba de un barco enemigo.

Tanta fué la desgracia de los expedicionarios que no pudieron escapar a la persecución de los españoles. La ametralladora que se hallaba a bordo de la lancha *Mensajera* funcionó. Los cubanos que tripulaban el bote que debía utilizarse para el desembarco y algunos de los que aún se encontraban en la *Competitor* se echaron al agua,

en tanto el guardacostas adversario iba acercándose más y más hasta poder emplear la fusilería.

A excepción de una parte de los pertrechos y de algunos expedicionarios que con el coronel Monzón lograron llegar a tierra por la playa de Berracos, y abrirse paso disparando contra la barca agresora y combatiendo con los guerrilleros de La Palma, el esfuerzo de los cubanos de Cayo Hueso fué pasto de la furia enemiga. Alfredo Laborde, el capitán del bajel insurgente, cayó entre los prisioneros, capturado en instantes en que trataba de volver a bordo de la *Competitor* para salvar los pertrechos. La goleta también quedó en poder de los perseguidores.

Mientras Antonio Maceo, luego de realizar proezas en las lomas de Tapia, se ocupaba en enterarse de la suerte de los expedicionarios, la presa hecha por los españoles fué conducida a La Habana. El 29 de abril de 1896 entró en el puerto de la capital de la Isla la goleta insurgente *Competitor*. Grande importancia se atribuyó por las autoridades coloniales a tal captura. La tuvieron por una victoria naval. En los partes expresivos de lo ocurrido en la costa septentrional de Vuelta Abajo se habló de intrepidez y hasta de heroísmo. Semejante algarada duró poco. Por penoso trance pasaron los defensores del régimen colonial cuando, condenados a muerte ya por un consejo de guerra los prisioneros de la *Competitor*, hubo que suspender el fusilamiento a virtud de reclamaciones provenientes del gobierno de Wáshington.



ABRIL

30

1896

## CACARAJICARA

Maceo y sus edecanes estuvieron atentos hasta a las posibles maniobras del enemigo el 30 de abril de 1896. Reconocieron el campo de Las Pozas, donde habían sostenido polémicas la vispera. Comprendieron que la columna de Suárez Inclán se encaminaba al campamento de Cacarajicara. Carlos Socarrás, el intrépido y entendido libertador, hizo notar a Maceo la probabilidad del ataque de Cacarajicara por los españoles. Y uno y otro, cada quien en su esfera de acción, se aprestaron a impedir la realización de los propósitos del adversario. En aquellos momentos Cacarajicara era una posición magnífica para los insurrectos. Pero, si grande era la importancia del vivaque, no le fué ciertamente en zaga el esfuerzo realizado por Maceo para oponerse a la embestida enemiga.

Ciento setenta hombres tan sólo pudo reunir el Lugarteniente en Cacarajicara la mañana del 30 de abril de 1896. Mas bastaban ellos, entre los que se encontraban Quintín Bandera, José Miró, Silverio Sánchez Figueras y Carlos Socarrás, para convertir el campo insurrecto en valladar infranqueable. El patriotismo de los cubanos se hizo allí muralla. Se peleó con denuedo. Se infirió al enemigo grande estrago. Después de la resistencia extraordinaria de que Maceo dió muestras en las lomas de Tapia, hasta convencer a los españoles de que en vano insistirían en el ataque para ponerlo en retirada, la acometida de Cacarajicara vino a ser complemento de la prueba de que el ilustre caudillo se mantenía invicto.

La mañana había avanzado bastante cuando las hueses de Maceo se hallaron frente a frente de la columna de Suárez Inclán. Maceo, adelantándose por uno de los tres accesos al campamento de Cacarajicara, dispuso algunas

emboscadas. A despecho de la actitud agresiva de los españoles y de lo estrepitoso de su fuego, los insurrectos los superaron, conteniéndolos e infiriéndoles pérdidas considerables.

El silencio de un cuarto de hora fué presagio de terrible arremetida por ambas partes. Los españoles, acercándose con desenfado a las filas insurrectas, hicieron alto a pocos pasos de éstas. Maceo, personalmente, reanudó el duelo. Pero el tiroteo duró escaso tiempo: las municiones estaban agotadas. El Lugarteniente se aprestaba a cargar al machete sobre enemigo tan temerario cuando la llegada del coronel Juan Ducasse, con ciento cincuenta hombres y parte de las municiones salvadas de la expedición de la *Competitor*, deparó nuevo giro a la situación. Maceo, jubiloso, reaccionó, ante refuerzo de tal naturaleza, sin dar paz a su espíritu ni descanso a los recién venidos. Estuvo presto a lograr la victoria de las armas cubanas. Aprovechó la trinchera que guardaba la entrada del campamento, la convirtió en valladar seguro, acudió a impossibilitar de antemano todo avance del adversario y, enardecidas sus tropas no menos que él, acabó por asestar costosa derrota a la columna de Suárez Inclán, cuyas bajas, tanto en oficiales como en soldados, fueron considerables. La acción de Cacarajicara constituyó una hazaña gloriosa de los libertadores.





## LA PAZ NUEVA

La capitulación de El Zanjón distó mucho de ser aquello por cuya consecución habían peleado los cubanos durante una década.

El país no había sido llevado a la ruina, empezando por la de los mismos propulsores de la Revolución, para llegar a soluciones que no comprendían la independencia patria. Pero lo de El Zanjón no representó una humillación de los que guardaban las armas y se acogían a la esperanza de que la Isla entraría en una era de rectificaciones fundamentales, provenientes de la Metrópoli. El regreso a la paz con el consentimiento de los que habían iniciado y mantenido la lucha bélica se hallaba precedido de un concierto basado en el respeto a la dignidad humana.

El periódico oficial de la Colonia publicó en febrero de 1878 el convenio de El Zanjón. Los habaneros leyeron en la *Gaceta* algo más: leyeron una declaración de Joaquín Jovellar acerca de la cesación de las hostilidades entre cubanos y españoles. El Capitán General advirtió que el documento de El Zanjón era una segura garantía de paz inmediata. Una paz así lograda por Martínez de Campos, que dirigía la guerra desde el bando español, deparaba gloria al General en Jefe, según Jovellar. Y el propio Jovellar afirmó que aquel pacto era digno para las fuerzas capituladas.

No dejaba de tener importancia que los procuradores del régimen colonial hablasen de la dignidad de los separatistas en son de respeto. Ciertamente, la tramitación dada a los preliminares de la paz entre españoles e insurrectos se apartaba por completo del tono de la política colonial en cuantos casos los dominadores habían tenido que apreciar la conducta de los criollos. Estos

cesaban de ser vasallos, ni respetados ni atendidos: los detentadores de la gobernación del país aceptaban la existencia de hombres en quienes aparecían hermanados el decoro y el heroísmo. Los que durante más de nueve años habían batallado con las armas en las manos y encarrado los mayores sacrificios no podían ser tratados como vulgares vencidos: merecían una consideración especial, de la que era buena muestra la forma empleada por los primates de la Colonia para lograr la pacificación.

La paz nueva anunciada por los españoles no contó con el asentimiento unánime de los rectores del Reino. Mientras hablaba del uso de la fuerza para dominar a los cubanos Antonio Cánovas del Castillo, hombre de letras, otro personaje, varón de armas, Arsenio Martínez de Campos, abogaba por el cumplimiento de las promesas por él hechas a los capitulados de 1878. El abogado quería emplear la violencia. El militar prefería el señorio de la justicia. En estas contradicciones pasaban los años. De tarde en tarde advenia algún avance. Un avance de la buena política colonial fué la promulgación en Cuba, el 1º de mayo de 1881, de la constitución vigente en España. En este día los optimistas de la Isla se sintieron satisfechos pensando que, efectivamente, se hacían extensivas a la Colonia las medidas reparadoras que el Rey y el Gobierno propugnaban en la Metrópoli.





## FRANCISCO DIONISIO VIVES

Cuba ardía en pasiones encontradas cuando, el 2 de mayo de 1823, el mariscal de campo Francisco Dionisio Vives llegó a tomar el mando de la Isla. El país estaba regido constitucionalmente. La excesiva libertad que unos se tomaban y el criterio reaccionario que otros trataban de imponer mantenían la conciencia pública en situación anárquica. El deseo de los hombres sinceramente liberales y los esfuerzos realizados por Sebastian Kindelán al ocupar interinamente la Capitanía General fueron insuficientes para contrarrestar el desenfreno de los exaltados sin ley ni freno. La labor de quien pretendiese encauzar la Colonia sería ímproba. Los trastornos públicos obedecían a causas y orientaciones distintas.

Del estado de descomposición en que se hallaba la Isla fué prueba cabal el conato de sedición que se manifestó en Santiago de Cuba la noche del 14 al 15 de mayo de 1823. Pudo así observar Vives, apenas transcurridas dos semanas desde su arribo al país, cómo era cierto que éste se agitaba de continuo en términos alarmantes. Las cuestiones sometidas a su dirección, a su manejo, eran realmente muchas y graves. Pero no estaba en eso lo peor: lo peor estaba en que, abonado el terreno para la lucha, la Metrópoli se encontraba expuesta a tener que sostenerla para conservar la Colonia, si una discreción extremada y un tino superior no presidían los actos del gobernante.

Vives se halló frente a la necesidad de proveer sus actos del asentimiento de la Diputación Provincial y de la Audiencia, según que se tratase de asunto gubernativo o judicial, y no tuvo inconveniente en proceder de acuerdo con esa imposición de la realidad. Estaba convencido

de que la presencia de ciertos elementos en la milicia nacional era peligrosa. Hizo lo bastante para ir removiéndolos por medios indirectos. La forma en que se conducía la prensa lo alarmó, mas acabó por decidirse a desentenderse de sus excesos, relegándolos a la esfera judicial. Fué Vives, y grande injuria a la verdad habría sido negarlo, previsor y astuto, animado del anhelo de acertar, de constituirse en instrumento útil tanto de la Corte como del propio país que gobernaba.

La obra de Vives desde los comienzos de su mando, tan prolongado y tan rico en sucesos de todo género, adoleció de graves vicios. Los medios que utilizaba para conocer los propósitos y manejos de las sociedades secretas, la fruición con que mató el régimen constitucional pocos meses después de tomar las riendas del Poder, el uso que hizo de facultades omnímodas para aplastar toda idea de libertad y el impudor con que fomentó la corrupción de los habitantes de la Isla, entre otros, fueron desatinos que desprestigiaron su labor. Por el momento salvó la Colonia para la Metrópoli. Pero, al cabo, ahondó más y más la división entre españoles de la Península y naturales de la Isla.



MAYO

3

1896

## MACEO EN BAHIA HONDA

El esfuerzo glorioso de Cacarajícara se prolongó hasta el 1º de mayo de 1896 como para enaltecer aún más la fama de los libertadores. Fué motivo de desconcierto para los custodios del régimen colonial. De nada valió a Weyler desfigurar los hechos al transmitir su relación a Madrid. La prensa de la Corte se enfrascó en comentarios que reflejaban la verdad y ponían en berlina al supremo representante de la Metrópoli en la Isla. Los insurrectos resultaron bastantes para constituir un baluarte inexpugnable frente al cual fracasaron el innegable arrojo y la no desmentida acometividad de la columna de Suárez Inclán. Tal era lo sucedido en el famoso campamento de Cacarajícara, del que quedaron dueñas las huestes de Maceo.

El triunfo así alcanzado por los cubanos fué costoso. Entre las bajas sufridas en la acción de Cacarajícara figuró la muerte del teniente coronel Carlos Socarrás, herido mortalmente al adelantarse, a caballo, para entablar lucha fiera con el enemigo en Loma Redonda. Sus subalternos lo condujeron al campamento de Cacarajícara. Allí, en el centro mismo de sus proezas al servicio de la patria irredenta, dejó de existir, llorado tanto como por su esposa y sus hijos por cuantos conocían sus merecimientos extraordinarios. Aquel hombre, templado como hoja de fino acero, colocado frente a frente de los sicarios de la Colonia, había sabido proceder por el momento y aguardar, internado en la sierra vueltabajera, el instante del desquite colectivo, en los términos conmovedores narrados por Enrique Collazo en una de sus más hermosas páginas de historia patria.

Lo ocurrido alrededor del campamento de Cacarajícara-

ra no podía dejar en paz ni sosiego a Antonio Maceo. De ahí que, apenas liquidado aquel sangriento lance, el General se ocupase en ejecutar las medidas dictadas por las necesidades premiosas de hora tan crítica. Supo rendir el homenaje de su admiración y de su condolencia ante la pérdida del esforzado Socarrás, después de su muerte ascendido a coronel. Además, en vibrante alocución dirigida a los miembros del Ejército Libertador de la zona en que se hallaba, exaltó la conducta de todos y los excitó a proseguir en la brega heroica defendiendo la justicia y la libertad.

Era preciso y urgente unir la acción a la palabra. El Lugarteniente, considerándolo así, se empeñó cuidadosamente en permanecer atento a las maniobras del enemigo y presto a contrarrestar cualquier acometida que del mismo partiese. Tales deseos situaron el 3 de mayo de 1896 al general Maceo en las inmediaciones de Bahía Honda. Desde allí mantuvo la vigilancia y el reconocimiento de todos los caminos por donde podía haber comunicación con aquella plaza, ocupada por los españoles. La previsión del caudillo respondía, naturalmente, a las exigencias de las circunstancias a la sazón presentes. Los defensores de la Colonia no intentaron abrir brecha por los lugares sujetos a observación, temerosos de ser víctimas de una nueva arremetida por parte de los servidores de la independencia de Cuba.



MAYO

4

1853

## MANIFIESTO DE SANCHEZ IZNAGA

El exterminio de Narciso López y sus compañeros, precedido del fracaso de la insurrección en Camagüey y Trinidad, pareció sumir a los patriotas en hondo letargo. Dentro del año siguiente el espíritu revolucionario, altivo por un momento, quiso erguirse alrededor de la llamada conspiración de Vuelta Abajo. Pero aquel intento, descubierto por el Gobierno, murió al nacer, y la Isla quedó a la merced de una tiranía frente a la cual era imposible para el criollo manifestar sus ansias de emancipación.

Había cubanos que jamás, por nada ni por nadie, cejaban en el afán alterador. Y José Sánchez Iznaga, avencinado en los Estados Unidos, fué uno de ellos. Era un servidor sincero de la causa libertadora. La tuvo en su mente a modo de norte y guía de sus constantes pensamientos políticos. Lejos estuvo de sentirse cansado y mucho menos rendido en la jornada, larga y dura, emprendida hacia la emancipación de la tierra patria. Así lo demostró cuando, el 4 de mayo de 1853, desde Nueva Orleans, se dirigió, en extenso manifiesto, a sus amigos de Cuba, para señalarles las enseñanzas de lo pasado y excitarlos para el esfuerzo de lo venidero.

"Difícil cosa —arguyó Sánchez Iznaga— es efectuar en Cuba un levantamiento formal, que prometa buen resultado. Porque, para esto, se necesitan armas y municiones, confianza grande entre muchos individuos, facilidad para comunicarse y reunirse, mucho tiempo para preparar y combinar el movimiento y también que todos sean hombres robustos y valientes. Exceptuando robustez y valor, con lo demás apenas se puede contar en Cuba. De consiguiente, no hay acción más segura, pronta y enérgica que es hacer venir de fuera lo que falta allá. Esta es la ma-

nera más fácil, más efectiva y más libre de riesgo, porque los hombres robustos, los débiles, las mujeres, los ancianos, todos, pueden contribuir directamente a afianzar la Revolución acudiendo cada uno con religioso patriotismo a depositar su ofrenda en el altar de la patria. Así, cuando la Revolución estalle, será con todo el poder del pueblo unido. Ningún país del Mundo se ha visto nunca en más favorables circunstancias para romper un yugo odioso y pesado. Todos han tenido que comenzar derramando mucha sangre antes de tener una fuerza respetable bien organizada y provista en que apoyarse. Si Cuba quisiera, podría contar con un ejército antes que se hiciera necesario disparar un solo tiro."

José Sánchez Iznaga respiraba demasiado optimismo. Ni tan fácil ni tan eficaz como suponía era realizar entonces un esfuerzo decisivo en pro de la independencia de Cuba. Su manifiesto revolucionario, sin duda inspirado en nobles propósitos y ardiente patriotismo, no pudo tener el eco que él probablemente creyó alcanzar. Estaba el país condenado en aquellos días a soportar los desmanes del despotismo, y todo empeño al servicio de la emancipación de la Isla era ahogado en sangre por los usufructuarios de la Colonia.





## INCOMPRENSIONES EN MEJORANA

La guerra emancipadora de 1895 situó en Cuba a Antonio Maceo, Máximo Gómez y José Martí. El primero y el segundo eran veteranos de la contienda de 1868-1878. El tercero era el organizador que había hecho posible la reanudación de la lucha armada de la Isla contra la Metrópoli. Los tres se hallaban en Cuba para bien de Cuba.

En 5 de mayo de 1895 se juntaron Martí y Gómez con Maceo en un ingenio de la provincia oriental, en Mejorana. A la llegada de Gómez y Martí a Mejorana los cubanos del lugar estaban como de fiesta. Maceo y Gómez hablaron en tono bajo, cerca de Martí. Luego llamaron a éste al portal de la casa.

Cuando Martí oyó a Gómez y Maceo supo cuáles eran los proyectos de Maceo respecto de la organización institucional de la Revolución: "una junta de los generales con mando, por sus representantes—, y una Secretaría General—: la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como Secretaría del ejército". Estas apuntaciones de Martí en su *Diario* reflejaron intenso dolor. No se atenuó cuando los tres próceres pasaron a un cuarto a hablar. Martí no logró desenredar la conversación de Maceo. Maceo preguntó a Martí si se quedaba con él o se iba con Gómez. Y le cortaba las palabras, como si Martí fuese la continuación del gobierno leguleyesco, y su representante. "Lo quiero —dijo Maceo a Martí— menos de lo que lo quería." Maceo quería entonces menos a Martí porque Martí había aceptado el ofrecimiento de Flor Crombet para dirigir la expedición que había traído a Maceo a Cuba.

Martí alentaba con fervor la idea de que representantes del pueblo separatista se reuniesen para elegir gobierno.

"En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese —añadió Martí en su *Diario*— al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marear, de defensor ciudadano de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo el Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir." La versión de Martí siguió siendo trasunto de graves incomprensiones entre los próceres. El dolor punzaba el corazón del supremo organizador de la guerra necesaria y útil de Cuba contra el mal gobierno mantenido por España en la Isla.

De Mejorana se alejaron Gómez y Martí confundidos y acongojados. Gómez creyó que él y Martí eran adrede "desamparados, apenas escoltados por veinte hombres bisoños y mal armados". Martí escribió: "Y así, como echados, y con ideas tristes, dormimos." En Mejorana tuvieron Maceo, Gómez y Martí un día desgraciado: el día 5 de mayo de 1895.

A ninguna cosa de provecho pudieron llegar los rectores de la Revolución en 5 de mayo de 1895. Aquello que para algunos, no bien informados, fué conferencia de Mejorana, llamada a trazar los grandes lineamientos del esfuerzo bélico de los cubanos, quedó reducido a un estéril y desagradable acercamiento de Maceo, Gómez y Martí. Sólo la grandeza de estos claros varones, supremos en el servicio de la libertad de Cuba, pudo borrar, y borró, el pésimo afecto de graves incomprensiones.





## QUIEBRA Y RESCATE DE LA JUSTICIA

En Cuba, en el período constituyente de la Colonia, las cuestiones públicas se vieron sometidas a dislates y concupiscencias alarmantes. El mal no era privativo de España. Como España, las demás naciones eran hijas del tiempo y de las circunstancias. Y tiempo y circunstancias estaban minados por vicios y excesos arraigados en muchas generaciones humanas.

La administración de justicia tuvo, naturalmente, que resentirse de un mal que todo lo invadía. Los medios empleados para realizar la constante y perpetua voluntad de dar a cada quien lo suyo no fueron siempre fruto de meditado estudio. La misma organización deparada a ramo de tanta importancia para el orden social de la Colonia era en extremo deficiente. Errores y egoísmos socavaban las instituciones y la normalidad públicas. Cuba demandó remedios radicales para dolencias graves.

La ocasión propicia para aplicar el remedio requerido por la salud de la Colonia llegó en los días en que gobernaba la Isla el maestro de campo Francisco Dávila Orejón y Gastón. Los miembros de la audiencia de las Antillas, poco escrupulosos en el ejercicio de sus funciones, aparentando mucho celo, llegaron a extralimitarse en el uso de sus facultades de manera tal que el Capitán General se creyó en el deber de llamar la soberana atención hacia el exceso de jurisdicción de aquel tribunal. La propia primera autoridad de la Isla se veía a menudo deprimida por la Audiencia, usufructuaria de privilegios que redundaban en perjuicio y menoscabo de la administración de justicia.

En la conciencia del monarca español debió de despertar grande interés el requerimiento de Dávila Orejón,

pues en 6 de mayo de 1669 se dictó una real cédula introduciendo innovaciones de suma importancia en la forma en que habían de llevarse a cabo las actuaciones judiciales. Se dispuso que las causas que llegasen a la Audiencia y que necesitaran volver a La Habana para ser ampliadas se remitiesen al Capitán General, sin que mediara envío de los llamados jueces comisionados. El recurso a que había apelado Dávila Orejón obtuvo el feliz éxito por él anhelado. Aquellos jueces comisionados, con actos casi siempre abusivos, tenían erigida en sistema la práctica perniciosa de abrumar a quienes caían bajo su acción con persecuciones y medidas odiosas. Al ponerse en manos de la suprema autoridad de Cuba parte del procedimiento que servía a los jueces comisionados para realizar sus depredaciones, los fueros de la justicia y del derecho pudieron considerarse restaurados en inusitada medida.



MAYO

7

1897

## LA PACIFICACION DE WEYLER

En las guerras por la independencia de Cuba sufrió con frecuencia el pueblo español los efectos de las torcidas informaciones que de la Colonia salían para la Metrópoli. En la contienda iniciada en 1895 aquel pésimo procedimiento alcanzó dimensiones insospechadas. Valeriano Weyler se propuso pacificar la Isla por secciones. Escogió para empezar la occidental. Concentró en la provincia de Pinar del Río enorme cantidad de tropas. Y cuando lo tuvo por conveniente, sin esperar a que los hechos justificasen sus palabras, se dió a la tarea de anunciar que Vuelta Abajo estaba pacificada.

A la pacificación de Pinar del Río, en la imaginación de Weyler, siguió la del resto de la parte occidental de la Isla. En la primavera de 1897 se hallaba dividida Cuba por Weyler en dos porciones: la occidental, que estaba ya pacificada, y la oriental, que seguía en guerra. Esto informaba él a Madrid. Pero en Madrid había gente que no daba crédito a los dichos del Capitán General en no acompañándolos buenas probanzas. A mayor abundamiento, esa gente incrédula se permitía examinar con criterio imparcial ciertos datos relativos a la distribución de las tropas hispánicas en esta Antilla.

Un periódico peninsular, *El Correo de Madrid*, en 7 de mayo de 1897, publicó algunos antecedentes acerca de la lucha hispanocubana. Según la organización dada por Weyler al llamado ejército de Cuba, además de las guerrillas y de los cuerpos de voluntarios y movilizados, había en la Isla ciento once batallones de infantería, cincuenta y cinco escuadrones de caballería y trece baterías de artillería. De estas fuerzas se encontraban ochenta y tres batallones, cincuenta escuadrones y nueve y media ba-

terias en la parte occidental. He aquí la contradicción entre los dichos de Weyler y los hechos de la guerra: la mayor parte de las tropas españolas situadas en Cuba se encontraba en su mitad occidental, que el Capitán General daba por pacificada. Ninguna otra falsedad se manifestó tan claramente como la consistente en declarar que en las provincias del Oeste no había en la primavera de 1897 cubanos armados contra la dominación española.

La pacificación de Weyler —la pacificación gradual de la Isla bajo los propósitos y la acción de Valeriano Weyler— no pasó de ser mera ilusión del cruel general hispánico. Ni con la reconcentración de la población campesina, llevada a cabo en términos de lesa humanidad, ni con la acumulación de enorme cantidad de tropas, con las que pretendió acorralar en Pinar del Río a los libertadores, consiguió el objetivo de acabar la guerra en la parte occidental de Cuba. En Occidente los defensores de la independencia peleaban con no menos vigor que en Oriente. La mentira de la pacificación de Weyler era tan notoria que más dañaba que beneficiaba a la causa colonial.



MAYO

8

1796

## CAÑA DE AZUCAR DE OTAHITI

A poco de comenzada la colonización por Diego Velázquez debió de ser introducida en la Isla la caña de azúcar. En La Española, de donde vinieron los conquistadores castellanos, ya existían plantaciones desde fines del siglo XV. En su segundo viaje transoceánico Cristóbal Colón trajo a la primada de las colonias de Indias la caña llamada criolla o de la tierra. En memorial que el insigne navegante dió a Antonio Torres, para los Reyes Católicos, en enero de 1494, expuso en relación con el cultivo de la caña la idea precisa consignada en el siguiente pasaje:

"Somos bien ciertos, como la obra lo muestra, que en esta tierra así el trigo como el vino nacerán muy bien; pero háse de esperar el fruto, el cual si tal será como muestra la presteza del nacer del trigo, y de algunos poquitos de sarmientos que se pusieron, es cierto que non hará mengua el Andalucía ni Sicilia aquí, ni en las cañas de azúcar, según unas poquitas que se pusieron han prendido."

Si en 1493 fué introducida la caña de azúcar en la vecina isla de Santo Domingo, no tardaría en ser traída a Cuba, bien por los pobladores castellanos que acompañaron a Diego Velázquez, bien por algunos otros, siempre en los albores del siglo XVI. Se trataba entonces de la caña criolla o de la tierra.

Con el avance del tiempo los campos de Cuba se vieron cubiertos de aquella variedad y de dos más, denominadas de Otahiti o Taití y de cinta o listada. ¿Cuándo se hicieron en Cuba las primeras plantaciones de la segunda y la tercera variedades de caña de azúcar? La de cinta o listada, la última en ser importada, vino a La Habana, procedente de Nueva Orleans, en 1826, aunque José Antonio Saco recordaba haber visto trece o catorce

años antes algunas cepas de ella en Bayamo o Santiago de Cuba. Entre la criolla o de la tierra y la de cinta o listada se halló, por el orden en que llegaron a la Isla las tres variedades, la de Otahití o Taití.

Habían corrido tres siglos contados desde la conquista, y no existía en Cuba sino la caña criolla o de la tierra. Fué en 1796 cuando se trató de introducir la de Otahití. La iniciativa privada y la oficial, en buena hora hermanadas, se manifestaron para dar vida a tal proyecto. Hubo verdadero interés por parte de todos en llevarlo a feliz término. El 8 de mayo de 1796 el Real Consulado de La Habana, en anuncio dedicado al público, se presentó como patrocinador de la idea de traer la caña de Otahití.

Un vecino de la isla de Trinidad, noticioso del deseo alimentado por hacendados cubanos en el sentido de importar caña de Otahití, con la mediación del Real Consulado de La Habana, ofreció vender dos cuadrados, equivalentes a la quinta parte de una caballería de tierra. Las diligencias así realizadas no tuvieron en seguida el resultado apetecido, pues la caña de Otahití no se introdujo en Cuba sino en 1798, procediendo no de la isla de Trinidad, sino de la de Santa Cruz de Dinamarca. Mas de los esfuerzos iniciados en 1796 emanó el éxito satisfactorio logrado por los ganosos de fomentar el cultivo de una caña que pronto comenzó a ofrecer excelentes ventajas para la elaboración del azúcar, fuente de fama y riqueza incalculables para Cuba.





## PROCLAMACION DE CARLOS II

El año de 1666 comenzó para Cuba entre zozobras y quebrantos de varia índole. La piratería, osada y pertinaz en sus depredaciones, llegó a sumir la Isla en el terror. Los esfuerzos de Dávila Orejón, desde la Capitanía General, resultaban meritorios. Pero las condiciones naturales del país atraían a los ladrones del mar, entre tanto los medios defensivos eran insuficientes para desvirtuar los desmanes dirigidos contra las poblaciones y haciendas cubanas. Los ánimos se hallaban de continuo sobresaltados en espera de novedades adversas.

En tales condiciones se encontraba la Isla cuando, siete meses después de ocurrir la muerte de Felipe IV, llegó a La Habana la noticia de ello. Venía este suceso a agravar la situación de la Colonia. No había sido Felipe IV un soberano ejemplar. Había recibido un imperio todavía fuerte y rico, y lo dejaba en las condiciones pésimas de que era fiel reflejo la propia Cuba. Mas los sucesos desgraciados estaban entonces expuestos a multiplicarse, por lo mismo que la Corona pasaba a las sienes de un pobre y enfermizo príncipe, elegido acaso por el destino para afirmar el concepto de que España era una monarquía sin monarca.

Lo abrumador de realidades tan inconcusas no podía ser motivo para que las autoridades de la Colonia dejaran de promover aquellas manifestaciones, hijas casi siempre de convencionalismos estériles, enderezadas a marcar el advenimiento de novedades importantes. Dávila Orejón no vaciló en ordenar lo conducente a la celebración del principio del reinado nominal de Carlos II, niño de cuatro años al tiempo de morir Felipe IV. El 9 de mayo de 1666 fué proclamado en La Habana el nuevo soberano

de España y sus dominios. La solemnidad tuvo que correr parejas con las especiales circunstancias en que se hallaba el país, poco propicio a festejos y alegrías cuando el infortunio echaba raíces en su suelo. La ceremonia de la proclamación de Carlos II en La Habana apenas tuvo otra expresión que la consistente en la parada militar al efecto organizada, con la presencia en la Plaza de Armas de entonces, situada en las inmediaciones del convento de San Francisco, de dos compañías de milicianos de a caballo, cuatro de infantería veterana y cuatro de pardos y morenos libres.

El advenimiento al trono de la Metrópoli del endeble vástago de la dinastía que tanto esplendor y tanta pujanza adquirió en los tiempos de Carlos I y Felipe II vino, al fin y a la postre, a continuar la obra demoledora de que fueron víctimas las colonias creadas en el Nuevo Mundo. Aquel monarca, condenado por la fatalidad a llevar una vida vacilante y pobrísima, ni aun con su desaparición puso término a las desgracias nacionales de él provenientes. La ambición de los principales soberanos de Europa, desatada alrededor de la desventura española, agravó y prolongó en términos desastrosos la adversidad del pueblo que había sufrido como supremo director de sus destinos a un incapacitado. Nunca pudo arrepentirse La Habana de la tibieza con que proclamó, el 9 de mayo de 1666, la exaltación de Carlos II, el Hechizado.



MAYO

10

1869

## INCENDIO EN GUAIMARO

Guáimaro, el modesto pueblo de Camagüey donde se votó la constitución de Cuba republicana, descollaba por este y otros sucesos dignos de grata memoria. Joaquín de Agüero lo había escogido para fundar en él una escuela, para crear en pleno oscurantismo colonial un templo del saber, donde el criollo recibiese educación. Después, el 4 de noviembre de 1868, el día en que la sociedad camagüeyana se sumó a la contienda armada contra la soberanía de España en Cuba, Guáimaro, conquistado por el filo de los machetes libertadores, resultó uno de los primeros timbres de honor labrados por los patriotas de aquella tierra heroica.

Para Guáimaro fué un feliz acontecimiento el haberse escogido para celebrar la reunión de preeminentes revolucionarios de Oriente, Camagüey y Las Villas, proclamar la República, votar la Constitución y organizar los poderes públicos. El desarrollo de esas novedades se inició el 10 de abril de 1869, y por espacio de un mes aquel pueblo quedó erigido en asiento del gobierno de Cuba libre. Pudo creerse que el destino protegía la estabilidad de las incipientes instituciones en Guáimaro. Pero pronto la buena ventura se tornó en irreparable desgracia. El 10 de mayo de 1869 el General en Jefe del Ejército Libertador hizo llegar al comandante de armas de Guáimaro la orden de que sin pérdida de momento incendiase la población, arrasándola hasta convertirla en cenizas, advertido de que con su cabeza respondería de la ejecución de mandato tan extremo.

"El Comandante obedeció —dijo José María Izaguirre—, y al obscurecer empezó su obra de destrucción sobre aquel hermoso caserío de doscientas casas, la mayor parte de tapia y teja, y muy bellas. Horror daba ver aquella

gran conflagración, donde se consumían tantos sudores, de donde brotaban tantas lágrimas. Confieso que el corazón se me oprimía al ver al fulgor de las llamas salir de las casas incendiadas a las pobres mujeres llevando a sus hijitos de las manos, y en la cabeza un lio de ropas, único bien que podían salvar de aquel desastre. La población entera, incluyendo su bonita iglesia, quedó reducida en pocas horas a un montón de escombros."

Hasta aquel día en Guáimaro permaneció el gobierno presidido por Carlos Manuel de Céspedes. La orden de incendio fué grave y extrema, como la demandaban las circunstancias en términos muy apremiantes. El general Quesada, al disponer la destrucción de Guáimaro, complementaba el acuerdo de que se abandonase por los cubanos el pueblo libre donde se había firmado la constitución de la República. Sabía que los españoles abrigan el propósito de echarse sobre Guáimaro, dispuestos a convertirlo en pasto de la furia de que era encarnación el conde de Valmaseda. El sufrimiento y la abnegación de los libertadores no reconocían límites, y el sacrificio propio acabó por triunfar de los planes del enemigo.





## ESTRADA PALMA EN LA HABANA

Tomás Estrada Palma, electo Presidente de la República, llegó por la mar a La Habana, procedente de Matanzas, el 11 de mayo de 1902. Su recepción oficial en la capital de la Isla estuvo a cargo del ayuntamiento de La Habana. El pueblo de La Habana esperó y acompañó al Presidente con entusiasmo extraordinario, digno del suceso que lo motivaba.

La comitiva presidencial pasó de los muelles de Luz a la casa municipal de La Habana. En la parte de ella ocupada por el Gobernador Militar aguardó Leonard Wood a Estrada Palma. Del despacho de Wood el primer magistrado cubano se trasladó a la sala de sesiones del Ayuntamiento. El alcalde Carlos de la Torre anunció que el Cabildo tenía acordado que hiciese el discurso de salutación el concejal Alfredo Zayas. Zayas dijo a Estrada Palma:

"En nombre de todos os saludo. Tenemos la seguridad plena de que sois el hombre necesario por vuestro patriotismo e ilustración para dirigir la República por los buenos senderos de la prosperidad y de la libertad. Nosotros, los que fuimos a buscaros al solitario rincón de Central Valley, estamos en el deber ineludible de cooperar con vos a la obra grandiosa de levantar y sostener la República.

"Hoy, que es el santo aniversario de la muerte de Ignacio Agramonte, de aquel héroe que cayó en los campos de Camagüey, tenemos la gloria de saludaros y es nuestro principal deseo que todos los hijos de Cuba, para bien y estabilidad de la República, se inspiren en el noble patriotismo del legendario héroe.

"Hablo en nombre de los nacidos en esta tierra y en

el de los que, habiendo visto la luz primera en otras, si dejaron su patria, conservando su recuerdo en los corazones, como era su deber, se sienten llenos de gratitud hacia la tierra hospitalaria donde han logrado afectos y han creado familias e intereses."

Las palabras de Alfredo Zayas interpretaron fielmente el sentir de los habitantes de La Habana con ocasión de la llegada de Estrada Palma. La presencia del ilustre patriota en la capital de la Isla era el mejor y más elocuente aviso de que se aproximaba la hora en que Cuba entraría en el goce de la soberanía internacional. En Estrada Palma todos contemplaban el inmediato advenimiento del gobierno propio. Ver y saludar al Presidente era ver y saludar a la República.

En frases plenas de dignidad Estrada Palma agradeció la acogida que le dispensaba el ayuntamiento de La Habana. Percibió que flotaba el espíritu de Agramonte en un ambiente de santo patriotismo, al que todos aspiraban para bienestar de la Nación. Vió en las manifestaciones que se producían con motivo de su presencia en la capital de la Isla la expresión de la alegría del pueblo cubano al contemplar realizado el ideal de redención, y no el homenaje a un individuo. Y de la unión que se venía predicando desde Gibara hasta La Habana dijo que era el mejor augurio de que la República sería estable y próspera.



MAYO

12

1895

## DE MARTI A MACEO

La presencia de José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo en la región oriental de la Isla vigorizó el esfuerzo bélico. Los defensores de la independencia experimentaron el contacto e influjo de los rectores de la Revolución. La hora de la libertad, lo mismo para los jefes y oficiales que para los individuos de tropa, no podía ser más decisiva ni más trascendental. Los patriotas, estrechándose pecho contra pecho, estuvieron prontos a continuar la obra emancipadora bajo hermosos auspicios emprendida.

Después de las conversaciones de Martí, Gómez y Maceo en la primera decena de mayo de 1895 los dos primeros se separaron del tercero. Gómez y Martí tomaron el camino de la jurisdicción de Holguín. Con buena escolta, compuesta de gente conocedora de la comarca, pudieron el Delegado del Partido Revolucionario y el General en Jefe del Ejército Libertador operar con las facilidades compatibles con las circunstancias.

El pensamiento de dirigirse sucesivamente a Manzanillo y a Camagüey animaba a Gómez y Martí. Ellos esperaban encontrar casi al principio de tal ruta al general Bartolomé Masó, el prócer que de manera tan decidida, firme y patriótica había sabido sostener el pabellón cubano en las horas difíciles de la prueba inicial, en los días inciertos que siguieron al 24 de febrero de 1895.

El 12 de mayo de 1895 Gómez y Martí, siguiendo el rumbo hacia donde pudiesen encontrar a Masó, pasaron por Dos Ríos y Vuelta Grande y se detuvieron en La Jata. En La Jata estuvo Martí activísimo. Recibió noticias de procedencia varia. Escribió. Una de sus cartas fué destinada a Antonio Maceo.

Después de las incomprensiones que señalaron el en-

cuentro de Maceo, Gómez y Martí en Mejorana, con palabras y hechos tristes, la grandeza de los próceres tenía que entrar en acción. La carta que en La Jata, el 12 de mayo de 1895, escribió Martí a Maceo, en busca de noticias del hijo de Mariana Grajales, llevó a éste palabras de honda cordialidad. Martí confesó que llevaba una pena: era la de creer que no estaba aún bien encendido el espíritu que la pujanza de Maceo podía infundir en todas partes con un solo paseo "Súbase en los estribos —pidió Martí a Maceo—, y haga arder los hombres a su voz." Esta manera de expresar la admiración hacia el héroe probaba que en la mente de Martí no quedaban ni vestigios de los desagradados de Mejorana.

Martí comunicó a Maceo las ansias de su espíritu. Con estilo muy en armonía con las circunstancias de tiempo y lugar que corrían, y con acento de fundador, Martí escribió a Maceo: "Eso es lo que me preocupa: que entre pronto la guerra en un plan general, —que ofenda, y ocupe el país, antes que el enemigo aún insuficiente, perezoso y aturdido, —que nos pongamos pronto en marcha para el revuelo final, que —si no dejamos condensarse al enemigo— puede ser cercano. Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea." El correo que llevaba esto se iba, e iban un abrazo de Martí para Maceo y las gracias del Apóstol al General por los sucesos que le adivinaba en aquellos días.

De las incomprensiones de Mejorana no quedaba nada en la cabeza de Martí. Los creadores de la Nación sabían que en perdonar y olvidar radicaba el secreto de enorme parte de sus grandezas. Ellos, humanos, muy humanos, como que eran conductores de muchedumbres, no ignoraban que tenían que perdonarse recíprocamente y echar al olvido las angustias de comunes desazones. Y Martí, en la carta que dirigió a Maceo el 12 de mayo de 1895, dejó palpitir su corazón sobre el corazón de su parigual en el anhelo de redimir a Cuba.



MAYO

13

1799

## EL MARQUES DE SOMERUELOS

El general Juan Procopio Bassecourt, conde de Santa Clara, que tenía el mando supremo de Cuba, fué sorprendido por la llegada al Palacio del Gobierno, en las primeras horas de la mañana del 13 de mayo de 1799, de un desconocido que, a poco de abocarse con él, supo era el mariscal de campo Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos. Este se hallaba nombrado desde el 2 de marzo de 1799 capitán general de la Isla. Partió de La Coruña en el bergantín correo *Pájaro*. Al acercarse a las aguas antillanas se vió perseguido por corsarios ingleses. Desembarcó en Trinidad, para no caer prisionero de aquellos enemigos, que no tardaron en apoderarse del buque en que el Marqués viajaba. De Trinidad, por tierra, por una ruta erizada de penalidades, él se dirigió hacia el Poniente del país. Al cabo de rudas jornadas, en la tarde del 12 de mayo de 1799 se presentó, acompañado de otro con apariencia de principal y de tres criados, todos cubiertos de fango, en la casa de vivienda del ingenio *Holanda*, en la jurisdicción de Güines. El dueño de la finca, Nicolás Calvo de la Puerta, los acogió con la hospitalidad acostumbrada en los campos de Cuba, y, habiéndose dado a conocer sin tardanza, el Capitán General pudo allí descansar algunas horas y tomar alientos para continuar la marcha hasta rendirla al día siguiente en La Habana.

El conde de Santa Clara no quiso retardar la entrega del mando de la Isla. Hasta exigente fué para que se diese cumplimiento inmediato a las órdenes de la Corona a virtud de las cuales quedaba privado del desempeño de las supremas funciones gubernativas de Cuba. Demandó que se llevase a cabo la trasmisión de poderes en seguida,

y a las diez de la mañana del propio 13 de mayo de 1799 Someruelos ocupó la Capitanía General. Aun la parte de la población que de su llegada se había enterado permanecía sumida en el mayor de los asombros, pues, en realidad, el hecho mismo de la mudanza de Gobernador era el primer anuncio o aviso de novedad de tanta importancia.

Los peligros de serios conflictos internacionales, unidos al temor infundido por la vejez del conde de Santa Clara, habían determinado las providencias dictadas para reemplazarlo con el marqués de Someruelos, de cuyas excepcionales condiciones había pruebas magníficas con motivo de reciente campaña contra Francia y de su labor, realizada posteriormente, en la vigilancia de las costas de Galicia. Por dicha para la Metrópoli y para la Colonia, aquellos peligros quedaron pronto desvanecidos, y, merced a ello, Someruelos estuvo desembarazado para iniciar en seguida su obra de gobernante en las más variadas manifestaciones. Su mando fué fructífero para el país, que en más de una oportunidad puso de relieve su gratitud, su estimación y su afecto hacia el gobernante que tuvo iniciativas y determinaciones prudentes y útiles.

El destino deparó al marqués de Someruelos una mala suerte: fué él quien mató en germen los primeros brotes de rebeldía del cubano. Bajo su gobierno los designios de Román de la Luz se vieron reducidos a la impotencia. Fortuna pareja corrió el proyecto de constituir, con el concurso de personas distinguidas del país, una junta defensiva frente al poder de Napoleón Bonaparte. La idea de formar esta junta, llamada tiránica e independiente y combatida en papeles públicos de manera violentísima, no llegó a realizarse. Sus enemigos quisieron ver en ella el eje posible de tendencias y esfuerzos emancipadores, y al cabo debió de participar de la misma opinión el Capitán General, fiel servidor de la Metrópoli.



MAYO

14

1872

## EXCEPCIONES DE VALMASEDA

La crueldad de Blas Villate, conde de Valmaseda, como jefe de operaciones militares españolas en Cuba, constituyó una de las mayores desgracias así para la Metrópoli como para la Colonia. Para la Metrópoli, porque sobre ella echó el oprobio anejo a su conducta atroz y sanguinaria. Para la Colonia, porque mujeres y hombres nacidos en ésta sufrieron en sus carnes y vidas el excesivo rigor del general hispánico. Uno de los patriotas que en los campos agrestes de la Isla luchaban por la independencia patria, Luis Victoriano Betancourt, pudo trazar un horrendo cuadro de crímenes oficiales con sólo enumerar algunos de los ordenados y dirigidos por Valmaseda contra naturales de esta Antilla.

Hasta cuando quiso dejar de ser despiadado Valmaseda no pudo prescindir de mostrar su severidad. En 14 de mayo de 1872, hallándose en Cauto del Embarcadero y en funciones de capitán general de la Isla, expidió una proclama enderezada a los cubanos sublevados contra la dominación española. Ofreció el perdón de la Metrópoli a tres grupos de revolucionarios: a) los que hubiesen peleado en la insurrección como soldados, fuesen blancos o de color, que se presentasen con armas blancas o de fuego; b) los jefes de familia que se presentasen solos o con las suyas respectivas; c) los jefes de partidas que se presentasen con las fuerzas por ellos mandadas. Así quedó expresada la regla. Era imposible que faltasen las excepciones.

Las excepciones establecidas por Valmaseda en su proclama de 14 de mayo de 1872 se refirieron a primates de la Revolución. Según él, a este indulto general no podían acogerse ni el Presidente de la República, ni los

miembros del Gabinete, ni los de la Cámara de Representantes, ni aquellos que "por la importancia que les dieran sus secuaces se convirtieron en azote del país". Valmaseda quiso añadir a su generalización algunos nombres. Mencionó los de Ignacio Agramonte, Julio y Manuel Sanguily, Francisco Villamil, Vicente García, Modesto Díaz, Luis y Félix Figueredo, Calixto García Iñiguez, Máximo Gómez, Francisco Borrero, Jesús Pérez y Francisco Maceo. Añadió que estos exceptuados de su clemencia debían dar cuenta de su conducta con arreglo a la Ley.

El Conde no estuvo errado en el señalamiento de los patriotas a quienes exceptuó de los beneficios de su proclama de indulto. Cada uno de los aludidos por razón de su función pública o mencionado por su nombre y apellido era un temible adversario del régimen que él, Valmaseda, defendía con armas lícitas e ilícitas. Su lista de exceptuados era una lista de honor para la patria cubana. No merecer la conmiseración del Conde era merecer bien de la nación que en los campos de la Isla se afirmaba con el heroísmo y el sacrificio de los libertadores.



MAYO

15

1795

## SAN ANTONIO DE LOS BAÑOS

La suerte de San Antonio Abad o de los Baños estuvo determinada a partir de los principios de su formación por la belleza del lugar en que se levantó la población. La Naturaleza y la acción humana concurrieron al mismo buen éxito. Los progresos de San Antonio Abad o San Antonio de los Baños, como indistintamente se llamó durante mucho tiempo, resultaron más rápidos que los de otros pueblos de la Isla desarrollados en parecidas circunstancias. El estancamiento no se conoció allí en la época inicial. El buen suceso coronó las ansias de los ganosos de crear algo más que un caserío en el seno de aquella feraz campiña.

A mediados del siglo XVIII quedaron echadas las bases de San Antonio Abad o de los Baños. Con motivo de establecerse por allí cortes de maderas para el arsenal de La Habana y ser utilizados para ello presidiarios de México, se construyeron a orillas del Ariguanabo unos barracones, los mismos que acabarían por constituir el principio de la población. Tal novedad se convirtió pronto en ocasión propicia para que la excelencia de aquel suelo y la amenidad de sus campos, dotados de una riqueza extraordinaria, fuesen conocidas y apreciadas con exactitud por los llamados a utilizarlas para bien propio y del país.

Mucho contribuyó al auge que en poco tiempo adquirió San Antonio Abad o de los Baños el hecho de que el hato *Ariguanabo* perteneciese a la rama de la familia de Cárdenas que logró el marquesado de Monte Hermoso. El segundo marqués, Gabriel María de Cárdenas, siguió las huellas de la autora de sus días, que había promovido la erección de la ermita que fué centro de la naciente pobla-

ción. El segundo marqués de Monte Hermoso obtuvo la consideración de villa para San Antonio Abad o de los Baños y para sí el privilegio de justicia mayor de la villa y su jurisdicción, con facultad exclusiva para nombrar el alcalde y los regidores del Ayuntamiento, que asimismo alcanzó por real concesión.

El vecindario, celoso de las atribuciones privativas de su voluntad, llegó a oponerse, en representación enderezada al capitán general Luis de las Casas, a que dependiese del arbitrio exclusivo de Monte Hermoso la organización del gobierno local de San Antonio Abad o de los Baños. Pero la razón fué dada sin pérdida de momento al Marqués, que entró en posesión de su señorío y jurisdicción civil y criminal. El Ayuntamiento debió quedar instalado el 1º de mayo de 1795. Alguna dificultad surgió, sin embargo, bastante para retardar la celebración de la primera sesión hasta el 15 de mayo de 1795, punto de partida de la vida municipal de la villa del Ariguanabo.



MAYO

16

1705

## CASA DE EXPOSITOS

Al entrar en el siglo XVIII, como al cabo de ruda jornada, con mil y un sacrificios vencida, la ciudad de La Habana se hallaba en posesión de importantes progresos. Quienes en ella ejercían jurisdicción de algún género y se encontraban animados del deseo de acertar, la vista y el pensamiento fijos en el bien público, necesariamente contribuían con sus iniciativas y esfuerzos al auge de la población. Pronto debieron de advertir los previsores y celosos la necesidad imperiosa de fundar en La Habana una casa de expósitos, a fin de evitar los males sin cuento que emanaban del crecimiento de la orfandad.

El obispo Diego Evelino de Compostela, tocando ya las postrimerías de su vida, fué el primero en consagrar empeños loables a la satisfacción de aquella demanda pública. En el siglo XVII se había tratado de remediar el mal, pero de tal iniciativa no quedaban ni vestigios. Además, el buen sentido aconsejaba revestir de carácter oficial obra de tanta importancia social. Al fin, todo quedó encauzado. Una real cédula de 16 de mayo de 1705 dispuso la erección en La Habana de la Casa de Expósitos. Consecuencia de esa soberana resolución debió de ser la construcción de la Casa de Expósitos en el sitio donde se hallaba la ermita de Belén o San Melchor. Pero la obra póstuma de Compostela hubiera desaparecido para siempre de no haberle dedicado fray Jerónimo Valdés, su sucesor, esfuerzos que se tradujeron en la edificación de una casa en Oficios y Muralla, dotada con un capital de quince mil quinientos pesos.

"Data de esta fundación —escribió Raimundo Cabrera— el empleo del apellido Valdés para los niños expuestos sin filiación conocida en la Maternidad. Aunque

el padre Valdés apeló a la munificencia real para obtener fondos permanentes para la conservación y el fomento del incipiente instituto y obtuvo algunos limitados, es lo cierto que a fines del siglo XVIII, época de la fundación de la Beneficencia, el Asilo de Expósitos arrastraba una existencia vergonzosa y miserable. No podían haber prestado cívico y decidido apoyo a tan hermosa institución los habitantes de una factoría regida militarmente. Era preciso que obra de tal magnitud la extendiesen y fortificasen el espíritu y el vigor de una sociedad más adelantada. Debía ser la obra de los elementos sociales creados por el arraigo de la mayor cultura de las familias que dieron carácter y fisonomía propia a los cubanos en los albores del siglo XIX, haciendo surgir una pléyade de hombres capaces de acometividad extraordinaria."

Más de una centuria fué necesaria, ciertamente, para que la magnífica idea patrocinada en la real cédula de 16 de mayo de 1705 alcanzase el éxito merecido. Mucho y de veras contribuyó a esto el presbítero Mariano Arango, albacea de Antonia María Menocal. Hizo ejemplar uso de las facultades de que estaba investido por aquel acto de última voluntad. Dedicó íntegramente los ciento treinta mil pesos destinados para legados a pobres a la fundación de la Casa de Maternidad, en la que quedó refundida la antigua Casa Cuna o Asilo de Niños Expósitos. El primitivo proyecto, fruto de pensamientos y propósitos altruistas, acabó por obtener de esa suerte consolidación durable.



MAYO

17

1783

## BERNARDO DE GALVEZ EN LA HABANA

La lucha sostenida por España, aliada de Francia, contra la Gran Bretaña bajo el reinado de Carlos III parecía interminable cuando, en 20 de febrero de 1783, las potencias en guerra celebraron en París un tratado de paz que, naturalmente, puso término a los temores y peligros de unos y otros. Los británicos, que hasta con petulancia habían rehusado las bases mismas que sirvieron para el pacto firmado, se apresuraron a aceptarlas en las conferencias de París. ¿Por qué? ¿A qué se debió cambio tan radical como repentino?

La respuesta no podía ser más sencilla: los ingleses, enterados de los aprestos navales reunidos por españoles y franceses en Cádiz, habían comprendido que carecían de elementos de guerra con que enfrentarse al formidable armamento organizado por los aliados. El vastísimo plan concebido por un almirante francés, con la sanción de ambos gabinetes, tendía a llevar a cabo una acción ofensiva para expulsar a los británicos de las tierras y aguas de América. Ante actitud de tal violencia por parte de España y Francia se encontró la impotencia de la Gran Bretaña, que, aun cuando no dejó de realizar con su armada verdaderas proezas en las Antillas, estaba aniquilada y era incapaz de resistir el duro trance a que pretendían someterla sus enemigas.

La diligencia de los plenipotenciarios ingleses fué grande. Gracias a ello, lograron precipitar la consumación de lo que no mucho antes habían repudiado. El gabinete francés cayó en el lazo que le tendieron los diplomáticos de la Gran Bretaña. Carlos III, a despecho de las advertencias de Floridablanca, se halló presto a sumarse a la actitud propicia de su aliada. Los dominios

de España en América quedaron consolidados a virtud de aquel tratado de París. Pero, habiendo contribuído a la emancipación de las colonias de la América del Norte y reconocido a las mismas como potencia, España quedaba expuesta a pasar por suerte semejante a la que en tal ocasión cabía a la Gran Bretaña. El dictamen que el conde de Aranda presentó a Carlos III después de ajustado en París el tratado de 1783 vaticinó graves conflictos entre la Metrópoli y sus vastos dominios americanos.

Al quedar ajustada la paz, el general en jefe de las fuerzas aliadas de las Antillas, Bernardo de Gálvez, determinó regresar a La Habana. Con los generales Girón y Solano, la mayor parte de la escuadra y casi todas las tropas españolas y francesas reunidas en Haití y portador de las copias oficiales de los preliminares y las primeras órdenes para que cesasen las hostilidades, entró Gálvez en el puerto de La Habana el 17 de mayo de 1783. La capital de la Isla lo recibió con transportes de alegría y entusiasmo que, si provenientes aquel día de la victoria que el retorno de Gálvez entrañaba, continuaron al siguiente en atención a la presencia de un hijo del rey de Inglaterra, confundiéndose así con los fulgores del triunfo las manifestaciones públicas con que se celebraba la reconciliación.



MAYO

18

1783

## VISITA DE WILLIAM LANCASTER

William Lancaster, hijo de Jorge III, aprendiendo a obedecer desde la adolescencia para reinar mejor en la edad media, según la frase de un historiador, servía de guardia marina en la escuadra británica que en 12 de abril de 1782 infirió tremenda derrota a la armada francesa en aguas antillanas. El joven príncipe, una vez concertada la paz de París, se dispuso a navegar hacia Inglaterra. En viaje de Jamaica a Inglaterra, en compañía del célebre almirante Hood, estaba William Lancaster al presentarse en La Habana en 18 de mayo de 1783.

El conde de Gálvez y el general Solano, llegados la víspera procedentes de la base de guerra que habían elegido en la parte francesa de Santo Domingo, fueron de los más solícitos en las atenciones dispensadas a los visitantes ingleses. El Capitán General también colmó de agasajos al Príncipe y al Almirante. Hubo en todos verdadero derroche de manifestaciones de concordia y cortesía para tan notables huéspedes. La Habana, entregada al regocijo con motivo del arribo de Gálvez, continuó sin interrupción su tarea de jovialidad y alegría. Un tupido velo, ocultando hasta las huellas más sensibles, echaron unos y otros sobre el pasado reciente.

Tres días duró la visita de William Lancaster a la capital de la Isla. Convites, bailes, paseos y cuanto más se estimó del agrado y contento del hijo de Jorge III se sucedieron en el curso de media semana. El Príncipe vió desfilar, en gran parada en su honor dispuesta, a unos diez mil hombres, muchos de ellos veteranos de las contiendas sostenidas por España contra la Gran Bretaña. El real visitante no pudo sino llevarse la impresión de una hospitalidad franca y cordial. La sociedad habanera puso de

relieve su largueza y su hidalguía, acogiendo con respetuoso cariño al representante de la nación enemiga de otras horas.

Como para sellar aún mejor el abrazo de reconciliación entre españoles e ingleses, el Capitán General tuvo una idea feliz. Ofreció a Lancaster la oportunidad de evidenciar su magnanimidad, interpretando la de su padre. Pidió la autoridad colonial al príncipe inglés que, en nombre de Jorge III, perdonase a treinta y un súbditos suyos, delincuentes, traídos a La Habana en calidad de prisioneros, y que, temerosos de ser víctimas de castigo mayor que el del cautiverio, habían rehusado entrar en canje. El Príncipe, accediendo a los deseos expresados por el Capitán General, correspondió cumplidamente a las efusivas demostraciones de estima y consideración recibidas. Y debió de conservar grata memoria de las impresiones recogidas durante su permanencia en La Habana, al calor todavía de la ruda brega en parte desarrollada en las Antillas.





## MUERTE DE MARTÍ

La revolución que en febrero de 1895 tomó el carácter de insurrección contra el poder de España en Cuba fué la revolución de José Martí. De Martí fué también la guerra entonces iniciada. Revolución y guerra eran producto de la vigorosa energía intelectual y de la enorme fuerza moral de aquel a quien sus seguidores acabaron por llamar maestro y apóstol. El Maestro aunó voluntades dispersas y desorientadas después de una larga e infortunada contienda emancipadora. El Apóstol consagró lo más y mejor de su existencia a precipitar la transformación político-social de su patria.

Martí, como él mismo dijo, había evocado la guerra, la guerra necesaria y útil llamada a producir la gran mudanza que con todas las potencias de su espíritu anhelaba para Cuba. Aceleró el ordenamiento de los medios indispensables para tamaña empresa. Autorizó el levantamiento general del país. Y tomó la ruta que debía conducirlo hasta la ribera donde empezaba el peligro real, ya en contacto con las armas que se esgrimían para conservar la Colonia.

Vino de Santo Domingo a Cuba en compañía de un parigual suyo en el heroico afán de hacer libre a su pueblo: con Máximo Gómez vino Martí de Santo Domingo a Cuba. Llegó a la Isla a medianoche de un día de abril de 1895. Desde que de nuevo se halló en su tierra quiso ser soldado. El pensador no dejaba de meditar. El alterador se sentía estremecido en un ámbito épico. El creador seguía su trabajo, viendo lo mismo la necesidad institucional o bélica exhibida a su paso que el desarrollo de sus ideas y planes en el resto del Mundo. Pero no

abandonaba aquel propósito temerario: el propósito de ser soldado en la guerra por él evocada.

La Revolución no se había dado aún las instituciones que debían permitirle llamarse República, y ya Martí era tenido por el Presidente. Esta era la jerarquía correspondiente a su obra patriótica. La Revolución, en conformidad con claros precedentes cubanos y con arraigadas convicciones de su máximo propulsor, organizaría al país levantado contra la dominación europea, y su jefe civil tenía que ser el Apóstol. Pero éste ansiaba ser un peleador más. Su presencia en los campos de la Isla y en días de guerra reclamaba el honor de las armas. Martí no renunciaba al derecho ni abandonaba el deber de ser un combatiente.

El 19 de mayo de 1895 estaba con Máximo Gómez en Dos Ríos, en la provincia de Santiago de Cuba. En Dos Ríos cubanos y españoles chocaron en momentos en que Martí, Gómez y Bartolomé Masó acababan de hablar con elocuencia. Martí corrió a participar en el combate, sin oír las indicaciones en contrario de Gómez. A poco Martí cayó de su caballo. A caballo, de cara al Sol, peleando por su patria, como él lo había querido, Martí murió en Dos Ríos. En la noche de aquel día no hubo necesidad de tocar silencio en el campamento de Máximo Gómez. Sus soldados lo saludaban con tristeza y entre sí hablaban y decían que nunca lo habían visto tan lastimosamente impresionado.



MAYO

20

1902

## SOBERANIA INTERNACIONAL

La intervención de los Estados Unidos de América en los negocios públicos de Cuba fué breve, más breve de lo que se esperaba hasta por patriotas de la Isla muy optimistas. \*La reunión de la Convención Constituyente, la adopción de la carta fundamental, la solución dada al serio problema de las relaciones que permanentemente debían existir entre la Unión y la mayor de las Antillas y la celebración de elecciones para cubrir los cargos nacionales y provinciales cuya designación dependía del pueblo en un ordenamiento democrático fueron hechos y sucesos que aceleraron y anunciaron el advenimiento definitivo de la República. En el mes de mayo de 1902 todo estuvo listo para que el día 20 Tomás Estrada Palma asumiese la jefatura del Estado y el Congreso se hallase organizado y en condiciones de laborar.

El 20 de mayo de 1902, a las doce horas del día, se llevó a cabo en el Palacio de la Plaza de Armas, en La Habana, la ceremonia de transmisión de poderes. Leonard Wood, gobernador militar de la Isla hasta aquel momento en representación de los Estados Unidos, leyó dos documentos: uno firmado por Theodore Roosevelt, presidente de la Unión, y otro suscrito por él, con el carácter expresado. Ambos estaban dirigidos al Presidente y al Congreso de la República de Cuba. El de Roosevelt expresó sus votos por el buen éxito del nuevo gobierno y por el mantenimiento de la amistad entre los Estados Unidos y Cuba. El de Wood, más extenso, entró en consideraciones acerca de la administración que cesaba y declaró terminados la ocupación y el gobierno de la Isla por la Unión. Estrada Palma leyó una corta exposición, dirigida a Wood, por la cual se dió por enterado oficial-

mente de lo dicho por Roosevelt y Wood y admitió que Isla de Pinos, como acababa de manifestar el Gobernador, quedaba bajo la jurisdicción de Cuba, a reserva de lo que sobre su situación jurídica definitiva acordasen los gobiernos de Wáshington y La Habana.

El cambio de banderas se efectuó en los mismos momentos en que se producía en Palacio la ceremonia en que hablaron Wood y Estrada Palma. Minutos después el Presidente de la República, requerido por el del Tribunal Supremo de Justicia, prometió por su honor desempeñar fielmente su cargo, cumpliendo y haciendo cumplir la constitución y las leyes del país. Estos actos, en los que no podía faltar una honda emoción, estuvieron acompañados del entusiasmo delirante de las muchedumbres que en distintos lugares de la capital de la Isla participaban de la alegría de un hecho glorioso. Las mujeres y los hombres que presenciaron la mudanza de pabellones aplaudieron y lloraron: sus vítores y lágrimas resumían los anhelos y sacrificios de varias generaciones de patriotas, de los que unos habían perecido en la demanda heroica y otros eran actores y testigos del grande acontecimiento que a todos conmovía.

El hecho de que en los edificios públicos ondease la bandera de la estrella solitaria simbolizaba mucho más que una transmisión de poderes: simbolizaba el advenimiento de Cuba a la soberanía internacional. Ya la Isla, desde el 20 de mayo de 1902, formaba parte del concierto de las naciones libres e independientes. Lo que esto llevaba costado llenaba las mejores páginas de la historia patria. En la mayor de las islas del Caribe se iniciaba una vida nueva: la vida vigorizada y lustrada por la soberanía internacional.



MAYO

21

1870

## LA ESCUELA DE AGRAMONTE

El esfuerzo bélico de los cubanos en pos de la soberanía internacional pasó por las vicisitudes anejas a todo empeño humano.

Habría sido pueril ilusión esperar que en una obra de varones movidos por altas aspiraciones colectivas no se hubiesen manifestado disparidades y choques. En la guerra iniciada en octubre de 1868, tan rica en grandes talentos y caracteres, la falta de absoluta armonía acompañó a los separatistas desde el principio hasta el fin. Sin embargo, sus propósitos y renunciaciones no dejaron de constituir un afán magno.

Ignacio Agramonte era uno de los hombres más puros y valiosos de la Revolución. Era el jefe natural de los patriotas de Camagüey. Llevaba en sí las mejores esencias de la Revolución. Representaba el espíritu democrático del separatismo. Desde antes de la proclamación de la República algunas de sus ideas chocaron con algunas de las ideas de Carlos Manuel de Céspedes, menos inclinado que Agramonte a la adopción en tiempo de guerra de instituciones concebidas para días de paz. Ciertamente, en Guáimaro el pensamiento político de Agramonte pudo más que el de Céspedes.

En el curso de la guerra Agramonte mostró con reiteración su inconformidad ante hechos que se producían en el bando insurrecto. Su desazón no provenía del deseo de imponer su voluntad: provenía del ansia de ver avanzar su causa rectamente. En 21 de mayo de 1870 se dirigió a los representantes de Camagüey en la Cámara a fin de excitarlos al cumplimiento de sus deberes cívicos. No bastaba que ellos, acordes con observaciones que él les había hecho, intentasen interpelar a los miembros del gabinete de Céspedes. Obligación de ellos, y de él, era

procurar por todos los medios asequibles poner coto a excesos que perturbaban la existencia republicana y desacreditaban la causa libertadora.

Como habló a camagüeyanos, a sucesos camagüeyanos se refirió Agramonte en 21 de mayo de 1870. El territorio de Camagüey era teatro de movimientos revolucionarios que, según Agramonte, entrañaban desaciertos dañosos para la República. ¿Hasta dónde llevarían a los patriotas —preguntaba Agramonte— las contemplaciones y la falta de energía de la Cámara? La Cámara, a juicio del convencional de Guáimaro, no podía permanecer impasible en presencia de abusos públicos en el seno de la Revolución, como Cuba no se hallaba inmota frente a las injusticias del régimen colonial. Cuba se había alzado contra los excesos de la dominación española. La Cámara, nacida de semejante rebelión, debía ser severa en el tratamiento de las malas cosas que ocurrían en las filas separatistas.

Agramonte creó escuela en la Revolución. La escuela de Agramonte tenía por finalidad mantener entre los libertadores los principios que ellos habían defendido al lanzarse a una cruenta lucha contra el gobierno de España. Y esto, al cabo, era saludable para la Revolución, madre de la República. De la pureza de la Revolución tenía que depender principalmente la grandeza de la República. Y Agramonte era un insigne servidor de la Revolución y de la República.



MAYO

22

1896

## GUERRA EN LA CORDILLERA DE LOS ORGANOS

De lo más notable de la guerra por la independencia de Cuba a fines del siglo XIX fué la parte de aquélla que se desenvolvió en la Cordillera de los Organos. Transitar y sostenerse por allí era tanto como pelear reciamente. Y esto hicieron los criollos que eligieron tan agreste suelo para teatro de sus esfuerzos bélicos: batallar con bríos para hacer valer la buena ley de sus propósitos patrióticos.

En la segunda quincena de mayo de 1896 el general Antonio Maceo, contrariado por el convencimiento de que el capitán general de la Colonia, Valeriano Weyler, no se resolvía a medir sus armas con las de los libertadores, decidió ejecutar una serie de operaciones difíciles y penosas a través de la serranía vueltabajera. Las lomas de Pinar del Río atraían al animoso capitán insurrecto. Lo seducía la idea de acuchillar en lo más intrincado y aspérrimo de las montañas occidentales a la tropa enemiga. Sus designios se vieron coronados por éxitos no menos admirables que provechosos.

Los días en que el Lugarteniente tomó la determinación de que sus huestes se paseasen, ~~en~~ la Cordillera de los Organos eran poco propicios para tamaña empresa. Aquel lluvioso mes de mayo tenía más de riguroso verano que de suave primavera. Maceo quiso, a despecho de la inclemencia del tiempo y del mal estado de caminos y veredas, atravesar las lomas de El Cuzco, Rangel y El Toro, pues se hallaba en la parte septentrional de la provincia de Pinar del Río, para descender por la otra vertiente y atacar una de las poblaciones fortificadas del camino de hierro del Oeste. Cualquier arremetida contra una plaza defendida por los servidores del régimen colonial ofrecía la doble buena consecuencia de aleccionar al ene-

migo, para mengua y quebranto suyos, y de adquirir, aun a costa de sacrificios, elementos de combate y de subsistencia.

De cuantas jornadas realizaron los libertadores, desde el día 17 hasta los momentos en que se hallaron en condiciones de ejecutar uno de los asaltos proyectados, la más ruda fué la del 22 de mayo de 1896. En la víspera habían atravesado las serranías de El Toro y de Macurijes y acampado en Chavarría, donde se encontraba el general Pedro Díaz con las brigadas del Norte y del Sur. El 22, muy temprano, el Lugarteniente dió orden de levantar el vivaque y emprender marcha. La caminata, prolongada hasta más allá del anochecer, quedó rendida en Caiguanabo. El pinar de Rangel, célebre en los fastos revolucionarios a partir de mediados del siglo XIX, por haber sido teatro de la ruina de Narciso López, fué recorrido el 22 de mayo de 1896 por las huestes de Antonio Maceo, despreciando sinsabores y sufrimientos, fijo el pensamiento de todos, lo mismo de los individuos de tropa que de su conductor, en la cercanía del lugar y de la hora en que las armas cubanas podrían inferir un nuevo descalabro a los adversarios de la causa patria.



MAYO

23

1866

## TRANQUILINO SANDALIO DE NODA

Algunos años de vida oscura, pobre y olvidado de sus coetáneos, llevaba en la villa de San Antonio Abad o de los Baños el cubano Tranquilino Sandalio de Noda cuando, el 23 de mayo de 1866, agonizaba. Había nacido el 3 de septiembre de 1808 en el partido de Puerta de la Güira, en la región vueltabajera. El largo tiempo a través del cual pasó por el Mundo fué testigo de la fina perspicacia, de la maravillosa inteligencia y del profundo saber que realizaban su personalidad. ¿Cómo no iban a admirarlo cuantos lo conocieron? Se trataba de un hijo del campo, de un titulado de la Naturaleza, como Martí lo llamó, de un varón sin duda raro por los merecimientos y las condiciones excepcionales que en sí logró juntar.

Escasos eran los medios intelectuales a su alcance. Pocos eran los que podían aquilatar su singular valía. Pero resultaron tan elocuentes las manifestaciones de su personalidad, tan luminosos los destellos de su ingenio y tan sorprendente la variedad de su cultura que pudo sentirse acariciado por la humana gloria. Sin maestros ni recursos instructivos suficientes, solo, con la Naturaleza por teatro de sus actividades mentales, fué cuanto quiso ser. Desde las lucubraciones metafísicas hasta las sutilezas de la vida ordinaria, todo lo estudió, y comprendió, y abarcó. La filosofía, las matemáticas, la crítica, la poesía, la historiografía, la filología y las ciencias naturales propiamente dichas lo subyugaron y tuvieron en él un servidor esclarecido. Enciclopedia andante se le llamó, y, en realidad de verdad, la expresión fué exacta y justísima.

En diversos aspectos la vida de Noda fué sorprendente. El sabio dominó muchas materias. Conocía el inglés, el francés, el portugués y el italiano. Traducía

perfectamente del latín. Progresó en el estudio del hebreo. Tales y tan rápidos fueron sus adelantos en el griego que pudo sorprender agradablemente a Anselmo Suárez y Romero enviándole, semanas después de haberlo invitado éste a estudiar aquella lengua, un ejemplar de la gramática que, extractada de las que tenía para su uso, acababa de idear. Hasta en las lenguas africanas —mandinga, carabalí y congo— demostró su facilidad para triunfar en toda clase de empresas intelectuales.

Tranquilino Sandalio de Noda suscitó el interés y la devoción de los hombres. Sus cartas al ilustre Felipe Poey acerca de los peces ciegos habrían bastado para acreditarlo de naturalista si en abono de este título no hubiese tenido, como tuvo, otros antecedentes de parecida importancia. En el oficio de agrimensor público realizó trabajos excepcionales. La historia de los aborígenes atrajo su atención con provecho para las letras patrias. Su triunfo inicial, consistente en los honores que la Sociedad Económica de Amigos del País le otorgó para premiar su memoria sobre el cultivo del café, cuando sólo contaba veinte años de edad y no había aún salido del fundo rústico que lo vio nacer, resultó, al cabo, el primero de una serie de lauros que, siquiera idealmente, coronaron su frente hasta los días en que, abatido por la mala salud, se retiró a San Antonio Abad o de los Baños, donde su cadáver fué sepultado el 27 de mayo de 1866. Su ciencia y su virtud lo hicieron digno de la gratitud de la posteridad.



MAYO

24

1857

## WILLIAM WALKER EN LA HABANA

La América latina fué hollada en la primera década de la segunda mitad del siglo XIX por el audaz aventurero William Walker. Era norteamericano por su nacimiento y europeo por su educación. En una universidad alemana cursó estudios de ciencias naturales y en París, dedicado a adquirir conocimientos médicos, casi no le faltó sino graduarse en esta profesión. La influencia de la sociedad, de las tradiciones y de los hombres que constituyeron su medio ambiente en Europa no pudo cambiar su temperamento, propicio a la realización de empresas temerarias.

El nombre de William Walker estuvo unido al de Cuba con motivo de planes concebidos en torno a la situación política de la Isla. Walker brilló en el periodismo de su país, ya en Nueva Orleans, ya en San Francisco de California. Luego puso sus audacias y actividades al servicio de una de las facciones que se disputaban el Poder en México. De aquel atrevimiento salió pronto, aunque maltrécho, para merecer casi inmediatamente el honor de ser elegido miembro de la Convención del Estado de California. La experiencia adquirida a tan alto precio, hasta con exposición de su vida, no podía ser desperdiciada por hombre del temple de Walker, poco escrupuloso, si algo, ante todo esfuerzo, cualesquiera que fuesen su índole y finalidad.

Walker se colocó en situación de afrontar cuantas empresas de conquista vislumbrase. No tardó en hallarse en camino de Nicaragua, hacia donde se dirigió en 1855. Su obra allí, ingiriéndose en las luchas políticas, resultó desastrosa para el país. Ejerció de hecho una satrapía. Extremó sus crueldades, se entregó a la más

insolente rapacidad y llegó a crear la esclavitud de los indios, para mejor responder a los secretos planes de los compatriotas suyos sostenedores y usufructuarios de la nefanda institución. En medio de tanta turbulencia el cubano Domingo de Goicouría, lamentablemente equivocado, pensó en la posibilidad de que el aventurero ayudase a libertar a Cuba, y se puso a su servicio. Goicouría acabó por comprender que Walker nada haría por la Isla, y, a despecho de haber sido por éste nombrado ministro plenipotenciario de Nicaragua en la Gran Bretaña, lo denunció como perverso, torpe e impolítico.

Una persona que de esa suerte había jugado con la de Cuba no iba a pasar por La Habana sin llamar la atención de todos, no menos la de los fieles a la Metrópoli que la de los hijos del país que soñaban con su emancipación política. La entrada de William Walker en la capital de la isla en 24 de mayo de 1857 despertó la curiosidad pública. En viaje de Nicaragua a Nueva York, con ciento noventa y nueve oficiales y ciento dieciocho soldados, Walker se detuvo en La Habana, para conocer la población y hasta para inquietar con su presencia a los servidores del régimen colonial. Quizá en unos y en otros, en los visitantes y en los visitados, hubo con ocasión de tal suceso ideas y temores de futuras aventuras contra el poder de España en Cuba.



MAYO

25

1848

## REVOLUCION Y ANEXION

El 25 de mayo de 1848, desde Cienfuegos, José María Sánchez Iznaga escribió una carta a José Aniceto Iznaga, residente en los Estados Unidos, para informarle de la marcha de un movimiento revolucionario organizado en Cuba. Este se desarrollaría en cuatro etapas, a saber: a) derrocamiento de las autoridades españolas; b) instalación de un gobierno provisional; c) reconocimiento de la independencia por Wáshington; d) solicitud de anexión a los Estados Unidos. José Aniceto Iznaga comunicó el contenido de aquella espístola a Gaspar Betancourt, domiciliado en Filadelfia. Ambos concertaron ponerse al habla con Alonso Betancourt. Los tres se reunieron y acordaron buscar la manera de conferenciar con James K. Polk, a fin de recabar su concurso para una empresa llamada a culminar en una cosa grata al Presidente: la incorporación de Cuba a los Estados Unidos.

José Aniceto Iznaga, Gaspar Betancourt y Alonso Betancourt pasaron a Wáshington con el propósito de satisfacer el de entrevistarse con Polk. Para llegar a esto, solicitaron la intervención de Jefferson Davis, senador por el Estado de Mississippi, y William J. Brown, subsecretario de Comunicaciones. Se presentaron todos en la Casa Blanca el 23 de junio de 1848.

Davis pasó antes que sus acompañantes a la presencia de Polk. Informó a éste que en la antesala había tres cubanos, deseosos de notificarle que en Cuba estaba próxima a estallar una revolución y que, en caso de triunfar, los insurrectos pedirían la anexión de la Isla a los Estados Unidos. El Presidente dijo al Senador que el asunto enunciado era demasiado grave para que él pudiese sostener una conversación con tales desconocidos. Se

hallaba dispuesto a oírlos, mas se abstendría de darles respuesta alguna. Tras esta aclaración, penetraron todos en el despacho de Polk.

José Aniceto Iznaga, Gaspar Betancourt y Alonso Betancourt hablaron con Polk de la inminencia de una insurrección en Cuba. Esperaban que estallase del 23 al 24 de junio: el mismo día que decursaba o el siguiente. Los cubanos, según ellos, querían romper los lazos que los mantenían dependientes de España y anexarse a la Unión. No pedían la intervención oficial de los Estados Unidos en la contienda. En cambio, les parecía hacedero que las tropas norteamericanas estacionadas en Cayo Hueso y otros lugares de las inmediaciones del Golfo de México se aprestasen a defender los intereses de los ciudadanos de los Estados Unidos residentes en Cuba.

Polk no mostró satisfacción por la visita de José Aniceto Iznaga, Gaspar Betancourt y Alonso Betancourt. Fijó su atención en la circunstancia de que ninguno de aquellos tres cubanos había llegado recientemente de la Isla. No podía complacer a Polk la opinión de los portavoces de la insurgencia de la Isla. Hablaron ellos de estados de conciencia colectiva en la Colonia. Y a él importaba mucho más la disposición de los rectores de la política española respecto del traspaso de Cuba a la Unión.



MAYO

26

1716

## VICENTE RAJA

Vicente Raja, brigadier de los ejércitos de España, sustituyó en 26 de mayo de 1716 a Laureano de Torres Ayala en el gobierno de la isla de Cuba. Este cambio en la Capitanía General coincidió con el advenimiento de un nuevo funcionario en La Habana: el teniente rey. La primera designación recayó en Gómez de Maraver. El incremento dado al corso que se organizaba en Cuba deparó alientos a los pobladores de la Colonia. La producción iba en aumento. La del tabaco ganaba terreno. Pero La Corona desarrollaba una política económica que constituía seria amenaza para la coordinación de sus intereses con los de los vegueros cubanos.

Con el gobernador Raja llegaron a Cuba los encargados de dictaminar acerca del estanco del tabaco: el intendente Salvador Olivares, el visitador Diego Daza y el asesor general y juez especial Pedro Nicolás Morales. Estos funcionarios opinaron en sentido favorable al estanco. Manuel de León y Navarro se presentó en La Habana, a principios de 1717, con facultades para inspeccionar todo lo relativo a los tabacos de la Isla, ejecutar las órdenes que se dictasen referentes al ramo y remover las dificultades con que chocase. Poco después el Rey ordenó la creación de una factoría en La Habana, con sucursales en Trinidad, Bayamo y Santiago, para la adquisición de toda la hoja que produjese Cuba.

Los resultados perturbadores del decretado estanco del tabaco se dejaron sentir en las principales zonas tabacaleras. El descontento se manifestó, lo mismo entre los cubanos que entre los canarios, en La Habana, Santiago, El Caney y Arimao. Los vegueros de Arimao se negaron a conducir sus cosechas a Trinidad. Los de las cer-

canías de La Habana adoptaron una actitud más violenta: los que eran milicianos tomaron sus armas de fuego y los demás se proveyeron de machetes.

La conducta de las autoridades malogró la tranquilidad. La llegada a La Habana de buques destinados a cargar tabaco por cuenta de la Corona reencendió la rebeldía de cosecheros y traficantes. Unos quinientos de aquéllos, procedentes de las zonas cercanas a La Habana y provistos de armas de fuego, se dirigieron a esta ciudad y se apoderaron de Jesús del Monte el 21 de agosto de 1717. Empezaron por entorpecer una de las principales vías de comunicación que la plaza utilizaba para abastecerse de ganado y otros géneros. En el recinto de La Habana se exhibían protestas en todos los tonos contra Raja y los regentes del estanco.

En la noche del 22 de agosto de 1717 los rebeldes penetraron en La Habana y aumentaron su número con gente de la ciudad. Exigieron el reemplazo de Raja por Maraver. Un papel puesto en manos del obispo Valdés, con destino a la Junta de Autoridades, pidió la caída de Raja y los principales agentes de la Corona en el estanco, así como la asunción del mando supremo por el Teniente Rey. En medio de tanto alboroto no logró el Capitán General disciplinar los recursos materiales de que disponía para restablecer la normalidad. Subalternos suyos y miembros del ayuntamiento habanero no lo secundaron o lo secundaron tibiamente. La situación se hizo insostenible para los atacados. Raja fué exonerado por los rebeldes, sustituido por Maraver y obligado a embarcarse con Olivares, Daza y León en un galeón surto en el puerto.



MAYO

27

1640

## CONFIRMACION DE LAS ORDENANZAS DE CACERES

Las ordenanzas para el cabildo y regimiento de La Habana y demás villas y lugares de Cuba que el oidor Alonso de Cáceres sometió a la consideración del ayuntamiento de la capital de la Isla en el año de 1574 rigieron desde entonces en esta Antilla. Semejante hecho no fué consecuencia de la soberana aprobación del mentado cuerpo jurídico. La obra de Cáceres pasó por complicados y largos trámites en las Antillas y en España. En tanto los municipios cubanos acomodaban su vida a las reglas redactadas por el Oidor se siguió fuera de la Isla una serie de diligencias y dilaciones que pudo parecer interminable.

De La Habana las ordenanzas de Cáceres pasaron a manos de Felipe II. El Rey, desde Aranjuez, en mayo de 1574, las trasladó a la audiencia de La Española o Santo Domingo. La Audiencia se tomó poco menos de un cuatrenio para dictaminar. En España el procedimiento se dilató enormemente: sesenta y dos años transcurrieron desde que la Audiencia devolvió las ordenanzas de Cáceres a la Corona hasta que ésta las confirmó.

En 27 de mayo de 1640, en Madrid, Felipe IV expidió la cédula destinada a confirmar y aprobar, como dijo, las ordenanzas municipales salidas de La Habana en 1574. Tuvo que referirse a trámites iniciados bajo el reinado de su abuelo. Y fué su voluntad que tales ordenanzas se guardasen, cumpliesen y ejecutasen en San Cristóbal de la Habana y demás pueblos y lugares de la isla de Cuba, en todo y por todo como en ellas y en cada una de ellas se contenía y declaraba.

En 26 de abril de 1641, para conocer la determinación de Felipe IV sobre las ordenanzas de Alonso de Cáceres, se juntaron, en el ayuntamiento de La Habana, el licen-

ciado Fernando de Aguilar, los capitanes Alvaro de Luces y Caamaño y Pedro Pedroso, los regidores Hernando Calvo de la Puerta, Juan de Añues, Luis Castellón y Rodrigo Carreño, el procurador general Melchor de Rojas Sotolongo y el escribano Hernando Pérez Barreto. Pedro Pedroso presentó las ordenanzas hechas para el buen gobierno de la ciudad, ratificadas por el Rey, firmadas por el propio monarca y refrendadas por su secretario Gabriel de Ocaña y Alarcón. El Cabildo mostró su acatamiento a la voluntad soberana. En realidad de verdad, ya llevaba dos tercios de siglo rigiéndose por lo que aparentaba recibir como una merced regia. En Cuba se había comprendido la importancia de no aguardar a que la Corona adoptase una medida de aquella índole para entrar en el lleno de su aplicación.

La especial importancia que tuvo la aprobación regia de las ordenanzas de Alonso de Cáceres consistió en que adquirieron carácter y fuerza de ley normas relativas a la regulación económica y al orden social de Cuba. El reparto de tierras y la esclavitud de la raza africana fueron considerados en las Ordenanzas hasta donde esto era compatible con la idea de dotar de legislación adecuada al cabildo y regimiento de San Cristóbal de la Habana y a los cabildos y regimientos de las demás villas de la Isla. Dentro de las limitaciones de la visita de un oidor había llegado Cáceres a lo sumo. Y el Rey, bien que al cabo de sesenta y seis años, sancionó lo hecho por el juez y legislador de las Antillas.



MAYO

28

1825

## FACULTADES OMNIMODAS

La situación política de Cuba en 1825 era una de las más complejas en que estuvo colocada la Colonia a lo largo de sus luchas contra la Metrópoli. Estaban reconstituído el trono férreo de Fernando VII, derrocado el régimen constitucional y perseguidos y castigados liberales y revolucionarios. Las aspiraciones emancipadoras eran reducidas a intentos infructuosos.

En Cuba había alteradores que deseaban remover el régimen políticosocial de la Isla. Pero entre ellos no existía espíritu de solidaridad. "La división —escribió el camagüeyano Manuel Villanova— no conocía límites: Montalvo y Barreto combatían a Arango; Antonio Zambrana, imberbe aún, injuriaba y ridiculizaba en un folleto a su maestro el Padre Varela, que era el más respetable, el más eminente de los cubanos; José Dimas Valdés denunciaba a sus compañeros de conspiración..." La falta de unidad en los propósitos renovadores era segura garantía del predominio de España en la Isla.

El país vivía profundamente conturbado. Se hallaba a la merced de una sola voluntad, armada de una real orden de 28 de mayo de 1825. Esta pragmática, destinada a conservar la autoridad de la Corona y la tranquilidad pública, invistió al Capitán General del lleno de las facultades que se concedían a los gobernadores de plazas sitiadas. Cuba era una plaza sitiada permanentemente en cuanto a la vida y seguridad de sus naturales. Se pretendía castigar sin contemplación ni disimulo los anhelos de cuantos, en busca de una suerte mejor, se esforzaban por contravenir el estado de cosas dominante.

El uso de las facultades omnímodas estaba al parecer coartado por la obligación de guardar y respetar las leyes

y atender la buena administración de justicia. Sin embargo, estas prescripciones no pasaron de la categoría de vanas palabras, condenadas al desprecio de los mismos encargados de velar por su recta aplicación. Causa de gravísima transformación fué el régimen organizado al amparo de aquella funesta real orden. Los españoles de Cuba dejaron de producir cubanos españoles y comenzaron a engendrar cubanos insurgentes. Así se desarrolló la última fase de la colonización de Cuba por España, según señaló Francisco Figueras, teniendo por símbolos el cuartel y la cárcel, por normas las ordenanzas militares y por gobernantes a unos generales que de los tercios de Flandes solían conservar únicamente la rudeza y la crueldad.

Mientras crecían los cubanos insurgentes engendrados por los españoles que usufructuaban la Colonia hubo la apariencia de una paz absoluta. No faltaban quienes de buena fe creyesen que los espíritus habían recobrado la calma y que los criollos se resignaban a soportar la opresión a que estaban reducidos por la real orden de 28 de mayo de 1825. Como subrayó Manuel Villanova, la voz de Félix Varela clamando por la independencia de su patria apenas se oía y los versos de José María Heredia aceptaban que feroz tiranía eclipsaba la estrella de Cuba.





## FRANCIS DRAKE

Francis Drake contribuyó a engrandecer la armada inglesa. John Hawkins lo inició en el conocimiento del Nuevo Mundo. Drake estaba perfectamente equipado en lo intelectual y en lo moral para ejecutar los planes de la reina Isabel contra el señorío de Felipe II. Puso su nombre y actividad al servicio de su patria.

Drake empezó en América por tomar y saquear la ciudad de Santo Domingo. Cuando en Cuba se conoció este desastre cundió la alarma desde Santiago hasta La Habana. En La Habana se concentraron las defensas de la Isla. Individuos de todas las clases sociales se reunieron en la villa y sus cercanías. Se organizó un amplio sistema de vigias y avisos. Cobrizos y blancos colaboraron en este servicio: los cobrizos como centinelas apostados en el Pan de Matanzas y la Sierra de los Organos y los blancos como mensajeros que a caballo transmitían a La Habana las noticias concernientes a la aparición de velas enemigas en el horizonte.

Las rencillas por razón de mandos fueron olvidadas en La Habana de aquellos días. Los progresos en la fortificación de la plaza estaban de manifiesto. En los treinta años transcurridos desde el establecimiento de la regencia militar los puntos de resistencia habían aumentado hasta cubrir el trecho existente entre el río de La Chorrera y la boca del puerto.

Durante varios meses Cuba vivió bajo el efecto moral producido por la creencia de que sería atacada por Drake. Para España y para México salieron mensajes que traducían la intranquilidad imperante. España correspondió con advertencias y providencias acerca de la gobernación de la Isla. México, con el envío de hombres y provisio-

nes. Drake seguía siendo esperado a todas horas. Sin embargo, había pasado de las Antillas a Tierra Firme sin tocar en Cuba. En Cartagena de Indias resolvió regresar a Inglaterra.

A fines de abril y principios de mayo de 1586 Drake dobló al cabo de San Antonio y se proveyó de agua y leña en la región occidental de Cuba. En esa escala se quiso ver la intención de atacar los galeones de la plata, porque Drake no se dirigía a conquistar y colonizar tierras, sino a incrementar su patrimonio, el de sus favorecedores y el de su reina con la adquisición de ricos metales y otros bienes muebles. En 29 de mayo de 1586 aparecieron a la vista de La Habana los primeros buques de Drake. Al día siguiente sumaban treinta los contados desde El Morro. Drake no pretendió desembarcar. En 4 de junio hubo en La Habana evidencia de que el enemigo se alejaba. En aquella fecha se disipó una de las mayores amenazas sufridas por el país, a la vez que sus rectores comprendían la urgencia de proseguir las defensas materiales.





## MANDO DE FRANCISCO LERSUNDI

A bordo de una fragata de guerra arribó al puerto de La Habana el teniente general Francisco Lersundi, para hacerse cargo de la Capitanía General. La recibió del general Domingo Dulce el 30 de mayo de 1866. Dulce, continuando hasta cierto punto la política de tolerancia y concordia iniciada por Serrano, dejaba ganados buenos afectos entre los hijos del país. Pudo llamarse un cubano más, con el aplauso de quienes ocupaban las avanzadas de la política de la Colonia. En realidad, Francisco Lersundi no era el hombre indicado para ser consecuente sucesor de Serrano y Dulce, considerada la obra gubernamental de cada uno de ellos desde el punto de vista de los que para Cuba querían un régimen de civilidad.

Poco más de cinco meses duró el mando de Lersundi. El país estaba por la propaganda reformista desarrollada por los hombres de buena fe que aún cifraban esperanzas en las rectificaciones de la Metrópoli. Lersundi no podía sostenerse con facilidad en las alturas del mando de Cuba. Sus antecedentes lo acreditaban cumplidamente de reaccionario de pura cepa. Moderado en la política de la Península, ilógico hubiera sido esperar de él destellos de liberalismo en la Isla.

Los elementos adictos a España bajo el yugo férreo del despotismo se ocuparon en aprovechar las condiciones personales de Lersundi. Los reformistas, firmes en sus propósitos y demandas, supieron mantenerse con dignidad en horas difíciles. Las relaciones entre unos y otros, entre los ganosos de una obra de regeneración y los reaccionarios que rodeaban a Lersundi, fueron agriándose día tras día. No tardó en llegar el de la crisis. Con motivo de ciertas manifestaciones de entusiasmo a que se en-

tregaron los liberales de Puerto Príncipe los secuaces de Lersundi quisieron ver amenazas de revolución, y acabaron por decidir al Capitán General a que dictase la orden de cerrar los comités reformistas autorizados por Serrano y consentidos por Dulce.

Los que se habían propuesto defender los derechos políticos de Cuba continuaron su labor, a despecho de los rigores de Lersundi. El Capitán General se jactaba de haber limpiado el país de gente de mal vivir, y llegó sin duda a pensar que podía con igual facilidad reducir a la impotencia a los sostenedores de ideas avanzadas. Ocasión hubo en que le pareció que las aspiraciones de los cubanos y hasta los gérmenes revolucionarios rodaban por tierra con sólo trasladarse él de su residencia veraniega de Marianao a La Habana o recorrer algunas poblaciones de la Isla, sin otra consecuencia, según la expresión de un panegirista suyo, que recibir obsequios, paralizar los negocios y recargar los presupuestos locales con los gastos que su presencia ocasionaba. Las cosas seguirían su marcha. Lersundi cesó en el mando de Cuba en momentos en que los liberales de esta Antilla no se atreguaban en el afán de producir una mudanza esencial en los negocios públicos.





## VIOLENCIA DE LOS VOLUNTARIOS DE LA HABANA

Los triunfos de la insurrección no podían sino montar en cólera a los defensores intransigentes de la Colonia. La noticia de que los libertadores, cuyas filas crecían de continuo, lograban reunirse, ponerse de acuerdo en los puntos fundamentales de la guerra y constituir los poderes públicos correspondientes a un estado constitucionalmente regido, enardeció a los mantenedores del principio de la integridad del territorio hispánico, en el que incluían a Cuba. Una hoja suelta dada a la publicidad el 15 de mayo de 1869, obra de los voluntarios de La Habana, reflejó su soberbia, traducida en odio al general Domingo Dulce y a muchos de sus subalternos. Los intransigentes no reparaban en los desafueros cometidos por sus propios enjuiciados contra los hijos del país, sino, y únicamente, en la pujanza de la insurrección, pujanza atribuida a negligencia, ineptitud o algo peor de los jefes acusados.

El general Antonio Peláez, que operaba principalmente en la región de las Cinco Villas desde los comienzos de la insurrección, fué blanco de los dardos lanzados por la obcecación de los voluntarios. En la hoja suelta ya citada lo hicieron objeto de ataques demasiado duros. Para aquellos acérrimos defensores de la opresión pocos eran los sodados dignos de la causa española. ¿Por qué? ¿De dónde emanaba tan radical criterio? Los voluntarios de La Habana pensaban que los suyos no eran leales sino cuando se entregaban a todo género de desafueros y crímenes. En el papel que hicieron circular el 15 de mayo de 1869 hablaban de esta suerte:

"A la absoluta nulidad de nuestra superior autoridad agréguese la conducta infame de los generales Peláez, Buceta y Letona y los brigadieres y coroneles del ejército

en operaciones, así como de los que, desempeñando las comandancias y capitanías de partido, han puesto precio a su patriotismo de un modo escandaloso y cínico, manchando sus manos con el vil metal de la insurrección."

El lenguaje era procaz. Pero no podían contentarse los voluntarios con la injuria de sus palabras. El general Dulce, el principal entre los acusados, tuvo que apurar los más duros trances. No bastaba un escándalo, aun cuando éste ocurriese en torno a la primera autoridad de la Isla. Al enterarse de que había llegado a La Habana el general Antonio Peláez, los alborotadores prepararon una ruidosa cencerrada, y, en grupos y sin uniformes, se presentaron en el Campo de Marte, frente al hotel donde aquél se hospedaba, al anochecer de 31 de mayo de 1869. Por dicha para el perseguido, se hallaba en aquellos momentos con el Capitán General en el Palacio del Gobierno, de donde partió a refugiarse en un buque. El propósito de los ciegos servidores de España consistía, después de todo, en ofrecer el espectáculo de un escándalo más.





## GOBIERNO DE MIGUEL TACÓN

La presencia del general Miguel Tacón en el mando de la Isla el 1º de junio de 1834 señaló el principio de una era de violencias en la Colonia. El poder fué convertido en instrumento de una opresión política, sostenida por la férrea mano de un militar, negación de todo principio de libertad, de todo rayo de luz. Cuba no supo sino entonces a cuánto podía llegarse en la aplicación de las facultades omnímodas conferidas al Capitán General a partir del 28 de mayo de 1825. La gestión de Francisco Dionisio Vives fué nociva al país, pero la de Tacón tuvo peores efectos.

Tacón fué rencoroso, autoritario y enemigo de la libertad. Pareció como buscado adrede para acentuar el desagrado que entre los hombres conscientes del país habían producido las restricciones que acompañaron la promulgación en Cuba del Estatuto Real. Desterró al ilustre José Antonio Saco, suprimió en absoluto las prerrogativas de la imprenta, mantuvo la Comisión Militar y provocó la expulsión de los diputados cubanos de las Cortes. La conciencia pública, por efecto de tales novedades, quedó sumida en las tenebrosidades de la tiranía. Hubo brotes de sincero liberalismo y de aspiraciones patrióticas. Tacón los ahogó sin contemplaciones ni atenuaciones.

Un espíritu tolerante, inclinado a aceptar las enseñanzas de la escuela estoica, pudo ver algo plausible en la obra de Tacón, apreciada desde el punto de vista administrativo. Todo lo que poseyó de abominable y funesto en el aspecto político lo tuvo de ejemplar en el orden administrativo. Iniciativas y esfuerzos suyos, concordantes con los del conde de Villanueva, fueron fructuosos. Tacón anheló contribuir al progreso material del país.

De no haber vivido tan apegado al imperio del sable y al desprecio de los derechos del cubano, su paso por la Capitanía General habría constituido un suceso de grata memoria en la historia de la tierra cuyos destinos dirigió durante cuatro años. El muelle de Caballería, la alameda de Isabel II, el Campo de Marte, el paseo y el teatro que tomaron su nombre y los mercados para el abastecimiento de La Habana, entre otras de parecida importancia, fueron obras que, ya terminándolas, ya realizándolas en todas sus partes, hablaron con elocuencia de sus dotes de administrador público, celoso y honrado.

El peor de los pecados políticos de Tacón consistió en el empeño que puso en excluir a los cubanos de la comunidad jurídica que eran aquellas Españas de que habían hablado las Cortes de Cádiz. La Colonia fué distanciada de la Metrópoli por injustas negaciones. La promesa de promulgar leyes especiales, destinadas a hacer la felicidad de la Isla, no pasó de mero pretexto para burlar legítimos derechos de los antillanos. La conducta de Tacón, a pesar de su ducado de la Unión de Cuba, sirvió de cabeza al proceso de la ruptura moral entre la nación hispánica y la mejor de las posesiones que conservaba en América.



JUNIO

2

1869

## CAIDA DE DOMINGO DULCE

El general Domingo Dulce, en el segundo periodo en que ocupó la Capitanía General, fué en Cuba víctima de sus propias veleidades. Pretendió a veces ser consecuente con aquel dicho suyo, al cesar en su primer mando, de que él era un cubano más, y los ciegos adictos al régimen colonial lo tuvieron por un mal defensor de los derechos que se atribuía la Metrópoli sobre los destinos políticos de la Isla. Pronto cayó en el desconcierto. Los actos de apasionada violencia contra los hijos del país que trabajaban por su soberanía internacional alternaron con las manifestaciones de su aparente tolerancia y acabaron por erigirlo en pobre instrumento de bajos rencores y odios. En plano inclinado se colocó desde principios de 1869, y no pudo tardar en precipitarse en su ruina.

En los últimos días de mayo de 1869 fué el general Dulce asediado por sus enemigos, españoles, no cubanos. Ellos le exigieron, por medio de una comisión llamada de autoridades, que pidiese su relevo. Así lo hizo él, y en términos comedidos y hasta protestando de que aquella resolución suya no llevaba envuelta idea política alguna.

Los voluntarios estaban demasiado impacientes. En extremo duro se les hacía aguardar la solución normal, aunque siempre rápida, de la cuestión que con carácter de urgente e irrevocable había planteado el Capitán General al gobierno de la Metrópoli. Sólo fué menester una coyuntura para que los desalmados defensores de la llamada integridad del territorio español apresurasen la partida de la suprema autoridad no grata. Llegó esa oportunidad el 2 de junio de 1869. Tras la cencerrada que prepararon contra el general Antonio Peláez, y quizá por el fracaso de la misma, organizaron otra para demos-

trar el agravio que sentían hacia el general Juan Modet. Como igualmente se frustró la nueva algarada en cuanto a su finalidad, degeneró en la destinada a producir la caída de Dulce. El motín se generalizó en la noche del 1º de junio en la Plaza de Armas.

Dulce recibió en la mañana del 2 de junio de 1869 a una comisión de jefes y oficiales de la plaza de La Habana. Llamó turba de descamisados y ebrios, seguro instrumento de la insurrección, a los alborotadores de la vispera. Creyó que pertenecían a otra clase sus visitantes. Pero éstos también demandaron su inmediata salida del país.

Dulce estaba engañado o aparentó estarlo. Bien sabía él que la actitud de los voluntarios, hija de su odio sin límites a los libertadores cubanos, era consentida y hasta aplaudida no tan sólo por los jefes y oficiales de los famosos batallones habaneros, sino también por sus subalternos del ejército regular, sin dejar de contar entre éstos al general Felipe Ginovés del Espinar, segundo cabo, en quien el 2 de junio tuvo Dulce que resignar el mando precisamente como consecuencia del motín generalizado la noche del 1º y de la borrascosa conferencia que el Capitán General sostuvo con los directores del tumulto. Aquel triunfo fácil de los intransigentes, haciendo rodar a una autoridad que había llegado a ser instrumento de ellos, los envalentonó hasta el punto de que entonces quedó señalada una peligrosa senda de licencia, desorden y crímenes.



JUNIO

3

1805

## MARIEL O MUELLE DE TABLAS

Sobre las playas que fueron probable asiento del cacicazgo de Marien —uno de los tres en que se dividía la región occidental de la Isla en la organización de los aborígenes— tuvo principio el pueblo de Mariel o Muelle de Tablas. Durante el sitio y la toma de La Habana por los británicos pudieron ser apreciadas las especiales condiciones de aquel puerto de la costa septentrional de Vuelta Abajo. Más adelante estuvo señalado como punto de reunión de pescadores. Poco a poco fué adquiriendo buena fama entre marinos y comerciantes. Indudable era que, en aprovechando con tino las ventajas naturales ofrecidas por tan hermosa bahía, el tráfico mercantil relacionado con las comarcas próximas iba a recibir grandes beneficios.

Cuba necesitó con frecuencia la acción de gobernantes decididos a impulsar el progreso en todas sus manifestaciones. Hombre de esas cualidades lo tuvo en Luis de las Casas. Fué laborioso, prudente y activo. Su paso por la Capitanía General no pudo resultar menos provechoso para el comercio y la agricultura que para la civilización de la Isla. Si atendió con vivísimo interés al adelanto intelectual, no por ello descuidó otros aspectos de la vida pública. De ahí que pudiese escribir a la Metrópoli, con toda exactitud, estas palabras:

“La agricultura, que estaba reducida principalmente al tabaco, al azúcar y a los frutos ordinarios de maíz, arroz y otros de común sustento, se va aumentando, dedicados ya algunos hacendados al añil, café y algodón, que serán de común utilidad. A estos fines he contribuido en todo lo posible, y empiezan a verse tan buenos efectos que se prometen estos habitantes nuevos y ventajosos ramos del comercio.”

Quien así discurría y obraba no permaneció indiferente a la situación de Mariel, nombre en que se transformó el primitivo Marien. Seguro se halló Luis de las Casas de lo útil que resultaría aprovechar el puerto de Mariel para el servicio de entrada de mercaderías destinadas al consumo y de salida de frutos de los lugares cercanos. Los hombres que contribuyeron a la formación real del pueblo, levantando casas y construyendo muelles, se movieron bajo la influencia de tales estímulos. En el camino de los progresos urbanos, aunque con la lentitud natural en casos de esa índole en Cuba, a principios del siglo XIX Mariel se hacía notar. No faltó entonces quien quisiera provocar alguna manifestación de vida de la incipiente población, y el 3 de junio de 1805 se celebró allí, en el portal de la casa de Antonio Plasencia, la primera misa, dicha por Pedro Mariano Quintero, capellán del bergantín *Volador*, solemnizando el auge de Mariel o Muelle de Tablas con uno de los medios de mayor significación en las tradiciones religiosas del país.



JUNIO

4

1843

## CARDENAS, TENENCIA DE GOBIERNO

Cárdenas figuró entre las pocas poblaciones cubanas que en un período de tiempo relativamente corto adquirió auge. Su desarrollo fué rápido. La Naturaleza favoreció el lugar. La mano del hombre coadyuvó, apenas descubierta su valía, a su progreso. La conquista y colonización de la Isla, desenvueltas en el siglo XVI, no dieron señales de vida en lo que sería Cárdenas, pero la posteridad, salvando a su modo aquella omisión, precipitó la formación de uno de los núcleos urbanos de mayor importancia en la Isla.

Tan sólo una casa existía allí cuando, en marzo de 1828, de concierto con el teniente de gobernador Cecilio Ayllón y en cumplimiento de órdenes del superintendente general Claudio Martínez de Pinillos, emprendió Juan José de Aranguren, administrador de Rentas Reales de Matanzas, la obra de fundar la población de Cárdenas en el corral del mismo nombre y sobre un amplio puerto del litoral del Norte. El comisionado, que contó con el auxilio facultativo del agrimensor público Andrés José del Portillo, desplegó inusitada actividad en la ejecución de su encargo. Se trazaron las calles, se determinó la extensión superficial de cada solar, se hizo su tasación con equidad y se abrió su reparto mediante la constitución de censos reservativos.

La acogida que tuvo aquella idea fué espléndida. El crecimiento de la población pudo notarse casi por días. La iniciativa oficial siguió contribuyendo a ello. Desde el principio se destinaron casi todos los fondos provenientes del reparto de solares al arreglo de la calle principal y de la plaza pública. Con júbilo pudo verse que el lugar ofrecía ventajas excelentes para el tráfico mercantil entre las zonas agrícolas de las inmediaciones y las ciudades de Matanzas y La Habana. Los cultivos aumentaron de

manera sorprendente. Se completaron así, recíprocamente, el pueblo en formación y las hermosas y feraces fincas más o menos cercanas al mismo. Ocho años después de su fundación, en 1836, la estadística hablaba ya con elocuencia: había doscientos setenta y nueve solares repartidos, con doscientas treinta y siete casas, novecientos veintiséis habitantes y muchos comercios.

Con los progresos materiales coincidieron los adelantos institucionales en Cárdenas. En 1837 fué convertida en el asiento de la capitanía pedánea de Lagunillas, a cuyo territorio venía perteneciendo. En el año siguiente la Junta Directiva de Real Hacienda la dotó de una administración de Rentas Reales, dependiente de la de Matanzas. Por entonces todos se esforzaron por llevar a cabo la construcción de una vía férrea, y al efecto constituyeron, bajo la presidencia de Juan Montalvo y O'Farrill, la Empresa del Ferrocarril de Cárdenas, cuyo buen éxito admiró el país en 1840, al quedar terminado el primer proyecto. Cárdenas merecía mayores distinciones oficiales, ya para premiar su constante engrandecimiento, ya para contribuir al mismo. Y a las instancias del vecindario sucedió la creación de la Tenencia de Gobierno. El 4 de junio de 1843 fué uno de los días en que la actividad de la Colonia se manifestó para organizar la nueva unidad administrativa que era la jurisdicción de Cárdenas.



JUNIO

5

1546

## GOBIERNO DE ANTONIO CHAVES

Tan agrias y enojosas eran las rencillas suscitadas por el licenciado Juan de Avila en el gobierno de la Isla y de tal manera se agravó esa situación anormal con la presencia del licenciado Antonio Estévez, nombrado por la audiencia de Santo Domingo para suspenderlo, residenciarlo y relevarlo, que el propio tribunal se vió a los pocos meses en el caso ineludible de tomar nuevas providencias. Su prestigio, el prestigio de la Audiencia, iba ya menoscabándose en medio de tales querellas. La conducta de Estévez, mezclando a los ministros de la Audiencia en los agios a que se dedicó en Santiago de Cuba, determinó a aquéllos a cortar de raíz el motivo o pretexto de las públicas murmuraciones. Las suspicacias de las gentes rebasaban ya los límites de lo regular, y el buen nombre de todos demandaba una acción reparadora.

La Audiencia tuvo acierto al elegir al licenciado Antonio Chaves para que viniese a Cuba con instrucciones de residenciar a Avila, sin atender para nada la pesquisa que por mera fórmula había realizado Estévez, y de asumir el mando de la Isla. En 5 de junio de 1546 presentó Chaves su título en Santiago de Cuba. Entró en seguida en funciones. Pero su tarea resultaba ardua. La Colonia se hallaba en condiciones tan deplorables que pocos días después de asumir su dirección Chaves escribió:

"La Isla estaba perdida, así por la cédula de no echar indios a minas, sobre que van poderes de los procuradores de la Isla a mi hermano, como por las discordias de los oficiales reales, de que nacen malos tratamientos a mercaderes i maestros de naves, causa de no venir sino poquisimas, i estar perdida la contratación. Veré de conciliarlas o poner remedio fuerte."

Chaves fué enérgico e inexorable. Los ruegos, los ofrecimientos tentadores y las amenazas de Guiomar de Guzmán no lo apartaron del cumplimiento de su deber. Envió preso a Sevilla a Avila, obligó a pagar lo que por diezmos, quintos y almojarifazgos adeudaban muchos, estimuló el cultivo de la caña, se empeñó en hacer respetar las leyes protectoras de los indios y trató en todo lo demás de resultar digno de la confianza que su monarca depositó en él al confirmar el nombramiento decretado por la Audiencia. Sin embargo, las condiciones de carácter y de virtud de Chaves acabaron por ser incompatibles con la ambición desenfrenada de los colonizadores, y su caída fué la moneda con que todos, los de la Metrópoli y los que en Cuba le estaban sometidos, pagaron sus afanes y esfuerzos.



JUNIO

6

1762

## ESCUADRA BRITANICA EN LA HABANA

La ambición de la Gran Bretaña respecto de Cuba se había manifestado en distintas ocasiones al hallarse la Isla en presencia de un conflicto entre aquella nación y la española en 1762. Era preciso buscar en el siglo XVI los orígenes de tales propósitos: los amagos que sobre La Habana hizo el famoso Francis Drake. Después de éste, y con elementos igualmente notables, otros hijos temerarios de Inglaterra realizaron esfuerzos alrededor de idea tan peligrosa para la colonia aún en formación. La posición geográfica de la Isla, la riqueza de su suelo y las ventajas ofrecidas por puertos como el de La Habana eran razones poderosas, desde un punto de vista agresivo, para que la Gran Bretaña deseara apoderarse de Cuba o de parte importante de ella.

Designios equivocados de Carlos III, el monarca español, vinieron como a facilitar la satisfacción de los anhelos de la Gran Bretaña en lo tocante a Cuba. El pacto de familia negociado por Carlos III con Luis XV, a fin de organizar la acción de España y Francia contra la enemiga tradicional de ambas, precipitó los acontecimientos. El rey de Inglaterra vió que la guerra era inevitable con España, y no vaciló en afrontar la situación que sus adversarios le habían creado. Los ingleses abarcaron, con su mirada eminentemente calculadora, el vasto problema por resolver. Se dieron cuenta exacta de que el tiempo, ese factor de la vida por ellos tan apreciado y aprovechado siempre, jugaba entonces papel casi decisivo, y sin pérdida de momento pusieron manos a la difícil empresa de asestar un fuerte golpe a la nación descubridora del Nuevo Mundo.

Inglaterra concilió los antiguos deseos de tomar La

Habana con la necesidad de realizar un escarmiento que hablase con rudeza a España. La capital de Cuba quedó escogida para ser objeto de la ofensiva británica. Las fuerzas destacadas y alistadas en las Antillas y en las colonias de la América del Norte estuvieron sin mayor tardanza sobre las armas. Así, cuando la expedición procedente de Inglaterra, compuesta de unos cuatro mil soldados y sesenta buques, llegó a Martinica, en abril de 1762, el grueso de las tropas antillanas se encontraba presto para la lucha. ¿Había movido a los ingleses algún secreto resorte? Sí. El viejo odio a España, espoleado por el ansia de arrebatarle algo de lo mejor de su poderío colonial, impulsaba con fuerza irresistible a los súbditos de George III.

En Martinica quedó organizada la expedición destinada a atacar a Cuba. Sir George Keppel asumió el mando del ejército en tanto sir George Pocock siguió con el gobernalle de la escuadra, que en el paso de La Mona y en el cabo de San Nicolás recibió refuerzos considerables de las colonias norteamericanas y de Jamaica. La prisa que se dieron en encaminarse a Cuba fué grande. A despecho de los escollos del Canal Viejo de Bahama, a través del mismo pudo navegar con felicidad la escuadra de Pocock hasta encontrarse, con sorpresa inmensa para las autoridades de Cuba, el 6 de junio de 1762, frente a La Habana.



JUNIO

7

1494

## COLON EN EL SURGIDERO DE BATABANO

Al zarpar, en su segundo viaje, de la bahía de Cádiz, en septiembre de 1493, Cristóbal Colón sentía el deseo de cerciorarse de si la tierra que había llamado Juana era tierra firme. Planeaba reconocer uno de los lugares visitados en la anterior expedición, y partir de allí con rumbo al Poniente a exminar las costas por la parte del Sur. Estando en la creencia de que eran tales confines los de Asia, suponía que, navegando hacia Occidente, llegaría a los países semibárbaros, pero ricos y comerciales, descritos por Marco Polo. Todo ello, fruto de su ardiente imaginación, lo arrastraba al campo engañoso de las ilusiones y le abría sendas risueñas por donde esparcía las esperanzas de nuevas y gloriosas empresas. Por eso, al referirle, en las exploraciones a lo largo de las costas meridionales de Cuba, un cacique y otros cobrizos que, siguiendo en la dirección que llevaba, alcanzaría buenos informes de los habitantes de una provincia vecina llamada Magon, sonó este nombre en los oídos de Colón como una revelación felicísima, pues pensó que debía de ser Mango, la más rica del Gran Can.

Colón, poseyendo tales noticias, creyó que se acercaba a un pueblo de civilización y vida superiores a las de cuantos había descubierto y visitado en el Nuevo Mundo. Ningún hecho real ni indicio positivo alguno abonaron antes de llegar al surgidero que después se llamó de Batabanó las presunciones abrigadas por el Almirante. Fué allí, frente a un litoral cubierto de manglares densísimos y cercanos a un hermoso bosque de palmas, donde Colón pudo suponer que se confirmaban sus atrevidas esperanzas.

Colón se halló en el Surgidero de Batabanó el 7 de junio de 1494. Desde su nave envió una partida a hacer aguada y proveerse de leña. La partida fué sorprendida

por las exclamaciones de un ballestero que pedia en claro castellano auxilio y que, reconocido al acercarse como uno de los que habian saltado a tierra momentos antes, dijo, volviendo de la agitación y el estupor de que se vió presa, que apenas se internó en el bosque se le apareció un hombre de forma y color iguales a las de él vestido con un ropaje blanco y seguido de unos treinta trajeados de la misma manera, con el manto recogido y armados de lanzas y varas.

Los compañeros del ballestero en fuga quedaron admirados al escuchar su relato. A Colón produjo extraordinario e inefable contento la noticia de aquellos naturales trajeados y armados. Para el Almirante tales gentes eran los habitantes vestidos de Magon y, sobre todo, la señal segura de que iba a entrar en un país civilizado. Las exploraciones y pesquisas posteriores desvanecieron, sin embargo, las halagüeñas esperanzas concebidas al calor de la fe y del entusiasmo infundidos por la narración del ballestero. Colón despachó partidas en los días siguientes al 7 de junio de 1494, a fin de reconocer la comarca, en la que sólo pudieron observar bosques espesos y vírgenes, huellas de cocodrilos, algunas bandadas de grullas de doble tamaño que las de Europa, sin caminos, veredas o cualquier otro indicio de la existencia de un pueblo adelantado.



JUNIO

8

1885

## LUIS VICTORIANO BETANCOURT

La Habana, donde nació el 23 de marzo de 1843, contó, ya a partir de poco tiempo después, a Luis Victoriano Betancourt entre sus hombres prometedores. Era hijo de un cubano distinguido en las letras y en los esfuerzos patrióticos. El vástago tuvo mejor ambiente. Vivió en circunstancias y horas más propicias a poner de relieve los méritos y las virtudes personales. En la Universidad de La Habana, cursando la carrera de leyes hasta graduarse en 1866 en derecho civil y canónico, y en el cultivo de la poesía y de la crítica de costumbres su nombre adquirió excelente fama.

En medio de los triunfos de su talento, atento a la voz patria, estuvo a Cuba consagrado desde temprano. Cuando Carlos Manuel de Céspedes hizo saber al poder de España que los cubanos se ponían de pie y lo desafiaban valientemente, Luis Victoriano Betancourt se aprestó a combatir. En diciembre de 1868, habiendo ido de La Habana a Nassau, desembarcó en Camagüey entre los expedicionarios de la goleta *Galvanic*. Desde entonces hasta febrero de 1878 laboró de manera ejemplar. En la Cámara de Representantes, de la que fué secretario y presidente, a lo largo de nueve años, como antes en la Corte Marcial, los empeños del noble habanero resultaron ejemplares. De la entereza de su carácter hablaron estas palabras de una carta que, fechada en Camagüey el 10 de enero de 1871, dirigió a José Manuel Mestre, comisionado de la República de Cuba en los Estados Unidos:

"Yo celebro a los jóvenes que, olvidando sus intereses, sus afecciones y su porvenir, han hecho la protesta del destierro voluntario. Yo los felicito por lo que han hecho; pero los culpo por lo que han dejado de hacer. No es en

el extranjero donde Cuba ha menester de los inteligentes y de los fuertes. Para los inteligentes hay asientos desocupados en nuestras instituciones civiles; para los fuertes hay puestos vacíos en nuestro ejército; para todos hay un pedazo de tierra donde caer peleando por la República. Quédense por allá, sirviendo diplomáticamente, los hombres de experiencia y de vasta instrucción, pero venga la inteligente y fuerte juventud a colocar su piedra en el altar que levantamos hoy a la Libertad y a ofrecer su sangre a la madre que pide socorro; venga, venga la juventud a hacer algo por esta pobre patria."

Razón tuvo para hablar así quien sirvió los intereses patrios como Luis Victoriano Betancourt. Vuelto de la Guerra Grande, en la que su estro no estuvo ocioso, La Habana pudo admirar de cerca, una vez más, los merecimientos de aquel hijo esclarecido. En el ejercicio de la abogacía, en el magisterio y en las letras siguió trabajando, si triste por el desencanto de lo pasado, tranquilo, en cambio, porque, como advirtió Enrique José Varona, lo circundó una atmósfera de respetuosa simpatía hasta que, tras breve enfermedad, cayó para siempre, el 8 de junio de 1885, en la barriada del Vedado, en su ciudad natal, dejando a sus conciudadanos, para repetir otra frase del insigne Varona, una memoria digna de conservarse y perpetuarse.



JUNIO

9

1626

## ESCUADRA HOLANDESA EN CABAÑAS

La Gran Bretaña y Francia no eran las únicas naciones patrocinadoras del corso enderezado a perturbar la vida de las posesiones de España en América. También Holanda, emprendedora y atrevida, ya en alianzas con aquellas potencias, ya por su cuenta y riesgo, se dedicó a toda clase de depredaciones en los dominios del Nuevo Mundo. El espíritu de aventuras y el ansia de riquezas imperaban en los hombres echados por los mares americanos, y consecuencia de ello tenían que resultar los constantes ataques y saqueos de que fueron víctimas las colonias en formación todavía.

En los comienzos del segundo cuarto del siglo XVII América se vió asolada con frecuencia por fuerzas navales holandesas. El almirante Hans Van-Dort, al frente de una escuadra de doce galeones y siete fragatas y pataches, y luego de dar rienda suelta a sus desmanes en Costa Rica, Santo Domingo y otras posesiones no muy distantes de Cuba, se encaminó a la Isla. Se internó por el estrecho de Yucatán en el Golfo de México. A despecho de los peligros ofrecidos por el Archipiélago de los Colorados o Santa Isabel, los bajeles holandeses lograron deslizarse por la costa del Norte del extremo occidental de Cuba con mucha facilidad. Hasta pudieron elegir, para su desembarco, lugar magnífico tanto por el abrigo del puerto como por la opulencia de la campiña inmediata.

Los holandeses escogieron el puerto de Cabañas para desembarcar el 9 de junio de 1626 y hacer aguada y leña. Hubieran podido permanecer en Cabañas y preparar con buen éxito alguna expedición contra La Habana, de no haber llegado a la capital de la Isla noticia cierta y exacta de su presencia en aquel lugar. Una de las naves del

tráfico de cabotaje fué apresada, pero su tripulación logró escapar por entre unos cayos y correr a La Habana, a cuyas autoridades comunicó lo que acontecía.

Grande fué la alarma que tan grave nueva infundió en el vecindario. Pero todos estuvieron prestos a contrarrestar al enemigo, secundando con decisión y valentía al gobernador interino de la Colonia, Damián Velázquez de Contreras. Se organizaron los moradores de La Habana en cuatro compañías, que sumaban unos seiscientos hombres. Una partida de cien arcabuceros se dirigió a Cabañas y procedió de acuerdo con las circunstancias. Pronto se supo en La Habana que los holandeses sólo habían permanecido allá unos tres días, pues, después de proveerse de agua, leña y ganado, pusieron proa a las aguas del antiguo Puerto de Carenas.



JUNIO

10

1896

## SARATOGA

Si grande fué la proeza del Lugarteniente del Ejército Libertador realizando la Invasión hasta el pueblo de Mantua, dimensiones extraordinarias tuvo también la campaña realizada en el entretanto por el Generalísimo. Una y otra faenas, guiadas por el genio de la guerra, encarnado en ambos caudillos, se completaron. Los custodios de la Colonia supieron entonces que los cubanos estaban penetrados de la necesidad de pelear sin tregua ni descanso, sin apocamientos ni titubeos.

La acción ofensiva y eficaz de los principales campeones de la independencia no se limitó al momento histórico en que se llevó a cabo la Invasión. Ellos sabían que no bastaban los sucesos faustos del primer año de la contienda. Preciso era sostener en lo alto la fama excelente alcanzada al crecido precio de esfuerzos gigantescos. Máximo Gómez y Antonio Maceo, como movidos a un tiempo por una sola y misma fuerza generatriz, sumaron a los triunfos recién obtenidos otros no menos brillantísimos. Mientras Maceo desconcertaba a expertos generales españoles, Gómez infería nuevos descabros y derrotas a los enemigos de la liberación de Cuba.

La tarea realizada por Máximo Gómez en instantes tan críticos no reconoció superior. La Habana, Matanzas y Las Villas constituyeron el vasto escenario en que el viejo caudillo desplegó sus sorprendentes energías. En poco más de dos meses, sus huestes desarrollaron un plan de campaña casi increíble si se tenían presentes los obstáculos opuestos por el español, las distancias que había que recorrer y la índole de la brega diaria.

Asombro de propios y extraños fué aquella serie de jornadas del Generalísimo, tanto por las marchas y con-

tramarchas efectuadas como por los hechos de armas librados. Entre éstos, sobresaliendo por las circunstancias de tiempo y de cantidad de enemigos, figuró el sostenido en Saratoga los días 9, 10 y 11 de junio de 1896. Gómez burló una vez más la trocha de Júcaro y se internó en la tierra camagüeyana. En Saratoga se enfrentó con la columna española, fuerte de dos mil hombres, que al mando del general Adolfo Jiménez Castellanos había salido de Puerto Príncipe con el plan de atacar al prócer libertador. La lucha fué ruda y obstinada, y acabó por decidirse en favor de las huestes del Generalísimo, adueñadas del campo de la pelea.



JUNIO

11

1798

## SUBLEVACION DE ESCLAVOS

Los abusos entronizados alrededor de la funesta institución de la esclavitud de las razas de color en el Nuevo Mundo no pudieron echarse de menos en Cuba. La Isla fué tenida por los castellanos en concepto de misera factoria en todos los órdenes, y la servidumbre humana se convirtió en uno de los factores aprovechados para fomentar riquezas y poderios. Nada resultó obstáculo bastante para contener en sus demandas a los traficantes de carne africana. La iniquidad se hizo fuerte. Ni la ley ni la razón pudieron imponer respeto en provecho u obsequio de elementales sentimientos de tolerancia y equidad.

El mal acabó por engendrar brotes de rebelión. Por mansas, ignorantes y sufridas que fuesen las desgraciadas gentes arrancadas del corazón de Africa, traídas a América y condenadas irremisiblemente a soportar duro y odioso yugo, la rebeldía tuvo que surgir. Ya en 1533, cuando los esclavos africanos no pasaban de mil, algunos de ellos, maltrechos y vilipendiados, armaron la primera insurrección. Otras, con más o menos gravedad, pero siempre alarmantes, fueron sucediéndose. En el siglo XVIII hubo verdaderos movimientos revolucionarios, que pusieron zozobra y pánico en los espíritus juiciosos y previsores de la Colonia.

La sublevación ocurrida en el departamento central de la Isla el 11 de junio de 1798 figuró en el número de las peligrosas, aunque no tanto como la de El Cobre dos tercios de centuria antes. En la sedición de 1798, en Puerto Príncipe, los esclavos, en su mayoría carabales, incendiaron un ingenio de Manuel Narciso de Agramonte, asesinaron a los mayores de las dotaciones de Martín Loynaz y Gaspar Agüero y se entregaron a otros

excesos y depredaciones. La lección ofrecida por las autoridades coloniales fué severísima. Con un criterio demasiado estrecho acerca de los derechos inalienables del hombre, al fin y al cabo negados rotundamente, quienes entonces mandaban y administraban lo que conocían con el nombre de justicia se ensañaron en el castigo de los rebeldes. Y la justicia de la Colonia condenó a unos a la pena ordinaria de horca, a otros a doscientos azotes y a los restantes a diez años de presidio en San Juan de Ulúa.

La humanidad, como conjunto de los seres superiores colocados sobre la Tierra, en más de una ocasión se vió a sí propia retroceder de un salto a infortunios que parecían patrimonio de horas remotas. Los antiguos creyeron, al crear la institución de la esclavitud, haber dado un paso gigantesco en el camino del progreso, pues el sometimiento a la servidumbre, a despecho de ser abominable, reemplazó ventajosamente la costumbre de privar de la vida al prisionero de guerra. Las edades señalaron evoluciones y transformaciones del Mundo. Y los modernos, llevando a la horca al sometido a la esclavitud, en casos como el de la sublevación del 11 de junio de 1798 en Cuba, desanduvieron vertiginosamente una larga ruta histórica.



JUNIO

12

1766

## TERREMOTO EN SANTIAGO DE CUBA

Período de reconstrucción y de rectificaciones administrativas fué aquel en que, expirando cabalmente el segundo tercio del siglo XVIII, tocó venir a gobernar la Isla al mariscal de campo Antonio María Bucarely. No estaba distante la época de la dominación de La Habana por los británicos. Grandes inquietudes se enseñorearon de España respecto de Cuba inmediatamente después de la restauración. Muchos y graves eran los males que azotaban al país. Había que permanecer en actitud vigilante, ya para mitigar los efectos de pésimas causas pretéritas, ya para salir al encuentro de nuevos desmanes. Bucarely, al asumir la gobernación de Cuba, se sintió inspirado por la seguridad de ser por sí solo bastante para realizar obra de tanta trascendencia.

Aunque exagerado en algunas de sus providencias, el Capitán General se mostró desde luego digno de la alta empresa que intentó desarrollar en provecho de la Metrópoli y de la Colonia. Se encastilló en el criterio imperante en su patria respecto del intercambio mercantil. Creyó que hacía bien expulsando del puerto de La Habana, a poco de su arribo, a los buques británicos que, cargados de harinas y ladrillos, encontró en el puerto. Declaró, con carácter de orden terminante, que sus subalternos aprehenderían a cuantos ingleses, franceses y holandeses sorprendiesen en tráficos prohibidos y que serían destinados a trabajar en las fortificaciones de La Habana. Las violencias que hubo en tales acuerdos y disposiciones estuvieron compensadas por la eficacia con que redujeron a la impotencia otros excesos.

Medidas inspiradas en los mejores y más vivos deseos de acertar tenían que poner pronto las cosas públicas en

estado próspero. Pero la desgracia, si evitada como obra humana, no pudo serlo como designio del Cielo. Entre los infortunios que entonces sufrió el país figuró el terremoto que puso en peligro y mutiló la ciudad de Santiago de Cuba en 12 de junio de 1766. En la madrugada de aquel día la población fué estremecida, desplomándose no pocos edificios y pereciendo numerosas personas. El marqués de Casa-Cagigal, gobernador del Departamento Oriental, sufrió contusiones, siendo preciso sacarlo de los escombros de su casa. Santiago de Cuba, consternada en medio de tanta desventura, pareció incapaz de resurgir y reponerse del inmenso quebranto.

Bucarely acudió en socorro de la ciudad en penuria. Casa-Cagigal, sobreponiéndose a sus personales infortunios, encabezó las demostraciones prácticas de liberalidad en beneficio de los menesterosos. Santiago de Cuba demandaba tiempo y afanes para reponerse. Pero corrían horas en que el celo gubernativo y la filantropía privada rivalizaban noblemente, y fué hasta cierto punto obra fácil aquella que pareció difícil, si no imposible.



JUNIO

13

1896

## SAN GABRIEL DE LOMBILLO

Después del ataque a Consolación del Sur, al cabo de una magnífica correría por el llano vueltabajero, debió de arder el general Antonio Maceo en deseos de tornar a la realización de sus hazañas en la serranía pinareña. El caudillo insurrecto había triunfado de los españoles. La hueste cubana se halló presta a nuevos arrestos. Innecesario fué que transcurriese mucho tiempo para que el Lugar-teniente, admirablemente secundado por sus valientes y aguerridos soldados, tomase el rumbo del teatro de muchas de sus acciones gloriosas en los campos de Pinar del Río: las lomas de Tapia. ¡Cuánto significaban para el campeón ilustre aquellas aspérrimas alturas!

Maceo se situó el 12 de junio de 1896 en las lomas de Tapia. Invirtió aquel día en preparar la función de guerra que planeaba para el siguiente. De acuerdo con lo convenido con el prefecto de San Francisco, al atardecer partió la columna libertadora, y a las once de la noche se detuvo en lugar propicio para emprender la ofensiva. Maceo empezó por amagar la guarnición española del ingenio *Teresa*. Pronto las cosas se desarrollaron de modo que el teatro de la próxima polémica pasó a ser San Gabriel de Lombillo, en cuyas inmediaciones los primeros tiros sonaron a las ocho de la mañana del 13 de junio de 1896. La buena suerte no acompañó en todos los momentos a las armas cubanas. A despecho de las pesquisas realizadas con la mayor diligencia, no pudo Maceo estar seguro de que allí había un poderoso contingente enemigo hasta el instante mismo de encontrarse frente a frente al peligro.

"Nuestros jinetes —narró el general José Miró— habían galopado con exceso; eran blanco de los fusiles

españoles, sin que les fuera dable repeler la agresión de aquella tropa parapetada y bien dispuesta, que, en vez de ser sorprendida por nuestro rebato, nos atisbó desde el cazadero. Mandó el General tocar dispersión para que no corrieran peligros más graves los jinetes que avanzaron hasta las inmediaciones de Lombillo; y el combate, en condiciones tan desiguales, continuó por espacio de una hora, sin que el enemigo se decidiera a salir de los parapetos. Tal vez el jefe de la columna, al ver el arrojo de los nuestros, echándose a caballo sobre los muros de San Gabriel, creyó que teníamos gente de reserva y que nuestro intento era provocarlo por medio de la caballería, para batirlo después con elementos de las dos armas. Nuestras bajas fueron dos muertos y diez y ocho heridos, de gravedad todos, entre ellos el coronel Hugo Roberts, médico del Cuartel General."

La acción de San Gabriel de Lombillo resultó adversa para los libertadores. La imprevisión del prefecto de San Francisco contribuyó al descalabro. En su deseo de prestar un buen servicio al Lugarteniente, no midió las consecuencias de lo que realizaba informando a Maceo de la oportunidad de atacar aquellas posiciones españolas cuando no estaba persuadido de la eficacia o exactitud de sus exploraciones. Quizá, aun con la opinión en contrario del prefecto de San Francisco, hubiera el General persistido en el propósito de enfrentarse a los españoles el 13 de junio de 1896. Era el día de su onomástico, y, realmente, penoso le habría sido avenirse a no celebrarlo oponiendo a la metralla del adversario el plomo de sus hombres.



JUNIO

14

1785

## GREMIO DE PANADEROS

El brigadier Bernardo Troncoso gobernó interinamente la Isla en el año de 1785.

Breve fué el tiempo que permaneció en la Capitanía General. De su paso por ella obtuvieron beneficios la Metrópoli y la Colonia. Fué diligente y acucioso en la atención de los asuntos públicos. Todos advirtieron en Troncoso la presencia de un varón celoso, esclavo de su deber y servidor leal de los intereses comunales. Tan notables resultaron las providencias y los afanes de esta autoridad suprema de Cuba que, necesitada la Corona de poner el mando de Veracruz en manos expertas y dignas, eligió a Troncoso.

Durante su permanencia en la capitanía general de Cuba tuvo Troncoso que salvar obstáculos graves y vencer conflictos serios. La corrupción administrativa, como cuasi patrimonio de los funcionarios traídos de España, era motivo de escándalos vergonzosos. El intendente José Ignacio de Urriza, a despecho de sus buenos oficios en otras manifestaciones de su vida pública, llegó a ser sostén y amparo del pillaje oficial. Todo ello levantó vigorosas protestas de muchos habitantes de la Isla, que no hallaron inconveniente en dirigir a la Corte memoriales denunciadores de lo que por acá ocurría.

Entre los excesos extraoficiales que se sumaban a los cometidos por funcionarios públicos, con demasiado quebranto para la Colonia, se contó la confabulación de los traficantes y manipuladores de harinas. Formaron una liga que llamaron Gremio de Panaderos. Al cabo de breve tiempo el Gremio hizo insoportables sus demasías. De concierto con algunas dependencias administrativas, acaparó la compra de las harinas, tuvo en su poder la fijación de los precios para el consumo y acabó por mono-

polizar su elaboración. El comercio, en general restringido en aquellos días, apenas subsistió entonces para ramo tan importante en el consumo. La libre contratación cedió su puesto a una federación perniciosa.

El eco del escándalo llegó a España. Por muy escasa que fuese la atención prestada allá a las quejas coloniales, en ocasión como la de las harinas no podía permanecer la Corte sorda al clamor público. De ahí que apareciese la real orden que sirvió de base jurídica al bando expedido en 14 de junio de 1785 por el brigadier Bernardo Troncoso, capitán general de la Isla, para declarar extinguido el Gremio de Panaderos, considerado perjudicialísimo a la salud popular, muy dañoso al comercio, contrario al regío haber y principio cierto de maldades y excesos. El golpe estuvo conforme con lo que las circunstancias exigían. Quedaron así deshecho tan odioso monopolio y regulada la importación de las harinas, aun en medio de las trabas propias de la época. La libre contratación alcanzó con aquello, en la explotada isla de Cuba, ventajas considerables.



JUNIO

15

1848

## PORTAZGO EN JESUS DEL MONTE

La lentitud y las dificultades con que se colonizó Cuba por los castellanos constituyeron un enorme obstáculo para la existencia de caminos que pudieran llamarse tales. Las condiciones del país, cubierto de una vegetación exuberante y regado por multitud de corrientes fluviales, eran una rémora perniciosa para la creación de las más rudimentarias vías de comunicación. Esta deplorable situación no se mantuvo por poco tiempo. Muchos años, los que formaron casi tres centurias, vivió la Isla bajo la dominación española sin que se tomasen providencias hábiles y eficaces para subsanar deficiencias de tanta importancia.

El recurso a que acudieron los representantes de la Metrópoli para dotar a la Colonia de caminos armonizó con la pobreza del tesoro público. El gobernante apeló a medios supletorios, demandando el esfuerzo de los particulares, a veces estimulado por la hombría de bien y el deseo de acertar de quienes mandaban. En las postrimerías del siglo XVIII ya contaba la Isla con algunas vías ordinarias de comunicación. Tras la existencia de las primeras, y precisamente para mejorarlas y propender a la creación de otras, surgió la idea de establecer arbitrios a expensas de lo poco que se había logrado. Se admitía la necesidad de no desperdiciar ocasión alguna. La iniciativa oficial permanecía vigilante.

El camino de La Habana a Santiago de las Vegas fué el primero en que se fijó la atención del Gobierno. El capitán general Luis de las Casas, atento a la marcha de los intereses públicos, no permaneció indiferente en presencia del problema vial. Estaba decidido a fomentar la riqueza del país en todos los órdenes. Al quedar el camino de La Habana a Santiago de las Vegas en

condiciones de fácil tránsito, instituyó el derecho de peaje y estableció el portazgo de Jesús del Monte. Lo fijó a la salida de aquella barriada, considerada entonces como un pueblo sólo unido a la capital de la Isla por vínculos de vecindad. El resultado de la iniciativa se aquilató en seguida. Todos comprendieron que el recurso introducido era productivo y aprovechable, y se generalizó en los partidos próximos a La Habana según se abrían caminos fácilmente utilizables para el transporte.

El portazgo de Jesús del Monte continuó siendo notable. A ello concurrían el antecedente de ser el primero de los establecidos en Cuba y la verdad de ser de los más importantes. Aunque el primitivo impuesto fué suprimido tan luego como quedó construído el puente sobre el arroyo de El Jíbaro a que se dedicaron sus productos, con el transcurso del tiempo, de concierto casi siempre con necesidades premiosas, resurgió el portazgo en Jesús del Monte, ya cambiando de lugar, ya experimentando alguna otra innovación. La de 15 de junio de 1848 consistió en su traslación al paraje conocido por Loma de Joaquín. Al fijarse allí, se introdujeron novedades acerca de la cobranza del arbitrio, con el beneficio de la excepción para los vecinos residentes, estantes, habitantes y temporales comprendidos entre el puente de Agua Dulce y la última casa de La Víbora, a fin de corresponder a especiales servicios por ellos prestados a los intereses públicos.



JUNIO

16

1608

## GOBIERNO DE RUIZ DE PEREDA

Para suceder en el mando de la Isla a Pedro de Valdés, gentilhombre del Rey, general de galeones y alférez mayor de la orden de Santiago, llegó a Cuba el 16 de junio de 1608 Gaspar Ruiz de Pereda, caballero de Santiago. Tuvo su gobierno más de un punto de entidad. Ya en la ejecución de regios mandatos, ya en busca de beneficios para la Colonia, ya afrontando situaciones difíciles, se agitó Ruiz de Pereda en medio de pasiones e intereses encontrados. Era hombre fuerte en presencia del peligro y del ajeno desmán. Triunfó de ellos hasta que, en septiembre de 1616, después de traspasar el término ordinario en el Poder a instancias del ayuntamiento de La Habana, entregó la vara al capitán Sancho de Alquízar.

Ruiz de Pereda se encontró de entrada frente a la necesidad de auxiliar la exploración de las minas existentes junto al lugar que, poblado por quienes se ocupaban con el laboreo de ellas, estaba llamado a convertirse en la villa de El Cobre. Acudió con presteza a los requerimientos del capitán Francisco Sánchez de Moya, que se hallaba dirigiendo los trabajos mineros, y pudo en seguida obtenerse el resultado apetecido, ahuyentando a piratas y corsarios y recogiendo los materiales extraídos.

La asistencia prestada por Ruiz de Pereda a Sánchez de Moya dió ocasión al comienzo de rencillas funestas entre la Capitanía General y el gobierno de Santiago de Cuba. Juan de Villaverde, que, para desempeñarlo se trasladó a la región oriental en las naves destinadas a socorrer el beneficio de las minas, fué un pernicioso iniciador de competencias estériles y censurables. Sin embargo, los esfuerzos de Ruiz de Pereda para contrarrestar las extralimitaciones de Villaverde a la par que para cumplir la

orden de limpiar el país de extranjeros nocivos, mantuvieron la normalidad en el seno de la Colonia.

El más serio conflicto en que se vió envuelto Ruiz de Pereda fué el provocado por el obispo Alonso Henriquez Almendares de Toledo. Este descendiente de los reyes de Navarra quería que fuesen trasladados a La Habana la catedral y el asiento de su mitra, y, habiendo informado el Capitán General en sentido contrario, la lucha entre el poder temporal y el espiritual se entabló en seguida. El prelado, autoritario e irascible, pretendió vejar a Ruiz de Pereda. El Gobernador se defendió y tuvo a su lado al Ayuntamiento y al pueblo. El Obispo expidió un decreto de excomunión contra todos aquéllos, a quienes se cerraba la entrada de los templos, se retiraba la administración de sacramentos y se negaba el entierro en sagrado. La casa de Ruiz de Pereda fué apedreada y anatematizada por el clero de La Habana. La excomunión fué levantada por el Arzobispo Metropolitano, pero los desafueros del intolerante Almendares pasaron con la mayor impunidad y de hecho acabaron por tomar carta de naturaleza.



JUNIO

17

1905

## MUERTE DEL GENERALISIMO

La vida de Máximo Gómez, en gran parte consagrada a Cuba, fué útil en grado extraordinario. Nació en Bani, en la isla de Santo Domingo. Los azares de la existencia y el curso de las cosas humanas no le depararon la gloria de desempeñar en su tierra natal papel importantísimo. En cambio, él pudo poner su espada al servicio de la total emancipación antillana. Defendiendo a Cuba, la hermana material y espiritual de Santo Domingo, fué, sin duda alguna, consecuente con su origen y con los dictados del patriotismo. Se compenetró con los cubanos en una época de sacrificios. Fué libertador insigne. Se adentró en el corazón de sus compañeros en la cruenta lucha contra el poder de España.

Treinta y dos años aproximadamente —vió la luz el 18 de noviembre de 1836— contaba Máximo Gómez y Báez cuando, en octubre de 1868, tomó las armas para contribuir a la emancipación de Cuba. En la jurisdicción de Bayamo había conspirado, y, al sonar la hora de la brega, estuvo presto a ocupar el sitio de peligro que su amor a la libertad le imponía. Su valor, su temperamento propicio a enfrentarse con el peligro, sus condiciones nada comunes para conducir tropas y su lealtad inquebrantable le permitieron sobresalir. A través de diez años de guerra, entre victorias y reveses, entre heroísmos y sacrificios, entre apoteosis y rencillas, bajo la constante amenaza del enemigo y en medio de las pasiones a veces desatadas de los propios servidores de la patria esclava, su figura se agigantó.

La tregua iniciada en El Zanjón no abonó en Máximo Gómez el desencanto naturalmente producido por la ruina aparente del ideal revolucionario. Su fe y su esperanza

se robustecieron. Erró por tierras americanas. Siguió pensando en Cuba, y en su cautiverio, y en su redención. Hubo contrariedades, oposiciones y quebrantos en la comunidad formada por los patriotas cubanos. Pero no podía erigirse aquello en sistema. Una vez Máximo Gómez y José Martí, en la noche de la paz transitoria, se vieron distanciados. Pero esto no pudo ser mal incurable. Al vislumbrarse en el horizonte de la desventurada Cuba la proximidad del nuevo día, la ocasión de luchar de nuevo, ambos próceres se compenetraron en el culto libertador y en la decisión de precipitar la guerra emancipadora. El Apóstol comprendió cuánto importaba poner en las manos del caudillo de Palo Seco y Guásimas la dirección del movimiento armado. Y harto demostró que estaba Martí en lo cierto la obra gloriosa realizada en la contienda de 1895 a 1898 por el General en Jefe del Ejército Libertador.

A diferencia de lo ocurrido respecto de otros de sus héroes, caídos en el fragor de la pelea, el pueblo cubano tuvo la dicha inefable de contar al Generalísimo en el seno de los vivos al tiempo de brillar el astro de la victoria. Cuando estuvo rendida la jornada postrera, libre Cuba del yugo colonial, el viejo campeón se consagró con juveniles entusiasmos a la reconstrucción del país, lo mismo en lo económico que en lo político, sobre las bases indestructibles de la concordia, el amor y la virtud. No fué ambicioso de poder, ni permaneció indiferente a la marcha de los problemas vitales de la República, cuya constitución definitiva colmó de júbilo su corazón. Y sirviendo así, con fervor y grandeza, los intereses de Cuba, se hallaba al ocurrir su muerte, el 17 de junio de 1905, en el Vedado, en la capital de la nación que lo exaltó como a uno de sus varones excelsos.



JUNIO

18

1617

## PRODUCCION AZUCARERA

Aunque desde los días de la conquista fué introducida en Cuba la caña de azúcar, necesario fué el transcurso de una centuria para poder observar progresos notables en este ramo de la economía del país. Poco a poco tomaron incremento el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar. Grupo numeroso formaron los que, convencidos de que la riqueza más positiva de la Colonia estaba en el aprovechamiento de su suelo y su clima, se decidieron por esto. Pero, en una época en que los braceros blancos escaseaban, ¿cómo fué posible fomentar la agricultura en términos que requieran el esfuerzo de muchas manos? El ilustre José Antonio Saco lo dijo:

"No en balde se habían importado negros en Cuba, porque ya comenzaban los ingenios a lucir. De una relación enviada a la Corte por el gobernador de Santiago de Cuba Juan García de Navia Castrillón en 18 de junio de 1617 aparece que en la jurisdicción de Bayamo había once trapiches movidos por caballos, y dos de los vecinos tenían dos cada uno, pudiendo hacer algunos de los trapiches hasta ochocientas arrobas de azúcar. Santiago de Cuba contaba entonces veinte y seis, perteneciendo cinco de ellos al capitán Francisco de Moya, y había cinco vecinos más que tenían dos trapiches cada uno. Estos, con los once de Bayamo, producían más de veinte y ocho mil arrobas de azúcar, y mucha miel, que se exportaba para Tierra Firme y España."

El informe rendido por el gobernador de Santiago de Cuba en 18 de junio de 1617 demostró que el cultivo de la caña adquiría dimensiones considerables. En relación con el estado de la Isla a la sazón, la ascendencia limitada de sus pobladores y la falta de medios con que en general

se tropezaba en la ejecución de toda clase de empresas, aquello era el resultado de empeños de no poca monta. Las autoridades, queriendo coadyuvar con eficacia al auge de la fabricación del azúcar de caña, empezaban a hacer hincapié en la necesidad de aumentar la introducción de esclavos.

El desarrollo de los acontecimientos económicos de Cuba, a partir de los comienzos del siglo XVII, se presentó propicio al cultivo de la caña. Desde los días en que Navia Castrillón informó a la Corte de los adelantos notados, a despecho de cortapisas e infortunios, el azúcar fué uno de los productos cubanos que lograron vida sólida y próspera. En la balanza de la riqueza y del consumo siempre pesó el azúcar, cuya demanda fué poco a poco poniéndose en relación directa con su calidad.



JUNIO

19

1896

## LOMAS DE TAPIA

La polémica sostenida en 19 de junio de 1896 en las lomas de Tapia por españoles e insurrectos fué el resultado de un laborioso plan ideado desde La Habana. Después de la acción, tan desgraciada para las armas cubanas, de San Gabriel de Lombillo, los soldados españoles se movieron inusualmente alrededor de las posiciones ocupadas por las huestes del general Antonio Maceo. Aun cuando en el parte de lo ocurrido en San Gabriel de Lombillo no había alardes desmesurados de triunfo, Weyler creyó verse en vísperas de algo muy desastroso para los libertadores. ¡Cómo se refociló ante la esperanza, tan sólo la esperanza, de que sus nuevos proyectos relativos a la campaña de Vuelta Abajo se traducirían en golpes certeros!

La prensa habanera, en eco de lo que en la Capitania General se concebía y se anunciaba, habló de los extraordinarios aprestos encaminados a reducir a la impotencia al Lugarteniente. Se supo así cuanto se disponía y se tramaba, y, en verdad, no fué escaso el servicio que las indiscretas noticias oficiosas prestaron a la causa revolucionaria. Unido esto al movimiento de tropas españolas en las zonas de Bahía Honda y Cayajabos, cuando los confidentes de los libertadores se hallaban en guardia, los últimos presumieron lo que les aguardaba. No pudo sorprenderles el hecho de que el 18 de junio se encontrase el valle de Tapia convertido en un vasto campamento enemigo. Aquel día, como impacientes los sostenedores de la Colonia, hubo preparativos y amagos de combate.

El general José Miró vió y contó lo sucedido en las lomas de Tapia el 19 de junio de 1896. A las seis de la mañana fueron tiroteados los insurrectos por el camino del ingenio *Recompensa*. Poco después también lo eran

los exploradores que envió por aquel rumbo el coronel Sotomayor. El general Maceo no estaba en el campamento: había ido, con su escolta, a visitar a Hugo Roberts, herido en el combate de San Gabriel. A las siete el Jefe de Estado Mayor practicó un reconocimiento por el camino de Manuelita, y precisó que eran dos columnas las que iniciaban el ataque: una venía por San Claudio, y la otra, seguramente la que tiroteó a los vianderos, traía el rumbo de Bramales para converger sobre Manuelita. La primera disparó un cañonazo en la loma Vigía, como señal de antemano convenida con la de Bramales. Sotomayor, con cuarenta tiradores, se situó en el camino de Manuelita para reforzar la vanguardia del general Bandera, y Miró, con los elementos restantes, ocupó el camino de Lechuza para detener el avance de los españoles por este lado.

Unos y otros quedaron en situación de empeñar ruda pelea. La inició el general Bandera con su escolta en tanto el coronel Sotomayor reforzaba la línea de Manuelita. Los españoles se obstinaron en invadir todo el frente de Tapia, para reunir las dos columnas en Manuelita, y llevaron a cabo su propósito a costa de violenta refriega. Sotomayor se replegó sobre Lechuza. Bandera abandonó su posición al cabo de empeñada resistencia. Los españoles se adueñaron en aquella primera parte de la acción de todo el valle de Tapia, reanudaron por la tarde la ofensiva y desalojaron a los insurrectos de los cerros cuya ocupación constituía para ellos una amenaza seria. A despecho de la hostilidad insuperable de los cubanos, que apenas sumaban doscientos, lograron algunas ventajas. Un aguacero torrencial puso término a la polémica, que costó dieciséis bajas a las huestes de Maceo. Así y todo, eso no fué sino una tregua: el Lugarteniente estaba empeñado en no permitir que el adversario estableciese base alguna de operaciones en las lomas de Tapia.



JUNIO

20

1898

## NORTEAMERICANOS EN SANTIAGO DE CUBA

En vano habían clamado a lo largo de media centuria atrás los enemigos de la soberanía de España en Cuba por la ayuda oficial de los Estados Unidos. Promesas y esperanzas hubo en todo tiempo, pero la realidad era adversa. Ya por efecto de la política de los gobernantes norteamericanos, ya por obra de las argucias diplomáticas de España, el cubano no veía llegar la hora en que la patria de Washington y Lincoln amparase sus justas ansias de ser políticamente libre. Fué a fines del siglo XIX cuando la Unión determinó coadyuvar a la independencia de la Isla.

El rumbo de las relaciones entre España y los Estados Unidos en los primeros meses de 1898 señaló claramente la proximidad de sucesos de la mayor trascendencia. Muy de prisa se acentuó la tirantez diplomática, girando todo alrededor de la guerra atroz e implacable sostenida por España contra los cubanos que bregaban por la independencia patria. El gobierno norteamericano se persuadió de que sólo una acción enérgica, realizada por medio de las armas, sería capaz de poner término a la difícil e insoportable situación creada.

El presidente William McKinley solicitó del Congreso autorización para proceder de concierto con las circunstancias en el caso de Cuba. Y el Congreso votó la resolución conjunta por la que se declaró que Cuba era, y de derecho debía ser, libre e independiente. A ese acuerdo siguieron los aprestos bélicos. A fines de mayo de 1898 llegó a aguas de Santiago de Cuba, tras la escuadra española de Cervera, una norteamericana, reforzada por otra en el mes de junio. Así quedó establecido el bloqueo de la Isla.

"La escuadra bloqueadora, firme en su puesto sin

cesar, bañando de luz eléctrica durante la noche la estrecha entrada, disponía —escribió Enrique Piñeyro— desde los primeros del mes de vasta y cómoda base de operaciones en la magnífica bahía de Guantánamo, de la cual con poco esfuerzo se hizo dueño el Almirante, no obstante numerosos torpedos sembrados en su boca, que, inutilizados por espesa capa de hierbas marinas y caracoles, dejaron a sus barcos pasar impunemente. De ahí en adelante sin necesidad de navegar las mil millas que lo separaban de Cayo Hueso, su antigua base, tuvo, a treinta y cinco millas no más del frente de Santiago, donde repostar sus barcos de carbón tranquilamente y reparar sus averías."

El esfuerzo norteamericano no consistía únicamente en la acción de la marina de guerra. Tan importante como esto, si no más, era el desarrollo de las operaciones terrestres. A ello tendieron desde luego los acuerdos entre norteamericanos y cubanos. Nada hubo que esperar al encontrarse frente a Santiago de Cuba, el 20 de junio de 1898, los buques que transportaban tropas de los Estados Unidos. Sólo fué necesario que el general Shafter y el almirante Sampson, desembarcando por Aserradero, se pusiesen al habla con el general Calixto García y acordaran el plan de ataque contra Santiago de Cuba y el desembarco de las fuerzas invasoras.





## TEMPORAL EN LA REGION OCCIDENTAL

En los momentos en que el capitán general Luis de las Casas y el intendente José Pablo Valiente se afanaban por encauzar al país por senderos de progreso la mano de la fatalidad se dejó sentir sobre Cuba. El año de 1791 se presentó excesivamente lluvioso desde el mes de abril. Todo pareció anormal entonces. Las labores del campo, limitadas siempre en esos días primaverales, se vieron casi por completo interrumpidas. Pudo observarse cómo los mejores deseos del hombre rodaban por tierra. Hasta a la desesperación hubo quien llegó, imposibilitado de consagrar sus iniciativas y actividades al trabajo útil y productivo.

De mal en peor fueron las cosas día tras día. Según avanzó el año, en su curso natural, se acentuó el desastre producido por la estación lluviosa. Al llegar el verano, el quebranto se convirtió en furiosa amenaza y en inminentes desastres. El 21 de junio de 1791 el torrente de las aguas pluviales, rebasando todos los cauces, llegó a su colmo. Los campos se anegaron totalmente, los ganados perecieron en gran parte, las siembras quedaron destruidas y muchas vidas peligraron.

"Multitud de vecindarios y familias, incomunicados por las aguas, no salieron —observó Jacobo de la Pezuela— de un presente de hambre sino para desesperarse con una perspectiva de ruina y de miseria; porque la inundación, recrudescida con el furor de los vientos y chubascos a semejanza del diluvio antiguo, así destruyó arbolados y selvas seculares como plantaciones, viviendas y ganados, arrebatando las corrientes a muchos infelices sorprendidos por avenidas repentinas. En las topografías bajas de todo el territorio que se extiende desde Jaruco

y la Ciénaga de Zapata hasta el cabo de San Antonio, haciendas, casas, animales, todo desapareció, destruido o maltratado; sin que a tan espantosa inundación apenas resistiera la compacta y vigorosa vegetación de la caña, como para reparar después tantos desastres."

La tormenta duró, en su máximo desencadenamiento, hasta el 22 de junio. Tras ella surgió la hombría de bien de Luis de las Casas. El hombre severo, que reprimía con mano de fierro la vagancia y cuantos otros excesos padecía Cuba, puso entonces de manifiesto su grandeza. Las zonas de Wajay, Santiago de las Vegas, Bejucal, Santa María del Rosario, Güines, Managua y Puentes Grandes, no menos que el territorio de la tenencia de gobierno de Filipina, recién creada, recibieron del Capitán General alientos y ayudas decisivos, bastantes para reponerse en poco tiempo del estado de penuria en que quedaron.



JUNIO

22

1874

## VICTOR HUGO

Victor Hugo clamó fervorosamente por la transformación políticosocial de Cuba. A raíz de la revolución española de 1868 se dirigió a los republicanos de la Península y les recordó la injusticia que era el régimen vigente en la Isla. En la Navidad de 1869, en una fiesta de caridad, inició su ayuda moral a los independientes de la Isla. Luego, en el curso del año de 1870, con reiteración voló su pensamiento hasta el teatro de la tragedia hispanocubana: comunicó las exaltaciones de su espíritu en torno a la lucha de la Isla por su emancipación a las mujeres que la propugnaban, a los insurrectos de Puerto Príncipe, al general Cluseret y a los lectores de *El Año Terrible*.

En 1874 se hallaba en París, en funciones de agente especial de Cuba libre, Antonio Zambrana, uno de los redactores de la carta fundamental adoptada en Guáimaro, miembro y secretario de la Convención Constituyente y de la Cámara de Representantes allí organizadas, hombre de elevado pensamiento y orador notabilísimo. A Victor Hugo se dirigió Zambrana, según sus palabras, como enviado de un principio y amparado por el título que le daba el haber profesado siempre las ideas cuya defensa entrañaba la gloria y el carácter del siglo de que el propio Hugo era el más ilustre portaestandarte.

Victor Hugo contestó a Zambrana en 22 de junio de 1874. En pocas frases encerró encumbrados sentimientos. La excitación de Zambrana despertó en Hugo la generosa afección por Cuba de que muestras tan cumplidas había dado. Hugo trazó esta esquila para el convencional de Guáimaro, uno de sus más brillantes discípulos americanos:

"Señor:

"Simpatizo profundamente con la noble y valerosa

Cuba. He levantado ya la voz por ella, y de seguro que la levantaré de nuevo. Tendré una viva satisfacción en veros. Me encontraréis en mi casa, calle de Clichy, número 21, el jueves 25 de junio, a las 9 de la noche.

"Os envío mi más cordial apretón de manos."

En la calurosa demanda de Zambrana aquilató Victor Hugo valores muy apreciables. Había puesto su pensamiento repetidamente en Cuba. La llamó noble y valerosa. Se gloriaba de simpatizar con la distante tierra antillana.

La emoción que embargó a Zambrana al acercarse a Victor Hugo tenía sus raíces en la vivísima devoción que de continuo empujó al orador cubano hacia el poeta épico. Las producciones de Hugo habían hecho en Zambrana el papel de evangelios fortificantes, forjadores de una religión nueva: la consistente en buscar la verdad, practicar la justicia, procurar el progreso, sentir por el Universo piedad honda y encarar las traiciones de la vida y las emboscadas de la muerte con la frente alta. El león, el águila, el océano encrespado por la tormenta, el bosque poblado de misterios, la montaña desafiadora de las nubes, el torrente coronado de iris y el volcán con entrañas de fuego y penacho de humo eran imágenes con que Zambrana se representaba el genio de Hugo.



JUNIO

23

1817

## SUPRESION DE LA FACTORIA DE TABACOS

El afán de gobernantes honrados en el sentido de fomentar el cultivo del tabaco en Cuba no podía valer mucho en hallándose su comercio sujeto a las mayores trabas. Hombres hubo al frente de los destinos de la Colonia, que se empeñaron con sincero ahinco en contribuir al auge de un ramo de la agricultura que estaba llamado, a la par que a sostener el nombre de Cuba en el resto del Mundo, a deparar al país riqueza incalculable. Francisco de Arango y Parreño fué uno de los que con más autoridad señalaron graves males y posibles remedios en torno a la fragante hoja.

Los esfuerzos de los bien intencionados resultaban baldíos. ¿Cuál era la causa de males tan graves? ¿Dónde se hallaba el germen de las cortapisas perniciosas que se oponían al avance de la rama aromática? El principal entre todos los motivos de retroceso fué, sin duda alguna, el constituido por el sistema de privilegios creado por la Corona. Las inmoralidades y los abusos a que daba lugar semejante régimen económico traspasaron los límites de lo previsible aun por las gentes más recelosas respecto de la humana ambición. Los años pasaban y los excesos se sucedían, y, sin embargo, en vano se alzaba el clamor de varones del temple y de la honradez de Francisco de Arango y Parreño, señalando a la Corte el cúmulo de iniquidades, lacerias y quebrantos a que daba pretexto, ocasión y pábulo el sostenimiento de la Real Factoría de Tabacos de La Habana, limitativa de la libre contratación, rémora para el cultivo y piedra de toque de escándalos públicos.

Arango y Parreño, José Pablo Valiente y otros hombres de valía no se cansaron de laborar por el desestanco

del tabaco en Cuba. Además, la presencia de Alejandro Ramírez en la dirección de los asuntos económicos de la Colonia concurrió con los afanes de aquéllos a la propia finalidad. Como sus instancias fueron insistentes, el triunfo acabó por coronar tan generosos anhelos. En España se comprendió que sobraba razón a quienes combatían el funesto monopolio mantenido por el Gobierno, y un real decreto de 23 de junio de 1817 derogó los perniciosos privilegios de que gozaba la Factoría y que entrañaba el estanco del tabaco. En los tres primeros artículos de la soberana disposición fué condensada la radical reforma:

1. Los privilegios de la Real Factoría de Tabacos de La Habana quedaron enteramente abolidos.
2. Se alzó el estanco de tabacos en la Isla.
3. El cultivo, venta y tráfico de toda clase de tabaco fueron declarados libres en Cuba.

Los términos con que comenzó la parte dispositiva de la regia disposición fueron amplios. Sin embargo, la Metrópoli, si en esencia se enfrentó al mal, prácticamente lo dejó en muchos extremos subsistente por medio de cortapisas agregadas a aquellos preceptos fundamentales. Lo que importaba, de todos modos, era avanzar, y un avance notable fué el real decreto de 23 de junio de 1817. Cuba estaba ya en el camino del progreso en lo tocante al tabaco. El problema desde entonces quedó limitado a continuar laborando con firmeza. La experiencia, los números y el buen sentido iban ganando terreno, y de aguardar era el advenimiento de mejores conquistas en beneficio de la rica hoja que ya había esparcido por el Mundo el nombre de Cuba.



JUNIO

24

1898

## NORTEAMERICANOS Y ESPAÑOLES

La conferencia entre el general Calixto García y los jefes principales de las fuerzas norteamericanas destinadas a Santiago de Cuba determinó la inminencia de un choque de las armas invasoras con las españolas. A la entrevista del caudillo insurrecto con el general Shafter y el almirante Sampson sucedió el desembarco de las tropas norteamericanas. Daiquiri fué el lugar designado para la difícil operación, tan hábil y eficazmente auxiliada por los libertadores cubanos.

Los últimos días de junio de 1898 fueron aprovechados por los ejércitos aliados para lograr el desembarco feliz de las fuerzas norteamericanas llamadas a precipitar los sucesos. Con acierto aseveró Enrique Piñeyro que entonces se inició la agonía de la dominación de España en América. Todas las cosas, todas las providencias tomadas, todas las maniobras ejecutadas concurren al fin de poner al invasor en condiciones seguras de asestar golpe mortal a los maltrechos defensores de la Colonia.

"Hubiérase creído —agregó Piñeyro— que la fortuna, cansada al fin de haber protegido tanto tiempo a España y haberla mantenido allí a pesar de sus desastrosos, su egoísmo y sus crueldades, se decidía ahora por último a precipitar el desenlace en favor del vengador, ofreciéndole en breve tiempo y breve espacio las ventajas necesarias para inferir rápidamente el golpe mortal. El gobierno americano entonces, como quien ejecuta los decretos del destino, no titubeó más, y se aprestó a concentrar su esfuerzo en aquel reducido palenque, sin temor a la estación ni a las enfermedades, hasta acorrallar al adversario. El triunfo debía necesariamente ser suyo. Nada por dicha influirían ya en el resultado definitivo

errores de táctica o estrategia que pudieran cometerse, ni tampoco el valor real del hombre a quien con más o menos acierto se confiara la ejecución de la empresa."

En tales términos se desarrollaron los acontecimientos iniciales. Los posteriores no les fueron en zaga. Apenas terminado el desembarco del primer núcleo de tropas norteamericanas, el general Wheeler y el coronel Wood entraron en campaña. Con el auxilio del general Demetrio Castillo Duany, ocuparon el fuerte de Siboney, abandonado por los españoles. El invasor estaba penetrado de la necesidad y conveniencia de entablar polémica con el adversario. Tuvo especial empeño en llegar pronto a ello. El 24 de junio de 1898 unos y otros, españoles y norteamericanos, se enfrentaron, dispuestos a medir sus armas. Unos mil hombres sostuvieron con los leales a España la acción de Las Guásimas, que marcó, con el primer lance sangriento, la primera de las victorias que decidían la caída del orden de cosas que llevaba rigiendo en Cuba cuatro centurias.



JUNIO

25

1653

## CONTRABANDO DE ESCLAVOS

Las denuncias formuladas ante el monarca español por los oficiales reales, destacados en La Habana, Diego Arias Maldonado y Juan de Aréchaga contra el mariscal de campo Diego de Villalba y Toledo, capitán general de la Isla, socavaron la confianza de que éste gozaba en la Corte. Como lo que se buscaba era precisamente la caída de Villalba y sus acusadores no perdían pretexto ni ocasión para debilitarlo en el concepto de los hombres de la Metrópoli, las cosas acabaron por desarrollarse conforme a los deseos de los instigadores. La persistencia de los ataques y la gravedad que los mismos entrañaban no podían culminar sino en efecto tan radical. De ahí que apenas extrañase que en marzo de 1653 sucediera a Villalba el maestre de campo Francisco Xelder, caballero de Calatrava.

El nuevo encumbrado funcionario se mostró activo y celoso. Pero el problema de la primera autoridad de la Isla no se limitaba entonces a ser un buen gobernante. Enemigos, y temibles, podía tener Xelder, como los había tenido Villalba. Xelder quedó penetrado de ello en seguida y se dispuso a proceder de concierto con las circunstancias que lo rodeaban. Fué más precavido y menos franco que Villalba. No halló inconveniente en aceptar y hasta buscar la alianza de los elementos que precipitaron la caída de su predecesor, aun a costa de extralimitaciones bochornosas e indisculpables, como la constituida por el contrabando de esclavos realizado en 25 de junio de 1653 en La Habana.

"Ninguna infracción de las ordenanzas que en la materia regían— escribió José Antonio Saco— fué tan escandalosa como la que en Cuba se cometió durante el gobierno de don Francisco Xelder, caballero de Calatrava. De-

seando éste granjearse el afecto de los oficiales reales Aréchaga y Arias Maldonado, interesábalos en fraudulentas expediciones. El capitán de un cargamento negrero sobornó a los mencionados oficiales y al factor de registros; y, para mejor facilitar la entrada del contrabando, Xelder mandó retirar de las fortalezas todos los centinelas. A las diez de la noche del 25 de junio de 1653 y con antorchas encendidas metióse en el puerto de La Habana un buque que conducía quinientos negros, de los cuales solamente se registraron cincuenta de los peores, ocultándose y vendiéndose a buen precio todos los demás a los hacendados de aquella ciudad. Ejemplo de inmoralidad de funesta trascendencia, no sólo para los empleados públicos, sino para el pueblo que lo presenciaba."

La conducta de Xelder no pudo ser en tal ocasión más censurable. Resultó, positivamente, un instrumento dócil e incondicional del inicuo comercio de carne africana que denigró la colonización del Nuevo Mundo. Hijos de su tiempo y de las ambiciones desenfrenadas de los pueblos conquistadores, por lo común se entregaban los gobernantes a la perpetración de crímenes de lesa humanidad.



JUNIO

26

1897

## EL PRESIDENTE MCKINLEY Y ESPAÑA

La escensión de William McKinley a la presidencia de los Estados Unidos pareció anunciar un cambio radical en la política de Wáshington acerca de Cuba. Una de las preocupaciones de McKinley al asumir el Poder Ejecutivo tuvo que ser la adopción de medidas enderezadas a solucionar el conflicto hispanocubano. El Partido Republicano, que lo llevó a la Casa Blanca, contrajo con el pueblo el compromiso de emplear activamente su influencia y sus buenos oficios para restablecer la paz en la Isla y darle independencia. A raíz de su elección, en conversación con el senador Henry Cabot Lodge, fervoroso adicto a la revolución cubana, McKinley evidenció su conocimiento de la escabrosa situación y su anhelo de verla resuelta.

El Presidente empezó por llamar la atención de España hacia el modo de hacer la guerra en Cuba. En 26 de junio de 1897 el secretario de Estado, John Sherman, dirigió una nota al ministro de España en Wáshington. La amistosa actitud del gabinete de Wáshington y la observancia por su parte de las leyes de neutralidad necesitaban verse ayudadas por el modo de llevar la guerra por parte de España. Este procedimiento debía tender tanto a atraerse la expectante indulgencia de la Unión como a ganar la confianza de los cubanos en las ventajas del régimen colonial.

A la nota de Sherman respondieron el plenipotenciario hispano en Wáshington con la suya de 30 de junio de 1897 y el ministro de Estado de España con una real orden de 4 de agosto de 1897. Fué ésta, probablemente, uno de los últimos documentos en cuya redacción colaboró Cánovas del Castillo, asesinado cuatro días después en el balneario de Santa Agueda. La real orden, preñada

de referencias a pasajes de la historia de los Estados Unidos, no correspondió a la exigencia que la provocaba. En resumidas cuentas, hizo estribar la cesación de la contienda armada en la persecución que las autoridades norteamericanas desenvolvesen contra los revolucionarios de Cuba refugiados en la Unión.

McKinley buscaba con ahinco el encauzamiento diplomático de la situación embarazosa creada por la insurrección antillana. A este efecto, designó enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la Unión en Madrid a Stewart Lyddon Woodford, general de la Guerra de Secesión, abogado excelente y hombre público de importancia en Nueva York. Woodford quedó acreditado cerca del gabinete de Madrid en 13 de septiembre de 1897. Diez días después, el 23, entregó en San Sebastián al duque de Tetuán, ministro de Estado, la nota contentiva de los puntos de vista cuyo desarrollo le había encomendado su gobierno. La lucha armada de Cuba contra España constituía el centro alrededor del cual debía girar la actividad del nuevo legado de los Estados Unidos en la corte hispánica.



JUNIO

27

1760

## ESTANCO ABSOLUTO DEL TABACO

Los esfuerzos realizados en busca de la mejora del tabaco en los albores del segundo tercio del siglo XVIII por el rico hacendado Martín de Aróstegui tuvieron entonces un éxito felicísimo. Su viaje a la Corte, con poderes bastantes del ayuntamiento de La Habana, para solicitar que se prefiriesen las proposiciones de los naturales de la Isla en el proyecto de normalizar el tráfico de la hoja nicotiana, respondió a las esperanzas en él cifradas. Alegó allá que sus defendidos eran los más directamente interesados, a la par que los más prácticos en fomentar aquel producto, y acabó por hacerse escuchar. Una real cédula de 1739 sirvió de base para la creación de la Real Compañía de Comercio de La Habana en los mismos términos propuestos por Aróstegui.

La poderosa empresa no dió paz, una vez organizada, a la ejecución de sus planes. Amplió su esfera de acción. Además de abarcar el monopolio de todo el surtido de tabaco de la Isla a la Metrópoli, se extendió a los restantes productos que podían salir de Cuba y a la importación de todos los artículos procedentes de España. Hubo más: la Real Compañía de Comercio de La Habana llegó a tomar a su cargo la construcción de buques mercantes y de guerra.

La Real Compañía de Comercio de La Habana, por lo mismo que obtenía ganancias considerables, despertó apetitos comprometedores para su propia existencia. Sus enemigos, los interesados en apoderarse de los medios de que la empresa disfrutaba, no desperdiciaron ocasión para herirla de muerte. Un cúmulo de intrigas y bajezas se levantó frente a los intereses de la Real Compañía de Comercio, y la Corona adoptó providencias que, con el

de referencias a pasajes de la historia de los Estados Unidos, no correspondió a la exigencia que la provocaba. En resumidas cuentas, hizo estribar la cesación de la contienda armada en la persecución que las autoridades norteamericanas desenvolviesen contra los revolucionarios de Cuba refugiados en la Unión.

McKinley buscaba con ahinco el encauzamiento diplomático de la situación embarazosa creada por la insurrección antillana. A este efecto, designó enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la Unión en Madrid a Stewart Lyddon Woodford, general de la Guerra de Secesión, abogado excelente y hombre público de importancia en Nueva York. Woodford quedó acreditado cerca del gabinete de Madrid en 13 de septiembre de 1897. Diez días después, el 23, entregó en San Sebastián al duque de Tetuán, ministro de Estado, la nota contentiva de los puntos de vista cuyo desarrollo le había encomendado su gobierno. La lucha armada de Cuba contra España constituía el centro alrededor del cual debía girar la actividad del nuevo legado de los Estados Unidos en la corte hispánica.



JUNIO

27

1760

## ESTANCO ABSOLUTO DEL TABACO

Los esfuerzos realizados en busca de la mejora del tabaco en los albores del segundo tercio del siglo XVIII por el rico hacendado Martin de Aróstegui tuvieron entonces un éxito felicísimo. Su viaje a la Corte, con poderes bastantes del ayuntamiento de La Habana, para solicitar que se prefiriesen las proposiciones de los naturales de la Isla en el proyecto de normalizar el tráfico de la hoja nicotiana, respondió a las esperanzas en él cifradas. Alegó allá que sus defendidos eran los más directamente interesados, a la par que los más prácticos en fomentar aquel producto, y acabó por hacerse escuchar. Una real cédula de 1739 sirvió de base para la creación de la Real Compañía de Comercio de La Habana en los mismos términos propuestos por Aróstegui.

La poderosa empresa no dió paz, una vez organizada, a la ejecución de sus planes. Amplió su esfera de acción. Además de abarcar el monopolio de todo el surtido de tabaco de la Isla a la Metrópoli, se extendió a los restantes productos que podían salir de Cuba y a la importación de todos los artículos procedentes de España. Hubo más: la Real Compañía de Comercio de La Habana llegó a tomar a su cargo la construcción de buques mercantes y de guerra.

La Real Compañía de Comercio de La Habana, por lo mismo que obtenía ganancias considerables, despertó apetitos comprometedores para su propia existencia. Sus enemigos, los interesados en apoderarse de los medios de que la empresa disfrutaba, no desperdiciaron ocasión para herirla de muerte. Un cúmulo de intrigas y bajezas se levantó frente a los intereses de la Real Compañía de Comercio, y la Corona adoptó providencias que, con el

aparente fin de acabar con el monopolio que aquélla usufructuaba, entronizaron un sistema de perniciosos abusos.

La real cédula de 27 de junio de 1760 entrañó la génesis formal de los males hondos que sustituyeron a los atribuidos a la Real Compañía de Comercio de La Habana. Aquella soberana disposición previno al Capitán General que llevase a cabo el estanco del cultivo y comercio del tabaco de Cuba en términos absolutos. Nuevos y mayores abusos sobrevinieron. La producción tabacalera de la Isla, en vez de ser uno de los medios de crear bienestar para muchos, quedó siendo instrumento de fáciles riquezas para unos cuantos privilegiados.



JUNIO

28

1869

## GOBIERNO DE CABALLERO FERNANDEZ DE RODAS

La caída de Dulce, abandonando la Capitanía General por la fuerza irresistible de los voluntarios de La Habana, puso a éstos en situación nada ventajosa para la primera autoridad de la Isla. Su sed de sangre era demasiado grande para que pudiera mitigarse sin el sacrificio de vidas de cubanos. ¿Podría el sucesor definitivo de Dulce contener las demasías de los leales con que España contaba en la Colonia? ¿Sería un obstáculo para los excesos erigidos en sistema? ¿Llegaría a enfrentarse a tanta iniquidad?

Interrogaciones fueron esas que las gentes de ambos bandos se hacían al llegar a La Habana, a bordo del *Antonio López*, en 28 de junio de 1869, el general Antonio Caballero Fernández de Rodas. Los interesados en que los sucesos que determinaron la caída de Dulce quedasen impunes y los ansiosos de que aquello no pasara sin el correspondiente correctivo permanecieron pocas horas en duda respecto de lo que haría Caballero de Rodas. Un historiador peninsular, Antonio Pirala, escribió:

"Desembarcó el General acompañado de los altos funcionarios, prestó en la sala del Municipio el acostumbrado juramento y dió a los habitantes de Cuba una alocución-programa, en la que, después de reseñar los desastres de la guerra, decía que su misión era restablecer la calma y la confianza, acabar con la lucha civil a todo trance y estudiar después las necesidades de la Isla y cuanto condujera al bien del país para proponer las reformas necesarias; que comprendía las dificultades con que tenía que luchar, pero le alentaba la esperanza de la ayuda del ejército, de los voluntarios, a los que se debía en gran parte la salvación de la Isla, y de hombres sensatos y honrados, y que su línea de conducta se ence-

rraba en tres palabras: España, justicia y moralidad; cuyo programa adoptaba con fe inquebrantable y voluntad firme. Dirigiéndose a los voluntarios, les dijo que con su actitud enérgica y decidida habían prestado un eminente servicio a la causa del orden, de la justicia y del derecho, por lo que merecían bien de la patria; que debían estar orgullosos por su proceder, como él lo estaba por encontrarse a su frente para sostener la buena causa, teniendo además la satisfacción de darles las gracias en nombre del gobierno de la Nación y de sus conciudadanos."

No necesitaban ni podían ansiar más, ciertamente, los voluntarios de La Habana. Lejos sin duda estuvo Caballero de Rodas de pensar que también él se colocaba en mala situación por lo que a la justicia tocaba. Los envalentonados por la alocución-programa del Capitán General lo conducirían por malos senderos. Caballero de Rodas quiso ser ecuánime y conciliador, y no pudo. La protesta de los intransigentes se alzó, y la suprema autoridad colonial no estuvo muy remisa para entregarse en brazos de la protervia y consentir y disponer la perpetración de iniquidades y crímenes.



JUNIO

29

1856

## ASCENSION AEROSTATICA DE MATIAS PEREZ

Las ascensiones aerostáticas constituían a mediados del siglo XIX espectáculos de entretenimiento más que esfuerzos científicos. Elevarse sobre el suelo era arriesgar la vida. Gente inclinada al peligro utilizaba este modo de atraer curiosos, ya en busca de notoriedad, ya para procurarse el sustento.

La Habana de aquellos tiempos era presa de excitación al solo anuncio de que tal cual atrevido piloto se disponía a correr el riesgo grave de ascender por los aires en la débil barquilla de un globo. No se ignoraba que el hombre en disposición de elevarse hasta las nubes estaba jugándose la vida. Pero esto era una de las causas de la curiosidad e inquietud de quienes se preparaban a ser espectadores. El día señalado para una ascensión aerostática era de inusitado bullicio.

Entre los hombres que quisieron deparar a La Habana la fuerte sensación del espectáculo de ascensiones aerostáticas se halló un portugués llamado Matias Pérez y conocido también por *Rey de los Toldos*, de seguro que en atención a la industria a que se dedicaba. Se empeñó en ejercitarse en tan peligroso género de aventuras. No le bastó ascender una vez a la vista del pueblo habanero. Quiso demostrar cómo era cierto que bajo su humilde condición de artesano se ocultaba un espíritu fuerte. Quizá el buen éxito de su primera excursión le permitió sentirse dueño absoluto de sus destinos y capaz de repetir la operación cuantas veces lo desease. En medio de la pública curiosidad Matias Pérez preparó su segunda ascensión.

El 29 de junio de 1856 la ciudad de La Habana estuvo desde temprano sobre aviso para presenciar la

segunda ascensión aerostática del portugués Matías Pérez. El piloto se halló presto a cumplir su temerario ofrecimiento, sin sentirse arredrado ni mostrarse remiso en ningún momento. Pero la suerte se manifestó adversa. Matías Pérez hizo su segunda ascensión, que fué la última, pues desapareció en el espacio, para caer más tarde, teniendo en cuenta el rumbo en que dejó de vérselo, en el mar. Un biógrafo, que en realidad no lo fué de Matías Pérez, por lo mismo que no dijo de él otra cosa, refirió que de su mortal empresa no quedó sino un cuaderno de exageradas décimas, que se imprimió en elogio del heroísmo inaudito que alguien le atribuyó.



JUNIO

30

1800

## LA AUDIENCIA EN PUERTO PRINCIPE

La cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo a Francia por el tratado de Basilea tuvo consecuencias de toda índole en Cuba. Esta Antilla experimentó beneficios considerables a virtud de aquel acto de liberalidad realizado por la España de la decadencia borbónica. Fué entonces cuando la Colonia recibió valiosísimos elementos —españoles, franceses y naturales de Santo Domingo— que depararon grande impulso a la agricultura y contribuyeron con sus iniciativas, sus esfuerzos y su laboriosidad al progreso material y hasta moral del país.

España había perdido aquella posesión, la más antigua de cuantas había colonizado en el mundo descubierto por Cristóbal Colón. Y allí, en la ciudad de Santo Domingo, se hallaba instalado el decano de los tribunales de Indias. Natural era que, cedido a Francia aquel territorio, la audiencia de las Antillas cambiase de asiento. No de otra manera lo comprendieron y dispusieron quienes manejaban los destinos de España y sus vastos dominios. Se acordó que pasasen a Cuba los componentes y el archivo de la Audiencia, para que la misma quedase establecida en la parte central de la Isla, en la ciudad de Puerto Príncipe. Mas casi un lustro transcurrió entre la fecha del tratado de Basilea y la del principio del funcionamiento de la Audiencia en Puerto Príncipe.

Un historiógrafo español contó las peripecias anejas al traslado de la Audiencia. Entre infinitos riesgos arribó a La Habana lo que aún faltaba de la audiencia de Santo Domingo, huída de la más antigua posesión hispánica en el Nuevo Mundo. Para transportarla, juntamente con las personas de más cuenta de Santo Domingo, habían sido destinados dos barcos de la armada española,

que dejaron en Puerto Rico los situados, recogieron en Santo Domingo a los oidores y otros individuos y, ya mudando rumbo entre cruceros enemigos, ya evitando sus ataques con su ligereza, llegaron a la capital de Cuba sin tropiezo a mediados de enero de 1800. Aguardando, para constituirse en Puerto Príncipe, a que todos sus miembros y dependencias se le incorporasen, no empezó la Audiencia a funcionar en el lugar de su destino hasta el 30 del siguiente junio.

El 30 de junio de 1800 se llevó a cabo la instalación de la Audiencia en Puerto Príncipe. La integraban un regente y seis ministros o jueces, con un receptor de penas de cámara, un secretario y un notario, con sus respectivos oficiales, sus maceros y los criados necesarios. La designación de aquella ciudad del interior de Cuba para residencia del tribunal se debió al deseo y a la previsión de ponerlo fuera del alcance de los enemigos. Al quedar funcionando en Puerto Príncipe la Audiencia, su jurisdicción, todavía vastísima, abarcaba a Cuba, Puerto Rico, Luisiana y las Floridas. El capitán general de Cuba, que durante tres siglos había estado subordinado a la Audiencia, fué entonces declarado presidente nato del alto tribunal antillano.



JULIO

1

1550

## AZUCAR Y ESCLAVITUD

José Antonio Saco lo dijo con precisión insuperable: ingenios de azúcar y negros esclavos, en los días de la colonización de Cuba por los castellanos, podían tomarse por sinónimos. El criterio económico de los hombres de aquellos días así se manifestaba. Estaba demasiado arraigada la idea de que era imposible el fomento de la agricultura y de las industrias sin la existencia de la oprobiosa institución de la esclavitud. Personajes cristianísimos no hallaban inconveniente en patrocinar propósitos y planes que, en realidad de verdad, no eran sino la más rotunda negación de los principios justos proclamados por el dulce Maestro.

De aquella manera se pensaba unánimemente respecto del desarrollo económico-social del Nuevo Mundo en el siglo XVI. A tal dictamen se ajustó el licenciado Gonzalo Pérez de Angulo en el gobierno de Cuba, como pudo verse en el memorial que dirigió al emperador Carlos V en 1º de julio de 1550 en demanda de soberana ayuda para los pobladores europeos de la Isla. El Gobernador pidió entonces al monarca español que prestase a determinados vecinos diez o doce mil pesos y contribuyese al establecimiento de cinco o seis ingenios, "con cuya contratación habría diezmos y salarios para el Gobernador y Oficiales".

A juicio de la primera autoridad de la Isla, no bastaba que fuese a ésta otorgado aquello. Fijó su pensamiento en la introducción de esclavos africanos, y no anduvo con ambages ni rodeos para mostrarse afiliado a la escuela que no concebía la existencia de ingenios de azúcar sin esclavos. Pérez de Angulo puso mucho empeño en llevar al convencimiento del Emperador la necesidad de coadyuvar al adelanto del país a trueque de ampliar el comercio de

carne humana. Su opinión, como la de cuantos más abogaron a través de los tiempos en igual sentido, debió de ser muy persuasiva, pues, al cabo, la Metrópoli estuvo acorde con los entusiastas defensores de la trata.

Ni en tal ocasión estuvo solo ni aislado Pérez de Angulo. Contó con el concurso de varones de la preeminencia del provincial de los frailes dominicos del Perú. Este predicador de las doctrinas de Jesús creyó muy del caso y muy en armonía con su ministerio informar a la Corona, estando él en Sevilla, después de haber visitado a Cuba, que debía prestar atención preferente al memorial de Gonzalo Pérez de Angulo. Y, además de hacer recomendación tan especial, apuntó procedimientos que consideraba adecuados y señaló el número, crecido por supuesto, de africanos cuya introducción era menester para que la Isla no se perdiese.



JULIO

2

1626

## EL ALMIRANTE HANS VAN-DORT

La presteza con que los habaneros acudieron a rechazar la invasión que el 9 de junio de 1626 iniciaban, según pareció, por el puerto de Cabañas, los corsarios holandeses, al mando del almirante Hans Van-Dort, no dió todo el resultado apetecido. El enemigo se limitó a permanecer por allí el tiempo necesario para proveerse de leña, agua y carnes, al extremo de que no tuvieron que emplear sus armas defensivas los cien arcabuceros que desde La Habana corrieron a repeler los temidos desmanes de Hans Van-Dort y sus secuaces. Mas aquella maniobra no fué seguida del alejamiento de los holandeses de las aguas cubanas. Persistieron en sus amenazas. Tenían razón para creerse capaces de asolar a Cuba cuando tantos y tan repetidos desafueros habían llevado a cabo en otras posesiones américohispanas.

Al hacerse de nuevo a la vela en Cabañas, favorecidos por el tiempo, los holandeses tomaron el rumbo de La Habana. Planearon en seguida lo que debían desarrollar en las inmediaciones marítimas de la capital de Cuba. Aprovecharon las ventajas que sus aprestos de guerra les deparaban. Concibieron la idea de asediar la población. Pusieron sin más tardanza estrecho bloqueo a la plaza. Amagaron. Llegaron hasta cruzar disparos con los fuertes defensivos de La Habana. Más de un mes duró situación tan azarosa. Los habaneros no decayeron en su tenacidad ni en su firmeza, animados por el ejemplo del licenciado Damián Velázquez de Contreras, gobernador de la Isla, y del capitán Cristóbal de Aranda, castellano de El Morro.

Cuando más resueltos y decididos parecían los holandeses sufrieron una desgracia grande. Hans Van-

Dort enfermó de resultas de una herida que en combate singular le había inferido el gobernador de Puerto Rico. El Almirante murió, frente a La Habana, en 2 de julio de 1626. Su desaparición en instantes tan críticos y en lugar tan señalado —su cadáver debió de ser sepultado casi en aguas cubanas— supuso irreparable golpe para la no muy noble causa defendida por los bloqueadores del antiguo Puerto de Carenas.

Los cabos de la escuadra holandesa quedaron desanimados por la desaparición de su almirante. Esta circunstancia, tanto como la de la defensa de la plaza por Contreras y Aranda, determinó la retirada de los enemigos. Hacia Matanzas se dirigieron, con el propósito de repetir por allí el aprovisionamiento de la escuadra. Pero la mala suerte los seguía ya muy de cerca. Aranda envió un destacamento para que vigilase las maniobras de los holandeses, y logró apresar una lancha con siete hombres, rechazar a otros botes con algunas pérdidas y rescatar cincuenta y dos españoles que llevaban prisioneros. La lección final resultó tan dura que la escuadra que había sido de Hans Van-Dort, embocando por el Canal, hizo inmediatamente rumbo a Europa.



JULIO

3

1898

## BATALLA NAVAL EN SANTIAGO DE CUBA

La suerte de España, en los comienzos del quinto de los siglos contados desde el inmortal acontecimiento dirigido por Cristóbal Colón, fué adversa para la vieja monarquía de Carlos V y Felipe II. Sus desaciertos e injusticias a través de cuatro centurias le costaron demasiado caros. No quiso prever su desgracia, ni se detuvo ante las enseñanzas de la Historia. Sus hombres confiaron demasiado en la protección del Cielo contra la fuerza irresistible de los enemigos terrenales.

El general Ramón Blanco, la suprema autoridad de la Isla en los días de la guerra con los Estados Unidos de América, no pudo escapar a la acción de una excesiva confianza en la buena fortuna. Así, encontrándose la escuadra española de Pascual Cervera en Santiago de Cuba y siendo evidente el desastre de la misma en lucha con la norteamericana, el Capitán General se manifestó al principio inclinado y por último resuelto a que se realizase lo que irremisiblemente había de ser funesto para su bandera. Luego de referirse a uno de los telegramas de Blanco a Cervera, dijo Enrique Piñeyro:

"No incluía este despacho aún la orden terminante de salir, pero cuando supo Blanco el estado en que la defensa de la ciudad quedaba después de los combates del 1º de julio; que Linares, seriamente herido en San Juan, transmitía el mando al general Toral; que el general Vara del Rey, acribillado a balazos, había caído junto con la mayor parte de los defensores del Caney; que la guarnición de Santiago, extenuada por las privaciones, exhausta ya de fuerzas, renunciaba a toda esperanza, y que en tanto no llegaba la columna salida de Manzanillo con caballería y artillería al mando de Escario, detenida en su marcha pe-

Cuba no estuvieron solos en el desarrollo de la tarea que se impusieron en la patria de Hidalgo. Mexicanos de nota contribuyeron con su esfuerzo moral y material a la ejecución de la empresa. Generales, diputados y senadores de la República figuraron entre los paladines de la causa cubana. El Presidente de la República, Guadalupe Victoria, llevó su simpatía al extremo de intentar que el Congreso lo autorizase para enviar una expedición a La Habana.

Por muy entusiastas y afanosos que fuesen los trabajos de la Junta Promotora de la Libertad Cubana, no podían llegar a un fin lisonjero. Los medios represivos acumulados por España en la Isla y las miras de las potencias europeas conspiraban contra la emancipación de esta Antilla. Los esfuerzos de la Junta Promotora de la Libertad Cubana en México quedaron, no más, como una bella expresión de solidaridad americana.



JULIO

5

1898

## SANTIAGO DE CUBA EN PELIGRO

El desastre naval de Santiago de Cuba entrañó una importancia excepcional. La fortuna de España, en sus esfuerzos por no perder la isla de Cuba, era negativa. En vano habían pensado sus hombres en gastar la última peseta y llevar al sacrificio al último hombre. Todo eso, condensando una actitud entre abnegada y soberbia, resultaba inútil en presencia de sucesos cuyo avance era incontenible.

El mismo día en que la escuadra de Cervera quedó deshecha el general norteamericano Shafter se dirigió a las autoridades españolas de Santiago de Cuba, para intimarles la rendición inmediata de la plaza. El dilema era abrumador: o la ciudad se rendía a discreción o contra ella sería lanzada la metralla de los ejércitos aliados. Si los leales a la Metrópoli se mostraban reacios a entregar la ciudad, el bombardeo sería inevitable a la par que de consecuencias incalculables en lo tocante a los estragos que sufrirían los sitiados en sus personas y bienes. ¿Qué podían hacer los españoles ante realidad tan dura? ¿Debían persistir en la defensa de Santiago de Cuba o rendir la espada que simbolizaba el mando de la plaza?

Los españoles no se avinieron fácilmente a aceptar la intimación de Shafter. Este, al solo anuncio de que el adversario se mantenía firme en la plaza, hubiese ordenado el comienzo del bombardeo de la misma. Pero no faltó una intervención humanitaria y plausible que evitase la muerte y mutilación de seres infelices e indefensos. En unos y en otros, en los de adentro, que previeron el peligro que corrían ancianos, niños y mujeres, y en los de afuera, que no se encastillaron en planes ya concebidos y resueltos, se impuso la serenidad.

Los agentes consulares residentes en Santiago de Cuba

intervinieron con buen éxito en la previsión del mal inútil que amenazaba a la ciudad. Con ánimo reposado, sirvieron de mediadores entre el general Shafter y las autoridades españolas de Santiago de Cuba. Pero el bombardeo quedó aplazado, solamente aplazado. En 5 de julio de 1898 la ciudad oriental se hallaba en visperas de ser bombardeada. ¿Cuáles eran los signos precursores del acontecimiento? El 5 de julio de 1898 Santiago de Cuba ofrecía el espectáculo triste de ser abandonada por los ancianos, las mujeres y los niños que, en número de unos veinte mil, se dirigían a El Caney, el lugar designado para que se refugiasen mientras la plaza afrontaba los riesgos de una sangrienta lucha.





## CAIDA DEL REGIMEN CONSTITUCIONAL

Fernando VII estuvo lejos de ser el monarca que el sacrificio de los españoles demandaba después de la dura guerra sostenida para expulsar de la Península los ejércitos de Napoleón I. Ni lo conmovió el espectáculo que a su vuelta pudo presenciar pasando por ciudades y pueblos enrojecidos por la sangre de sus heroicos defensores, según la frase de un historiador, ni se esforzó por asegurar el bienestar del país con instituciones sabias y procedimientos templados, dignos de un pueblo que había bregado por su independencia con denuedo y abnegación.

El Deseado no necesitó mucho tiempo para mostrar su odio al régimen constitucional creado precisamente por los que habían luchado por traerlo de nuevo al trono de sus mayores. Se empeñó, o poco menos, en plantear serio conflicto, que necesariamente había de acabar con lo que a él estorbaba. Se colocó frente a las Cortes, negó eficacia a sus actos y persiguió de manera atroz a diputados de las justamente famosas Cortes de Cádiz. Jamás la ingratitud imperó tanto como cuando la manejó este Borbón.

A Cuba debían llegar los efectos de la obra reaccionaria del soberano español. Esto tenía aún más razón de ser hallándose en el desempeño de la suprema autoridad de la Colonia un hombre de la contextura política de Juan Ruiz de Apodaca, quien ni siquiera aguardó la llegada de la noticia oficial de la derogación de la carta fundamental del estado español. Así, al saber el 6 de julio de 1814 la caída del régimen constitucional en la Metrópoli, barrió lo poco que del mismo quedaba en la Isla: se negó a proceder en forma más liberal que de costumbre, y con excesivo aparato estableció la previa censura y se dispuso a dejar sentir por otros medios el retroceso dirigido por el Rey.

El Capitán General esparció órdenes en todas direcciones para que nadie ignorase un acontecimiento que a él parecía saludable y salvador. Las reformas que a medias se habían introducido en las corporaciones desaparecieron en seguida. Los diputados provinciales, algunos municipios creados constitucionalmente y determinados funcionarios nombrados al amparo también del código de Cádiz cesaron mansamente. Ruiz de Apodaca pudo alardear de la ciega obediencia que inspiraban no ya órdenes terminantes suyas, sino simples circulares enderezadas a restablecer el absolutismo.



JULIO

7

1898

## FRANCISCO JAVIER CISNEROS

El nacimiento de Francisco Javier Cisneros y Correa, en Santiago de Cuba, el 28 de diciembre de 1836, coincidió con el desarrollo final de los sucesos a que dió ocasión la rejuramentación del código de Cádiz por el gobernador Lorenzo en aquella ciudad. Los primeros años de Cisneros se deslizaron en medio de una situación caótica para los cubanos. Estaban impuesto el despotismo, erigida la Isla en imperio absoluto del sable y elevado a sistema el afán de hacer de la Colonia una factoría. No había ámbito para empeños de progreso y justicia. Era menester un alma bien templada para disponerse a servir aspiraciones y cosas tenidas por buenas, saludables y provechosas.

En medio de tan adversa realidad empezó Francisco Javier Cisneros a conocer el Mundo. El había nacido para contribuir a la realización de obras de grande empeño. Nada ni nadie lo arrebataba. Estudió en La Habana y en los Estados Unidos de América. A la vez que se cultivaba científicamente, haciéndose ingeniero, pensaba en Cuba, en sus infortunios y en el advenimiento de un régimen de derecho para todos. Cuando, graduado ya, dirigió las obras de los ferrocarriles de Trinidad a Casilda, del Oeste y de Caibarién a Sancti Spiritus, continuó adherido al anhelo patriótico y dispuesto para la brega. Así fué que la insurrección iniciada por Carlos Manuel de Céspedes lo contó entre sus seguidores entusiastas y eficaces. En el exterior organizó y despachó expediciones. En una de ellas vino a Cuba. Algunas depararon auxilios poderosos a la Revolución. De la felicidad de sus planes y de su espíritu organizador mucho dijeron estas palabras de una epístola del presidente Céspedes:

"Estoy completamente de acuerdo con usted en cuanto

a la necesidad de traer fuerzas disciplinadas a Cuba; desde el principio de la Revolución las estoy pidiendo, y se ha desatendido mi exigencia, sin que sepa a qué atribuirlo. Hoy, sobre todo, son más necesarias que nunca, porque con las enfermedades, asesinatos, combates y deserciones los hombres han escaseado, creyendo, no obstante, que tendremos los suficientes cuando, auxiliados por el contingente que ustedes nos envíen, demos un buen golpe a los españoles. Y a propósito del envío de fuerzas disciplinadas, juzgo que el sistema más conveniente es traer gran número de hombres armados a la ligera, a fin de que no hagan más que poner pie en tierra y estar listos para cualquier eventualidad."

Los servicios prestados por Cisneros fueron tan eminentes que la Revolución le confirió el grado de general. Después de la capitulación de El Zanjón, firme en su rebeldía a la situación española, no quiso volver a la patria irredenta. Se dedicó al ejercicio de su profesión en Colombia. Por allá aguardó la llegada de mejores tiempos para el ideal cubano. En Nueva York, atento al desenvolvimiento de los acontecimientos finales de la Revolución, se hallaba, al sobrevenir su muerte, el 7 de julio de 1898. No quiso el destino prolongarle la vida por unos días más, para que pudiese ver el desplome del régimen colonial, pero se fué del Mundo con la seguridad de que Cuba estaba a punto de quedar libre e independiente.





## RIQUEZA Y PENURIA

La producción cubana se halló supeditada en la segunda mitad del siglo XVI a las vicisitudes inherentes al proceso de reorganización a que fué sometida la vida colonial. La vuelta a la actividad fecunda requería esfuerzos extraordinarios, superiores a los recursos con que la Isla contaba al cabo de una profunda depresión económica. Los hombres que continuaron la tarea de incorporar a Cuba a la civilización occidental se encontraron frente a limitaciones que sólo podían vencer a través de muchas dificultades.

El problema del trabajo resultaba grave. Este factor esencial de la producción sufrió la quiebra proveniente de la falta de braceros. Los blancos, sobre ser pocos, seguían inclinados a aprovecharse del esfuerzo material ajeno. Los cobrizos, por su escaso número y por su flaqueza, casi nada rendían a la clase dominadora. Los negros, mayormente los esclavos, eran los llamados a resolver la cuestión. Del aumento de esclavos, logrados con irregularidad y frecuentemente por medio del fraude, dependía por desgracia el auge de la producción.

La minería no recobró la importancia de los años de la conquista y de los que la siguieron inmediatamente. Esta riqueza natural se halló limitada a lo que la mano del hombre recogía en los lavaderos de oro: la actividad humana se desarrollaba en el suelo, no en el subsuelo. Aun así, el trabajo era difícil y agotador. Hubo momentos de la segunda mitad del siglo XVI en los que los españoles de Cuba se prometieron cuantiosos ingresos provenientes del oro entrevisto en Bayamo y Baracoa. En 8 de julio de 1578 el gobernador Francisco Carreño informó a Felipe II que Cuba era la isla más rica en cobre, hierro y oro, pero añadió que la penuria de sus habitantes era grande

porque los esclavos costaban mucho. Las esperanzas cifradas en los yacimientos de cobre de la región oriental de la Isla luchaban con la ausencia de medios eficaces para la extracción y el laboreo de los minerales.

El cultivo de cereales, legumbres, tubérculos, frutas y hortalizas estaba en manos de gentes desvalidas, que no podían deparar mucho vuelo al aprovechamiento de estancias o sitios de labor. La cría de aves de corral pasaba por igual pobreza. Sobre ser reducidos los medios de que disponían los pobladores de Cuba para hacer avanzar esos renglones de la producción, se encaraba el frecuente peligro de los huracanes, que malograban cosechas, derribaban construcciones y causaban otros daños que se traducían en escasez y miseria en una colonia cuya existencia pasaba por difícil período de reorganización.

La economía cubana en la segunda mitad del siglo XVI sólo daba señales de algún bienestar en la ganadería. Las flotas consumían carnes de la Isla. Esto armonizaba con la situación políticosocial del país. Cuba había pasado de la condición de incipiente colonia a la de presidio sostenido para seguridad y servicio de los intereses de España en Tierra Firme. La fortaleza militar que era la Isla podía guardar riquezas en el suelo y en el subsuelo, pero quienes la habitaban sufrían penuria.



JULIO

9

1898

## BOMBARDEO EN SANTIAGO DE CUBA

En cumplimiento de la tregua acordada por los combatientes de la guerra hispano-cubano-norteamericana a instancias de los cónsules residentes en Santiago de Cuba, el bombardeo de esta ciudad por las fuerzas sitiadoras se retardó algo más de lo que las mismas al principio deseaban. El desalojo de la población por ancianos, mujeres y niños se llevó a cabo del 5 al 8 de julio de 1898. Para el día siguiente, para el 9 de julio, todo estuvo en condiciones propicias a la obra desastrosa de los asaltos definitivos. Las cosas, desarrollándose de mal en peor, habían llegado a un extremo positivamente asolador para la nación que trataba en vano de mantener victorioso en el suelo cubano el estandarte cuatro siglos antes clavado por la conquista.

Desventajosa hasta no más era la situación en que España se hallaba a poco de quedar iniciada la lucha con los Estados Unidos. La destrucción de la escuadra en brevisimas horas había sido un golpe, si esperado por los espíritus previsores, de todas maneras en extremo rudo. Las operaciones terrestres no podían ser de peores consecuencias para los leales a España. En vano esperaron los sitiados en Santiago de Cuba refuerzos salvadores. Los que creyeron ver en la columna del coronel Escario, procedente de Manzanillo, quedaron al cabo convertidos en nuevos reveses.

"Todo de aquí en adelante —escribió Enrique Piñeyro— camina, con pasos cortos a veces, pero directos y seguros, hacia el desenlace, hacia la inevitable capitulación en los términos que al adversario pluguiere ofrecer. Este, por su parte, sentía vivamente en sus flancos la aguda espuela del clima mortífero en aquella terrible estación de verano ya comenzada, y las diversas dolencias allí endé-

micas tenían ya atestados de enfermos sus hospitales. Veía en tanto el sitiador, por dicha suya, crecer de día en día su fuerza en número de hombres y cañones de sitio. Las intimaciones de rendirse se repiten, una tregua virtualmente se establece, renuévase luego la lucha el 10 en las trincheras y queda la artillería española destrozada y fuera de combate. Empiezan el 12 las negociaciones, alargadas por la necesidad de consultar al Capitán General en La Habana, y éste a la Metrópoli, hasta que al fin, el 16 de julio, entre las dos líneas de trincheras, al aire libre, bajo una coposa y gigantesca ceiba, firman los comisionados de una y otra partes las bases de la capitulación final, comprendiendo en ella todo el territorio de la división de Cuba, conservando sus armas los oficiales, entregando las suyas los soldados."

Los sucesos se desenvolvieron con extraordinaria rapidez. España no había podido comprenderlo así, y cara le costó su obstinación. Muchos de sus hombres en la Metrópoli y en la Colonia pensaron que todo se deslizaría acorde con las pretensiones de perpetuar su dominación en Cuba. La realidad se sobreponía ya a las esperanzas sin fundamento. La pérdida de la Isla para la Península era ineluctable.





## FEDERICO FERNANDEZ CAVADA

Treinta y siete años llevaba vividos Federico Fernández Cavada, hijo de Cienfuegos, al sumarse, de los primeros en la región central de la Isla, al movimiento insurreccional que tuvo su choque inicial en Yara. No era a la sazón aquel animoso cubano un inexperto ni un insignificante. Había aprovechado demasiado bien sus días, y se le tenía por un hombre de positivos merecimientos. ¿Cómo no iba a ser posible que su patria recibiese de él los beneficios de su condición de varón útil?

Se educó en los Estados Unidos de América. Allá hizo carrera en breve tiempo. Llegó a ser comandante del ejército de la Unión. El gobierno de la gran república aprovechó sus servicios en otras manifestaciones importantes de la vida pública. Lo envió de cónsul a Trinidad, la vieja ciudad donde ya el patriotismo cubano tenía altares. El momento histórico en que Federico Fernández Cavada vino a Trinidad y la situación política de esta población tuvieron que pesar de consuno en su ánimo hasta colocarlo en el camino por donde se avanzaría hacia la independencia de Cuba.

En Trinidad conoció Fernández Cavada a Juan Bautista Spotorno. No tardaron mucho en aproximarse, en entenderse, en compenetrarse, fijos sus pensamientos en los dolores de Cuba y en la necesidad de redimirla. La conspiración de los trinitarios no pudo echarse de menos ya en los días en que comenzó a flamear en Oriente la bandera de Carlos Manuel de Céspedes. Por sus pasos contados llegaron los acontecimientos que tenían que llegar cuando hombres como Federico Fernández Cavada soñaban con la emancipación de la patria. Al sonar, en los albores de 1869, la hora del sacrificio en la parte central de

la Isla, Trinidad se pronunció de manera brillante y ostensible. Spotorno fué reconocido como jefe de los sublevados allí. Fernández Cavada lo secundó desde luego y demostró en ocasiones muy repetidas ser un lugarteniente valeroso y dignísimo.

La República de Cuba, ya organizada en Guáimaro, distinguió justamente a Federico Fernández Cavada. En la disposición de las huestes insurrectas, en los instantes difíciles de escoger elementos saludables y elegir jefes competentes y autorizados, su nombre fué colocado entre los de los soldados principales del naciente estado. Muchos y muy importantes resultaron los servicios que prestó a la Revolución desde que tomó las armas en Trinidad hasta que mereció la honra de suceder en el mando de fuerzas al general Thomas Jordan. El gobierno del presidente Céspedes quiso que Fernández Cavada pasase a los Estados Unidos a desempeñar una comisión no menos trascendental que delicada. Cuando él intentó abandonar las playas cubanas, en Cayo Cruz, fué aprehendido por marineros del guardacostas español *Neptuno*. El odio del opresor hacia quien con hidalguía se le había enfrentado era extremado, y, a despecho de las diligencias de la cancillería norteamericana para amparar a Federico Fernández Cavada, el 10 de julio de 1871 fué el valiente campeón fusilado en la ciudad de Puerto Príncipe.



JULIO

11

1525

## SENTENCIA CONTRA VELAZQUEZ

Los odios y las querellas que se desataron en Indias casi a partir de los días mismos del descubrimiento no respetaron personas ni jerarquías. Pasiones mal contenidas, ambiciones desenfrenadas y rencillas de bajo vuelo constituyeron el patrimonio de muchos de los hombres a quienes España dió mando. El mal estaba en la raíz de las instituciones y en el corazón de los elementos integrantes de la sociedad improvisada en los dominios recién hallados por el genio visionario de Cristóbal Colón. Por consiguiente, no era fácil para los bien intencionados enfrentarse con buen éxito a los ejecutores de pésimos procedimientos.

Diego Velázquez de Cuéllar, el animoso varón que llevó a cabo la conquista de Cuba, no logró escapar a las tramas de los elementos perniciosos venidos al Nuevo Mundo. Su nombre, distinguido entre los de los fundadores que a la Isla llegaron, lejos de suponer barrera infranqueable para calumniadores y ambiciosos, fué convertido en blanco de envenenados dardos. El emperador Carlos V, poniendo oídos a quejas de toda índole, no halló inconveniente en designar a Juan Altamirano para que pasase a Cuba con instrucciones de residenciar al adelantado Diego Velázquez de Cuéllar, cuya muerte no fué óbice para que en 11 de julio de 1525 se dictase contra él sentencia condenatoria.

"Ni en la tumba —observó Jacobo de la Pezuela— se libró de un juicio que desde el descubrimiento del continente americano no excluyó a ninguno de los que gobernaron en los nuevos países. Zuazo salió también ileso de este nuevo procedimiento; pero en la sentencia pronunciada en 11 del siguiente julio se condenó al difunto Adelantado en ciertas multas, porque no estableció aranceles e

impuestos en todos los lugares; porque había aceptado presentes y banquetes, consintiendo también algunas exacciones y que se sacaran indios para otras posesiones y luego con Narváez; porque no había, en fin, distribuido con cabal equidad las encomiendas."

No fué una moral pura la que guiaba las determinaciones enderezadas a mancillar el nombre de Diego Velázquez de Cuéllar, teniente gobernador, capitán de los reales ejércitos y adelantado que había sido de Cuba. La ceguedad de los sedientos de oro llegó a extremo tal que no se detuvieron ante nada ni ante nadie. El egoísmo se manifestaba sin freno ni miramientos de ningún género. Lo importante, lo esencial, sobre todo, era hacer imperar el desenfreno, ora violando las normas de conducta más imperativas, ora aplicándolas con rigor excesivo al amparo de sutilezas armadas contra quienes estorbaban. La sentencia que en 11 de julio de 1525 condenó a Velázquez, muerto ya, se dirigió sin duda, más que a manchar su reputación póstuma, a crear un ejemplo amenazador para sus sucesores.



JULIO

12

1895

## MACEO EN LAS VEGAS DE YAO

Antonio Maceo perteneció al número de los hombres incapaces de vivir en la inactividad. Su hoja de servicios durante la guerra de los Diez Años así lo atestiguaba. Al volver a la brega en 1895 no tardó en demostrar a los ojos de propios y extraños que su carácter, el de un varón de espíritu bien templado, seguía siendo el de los días de juventud plena. Desde el momento en que puso el pie en tierra cubana, frente a la hostilidad del enemigo, su resistencia y su acometividad se exhibieron de manera inequívoca y brillante.

Recorrió media campiña oriental. Recordaba las proezas de otros días, lejanos ya, pero inolvidables en el corazón y en la mente de los patriotas. En la primera quincena de julio de 1895 el general Antonio Maceo se internó en los campos bayameses. ¿Cómo allí no iban a acudir a su memoria las hazañas famosas de la Guerra Grande? Mucho debió de pensar el animoso campeón, a través de bosques y praderas, en los hechos salientes de la heroica contienda iniciada por Carlos Manuel de Céspedes. Su ardimiento revolucionario recibió, indudablemente, alientos consoladores al contacto de recuerdos tan luminosos.

"El viernes doce de julio acampó Maceo —narró el general José Miró— en las vegas de Yao, a media jornada del camino real de Manzanillo a Bayamo. Maceo venía a la sazón de Santiago de Cuba, y, por lo tanto, el camino expresado le quedaba al Norte. Conducía las mismas fuerzas que le acompañaron en las últimas excursiones, a saber: la infantería de Rabí, la gente de Quintín Bandera, dos escuadrones del regimiento Céspedes y la escolta del Cuartel General; allí se le unió otro escuadrón al mando de

Masó Parra; por junto 700 hombres de pelea, con municiones suficientes para sostener un combate de dos o tres horas; pero con el embarazo de una impedimenta numerosa constituida por los reclutas que engrosaban diariamente las filas insurrectas, esperando la ocasión de coger un fusil que les diera el rango de combatientes."

En tal situación, acampado en las vegas de Yao, se encontraba el general Antonio Maceo el 12 de julio de 1895. Allí supo que en el pueblo de Veguitas se organizaba un convoy. Aquello comenzó a excitar su fogosidad, ansioso, como se hallaba, de entablar ruda pelea con el adversario. Estaba enfrascado en conjeturas. Las noticias confidenciales que tenía eran contradictorias. En la noche de aquel día llegó el doctor José Nicolás Ferrer, joven médico que iba a prestar sus servicios a la Revolución. Por Ferrer, que poseía informes exactos, se enteró Maceo de que en Manzanillo estaba un bizarro militar español, Fidel Santocildes, presto a salir a operaciones, acaso sólo aguardando el arribo de Martínez de Campos. No necesitaba más el intrépido caudillo insurrecto, y, a partir de los instantes en que quedó informado por Ferrer de la situación y de las probables intenciones del enemigo, no pensó sino en preparar la acometida con que algunas horas después salió al encuentro de aquéllos a quienes venció en Peralejo.



JULIO

13

1812

## LA CONSTITUCION DE LAS ESPAÑAS

El pueblo español fué colocado en el trance de defender su independencia contra la invasión francesa y la ambición napoleónica. Pero no se contentó con emprender y llevar a cabo esta obra patriótica. Sus hombres representativos quisieron también elaborar un código político lo bastante eficaz para elevar la condición de los súbditos de una monarquía progresista. De tales pensamientos y planes salió la reunión de las Cortes en Cádiz.

Cuba fué tenida en cuenta cuando tomó forma y cuerpo la idea de dotar de régimen constitucional a las Españas. Diputados de esta Antilla acudieron a las Cortes de Cádiz: Andrés de Jáuregui y Juan Bernardo O'Gavan, como propietarios, y el marqués de San Felipe y Santiago y Joaquín de Santa Cruz, como suplentes. Uno de éstos, Jáuregui, se vió exaltado a la presidencia de las Cortes. En tanto Jáuregui laboraba intensamente allá su mejor correspondiente en La Habana, el presbítero José Agustín Caballero, seguía en la Colonia los pasos del diputado amicísimo, comentaba en el *Diario de la Habana* las comunicaciones que aquél dirigía a sus comitentes, se mostraba entusiasta afiliado al pensamiento de introducir en la Isla reformas liberales y descentralizadoras y aparecía como autor de un atinado proyecto de gobierno autonómico para Cuba.

La constitución de las Españas fué adoptada en 1812. En 13 de julio de ese año ancló en el puerto de La Habana el bajel de guerra *Cantabria*, conductor oficial de los primeros ejemplares del código político concluido en Cádiz. Con aquellos ejemplares llegaron las órdenes relativas a la publicación y al régimen en este país de la carta fundamental. La novedad era trascendental. Espíritus liberales se sintieron exaltados ante la existencia de una ley

reguladora de las funciones primordiales del Estado y de los derechos y deberes esenciales de los españoles, entre los que se hallaron incluidos los ultramarinos de raza blanca.

La ley de leyes conocida en La Habana el 13 de julio de 1812 fué publicada el 21 y jurada por las autoridades civiles el 25 y por las tropas el 27, todo en medio de la mayor pompa. Al amparo de esta constitución nacieron diputaciones, ayuntamientos y libertades.

Muchas innovaciones jurídicas se hubiesen introducido en Cuba si se hubieran aplicado los preceptos de la constitución de Cádiz en debida forma. Pero se estuvo muy lejos de ello. La primera autoridad de la Isla, Juan Ruiz de Apodaca, se avenía malamente con el espíritu y las tendencias del nuevo código político. Creó obstáculos de todo género a su vigencia efectiva. Prefirió él, según la frase de un panegirista suyo, para librar de perturbaciones a los pueblos, dejar las cosas en su ser antiguo, limi-  
tándose a mudar sus nombres.



JULIO

14

1765

## FUNERALES DE DIEGO ANTONIO DE MANRIQUE

Ambrosio Funes Villalpando, conde de Ricla, insistió en abandonar la capitania general de Cuba hasta lograr que en 17 de enero de 1765 nombrase el Rey para sucederlo al mariscal de campo Diego Antonio de Manrique. El hombre así designado para gobernar la Isla gozaba de excelente concepto en la Corte. Lo mismo en empresas de guerra que en trabajos de razonamiento y de templanza había logrado distinguirse. De los asuntos de Cuba poseía especial conocimiento, entre otros motivos, por el muy significativo de haber formado parte de la Junta de Generales convocada para juzgar y sentenciar en la causa instruida con motivo de la caída de La Habana en poder de los británicos.

Manrique recibió la orden de traer consigo el regimiento de Lisboa, repartido a la sazón en Málaga y presidios de Africa. Se situó en Cádiz. Esperó allí más de dos meses la llegada de los transportes necesarios. Sufrió las molestias de una larga navegación en la fragata *Astrea*, que en 25 de junio de 1765 ancló en La Habana. Hasta el 30 no le entregó el mando Ricla, que para ese tiempo había supuesto hallarse ya en la Corte de regreso, porque quiso apresurar por sí mismo los preparativos de su embarco y el de tropas que lo acompañaban. Así y todo, medio mes después de la entrega del mando todavía Ricla se hallaba en La Habana.

El 13 de julio de 1765 el mariscal de campo Diego Antonio de Manrique, enfrascado en la inspección personal de las obras de La Cabaña bajo los ardores del Sol, casi irresistibles, fué víctima del vómito, una de las enfermedades entonces endémicas en Cuba. El suceso produjo general sentimiento. Sus funerales se llevaron a

cabo con extraordinaria pompa el 14 de julio de 1765. En la iglesia de San Francisco, una de las más antiguas de La Habana, fué dada sepultura al cadáver del notable militar, desaparecido en el cumplimiento de su deber.

La muerte de Manrique ofreció oportunidad para que el ayuntamiento de La Habana pusiese de manifiesto la amplitud de facultades que de antiguo gozó. Los componentes del gobierno municipal se creyeron con atribuciones bastantes para demandar del conde de Ricla que, siquiera interinamente, tomase de nuevo las riendas del Poder. Sin embargo, el requerido se hallaba demasiado ansioso de dirigirse a la Metrópoli, y resueltamente declinó el honor.



JULIO

15

1689

## FUNDACION DE VILLA CLARA

Las depredaciones y los crímenes perpetrados por Jean David Nau o François Nau, llamado también *El Olonés*, en la villa de San Juan de los Remedios obligaron a muchos de los vecinos de la misma a demandar soluciones suficientemente idóneas para ponerlos a salvo de nuevos contratiempos. En las postrimerías del segundo tercio del siglo XVII ellos pidieron con insistencia que se les permitiese trasladarse, a todos en masa, a un asiento más mediterráneo. Pero el resultado de tan repetidas diligencias no asomaban por ninguna parte. ¿A qué se debía la indiferencia o cosa así con que las autoridades superiores de la Colonia y de la Metrópoli permanecían ante los requerimientos de muchos de los moradores de San Juan de los Remedios? ¿Por qué se dejaba aún la villa a la merced de filibusteros y bucaneros?

La causa de la actitud pasiva de los llamados a resolver el conflicto dependió precisamente de los propios habitantes de San Juan de los Remedios. No pensaban de igual suerte todos los peticionarios. Diversas opiniones, acompañadas de apasionamientos extremados, se manifestaban respecto de la solución demandada: quiénes señalaban un lugar para el nuevo asiento, quiénes fijaban otro, quiénes sostenían el criterio de continuar en el paraje donde Vasco Porcallo de Figueroa había hecho levantar las primeras viviendas de la población en el siglo XVI. La cuestión llegó a tener dimensiones alarmantes por las intrigas de dos eclesiásticos fanáticos. Hasta corrió, aceptada ciegamente por no pocos vecinos, la especie de que de los opuestos a la traslación se posesionaba un espíritu maligno.

En medio de tamañas controversias, agitados los ban-

dos contendientes, surgió la creación de otro pueblo en el hato *Santa Clara*. En 15 de julio de 1689 se llevaron a cabo actos suficientes para determinar la fundación de Villa Clara. Al fomento de Villa Clara concurrieron desde los primeros momentos los esfuerzos de treinta y dos familias, el cura José González y algunos regidores. Hubo más: hubo, poco después del 15 de julio de 1689, la imposición oficial con detrimento de San Juan de los Remedios y en obsequio de Villa Clara.

Acababa de tomar posesión de la Capitanía General el maestro de campo Severino de Manzaneda cuando, creyendo que entre los antiguos peticionarios de San Juan de los Remedios todo se reducía a proyectos de traslación, dictó violentas providencias. Envió a San Juan de los Remedios hombres encargados de imponer el cumplimiento de sus órdenes relativas a la mudanza de un lugar a otro. Los agentes de Manzaneda no anduvieron con razonamientos ni contemplaciones. A la oposición que encontraron en muchos vecinos respondieron incendiando varias casas y aprehendiendo a los reacios, para terminar obligando a todos a ejecutar por la fuerza lo que algunos de ellos habían solicitado como una gracia.



JULIO

16

1804

## MITRA ARQUIEPISCOPAL

La pérdida de la colonia de Santo Domingo para España produjo las más variadas consecuencias respecto de Cuba. Las instituciones políticas y religiosas de la mayor de las Antillas se vieron aumentadas, ya en categoría, ya en número. El progreso material del país también recibió notable impulso, pues aquel suceso provocó la emigración a Cuba de elementos valiosos, dedicados aquí a actividades agrícolas y comerciales. Cuanto a lo otro, figuró entre lo sobresaliente la traslación a Santiago de Cuba, a virtud de breve pontificio de 16 de julio de 1804, de los títulos, las facultades y las prerrogativas del primer arzobispado del Nuevo Mundo, mitra cuyo asiento había estado en Santo Domingo.

"Ignórase —observó Jacobo de la Pezuela— por qué razones la nueva diócesis de La Habana, siendo tan superior a la otra en riqueza y en población, no obtuvo sobre la de Santiago aquella preferencia. Es de inferir que ésta la debiese al pensamiento de que pudiese funcionar en aquel pueblo la primera autoridad espiritual con más independencia de la primera autoridad temporal, a la cual la del Patronato Real era inherente. Como quiera, acaso por ser la más antigua y prelado más antiguo también que el de La Habana, el don Joaquín Ozés, que la regía, declaró arquiépiscopal la mitra de Santiago de Cuba, contando desde esa declaración por sufragáneas a las de La Habana y Puerto Rico."

Lejos de constituir aquella novedad un motivo de regocijo para los habitantes de Santiago de Cuba, fué desde luego causa de incidentes muy desagradables. El hombre que resultó arzobispo de la nueva metrópoli católica estaba poseído de un delirio de grandeza y de un carácter

impetuoso en verdad insufribles. Conocido era todo ello de la población que lo soportaba. Pero fueron tales sus intemperancias y pretensiones a raíz de la imprudente exaltación de que lo hizo objeto el Vaticano que no consideraciones ni miramientos, sino execraciones, se dirigieron sobre su persona.

No se trataba, después de todo, en el asunto de la traslación de la metrópoli católica, apostólica y romana de las Antillas, de elevar la categoría de una persona. Pudo verse en el fondo el deseo de atender los intereses religiosos de Cuba, poniéndolos bajo una dirección inmediata de mayor monta que la hasta entonces existente en la Isla. El imperioso Ozés, al desaparecer, se llevó consigo los obstáculos, las cortapisas y las incidencias infaustas a que había dado ocasión y pábulo. La providencia que, teniendo en cuenta el estado de La Habana y el de Santiago de Cuba, no se vió bien explicada y mucho menos justificada acabó por quedar convalidada por el tiempo.



JULIO  
**17**  
1898

## LA PLAZA DE SANTIAGO DE CUBA

La paz entre españoles y norteamericanos, por lo que tocaba a la llamada división de Cuba, quedó concertada el 16 de julio de 1898. En el día siguiente, el 17 de julio de 1898, a las nueve y media de la mañana, tuvo efecto la entrega de la plaza asediada. La ceremonia del caso se verificó en la altura frente al fuerte de Canosa. Shafter, por los norteamericanos, y Toral, por los españoles, fueron los encargados de presidir acto de tanta significación. El general vencedor apareció rodeado de numeroso séquito de mar y tierra. Ante todos, en medio de imponente solemnidad, desfiló la reducida parte del ejército vencido que representaba en aquellos momentos a cuantos habían defendido la ciudad bombardeada.

A la ceremonia desarrollada a la altura del fuerte de Canosa se adelantó el cambio de banderas en las fortalezas de la plaza. Al compás de veintiún cañonazos fué arriada la enseña de la nación descubridora en Punta Blanca. La aparición de la insignia de las barras y las estrellas en el castillo de El Morro y en la casa del Gobierno, segundos después, anunció ostensiblemente el advenimiento del orden de cosas impuesto por la fuerza de las armas.

Todavía en medio del desastre, aplanados al parecer sus ánimos por tanta desgracia para su pabellón, hijos de España no quisieron o no pudieron ocultar su resentimiento. Sin que ello constase en los escritos de la capitulación, lograron del vencedor norteamericano una merced dirigida a inferir una postrer ofensa, o a tomarse una venganza pobrísima, a costa de los libertadores cubanos. El general Shafter, acaso no vuelto aún de las zozobras a que estuvo sometido durante el sitio y bom-

bardeo de la ciudad oriental, no supo adoptar ni mantener la actitud adecuada. El adversario de la vispera debió de insinuar, de insistir, de encarecer, en fin, para arrancarle lo que en suma le arrancó.

La conducta observada por el general Shafter frente a las demandas de torpe venganza del vencido desembocó en el inexplicable e insólito hecho de que no se reservase puesto a ningún jefe cubano para presenciar la entrega de la plaza. El general Calixto García se enteró con justa indignación de la forma en que el acto iba a realizarse, y adoptó la actitud que cuadraba a hombre de su temple y de su prestigio ante novedad tan incalificable. Expresó, en conferencia reservada con el general norteamericano, su sorpresa, por lo mismo que la cooperación de las fuerzas insurrectas había determinado allí el buen éxito de la breve campaña, y se despidió, para abandonar la zona pacificada y volar a la de Holguín en busca de españoles no comprendidos en la capitulación con quienes medir sus armas.



JULIO

18

1898

## GESTIONES DE PAZ

La destrucción de la escuadra de Cervera y la rendición de la plaza de Santiago de Cuba pudieron más que toda experiencia y todo razonamiento para convencer a España del fin inevitable de su dominación en América. Aquellos sucesos se desarrollaron con demasiada celeridad, y la potencia europea estuvo en seguida penetrada de que su situación se agravaba por momentos. El índice de la fatalidad estaba señalando a la nación descubridora del Nuevo Mundo el único camino que podía seguir en circunstancias tan difíciles: la concertación de la paz, cualesquiera que fuesen los términos en que pretendiera imponérsela el vencedor.

En el día siguiente al de la consumación de la caída de Santiago de Cuba en poder de las fuerzas norteamericanas tomó España la iniciativa de la paz. La prisa dada a gestiones de tanta trascendencia fué grande. El gobierno de la República Francesa quedó por España elegido para servir de intermediario entre las dos naciones en guerra. El 18 de julio de 1898 el duque de Almodóvar del Río, ministro de Estado, se dirigió al embajador de España en París, por telégrafo, en el sentido de que diese los primeros pasos encaminados a iniciar las negociaciones con los Estados Unidos.

El duque de Almodóvar del Río pidió al embajador León y Castillo que, por lo mismo que juzgaba hacedero que el gobierno francés ayudase al español para llegar hasta el norteamericano, averiguase si el embajador de Francia en Wáshington podía presentar al secretario de Estado, William R. Day, una comunicación del gobierno de España, dirigida al presidente de los Estados Unidos, invitándolo a poner término a la situación angustiosa de

la isla de Cuba. Francia aceptó el papel de intermediaria y autorizó a su embajador en Wáshington para desempeñar el cometido que deseaba confiarle España. Jules Cambon, que estaba encargado de los negocios de España en los Estados Unidos como embajador de Francia, había de ser quien presentase en la forma de estilo a la nación norteamericana el requerimiento de su enemiga a la sazón para llegar a la paz.

El argumento principal aducido por el ministro de Estado de España consistía en la necesidad de suprimir los padecimientos impuestos por la guerra a los habitantes de la Isla. Agregaba que, bloqueado el país, imposible era para la Metrópoli enviarle medios de subsistencia. La primera proposición aparecía atenuada por los términos de la segunda. Pero hasta entonces España no había visto las consecuencias inhumanas y desastrosas de la lucha que sostenía en Cuba contra los patriotas que se sacrificaban y morían por crear un estado libre y soberano.



JULIO

19

1797

## BRITANICOS EN CASILDA

Entre alternativas de acontecimientos felices y sucesos infaustos se desarrollaba la vida de Trinidad en las postrimerías del siglo XVIII. La antigua ciudad lo mismo recibió por entonces impulsos decisivos para su progreso que experimentó quebrantos duros. En 15 de marzo de 1793, verbigracia, un incendio violentísimo convirtió en cenizas ciento ochenta y tres de sus casas. Sin embargo, pronto logró reponerse de tan grave desgracia, como si estuviera, efectivamente, predestinada a conocer casi a un tiempo la bienandanza y la adversidad.

En el número de los adelantos alcanzados en aquellos días por Trinidad se encontró su elevación a tenencia de gobierno. Se apreciaba su importancia incuestionable, pues era grande el movimiento comercial allí desarrollado. Las autoridades coloniales tuvieron para la ciudad y su jurisdicción iniciativas saludables, como sin duda lo fué la mencionada. También se proveyó la nueva tenencia de gobierno de elementos defensivos. Además, tuvo la buena suerte de ser manejada por hombres prudentes, animosos y justos. El teniente coronel Luis Bassecourt, el primero en ocupar la tenencia de gobierno recién creada, fué uno de esos varones de mérito.

"Dedicábase allí este jefe con afán — escribió Jacobo de la Pezuela— a adiestrar las milicias cuando, a las diez de la mañana del 19 de julio, los vigías de Puerto Casilda le avisaron la aparición de una fragata de guerra y dos bergantines enemigos. Tocóse inmediatamente generala, acudiendo sin retardo la poca milicia de la ciudad y sus contornos, unos cuatrocientos hombres muy desigual e incompletamente armados. A su vista dieron al día siguiente caza y apresaron los ingleses, aunque no sin

porfiada resistencia, a un corsario español del mismo puerto y a una embarcación francesa. Con ambas presas, a pesar del vivo fuego de la batería de Casilda y de las milicias allí apostadas por Bassecourt, y aunque por algunas horas se le varase la fragata junto a los arrecifes del llamado Cayo Blanco, también se empeñaron los ingleses en apoderarse de varios buques mercantes refugiados en el fondeadero y desamparados por sus tripulaciones desarmadas."

Los británicos fueron contenidos por las medidas oportunas de Bassecourt, que, arreciando el fuego desde la plaza y aprovechando la resolución de sus milicianos, amenazó con avanzar al abordaje en las lanchas allí reunidas. Los servidores de la Gran Bretaña se apresuraron a salir del puerto. Experimentaron algunas pérdidas. Los de Trinidad no sufrieron ninguna. Pedro José Armenteros, el alcalde José Mariano Borrel, el regidor Juan Padrón y Jaime Max secundaron bizarramente a Bassecourt. La intrepidez con que todos acudieron a oponerse al enemigo en 19 de julio de 1797 suplió las deficiencias del puerto de Casilda, tan en peligro en aquella ocasión.



JULIO

20

1808

## JURAMENTO DE FIDELIDAD A FERNANDO VII

Más de dos meses habían corrido, en el curso de 1808, después de iniciada en España la lucha heroica contra la invasión de los ejércitos de Napoleón I, cuando llegaron a La Habana las primeras noticias de lo que por allá ocurría. La sorpresa no pudo ser de mayor magnitud. Las autoridades de la Colonia ignoraban en absoluto la existencia de novedades de tal índole. ¿Cómo no sorprenderse si sus enemigos de la hora entonces presente, los franceses, eran sus aliados de la vispera?

El marqués de Someruelos, que gobernaba la Isla, se enteró de los acontecimientos desarrollados en la Península por el intendente Juan de Aguilar Amat, que arribó al puerto de La Habana el 17 de julio de 1808. Comenzó sin pérdida de momento a tomar las providencias que las circunstancias aconsejaban. Llamó a su gabinete al general Villavicencio, al obispo Juan José Díaz de Espada y Landa, al teniente rey Francisco Montalvo y a otros asesores del poder colonial. Se abstuvo de considerar por sí solo las trascendentales cuestiones que aquellos sucesos planteaban. Le pareció prudente y útil aconsejarse y meditar sobre lo que había de hacerse, aunque sin dilatar ni mucho ni poco la adopción de una línea de conducta.

Los elementos reunidos en torno al marqués de Someruelos deliberaron ampliamente. El caso, en su estudio y para la solución que debía dársele, no ofrecía dudas de ningún género. Todos comprendieron que su deber consistía en estar al lado de los que en España peleaban ya por la independencia nacional, de hecho desaparecida con el advenimiento de la situación creada por Napoleón Bonaparte. Los acuerdos de la junta fueron condensados y puestos de manifiesto en la declaración de guerra a los

franceses, en una alocución enderezada a excitar a los habitantes de la Isla para que se apresurasen a contribuir al triunfo de las armas españolas y en el despacho de rápidos avisos de las ocurrencias de la Península a Veracruz, Cartagena, San Agustín de la Florida y otros lugares de la América hispana.

Hubo otro acuerdo, de gran efecto en la conciencia de los habitantes de la Colonia, ligados por lazos al parecer indestructibles a la Metrópoli: el acuerdo de proclamar en toda la Isla a Fernando VII como rey de España y sus dominios y llevar a cabo el juramento de fidelidad al nuevo monarca. Esta determinación fué una de las más oportunas que concibieron Someruelos y sus asesores para enardecer el espíritu público. Los tiempos que corrían y el estado político existente en Cuba resultaban propicios a la realización del acto convenido. De ello abundaron pruebas en el país entero. En La Habana el juramento de fidelidad a Fernando VII, el 20 de julio de 1808, provocó transportes de entusiasmo por la causa abonada ya con el heroísmo de Luis Daoiz, Pedro Velarde y Rafael Arango.



JULIO

21

1895

## LA OPINION NACIONAL EN EL URUGUAY

Uno de los puntos cardinales del pensamiento político de Martí en relación con la independencia de Cuba fué la América latina. El forjador de la unidad de los revolucionarios de la Isla trabajó por la solidaridad de las Antillas. Pero aspiró a más: aspiró a que la causa de su patria sirviese de motivo para hacer una demostración de cooperación hemisférica. De ésta esperaba Martí resultados felices para Cuba.

Los dirigentes del movimiento separatista de Cuba mantenían fijadas sus miradas en las naciones latinoamericanas con el propósito de percibir el efecto que en ellas producía la guerra iniciada en la Isla el 24 de febrero de 1895. Lo que en cualquiera de las repúblicas del Continente situadas al Sur del Río Grande se pensase e intentara respecto de esta Antilla tenía importancia especial para los que batallaban por su emancipación. Desgraciadamente, la América latina no se mostraba entusiasmada con la nueva lucha bélica desarrollada en Cuba. España había recobrado demasiados afectos y consideraciones entre los rectores de sus antiguas colonias, y éstos cuidaban de no enfriar sus relaciones con la potencia europea que había dejado de ser la metrópoli de la mayor parte de los países del Nuevo Mundo.

En la República Oriental del Uruguay existían antecedentes favorables a la causa cubana. Estos precedentes debían de influir en la actitud del gobierno y del pueblo de la noble nación del Sur. Sin embargo, a mediados de 1895 la opinión oficial no concordaba allí con la popular acerca de la grave cuestión antillana. La opinión oficial se inclinaba a observar una conducta que no dañase las relaciones comerciales con España, muy importantes por

el mercado cabalmente de la Isla, donde se consumía mucho tasajo uruguayo. La opinión popular era afectada a la independencia de la tierra que de nuevo padecía y sangraba. Un cubano residente en Montevideo, Ramón Valdés García, informó en 21 de julio de 1895 a sus compatriotas situados en Nueva York:

"La opinión nacional es aquí decididamente adepta a la causa de Cuba, y creo que podrían obtenerse no sólo manifestaciones de adhesión, sino también algunos recursos pecuniarios, siempre que al hacerlo se procediera autorizados por ese comité."

El cubano que así habló desde Montevideo a los revolucionarios organizados en Nueva York añadió que era difícil lograr una actitud del gobierno del Uruguay acorde con la de su pueblo, evidentemente favorable a la causa de la Isla. El Uruguay oficial no quería perder las ventajas de su comercio con España, vinculadas en el mercado de Cuba. En cambio, el Uruguay popular, el Uruguay que sólo consultaba sus sentimientos, se hallaba en disposición de apoyar a Cuba moral y materialmente. De ambas líneas de conducta la segunda era la sincera. La opinión nacional en el Uruguay constituía uno de los sostenes espirituales del derecho que en la lucha contra el poder colonial movía a los cubanos.



JULIO

22

1779

## BANDO DE GUERRA CONTRA LA GRAN BRETAÑA

La paz de Versalles, devolviendo La Habana a los españoles, aparentemente abrió un paréntesis de sosiego y armonía entre la nación descubridora del Nuevo Mundo y la Gran Bretaña. Ambas potencias se dedicaron a cuidar sus colonias. Pudo creerse que habían desechado de una vez para siempre el pernicioso sistema de hacer chocar casi de continuo sus armas. Acaso no faltó quien estuviese persuadido de que una nueva era, por entero consagrada al trabajo, estaba desarrollándose y que no volverían a repetirse las luchas que tanto encono habían cobrado desde los días en que se juraron odio y guerra feroces Felipe II e Isabel de Inglaterra.

Poco más de tres lustros duró aquella situación de paz y mutuo respeto. Dieciséis años después de la devolución de La Habana por los británicos, nuevos y casi inesperados acontecimientos provocaron la renovación de las hostilidades. De una manera indirecta, pero irremediabilmente, llegaron las viejas rivales a encontrarse otra vez frente a frente. El antagonismo que muchos suponían desterrado resurgió fiero y amenazador.

Benjamín Franklin representó hábilmente a los Estados Unidos de América en la corte de Versalles. Sus gestiones culminaron en la conclusión de un tratado de paz y comercio entre Francia y la nueva república. Este suceso tuvo caracteres de agresión por parte de Francia a la Gran Bretaña.

"Aunque los dos gabinetes —señaló un historiador— recurrieron para arreglar sus desacuerdos a la intervención del rey de España, prevaleció sobre los esfuerzos del buen monarca el antagonismo político de las dos naciones. Los mayores y más trascendentales intereses de su pueblo

prescribían a Carlos III la más rigurosa neutralidad en una lucha mucho más temible aún por el choque de las ideas que por el de las armas. Y tan gran verdad no se ocultaba a consejeros tan previsores e ilustrados como los condes de Floridablanca y de Aranda, que dirigían a la sazón sus relaciones exteriores. Pero fué harta desventura que, mientras Floridablanca se desentendía con sagacidad y firmeza de las obligaciones que imponía a España el antiguo y funesto pacto de familia, la misma Inglaterra, tan interesada a la sazón en no aumentar el número de sus enemigos, se preparase ostensiblemente en Asia y en América a hostilizar a las posesiones españolas sin escuchar las justas reclamaciones de su embajador en Londres."

Si, efectivamente, la Gran Bretaña estaba interesada en no buscarse nuevos adversarios, equivocó el camino. Los sucesos apuntados fueron seguidos de otros no menos provocativos para España, llegando hasta infringir con demasiada frecuencia, como en obediencia a un sistema estudiado, las leyes más elementales de la neutralidad. La ruptura no se hizo aguardar. En 22 de julio de 1779 se pregonó en La Habana el bando de la guerra contra los británicos, novedad ya aguardada por la Colonia, bien enterada de cuanto ocurría entre las viejas rivales europeas.



JULIO

23

1774

## FUNDACION DE FILIPINA

Hasta bien entrado el siglo XVIII el extremo occidental de Cuba contó sólo con la iniciativa y el esfuerzo de sus escasos moradores para el sostenimiento propio, con frecuencia en peligro. Eran sus vegas de tabaco ya conocidas y apreciada la excelencia de la hoja nicotiana que su suelo producía. Sin embargo, la comarca se hallaba excluida de la comunión civil y social de la Isla, casi a la merced de los excesos de la piratería y abatida por la incultura, el abandono y la despoblación. Se echaba de menos la acción generosa y reflexiva de un gobernante capaz de medir las consecuencias del mal que imperaba y los beneficios ofrecidos por el remedio aplicable.

La aguda penetración de Felipe de Fonsdeviela, marqués de la Torre, descubrió, a poco de abarcar con una concepción clara los problemas que mayor interés entrañaban respecto del progreso de la Isla, la necesidad y conveniencia de que el Gobierno llevase sus iniciativas y actividades al occidente cubano. La injusticia del olvido casi absoluto en que había permanecido por parte de las autoridades, la noticia en extremo satisfactoria que se tenía acerca de su especialidad en la producción del mejor tabaco y el giro que al cultivo y comercio de éste quiso darse determinaron a Fonsdeviela, en las postrimerías del tercer cuarto del siglo XVIII, a deparar vida civil a la región del Poniente.

El marqués de la Torre, por decreto de 23 de julio de 1774, creó la jurisdicción de Filipina, nombre debido al suyo, y mandó erigir a orillas del Cuyaguaje la población que serviría de cabecera a la comarca, que contaba con dos mil seiscientos diecisiete habitantes, diseminados en todo el territorio comprendido entre el río de Los Pa-

lacios y el cabo de San Antonio. La jurisdicción nació con categoría de tenencia de gobierno, y fué nombrado para regirla Antonio Fernández, capitán de dragones de América.

La vida de la comarca occidental de la Isla estuvo totalmente vinculada en aquellos acontecimientos, relativos con especialidad a Guane, cabecera entonces de la jurisdicción de Filipina. En el entretanto iba formándose en Filipina otra población: la de Pinar del Río. ¿Daba el caserío situado en las márgenes del Guamá a fines del siglo XVIII señales de existencia? Según la tradición, el partido de Pinar del Río iba teniendo una pequeña aldea entre el río Guamá y el arroyo Galeano. Pero esta aldea en 1774 apenas tenía más importancia que la que el marqués de la Torre quería ver crecer en Guane con el nombre de Filipina.



JULIO

24

1731

## SUBLEVACION DE ESCLAVOS EN EL COBRE

Al descubrimiento de minas de cobre a tres leguas de la ciudad de Santiago de Cuba, hallazgo debido a Hernández Núñez Lobo en el siglo XVI, no tardó en suceder su laboreo. Se inició con negros esclavos adquiridos por cuenta del rey de España. Merced a la riqueza subterránea encontrada y al empleo de numerosos elementos en el beneficio de la misma, empezó a formarse el pueblo denominado Santiago del Prado del Cobre. Quienes apreciaron allí la existencia del cobre en grandes cantidades estuvieron acertados. El tiempo se encargaría de confirmar hasta los juicios más optimistas y halagüeños.

Las minas de El Cobre en los primeros períodos de su explotación pasaron por las más variadas vicisitudes. La administración de aquella industria se halló alternativamente en manos de agentes del Gobierno y de empresarios particulares. Uno de éstos, Juan Eguiluz, acabó por no poder cumplir las condiciones del contrato celebrado. Los delegados reales, en consecuencia, se apoderaron de los bienes dados por Eguiluz en garantía, y en la masa de los mismos se contaron doscientos setenta y cinco esclavos: hombres y mujeres y negros y mestizos.

Los funcionarios de Santiago de Cuba pusieron escaso celo en el cuidado de las minas al tomar el manejo de cuanto a ellas concernía y cuanto había quedado allí procedente de Eguiluz. Un abandono absoluto, una negligencia imperdonable y un desdén culpable se exhibieron en torno a la gestión de los gobernadores de la región oriental de Cuba respecto de la riqueza natural confiada a su administración. Las consecuencias de tal conducta no podían sino ser funestísimas. Era muy exagerado el desprecio con que aquellos agentes de la Corona obser-

vaban los intereses públicos cuya guarda les estaba encomendada. A ningún espíritu previsor podía escaparse el peligro que todo ello entrañaba.

Los esclavos incautados a Eguiluz no fueron una excepción en el procedimiento seguido por los funcionarios de Santiago. No hubo para aquéllos sino un tratamiento pésimo, generador de violentas actitudes de defensa y venganza. Si no quisieron o no pudieron preverlo los llamados a ello, la realidad se encargó de demostrarlo plenamente. El 24 de julio de 1731 los esclavos de Santiago del Prado del Cobre se sublevaron, proclamándose libres. Entonces, aunque tampoco con mucha diligencia, vinieron las autoridades a tomar las medidas que el buen juicio aconsejaba, vistas las cosas, por supuesto, desde el punto de mira del orden jurídico a la sazón imperante. El coronel Pedro Jiménez, que gobernaba en Santiago de Cuba, logró sofocar por el momento la insurrección, pero no pudo borrar las huellas de tan grave suceso.



JULIO

25

1515

## FUNDACION DE SAN CRISTOBAL DE LA HABANA

Algo más de tres años habían corrido desde la iniciación de la conquista de Cuba, y ya, al mediar el de 1515, dejaba Diego Velázquez de Cuéllar fundadas las villas de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, San Salvador del Bayamo, Santiago de Cuba, Trinidad, Sancti Spiritus y Santa María del Puerto del Príncipe. Velázquez, teniente gobernador de la Isla y capitán de los ejércitos reales, tuvo empeño en dar cumplimiento a los designios generadores del encargo a él confiado. En un período relativamente corto llevó a cabo el establecimiento de seis poblaciones en la mitad oriental del país, después de vencer la resistencia opuesta por el bravo cacique Hatuey, condenado a perecer en la hoguera. También, en los primeros días de vida de la Colonia, Velázquez se vió en el trance de sostener enfadosas luchas con los propios castellanos.

En medio de una labor tan compleja no desatendió Diego Velázquez de Cuéllar el propósito de extender el imperio de su autoridad por el resto de la Isla. Continuó hacia el Poniente a poco de trasladar el asiento de su gobierno de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa a Santiago de Cuba. Por cierto y exactísimo tenía él que necesitaba clavar en la región occidental, aun cuando no fuese en el extremo mismo ocupado por los cacicazgos de Guaniguanico y Guanahacabibes, el estandarte de la conquista castellana. Tremendas jornadas tuvo que realizar a través de selvas, colinas y terrenos anegadizos.

El 25 de julio de 1515 ya pudo considerar Velázquez de Cuéllar logrado su intento. Fué aquel día, festividad de San Cristóbal, cuando, según la tradición, fundó la villa que llamó San Cristóbal de la Habana, en el

cacicazgo de este último nombre, junto al río de Güines, Mayabeque u Onicajinal, en la vertiente meridional del país. Instaló la nueva villa, la séptima y última de las creadas en Cuba por él, con las formalidades propias de tales casos, nombró teniente a guerra a Pedro de Barba y dió encomienda de indios a algunos de sus seguidores.

La suerte quiso que no pasara de un hecho absolutamente circunstancial la existencia de la villa de San Cristóbal de la Habana en las inmediaciones del Güines, Mayabeque u Onicajinal. Ya por una causa, ya por otra, la nueva población se trasladó poco después a las inmediaciones del río Casiguaguas o Chorrera. Mas tampoco allí se prolongaría su vida. Quizá merced a razones idénticas a las que hicieron imposible o difícil el sostenimiento de la población en la vertiente meridional, los hombres que la fomentaban decidieron buscar mejor sitio para la fundación definitiva de San Cristóbal de la Habana, como, efectivamente, lo buscaron, encontrándolo en el litoral del Puerto de Carenas, donde en 16 de noviembre de 1519 debió de reunirse el cabildo municipal y celebrarse una misa como solemnidades dignas de un hecho a que se atribuía especial importancia.



JULIO

26

1762

## MUERTE DE PEPE ANTONIO

La vida de José Antonio Gómez y Bullo-  
nes, nacido en Guanabacoa a mediados  
de 1707 y conocido en la tradición y en la  
historia de su país con el nombre de *Pepe Antonio*, no  
hubiese pasado de ser una de tantas, sin relieve singular,  
de no haberle deparado la suerte la oportunidad de poner  
de manifiesto hasta dónde era capaz de llegar por su  
denuedo y su entereza. La invasión de La Habana por  
los ejércitos británicos en 1762 ofreció conyuntura favo-  
rable al desarrollo de la acción y las aptitudes del alcalde  
provincial de Guanabacoa.

"Cojimar —escribió Francisco Calcagno— fué el tea-  
tro principal de sus heroicidades: allí, con su segundo,  
el teniente Ruiz, de Villaclara, y con su cuadrilla de va-  
lientes campesinos, los más a su costa armados de ma-  
chetes, afrontó los cañones británicos, y diversas veces  
destrozó y puso en desordenada fuga las aguerridas hues-  
tes de Albión. El 18 de junio remitió a Prado once pri-  
sioneros; el 23 hizo cuatro y doce negros de Jamaica; el  
5 de julio les quitó la mayor parte del ganado, haciéndoles  
varios muertos; el 16 los obligó a evacuar la villa; pero  
fué su hazaña principal la del 12, en que arremetió a las  
avanzadas inglesas, les mató 26 hombres, tornando el  
día 13 a la plaza con 83 prisioneros..."

Todos, propios y extraños, amigos y enemigos, admi-  
raron las proezas realizadas por *Pepe Antonio* en poco  
más de un mes. Personificó la conducta de esforzada  
lealtad observada por los cubanos para con España frente  
a la agresión británica. *Pepe Antonio* fué uno de los  
criollos, y entre éstos descolló, que creyeron, sin vacila-  
ciones ni decaimientos, que su deber ineludible consistía

en coadyuvar a la defensa de los intereses atacados por la Gran Bretaña en Cuba.

La envidia apareció para herir de muerte al héroe de Guanabacoa. Lo que la metralla británica no había logrado lo consiguieron ciertos servidores de la causa española. El coronel Carlos Caro, a cuyas órdenes se hallaba *Pepe Antonio*, quiso hacer apurar las mayores amarguras al lugarteniente que eclipsaba su nombre. Lo llamó a Jesús del Monte. Lo increpó. Lo trató con aspereza indigna de su conducta. Y esto causó tal efecto en el animoso guerrillero que, para repetir las palabras de un historiador, murió de pesadumbre, el 26 de julio de 1762, poco después de habersele quitado el mando de una fuerza creada, armada y organizada sin auxilio alguno extraño y sólo por su diligencia e intrepidez.



JULIO

27

1859

## REFORMA DEL REGIMEN MUNICIPAL

Doscientos ochenta y cinco años, con sólo algunas interrupciones circunstanciales, estuvieron rigiendo en Cuba las ordenanzas municipales del oidor Alonso de Cáceres. Este cuerpo legal satisfizo grandes exigencias públicas a lo largo de cerca de tres siglos. Aunque las leyes dictadas para Indias se hallaban inspiradas en principios tendientes a satisfacer necesidades y conjurar conflictos de toda índole, con frecuencia se veía perturbada la normalidad de los gobiernos locales por causas que se juzgaron debidas al sistema de normas creado para dirigirlos.

La dominación de los británicos en La Habana, el régimen constitucional nacido de las Cortes de Cádiz en 1812 y las ligeras innovaciones introducidas en la organización institucional de los gobiernos locales en el curso del segundo cuarto del siglo XIX fueron otras tantas alteraciones experimentadas por las ordenanzas municipales de La Habana y de los demás pueblos de Cuba compuestas por Alonso de Cáceres. Pero la masa de sus preceptos, lo fundamental del sistema, quedó siempre en pie. La acción del tiempo y la evolución social eran incapaces para destruir el monumento legislativo formado por el famoso oidor de la audiencia de La Española o Santo Domingo.

A poco de entrar en la segunda mitad del siglo XIX Cuba fué objeto de la atención de la Metrópoli por lo que tocaba a lo esencial de sus instituciones municipales. En 27 de julio de 1859 fué dictado un real decreto para la organización y régimen de los ayuntamientos de la Isla. Hasta entonces no dejaron de regir totalmente las ordenanzas municipales redactadas en 1574. Con razón se habló de la inmovilidad institucional en que se mantuvo Cuba desde el siglo XVI hasta el XIX.

La legislación ideada por Alonso de Cáceres tenía que adolecer al cabo de tanto tiempo de deficiencias sustanciales. No en vano habían corrido casi trescientos años. Pero el remedio aplicado a los males así existentes tuvo mucho de contraproducente. El inspirador de la nueva organización municipal, el capitán general José Gutiérrez de la Concha, pertenecía, observado desde el punto de vista cubano o de su manera de ser en Cuba, al partido de los intransigentes, de los reaccionarios, y en sus cálculos y ajustes no cabía otra idea que la del criollo subyugado. Necesariamente su intervención en la reforma de las instituciones locales de la Isla resultó restrictiva de las transformaciones liberales y progresistas que debieron haberse operado.



JULIO

28

1898

## DESEOS DE ESPAÑA

La fuerza del derecho con que los cubanos clamaban por la independencia patria nunca fué bastante para disuadir a España de sus designios de dominio perpetuo en la mayor de las Antillas. La Metrópoli careció de capacidad para conducir las aspiraciones de la Colonia. Se obstinó en exhibir los títulos de la llamada integridad del territorio nacional, que comprendía a España y todas sus posesiones ultramarinas. Las propagandas pacíficas y las actitudes violentas no sirvieron a los cubanos durante mucho tiempo para ver colocarse a España en condiciones significativas de un cambio de ideas y de procedimientos.

Las cosas variaron de matiz y de orientación a impulsos del derecho de la fuerza de que solían hablar los prácticos. La ingerencia armada de los Estados Unidos torció en pocos días el rumbo de la política española respecto de Cuba. Ya se vió cómo al siguiente de la caída de Santiago de Cuba en poder de los norteamericanos el ministro de Estado de España tomó la iniciativa de entablar negociaciones de paz. Los preliminares se desarrollaron tan de prisa como el estado a que había llegado la guerra demandaba. El duque de Almodóvar del Río, apenas enterado de que su intención era conocida en Wáshington, se expresó, en telegrama dirigido el 28 de julio de 1898 al ministro de Relaciones Exteriores de Francia por conducto del embajador de España en París, en estos términos:

"El Gobierno de España estaría dispuesto a aceptar, no sólo el procedimiento que asegure pacíficamente a Cuba el destino que quiera darle la mayoría de sus habitantes, sino cualquiera otra solución que conduzca a la pacificación de la Gran Antilla. Este Gobierno escu-

charía reconocido una respuesta del señor Presidente de la República que le permitiera discutir dignamente esta solución y cualquiera otra que pueda ser requerida como consecuencia de la guerra, suspendiendo desde luego el inútil sacrificio de la salud y de la vida, no sólo de los combatientes, sino también de aquellos que en uno y otro campos mueren indefensos y extenuados en presencia de la contienda. Entiende este Gobierno que con esto se ofrecen los más amplios horizontes para que el Presidente de la República pueda concretar las bases de mutua inteligencia y acordar desde luego la suspensión de hostilidades."

El mismo 28 de julio de 1898 creyó el ministro de Estado de España que estaba en el caso de agregar algo a lo que había expresado como para que sirviese de base a las deliberaciones. En despacho expedido con igual destino que el anteriormente citado, Almodóvar del Río aclaró conceptos y señaló orientaciones. Sentó que en la guerra entre España y los Estados Unidos había que distinguir el fin de ella y los medios empleados para conducirla, apreciando que lo primero, el fin, era la separación de Cuba de los dominios de la corona española, y lo segundo, los medios, consistía en los ataques a otras dependencias coloniales de su nación. Entonces se manifestaron nuevos deseos de España respecto de Cuba. Al significar el ministro de Estado que la Metrópoli aceptaba la solución que en lo tocante a la Colonia pluguiera a los Estados Unidos, ya la independencia absoluta, ya la independencia bajo un protectorado, ya la anexión a la república norteamericana, no tuvo empacho en declarar categóricamente que España prefería lo último, la anexión definitiva, por considerar que así iban a quedar mejor garantizadas las vidas y haciendas de sus súbditos en la Isla establecidos o fincados.



JULIO

29

1896

## JUAN BRUNO ZAYAS EN LA JAIMA

En la guerra iniciada en 1895 Cuba tuvo en Juan Bruno Zayas y Alfonso a uno de los hombres nuevos que la sirvieron con mayor eficacia. En el ejercicio de la medicina había acendrado sus sentimientos. Sus convicciones lo llevaron a las filas de la Revolución. Junto a Maceo, durante tres meses, desde diciembre de 1895 hasta marzo de 1896, fué de los que consumaron la Invasión: fué de los que, tras marchas gloriosas, firmaron en Mantua el acta célebre que declaró terminada la proeza planeada por los próceres de la libertad.

El aprecio en que Maceo tuvo la capacidad técnica y moral de Zayas se exhibió en las órdenes que aquél transmitió a éste en marzo de 1896 para que marchase a Las Villas. Desde lejos el Lugarteniente observó cómo el noble médico, convertido en guerrero por amor a su patria, era uno de sus excelentes discípulos. Zayas, a semejanza de Maceo, era un general insurrecto que hacía sentir su presencia a los españoles.

El general Juan Bruno Zayas se hallaba a fines de julio de 1896 en la provincia de La Habana. Lo espoléaba el pensamiento de pasar a la región pinareña, a fin de nutrir las huestes del Lugarteniente General del Ejército Libertador. Conocía la brecha por donde Antonio Maceo había logrado internarse en Vuelta Abajo para realizar la segunda invasión. Acariciaba la esperanza de seguir el propio itinerario. Todos sus planes tendieron a ver coronada felizmente aquella aspiración de su alma. Juzgaba que, de llevar a cabo su proyecto, la prestación de sus servicios redundaría en el mayor provecho para Cuba.

Encontró sitio propicio a la ejecución de sus afanes.

En 29 de julio de 1896 estaba el general Juan Bruno Zayas en La Jaima, lugarejo perteneciente a Gabriel. Tenía allí buena situación tanto por lo que tocaba a su orientación como respecto del enemigo. Pero no faltaron indiscretos que, informados de los propósitos y de las condiciones del general Zayas y movidos por un entusiasmo inútil, se ocupasen, en la ciudad de La Habana, con el comentario insistente de lo que se fraguaba por el caudillo. Los alardes de fe y optimismo de quienes así procedieron como para hacer patente su adhesión a la causa revolucionaria fueron funestísimos. El eco de cuanto se hablaba en la calle subió a los salones de la Capitanía General. De allí salieron las órdenes conducentes a sorprender y atacar al valiente adalid libertador acampado el 29 de julio de 1896 en La Jaima y caído al día siguiente bajo el plomo de quienes se oponían a la victoria de lo que él defendía con la heroica sencillez de un ciudadano cabal.





## UN EMISARIO DE JOSE BONAPARTE

A bordo del bergantín mercante *San Antonio* llegó a La Habana en julio de 1810 un joven mexicano, de aspecto simpático y maneras cultísimas, que, a su decir y al de su pasaporte, venía a esperar oportunidad para trasladarse a Veracruz. Se llamaba Manuel Rodríguez Alamán y Peña. Por su porte, llamó extraordinariamente la atención del oficial encargado de reconocer los buques entrados en puerto. Ocurrió algo que pudo juzgarse providencial, lo mismo en la advertencia hecha sobre la persona del viajero que en las medidas adoptadas a consecuencia de ello. En efecto, todo tendió a esclarecer las sospechas que la mera presencia del desconocido suscitó, como si su secreto designio hubiese sido adivinado por las autoridades de La Habana.

El oficial encargado de reconocer el *San Antonio* se creyó obligado a tomar precauciones. Comenzó por llevar al recién llegado a la presencia del marqués de Someruelos, capitán general de la Isla. En la casa del Gobierno, y sin que pudiera aclararse nada sobre el verdadero fin de su viaje, Someruelos mandó al oficial que reintegrarse a Rodríguez Alamán al *San Antonio*, para que recogiese allí cuanto componía su equipaje, y ordenó al juez Francisco Filomeno, presente en la Capitanía General, que sin pérdida de momento se trasladase al bergantín y, asistido de escribano y testigos, interrogase al sospechoso viajero y examinara minuciosamente sus papeles y prendas.

El 19 de julio, ya en tierra Rodríguez Alamán, se llevaron a cabo las diligencias conducentes al esclarecimiento de su conducta. El juez Filomeno apuró los recursos de su habilidad hasta descubrir los antecedentes y proyectos de quien resultaba emisario de José Bonaparte, soberano

usurpador de España, donde, además, había prestado servicios a la misma causa el recién llegado. Se supo entonces, por las pruebas ocupadas y por las declaraciones del propio Rodríguez Alamán, que la finalidad de su viaje consistía en poder alcanzar a prelados, virreyes, capitanes generales, gobernadores, audiencias, consulados y cabildos de Cuba, México, Guatemala, Santa Fe, Mérida de Yucatán, Caracas y Puerto Rico unos treinta y tres pliegos enderezados a conseguir la adhesión a José I, rey de España y sus dominios, desconociendo para ello los proclamados derechos de Fernando VII, a quien los habitantes de la Isla habían jurado fidelidad.

La desaparición de Rodríguez Alamán fué suceso inevitable desde que evidenció el motivo de su presencia en Cuba. Ya sólo se ocuparon las autoridades de La Habana en cumplimentar los requisitos indispensables para terminar condenándolo, como lo condenaron en la mañana del 28 de julio de 1810, a muerte, con arreglo a providencias hacía poco dictadas por la Junta Central de Sevilla. La indignación del pueblo de que habló un historiador español se vió apaciguada por las palabras del confesor de Rodríguez Alamán según las cuales éste reconocía la justicia de la sentencia. El 30 de julio de 1810 fué ahorcado en La Habana el emisario de José Bonaparte, Manuel Rodríguez Alamán y Peña, que sufrió la primera pena capital impuesta por infidencia en Cuba en el siglo XIX.



JULIO

31

1861

## TASADORES DE ESCLAVOS

La institución de la esclavitud se prestó en el Nuevo Mundo a muchos y muy atroces excesos. Fueran cuales fuesen las verdaderas causas de la existencia del abominable comercio de carne humana en los dominios descubiertos gracias a la genial audacia de Cristóbal Colón, las conciencias de los creadores del inicuo tráfico y las de sus usufructuarios a través de los tiempos quedaron manchadas indeleblemente. La maldad, en incontables casos, no reconoció barreras de ningún género. De nada valía que en los albores del siglo XVII un jesuíta americano, Alonso de Sandoval, hubiese hablado en estos términos:

"Entre las cosas humanas, ninguna posesión es más rica y hermosa que la libertad.

"Todo el oro del Mundo y todos los haberes de la Tierra no son suficiente precio de la humana libertad.

"Crió Dios libre al hombre, no sólo en respeto de los demás hombres, sino aun en respeto del mismo Dios: pues nos dejó en mano de nuestro libre albedrío, para que hiciésemos lo que se nos antojase, siguiendo el bien o el mal, el vicio o la virtud.

"Y, en conclusión, el bien de la libertad en ninguna cosa se echa más de ver que en los males y trabajos de la servitud, porque, como dijo el divino Platón, la cautividad y esclavonía es una continua muerte, y que por eso se ha de huir y evitar con mayor cuidado y diligencia que la muerte, pues con ésta se acaba el cautiverio y miseria, y se da finiquito a todos los males.

"Y, al contrario, en la esclavitud se comienzan todos los daños y trabajos, y una como continua muerte, porque viven muriendo, y mueren viviendo."

En la expresión de estas doctrinas ¡cuánta valentía y

cuánta verdad hubo! Pero ni la argumentación de fray Alonso de Sandoval en el siglo XVII ni el esfuerzo de otros espíritus generosos con posterioridad pudieron atajar a tiempo los males de la esclavitud. Todavía dos centurias después se dictaban preceptos constitutivos de la más absoluta negación del derecho de todo humano a ser libre. En 31 de julio de 1861 descendió de la Metrópoli una real orden facultando a la Administración de Rentas Reales Terrestres de Cuba para nombrar peritos tasadores de los esclavos en venta siempre que hubiese motivos para dudar de la buena fe de los contratantes.



AGOSTO

1

1828

## COLONIZACION DE ISLA DE PINOS

La comisión presidida por Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas, conde de San Juan de Jaruco y de Santa Cruz de Mopox, organizada por la Metrópoli a fines del siglo XVIII para estudiar y promover la fundación de poblaciones en Cuba, no fué del todo estéril. Tuvo consecuencias de verdadera importancia. Isla de Pinos, verbigracia, recibió no escaso beneficio, aun cuando no inmediatamente. A lo largo de tres centurias se habían sucedido meritorios esfuerzos para colonizarla. Mas la suerte no le había sido propicia. Para conocer por lo menos lo que valia, fué menester que se presentase la oportunidad ofrecida por la comisión de Jaruco y Mopox.

Juan Tirry y Lacy, capitán de fragata, quedó encargado del reconocimiento de la isla por Colón llamada Evangelista. Quienes se fijaron en Tirry estaban seguros de la competencia y del celo del elegido. Sus exploraciones por allá, como las de José María de la Torre y Antonio López Gómez en el extremo occidental de Cuba, respondieron a las mejores intenciones respecto de aquellos trabajos tendientes al fomento de nuevas poblaciones. El estudio de Isla de Pinos encomendado a Juan Tirry y Lacy debía ser topográfico e hidrográfico.

Tirry trabajó durante varios meses en Isla de Pinos. Al cabo de ellos dirigió al Capitán General una larga memoria acerca de sus reconocimientos y estudios en el país. Fijó la situación geográfica de la Isla. Describió sus costas y la figura de su conjunto. Explicó su organización física, la posición, extensión y figura de sus accidentes, el origen, dirección y curso de sus ríos, la calidad de sus terrenos y sus productos naturales, su clima, sus aires

y sus aguas. Terminó refiriéndose a su escasa población: no pasaba de trescientas almas.

La acuciosa labor de Tirry sirvió principal y casi únicamente para dar a conocer lo que Isla de Pinos valía. Los tiempos que corrieron después de haber rendido Tirry su informe no fueron propicios al aprovechamiento a que invitaban sus luminosas noticias. Hasta que vino a gobernar a Cuba Francisco Dionisio Vives no hubo en realidad ninguna iniciativa enderezada al fomento de aquella posesión. Nuevos antecedentes hizo recoger el Capitán General. Al cabo de todo ello quedó convencido de la utilidad derivable de cuidar y poblar a Isla de Pinos, y propuso a la Corona la adopción de las medidas que consideraba procedentes. Y una real orden de 1º de agosto de 1828 autorizó su fortificación y colonización bajo el nombre de Reina Amalia.



AGOSTO

2

1911

## JOSE JOAQUIN PALMA

Bayamo vió nacer a José Joaquín Palma el 11 de septiembre de 1844. Pudo pronto observar la presencia de un talentoso, admiró en seguida las primicias de otro bardo suyo y se sintió al cabo lisonjeado ante la gloria legítima del hijo esclarecido. En Bayamo, en el Bayamo donde se deslizó el primer cuarto de siglo de su vida, Palma comenzó a poner de manifiesto la fluidez e inspiración de su estro y fué *La Regeneración* el periódico al que cupo la buena suerte de recoger los versos juveniles de aquel cuya musa siempre, aun en horas de fragor, exhibió dulces ternezas y melodías.

Ese espíritu, sensible, melancólico y candoroso, fué también capaz de contribuir a decisiones extremas, a empeños magníficos, a hechos gloriosos. La Revolución, en cuya preparación había tomado parte, lo tuvo en servicio activo desde octubre de 1868. Bajo el banderín de enganche abierto por él en El Dátil sentó Máximo Gómez plaza de recluta en las filas del Ejército Libertador. Cuando salió a la luz el primer número de *El Cubano Libre* apareció Palma de director del periódico insurrecto. Fué patriota apasionado, sincero y honrado, presto al sacrificio y a entonar melifluas endechas, raudales de memorias y realidades, ora tristes, ora impregnadas de amor, gozo y esperanzas.

José Joaquín Palma poseyó cabal concepto de la obra que tocaba realizar a la Revolución. Al cabo de un lustro de llevar existencia de guerrero en los campos de Cuba marchó sucesivamente a Jamaica, Nueva York y la América del Centro. Desde lejos observó —el pecho desgarrado por el dolor, pero la frente altiva— el derrumbe de la creación revolucionaria en cuyos cimientos tanto había trabajado. Luego, en la tregua, nadie llevó en el co-

razón más fidelidad ni más amor a la patria encadenada. Quiso a su país sin titubeos ni decaimientos, y lo sirvió con sus talentos y fervores.

El poeta bayamés alcanzó fuera de Cuba triunfos brillantes. De manos de Marco Aurelio Soto, presidente de Honduras, recibió, en solemne acto público, la medalla de oro con que fué premiada su oda *A Honduras en su primera Exposición Nacional*. Mereció la alta distinción y experimentó el justo orgullo de ser el autor de la letra del himno nacional de Guatemala. También en tierra extraña, en Tegucigalpa en 1882 y en Guatemala en 1900, pudo ver editadas sus *Poesías*. En Guatemala ostentó, con decoro para Cuba, la representación de la República desde su instauración hasta que, en 2 de agosto de 1911, expiró en la capital de la propia Guatemala.



AGOSTO

3

1898

## LA HONRA DE LA REVOLUCION

En los días en que se precipitaban los acontecimientos precursores del fin de la dominación de España en Cuba los libertadores necesitaron afrontar un proceso criminal que punzó sus corazones: el proceso criminal seguido contra el general de brigada Roberto Bermúdez, acusado de haber cometido hechos que no podían pasar sin la sanción condigna. Un consejo de guerra, el General en Jefe y el Consejo de Gobierno conocieron de la causa instruida a Bermúdez y del cumplimiento de la sentencia dictada. Y no fué vulgar el conflicto surgido entre el acatamiento de la Ley y las consideraciones que suscitaba el valor heroico demostrado por Bermúdez combatiendo por la independencia patria.

Roberto Bermúdez había figurado en la vanguardia de la Invasión. En el arma de caballería se había distinguido notablemente. Llamaba de manera especial la atención por la intrepidez y el denuedo con que compensaba su invalidez física. Era un lidiador de alta calidad. Pero había sido incapaz de refrenar ciertas inclinaciones hacia la realización de repugnantes delitos. Y los rectores de la Revolución comprendieron que, por el honor de ésta y por la salud de la sociedad cubana, era indispensable someter a juicio al inculcado, no obstante sus méritos como guerrador.

Un consejo de guerra condenó a muerte a Bermúdez. Uno de revisión confirmó la sentencia. Los tribunales de la República no creyeron al Brigadier culpable de delitos de hurto y traición, pero sí lo consideraron responsable, en concepto de autor principal, del asesinato perpetrado en la persona de Belisario García. De acuerdo con la Ley

Penal, Bermúdez, previa degradación, debía ser fusilado públicamente.

El Consejo de Gobierno recibió la solicitud de indulto de Bermúdez. La acomodó a la tramitación legal. El General en Jefe opinó sobre su petición. Gómez emitió un informe tan terminante como breve. Se refirió al hecho de que el caso había pasado por dos consejos de guerra. Estimaba justos los fallos de ambos tribunales. Los había aprobado. Todo esto lo conducía a una clara conclusión, contenida en uno de los párrafos de su dictamen: "Tercero: que al cabo parece que ha llegado ya el momento en que caiga todo el peso de la Ley sobre el que con su conducta inmoral ha sido elemento de deshonra para la Revolución." El Generalísimo se mostró explícito: puesto que la honra de la Revolución estaba comprometida por los procederes de Bermúdez, aun habiendo sido éste un combatiente heroico, sobre él debía caer el peso de la Ley.

En sesión celebrada el 3 de agosto de 1898 el Consejo de Gobierno estudió los antecedentes relativos al proceso de Bermúdez. El último de ellos era el informe del brigadier Fernando Freyre de Andrade, auditor general del Ejército Libertador. Freyre de Andrade manifestó que se habían cumplido todos los requisitos legales en la formación, tramitación y sentencia de la causa. El Consejo negó el indulto solicitado. En la adopción de este acuerdo debió de influir el dictamen del Auditor General, pero no pudo dejar de pesar extraordinariamente la opinión del General en Jefe, custodio de la honra de la Revolución.



AGOSTO

4

1876

## HENRY REEVE

En las guerras de Cuba por su independencia siempre hubo que destacar el concurso de combatientes nacidos lejos de esta Antilla. La emancipación de la Isla contaba con las simpatías de hombres de las más diversas procedencias geográficas, simpatías que se manifestaban en expresiones de solidaridad, escritas y orales, y en hechos en que iba envuelta la exposición de la vida. Entre los que de los Estados Unidos vinieron a Cuba con el propósito de empuñar las armas en las filas de los libertadores se halló Henry Reeve.

"Se le conocía —escribió Gerardo Castellanos García— por *El Inglesito*. Alto, delgado, rubio, ojos azules, amable. Llegó a Cuba en la expedición del *Perrit*, que mandaba el general Jordan. No sabía castellano. Ingresó como soldado. El general Luis Figueredo al alistarlo lo declaró inepto. Fué pronto el más intrépido y hábil jefe de caballería de las huestes camagüeyanas. Llegó a brigadier. Ignacio Agramonte lo hizo su hombre de confianza. En el Ejército Libertador gozaba de sólido prestigio."

Ramón Roa habló del prestigio de Henry Reeve en unos versos patrióticos. Roa fué digno compañero de *El Inglesito*: ambos alcanzaron la más alta reputación como guerreros al lado de Ignacio Agramonte. Y Roa dijo que los valientes a quienes Reeve llevaba a la victoria, en viendo las cicatrices que el bravo tenía ya, lo miraban como una página de gloria de Cuba.

En 1876 *El Inglesito* participó en la invasión de Las Villas por el Ejército Libertador. Atravesó la región central de la Isla con viril resolución. El proyecto de extender la insurrección hasta las puertas de La Habana

constituyó una de sus nobles pasiones. En el distrito de Colón, acampado en La Sierra, se encontraba el 4 de agosto de 1876. Allí supo que sobre él marchaban unos quinientos enemigos. Sin pérdida de momento levantó sus reales y salió en demanda de los contrarios. El y los suyos combatieron brava y eficazmente. Con su machete en alto Reeve se esforzó por ser superior a la dificultad en instantes en que las fuerzas españolas habían diezmado a las cubanas. Sus seguidores quedaron reducidos a sus ayudantes y unos quince hombres más. Su caballo cayó muerto. Cuando su edecán Rosendo García quiso montarlo en otro caballo, el Brigadier le ordenó que se retirase, pues consideraba extremo el peligro. En ese momento Reeve fué herido, y unos minutos después, en duelo fiero con numerosos enemigos, dejó la vida sobre el ensangrentado campo de las primeras avanzadas del Ejército Libertador en Occidente.

Del fin heroico de Henry Reeve se escribió que era el del luminoso recorrido de un meteoro. Ciertamente, él se había movido con celeridad casi sobrehumana al servicio de la libertad de Cuba. Al ocurrir su muerte acababa de salir del primer cuarto de su vida. Y aquel a quien un jefe criollo había negado toda aptitud para el manejo de las armas era motivo de asombro y admiración para cuantos, amigos o enemigos, conocían la índole y el alcance de sus proezas.



AGOSTO

5

1555

## JACQUES DE SORES EN LA HABANA

Al amanecer de un día de julio de 1555 apareció frente al puerto de La Habana un navío. A la vista de la población, en dirección al Oeste, pasó el bajel cerca de la boca de la bahía. Poco después, por la caleta situada al otro lado del bosque que circundaba la villa, bajó a tierra y avanzó sobre la parte urbana de La Habana la gente armada que venía en el extraño buque, que resultó comandado por Jacques de Sores. Para arribar a La Habana y desembarcar sin tropiezos, la expedición utilizó a un piloto portugués, desertor de las filas españolas. Sores tenía anunciado su propósito de consumir la hazaña a que daba cima.

La ofensiva de Sores hizo huir a Gonzalo Pérez de Angulo. Con su familia y lo que pudo arrastrar de sus bienes muebles, el Gobernador se dirigió a Guanabacoa, apenas salida de la condición de aldea de indios. El alcaide Juan de Lobera se encerró en la fortaleza con un grupo de españoles, negros y mestizos. A la acometida del corsario respondieron Lobera y los suyos con una resistencia heroica. El Alcaide pretendió batallar hasta caer muerto. Pero sus parciales reaccionaron ante la superioridad del enemigo. Reprocharon a Lobera que quisiera sacrificarlos también. Los sitiados se rindieron en condiciones honrosas. Sores prometió respetar sus vidas y el honor de sus mujeres. La artillería manejada por Lobera en el terraplén de la fortaleza quedó cubierta con la bandera de Francia.

Pérez de Angulo añadió a su cobardía la mayor insensatez. La fortaleza, su guardia y los vecinos se hallaban a la merced de los enemigos. Entonces el Gobernador concibió la idea de sorprender a éstos. Con unos

centenares de hombres, en su minoría españoles, trabó el combate, con burla de lo pactado por Sores y Lobera. La indignación del corsario no tuvo límites. La sangre corrió en abundancia. Lobera escapó de la furia de Sores tras esfuerzos extraordinarios. El Gobernador y los residuos de su mal dispuesta mesnada huyeron a Bainoa.

Sores puso precio al rescate de Lobera, pagado por los amigos del Alcaide. Lo exigió también en cuanto a la población. Juzgó miserable la cantidad de mil pesos que le fué ofrecida. Contemplaba defraudada su esperanza de encontrar en La Habana enormes tesoros. Decidió dejar trágica memoria de su visita. Ultrajó las imágenes de la iglesia. Quemó las embarcaciones surtas en el puerto. Redujo a cenizas la villa. Sólo quedaron en pie las paredes del templo, del hospital y de las casas de Juan de Rojas. Algunas correrías por las estancias comarcanas, donde ahorcó a los esclavos capturados, completaron su obra devastadora.

Sores abandonó La Habana el 5 de agosto de 1555. A su invasión siguieron las depredaciones de otros corsarios franceses. Se movieron entre La Habana y Mariel. Desembarcaron. Sacaron dinero del rescate de blancos y negros. Recogieron cueros. Demolieron caseríos. Dejaron La Habana totalmente perdida. Los vecinos de esta villa censuraron a Pérez de Angulo y a los consejeros y auxiliares del Emperador que habían desatendido las demandas enderezadas a crear las defensas indispensables. La destrucción de La Habana era una calamidad más para Cuba.



AGOSTO

6

1895

## MÉRIDA DE YUCATÁN

Un cubano residente en Mérida de Yucatán, Rodolfo Menéndez, comunicó a Tomás Estrada Palma en 6 de agosto de 1895 noticias importantes acerca de lo que en este lugar de México se hacía en favor de la independencia de la Isla. Rodolfo Menéndez no había necesitado recibir excitación alguna para ponerse a trabajar por la transformación política de su patria, sumida en cruenta lucha. Había pedido a Benjamín Guerra que lo nombrase agente revolucionario y colector de fondos en Yucatán. Y esta solicitud estuvo precedida del envío de una remesa de dinero por Menéndez al tesorero cubano en Nueva York.

Mérida de Yucatán fué propicia a colectas de dinero con destino a los libertadores de Cuba. La opinión de los mexicanos de la región se mostraba favorable a los luchadores antillanos. Esta opinión chocaba, naturalmente, con los sentimientos de los españoles allí residentes, que no eran pocos ni estaban inactivos. El mismo 6 de agosto de 1895, mientras Rodolfo Menéndez escribía a Estrada Palma, los súbditos del rey-niño Alfonso XIII establecidos en Mérida se preparaban para recibir en Progreso al buque hispano *Colón*, cuyos oficiales se hallaban encargados de realizar investigaciones acerca de una expedición cubana que, procedente de los Estados Unidos, había aportado a territorio mexicano. Puesto que no eran unánimes las ideas de la gente de Mérida respecto del conflicto bélico que se desarrollaba en la vecindad antillana, entrañaba la mayor importancia la actitud de aquellos que se inclinaban a ayudar a los separatistas.

El caso de Mérida de Yucatán no era único. Tampoco era escaso el número de los lugares de fuera de Cuba donde colectivamente se manifestaban los sentimientos de

los favorecedores de la emancipación de la Isla. En Mérida de Yucatán y en otros puntos de la carta geográfica de América se realizaban esfuerzos sin los cuales habría sido mucho más difícil la lucha de los libertadores de la mayor de las Antillas. Cada moneda donada al tesoro de la Revolución significaba una nueva posibilidad para los lidiadores. A mayor abundamiento, aquello daba a la causa de Cuba el carácter de causa de América.

Desde los primeros empeños concebidos para hacer a Cuba libre este atrevido propósito había tenido ámbito internacional. Todavía se encontraba en embrión la cooperación interamericana cuando ya en el Continente se pensaba y trabajaba en torno a la idea de que la Isla formase parte del sistema republicano que se enseñoreaba del Hemisferio Occidental. Luego, en los períodos de guerra, la ayuda proveniente de los grupos organizados en las naciones soberanas de América constituyó un factor de alcance incalculable para acelerar el movimiento ascensional de Cuba. Mérida de Yucatán era en 1895 una de las bases extranjeras de los propulsores de ese movimiento ascensional.



AGOSTO

7

1896

## PUERTA DE LA MURALLA

Para los hombres que en la última contienda por la emancipación de Cuba bregaron en Vuelta Abajo, sobre todo a las órdenes inmediatas del general Antonio Maceo, uno de los lugares de significación extraordinaria fué el conocido con el nombre de Puerta de la Muralla. La denominación, hija de la casualidad, parecía ser expresiva de un valladar o del límite de dominios sometidos a contrapuestas autoridades. La realidad deparó importancia al paraje de esa manera llamado. Los libertadores pinareños, en duros días de la guerra, experimentaron, y no por una sola vez, la impresión de lo grandioso precisamente en Puerta de la Muralla.

Repetidamente la visitó el Lugarteniente del Ejército Libertador. Tuvo aquel lugar por admirable punto de observación y de orientación. Así, después de la acción de Bacunagua, ventilada el 3 de agosto de 1896, y luego de haber intentado inútilmente provocar a la guarnición de San Cristóbal desde el campamento de La Esperanza, Maceo decidió que el Cuartel General se instalase en Puerta de la Muralla. El caudillo buscaba el modo de tomar la ofensiva con eficacia, porque no podía avenirse con una actitud pasiva, aun cuando no lo fuese sino en apariencias. Su bélico ardor lo arrebatava y mantenía en situación agresiva, o, por lo menos, en situación expectante, decidido a no permanecer tranquilo ni despreocupado respecto de la concepción y madurez de nuevos planes.

El Cuartel General del Lugarteniente estuvo en Puerta de la Muralla hasta el 7 de agosto de 1896. En este día Maceo debió de considerar conveniente ya salir al encuentro del enemigo. No olvidaba la valentía de los voluntarios de Candelaria, y pensó que estaba en su punto ende-

rezar sus intenciones y actos hacia localidad tan famosa en los anales de la lealtad colonial. El Cuartel General se alejó de Puerta de la Muralla el mismo 7 de agosto, para reiniciar aquellas correrías y agresiones que ponían en grave trance al adversario.

En Puerta de la Muralla renovaba Maceo sus esperanzas e ímpetus. El contacto estrecho con la Naturaleza en lo agreste de la Cordillera de los Organos le permitía sentir avivadas las fuerzas morales y estimuladas las físicas para la recia tarea que era combatir con tropas veinte veces superiores en número y en pertrechos a las por él conducidas. El héroe que había podido serlo en las seis provincias cubanas tenía razón para creer que aquel pedazo de sierra llevaba bien puesto el nombre de Puerta de la Muralla.



AGOSTO

8

1898

## RENUNCIA DE CALIXTO GARCIA

El incidente desarrollado en Santiago de Cuba el día en que la plaza quedó en poder de las fuerzas norteamericanas, entre el jefe de éstas y el mayor general Calixto García, tuvo diversas consecuencias. Se vió cómo el Lugarteniente del Ejército Libertador, indignado ante la desconsideración de que eran víctimas los soldados cubanos que habían tomado parte en el asedio de la ciudad oriental, se apresuró a abandonar la zona pacificada y se dirigió hacia Holguín, en busca de españoles con quienes combatir. Mas su reacción no paró en aquello. El general García formuló su renuncia de jefe del Departamento Oriental, la que fundó en razones de delicadeza muy naturales en él. Y en 8 de agosto de 1898 Máximo Gómez, con el carácter de General en Jefe, comunicó al dimisionario:

"General: La renuncia razonada del destino que usted desempeña de Jefe del Departamento Oriental se la acepta este Cuartel General, salvándolo así de la desairada situación en que en su concepto lo han colocado los sucesos ocurridos en la toma de la ciudad de Santiago de Cuba por fuerzas del ejército americano, auxiliado por algunas del Ejército Libertador.

"Y se le acepta también complaciéndolo en la súplica que hace con tal fin.

"Con esta fecha paso órdenes a los jefes del cuerpo de ejército y de divisiones para que se entiendan directamente con este Cuartel General."

Los enemigos del ilustre caudillo pudieron quedar entonces satisfechos, sin meditar por supuesto en las causas de la aparente caída del general García, tan entero y tan digno ante la inexplicable e incalificable conducta de Shafter. Pero no fué así, por desdicha. Los enemigos del

general García quisieron llegar a más. No contentos al parecer con que se aceptase simplemente la renuncia al Lugarteniente, no hallaron empacho en dirigirle un escrito en forma tan descompuesta como la siguiente:

"El Consejo de Gobierno, en sesión celebrada el día de hoy, acordó destituir a usted del empleo de Lugarteniente General del Ejército, por haber dejado de merecer la confianza que en usted tenía depositada el Gobierno."

Este acuerdo del Consejo de Gobierno de la República, comunicado a García por el secretario interino de la Guerra, era todo un exponente de ingratitud para con el veterano campeón de las libertades patrias. Hacerle objeto de tal ligereza en los momentos en que la brega tocaba a su fin resultaba ciertamente un golpe jamás merecido por quien con tanto denuedo y tanto provecho para la causa patria había peleado en la guerra del decenio y en la que era ya coronada por la victoria. No faltaron jefes insurrectos que pretendiesen asumir una actitud violenta y hostil hacia el Consejo de Gobierno. Pero el prócer se opuso a toda protesta, acalló la indignación de los suyos y se mantuvo invencible en su criterio de que era preciso sacrificarlo todo, pasiones, intereses, hasta la propia justicia, en los instantes en que se hallaban obligados los cubanos a demostrar su capacidad para el gobierno propio y los libertadores a ofrecer ejemplo de templanza y superioridad.



AGOSTO

9

1633

## MUERTE DEL ALMIRANTE MIGUEL REDIN

Durante el mando de la isla de Cuba por Juan Bitrián de Viamonte y Navarra, almirante de galeones y caballero de Calatrava, mando iniciado el 7 de octubre de 1630, las aguas antillanas fueron teatro de frecuentes contiendas. En los primeros meses del gobierno de Bitrián, y aun antes de llegar él a la Colonia, se desarrollaron repetidos sucesos de aquella índole. Los holandeses jugaron entonces papel importante. Ya en actitud defensiva, ya en actitud amenazadora, rondaron por las inmediaciones de Cuba a fines de 1630 y comienzos de 1631. Ocho urcas de bandera holandesa, dos de más de quinientas toneladas, todas de treinta a cuarenta piezas y con ochocientos combatientes, se presentaron a la vista de La Habana a mediados de abril de 1631.

El vecindario de La Habana tuvo al alcance de sus ojos a las naves holandesas por espacio de un mes. El enemigo situado en el Golfo no se opuso a que sucesivamente entrasen en la bahía las flotas de Veracruz, Honduras y Campeche que había estado aguardando. Estas flotas venían tan bien preparadas para combatir que la adversaria prefirió no mostrarse agresiva. Los barcos holandeses se retiraron de las inmediaciones de La Habana con rumbo a Matanzas. Y en Matanzas, viéndose amenazados por gente que había despachado Bitrián, soltaron unos cuarenta prisioneros españoles procedentes de un buque de Puerto Rico.

Sin embargo, el holandés enemigo no se alejó apresuradamente. Permaneció unos trece días contemplando a distancia La Habana, aunque sin amagos de acometividad. Para la gente de la plaza era imposible, en situación tan especial, conocer los designios de la armada extraña. Pero

la inquietud que producía su presencia a la vista de la capital de la Isla al fin desapareció cuando, el 4 de junio de 1631, se alejó de las costas de Cuba.

Las amenazas de los holandeses sobre Cuba no terminaron entonces. Aunque Bitrián logró poner las cosas de manera que no tenían en la Isla fácil presa aquellos perturbadores de la normalidad colonial, sus ataques no se echaron de menos. El 9 de agosto de 1633 la almiranta de galeones de Cartagena peleó con una urca holandesa de mayor porte. La lucha, atroz y sangrienta, dejó en pésimo estado ambas naves. Pero la adversidad se mostró más dura para con los españoles, que sufrieron la pérdida del almirante Miguel Redin, destrozado por un cañonazo.



AGOSTO

10

1898

## PRELIMINARES DE UN PROTOCOLO DE PAZ

El 10 de agosto de 1898 Jules Cambon, embajador de Francia en Wáshington, comunicó al duque de Almodóvar del Río, ministro de Estado de España, el resultado de su conferencia con el presidente de la República y el secretario de Estado de la nación norteamericana alrededor del protocolo de paz entre las potencias todavía en guerra. La entrevista se había celebrado en la Casa Blanca. Las nuevas trasmitidas por el diplomático francés eran desagradables. El presidente McKinley acababa de mostrarse en extremo contrariado por los términos en que estaba concebido el telegrama en que Almodóvar del Río hablaba de la aceptación por España de las condiciones impuestas por los Estados Unidos.

El documento español que había disgustado al Presidente contenía nuevas aseveraciones contrarias a la independencia de Cuba. España se manifestaba otra vez deseosa de que la Isla continuase, aunque con diferente amo, bajo la esclavitud política. El ministro español se refería a la incapacidad de esta sociedad para constituir un estado político independiente y emitía la opinión de que no había llegado a la plenitud de condiciones para figurar en el número de los estados absolutamente soberanos, como si los defectos de que Cuba adolecía no hubiesen sido, como realmente eran, una reproducción casi fiel de los que España tenía evidenciados a través de los tiempos. Pero lo que al Presidente molestó no fué eso, sino la forma en que España respondía a su categórica exigencia de inmediata evacuación de Cuba y Puerto Rico.

"Yo había pedido a España —dijo McKinley a Cambon— la cesión y, por consiguiente, la evacuación inmediata de la islas de Cuba y Puerto Rico; en vez de la acep-

tación categórica que esperaba, el gobierno español me dirige una nota en que invoca la necesidad de obtener la aprobación de las Cortes; no puedo prestarme a entrar en estas consideraciones de orden interior."

La actitud del Presidente no podía ser más enérgica. Pareció por un momento insoluble la situación que así se creaba. Mas el Embajador, en un nuevo esfuerzo en obsequio de España, logró de McKinley que apuntase una orientación satisfactoria. Cambon esperaba llegar así al proyecto de protocolo de paz. Y se apresuró a anunciarlo al ministro de Estado de España. Sin embargo, no se limitó a esto sólo. Estuvo sincero y franco para con la nación que utilizaba sus buenos oficios para llegar a una inteligencia con los Estados Unidos. Jules Cambon hizo saber al duque de Almodóvar del Río su creencia de que el gobierno norteamericano no admitiría en el proyecto de protocolo que iba a entregarle el Presidente ninguna modificación y que España, si no aceptaba ese documento, no tendría ya nada que esperar de un vencedor resuelto a sacar todo el partido posible de las ventajas que había obtenido.



AGOSTO

11

1898

## PROYECTO DE PROTOCOLO DE PAZ

Después de la conferencia celebrada en la Casa Blanca el 10 de agosto de 1898 por el embajador de Francia en Wáshington con el presidente y el secretario de Estado de la república norteamericana no podía prolongarse sino brevemente la situación anormal creada por la guerra de Cuba. Ya lo comunicó así Jules Cambon al duque de Almodóvar del Río. No pudo parecer extraño que al día siguiente estuviese listo el proyecto de protocolo de paz. Apareció, dentro de las formalidades diplomáticas, como obra del embajador francés y del secretario de Estado norteamericano, con plenos poderes, respectivamente, de los gobiernos de España y de los Estados Unidos para precisar los términos en que ambas potencias se ponían de acuerdo.

Todo ello era el resultado de la conversación sostenida la víspera por el portavoz en Wáshington del gobierno de Madrid y el presidente William McKinley. No cabía ya a la nación vencida otro recurso que el de aceptar las cosas tal como la fatalidad se las imponía. Ni estaba en ocasión ni oportunidad para cifrar nuevas y mejores esperanzas. Hasta corría el peligro de que cada otra hora agravase más la suerte de la descubridora del mundo americano.

El primer artículo del proyecto de protocolo contenía por supuesto la solución del problema fundamental en la guerra: por él renunciaba España a toda pretensión a su soberanía y a todos sus derechos sobre Cuba. Acerca de este extremo nada había que discutir entre el vencedor y el vencido. Lo demás del proyecto de protocolo no era, ni con mucho, insignificante. Precisamente allí estaban los detalles que provocaron asperezas y entorpecimientos. Mas para Cuba, para el país que tanta sangre había de-

rramado y tanto sacrificio había consumado por su libertad, por sacudir el yugo de la dominación española, la esencia de lo convenido en principio se hallaba en aquel artículo primero, síntesis de las más grandes aspiraciones de los patriotas.

El 11 de agosto de 1898 fué un día laborioso para el secretario de Estado norteamericano, para el embajador francés en Wáshington y para el ministro de Estado español. Los hilos telegráficos transmitieron entre los representantes de las naciones beligerantes y el de la nación intermediaria para llegar a la paz las trascendentales novedades precursoras de la solución apetecida. La diligencia de cada quien correspondió al general anhelo de ver sin más dilación brillar la aurora del sosiego, de la concordia y de la reconstrucción.



AGOSTO

12

1898

## PROTOCOLO DE PAZ

Las grandes emociones que en Madrid y Wáshington se producían con motivo de la negociación dirigida a devolver la paz a Cuba tocaron muy directamente a Jules Cambon. El Embajador estuvo percatado de la trascendencia de su mediación entre las dos potencias en guerra. Gozaba en Wáshington de la consideración debida a su alto oficio y en Madrid de la confianza de un gobierno que lo había escogido para tramitar un negocio que consternaba a un pueblo que ya conocía su infortunio. Había otro motivo de inquietud, y no era el menor, para Cambon: cada hora que pasase sin llegar a la firma del protocolo de paz entre España y los Estados Unidos era una hora más en que las armas chocaban y la sangre corría en la Isla.

El 12 de agosto de 1898 estaba presente, y Jules Cambón no había recibido de Madrid el mandato necesario para suscribir el protocolo de paz con el gobierno de los Estados Unidos. El protocolo debía firmarse aquel día. Por una parte, no cabía la posibilidad de lograr de McKinley modificación alguna. Por otro lado, era eminentemente humano evitar que en Cuba siguiesen muriendo hombres en una lucha feral cuyas consecuencias resultaban ya inalterables. El Embajador, con el más alto sentido de su responsabilidad, decidió acudir a la Casa Blanca sin haberle llegado la autorización de Madrid para el acto definitivo del protocolo de paz. El estaba seguro de que el gabinete de la Reina Regente no podía obrar en desacuerdo con lo ineluctable.

A las dieciséis horas y treinta minutos del 12 de agosto de 1898, a presencia del presidente William McKinley, en la Casa Blanca, en Wáshington, el secretario de Estado de la Unión, William R. Day, y el embajador de Fran-

cia en los Estados Unidos de América, Jules Cambon, firmaron el protocolo de paz. Su articulado comprendió los siguientes puntos:

1. España renunciaría a toda pretensión a su soberanía y a todos sus derechos sobre Cuba.

2. España cedería a los Estados Unidos la isla de Puerto Rico, las demás islas que estaban bajo su dominación en las Indias Occidentales y una isla de las Ladronez escogida por la Unión.

3. Los Estados Unidos ocuparían y conservarían la ciudad, la bahía y el puerto de Manila en espera de la conclusión del tratado de paz llamado a determinar la suerte de Filipinas.

4. España evacuaría inmediatamente los territorios de Cuba, Puerto Rico y las demás islas que se encontraban bajo su soberanía en las Indias Occidentales.

5. Los Estados Unidos y España designarían plenipotenciarios, en número no mayor de cinco por cada nación, para tratar de la paz, los que se hallarían en París a más tardar el 1º de octubre de 1898.

6. A la firma del protocolo sucedería la suspensión de las hostilidades por ambas partes.

La destrucción de la escuadra de Cervera y la rendición de la plaza de Santiago de Cuba habían determinado el fin inevitable de la dominación de España en América. El protocolo de paz firmado en 12 de agosto de 1898 dejaba iniciados los trámites diplomáticos llamados a culminar en el desalojo de Cuba por España.



AGOSTO

13

1898

## CESACION DE HOSTILIDADES

El proyecto de protocolo de paz entre España y los Estados Unidos con motivo de la guerra de Cuba quedó aprobado por las potencias contendientes a las cuatro y media de la tarde del 12 de agosto de 1898. Ya el Mundo sabía que en las Antillas cesaba el choque de las armas a la vez que se anunciaba el fin de la dominación de España en América.

El Embajador comunicó inmediatamente a Madrid la nueva de haber firmado las bases de la paz. El telegrama contentivo de la noticia fué alcanzado al ministro de Estado de España por el embajador de Francia en Madrid. Con la expresión de tamaño suceso transmitió Jules Cambon la de que el presidente McKinley había querido firmar inmediatamente después, a su presencia, el decreto mandando a los jefes de las fuerzas federales de mar y tierra que suspendiesen sin dilación las hostilidades.

En Madrid se reunió el Consejo de Ministros el 13 de agosto de 1898. El de Estado lo informó de lo acordado en Wáshington el día antes. El Gabinete, luego de aprobar la firma del protocolo de paz, dispuso se transmitiese a los jefes de los ejércitos españoles la orden de abstenerse de toda hostilidad contra las tropas norteamericanas de mar y tierra. Así lo dijo, en despacho de la propia fecha, el duque de Almodóvar del Río a Jules Cambon, a quien no dejó de congratular, en nombre de la Reina Regente y del Gobierno, por el acierto con que había sabido llevar hasta su término una negociación de tanta trascendencia, según su frase, para España.

El resentimiento de los españoles intransigentes para con los libertadores cubanos no perdía, en medio de tan graves acontecimientos, ocasión para manifestarse. Ya,

atento a las instrucciones de Madrid recibidas, el embajador de Francia había tenido el cuidado de poner en conocimiento del gobierno norteamericano que el español contaba con que aquél tomaría las medidas necesarias para impedir toda agresión por parte de las fuerzas separatistas en Cuba. Era una manifestación más de una incurable pesadilla contra los hijos del país que luchaban y se sacrificaban por su libertad.. No pudo tampoco el Ministro de Estado dejar de referirse, al comunicar a Wáshington el acuerdo del Consejo acerca del protocolo de paz, al propio asunto de la observancia del armisticio por parte de los separatistas de Cuba, cuya inclinación al perdón y al olvido tantas veces se había exhibido en la larga y sangrienta lucha que llegaba a su término definitivo.



AGOSTO

14

1762

## COMIENZO DE LA DOMINACION BRITANICA

Para España respecto de Cuba el 13 de agosto fué una fecha infausta. Un 13 de agosto, el de 1762, quedaron firmadas y selladas por españoles e ingleses las cláusulas a virtud de las cuales La Habana pasó a ser dominio de la Gran Bretaña.

Efectivamente, el 13 de agosto de 1762, al cabo de prolongada cuanto inútil resistencia y luego de ajustar las bases de la capitulación, fueron éstas firmadas y selladas por las partes que habían contendido en La Habana y sus inmediaciones por espacio de dos meses. La capitulación comprendió veintitrés artículos. En ellos se estipuló la entrega por los españoles a los ingleses de la ciudad y sus fortalezas, los buques de guerra y mercantes surtos en el puerto, la artillería y municiones de boca y guerra, los caudales reales y los pertenecientes al comercio de Cádiz. La salida de la guarnición se efectuaría con los honores militares. Las tropas españolas embarcarían para la Península en buques ingleses. Sólo el orden eclesiástico permanecería inalterable: se pactó que la religión católica, apostólica y romana sería respetada y que sus autoridades y ministros conservarían sus fueros y privilegios.

La nueva dominación comenzó en La Habana el 14 de agosto de 1762. En la mañana de aquel día entraron en la plaza las fuerzas de la Gran Bretaña, en medio de mayor compostura de la que se esperaba, según la frase de un historiador español, de quienes tanto habían sufrido para lograr el triunfo. Ofrecieron singular prueba de cordura y sensatez. El reparto del rico botín había de hacerse, y se hizo, no a mano airada, sino con método casi incompatible con las circunstancias.

La ceremonia de la transmisión de la plaza fué sencilla,

aunque naturalmente conmovedora para vencidos y vencedores. Sir George Keppel, conde de Albemarle, con un batallón, se posesionó de la puerta y del castillo de La Punta, franqueados por Pedro Castejón y Fernando de Lortia, en tanto el teniente rey Dionisio Soler y el sargento mayor Ramírez de Estenoz relevaban con británicos los otros cuerpos de guardia. Con la ocupación de La Cabaña y sus reductos por los vencedores y la partida de los restos de la guarnición española hacia La Chorrera y Puentes Grandes, en espera del embarco para la Península, quedó consumado el 14 de agosto de 1762 el acto de comenzar la dominación de la Gran Bretaña en La Habana.



AGOSTO

15

1762

## DOS REGIMENES

Los actos ostensibles realizados en la ciudad de La Habana el 14 de agosto de 1762 señalaron la consumación de la pérdida para España de la capital de Cuba. El golpe era terrible para España. Para la Gran Bretaña, naturalmente, el acontecimiento entrañaba uno de los triunfos más anhelados por sus hombres desde el siglo XVI. Difícil era para la nación descubridora del Nuevo Mundo concebir entonces la manera de recuperar la joya que en su imperio ultramarino representaba La Habana.

Los dos principales jefes británicos, Pockoc y Keppel, se alojaron en el edificio de las dependencias de Marina, el mejor entonces de la población, aunque con injurias muy recientes de los cañones de sus nuevos huéspedes. Militares y funcionarios españoles usaron allí los recursos de repetidas conferencias y de algunos convites para arrancar de la expansión del trato de la mesa mayores ventajas que las concedidas por la capitulación. Sin embargo, los vencedores se mostraron inflexibles. Las condiciones de la rendición de La Habana no fueron en nada alteradas.

La Habana quedó bajo la dominación británica sin que fuese dado a los españoles mejorar las condiciones de la paz concertada con el vencedor. Todo esfuerzo encaminado a este fin era inútil. La Gran Bretaña había soñado por muchos años con la posesión de La Habana, que no en vano se consideraba llave del Nuevo Mundo, y no iban sus caudillos triunfantes a entrar en arreglos menoscabadores de las ventajas logradas a sangre y fuego.

A los invasores no pareció prudente ni razonable hacer concesión alguna a los españoles vencidos en La Habana. En cambio, no se mantuvieron encastillados en análogo criterio respecto del resto de la Isla no comprendido en

la capitulación. Planes hubo por parte de los generales de la Gran Bretaña para ampliar su esfera de acción hasta donde fuese posible. Solamente lo consiguieron en términos limitados: hasta Matanzas por Oriente y hasta Mariel por Occidente. La resistencia española a estas nuevas conquistas no existió en realidad, y a ellas quedaron reducidos los resultados de los empeños británicos enderezados a sacar el mejor partido de la lucha contra España sostenida en Cuba.

La caída de La Habana en poder de la Gran Bretaña creó una situación sin precedentes en Cuba. La Isla estaba sometida el 15 de agosto de 1762, año terrible para Carlos III, a dos potencias enemigas entre sí. La mayor parte del territorio siguió siendo de España. La mejor porción, de la Gran Bretaña. Desde que Cuba había pasado a la condición de presidio —la gran fortaleza que servía de escala y resguardo a las flotas que llevaban las riquezas del Continente a España— La Habana juntaba en sí las preferencias de la colonización hispánica en la Isla.



AGOSTO

16

1851

## FUSILAMIENTOS EN ATARES

Narciso López se dirigió a Las Pozas, a poco de desembarcar en Playitas del Morrillo, el 12 de agosto de 1851, y dejó parte de las fuerzas expedicionarias llegadas en el *Pampero* custodiando el armamento y las provisiones de boca y guerra que no eran necesarias por el momento. Había de ser este retén elemento valiosísimo, según las planes que debió de concebir el caudillo para el mejor éxito de su empresa militar en Vuelta Abajo. El coronel norteamericano William L. Crittenden, lugarteniente de López, quedó al frente de los hombres y municiones dejados en las cercanías de Playitas.

La simultaneidad de las maniobras fué en las primeras horas felicísima para los invasores. Casi al tiempo en que López derrotaba en Las Pozas a los españoles que habían salido a su encuentro los expedicionarios a las órdenes inmediatas de Crittenden sostuvieron combate con el enemigo y salieron también triunfantes. Sin embargo, estaba a punto de sembrar el desorden en las filas insurgentes la actitud del propio coronel Crittenden, que en la noche del 13 se embarcó en cuatro lanchas, con los suyos, siendo todos capturados por los vapores españoles *Cárdenas* y *Habanero*, conducidos a La Habana y en masa fusilados y mutilados el 16 de agosto de 1851.

"Las fuerzas de Crittenden —escribió Vidal Morales y Morales— fueron vigorosamente atacadas en el Morrillo por las del comandante español Villaoz y, no habiendo podido obtener su unión con las de López, se embarcaron en cuatro lanchas con el objeto de salvarse, y andaban en solicitud de un buque americano cuando fueron sorprendidas en la pasa de Alacranes y en cayo Levisa por el vapor *Habanero*, que las engañó enarbolando la bandera ameri-

cana. Los cincuenta y un prisioneros fueron conducidos a La Habana y ejecutados de diez en diez en la esplanada de Atarés, sin previa formación de causa, concurriendo a presenciar tan horrible espectáculo los españoles residentes en la ciudad; y apenas ajusticiados, cayó sobre sus cadáveres una desenfrenada turba, mutilándolos horrorosamente."

La conducta observada por las autoridades coloniales de Cuba el 16 de agosto de 1851 pareció dictada por la moral privativa de un pueblo salvaje. Como empeñadas en desconocer elementales sentimientos de humanidad, no estuvieron conformes con la matanza llevada a cabo sin forma alguna de proceso y entregaron los restos mortales de las víctimas a la furia de gentes sin ley ni conciencia. Juan Clemente Zenea habló en vigorosas estrofas de la indignación que todo pecho honrado experimentó ante las feroces prácticas de que fueron teatro las faldas del castillo de Atarés. Los fusilamientos ejecutados en Atarés hicieron decir a un abogado de Illinois que Cuba sufría el peor gobierno del Mundo. Este abogado era Abraham Lincoln.



AGOSTO

17

1734

## CONTRATA DE TALLAPIEDRA

La codicia y la altivez que acompañaron muchos de los actos del mariscal de campo Juan Francisco Güemes Horcasitas, contrastando con excelentes condiciones de mando que en otros sentidos poseía, le acarrearón enemigos formidables. Llegó a acusársele en términos destemplados. No eran pocos los que veían en él un pésimo representante de los supremos intereses de la Corona. Se le tuvo por perturbador funestísimo de la vida de la Colonia. Un clérigo llamado Agüera Tobar, en memorial enderezado al Consejo Real y Supremo de las Indias, aseveró:

"Aunque es universal en todo, ha levantado una pensión en licencias, extendiendo las ordinarias de dos reales a ocho, y éstas a treinta y dos. Las prohibidas las habilitó para llenar la ciudad de tablares y garitas. Las permite a negros, pierde caudal y honra el hijo de familia, y son sin número las ofensas a Dios que lloran los vecinos y toda la Isla."

Estas acusaciones eran exageradas, pero no carecían de veracidad. El medio en que actuaba Güemes estaba corrompido. Entre sus censores había gente que buscaba la manera de proporcionarse ventajas para sí misma con ocasión de las inclinaciones del Capitán General. La perversidad podía más que el amor al bien público. Hombres un día revueltos contra extralimitaciones e injusticias intolerables se hallaban al siguiente, concebida ya una idea de lucro particular, muy cerca de la autoridad atacada, para concertar un agravio a los intereses comunales.

Algunos individuos importantes relacionados con Cuba jamás combatieron a Güemes Horcasitas, acaso por haberse concertado con él desde el principio. Así sucedió

con Antonio Tallapiedra, rico hombre de negocios de Cádiz. En España, antes de partir Güemes Horcasitas para Cuba, ambos se habían entendido respecto a una operación relativa al comercio del tabaco de la Isla. Güemes Horcasitas no se opuso al desarrollo de los planes de Tallapiedra. El asentista no perdió ni tiempo ni oportunidad para lograr por medio de valedores eficaces en Madrid todo lo necesario hasta celebrar el 17 de agosto de 1734 una contrata por la que, leoninamente, con cláusulas más ventajosas para él que para el Fisco, se comprometía a depositar cada año tres millones de libras de tabaco de Cuba en los talleres de Sevilla. Semejante medio había sido ideado por quienes de él se aprovechaban para resarcirse con creces de los perjuicios que a todos acarreaba el monopolio de la aromática hoja que el Gobierno se tenía adjudicado.



AGOSTO

18

1851

## FUSILAMIENTO DE ISIDORO DE ARMENTEROS

En 1851 Cuba fué estremecida por los vientos de una revolución contra la dominación española en la Isla. En los dos grandes departamentos en que gubernativamente estaba dividido el país se agitaban grupos de alteradores, algunos de los cuales se hallaban relacionados con el movimiento que en el exterior dirigía Narciso López. Puerto Príncipe, Trinidad y Vuelta Abajo eran comarcas conmovidas por las conspiraciones.

Al frente de la conspiración organizada en Trinidad se puso Isidoro de Armenteros, que figuraba con el empleo de teniente coronel en las milicias de la Colonia. Era hombre a quien seducía el ideal de la independencia patria. En los días en que Narciso López comenzó a agitar a Cuba lo tuvo a su lado en calidad de sincero adicto y entusiasta auxiliar. Después, hallándose en Santiago de Cuba, fué detenido y encarcelado. Al recobrar la libertad se sintió más fuerte para luchar. No cejó en sus afanes. Conferenció en La Habana con Anacleto Bermúdez y Serapio Recio. Procuró que el movimiento revolucionario en Trinidad fuese simultáneo al de Camagüey.

"El resultado de los planes concertados en estas reuniones —apuntó Vidal Morales y Morales— fué la preparación de un movimiento que simultáneamente habría de estallar en Trinidad y en Puerto Príncipe, fijando de antemano la época propicia de las fiestas de San Juan y San Pedro, que, como es sabido, atraían a las ciudades del interior gran concurso de campesinos, y tal concurrencia no inspiraría, por tanto, sospechas al Gobierno ni a sus agentes, que no se descuidaban en la constante

y vejatoria vigilancia que ejercían en los más mínimos actos de los habitantes de este país."

El alzamiento de Trinidad, pospuesto a causa de imprevistas dificultades, fué decidido por Isidoro de Armenteros con el concurso de Fernando Hernández Echarrí, Francisco Pérez Zúñiga, Ignacio Belén Pérez, Juan Cadalso y Rafael Arcís. Isidoro de Armenteros se halló sobre las armas en la región central de la Isla al tiempo de encontrarse en la occidental Narciso López y de estar alarmado Camagüey por el esfuerzo de Joaquín de Agüero.

La lucha, temeraria y desigual, fué infortunada. En contados días y tras encuentros y escaramuzas los inexpertos combatientes quedaron dispersos. Los patriotas de Trinidad se vieron acosados y sujetos a procedimientos bárbaros. A la seis de la mañana del 18 de agosto de 1851, en el campo nombrado Mano del Negro, Isidoro de Armenteros fué degradado como teniente coronel de milicias y fusilado por la espalda. Con él, por la misma causa y en la misma forma, sucumbieron Rafael Arcís y Fernando Hernández Echarrí. El cubano Isidoro de Armenteros, paradigma de abnegación y pureza, pagó con su existencia su amor a la independencia patria.



19

JOSE FRANCISCO LEMUS

La busca y captura de Lemus quedaron encomendadas a Domingo Armona. Este, al frente de su partida, organizada para perseguir malhechores y compuesta de gentes en su mayoría desalmadas, puso toda la diligencia de que era capaz en la tarea de matar los designios de los hombres de los Soles y Rayos de Bolívar. Sobre las huellas de Lemus caminó Armona, quien en la madrugada del 19 de agosto de 1823 sorprendió en la madrugada del movimiento en prenes del estudio y aprehendió al jefe del inmediaciones del aparación en una casa situada en las inconviento de San Francisco, en Guana-

“Llegó ya el momento —decía José Francisco Lemus en una de las proclamas dirigidas a los habitantes de Cubanacán— de separarnos para siempre del dominio de la nación española, que nos ha arrebatado la propiedad suya, por el que considerándonos, estúpidamente, ha cesado de inferirnos, el ominoso derecho de conquista, no ha cesado de inferirnos, por más de trescientos años, toda clase de tormentos, vejación y desprecio: la nobleza de nuestros sentimientos suspende por ahora toda venganza; pero el honor nos exige evitar la sumisión a nuevos atentados con que se pretende agotar nues

sufrimiento por última prueba de ingratitude, egoísmo y mala fe."

José Francisco Lemus reproducía la protesta del bravo Hatuey contra el derecho de conquista que los castellanos se atribuían. El movimiento dirigido por el bizarro habanero era un grito de justa ira y de ansia liberadora. Quedó entonces, aun en medio del fracaso de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, determinado el ideal de los cubanos compenetrados con los hijos de las colonias del Continente que habían sacudido el yugo español. Lemus encabezó sus proclamas con las palabras independencia y libertad y expuso en términos precisos las aspiraciones que lo animaban en sus esfuerzos revolucionarios.



20

1898

## COMISARIOS DE PAZ

1898 La firma y confirmación del protocolo de paz entre España y los Estados Unidos habían determinado de una vez para siempre la suerte de la primera de esas naciones respecto de Cuba. La Colonia dejaba de serlo, entre otras causas, por la incurable incapacidad de la Metrópoli. Las cosas, en la insula que acababa de ser otra vez teatro de sangrienta lucha, se encauzarían por nuevos senderos. El cambio no podía ser más radical.

Por el artículo cuarto del protocolo de paz quedó España obligada a evacuar inmediatamente, con las demás islas que se encontraban bajo su soberanía en el archipiélago antillano, la de Cuba. Cada uno de los gobiernos que fueron partes en aquel instrumento designaría, dentro de los diez días siguientes a la firma del mismo, comisarios encargados de entender en la manera de cumplir lo pactado. Treinta días, contados también desde la fecha del protocolo, se señalaban como término para que estuviesen en La Habana los comisarios, a fin de convenir y ejecutar los detalles del abandono de la Colonia por las fuerzas y autoridades españolas.

Extremo tan importante del protocolo no tardó en ser cumplimentado por las potencias hacia poco en guerra. Una semana escasa había transcurrido desde la concertación de la paz cuando el ministro de Estado de España, impaciente sin duda, inquirió, por conducto de los embajadores de Francia en Madrid y Washington, mediadores en las negociaciones en marcha, noticias acerca de los comisarios norteamericanos. Los diplomáticos galos lo agradaron pronto.

La designación de los comas de verse <sup>el</sup>óno, en Cuba y Puerto Rico, como consecuencia de Jose Fran-

bases del arreglo, fué hecha conjuntamente. Los nombrados para Cuba por los Estados Unidos, según los informes adquiridos por Jules Cambon en el Departamento de Estado de Wáshington, eran el mayor general Wade, el contralmirante Sampson y el mayor general Butler.

A España tocaba, por su parte, no dilatar la elección de sus comisarios. La nación vencida estuvo presta a hacer el nombramiento de sus representantes para el arreglo de lo relacionado con la evacuación de Cuba y Puerto Rico. Ya el 20 de agosto de 1898 pudo el duque de Almodóvar del Río comunicar al embajador de Francia en Madrid, para que lo trasmitiese a Wáshington, la designación de los comisarios españoles. Los escogidos para Cuba eran el general de división Julián González Parrado, el contralmirante Luis Pastor y Landero y el marqués de Montoro. Sobre personajes tan notables, los dos primeros en la Península y el tercero en la Isla, su patria, pesó el grave encargo de convenir con los delegados del vencedor la liquidación postrera del poder político durante cuatro centurias ejercido por España en Cuba.



AGOSTO

21

1823

## SOLES Y RAYOS DE BOLIVAR

La prisión de José Francisco Lemus hizo fracasar indefectiblemente la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar. La captura del jefe echó por tierra todos los planes. ¿Qué esperanza podían abrigar los alteradores después de haber sido descubierto lo que se tramaba? ¿Cómo iban a esperar ya un éxito feliz en la riesgosa empresa de provocar la emancipación de Cuba? La adversidad había salido al encuentro de los anhelos patrióticos.

"A fines de julio —escribió Tomás Agustín de Cervantes— se sintieron síntomas de que se formaba una conspiración para la emancipación de esta Isla. Como se tenían noticias de los progresos que hacían los realistas y el ejército francés contra los constitucionales en España, se creyó que no estaba lejos el triunfo y que la Constitución sería pronto abolida. Algunos regidores constitucionales hicieron esfuerzos para que el Ayuntamiento acordase que, en caso de que sucumbiese el sistema en la Metrópoli, se conservase y defendiese en La Habana, para que sirviese este punto de asilo a los constitucionales perseguidos que abandonasen la Península; pero la mayoría del Ayuntamiento eludió esta resolución con el pretexto de oportunidad, pues que se tenía noticia de las victorias alcanzadas por el general Mina en Cataluña. Hubo empeño en propagar esta opinión en el pueblo, y posteriormente se descubrió que ésta era la base sobre que descansaba el proyecto de emancipación de la Isla."

El Capitán General había llegado a tomar los hilos de la trama revolucionaria. En menos de un mes, auxiliado Vives por el cuerpo de agentes secretos de que disponía, hizo abortar la conspiración. Ya pudo verse cómo, encomendada a Domingo Armona la captura de José Fran-

cisco Lemus, la suprema autoridad colonial quiso asestar el primer golpe a quien asumía la dirección del movimiento. El pensamiento del Capitán General le deparó el resultado apetecido al traducirlo en actos de ejecución.

Como lleno de alborozo por su reaccionario triunfo, Francisco Dionisio Vives publicó en 21 de agosto de 1823 una proclama, fechada en La Habana el día anterior, para dar a los habitantes de la Isla noticia oficial de la existencia de lo que él llamaba una fracción revolucionaria comprobada con el cuerpo del delito. De cuerpo del delito calificó Vives el conjunto formado por tres banderas, más de trescientas escarapelas, muchas armas de fuego y un crecido número de proclamas impresas que, según dijo, habían ocupado sus subalternos. Habló también en su papel de los antecedentes de José Francisco Lemus, a quien atribuyó ideas sanguinarias. Y se refirió a los planes que los conjurados alimentaban. La declaración final de Vives consistió en anunciar que, reducido Lemus a prisión, sería juzgado de manera que su castigo sirviese a sus seguidores, más que de ejemplo, de escarmiento.



AGOSTO

22

1896

## UN MENSAJE A MACEO

La segunda mitad del año de 1896 avanzaba sin que las huestes libertadoras comandadas por Antonio Maceo en Vuelta

Abajo cesasen de hacer notar su presencia. El buen éxito de la Revolución pendía en gran medida de esa actividad continua. El General seguía siendo ejemplo vivo de las prácticas que recomendaba. El sueño dorado del patriota se traducía entonces en un constante bregar. No podía ser lo mismo para los leales al régimen colonial una campaña pasiva que una acción ofensiva y vigorosa de los que se habían propuesto lograr la emancipación de Cuba o perecer en la demanda.

El Lugarteniente General del Ejército Libertador llegó a confundir a sus contrarios. Su segunda invasión del país occidental, atravesando campiñas y serranías a despecho de obstáculos naturales y humanos, revistió los caracteres de culto refinado a Marte. La guerra había de ser la guerra siempre. Perder una ocasión, desperdiciar un día u olvidarse un momento de la necesidad de pelear, incidir en negligencia u omisión, en suma, comprometer el buen suceso de las armas cubanas, a juicio del caudillo, debía ser evitado a toda costa.

“Después del combate de Bacunagua, y no habiendo señales de que las tropas españolas volvieran por el desquite, Maceo —escribió el general José Miró— levantó el campamento de Santa Teresa y se trasladó a Puerta de la Muralla, para hostilizar el pueblo de San Cristóbal. Correspondencia que llegó de la capital le colmó de satisfacción. Le anunciaba Estrada Palma que el general Rius Rivera estaba al frente de una importante expedición y que ésta llegaría a Cabo Corrientes, conforme lo convenido, después del 22 de agosto. Sólo faltaban tres días

para el anunciado desembarco en el supuesto de que la expedición hubiese salido dentro del plazo señalado oportunamente. Tan halagüeña noticia hizo cambiar los planes de nuestro caudillo, que todo lo pospuso al propósito de acudir en auxilio de los expedicionarios, y de llegar él mismo hasta el Cabo Corrientes, si tenía tiempo para ello."

La presteza con que en ocasión tan señalada procedió el general Antonio Maceo fué asombrosa. El 22 de agosto de 1896 fué uno de los días en que el prócer se halló enfrascado en la disposición de los aprestos que habían de auxiliar el alijo de la expedición del general Juan Rius Rivera. Sus planes y empeños no pudieron ser más eficaces. El héroe comunicó, como de costumbre en semejantes casos, su entusiasmo a los suyos. Todos participaron del anhelo de iniciar la difícil, riesgosa y larga excursión proyectada.

La Revolución tuvo servidores silenciosos. Uno de éstos fué Andrés Sánchez Amaro, nacido en San Cristóbal y residente en La Habana cuando, en agosto de 1896, Perfecto Lacoste solicitó su cooperación para hacer llegar a Maceo un mensaje. Sánchez aceptó el encargo, tomó el ferrocarril del Oeste, bajó en San Cristóbal y encontró en su pueblo natal al hombre de confianza necesario para enviar al Lugarteniente lo que él había recibido de Lacoste. El cubano de San Cristóbal puso aquello horas después en manos de Maceo, en Puerta de la Muralla. Así llegó a la Cordillera de los Organos, en el corazón de Vuelta Abajo, el anuncio de que después del 22 de agosto de 1896 arribaría a Cuba una expedición dirigida por Rius Rivera.



AGOSTO

23

1824

## PRONUNCIAMIENTO EN MATANZAS

Al asumir el mando de Cuba el capitán general Francisco Dionisio Vives la discordia entre peninsulares y criollos estaba demasiado acentuada. En diferentes poblaciones habían sido denostados los españoles y vitoreada la independencia de la Colonia. Tampoco faltaban luchas cuerpo a cuerpo, como las sostenidas por los afiliados de las logias Cadena Eléctrica o Cadena Triangular de Bolívar y Los Treinta y Dos Labradores, que representaban, respectivamente, la tendencia libertadora y el principio reaccionario en Puerto Príncipe.

El espíritu insurgente de aquellos tiempos debió de influir en el alférez de dragones Gaspar Antonio Rodríguez. Este exaltado oficial se propuso dar acción a la protesta del país contra el despótico, rapaz, ilegal y bárbaro gobierno imperante, que así calificó la situación política del momento al pronunciarse al frente de siete lanceros, en Matanzas, el 23 de agosto de 1824. La actitud de aquel hombre temerario y valiente iba enderezada no al logro de la emancipación de Cuba, sino al restablecimiento de la carta fundamental. Sus proclamas así lo dijeron con claridad meridiana. Los términos de su demanda fueron precisos.

"Habitantes ilustrados que pobláis la fértil Cuba —decía el alférez Gaspar Antonio Rodríguez en uno de sus manifiestos—, el grito de libertad que acaba de resonar en vuestro suelo ahuyentó para siempre la infame voz de *yo lo mando*: la ley sabia y justa juzgará vuestras operaciones, para cuyo efecto el código de vuestras libertades, que por sorpresa os arrancó el perjuro Vives, será restablecido con igual pompa que lo fué en 1820. Al robo sistematizado de la administración pública sucederá una

sabia y justa economía: la justicia, enervada hasta aquí en manos de magistrados imbéciles y venales, tomará el vigor inflexible de las leyes: vuestra fortuna dependerá de vosotros mismos y no del capricho de un tirano.

"¡Cubanos! Las filas de los libres os esperan, lisonjeándose de que volaré a participar de sus fatigas, por las cuales el laurel de la victoria ceñirá vuestras sienes. La patria os convoca, el deber os llama, el código de los derechos que habéis jurado maldice vuestra apatía, y los males de vuestros ascendientes yacen avergonzados de vuestra indolencia."

La actitud enérgica de Vives, al dar muerte al régimen constitucional medio año antes, había acallado en todas partes las voces de inconformidad. Después surgieron alteradores como aquel alférez Rodríguez, que era peninsular, clamando por el restablecimiento de las libertades públicas. Pero el sopor en que estaba sumida la Isla parecía imperturbable. El alférez Gaspar Antonio Rodríguez, no amparado ni secundado en el país, perseguido y maltrecho, tuvo que hacer rumbo hacia playas extranjeras mientras los leales a la Metrópoli se apresuraban a enjuiciarlo y a condenarlo a la pena de horca.



AGOSTO

24

1878

## BILLETES DE BANCO

El desenvolvimiento económico, tan rápido en el siglo XIX, impuso innovaciones fundamentales en la vida comercial. La función del papel moneda alcanzó nivel muy superior. La necesidad de ofrecer al tráfico mercantil medios lo bastante idóneos para evitar entorpecimientos o rémoras determinó esenciales reformas en la legislación comercial, de concierto con las señales de los tiempos.

"El billete de banco, que es moneda de papel o fiduciaria, tiene su origen —dijo Ricardo M. Alemán— en unos certificados que se daban por los bancos como garantías del depósito de barras de metal. Como no había temor a la mala ley de la moneda, por estar el depósito representado por las barras de metal, sucedió que el billete circuló con más facilidad que el dinero y así ha llegado en nuestros días a tener la importancia que en realidad se le reconoce."

Del 24 de agosto de 1878 dató el privilegio que en el sentido de emitir papel moneda gozó el Banco Español de la Isla de Cuba. Fué entonces reconocido aquel fuero al Banco Español de La Habana, del que resultó continuador el Banco Español de la Isla de Cuba. Por el artículo once del convenio celebrado entre aquella institución comercial y el Ministerio de Ultramar, en 24 de agosto de 1878, quedó prorrogada a veinticinco años más la facultad del Banco Español de La Habana como único establecimiento de emisión de la Isla de Cuba. Se trataba, simplemente, de la aplicación del artículo segundo del decreto de 16 de agosto de 1878, precepto dispositivo de la creación en Cuba de un banco cuyas emisiones gozarían de los beneficios de la circulación fiduciaria única. El decreto fijó que tal institución se llamase Banco Español de la Isla

de Cuba, y por el convenio citado el Banco Español de La Habana se obligó a modificar sus estatutos con arreglo a la oficial disposición.

Ni el Gobierno ni el Banco Español de La Habana se desentendieron del cumplimiento de lo pactado, aunque no procedieron con diligencia extremada. Dos años y medio después de celebrado el convenio entre aquellas instituciones, la una a nombre del Estado y la otra a nombre de particulares intereses, quedaron aprobados los estatutos del que iba a llamarse Banco Español de la Isla de Cuba, usufructuario del privilegio de la circulación fiduciaria única. El desarrollo de los acontecimientos, al cabo, resultó desfavorable en sumo grado para el Banco Español de la Isla de Cuba. Su prerrogativa como establecimiento de emisión se halló comprendida en la bancarrota colonial de España en Cuba. Y cuando perdió el carácter de institución semioficial, con motivo de la extinción de la soberanía hispánica en las Antillas, desapareció el viejo privilegio proveniente del Banco Español de La Habana.



AGOSTO

25

1871

## FUSILAMIENTO DE ZENEA

El deseo de lograr lo mejor para su patria era uno de los sentimientos dominantes en Juan Clemente Zenea al estallar en Cuba la insurrección encabezada por Carlos Manuel de Céspedes. Para el brillante poeta fué como un llamado del honor cívico la mera noticia del alzamiento del 10 de octubre de 1868. En seguida se situó en Nueva York, seguro de que allí podría trabajar eficazmente por la independencia de la Isla.

La fatalidad guió un día los pasos de Zenea hacia el abismo. Conoció en la emigración revolucionaria que laboraba en los Estados Unidos grandezas y miserias humanas. Creyó que sería útil que él se pusiese al habla con los compatriotas que en Cuba sostenían la brega libertadora. Accedió a insinuaciones pacificadoras del notable abogado habanero Nicolás Azcárate. Y se decidió a aceptar un salvoconducto español para venir al campo revolucionario.

Estuvo en el seno de la Revolución. Comprendió que era imposible entablar negociaciones de paz con España que no se basasen en el reconocimiento de la independencia de Cuba. Resolvió regresar a Nueva York. Recibió entonces el encargo de conducir algunos pliegos cerrados para la Junta Revolucionaria y el de acompañar desde la Isla hasta los Estados Unidos a Ana de Quesada, la esposa de Carlos Manuel de Céspedes.

Cuando se preparaba para tomar en un lugar de las costas de Cuba una pequeña nave Zenea fué capturado por tropas españolas. El salvoconducto que secretamente había aceptado de nada le valió. Fué considerado prisionero de guerra y sometido en La Habana a cautiverio y proceso severísimos.

“Un cruento vía crucis —dijo Salvador Salazar—, sufriendo todas las tristezas, soportando todos los vejámenes, lejos de los seres queridos, presintiendo el trágico desenlace, anciano física y moralmente por la amargura y la indignación a los treinta y ocho años de su vida: eso es, eso grava sobre la conciencia española los ocho meses de bartolina del pobre poeta. Ocho meses disputándose la presa la horda de chacales hambrientos y la dignidad española; ocho meses de horrible forcejeo para apagar en una noble frente la llama de la vida; para arrancar de un pobre cuerpo enfermo y débil un corazón saturado de grande e intenso amor, de un sentido de la ternura profundamente misericordioso; para callar un plectro que cantó, en la basa elegíaca que fué la esencia de un alma que el dolor hizo inmortal, los mejores versos de nuestro parnaso...”

Al fin, el vate infortunado cayó, fusilado en uno de los fosos de la fortaleza de La Cabaña, en La Habana, el 25 de agosto de 1871. La furia de los ciegos servidores de la Colonia se descargó sobre su cuerpo. Su alma dejó huella durable en la Tierra.



AGOSTO

26

1896

## PERTRECHOS BELICOS EN CABO CORRIENTES

A la concepción de la idea de marchar hacia el Poniente de la región vueltabajera sucedieron en el general Antonio Maceo repetidas y distintas órdenes, todas encaminadas a organizar debidamente la próxima jornada. Grande era su deseo de recibir personalmente la expedición comandada por el general Juan Rius Rivera. Lo cautivaba el ansia de disponer de cerca la distribución de la cuantiosa suma de elementos de guerra cuyo envío le había anunciado Tomás Estrada Palma.

La actividad del caudillo fué intensa hasta dejar en marcha su columna. Larga a la par que rica en sucesos de toda índole tenía que ser la jornada. El Lugarteniente dictó disposiciones tendientes a asegurar el buen éxito de una empresa de entidad. No se le ocultaba la significación que para los amigos de Cuba que en el exterior laboraban con tesón y eficacia entrañaba el éxito feliz de la expedición de Rius Rivera. Cuanto al interior, a lo que se refería a la suerte de las armas insurrectas, ¿cómo escaparía a su aguda perspicacia el interés vital de poseer los extraordinarios elementos esperados por Cabo Corrientes?

Ni sencilla ni fácil era la tarea asumida por Maceo con la mira de asegurar la posesión de los pertrechos bélicos conducidos por Rius Rivera. La distancia entre San Cristóbal y la zona del cabo de San Antonio no constituía la única dificultad que debía desatar. Urgía reclutar campesinos, acopiar alimentos y vencer los inconvenientes de una época de lluvias frecuentes y torrenciales. El héroe se trazó un plan y puso en movimiento a los hombres, a los armados y a los no armados, llamados a extraer de Cabo Corrientes el cargamento anunciado. Puerta de la

Muralla fué centro difusor de órdenes. Estas salieron con rumbo vario.

Tales fueron algunas de las providencias tomadas por Maceo. Sus planes iban saliendo bien. Sus subalternos todos, penetrados de la trascendencia del empeño por el interés patrio demandado, lo secundaron de manera efectiva y brillante. El General cuidó tanto de los preparativos de su excursión como de dejar organizados los elementos que habían de contener al enemigo en las zonas orientales de Pinar del Río. El 25 de agosto de 1896 partió de Puerta de la Muralla. Al vivaquear el 26 en La Esperanza, tras ruda caminata, con razón pudo sentirse satisfecho de haber vencido la jornada inicial en la ruta que lo conducía a Cabo Corrientes.



AGOSTO

27

1876

## DECRETO CONTRA EL ÑAÑIGUISMO

Las guerras y los cambios de gobiernos no fueron los únicos sucesos del pasado integrantes de la historia de un pueblo. Acontecimientos de índole muy distinta también influyeron de manera poderosa en los destinos públicos. Ya con una tendencia, ya con otra, en busca del bien y del progreso o de fines abominables, los hombres siempre se agitaron en términos que sus obras no se circunscribieron a la esfera limitadísima de las hazañas realizadas por medio de las armas y de los esfuerzos desarrollados en torno al estado político.

Las sociedades secretas jugaron en Cuba, a través de los tiempos, papel importantísimo. No siempre se hallaron en funciones tan sólo aquellas que tendían a la conquista de la libertad y a la realización del bien por el bien. También la tierra cubana sufrió el revés entrañado por la existencia en su seno de conglomerados morbosos. Lo ilícito público llegó a servir de bandera para la organización de elementos inclinados desenfrenadamente a la violación de la moral colectiva. Una de las modalidades tomadas por esas sociedades perturbadoras de los intereses jurídicos por la ley protegidos fué el ñañiguismo.

¿Qué idea movió a los fundadores de las asociaciones de ñañigos en Cuba? ¿Qué fines se propusieron? He ahí, en esas preguntas, planteado el problema de la ilegitimidad e injusticia del ñañiguismo. Su antigua y permanente organización respondió al propósito de que se prestasen sus componentes mutua ayuda en la vindicación de las ofensas que se les infirieran, llegando para ello al procedimiento de dar muerte alevosa al ofensor, sin que fuese obstáculo ni valladar la enormidad ilícita así crea-

da por quienes secretamente se juramentaban para la práctica del mal.

El ñañiguismo adquirió en Cuba tamaños alarmantes. Las autoridades, más que por sí mismas, a virtud de las zozobras sentidas por la opinión pública, se vieron precisadas a adoptar medidas contra los desmanes con harta frecuencia perpetrados. A falta del Código Penal, a la sazón aún no hecho extensivo a Cuba, y dentro del derecho consuetudinario e inconexo aplicado en la Colonia, debió de buscarse la solución demandada por la necesidad de contener los excesos de las asociaciones de ñañigos. El Capitán General o Gobernador Superior Civil de la Isla tendió a ello con decisión. Por decreto de 27 de agosto de 1876 declaró que las asociaciones de ñañigos, por las orientaciones y prácticas de sus individuos, debían ser comprendidas, y lo eran desde luego, entre las señaladas como secretas, prohibiéndose en absoluto sus reuniones y disponiéndose que los infractores quedasen sujetos a la sanción legal preexistente.



AGOSTO

28

1892

## MUERTE DE MODESTO DIAZ

En lo más recio del asalto de Bayamo por las armas cubanas bajo el mando de Carlos Manuel de Céspedes, en un momento de fiera acometida por parte de los sitiadores, el combate se concentró sobre la cárcel. Eran sus defensores, casi en su totalidad, hijos del país, comandados por los dominicanos Modesto Díaz y Francisco Heredia. La metralla libertadora, al fin, abrió brecha en el reducto español, y poco después cayó éste en poder de los soldados criollos. En instantes de tanta gravedad aquellos dos oficiales, imitando la conducta de paisanos suyos que se encontraban ya en las filas insurrectas, ingresaron en las mismas. Mas la actitud posterior no resultó igual en uno y otro, pues en tanto Heredia volvió al servicio de España, Díaz jamás dejó de ser un adalid valioso de la buena causa de Cuba.

La adhesión de Modesto Díaz a las ansias libertadoras del cubano se tradujo en esfuerzos meritorios. Los hombres de la Revolución aquilataron sin gran trabajo su valía. Como formado para la lucha constante, no mostró desfallecimientos ni titubeos. Permaneció de continuo alerta, celoso de ser de los primeros en el peligro y en la brega. Hasta se sintió herido en su decoro porque se le destinaba a operaciones que, a su juicio, no envolvían riesgo inminente. De estos recelos lo sacó Carlos Manuel de Céspedes con estas palabras:

"Hay muchos individuos que circunscriben la libertad a la maledicencia, pero los hechos consumados, la verdad y la justicia se abren paso con el tiempo y fijan en términos satisfactorios la pureza de las acciones de los buenos servidores de la patria, vindicando sus agravios."

Céspedes logró convencer a Modesto Díaz de la ver-

dad de que para la República sus servicios eran eminentes, y que por tales los tenía. El caudillo hijo de Santo Domingo, general del Ejército Libertador de Cuba, no anduvo con ambages ni vacilaciones para darse por satisfecho, y siguió prestando su concurso a la Revolución. Su corazón generoso y su talento natural, compensando su falta de cultura, lo hicieron temible para los españoles. Su táctica, tan especial como especial era su afición a cabalgar en mula, le adjudicó, entre los enemigos de la causa cubana, la fama y el nombre de *Jabalí de la Sierra*.

Modesto Díaz fué pundonoroso y desinteresado. No abrigó egoísmos perturbadores. Rechazó y condenó con viveza las insinuaciones y la actitud discolas de Vicente García, a quien se apresuró a advertir el peligro en que colocaba los más caros intereses de la Revolución. Defendió con pureza la bandera de Cuba hasta el ocaso mismo de la guerra de los Diez Años. Cuando la adversidad impuso a los libertadores la tregua iniciada en El Zanjón el general Modesto Díaz supo proceder con dignidad, aguardando sin duda el advenimiento de la nueva hora de sacrificios. Se retiró a Santo Domingo acariciando aquella esperanza de reivindicación. Pero la mala suerte se interpuso, y el 28 de agosto de 1892 allá expiró el lidiador.



AGOSTO

29

1851

## APREHENSION DE NARCISO LOPEZ

Con la caída en manos de los españoles del coronel Crittenden y de los que con él habían quedado en las inmediaciones de Playitas del Morrillo se inició la mala ventura de la expedición del general Narciso López. La adversidad pronto se mostró implacable para con el caudillo. Y él no tardó en penetrarse de la realidad abrumadora que lo circundaba: era víctima de un engaño más. Por todas partes encontraba enemigos. La persecución organizada por los leales a España era temible, y el país cubano permanecía casi inmoto en relación con la causa que tenía al guerrero en el campo de la pelea.

López se vió precisado, en presencia de tales obstáculos, a abandonar Las Pozas. Se internó en el bosque, dispuesto a luchar en mejores condiciones defensivas. Pero los seis mil hombres echados a perseguirlo, a hostigarlo, no descansaban. Tuvo él que convencerse otra vez de que la adversidad se le había enfrentado. Sus prisioneros eran fusilados en el acto. Sus huellas eran seguidas de cerca e incesantemente. Todo se revolvía contra su fortuna.

Días hubo en que el general López, olvidando sin duda la culpable actitud de los hijos del país para con su empresa liberadora, se plantó con la valentía y el denuedo propios de quien se creía seguro de vencer. A tres leguas de Candelaria, pues pronto se corrió a la parte central de la región, en el cafetal de Arrasti, logró repeler fiera acometida del insaciable adversario. Desde allí, desde el cafetal de Arrasti, pasó al de Frías, donde al cabo de rudo combate, abrumado por la superioridad numérica del enemigo, dejó el campo de la pelea, y a los muertos, y a los heridos, a la vez que los españoles mandados por el ge-

neral Ena y el brigadier Rosales contaron entre sus bajas al primero, que, herido mortalmente, no tardó en sucumbir.

A la ventura tuvo ya que andar el caudillo, perseguido y acorralado. Intentó vivaquear, después del encuentro del cafetal de Frías, en Marticorena, pero también allí fué atacado, de improviso y bajo un temporal de agua y viento, por el coronel Angel Elizalde con gente de todas las armas. Su estrella quedó entonces eclipsada. La persecución arreciaba cada vez más, sin tregua ni descanso. Volvió a ser batido en el demolido ingenio *Agua-cate* y en las serranías de Arroyo Grande. Lucha tan desigual duró hasta el 29 de agosto de 1851, en que un protegido suyo de otros días, José Antonio Castañeda, traicionándolo, lo entregó al enemigo en Pinos de Rangel.



AGOSTO

30

1895

## RAMON DE LAS YAGUAS

Las ruinas de Ramón de las Yaguas, destruido en los albores de la guerra, parecieron destinadas, andando ya la segunda mitad del año de 1895, a ser teatro de sucesos sonados entre españoles e insurrectos. Los primeros supieron que por allí se encontraba el general José Maceo, y encaминaron sus pasos a sorprenderlo y capturarlo. Ya el 29 de agosto, como si marchase hacia la consecución de algo muy seguro y cierto, una columna compuesta de fuerzas regulares y de movilizados salió de Guantánamo con rumbo a Ramón de las Yaguas. Iban a su frente el coronel Canellas y el comandante de voluntarios Pedro Garrido, verdadero director, según observó el general José Miró, de aquellas operaciones.

"Los españoles —agregó Miró— iban a tiro hecho, como suele decirse, a sorprender al león de Baconao, que se hallaba achacoso, dentro de madriguera conocida, y, por lo tanto, fácil de capturar en aquella estudiada operación cinagética. Acaeció, sin embargo, lo que no habían previsto los astutos cazadores: que el león, habiendo dejado el lecho, estaba sobre aviso, arrogante y fiero en la montaña, y que en vez de uno, rendido y doliente, tropezaron con dos, entrambos acechadores, los cuales convirtieron la sorpresa en batalla y la batalla en carnicería."

José Maceo conoció oportunamente cuanto en Guantánamo se preparaba y se ponía en ejecución con el propósito de asaltar su campamento. Se olvidó de sus dolencias físicas. Estuvo atento sólo al peligro que se aproximaba. Así, impetuoso e indomable frente a la amenaza del enemigo, el 30 de agosto de 1895 se hallaba de centinela en los altos de Santa María de Savigne, entre tanto la columna española, pues ya atardecía, se dete-

nía en las ruinas mismas de Ramón de las Yaguas. Los combatientes iban ocupando las posiciones para iniciar la lucha cruenta.

El guerreador cuya captura buscaban los españoles no se contentó con aprestarse por sí solo para la brega. Apenas cerciorado de la proximidad de los adversarios, puso un correo a su hermano Antonio, que se hallaba sobre la línea férrea de San Luis a Santiago de Cuba. El general Antonio recibió el aviso a las seis de la tarde del mismo 30 de agosto. Al punto tomó la ruta de Ramón de las Yaguas. Necesitaba, para acudir a tiempo en auxilio del general José, realizar una jornada extraordinaria: necesitaba hacer una marcha de nueve leguas, sin un instante de descanso, en noche tenebrosa y por sendas poco menos que intransitables. Pero no hubo obstáculo para el general Antonio Maceo, y a las tres de la madrugada se encontraba ya en las inmediaciones de Ramón de las Yaguas, presto a poner de relieve el ímpetu y la valía de su tropa.



AGOSTO

31

1895

## SAO DEL INDIO

La llegada del general Antonio Maceo a Ramón de las Yaguas, en la madrugada del 31 de agosto de 1895, había sido cuasi providencial. La suerte de la próxima polémica entre españoles e insurrectos iba a estar influida por aquel suceso, en absoluto inesperado por la columna procedente de Guantánamo. La acariciada captura del general José Maceo en la prefectura de La Casimba se transformaría en rudísima brega. Las huestes cubanas podían hacer morder el polvo a quienes soñaban con un desastre para ellas.

A la cinco de la mañana del 31 de agosto comenzó la lucha. Los españoles, que no habían dado importancia al tiroteo con que José Maceo quiso saludarlos desde la víspera, tomaron al amanecer el camino de La Pimienta, firmes en el designio de sorprender al caudillo en la prefectura de La Casimba. El primer percance que sufrieron provino de una emboscada dispuesta por José Maceo en el Palmar de Ampudia. La columna de Guantánamo avanzó, haciendo funcionar el cañón de que iba provista. Antonio Maceo entró en acción. Ordenó a Agustín Cebreco muy hábiles maniobras, tendientes a reforzar a José Maceo. Los doscientos hombres con que Cebreco arremetió por San Prudencio, en tanto José Maceo ocupaba la margen derecha del Baconao y la altura de Trucucú, prepararon extraordinaria intensidad a la brega.

Los españoles acometieron y resistieron brava y obstinadamente. A los ataques de José Maceo y Agustín Cebreco opusieron admirable fortaleza, trabándose entre unos y otros feroz lucha. Rechazados más de una vez, redoblaban el ataque. Pero, en lo más crítico de la pelea, en los instantes en que más intenso resultaba el choque, Antonio Maceo tuvo la gloria de decidir la suerte de la

acción. Atacó la columna de Canellas por retaguardia, rompió después el fuego por el centro, ocupó la altura de Sao del Indio y el cauce del Baconao por el paso de Camacho y obligó al enemigo a desandar parte de lo que había recorrido y a guarecerse en los montes de La Casimba después de sufrir gran número de bajas. La lucha, en medio de todo eso, fué terrible.

"Empeñada la lid —narró el cronista de la Revolución— en toda la línea, viéndose los rostros unos y otros, y oyéndose las mutuas imprecaciones como si con ellas se quisiera recargar el acento de la fusilería, se tomaron posiciones a paso de ataque y se recobraron a pecho descubierto, sin decidirse la victoria por ninguno de los dos bandos. Era mayor el encono allí donde luchaban cubanos contra cubanos; la gente de los Maceo con los hombres de las Escuadras, cual si unos y otros sintieran por igual la enormidad de la injuria y se inculparan recíprocamente el fratricidio. En la tremenda impiedad del encarnizado choque, aquellas tropas mercenarias hacían gala de su vigor y osadía, retando a las más animosas del partido opuesto. Querían que la pelea fuera con ellos solos, y no con los quintos de España: ¡admirable valor, pero grande la ignominia!"

La acción se decidió en favor de las armas cubanas. La posición de Antonio Maceo en las alturas de Sao del Indio, aprovechada por él con su habitual acierto, resultó inapreciable. Su gente llevó el desnudo a la temeridad. En su afán de apoderarse de la pieza de artillería de la columna de Guantánamo, arrolló a los que la defendían, penetró hasta el cuerpo de sanidad y se apoderó de cuantioso bagaje y del botiquín del enemigo. Nueve horas, desde las cinco de la mañana hasta las dos de la tarde, duró aquel combate, tan glorioso para las armas libertadoras. Ya a las fuerzas de Canellas, vencidas y maltrechas, no quedó sino el camino de la retirada.



SEPTIEMBRE

1

1851

## EJECUCION DE NARCISO LOPEZ

La captura del general Narciso López en Pinos de Rangel fué para los servidores de España suceso fausto. Sentían odio ciego contra el caudillo. Su conducta, abominando de la tiranía y jurándose a la libertad, les parecía iniquidad imperdonable. Recordaban al valeroso hijo de Venezuela con hondo rencor. Su caída, a juicio de los usufructuarios del absolutismo colonial, resultaba necesaria.

También existía un sentimiento de gran temor junto a aquel de odio ciego. La vida del general López constituía una pesadilla para quienes aspiraban a mantener el principio de la llamada integridad nacional. Ellos conocían el temple y la resolución del ilustre soldado. Con razón presumían que la paz y la seguridad de la Colonia se hallaban en peligro. ¿Cómo hacer desaparecer los motivos de tales zozobras? ¿De qué medios valerse para estar libres de tales amenazas? Con fruición los adictos al régimen imperante fijaban el pensamiento en una coyuntura propicia a la eliminación de los riesgos que se alzaban sobre sus depredaciones.

La caída del caudillo en la red de persecuciones que sus adversarios le tendieron deparó la oportunidad esperada por ellos mismos. La campaña de Vuelta Abajo, no menos desastrosa que breve, sirvió a los enemigos de la emancipación de Cuba para asestar el golpe de gracia a los esfuerzos realizados por López. Ya se vió cómo, a despecho de sus afanes, de la actividad de sus tropas y del denuedo con que afrontó la brega, desde la acción de Las Pozas, a poco de desembarcar en Playitas del Morrillo, hasta el momento fatídico de Pinos de Rangel, el infortunio se obstinó en perseguir a los expedicionarios del *Pampero*.

La furia dominante se desató sobre la persona del general Narciso López tan luego como se consumó el desastre de Pinos de Rangel. Fué trasladado de San Cristóbal a Mariel, pasando por Guanajay, y conducido de Mariel a La Habana en el bajel *Pizarro*. A las ocho de la noche del 31 de agosto llegó a la capital de la Isla. Todo, a partir de aquel momento, fué tormentosamente acelerado en torno al prócer. En las horas transcurridas de las once de aquella noche a las siete de la mañana del día 1º de septiembre de 1851 entró en capilla, dictó sus disposiciones de última voluntad y subió las gradas del patíbulo, levantado en el campo de La Punta. Veinte mil personas fueron testigos del suplicio del lidiador.



SEPTIEMBRE

2

1852

## FUNERALES DE ANACLETO BERMUDEZ

La intransigencia española no estuvo satisfecha en presencia del desastre de la última expedición del general Narciso López. Persistió en extremar la persecución y la crueldad. Verdad era que continuaba habiendo cubanos, aunque en número reducido, consagrados a mantener el culto patriótico. Tras la caída del ilustre López hombres del temple de Anacleto Bermúdez y Porfirio Valiente recogieron su bandera y su credo y alentaron con fervor el ideal de redención. El choque entre unos y otros, entre los servidores del absolutismo y los amantes de la libertad, tenía que reproducirse, corriendo de nuevo sangre de cubanos.

Al fracaso de López siguió casi inmediatamente la llamada conspiración de Vuelta Abajo. Pero la representación de la Metrópoli permanecía vigilante. Además, se hallaba bien servida por espíritus infames y dispuesta a mantenerse amenazadora. Fácil le fué frustrar el nuevo intento. A ello tendió por todos los medios concebibles. En el número de las víctimas elegidas acaso se encontró el eminente abogado, habanero por nacimiento y perteneciente al foro habanero, Anacleto Bermúdez y Pérez, tenido por abogado de los pobres. Su muerte ocurrió, súbitamente, el 1° de septiembre de 1852, primer aniversario de la ejecución del general Narciso López. Constituyó un terrible golpe para la acción revolucionaria que se desarrollaba. De lo que aquel varón excelso valía y significaba en la sociedad de la Colonia habló al día siguiente, el 2 de septiembre de 1852, al final de sus funerales, otro esclarecido varón, Ramón Zambrana:

"Callar, señores, en esta hora solemne, enmudecer ante el espectáculo tristísimo que se ofrece a nuestros ojos, reconcentrar en lo más profundo del corazón las emocio-

nes supremas del dolor que nos abrumba, sería natural y concebible si estos restos preciosos perteneciesen sólo a un buen hijo, a un buen hermano; si el vínculo afectuoso de la familia nos uniese solamente al que nos deja de un modo tan súbito e imponente; pero este es el cadáver de don Anacleto Bermúdez, estos son los restos de un hombre ilustre que consagró su existencia entera al bien de sus semejantes, al engrandecimiento de su profesión distinguida, a la gloria literaria de su país; de un hombre con quien nos unen los vínculos sagrados de la admiración, del respeto, del cariño; y al borde de su tumba debe elevarse nuestra voz trémula pero verídica, conmovida pero enérgica, para proclamar sus eminentes virtudes, para presentarlas al Mundo por modelo, para bendecirlas."

La desaparición de hombre de tales méritos pudo parecer suceso benigno a quienes oprimían al país. Sin embargo, se equivocaron. Aun cuando el deseo y la resolución de luchar con las armas en la mano no estaban arraigados en los cubanos que soñaban con la emancipación patria, lo cierto fué que los funerales de Anacleto Bermúdez —los primeros en que se rindió a un cadáver el homenaje, luego convertido en costumbre respecto de los varones ilustres, de ser conducido en hombros hasta el cementerio— dieron oportunidad a una explosión significativa como pocas de sentimientos y aspiraciones que ya tenían vida y fuerza en Cuba.



SEPTIEMBRE

3

1896

## DIMAS O SAN PEDRO DE MURIAS

La destrucción de Mantua en 22 de febrero de 1896, un mes después de ser visitado por el Lugarteniente General del Ejército Libertador, fué una contribución cívica a la ingente empresa de desatar los viejos lazos del vasallaje colonial. Mas, contrastando con aquella ruina, surgieron a poco en la comarca nuevas poblaciones, refugio de los moradores diseminados en todo el territorio. La playa de Dimas fué uno de los lugares escogidos con ese motivo. Las vicisitudes de la guerra, transmutatorias por excelencia, no podían dejar de sentirse a través de la ruda contienda un año atrás iniciada.

Hasta 1896 Dimas no había pasado de ser balneario y punto de escala de los bajeles de cabotaje de la costa del Norte de Vuelta Abajo. El origen de su nombre era acaso debido al de algún oscuro pescador. Tal denominación corría en 1861. Antonio Tarafa y José Calvo en 1881 edificaron la primera casa, de maderas y tejas, y Leopoldo Carbajal en 1883 y Pedro Murias en 1892 obtuvieron sendas concesiones para construir muelles y almacenes de depósito, que facilitaron el tráfico marítimo que en el propio 1883 empezaron a utilizar el comercio y la agricultura del valle de Luis Lazo, enclavado en lo interior del país, en el seno de la Cordillera de los Organos. Cupo en definitiva al mismo Pedro Murias la buena suerte de coadyuvar con sus alientos, con su munificencia y con su caudal a la fundación del caserío de Dimas en 1896, mostrándose tan propicio que la Junta Administrativa, constituida con atribuciones de ayuntamiento en 5 de agosto de 1896, acordó, con su elevación a categoría de pueblo, que Dimas se llamase en lo adelante San Pedro de Murias.

Ante el pueblo así formado se presentaron las huestes libertadoras comandadas por el general Antonio Maceo la noche del 2 de septiembre de 1896. De improviso, con sorpresa grande para la guarnición y el vecindario, no mucho después del oscurecer, las tropas insurrectas, situadas a corta distancia del caserío, rompieron el fuego. El tiroteo, generalizado por espacio de varias horas, cesó sin determinar superioridad de ninguno de los combatientes. Los defensores de Dimas se aprestaron a la resistencia. En verdad, el Lugarteniente no hizo siquiera ademán de asaltar la plaza, defendida por mal formadas trincheras y por fuerzas tal vez inferiores en número a las cubanas.

El 3 de septiembre de 1896 se hallaban las huestes libertadoras en las inmediaciones de Dimas. Al romper el alba fueron saludadas por disparos de granada lanzados por el cañonero *Flecha*. La zona de cultivo fué devastada. El general Maceo se encontraba sobre la ruta escogida para llegar a Cabo Corrientes. Su presencia allí era meramente circunstancial. Pero, como parte del plan concebido para correr a dar la bienvenida al general Juan Rius Rivera, no dejaba de ofrecer el resultado apetecido la excursión insurrecta a lo largo de la costa del Norte de Vuelta Abajo.



SEPTIEMBRE

4

1640

## PIE DE PALO FRENTE A LA HABANA

Cornelis Corneliszoon Jol, apodado *Pie de Palo* o *Pata de Palo* —llevaba reemplazada con una pierna de madera la que había perdido de un balazo—, fué uno de los marinos holandeses que en mayor riesgo pusieron a Cuba. En los albores del segundo tercio del siglo XVII ya era almirante de Holanda. En tales condiciones y a la cabeza de diez grandes galeones, reforzados luego con seis en las Antillas, salió en 1638 del Texel, dispuesto a caer sobre las colonias españolas de América. Se presentó a la vista de La Habana sin mucha tardanza, y tuvo prácticamente bloqueado el puerto y amenazadas las naves que al mismo se dirigían. No pudo acabar aquello de manera pacífica: poco después la costa de Cabañas fué testigo de la sangrienta lucha en que el bravo español Carlos de Ibarra infirió tremenda derrota al provocativo Jol.

No fué grande escarmiento el que en tal ocasión experimentó Jol. El 4 de septiembre de 1640 de nuevo se presentó frente a La Habana, a dos tiros de la plaza, con una escuadra de treinta y seis embarcaciones, casi todas urcas. Lo acompañaban los mismos designios y mayores fuerzas que en la ocasión precedente. Para él había llegado a ser una obsesión el proyecto de hacer la Colonia, entonces gobernada por el maestro de campo Alvaro de Luna y Sarmiento, víctima de sus depredaciones. Pero Luna, Francisco Poveda, Andrés Manso y los prácticos más inteligentes del puerto estuvieron prestos a repeler la agresión del holandés.

"Entre tanto —escribió Jacobo de la Pezuela— Jol con sus amagos tuvo una semana entera al vecindario y a la tropa a medio sueño y sin soltar las armas. El 10, después de algunos disparos contestados por El Morro, singló ha-

cia Barlovento, y el 11 por la tarde, con profundo regocijo del Gobernador y de los españoles, rompió tan recio temporal que dispersó las naves holandesas y estrelló a algunas urcas en la costa, ahogándose muchos de sus tripulantes. Sólo entre La Habana y Mariel embarrancaron cuatro buques. El sargento mayor D. Lucas Carvajal, que, de orden de Luna, acudió con gente y prevenciones a los lugares del naufragio, regresó a los pocos días con doscientos sesenta y un prisioneros, diez y siete excelentes piezas de bronce, cuarenta y ocho de hierro, dos pedreros, un esmeril y gran cantidad de pólvora y pertrechos, sin contar otros despojos útiles que se recogieron de los barcos. La Punta y El Morro recibieron al momento más y mejor artillería de la necesaria para sus baluartes y cortinas."

Por mucho que se hubieran afanado los defensores de La Habana, jamás habrían alcanzado por sí lo que los elementos les ofrecieron. La derrota sufrida por Jol era desastrosa, tan desastrosa como grave había sido la amenaza levantada sobre los destinos de la Colonia por el temible *Pie de Palo*. Razón tuvo de sobra el maestro de campo Alvaro de Luna para sentirse entonces satisfecho de la protección del Cielo, no sólo librándolo de serios peligros, sino también deparándole una victoria no aguardada.



SEPTIEMBRE

5

1896

## PLANES EN LA CAMPIÑA MANTUANA

El ataque al caserío de Dimas por las fuerzas libertadoras al mando inmediato del general Antonio Maceo se prestó a diversas conjeturas. La operación allí realizada era exponente de planes que no consistían solamente en el propósito de hostilizar al enemigo. El Lugarteniente, a despecho del estado de relativa indefensión en que se hallaba Dimas, no se esforzó por entrar en la población ni la noche del 3 de septiembre de 1896 ni al día siguiente. ¿Por qué? ¿Cuáles eran las intenciones que se ocultaban tras la aparente ofensiva tomada por el caudillo en las inmediaciones de Dimas o San Pedro de Murias?

Lo que detrás de aquello había estuvo de manifiesto en el general Maceo el 5 de septiembre de 1896. Al cabo de algunas horas de reconocimientos infructuosos, vueltas las tropas libertadoras a Tumbas de Estorino, los planes del Lugarteniente se encontraron sometidos a estudio. Su presencia en los confines occidentales era debida a la necesidad y al deseo de llegar hasta Cabo Corrientes, para recibir allí la expedición del general Juan Rius Rivera. Todo tenía que girar alrededor de tal objetivo. Cualquier intento del adversario encaminado a cortar el paso a la hueste insurrecta entrañaría, sin duda alguna, razón de sobra para que las armas de uno y otro bandos chocasen de manera violenta.

Los cubanos supieron el 5 de septiembre de 1896 que el batallón *Wad-Ras*, que la víspera del ataque a Dimas había marchado de este pueblo al de Arroyos de Mantua, se aprestaba a impedir o por lo menos a entorpecer el avance hacia Cabo Corrientes. Tener Maceo noticia de tales actos preparatorios y ponerse en actividad extraordinaria fué cosa de un solo momento. Nada le haría re-

troceder. ¿Cómo iba a resignarse a desistir de la satisfacción de un anhelo alimentado día tras día con fervorosa pasión? La suerte estaba echada, y era por lo mismo inmodificable el intento primordial en la serie de jornadas iniciada en Puerta de la Muralla.

El Lugarteniente se hizo cargo de la situación. Tenía por tablero de sus planes inmediatos la campaña mantuana. Meditó. Procuró que no fallase su objetivo de dirigir personalmente el aprovechamiento de la expedición de Rius Rivera. Llegó a inquietarle la incertidumbre respecto de la llegada del barco insurrecto. Pero a poco se repuso. Infundió a sus subalternos fe plena en el buen suceso de la empresa. Los cubanos se hallarían en trance de tomar precauciones inusitadas, de llevar a efecto reconocimientos cuidadosos y de enfrentar a pecho descubierto al enemigo. En ello residía el secreto de las esperanzas lisonjeras abrigadas por el caudillo oriental, y a ello debían llegar sus huestes.



SEPTIEMBRE

6

1869

## JOHN A. RAWLINS

John A. Rawlins se elevó desde una modesta cuna hasta la esfera de las disciplinas académicas y las luchas de la política norteamericana. La guerra civil suscitada por el Sur al advenir Abraham Lincoln a la Casa Blanca excitó su patriotismo. Fué hombre de armas cuando fué necesario serlo para salvar a la Unión. Al lado de Ulysses S. Grant combatió por el mantenimiento del pacto federal y por la supresión de la condición servil de parte de la población de los Estados Unidos. El antiguo abogado salió de la contienda feral con el empleo de general.

La exaltación de Grant a la presidencia de los Estados Unidos casi coincidió con la insurrección en Cuba encabezada por Carlos Manuel de Céspedes. Grant llevó al Gabinete, como secretario de la Guerra, a Rawlins. El general Rawlins se mostró decidido partidario de que su país apoyase el movimiento separatista de los cubanos. A su juicio, la independencia de la Isla era una cuestión esencialmente americana: era una cuestión de toda la América organizada políticamente sobre la base de la democracia republicana.

Por medio de los buenos oficios de Rawlins pudo José Morales Lemus, representante de Cuba libre en los Estados Unidos, llegar hasta Grant, para exponer de viva voz al Presidente las buenas razones que abonaban la aspiración de los patriotas de la Isla a la soberanía internacional. Además, Rawlins sostuvo en el seno del Gabinete y en conversaciones con el Jefe del Ejecutivo que era menester y urgente evitar que el gobierno de Madrid se burlase de la diplomacia norteamericana en daño de los separatistas cubanos. En esta situación de ánimo continuó, aun en los momentos en que una grave enfermedad lo

sustrajo de las actividades oficiales, mientras le fué posible hablar. El 6 de septiembre de 1869, ya en la agonía, después de hacer ciertas recomendaciones acerca de su familia, expuesta a quedar en el desamparo, respondió a quien le preguntaba si tenía algo más que decir:

"Sí, tengo algo más que decir. Ahí está Cuba, la desgraciada Cuba, hoy combatiendo. Deseo que le prestéis vuestro apoyo. Cuba debe ser libre. Su tiránico enemigo debe ser aniquilado, y no sólo Cuba, sino todas las demás islas sus hermanas, deben ser libres. Esta república es responsable de ello. Yo desapareceré prontamente, pero vosotros debéis ocuparos de ello. Juntos hemos trabajado. Ahora corresponde a vosotros velar por ello."

Con estas palabras, en la tarde del 6 de septiembre de 1869, John A. Rawlins se despidió del Mundo. Tan adentrada en su conciencia llevaba la idea de que los Estados Unidos debían ayudar a Cuba en la lucha por la libertad que sus disposiciones políticas de última voluntad se refirieron a esta Antilla. Ningún otro grande hombre—él fué un grande hombre—mostró más noble y encendida pasión por la independencia de Cuba que aquella que Rawlins puso hasta sus últimos instantes en el anhelo de coadyuvar a que la Isla fuese una república democrática.



SEPTIEMBRE

7

1896

## REORGANIZACION DE FUERZAS LIBERTADORAS

Maceo perseveraba en el empeño de no dejarse cerrar el camino de Cabo Corrientes. El General dió magnífica lección de su intrepidez y de su denuedo el 6 de septiembre de 1896. Se acercó al pueblo de Arroyos de Mantua, baluarte de la intransigencia española, y ordenó el asalto de la plaza. Logró, en lucha cuerpo a cuerpo, llenar de pavor a los defensores del caserío. Aun cuando no se posesionó de éste, quedó satisfecho su intento, consistente en demostrar la pujanza de sus tropas. La victoria, al cabo, fué suya.

Después del ataque a Arroyos de Mantua de nuevo se encaminó el Lugarteniente a Tumbas de Estorino. Vino a ser este lugar el centro de sus operaciones por la campiña mantuana. Allí se hallaba el 7 de septiembre de 1896. Y entonces concibió una idea provechosa para las armas revolucionarias: concibió la idea de reorganizar las fuerzas libertadoras de Pinar del Río. El pensamiento no podía resultar más oportuno ni plausible en visperas de recibir grandes pertrechos de guerra.

"Maceo —apuntó el jefe de su Estado Mayor— procedió a reorganizar las fuerzas de Occidente, bajo la siguiente pauta: la brigada tendría dos regimientos, uno llamado Goulet y el otro Varona, con diez compañías este último y dos escuadrones; el primer regimiento, bajo la jefatura del coronel Bernardo Camacho, y los dos batallones al mando de los tenientes coroneles Miguel Lores y Antonio Tarafa; el segundo regimiento, bajo la jefatura del teniente coronel Manuel Lazo, quien tendría de jefes de los dos batallones a los de igual graduación Luis Pérez y Julián Gallo, oficiales todos de valía y muy conocedores del territorio."

La iniciativa del general Maceo en el sentido expuesto deparó magníficos provechos a la Revolución. Excelente fortuna tuvo sin duda al escoger los hombres que habían de secundarlo en próximas jornadas. Estos elegidos, por su capacidad moral y bélica, estaban llamados a ser dignos subalternos del Lugarteniente en las marchas del Occidente al Oriente de Vuelta Abajo. Feliz fué la idea de reorganizar las fuerzas insurrectas de la región del Poniente, ni menos abnegadas ni menos eficaces que las aguerridas huestes de la jornada invasora.



SEPTIEMBRE

8

1896

## REVES REVOLUCIONARIO EN LA HABANA

La Revolución, en el desenvolvimiento de la guerra iniciada en febrero de 1895, se hallaba organizada sobre las bases del Consejo de Gobierno, residente en los campos de la Isla, y la Delegación, establecida en Nueva York. Estas agencias fundamentales de la República deparaban fuerzas materiales y morales al Ejército Libertador. De punto de enlace entre los separatistas del interior y los del exterior servía admirablemente la Junta Revolucionaria de La Habana, en la que figuraban José Antonio González Lanuza, Alfredo Zayas, Alfredo Hernández Huguet y Hubert de Blanck. Los tres primeros, cubanos, eran abogados notables. El cuarto, holandés por nacimiento, era un artista eximio, gran músico, que en La Habana había creado familia y echado raíces.

En septiembre de 1896 los agentes revolucionarios que laboraban en La Habana sufrieron un duro revés. Los principales entre ellos fueron descubiertos y aprehendidos. En Alfredo Zayas concurría la circunstancia de ser hermano de Juan Bruno Zayas y Alfonso, muerto hacía poco en acción de guerra con la reputación aneja a los mejores generales del Ejército Libertador. José Antonio González Lanuza aparecía como cabeza de los que a su cargo tenían los trabajos subversivos en la capital de la Isla. En la detención de González Lanuza hubo cosas oscuras. Manuel María Coronado, director del periódico habanero *La Discusión* y participante en el movimiento separatista, llegó a tener serias sospechas acerca de la conducta de personas conocedoras de los secretos manejados por González Lanuza y sus más conspicuos compañeros en fatigas y peligros.

Durante dos y media horas del 8 de septiembre de

1896 estuvo González Lanuza prestando declaración en el sumario originado por los hechos delictuosos que le eran imputados. El secreto de las actuaciones y la incomunicación del acusado no permitieron a los cubanos conocer aquel día cómo el jurisconsulto había usado su extraordinario talento y su vasta cultura para atenuar la dificultad en que se encontraba. Una verdad sí fué apreciada en La Habana el 8 de septiembre de 1896: la atención de todos, sin excluir la del gobierno colonial, fué absorbida por González Lanuza. Su personalidad, el motivo de su detención y el momento que vivía el país concurrían a crear semejante sensación.

El revés revolucionario de que La Habana fué teatro en septiembre de 1896 pudo tener consecuencias extremas para los principales comprometidos en las actividades subversivas descubiertas. Se temió por sus vidas. De cabezas cubanas salió el pensamiento de trabajar hábilmente por conseguir que se les enviase a España. Se suponía que desde allá les sería fácil fugarse. Bien se veía que entre todas las formas de contribuir a la extinción del régimen colonial en Cuba no era la menos peligrosa la de laborar en agencias secretas de la Revolución en las poblaciones dominadas por los adversarios de tan radical transformación política.



SEPTIEMBRE

9

1895

## COMPLICACIONES EN MEXICO

La Revolución tenía en 1895 un representante magnífico en la ciudad de México: Nicolás Domínguez Cowan. Este cubano prestaba a su patria servicios que se traducían en auxilios materiales y morales. En México había algunos cubanos ricos, y de ellos recabó Domínguez Cowan contribuciones pecuniarias. De los mexicanos aspiró a obtener una disposición favorable a la emancipación de la Isla.

En 9 de septiembre de 1895 Domínguez Cowan discurre seriamente en torno a las complicaciones que para Cuba se presentaban en México. Apreciaba dos factores: la opinión de la mayoría de los mexicanos sobre la cuestión revolucionaria y la actitud del gobierno de la República. Veinte años de vida en México permitían al agente cubano adentrarse en el sentir general de los ciudadanos y en las miras oficiales. La situación no tenía nada de simple o sencilla:

"Cierto y muy cierto es que abundan los mexicanos que otorgan sus mejores simpatías a la causa de la revolución de Cuba, pero, por la índole de los habitantes de esta tierra, por las consideraciones que guardan a su gobierno y, sobre todo, por la extemporánea y ridícula propaganda que de algún tiempo a esta parte ha venido haciéndose en pro de la anexión de Cuba a México, se ha entibiado algo el entusiasmo de los hijos de esta república en favor de nuestra independencia. Inició, anónimamente, el pensamiento el cubano Carlos Américo Lera y sospecho que le apoyan el señor presidente, general Díaz, y el ministro de Relaciones, don Ignacio Mariscal."

La novedad de idear la anexión de Cuba a México creó a Domínguez Cowan una situación extremadamente delicada. Por el deseo de no lastimar susceptibilidades

mexicanas, se abstuvo de rebatir en la prensa aquel propósito político. Otra razón detenía su pluma: el cuidado de no soliviantar a la colonia española, en México numerosa, adinerada e influyente. México había sacudido el yugo de la Metrópoli, pero continuaba sintiendo la presión hispánica. Quizá aquello de hablar de la anexión de Cuba a México tenía por finalidad enervar la propaganda en favor de la independencia de la Isla. Trabajar por la independencia de la Isla era oponerse a un proyecto llamado a ensanchar el área nacional de México. A los mexicanos halagados por este pensamiento no podía ser grato que en su propio territorio se levantasen voces para discutirlo y negar su procedencia.

Lo más grave en México era la postura de Porfirio Díaz. El Presidente, sobre estar en plan de oponerse a toda alteración nacional o internacional que no envolviese algún provecho para los intereses regidos por él, sostenía cordiales relaciones con la amenazada monarquía de Alfonso XIII. Cualquier actividad enderezada a robustecer la causa cubana desagradaba a quien pretendía mostrarse amigo consecuente de la potencia europea que oprimía a los separatistas de la Isla. A juicio de Nicolás Domínguez Cowan, el general Díaz, con la vista vuelta hacia Washington, aguardaba a que el gabinete norteamericano diese la nota que había de resonar en los salones de los sucesores de Hernán Cortés.



SEPTIEMBRE

10

1798

## BRITANICOS CONTRA CRIOLLOS

De los excesos de que los extranjeros hicieron a Cuba victima a través del mando de la Isla por el teniente general Juan Procopio Bassecourt, conde de Santa Clara, fueron ejemplo acabado las agresiones realizadas por los británicos en las inmediaciones del cabo de San Antonio. Ocurrió ello en los días 10 y siguientes de septiembre de 1798. La parte occidental de la Colonia, por indefensa, pareció al enemigo propicia al buen éxito de sus intenciones. El objeto principal, y casi único, de los corsarios, por entonces, era recoger negros, azúcar u otros frutos de tal cual hacienda aislada. Sus depredaciones se dirigían a lesionar el patrimonio de los habitantes del país.

Tres buques de guerra, aunque balandras solamente, se corrieron hacia el cabo de San Antonio, de antiguo llamado San Antón, el 10 de septiembre de 1798. Las condiciones en que se encontraba la sección occidental del país eran todavía deplorables desde el punto de vista español. La tenencia de gobierno de Filipina aún se hallaba en embrión. En medio de grandes heredades, dedicadas a la cría de ganados y a la industria de la miel y de la cera de abejas, se levantaban los modestos caseríos de embarrado y guano descritos por José María de la Torre y Antonio López Gómez en la memoria que redactaron por aquellos días finales del siglo XVIII. Todo resultaba favorable al desarrollo de los planes del adversario.

Los vecinos de las casi inermes comarcas occidentales se habían aprovechado de tres piezas de un buque naufragado en el archipiélago de Guaniguanico, emplazándolas en un reducto, para impedir la entrada de enemigos en un surgidero no distante del cabo de San Antonio. Con

ánimo y valor notables, resueltos a defenderse con bizarria, aquellos guajiros se prepararon para hacer frente a cualquier agresión. Pero la buena suerte no acompañó sus designios.

Con sólo siete hombres a sus órdenes, un mulato bravo y temerario, José Noroña, se hizo cargo de la defensa del reducto en que se hallaban emplazadas las tres piezas. Los criollos, como supliendo con el denuedo lo escaso de su número, resistieron por algún tiempo valientemente. Mas el mismo fuego certero que realizaban contra los británicos agresores acabó por exasperar a éstos, pronto decididos a desembarcar a todo trance. Unos cien hombres saltaron a tierra. Noroña, herido, tuvo que retirarse con los suyos ante la imposibilidad absoluta de contener el avance de quienes los superaban de manera extraordinaria. Los invasores quedaron dueños del terreno y se dieron prisa en apoderarse de los víveres y aguardientes de la finca de un Mariano Carbó, víctima propiciatoria de los provocadores de tan desigual lance.



SEPTIEMBRE

11

1896

## CALIXTO GARCIA EN BAIRE

Calixto García recibió a fines de agosto de 1896, hallándose en la zona de Tunas, cartas de Estrada Palma que le anunciaban la próxima llegada a Cuba de una expedición con armas y municiones para Oriente. Dos horas después supo el General que la expedición ya estaba en tierra cubana. Estas noticias hicieron concebir a García la esperanza de tener cañones con cuyos disparos haría a los ingenios de su departamento pagar buenas contribuciones a la Revolución. Sin contar con semejante fuerza coercitiva, obedeciendo órdenes del General en Jefe, él había paralizado la molienda en algunas fábricas de azúcar. Aquello le dolía, pero no dudaba de la justicia de la medida: era una iniquidad, a su juicio, que moliesen los ingenios en Oriente y no en Occidente.

Pocos grandes hombres hubo tan generosos como Calixto García en la consideración de las ideas y los hechos de sus pariguales. A veces, realizando operaciones militares ordenadas por Máximo Gómez en oposición a su criterio, al alcanzar el buen éxito previsto por el General en Jefe, se complacía en decir que la victoria era de éste, y no suya. A Tomás Estrada Palma tributaba el homenaje de su agradecimiento y de su admiración por la brillantez de sus esfuerzos en el exterior: el triunfo de la Revolución estaba seguro y próximo y a Estrada Palma pertenecería una gran parte de la gloria de la magna empresa. Estas ideas de García se robustecieron en los días en que se situó en Baire con las armas y municiones a fines de agosto de 1896 llegadas a Cuba.

En Baire se hallaba Calixto García el 11 de septiembre de 1896. Se sentía contento por estar en uno de los lugares históricos para las armas cubanas. Llevaba seis

días allí, al pie de lo que había sido Baire, en medio de un espléndido potrero, como si no hubiese guerra. Ya toda la expedición había salido de la sierra. El General se preparaba para llevar más adelante los pertrechos. De Guá, Bayamo, Tunas, Holguín, Mayarí y Cuba numerosas fuerzas bajaban a buscar armas y municiones. Mucho se había trabajado, pero todo quedaría compensado viendo a toda la gente libertadora bien equipada.

Calixto García fué informado en Baire de que un bando de Weyler prohibía la zafra. La noticia lo asombró. ¿Qué se proponía el Capitán General? El caudillo cubano se alegraba, pues así ni él ni sus compañeros se verían obligados a destruir la riqueza del país. Ellos tendrían que hacer esto para impedir la molienda. Weyler los libraba de un gran dolor. Ciertamente, era admirable la entereza de los altos jefes de la Revolución, patriotas cabales: bajo la aflicción que les producía reducir a cenizas los medios de producción de la Isla, puesto que tamaño sacrificio era indispensable en el empeño de transformar a Cuba, lo afrontaban con ánimo viril.



SEPTIEMBRE

12

1896

## EN LA DERROTA DE CABO CORRIENTES

A la feliz idea de reorganizar las huestes insurrectas de Vuelta Abajo sucedió, en el seno de la columna comandada por el general Antonio Maceo, una nueva por todos conceptos deplorable. El mismo caudillo, tan optimista en otros momentos graves de aquella serie de jornadas por las comarcas occidentales, llegó a sentirse abatido. ¿Qué ocurría? ¿Cuál era el inesperado suceso perturbador de los designios del Lugarteniente? El caso era extraordinariamente triste: no parecía sino que el empeño expedicionario a cuyo frente estaría el general Juan Rius Rivera, según las noticias adelantadas por Tomás Estrada Palma, estaba fracasado, puesto que nada se sabía de su llegada a playas cubanas.

Antonio Maceo se halló pocas veces tan dominado como entonces por el pesimismo. En una ignorancia absoluta respecto de las causas del supuesto fracaso de la expedición, el General resolvió emprender el retroceso. La novedad no podía ser más asoladora. ¿Acaso la adversidad se enseñoreaba de quienes venían apurando privaciones y sacrificios para llegar a la posesión de los ansiados elementos de guerra? ¿Era aquél el resultado único de los constantes afanes realizados en torno al supremo ideal patrio?

El desaliento infiltrado en el pecho del Lugarteniente por la marcha desfavorable de los sucesos revolucionarios en el extremo occidental fué grande. No lo ocultó él. Ni dejó de manifestar su juicio pesimista acerca de las consecuencias inmediatas de la falta de elementos que esperaba recibir del exterior. Pero no pudo un hombre de su temple y de su entereza echarse en brazos del desencanto y del pesimismo extremos.

Su deber consistía en agotar todos los medios posibles antes de dar por totalmente fracasada la expedición de Juan Rius Rivera, y procedió de concierto con ese criterio, salvador en aquella ocasión. Despachó emisarios encargados de averiguar en el término de horas lo que de cierto hubiese respecto del empeño expedicionario con tanta ansiedad aguardado. El éxito de tal previsión fué dichoso. La columna insurrecta se hallaba en las alturas de Francisco, en la vía de retroceso, cuando llegaron al caudillo las primeras noticias significativas de que los aprestos guerreros del general Rius Rivera se encontraban en tierra felizmente. Era el 10 de septiembre de 1896. Emprendió marcha sin mayor tardanza el Lugarteniente. En Bartolo y Varona, lugares de la campiña mantuana, acampó el 10 y el 11. La jornada del 12 de septiembre fué laboriosa, improba, por parte de lo peor del camino real de Vuelta Abajo, difícilmente transitable por efecto de una lluvia torrencial. Maceo estaba colocado sobre la derrota que iba a conducirlo, triunfante y gozoso, a Cabo Corrientes.



SEPTIEMBRE

13

1895

## ASAMBLEA CONSTITUYENTE EN JIMAGUAYU

La insurrección iniciada el 24 de febrero de 1895 logró abrirse paso. A despecho de las medidas adoptadas por los servidores de España con la mira de matar casi en germen el nuevo esfuerzo redentor de los cubanos, éstos supieron mantenerse fieles a su designio. Ni la obra de emisarios encargados de atraer a los insurrectos a la mal llamada legalidad, ni la contribución que en el mismo sentido prestó al poder secular el grupo autonomista, ni los aparatos y golpes de guerra puestos en juego por las autoridades coloniales, consiguieron el desistimiento de los patriotas en la recia faena de conquistar la independencia con el filo de los machetes. La hora del sacrificio había sonado, y para los decididos a caer o triunfar en la demanda la ocasión no era de vacilaciones.

La Revolución marchaba de progreso en progreso. Uno de éstos consistía en la madurez precursora de la organización civil del esfuerzo bélico. Martí había llegado hasta Dos Ríos con la persistente idea de dar a la guerra emancipadora contenido institucional. El tránsito del Apóstol no debilitó el propósito de poner en movimiento la República mediante un régimen de derecho. Este paso estaba llamado a solidar el prestigio de la causa libertadora, así en lo interior como en lo internacional.

En la primera quincena de septiembre de 1895 fué posible la reunión de elementos representativos del pueblo de Cuba en guerra. En Jimaguayú dieron vida a la Asamblea Constituyente los delegados de los primeros cuatro cuerpos del Ejército Libertador y de las fuerzas comenzadas a organizar en las tierras occidentales. Los hombres que integraron la Convención eran patriotas de nota. Allí estaban Salvador Cisneros y Betancourt, Rafael

Manduley, Pedro Piñán de Villegas, Lope Recio, Enrique Loynaz del Castillo, Francisco Díaz Silveira, Fermín Valdés Domínguez, Santiago García Cañizares, Rafael Pérez Morales, Francisco López Leiva, Enrique Céspedes, Marcos Padilla, Raimundo Sánchez Valdivia, Joaquín Castillo, Mariano Sánchez, Pedro Aguilera, Rafael M. Portuondo, Orencio Nodarse, José Clemente Vivanco y Severo Pina.

Los reunidos en Jimaguayú dejaron el 13 de septiembre de 1895 organizada definitivamente la Convención que desde luego tomó aquel nombre. Las actas de los representantes a la Asamblea Constituyente quedaron declaradas limpias. Ellos eligieron la mesa que había de dirigir los debates y trabajos. Salvador Cisneros y Betancourt, Rafael Manduley, José Clemente Vivanco y Orencio Nodarse fueron designados, respectivamente, presidente, vicepresidente, secretario y vicesecretario de la Asamblea. Así llegó el momento de encauzar y dar armonía y forma a las diversas tendencias allí sustentadas. Los patriotas que componían la Asamblea Constituyente en Jimaguayú acometieron su delicada tarea con la sencillez privativa de los verdaderos fundadores.



SEPTIEMBRE

14

1899

## PONCE DE LEON EN LOS ARCHIVOS OFICIALES

Néstor Ponce de León tenía poco más de treinta años cuando entró en el servicio activo de la Revolución. Era abogado y publicista. Por su conducta, merecía bien de la cultura patria. Luego, emigrado a Nueva York con motivo de la guerra iniciada en 1868, prestó la contribución de sus luces y actividades a la causa separatista. El gobierno colonial quiso herir profundamente su sensibilidad intelectual, y lo desposeyó de la rica biblioteca que había formado en La Habana.

Otros treinta años mediaron entre aquel en que Ponce de León empezó a laborar como separatista resuelto y el que señaló su vuelta definitiva al suelo patrio. En Nueva York fué un gran revolucionario, un emigrado constructivo, un cubano rodeado de cubanos dignos y creadores. Sus afanes cívicos no mataron sus inclinaciones intelectuales. Fuera de Cuba descolló como alterador útil, fijas sus miradas en el porvenir políticosocial de su Antilla, y como erudito de fina ley, incansable en el estudio de la obra humana de los tiempos idos. Su casa de Nueva York fué una de aquellas que más atraieron a Martí en días de ostracismo y fundación. Con todos estos prestigios regresó Ponce de León a Cuba al extinguirse la dominación española en América.

El 14 de septiembre de 1899 el gobernador militar de Cuba nombró a Néstor Ponce de León director y conservador de archivos oficiales. En realidad, se trataba del Archivo General, fundado hacía sesenta años. Los fondos de este establecimiento constituían parte del tesoro de la Isla. Aunque en los días de la evacuación fueron sacados con destino a España miles de documentos de enorme importancia para la historia de Cuba, lo que aquí quedó no

era menos trascendental para el conocimiento de la existencia del país a lo largo de tres siglos de régimen colonial. La conservación de esta riqueza documental no podía ser descuidada ni puesta bajo la dirección de manos inhábiles.

En manos hábiles, y muy limpias, puso el poder interventor el más importante de los archivos de Cuba cuando dictó el nombramiento recaído en Ponce de León. La delicadeza de la función empalmó con los antecedentes del viejo emigrado revolucionario y el lustre del genuino erudito. El Archivo General era un depósito de manuscritos sobre las más disímiles materias. El gobierno colonial no se había ocupado en clasificar adecuadamente esta riqueza pública. Pero aquí había quedado ella para formar parte del patrimonio de la república por cuyo advenimiento habían peleado y se habían sacrificado varias generaciones cubanas, en las que estaban vinculados el nombre y la vida de Ponce de León. Néstor Ponce de León entró en su elemento al asumir la dirección del Archivo General. El haber sobrevenido su muerte pocos meses después lo privó de gozar largamente de las delicias de un oficio público muy acorde con sus gustos y aptitudes.



SEPTIEMBRE

15

1639

## GOBIERNO DE ALVARO DE LUNA

El maestro de campo Alvaro de Luna y Sarmiento llegó a La Habana con su hermano el conde de Salvatierra, que estaba nombrado virrey de México. Inició su mando el 15 de septiembre de 1639. Tomó la dirección del país en situación no muy halagüeña. La necesidad de defender la Colonia era grande. La Habana, sobre todo, demandaba la adopción de medidas urgentes que la pusiesen a salvo de frecuentes agresiones de los extranjeros.

Baldías habían resultado las prudentes iniciativas concebidas en la Corte respecto de la defensa de la plaza de La Habana. Desde 1635 el virrey de México tuvo instrucciones para aumentar los situados de Cuba con la suma de treinta mil pesos anuales, a fin de amurallar la ciudad. Mas aquellas providencias no pasaron de tales por el momento. El maestro de campo Francisco Riaño y Gamboa, que ocupaba la Capitanía General, no se decidió a iniciar los trabajos, bien por la insuficiencia del subsidio proveniente de México, bien por carecer de personal técnico para dirigir la fábrica en proyecto.

Poco después de hallarse Alvaro de Luna en Cuba llegaron a la Isla noticias de la insurrección de Portugal contra la dominación española, procedentes del Brasil y acompañadas del rumor de que portugueses y holandeses, aliados, atacarían La Habana. Por determinación propia y para cumplir órdenes regias, concebidas y dictadas por el conde-duque de Olivares, Luna desarrolló una doble acción: la encaminada a resistir el anunciado ataque de portugueses y holandeses y la dirigida contra los portugueses residentes en Cuba. En lo primero, abasteció de armas y municiones las fortalezas existentes en La Habana, las mejoró y apresuró la construcción de torreones

en La Chorrera y Cojímar, al Oeste y al Este, respectivamente, de la capital de la Isla. En lo segundo, emprendió con criterio inflexible la expulsión de los portugueses, cuyos bienes confiscó.

El maestro de campo Alvaro de Luna demostró que su buen deseo era capaz de mucho. Se desentendió de las cosas de justicia, cuya administración confió al auditor Fernando de Aguilar, y se consagró a dirigir el mejoramiento de los medios defensivos de la plaza y sus inmediaciones. Ideó convertir los bosques y las malezas que circundaban La Habana en reductos naturales mientras no fuesen levantadas las murallas. Llegó a prohibir, para satisfacer su propósito, que se abriesen nuevas sendas por allí, y completó la norma con una sanción tan severa como la consistente en la pena de muerte para quien violase el precepto. Con todo aquello, lo mismo que con posteriores esfuerzos, Luna pretendía colocar a La Habana en situación defensiva.



SEPTIEMBRE

16

1895

## FIRMA DE LA CONSTITUCION

Inmediatamente después de organizada la Asamblea Constituyente en Jimaguayú quedaron iniciados los debates en torno a la carta magna que iba a darse al pueblo revolucionario de la Isla. Todos los reunidos no pensaban de igual manera. Quién aspiraba al triunfo de un criterio absolutamente democrático, quién buscaba la adopción de fórmulas consideradas más en armonía con el ambiente guerrero. Del buen juicio de unos y de otros, de los partidarios de ambas tendencias contradictorias, dependía el feliz éxito ansiado.

Los orientales se pronunciaron resueltamente en favor de la idea de organizar un gobierno militar, suma y compendio de procedimientos rígidos. Otros, con Salvador Cisneros y Betancourt a la cabeza, opinaban que era preferible la creación de instituciones netamente civiles. La vieja lucha, la mantenida a través de la gloriosa guerra de los Diez Años, resurgía. Pero ni las circunstancias entonces presentes ni el patriotismo de los miembros de la Asamblea eran propicios a querellas entre los sostenedores de la causa cubana. Los convencionales llegaron pronto a una solución armónica. El preámbulo de la Constitución, redactado por el noble y valiente Enrique Loynaz del Castillo, habló así:

"La Revolución por la Independencia y creación de Cuba en República Democrática, en su nuevo período de guerra iniciado en 24 de febrero último, solemnemente declara la separación de Cuba de la Monarquía Española y su institución como Estado Libre e Independiente, con gobierno propio por autoridad suprema con el nombre de República de Cuba, y confirma su existencia entre las divisiones políticas de la Tierra. Y en su nombre y por

delegación que al efecto les han conferido los cubanos en armas, declarando previamente ante la patria la pureza de sus pensamientos, libres de violencia, de ira o de prevención, y sólo inspirados en el propósito de interpretar en bien de Cuba los votos populares, para la institución del régimen y gobierno provisionales de la República, los Representantes electos de la Revolución, en Asamblea Constituyente, han pactado ante Cuba y el Mundo, con la fe de su honor empeñado en el cumplimiento, los siguientes artículos de Constitución..."

La Constitución fué firmada en Jimaguayú el 16 de septiembre de 1895. Resultaba sencilla y breve, tan breve y sencilla como la muy famosa acordada veintiséis años atrás en Guáimaro por elementos asimismo representativos del pueblo genuino de Cuba. El gobierno de la República residiría en un Consejo de Gobierno, según se declaraba por el artículo primero de la carta fundamental. Compondrían aquél un presidente, un vicepresidente y cuatro secretarios para el despacho de los asuntos de guerra, de hacienda, interiores y exteriores. Lo que se buscó y consiguió fué organizar, aun con carácter provisional, un instrumento capaz de regir las más altas aspiraciones de un país que deseaba no seguir siendo políticamente esclavo en medio de la América libre.



SEPTIEMBRE

17

1896

## MACEO EN REMATES DE GUANE

Una semana transcurrió desde que el general Antonio Maceo decidió acudir a Cabo Corrientes, con noticias concretas ya de la llegada de la expedición de Rius Rivera, hasta encontrarse, en Remates de Guane, en víspera de recibir los importantes pertrechos aguardados. ¡Cuántas vicisitudes se habían desarrollado en los días precedentes al momento feliz! La campaña mantuana, una vez más, quedó recorrida por las huestes libertadoras. Las cosas se presentaban en forma satisfactoria para los servidores de la independencia patria.

Bastante fué todo aquello para enardecer a los cubanos. La esperanza de llegar en breve a la posesión de cuantiosos elementos de guerra había dejado de ser una ilusión. La realidad ofrecía bienes incalculables. La fe y el entusiasmo animaron a los criollos, y éstos marcharon sin tregua ni descanso hacia el lugar designado para el alijo.

Desde el 14 de septiembre de 1896 las huestes de Maceo se hallaron en la zona de Remates de Guane. Aquella comarca, una de las que más combatientes dieron a la Revolución en el occidente cubano, se vió entonces invadida por las fuerzas libertadoras. Los destacamentos del teniente coronel Manuel Lazo prestaron servicios eficacísimos. A los expedicionarios depararon los medios necesarios para el desembarco y depósito provisional de los pertrechos bélicos. A los aguerridos soldados a las órdenes inmediatas del Lugarteniente General del Ejército Libertador brindaron magnífica cooperación.

El 17 de septiembre de 1896 las tropas de Maceo se movieron en Remates de Guane con la decisión de encontrar a los expedicionarios. De La Grifa partieron en las

primeras horas de la mañana. El General quiso avanzar con su escolta hasta Puerta de la Güira. Allí recibió el Lugarteniente informes exactos acerca de los expedicionarios. Ya al día siguiente, sin género alguno de duda, unos y otros, veteranos y emigrados, se hallarian confundidos en suelo de Cuba libre.

La presencia de Antonio Maceo en Remates de Guane, con prescindencia de la relación de este hecho con la expedición de Rius Rivera, tenía una enorme significación. El héroe salido del extremo oriental de la Isla estaba dando satisfacción al deseo de las mujeres camagüeyanas que le habían entregado una bandera cubana para que la hiciese ondear en un risco del cabo de San Antonio. Hallarse en Remates de Guane, como el General se hallaba, era tanto como estar cumpliendo el heroico anhelo de aquellas patriotas.



SEPTIEMBRE

18

1896

## LA EXPEDICION DE RIUS RIVERA

La ansiedad patriótica se vió calmada por el más lisonjero de los éxitos cuando, el 18 de septiembre de 1896, los expedicionarios transportados en el *Three Friends* se encontraron con los veteranos a las órdenes del general Antonio Maceo, en Puerta de la Güira, no lejos del cabo de San Antonio. En Remates de Guane, en medio de dilatada llanura, en el seno del primitivo cacicazgo de Guanahacabibes, entre alborozos y emociones, ocurrió el feliz encuentro. Al frente de los recién llegados a Cabo Corrientes se hallaba Juan Rius Rivera. Para el Lugarteniente General del Ejército Libertador el acontecimiento era doblemente fausto, puesto que lo ponía en posesión de cuantiosos refuerzos y le deparaba la ocasión de abrazar a un antiguo y valioso servidor de Cuba.

El general Juan Rius Rivera procedía de la gloriosa guerra de los Diez Años. Había nacido en Puerto Rico. Estudiaba en Barcelona cuando su amor a la emancipación antillana lo hizo volar a Cuba, abandonando las disciplinas jurídicas. El ansia de pelear lo dominaba. Nada lo detenía. En 1870 se hallaba en el campo revolucionario, para distinguirse en breve, como observó José Miró, por su serena intrepidez, sus hábitos ordenancistas y austeros, su carácter íntegro y su adhesión al ideal patrio. Era un caballero de la libertad.

A las órdenes de Calixto García y Máximo Gómez realizó proezas admirables. El propio Antonio Maceo lo contó entre sus tenientes fidelísimos. Allá, en el terreno de la lucha heroica, nacieron los hondos afectos que ligaron a ambos lidiadores. Junto a Maceo batalló Rius Rivera hasta alcanzar el empleo de coronel. No podía haber recaído con mejor acierto en otra persona la desig-

nación de jefe de la expedición portada por el vapor *Three Friends*.

De la importancia de aquel empeño para las filas cubanas hablaban con elocuencia los elementos que la componían. El bajel trajo un cañón neumático, novecientos fusiles, veinte rifles, una tonelada de dinamita, cien proyectiles para el cañón y cerca de medio millón de cartuchos, entre otros materiales de guerra. El barco, bajo las hábiles prevenciones del general Rius Rivera, eficazmente auxiliado por el brigadier Joaquín Castillo, fué dirigido con acierto por su capitán. De Jacksonville a la playa de María la Gorda, en las inmediaciones de Cabo Corrientes, navegó del 3 al 8 de septiembre de 1896. Entonces, sin pérdida de momento, fué cuando los destacamentos insurrectos al mando de Manuel, Ramón, José Patrocinio y Severino Lazo comenzaron a prestar su ayuda a los expedicionarios, enfrascados después, por espacio de diez días, en la tarea de encontrarse con las huestes del general Antonio Maceo.



SEPTIEMBRE

19

1565

## MANDO DE FRANCISCO GARCIA OSORIO

Para sustituir a Diego de Mazariegos en el ejercicio de la suprema autoridad de Cuba, llegó a La Habana el 19 de septiembre de 1565 el capitán de galeones Francisco García Osorio. Sin pérdida de tiempo, pues debía partir incontinenti para Tierra Firme, le hizo entrega del mando Mazariegos. Este antiguo soldado había realizado esfuerzos meritorios para sacar a la Colonia de las zozobras y de los quebrantos entronizados en la época de Gonzalo Pérez de Angulo. De su gestión en la Isla quedaban memorias para todos los gustos, porque él fué constructivo y autoritario, previsor y disoluto.

García Osorio se había informado en España de la situación defensiva de La Habana y había pedido cañones, pólvora y artilleros. Al instalarse en Cuba adoptó providencias encaminadas a precipitar los trabajos de La Fuerza, subsanar deficiencias y errores imputados a su predecesor y reforzar la guarnición. Tropezó con las dificultades creadas por su enemistad con Pedro Menéndez de Avilés, adelantado de La Florida, y algunos subordinados de éste. Menéndez de Avilés nombró alcaide de La Fuerza a Baltasar de Barreda.

El Adelantado se ausentó de La Habana. García Osorio llamó a su presencia a Barreda. Quiso hacerle sentir el peso de su autoridad con una frase concluyente: "¡Aquí mando yo!" La entrevista degeneró en riña tumultuaria entre los parciales de García Osorio y los de Barreda. Dos soldados afectos al Gobernador aparecieron ahorcados. García Osorio fué acusado de alentar la desertión, incitar al motín y pretender sustituir a Barreda con Pedro de Redrobán, otro de los capitanes de Menéndez de Avilés. Hubo expulsión de sediciosos de

la Isla. Barreda continuó en La Habana aun después de retirada la guarnición organizada por Menéndez de Avilés. Sus querellas con García Osorio no cesaron. El Gobernador confesó a Felipe II que su presencia, la de García Osorio, en La Habana, luego de lo ocurrido, dañaba el servicio del Rey.\*

El gobierno de García Osorio tuvo más puntos de semejanza con el de Gonzalo Pérez de Angulo que con el de Diego de Mazariegos: sus traspiés fueron muchos. No se hizo cargo del medio en que se desarrollaban los sucesos a la sazón presentes. Fué incapaz de acallar los impulsos de venganza que llevaba en su pecho respecto del adelantado Pedro Menéndez de Avilés. Y acabó por ser víctima de sus propios sentimientos de hostilidad para con quien gozaba de suma privanza en la Corte.

Menéndez de Avilés logró su propósito en lo que tocaba a García Osorio. La suerte de éste se tornó adversa por sus pugnas con el Adelantado y otros personajes influyentes en la vida pública de Cuba. En un periodo de la historia de España en que la Iglesia se encontraba fuertemente unida a la Corona y gozaba de singular preeminencia, García Osorio pretendió sobreponerse a uno de los primates eclesiásticos. Estas actitudes y sus desaciertos en la administración de la Colonia precipitaron su caída. Pero lo que fundamentalmente la determinó fué el señorío de Menéndez de Avilés en el círculo de los consejeros del Rey.



SEPTIEMBRE

20

1814

## COPLAS EN LOOR DE LA CONSTITUCION

La caída del régimen constitucional en Cuba en 1814 estuvo muy lejos de remover los cimientos de la Colonia. Como si se hubiese entrado en una era de bienandanzas, tras el golpe de mano que resultaba eco de la actitud asumida en la Metrópoli por Fernando VII, tan sólo un hombre alzó por el momento su voz de protesta. Gobernantes y gobernados al parecer se hallaban de perfecto acuerdo con el estado de cosas impuesto por la voluntad mal refrenada del Rey.

Las prerrogativas alcanzadas al amparo de la constitución emanada de las Cortes de Cádiz rodaron por tierra. Fernando VII se anticipó a la reacción sufrida por toda Europa como consecuencia del Congreso de Viena: el monarca español restableció el absolutismo más adioso. Lo que en él debía ser gratitud para con el pueblo que con tanto heroísmo luchó para devolverle el trono ocupado por José Bonaparte se convirtió en sistemática persecución. En España ésta llegó a adquirir tamaños que en Cuba no alcanzó. Así y todo, en la Colonia hubo señales evidentes de los tiempos que corrían para las libertades públicas. No fué razón favorable a la Isla el hecho cierto de que en general se mantuviese inalterable ante el derrocamiento del régimen constitucional.

En la noche del 20 de septiembre de 1814, de improviso, con la sorpresa consiguiente del visitado, se presentaron en el domicilio del doctor Sebastián Noriega, en la calle de San Ignacio, en La Habana, el capitán José Villuendas y el escribano Manuel Reinoso, e intimaron al primero para que, en cumplimiento de orden superior, se diese preso, a fin de conducirlo en calidad de detenido a la fortaleza de La Cabaña, como, efectivamente, lo con-

dujeron sin dilación. No se concretó la novedad a la persona de Noriega: casi al mismo tiempo fueron en igual forma aprehendidos dos comerciantes habaneros.

¿Qué había ocurrido? ¿Cuál era la causa determinante de la misteriosa detención de aquellos hombres? Las razones de todo ello no pudieron ser más peregrinas, aun cuando quienes las adujeron siempre tuvieron imitadores más o menos afortunados. La detención y el encarcamiento de Noriega y consortes, en la noche del 20 de septiembre de 1814, se debió exclusivamente a que, reunidos con sus respectivas familias y de paseo con motivo de las luminarias alusivas al regreso a España de Fernando VII, cantaron, según denuncia dirigida al Capitán General, unas coplas en loor de la abolida Constitución. Para las autoridades, celosas guardadoras de los intereses del Rey, no bastaba haber derribado la situación de derecho creada dos años antes: también era necesario ahogar cualquier manifestación, por sencilla e inofensiva que resultase, de simpatía o adhesión al régimen caído.



SEPTIEMBRE

21

1854

## SEGUNDO MANDO DE GUTIERREZ DE LA CONCHA

La recta y honrada política desarrollada por Juan de la Pezuela en la capitania general de Cuba no agradó a los intransigentes defensores del régimen colonial. Los adictos desenfrenados con que la Metrópoli contaba en la Isla no concebían otros procedimientos que los privativos de una época de terror. Pezuela fué objeto de la enemiga de los españoles influyentes en esta Antilla. La razón no pudo ser más sencilla. Aquel gobernante procuró mantenerse en la esfera del derecho, sin entregarse a los excesos de ciertos peninsulares ni hacer víctimas del encono a los hijos del país. La discrepancia entre él y sus paisanos poderosos tenía que producirse en términos graves.

Los intolerantes consiguieron el relevo de Pezuela. Vino a sustituirlo su colega en armas José Gutiérrez de la Concha. Por segunda vez tomó el mando de la Isla este enigmático gobernante el 21 de septiembre de 1854. Su tarea principal debía consistir en practicar una política diametralmente opuesta a la preferida por Pezuela.

Gutiérrez de la Concha no estuvo remiso en mostrarse digno servidor de la intransigencia española. Contra Ramón Pintó, su amigo de otros días, dirigió sus primeros pasos. Precisamente la conducta de los peninsulares intolerantes respecto de Pezuela había llevado como de la mano a Pintó a colocarse a la vanguardia de las aspiraciones cubanas, dirigiendo a sus paisanos razonamientos inspirados en la justicia y el derecho, a la par que se comunicaba con Gaspar Betancourt Cisneros, Porfirio Valiente, Domingo de Goicouría y el conde de Pozos Dulces. Gutiérrez de la Concha no halló inconveniente en echar las más graves acusaciones y la mayor inquina sobre su

antiguo camarada, hasta llevarlo al cadalso en día aciago para Cuba.

Todo el segundo mando del general José Gutiérrez de la Concha se desarrolló en armonía con aquellos actos preliminares. Tras la ejecución de Pintó fué decretada la del valeroso e intrépido Francisco Estrampes. Fueron las dos víctimas con que el absolutismo colonial cerraba por el momento el capítulo de los sacrificios patrióticos. Negra noche de despotismo envolvió la suerte de Cuba por el resto del gobierno de Gutiérrez de la Concha, que había regresado a la Colonia bajo la inocente apariencia de un reformador de la administración pública, engolosinado con la idea de organizar las oficinas insulares a la moderna española.



SEPTIEMBRE

22

1895

## CONTRIBUCIONES DE GUERRA

La guerra de Cuba requería de parte de los libertadores la obtención de recursos pecuniarios. España disponía de ellos en cantidades a las cuales no podían los de la Isla aproximarse. Pero la enorme diferencia no desconcertaba a los patriotas de la Isla. Estos sabían a qué atenerse en su lucha por la emancipación. Lo importante era acopiar lo posible, poco o mucho, con destino a la adquisición de armas y municiones en los Estados Unidos, único país donde era factible la organización de expediciones de guerreros cubanos.

El sacrificio de los cubanos emigrados, mayormente el de los residentes en La Florida, en el Sur de los Estados Unidos, llegaba a límites casi increíbles. De sus modestas entradas como torcedores de tabacos o como empleados en humildes actividades sustraían permanentemente las cuotas que constituían los principales ingresos en la tesorería del Partido Revolucionario Cubano. Algunos pudientes abrían sus bolsas en momentos graves para impedir la ruina de los planes concebidos por Martí. Pero la iniciación de la guerra en la Isla demandaba y posibilitaba otro género de recaudaciones.

Las contribuciones de guerra eran necesarias y posibles. En 22 de septiembre de 1895 Antonio Maceo, situado en Mina de Camarán, en Holguín, envió a Tomás Estrada Palma, para la tesorería del Partido Revolucionario Cubano, un giro bancario por una suma superior a diez mil pesos. No fué ésta la primera cantidad remesada a Nueva York por concepto de impuestos bélicos percibidos en la Isla. En cambio, era una de las mayores entre las de igual origen o concepto.

Maceo informó a Estrada Palma de gestiones endere-

zadas a la inmediata obtención de más dineros para la Revolución. En General daba alientos al Delegado anunciándole que recibiría de los campos de Cuba nuevas cantidades con destino a la adquisición de armas y municiones y al pago de su transporte y del transporte de libertadores a playas insulares. Naturalmente, Maceo esperaba que Estrada Palma apresurase el envío de pertrechos a Oriente y hasta le indicó la posibilidad de utilizar uno de los barcos fruteros que tocaban en Banes.

La cobranza de contribuciones de guerra constituyó una importante fuente de ingresos para la Revolución. Sin el servicio de expediciones la contienda habría sido demasiado difícil, si no imposible, para los libertadores. Sin las cantidades recaudadas en la Isla como contribuciones de guerra, principalmente satisfechas a cambio de autorizaciones para moler caña de azúcar, el servicio de expediciones hubiese tropezado con insuficiencias muy serias. Las contribuciones de guerra influyeron de veras en la obra de salvar la Revolución por el esfuerzo bélico.



SEPTIEMBRE

23

1728

## UNIVERSIDAD EN LA HABANA

Por bula de 12 de septiembre de 1721, el papa Inocencio XIII autorizó a los religiosos de la Orden de Predicadores, instalados en el convento de San Juan de Letrán, para fundar una universidad que confiriese, como resultado de los estudios que en la misma se cursasen, grados o títulos académicos. Aquellos educadores habían advertido la necesidad en que Cuba se hallaba de un centro docente de tal importancia, y no se habían atrevido hasta lograr la licencia conferida por la suma autoridad de la Iglesia. La Habana sería la residencia del superior plantel. La sociedad embrionaria del siglo XVIII iba a entrar, gracias a la referida novedad, en una era de progreso intelectual.

Obstáculos, y no exentos de importancia, se presentaron en el camino de los organizadores del nuevo instituto. Aunque otorgado en 27 de abril de 1722 el correspondiente pase por el Consejo Real y Supremo de las Indias, no pudo en seguida ejecutarse lo autorizado por la bula pontifical. El obispo de Santiago de Cuba sostuvo que debía entenderse concedida la bula para la casa fabricada y donada a fin de que sirviese para colegio y universidad. Se suscitaron las naturales controversias, generadoras de dilaciones e inconvenientes de todo género. El transcurso de seis años fué menester para poner término a tal estado de cosas.

El 5 de enero de 1728 se estableció la Universidad de La Habana por los religiosos de la Orden de Predicadores. Y en su convento quedó entonces instalado el superior instituto.

Después de llevada a cabo la instalación de la Universidad de La Habana faltaba algo aún: faltaba la autorización oficial que había de sancionar y amparar lo hecho.

Por real despacho de 23 de septiembre de 1728 en la corte española se aprobaron la fundación y el establecimiento de la Universidad, sin que hubiesen podido evitarlo las gestiones realizadas por el obispado de Santiago de Cuba. Ya, a partir de aquel momento, La Habana contó en su seno con el primero de los centros docentes del país. Su existencia estaba llamada a influir en el progreso intelectual de Cuba.



SEPTIEMBRE

24

1870

## SUPLICIO DE LUIS AYESTARAN

Luis Ayestarán y Moliner se hallaba en la plenitud de su vida cuando, apenas en marcha la revolución de 1868, ingresó en el campo insurrecto. Había nacido en La Habana el 16 de abril de 1846. En un plantel de Nueva York y en el colegio *El Salvador*, de José de la Luz y Caballero, recibió educación. Para Luz y Caballero, educar no era "dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida", y la de Ayestarán se mostró de altísima ley. Fué alumno de la Universidad de La Habana, y en ella se graduó de abogado. Sobresalió por la frescura de su talento y la solidez de sus conocimientos. Al ejercicio de su profesión se dedicó al lado de José Morales Lemus, en el bufete de este reputado jurisconsulto, hasta que sonó la hora de guerrear.

Demostió hallarse compenetrado con la obra que tocaba desarrollar en torno al ideal revolucionario. Si era susceptible de ser influido por ajeno criterio, el de Morales Lemus tuvo que pesar mucho sobre el suyo. La rectitud de intenciones y la entereza de carácter en uno y otro marcharon paralelamente al servicio de Cuba. Ayestarán se distinguía por la generosidad y la nobleza de sus actos. Era juicioso, valiente y decidido. Caminó directamente hacia el sacrificio útil, sin importarle poco ni mucho su propia suerte.

Un año largo llevaba en el seno de la Revolución, ya cargando los equipos guerreros, ya realizando labor sana e inteligente en la Cámara de Representantes, al comisionársele para que marchase al extranjero. Se trasladó a los Estados Unidos. Tan luego como dejó satisfecho el encargo que lo había llevado a la Unión se dió prisa en regresar a Cuba.

Tomó en Nassau el barco de vela *Guanahani* con rumbo a la Isla. Después de un viaje desgraciado por todos estilos, según su propio relato, llegó a Cayo Romano el 14 de septiembre de 1870. Estuvo perdido por espacio de cuatro días. Cayó en poder de los españoles. Se hallaba completamente rendido. Llevaba mucho tiempo sin comer ni beber. Fué trasladado en el guardacostas *Centinela* a La Habana. A este puerto arribó en la mañana del 23 de septiembre. A un consejo de guerra sumarísimo quedó entregada su suerte. El mismo 23 el consejo lo condenó a muerte.

No conocía aún el fallo del tribunal militar en los momentos del 23 de septiembre en que escribió a su madre una carta conmovedora. Aunque ignoraba si el consejo de guerra que acababa de juzgarlo había dictado sentencia, no se le ocultaba la índole extrema de ella. A la autora de sus días advirtió: "Moriré como he vivido; con conciencia de haber cumplido mi deber, de no haber hecho mal a nadie y sí mucho bien a infinidad de personas." Sus recomendaciones postreras, en documento íntimo, trazado con mano firme, evidenciaron la serenidad de su ánimo en hora tan crítica. Se esforzó en infundir consuelo a la noble mujer que le había dado el ser. En 24 de septiembre de 1870 dejó la vida en el suplicio.



SEPTIEMBRE

25

1898

## ELECCION DE REPRESENTANTES

El protocolo de paz entre España y los Estados Unidos en que culminó la lucha de estas dos potencias en 1898 compelió a los cubanos a trazarse nuevas líneas de conducta. A los revolucionarios victoriosos interesaba marchar en lo adelante, vueltos ya a las luchas sosegadas, por senderos perfectamente determinados. De ahí que se pensara en la organización de una Asamblea de Representantes de la Revolución, integrada por elementos libremente elegidos por los cuerpos que componían el Ejército Libertador.

El sexto cuerpo del Ejército Libertador, una vez reallizados en su seno los comicios pertinentes, vió reunida su junta general de escrutinio. El 25 de septiembre de 1898, en el Cuartel General, instalado en Santa Cruz de los Pinos, la junta de escrutinio, con el mayor general Pedro Díaz de presidente y los comandantes Antonio Murrieta y José Antonio Bernal de secretarios, llevó a cabo el cómputo de los votos emitidos para representantes, de acuerdo con la convocatoria hecha por el Consejo de Gobierno. Los hombres en armas en la región pinareña habían expresado su voluntad. Tocaba entonces, sencillamente, proclamar aquellos a quienes el mayor número de sufragios acababa de favorecer.

Por de pronto no aparecieron protestas de ningún género acerca de los comicios primarios. El número de candidatos excedía al de los elegibles. El precepto legal mandaba designar ocho representantes a la Asamblea de la Revolución. Según el escrutinio general, obtuvieron mayoría Juan Gualberto Gómez, Eusebio Hernández, Francisco Díaz Vivó, José Ramón Villalón, Hugo Roberts, Modesto Gómez Rubio, Gerardo Portela y José Antonio González Lanuza. Para el caso de vacar alguno

o algunos de aquellos cargos, fueron proclamados representantes suplentes Domingo Lecuona y Pedro Sáenz Yáñez, tenidos asimismo en cuenta los votos que habían alcanzado.

El sexto cuerpo del Ejército Libertador, la fracción revolucionaria perteneciente a Vuelta Abajo, no pudo haber designado una representación más brillante. Sus componentes honraron a sus electores en el seno de la Asamblea que un mes después se constituyó en Santa Cruz del Sur. Todos eran hombres valiosos y dignísimos, probados en sus servicios a la patria. El escrutinio general efectuado el 25 de septiembre de 1898 en Santa Cruz de los Pinos habló de la sensatez de los libertadores que ocupaban la campaña pinareña, dispuestos desde la primera oportunidad a cooperar por medio de acuerdos y resoluciones plausibles al triunfo definitivo del ideal que había dado vida y gloria a la brega liberadora.



SEPTIEMBRE

26

1896

## TUMBAS DE ESTORINO

La jornada de Antonio Maceo en el extremo occidental de Vuelta Abajo había sido feliz y brillante. La excursión del General hasta la península de Guanahacabibes resultó provechosa por todos conceptos. La recepción de los pertrechos traídos por Juan Rius Rivera se llevó a cabo sin interrupciones lamentables. La cooperación de las fuerzas de Manuel Lazo no pudo ser más eficaz. El esfuerzo de los emigrados a quienes se debía la valiosa expedición se había salvado.

El 23 de septiembre de 1896 las huestes insurrectas partieron de Remates de Guane. La primera jornada quedó rendida en Montezuelo. En Montezuelo chocaron españoles y cubanos. Allí fué estrenado el cañón neumático que manejaba el ingeniero José Ramón Villalón. Los libertadores mostraron su vitalidad en la acción de Montezuelo, donde combatieron contra los batallones del coronel San Martín. El día 26 se dirigieron a Tumbas de Estorino.

Tumbas de Estorino era un lugar cultivado, ubicado en la Cordillera de los Organos. Pedro Murias había fomentado allí excelentes tabacales. Los pinos de sus inmediaciones hacían alegre y saludable el paraje. Por lo demás, por lo que tocaba al momento que corría, en Tumbas de Estorino se concentraban tropas españolas, cabalmente colocadas en el camino elegido por Maceo para avanzar de Oeste a Este en Pinar del Río.

Así estaban las cosas al situarse las huestes insurrectas en Tumbas de Estorino el 26 de septiembre de 1896. ¿Qué ocurriría inmediatamente? ¿Cuáles eran las novedades que aguardaban a los patriotas comandados por el Lugarteniente General del Ejército Libertador?

¿Cómo lograrían los servidores de Cuba salir triunfantes de tan complicada y estudiada trama? Desconcertantes eran las interrogaciones que por el momento se abrían a la vista de todos. Pero no había razón para abrigar temores ni zozobras. Las armas y municiones procedentes de la expedición de Rius Rivera daban a Maceo y sus seguidores renovada seguridad para afrontar el peligro y esperar la victoria.

Entre los días finales de Puerta de la Muralla, después de llegar a Maceo el mensaje de Estrada Palma pasado por manos de Perfecto Lacoste y Andrés Sánchez Amaro, hasta las nuevas horas de Tumbas de Estorino, cuando ya las cartucheras libertadoras estaban repletas de balas procedentes de la expedición de Rius Rivera, se habían producido enormes sensaciones en el ánimo de Antonio Maceo. Las incertidumbres e inquietudes quedaban atrás. El tiempo y las circunstancias entonces presentes permitían al General sentirse en su elemento: eran tiempo y circunstancias propicios a la pelea, y en las filas cubanas había con que pelear. El nombre de Tumbas de Estorino iba unido a semejante estado de alma.



SEPTIEMBRE

27

1852

## JUNTA CUBANA EN NUEVA YORK

Ni el desastre de la última expedición de Narciso López ni los infaustos sucesos a que dieron ocasión las insurrecciones de Camagüey y Trinidad pudieron reducir a la impotencia a los cubanos que laboraban por la libertad patria. El suelo de la Isla continuaba siendo hollado por el déspota, matando hasta en germen todo aliento de redención. En cambio, en el extranjero se mantenía fuerte y vigoroso el ideal emancipador. Aún no se había perdido todo lo que era capaz de contribuir a la victoria. En medio del ostracismo había destellos de fe y de entusiasmo.

José Elías Hernández, Gaspar Betancourt Cisneros, Francisco de Armas y Céspedes y Domingo de Goicouría eran alteradores irreducibles. A sus instancias, en 27 de septiembre de 1852, los cubanos residentes en Nueva York se reunieron. Quisieron constituir una Junta Cubana, palanca de esfuerzos precursores de la independencia. En la Junta Cubana tuvieron sitio preferente ilustres hijos del país.

Un grupo de hombres generosos dedicó sus energías a poner en movimiento la Junta Cubana. En 11 de octubre de 1852 hubo nueva junta. En ella hablaron Cirilo Villaverde, Francisco Estrampes, Porfirio Valiente y Manuel Ramón Silva. Sus palabras enardecieron todos los pechos. La voz de la patria opresa se dejaba sentir por bocas de varones que no se cansaban de trabajar por la transformación políticosocial de la Isla.

La tarea desarrollada por la Junta Cubana desde el principio de su existencia tuvo largo alcance. Era necesario tomar acuerdos alrededor de la iniciativa que tenía forma y vida desde el 27 de septiembre de 1852. Los proscritos aceleraron sus trabajos. José Elías Hernández

quedó encargado de dirigirlos. Ya el 19 de octubre todo estaba encauzado en términos satisfactorios. Entonces, en los salones de una casa de la calle de Broadway, en Nueva York, dejaron en actividad a la Junta Cubana los que habían acudido desde el 27 de septiembre al llamado de José Elías Hernández, Gaspar Betancourt Cisneros, Francisco de Armas y Céspedes y Domingo de Goicouria.

La iniciativa y labor renovadas de estos patriotas no desconocieron una gran verdad: la unidad de los propósitos desenvueltos en 1851 por los animadores de una radical mudanza en la situación de la Isla. Los movimientos subversivos de Camagüey y Trinidad y la invasión de Vuelta Abajo se produjeron casi simultáneamente por efecto de la coincidencia de miras de sus propulsores. La extrema adversidad que se enseñoreó de las huestes de Agüero, Armenteros y López, y fundamentalmente de ellos mismos, deparó aún mayor sentido de solidaridad a los nobles atrevimientos de mediados del siglo. Los prohijadores de la Junta Cubana organizada en Nueva York se condujeron en armonía con antecedentes de tan alta significación.



SEPTIEMBRE

28

1906

## ECLIPSE DE LA REPUBLICA

Tomás Estrada Palma inició su segundo período presidencial el 20 de mayo de 1906. Un trimestre después, el 19 de agosto, en lo que Leandro González Alcorta llamó la jura de Hato de las Vegas, en la provincia de Pinar del Río, surgió una chispa revolucionaria contra los procedimientos que habían determinado la continuación de Estrada Palma en el Poder. El Partido Moderado aparecía acusado de haber hecho imposible el libre ejercicio del sufragio. El Partido Liberal, prohijador de la rebelión, no había participado en la brega comicial del año anterior, pues, al conocer la trágica muerte de Enrique Villuendas, sus directores decretaron el retraimiento.

El movimiento revolucionario, extendido a través del país, pero con mayor incremento en las provincias de Pinar del Río, La Habana y Las Villas, pareció pronto irrefrenable. El Gobierno acabó por juzgarlo así. Y cayó en el extravío de solicitar la intervención de los Estados Unidos y el envío de tropas norteamericanas a La Habana.

El presidente Roosevelt prefirió buscar una solución cubana al conflicto surgido en la Isla. Envío a La Habana a William H. Taft y Robert Bacon, miembros de su gabinete. Los esfuerzos de estos legados fueron inútiles. La situación gobernante se negó a aceptar arreglo alguno que llevase consigo el reconocimiento de la insurrección. Estrada Palma convocó al Senado y a la Cámara de Representantes para que, reunidos en un solo cuerpo el 28 de septiembre de 1906, adoptasen acuerdos respecto de las renunciaciones de sus cargos formuladas por él y el Vicepresidente de la República.

En el salón de sesiones de la Cámara de Representantes se reunió el Congreso el 28 de septiembre de 1906.

Antes que la lectura de la renuncia de Estrada Palma, los congresistas escucharon la de un escrito de afligente significación: el escrito por el cual el Presidente comunicaba haber aceptado las dimisiones presentadas por todos los secretarios del despacho. El Congreso conoció luego el texto de las renunciaciones de Tomás Estrada Palma y Domingo Méndez Capote, presidente y vicepresidente de la República, respectivamente. Un representante, Alfredo Betancourt y Manduley, se manifestó opuesto a que fuesen aceptadas y propuso que, con apelación a supremos argumentos, se arrancase del Presidente el desistimiento de su actitud. El senador Alfredo Zayas impugnó esta iniciativa, que juzgó ilegal y peligrosa. La mayoría se decidió por la proposición de Betancourt y Manduley. La sesión se suspendió hasta las veintiuna horas, a fin de que se cumpliera en el entretanto el acuerdo adoptado.

En vano el Congreso imploró del Presidente de la República el sacrificio de que retirase su renuncia. A la numerosa comisión de senadores y representantes que, con aquella finalidad, lo visitó en la tarde del 28 de septiembre de 1906, apenas interrumpida la sesión conjunta, expresó Estrada Palma serle imposible, porque se trataba de su decoro y de la dignidad del gobierno por él dirigido, volver sobre su determinación. Los representantes y senadores adictos al dimisionario, reunidos en la morada del senador Ricardo Dolz después de la infructuosa entrevista con Estrada Palma, deliberaron extensamente acerca de si debían acudir a reanudar la sesión del Congreso para elegir un presidente provisional. Las opiniones estuvieron divididas. Por veinte votos contra quince acordaron los moderados no concurrir a la Cámara de Representantes aquella noche memorable, y la muerte de la sesión del Congreso produjo el eclipse de la República.



SEPTIEMBRE

29

1906

## GOBIERNO PROVISIONAL

La abstención de parte considerable de los miembros del Congreso en la noche del 28 de septiembre de 1906 creó en Cuba insólita situación jurídica. El Congreso quedó desbandado. Estrada Palma creyó de su deber precipitar los acontecimientos. Dirigió una carta, el mismo 28 de septiembre, a Taft y Bacon, a fin de exponerles la necesidad absoluta en que se hallaba, para quedar descargado de toda responsabilidad, de entregar a persona respetable el tesoro nacional. También expresó la procedencia de disolver la milicia formada con motivo de la guerra civil.

Taft comprendió llegado el momento de tomar la dirección del país. Adoptó en la noche del 28 de septiembre algunas providencias, como la de hacer desembarcar veinticinco soldados norteamericanos para custodiar los fondos públicos en la Secretaría de Hacienda. En puridad, Estrada Palma había abandonado las funciones privativas del Jefe del Estado sin transmitir las a nadie. Taft no las asumió sino el día 29. Por consiguiente, Cuba se encontró durante varias horas destituida de todo gobierno.

La proclama publicada por William H. Taft el 29 de septiembre de 1906 explicó cómo los Estados Unidos implantaban una administración provisoria por sólo el tiempo indispensable para restablecer el orden, la paz y la confianza colectiva. En lo que fuese compatible con el carácter del Gobierno Provisional, organizado bajo la autoridad de la Unión, aquél sería un régimen cubano, ajustado en lo posible a la constitución de la República. La bandera cubana se enarbolaría, como de costumbre, en los edificios oficiales de la Isla.

El Gobierno Provisional, creado por el de los Estados Unidos en Cuba el 29 de septiembre de 1906, entrañó

grande adversidad para los ciudadanos de la Isla. La verdadera existencia nacional fué sustituida por un sistema cuasi colonial. Una pésima administración y nuevos vicios públicos señalaron aquel periodo de poco más de dos años. Gangrenosas dolencias fueron el alto precio de algunas buenas leyes, principalmente elaboradas por cubanos en la Comisión Consultiva. Esta administración provisoria constituyó un triste ejemplo de lo que siempre fué de esperar de la acción extraña en pueblos escépticos respecto de sus propias reservas cívicas y morales.



SEPTIEMBRE

30

1779

## VILLA Y ESCUDO DE ARMAS DE GÜINES

La comarca en cuyo seno había de levantarse el pueblo de Güines fué conocida de los castellanos desde los días de la conquista. Por allá tuvo su asiento primitivo la villa de San Cristóbal de la Habana. Pero entonces las cosas no se presentaron propicias. La población erigida por Diego Velázquez de Cuéllar en las márgenes del río de Güines, Mayabeque u Onicajinal desapareció, pues sus moradores se trasladaron a la desembocadura del Casiguagas.

Lo que tan mal éxito tuvo para ser habitado en los primeros tiempos de la colonización tomó luego el nombre de hacienda de Güines. El indio Pedro Guzmán levantó en el hermoso valle fecundado por el Mayabeque una ermita. En torno a ésta algunas familias labradoras fabricaron sus viviendas. El auge del caserío se hizo sin mayor tardanza notable y ya en 1735 sus vecinos edificaron una iglesia de madera que fué erigida en parroquial bajo la advocación de San Julián y San Francisco Javier. Sus condiciones merecieron atención preferente del capitán general Felipe de Fonsdeviela, marqués de la Torre, quien demandó de la Corte las prerrogativas a que se refirió la real cédula dada por Fernando VII en 22 de octubre de 1817 en los siguientes términos:

"Gobernador Capitán General de la Isla de Cuba, ciudad de San Cristóbal de la Habana y presidente de mi real audiencia que reside en la villa de Puerto Príncipe. En carta de 6 de noviembre de 1775, hizo presente vuestro antecesor el marqués de la Torre a mi augusto abuelo, que los habitantes del partido de los Güines, conocido por la exquisita calidad de los tabacos, le habían hecho ya instancia para que la remitiese con su apoyo, reducida a

que se le concediese título de villa con el escudo de armas que proponían, facultad para demarcar la jurisdicción en que había de tener. . . En vista de todo y conforme a lo que propuso el mi Consejo de Indias en consulta de 14 de agosto de 1779, se dignó mi augusto abuelo conceder la gracia que se pedía, mandando al mismo tiempo por cédula de 30 de septiembre siguiente, que dicho gobernador pasase o enviase persona que señalase y apease las tierras para egidos. . ."

Importancia, y no escasa, revistió para Güines o San Julián de los Güines la concesión del título de villa y del escudo de armas. La gracia real otorgada a la risueña población del Mayabeque en 30 de septiembre de 1779 fué para sus pobladores un aliciente magnífico. Pudieron entonces apreciar cuán cierto era que sus esfuerzos no se perdían en el vacío respecto de los directores de la cosa pública. Los resultados provechosos de todo ello no se echaron de menos. Güines, elevada su categoría, entraba en franco período progresivo.



OCTUBRE

1

1896

## EL BALUARTE DE VIÑALES

Cuando las huestes libertadoras procedentes de Cabo Corrientes sentaron sus reales en Tumbas de Estorino, luego de combatir bravamente en Montezuelo, estaban en su preludio fieras arremetidas entre españoles e insurrectos. Dos tendencias en absoluto contrapuestas chocaron allí. La ansiedad del general Antonio Maceo en el sentido de abrirse paso, a despecho de cuantos obstáculos pudieran sobrevenir, fué extraordinaria. Pero no le iba en zaga la resolución de los defensores del régimen colonial por lo que tocaba a crear dificultades al avance de las bien pertrechadas tropas del Lugarteniente.

Tumbas de Estorino y La Manaja, lugares de la campiña mantuana, fueron testigos en 27 de septiembre de 1896 de encarnizadas peleas. El desnudo cubano se hizo muralla frente a la acometividad española. Los soldados vueltabajeros, llamados a cubrirse de gloria en la serie de acciones iniciada en Montezuelo, se batieron entonces con asombroso arrojo. La noción del peligro desapareció para quienes eran aún bisoños guerreros de la patria. Las habituales exigencias de Maceo estuvieron plenamente satisfechas. En una brega complicada y sangrienta, en un ámbito de riesgos extremos, la bandera de la República ondeaba victoriosa a la vez que el Lugarteniente se hacía dejar paso franco hacia la trocha de Viñales.

"Para dar cima al arduo proyecto de forzar las líneas de Viñales —narró el general José Miró— Maceo se dirigió a Peña Blanca el día 1° de octubre. Aunque toda la tarde llovió copiosamente, se enviaron correos al prefecto de Pan de Azúcar, para que, sin pérdida de momento, condujera al Cuartel General a los hombres más conocedores del término de Viñales, y especialmente de los caseríos de

Cabezas, Isabel Maria, Santo Tomás, El Mulo y Sumidero, puntos principales de aquella comarca indomable, que jamás la cruzó el insurrecto sin hostilidad."

El propósito del Lugarteniente era firmísimo. Sus providencias todas se dirigieron a desandar a marchas forzadas el trayecto que lo había conducido al extremo occidental de la Isla. La zona que debía atravesar se hallaba erizada de peligros. Pero era urgente e imperiosa la necesidad de mostrar la vitalidad de los servidores de Cuba. El conductor de la heroica campaña de Pinar del Río quería consumir nuevas hazañas, dignas de figurar entre las más memorables de la historia guerrera del país. La jornada del 1º de octubre de 1896, poniéndolo cerca del baluarte español de Viñales, constituyó desde luego un notable avance.



OCTUBRE

2

1695

## GOBIERNO DE DIEGO DE CORDOVA

Por muchas que fuesen las riquezas ofrecidas por sus colonias a España, nunca saciaron la sed y necesidad de oro de la Corona. El Erario se hallaba generalmente en situación desastrosa. Momentos hubo, aun en el esplendor de la dominación española en el Nuevo Mundo, en que tuvieron los hacendistas de la Corte que aguzar su ingenio en busca de recursos monetarios. A veces surgieron procedimientos insólitos.

Prueba de ello, y muy elocuente, la tuvo Cuba al venir a gobernarla el general de galeones Diego de Córdoba Laso de la Vega, a quien trasmitió el mando el mariscal de campo Severino de Manzaneda en 2 de octubre de 1695. Córdoba necesitó, para conseguir el gobierno de la Isla, desembolsar catorce mil pesos o escudos de plata, además de constituir una fianza de dieciséis mil quinientos. Este hecho no podía decir bien de la administración española. Lo que se evidenciaba era grave de toda gravedad, ciertamente. Razón de sobra tuvo quien aseveró que el medio escogido para enjugar los apuros de la Corona descubría la pobreza de su tesoro y de las inteligencias que la guiaban.

Otra circunstancia notable ofreció la iniciación del gobierno de Diego de Córdoba Laso de la Vega. Vino a desempeñar el cargo con la cláusula de cedérselo al general Diego de Viana Hinojosa, gobernador que había sido de la Isla, tan luego como éste saliera absuelto en una causa a que se hallaba sujeto. También denotaba esto la mezquindad de criterio reinante en la Metrópoli. Se colocaba por encima del interés público, que debía estar por sobre todo, el deseo de satisfacer personales ambicio-

nes. Los problemas nacionales quedaban subordinados al resultado de combinaciones de baja laya.

Córdova, que gobernó hasta septiembre de 1702, fué un gobernante juicioso y previsor. Reorganizó las milicias. Se ocupó en mejorar las defensas de La Habana. Repelió a los corsarios que la amenazaban con frecuencia. Cuanto a la riqueza del país, mucho hizo por fomentarla. Lejos de poner cortapisas a la agricultura, se convirtió en protector decidido de ella. Las vegas de tabaco tomaron incremento inusitado en las cercanías de La Habana. Más de veinte ingenios se levantaron en su tiempo. La ganadería, uno de los principales elementos de vida de Cuba, recibió asimismo impulso considerable. Tuvo, aun siendo presa de la concupiscencia, el raro acierto, como observó un historiador, de adinerarse, cuando sus sueldos, derechos y honorarios no pasaban de cinco mil pesos anuales, sin suscitar las acusaciones y los odios que cayeron sobre muchos de sus iguales.



OCTUBRE

3

1896

## LA GUERRA EN LOS PINARES OCCIDENTALES

Los anhelos de Maceo en el sentido de forzar las líneas de Viñales tenían que resultar costosos para las armas cubanas. El enemigo, elerto y decidido a combatir, presentó enérgica oposición al avance insurrecto. Pero no pudo ello detener los progresos proyectados por el General. Aun a trueque de choques violentísimos, tan violentísimos como no se habían registrado acaso, la bandera patria ondeó triunfalmente.

Maceo reunió en Peña Blanca unos ochocientos individuos de tropa. Todos se hallaban bien armados y pertrechados. Los hijos de la región pinareña tenían en aquellas filas lugar preferente. El Lugarteniente se afanó por apreciar personalmente el valor de los bisoños guerreros del occidente cubano. Ellos, a su vez, supieron cumplir con decoro, agigantándose frente al peligro, derramando a raudales su sangre, desafiando la muerte y sucumbiendo en el fragor de la brega.

En el camino de la trocha de Viñales las huestes insurrectas realizaron distintos movimientos. Las zonas de cultivo fueron devastadas. Al acercarse al caserío de Cabezas, los voluntarios que lo guarnecían saludaron a los libertadores con vivo tiroteo, al que Maceo hizo responder con el estruendo del cañón. En Viñales, en el entretanto, el general Bernal y los movilizados se aprestaban a la defensa. Pero se hallaban en condiciones poco seguras para aventurarse a reñir con el Lugarteniente. Los refuerzos aguardados por la playa de La Esperanza no llegaban tan pronto como los españoles necesitaban y ansiaban.

El cuadro general fué dominado con admirable precisión por Maceo. Su actividad estuvo entonces al nivel

de las circunstancias. El 3 de octubre de 1896, dirigiéndose al amanecer a los pinares de Cayo de San Felipe y Sumidero, suscitó animadas pendencias con los guerrilleros que por allí rondaban. Fué un día aprovechado para aumentar la alarma entre los adversarios.

El talante de los guerreadores criollos no era como para dejar paz en los ánimos de los combatientes que defendían la dominación hispánica. En las localidades de Pinar del Río regidas por las armas españolas había pavor. Lo infundía la certidumbre de que el general Antonio Maceo continuaba en la Provincia y contaba con elementos bélicos que le permitían ofender y defenderse con algo más que con su capacidad para conducir tropas y con el coraje de éstas. Los pinares occidentales ensanchaban los pulmones de una hueste armada que desmentía inequívocamente la especie de que la región se hallaba pacificada.



OCTUBRE

4

1896

## CEJA DEL NEGRO

Todos los indicios de un rudo choque entre españoles e insurrectos en las intermediaciones de Viñales tuvieron confirmación el 4 de octubre de 1896. Muy de mañana el núcleo libertador dejó el campamento de Cayo de San Felipe. Los intrépidos occidentales, en número de unos doscientos treinta, marchaban a la vanguardia. Bien había hecho el general Maceo en colocarlos a la cabeza de su columna. Ellos necesitaban una oportunidad para demostrar hasta dónde podía llegar su aptitud bélica.

Temprano comenzó la lucha en el camino de Pinar del Río a Viñales. Luego, en el encinar de El Guao, lugar quebrado, aspérrimo, tomó vigor la pelea. La columna española procedente de Viñales abrió el fuego con extraordinaria fiereza. El Lugarteniente, que tenía previsto cuanto iba desarrollándose, se empeñó en tomar una altura que juzgó la llave de la victoria que se prometía. Se trataba del macizo elevado de Ceja del Negro, precisamente el que dió nombre a la acción que se ventilaba. El propósito del caudillo quedó en seguida satisfecho, merced a la intrepidez y a la audacia desplegadas por la gente de Vidal Ducasse, Pedro Delgado y Adolfo Peña.

La brega, terrible, más terrible que cuantas se habían desarrollado en las guerras de Cuba, duró todo el día. Sus fases, complicando el problema a cada instante, fueron múltiples. Los insurrectos tuvieron que enfrentarse a unidades españolas perfectamente equipadas y pertrechadas, dirigidas por jefes valientes y aguerridos y ganosas de combatir. Los esfuerzos del general Bernal, por ejemplo, resultaron insuperables. Pero la acometividad y el acierto con que el general Maceo se condujo y el arrojo con que lo secundaron sus huestes bastaron para reducir

a la impotencia los arrestos de Bernal y sus conmlitones. Las pérdidas españolas llegaron a quinientos individuos.

Las bajas en las filas cubanas fueron crecidas: cuarenta y dos muertos y ciento ochenta y cinco heridos. De la brigada occidental cayeron en el fragor de la pelea noventa. Su denuedo no reconoció superior. Uno de sus jefes más valientes, eficaces y dignos, Antonio Tarafa y Oliva, en plena juventud, sucumbió en instantes en que con serena arrogancia desafiaba las balas enemigas. Era, ciertamente, el tipo acabado del combatiente presto al sacrificio útil. Figuró entre los primeros que en Vuelta Abajo, sin esperar a que la Invasión se pasease por allá, se lanzó al campo, reclutando soldados para la patria y adiestrándose para la lucha. Al verlo desplomado en El Guao, Maceo exclamó:

—¡Ha muerto uno de los generales de Vuelta Abajo!



OCTUBRE

5

1634

## NAUFRAGIO EN LA COSTA DE MARIEL

Las noticias llegadas hasta el Consejo Real y Supremo de las Indias acerca de la situación fiscal de Cuba habían alarmado a los hombres de la Metrópoli. Contadores como Francisco Castañeda, Pedro de Armenteros y Lázaro Yáñez de Minaya sembraron el desorden más lamentable en las rentas y en los gastos públicos. El gobierno de España adoptó medidas enderezadas a reprimir tanto abuso y tanto descrédito.

El propio Consejo Real y Supremo de las Indias escogió al hombre que juzgó capaz de encauzar la hacienda de la Colonia. El mariscal de campo Francisco Riaño y Gamboa, caballero de Santiago, fué designado para arreglar la Administración y tomar cuentas a los dilapidadores. Cuando Riaño salió de España el tráfico mercantil en Cuba se hallaba en crisis. El intercambio había retrocedido al estado primitivo: sobre la compraventa prevalecía el trueque de los frutos cosechados por las mercaderías necesarias para el consumo. Pero lo peor estaba en que el contrabando, esparcido por toda la Isla, tenía carta de naturaleza.

Riaño salió de España inquieto por lo que lo esperaba en Indias. Sin embargo, no pudo racionalmente presumir que su llegada al mundo de Colón sería como fué. Tras larga navegación, tan larga como las condiciones del momento histórico la imponían, a principios de octubre de 1634 se halló en las inmediaciones de Cuba. La época del año era de las peores para navegar por aguas antillanas. Además, a los peligros provenientes de la Naturaleza había que agregar los derivables de la clase de bajeles de aquellos tiempos. Nadie mejor que Riaño apreció lo aciago de tal realidad.

A la altura de Mariel se encontraba la nave en que viajaba hacia La Habana el Capitán General cuando, el 5 de octubre de 1634, una tempestad la estrelló sobre la costa. El naufragio estuvo a punto de ocasionar la muerte de Riaño y de cuantos más venían en el bajel. Pudieron ponerse a salvo, aunque a costa de sacrificios insólitos. Riaño logró salvar con su persona los papeles oficiales de que era portador. Por lo demás, su situación al aproximarse a La Habana era amarga en grado extremo. Hambriento y sin ropas lo vieron los capitulares el 23 de octubre, pero lo auxiliaron con largueza que mucho dijo de la generosidad de los componentes del ayuntamiento de la capital de la Isla.



OCTUBRE

6

1896

## FUSILAMIENTO DE MANUEL VALDES

La Revolución tuvo en la etapa bélica iniciada en 1895 excelentes servidores en Artemisa. Dos sobresalieron por su pres-tancia personal, independientemente de sus esfuerzos pa-trióticos: Magdalena Peñarredonda, noble y valerosa da-ma, y Guillermo González Arocha, sacerdote católico. En días en que era necesaria la comunicación frecuente de Antonio Maceo y sus seguidores con los cubanos de las poblaciones y con los situados fuera de la Isla aque-lla mujer y aquel hombre, tan abnegada como sencilla-mente, afrontaron mil dificultades y riesgos en la ejecu-ción de sus propósitos de que Pinar del Río no dejase de ser una de las provincias que más al descubierto ponían la impotencia de los dominadores para conservar el régi-men colonial.

El virtuoso sacerdote y la valiente matrona no hubiesen podido dar a la Revolución todo lo que dieron de no ha-ber contado con modestos auxiliares. Cubanos insignifi-cantes por su origen y hasta por su personalidad eviden-ciaron hallarse en posesión de altísimas calidades para coadyuvar a la emancipación patria. En silencio, como las circunstancias lo exigían, estos humildes operarios de la República secundaron con eficacia los planes de Gui-llermo González Arocha y Magdalena Peñarredonda para mantener constante y salvadora comunicación entre los patriotas que empuñaban las armas en los campos de Vuel-ta Abajo y los que desafiaban el peligro en las localidades dominadas por la Colonia.

En Artemisa fué acusado de ser espía y correo insu-recto un hombre joven. Apenas tenía diecinueve años. Se llamaba Manuel Valdés. Las autoridades españolas le atribuyeron actos que redundaban en enorme quebranto

para el régimen colonial: le atribuyeron la prestación de servicios a la Revolución sin los cuales ésta no hubiese logrado ventajas y avances que negaban rotundamente la versión de que Pinar del Río era una de las regiones pacificadas por las columnas de Weyler.

Manuel Valdés, el modesto patriota de Artemisa, cayó bajo el rigor colonial. Un día, el 6 de octubre de 1896, fué conducido por gente armada hacia el cementerio de Artemisa. Sus enemigos lo colocaron contra uno de los paredones del camposanto. Y el simultáneo disparo de varios fusiles puso término a su vida, que había estado consagrada a la liberación patria.

La conducta de Manuel Valdés fué heroica: el suyo fué heroísmo silencioso. Su tránsito tuvo mucho de martirio: él murió por haber querido ser un obrero de la nación que iba siendo la colonia que todavía era su país.



OCTUBRE

7

1630

## GOBIERNO Y FLAQUEZA DE BITRIÁN DE VIAMONTE

El almirante de galeones Juan Bitrián de Viamonte substituyó a Lorenzo de Cabrera y Corbera en el mando de Cuba. La transmisión de poderes se llevó a cabo el 7 de octubre de 1630. Cabrera no sólo dejó el alto oficio: también se vió sujeto a tristes humillaciones. Estaba en el seno del ayuntamiento de La Habana cuando un oidor de la audiencia de Santo Domingo, Francisco Prada, le comunicó la orden que tenía de residenciarlo. Prada se había abstenido de iniciar el proceso por los temores que le infundía el temple arrebatado y descompuesto de Cabrera. Este quedó en seguida detenido en el castillo de La Fuerza y a disposición del pesquisidor. Al requerimiento relativo a su prisión contestó Cabrera que sabía obedecer a Felipe IV, su rey y señor.

Al asumir Bitrián el Gobierno, un hijo de La Habana, el licenciado Pedro de Pedroso, tomó posesión como teniente general y auditor interino del Capitán General. En realidad, no comenzó a mandar entonces Bitrián. El juez de residencia Prada, con la autoridad de que se hallaba investido como oidor de la audiencia de Santo Domingo y por el encargo expreso recibido del Rey para pasar a La Habana, lo absorbió todo temporalmente. Los celos que lo acompañaban en los momentos en que debía enfrentarse con Cabrera se trocaron luego en intemperancias e imposiciones. Por otra parte, los desafueros realizados por el depuesto gobernador exigían una investigación amplia e ilimitada, tan ilimitada y amplia como la emprendida por Prada.

La Habana se vió convertida en teatro de lamentables y perniciosas querellas. Bitrián de Viamonte se hallaba enfermo física y espiritualmente. Prada pudo hacer alar-

de de su carácter dominante a costa del sosiego social. El pesquisidor no se conformó con escarbar en los antecedentes relacionados con el residenciado Cabrera. Se empeñó en ver cómplices de éste por todas partes, y extendió su ojeriza a cuantos con el enjuiciado habían tenido conexión o trato.

A tanto llegaron los excesos de Prada, con la tolerancia de Bitrián de Viamonte, que muchas personas de La Habana y su mismo cabildo acudieron en queja a la audiencia de Santo Domingo. La Colonia estaba constituida en campo de odiosas rencillas y de persecuciones inconcebibles. El alguacil mayor del Ayuntamiento, Alonso Velázquez de Cuéllar, lo hizo así saber ante aquel tribunal. No fué éste sordo al público clamor. Representación suya, investida de autoridad bastante, vino a Cuba, y las cosas no tardaron, con el sometimiento de Prada a severo proceso, en volver a la normalidad.



OCTUBRE

8

1607

## DOS GOBIERNOS EN UNA INSULA

Cuba no había entrado en el segundo siglo de su vida colonial cuando tomó incremento la idea de dividir su mando.

Sus progresos comenzaban a sucederse y todo llevaba a presumir que continuaría marchando hacia adelante. De haber dos gobiernos en el territorio de la Isla, sus capitales respectivas tenían que ser La Habana y Santiago de Cuba. Precisamente La Habana, por obra de Gonzalo Pérez de Angulo y sus sucesores en el mando del país, tenía ya logrado el privilegio, que en los primeros tiempos perteneció a Santiago de Cuba, de ser la residencia de la suprema autoridad.

No estuvieron todos de acuerdo con el pensamiento de fraccionar políticamente la Colonia. Dos bandos tomaron en seguida la defensa de las tendencias contrapuestas. El uno aducía razones en abono de la división absoluta del gobierno de la Isla. El otro argumentaba con calor su oposición al proyecto. ¿Animaban a los contendientes propósitos sinceros? ¿Estaban por ventura exentos de mezquinas miras sus esfuerzos? El caso se prestaba a conjeturas muy diversas.

Los gobernadores Juan Maldonado Barnuevo y Pedro de Valdés, llamados a informar sobre el proyecto, se manifestaron contrarios al mismo. Ilustraron su oposición, en memoriales enderezados al Consejo Real y Supremo de las Indias, con ejemplos de lo ocurrido en otros dominios de la Corona. Crear dos poderes en un mismo territorio era crear perpetuas competencias donde aun con el mando de uno solo habían sido frecuentes. El tribunal de Santo Domingo representaba la otra tendencia, acaso a impulsos de su propensión a contradecir a los gobernadores de Cuba. Expuso que, no pudiendo extenderse a

toda la Isla la vigilancia de la autoridad residente en La Habana, convendría dividir aquélla en dos gobiernos independientes entre sí.

A la Junta de Guerra de Indias tocó participar en el grave debate antillano. Ya en el caso de dictaminar, lo hizo en términos con que creyó conciliar los opuestos criterios. En consecuencia, fué expedida el 8 de octubre de 1607 una real cédula dispositiva de la formación de dos jurisdicciones. Sus respectivas cabeceras estarían en La Habana y en Santiago de Cuba. En el ramo de guerra la segunda quedaba dependiente de la primera. En lo administrativo cada cual iba a entenderse directamente con la Corte. En lo judicial se dejaban bajo la tutela de la audiencia de Santo Domingo. En el ajuste acordado, buscando una solución armónica y satisfactoria para todos, al alto funcionario de La Habana se reservó el título de Gobernador Capitán General de Cuba mientras al otro se llamó Gobernador y Capitán a Guerra de Santiago de Cuba.



OCTUBRE

9

1895

## EUGENIO MARIA DE HOSTOS

Eugenio María de Hostos se sumó a la revolución cubana con entusiasmo. No le bastó poner a contribución su talento. También disciplinó su acción. La incompreensión de las aspiraciones antillanas por parte de los políticos de Madrid lo aleccionó para la lucha. La palabra seguía teniendo oficio, pero no para persuadir a los rectores de la política española, tercios en la negación de los derechos reclamados por las posesiones de Ultramar. Y la palabra, con útil empleo entre los hombres capaces de atender y entender los anhelos de Cuba y Puerto Rico, carecería de valor en tanto no se la acompañase de una actividad enderezada a remover el aparato colonial.

Se dirigió a los Estados Unidos. Nueva York era el principal de los centros de agitación revolucionaria fomentados por los cubanos en el exterior. Ya antes de los movimientos de Lares y Yara existía allí la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico. Después del 10 de octubre de 1868 siguió en pie la idea de propugnar la independencia de las dos islas por medio de los resortes creados en Nueva York. Hostos encontró en la gran ciudad angloamericana una emigración antillana brillante, aunque fuertemente sacudida por querellas y odios intestinos.

En los hechos por él observados Hostos advirtió dos factores esenciales: a) el carácter decididamente popular e igualitario que la Revolución adquirió por el lugar de su nacimiento, por los elementos étnicos que la secundaron y por la abolición de la esclavitud; b) el carácter reaccionario impreso por los conservadores de la emigración a los actos en que oficial y extraoficialmente intervinieron. La combinación de factores tan opuestos entre sí tuvo consecuencias felices y adversas. Hizo posible el movimiento

interior de la Revolución sin genios individuales ni hombres necesarios. En contraste, al ponerse en contacto las ideas privativas de ese movimiento interior con las que en el exterior constituían el espíritu de conservación, estalló el conflicto en que patriotas de altísima calidad sufrieron un suplicio sin término y sin tregua. Lo que pudo alargar la Revolución y depararle dimensiones históricas, a juicio de Hostos, fué la presencia y actividad del genio colectivo.

Hostos deploró profundamente la frustración del empeño revolucionario de 1868-1878. La aceptó sólo como una tregua. En la hora de la renovación de la guerra de los cubanos contra el régimen colonial, desterrado él de las Antillas —así de Puerto Rico, su país nativo, como de Cuba, su patria adoptiva—, respondió al llamamiento cívico. Desde Chile estableció contacto con los representantes de la Revolución en Nueva York. Una de sus cartas a Estrada Palma, la de 9 de octubre de 1895, exhibió sus inquietudes y alegrías en torno a lo que estaba ocurriendo en la mayor de las islas del Caribe. En los animadores y conductores del movimiento admiró un arte notable: los vió sabiendo utilizar a los hombres. Esto entrañó una de las razones por las cuales la insurrección de 1895 lo enamoraba y la lejanía a que estaba de ella lo desesperaba. En su mundo interior quizá contemplaba en la nueva etapa rectificadas los procedimientos y las ideas que lo atormentaron en el curso de la contienda de los Diez Años.





## ALZAMIENTO DE CESPEDES

Carlos Manuel de Céspedes era un antiguo conspirador, conocido aspirante a un franco movimiento hacia la transformación política de Cuba, cuando, en 1868, comenzó a tomar participación en los trabajos revolucionarios iniciados por Francisco Vicente Aguilera. Todavía en los primeros meses de aquel año representantes suyos y emisarios de Juan Prim, el caudillo español, habían estado en contacto alrededor de los propósitos de derribar la dinastía borbónica en la Península y propiciar un nuevo régimen en la Isla. El ingreso de Céspedes en el grupo de agitadores orientales supuso trascendentes acontecimientos. Su energía vivaz y su resolución de grande hombre aportaron al acervo moral de los animadores de la independencia elementos psicológicos de que acaso hubiese carecido sin la presencia de varón tan inclinado a lances de riesgo y ventura.

Aunque existió el acuerdo de no realizar el levantamiento sino a principios de 1869, "el 7 de octubre de 1868, y en el ingenio *Rosario*, propiedad de D. Jaime Santiesteban —relató Angel Maestre, uno de los allí presentes—, se reunió D. Carlos Manuel de Céspedes con todos los que trabajaban por la independencia de nuestra querida Cuba, para deliberar sobre la actitud que debía tomarse, puesto que el gobierno de España estaba en antecedentes de los trabajos que se practicaban, y no tardaría en tomar sus medidas. Daban las 12 de esa noche memorable, y bajo guardias armados se abrió la sesión, nombrándose presidente a D. Carlos Manuel de Céspedes, y vocales a D. Bartolomé Masó y D. Jaime Santiesteban, quien actuó como secretario. Después de una discusión general, se acordó extender en seguida el acta de la independencia de

Cuba, la cual fué firmada por todos los concurrentes, y, levantada dicha sesión, nos retiramos a esperar los mandatos del superior jerárquico". La Revolución quedó entonces pendiente sólo del aviso de Céspedes, quien debía comunicarlo de un momento a otro.

Los trabajos de Céspedes a principios de octubre de 1868 se desenvolvieron sin la intervención de Aguilera en ellos. Prácticamente, el propulsor sucedía al genitor. Aguilera concibió y preparó el plan revolucionario, pero su temperamento apacible, su moderación habitual y sus precauciones ante posibles reveses enervaban el ejercicio de su acción bélica. Céspedes, incorporado a la conspiración, contempló con ojo avizor la frustración de los planes guerreros, de que era servidor acérrimo, si, de posposición en posposición, se deparaba a las autoridades coloniales la coyuntura de conocer en sus pormenores la trama insurgente y asestar a ésta golpe mortal.

Los sucesos se precipitaron con celeridad en la primera decena de octubre de 1868. Céspedes y sus seguidores extendieron el acta de la independencia de Cuba el día 7. Cuarenta y ocho horas después el conspicuo patriota, hecho ya jefe de la Revolución, comprendió que no podía retardar el estallido bélico, puesto que los funcionarios hispánicos conocían sus graves proyectos y se disponían a aniquilarlos. Y en la madrugada del 10 de octubre de 1868 se produjo el alzamiento de Céspedes, decidido a encabezar la causa por la cual se lanzaba a los campos de Cuba libre.



OCTUBRE

11

1896

## SANIDAD EN EL EJERCITO LIBERTADOR

El azote de las enfermedades infecciosas cayó sobre toda Cuba en el año de 1896. Las epidemias se propagaron con igual intensidad que la guerra. El hacinamiento en las poblaciones dominadas por las armas españolas desarrollaba vertiginosamente la fiebre amarilla, la viruela y el paludismo. Los campos enseñoreados por las fuerzas libertadoras no quedaron a salvo de tamaños azotes.

El Consejo de Gobierno dedicó casi toda su sesión del 11 de octubre de 1896 a considerar las medidas indispensables para evitar en las filas del Ejército Libertador los estragos provenientes de la viruela. Dos médicos y patriotas, Gustavo Pérez Abreu y Eugenio Molinet, concibieron un plan sanitario y lo sometieron al estudio del Consejo. Pérez Abreu prestaba servicios profesionales en el Cuartel General. Molinet era el Jefe de Sanidad del Tercer Cuerpo. El Gobierno acogió la iniciativa de Molinet y Pérez Abreu con la buena atención que merecían ellos por su capacidad académica y por sus funciones oficiales.

El informe sanitario de Gustavo Pérez Abreu y Eugenio Molinet enfocó la gravedad de la viruela y los medios y modos de combatir la terrible enfermedad. Era necesario vigilar el movimiento de personas que pudiesen transmitirla. Era esencial procurar que la gente procedente de zonas infectadas estuviesen en las mejores condiciones de aseo y salubridad. Era urgente crear con el carácter de permanente un centro de vacuna animal que suministrase toda la linfa requerida por un servicio eficaz. Era preciso colocar al frente de este centro de vacuna a un médico o a un practicante entendido. Si la vacunación de las fuerzas libertadoras no llegaba a evitar casos de vi-

ruela, debía procederse primeramente a aislar al enfermo o a los enfermos y después a quemar todos los objetos de su uso, con exclusión de sus armas, que serían desinfectadas convenientemente.

El Consejo de Gobierno aprobó sin reparo alguno el proyecto de Pérez Abreu y Molinet para combatir la propagación de la viruela. Los proponentes habían indicado a Camagüey como lugar en que debían ser aplicadas las medidas por ellos ideadas: en Camagüey estaba la esfera de acción privativa de ambos. El Consejo juzgó tan bueno el plan que hizo extensivas sus disposiciones a todo el territorio de la República.

La sanidad en el Ejército Libertador constituyó un honor de los cubanos que combatían por la libertad. La capacidad creadora de los que así acomodaban la lucha a los medios deparados por los adelantos de la civilización no podía ser puesta en duda. Los propulsores de la República en esta Antilla sabían que tan importante como vencer a los adversarios con las armas de la guerra era usar a tiempo los recursos inventados por la sabiduría humana para evitar la pérdida de vidas a causa de horribles enfermedades.



OCTUBRE

12

1747

## ENCUENTRO NAVAL ENTRE BRITANICOS Y ESPAÑOLES

La pira de las discordias ardía continuamente en Europa en lo que iba del siglo XVIII. La Gran Bretaña y España, dos naciones preponderantes a la sazón, no podían ser excepciones. España, sobre todo, estaba envuelta desde la entrada de aquella centuria en guerras funestas, iniciadas con la exaltación de Felipe V al Trono. Andando el tiempo, y en medio de una de las ligeras treguas debidas al agotamiento circunstancial de los combatientes, el soberano hispánico incidió en nuevo error. Lo fué el de haber concertado con el emperador de Austria un pacto en extremo ofensivo para la Gran Bretaña. Esta potencia, celosa de su poderío, se aprestó a la defensa de sus intereses.

Los empeños guerreros de la Gran Bretaña fueron dispuestos con extraordinaria rapidez. Ya en los albores del segundo cuarto del siglo XVIII aparecieron en aguas antillanas los bajeles de la escuadra del almirante Hosier. Las colonias españolas del Nuevo Mundo estuvieron en peligro. Grande debía ser la energía capaz de contrarrestar los ataques con tanta presteza aparejados. Pero la Naturaleza y el hombre, especialmente en Cuba, concurrieron a salvar los destinos de los dominios amenazados.

A través de los años, tras pesquisas y observaciones de toda índole, los británicos, ganosos de inferir grave quebranto a España, escogieron a Guantánamo para campo de sus operaciones. Aquella parte de Cuba ofrecía mayores facilidades que las presentadas por La Habana, inútilmente bloqueada. El almirante Vernon, que había tomado a Portobelo y atacado a Cartagena, desembarcó y sentó en Guantánamo sus reales con unos cinco mil

hombres. Levantó trincheras. Alzó baterías. Intentó fundar una población con el nombre de Cumberland. Todo eso, que ocurrió después de 1741 en las inmediaciones de la hermosa bahía oriental de Cuba, rodó por tierra a consecuencia del rigor del clima y de los estragos causados por las epidemias sufridas en el vasto campamento de los hijos de la Gran Bretaña.

No bastó aquel revés para alejar de las costas de Cuba a los enemigos de España. Seis años después de lo acontecido en Guantánamo, y de manera sorprendente para la capital de la Isla, se presentó en sus aguas una escuadra británica rechazada hacía poco en Santiago de Cuba. Los habaneros fueron testigos del encuentro de aquella armada con la española al mando de Reggio. El 12 de octubre de 1747 se desarrolló la acción naval, en la que ambos contendientes se esforzaron en poner de relieve su denuedo. Por espacio de seis horas lucharon de manera brava y sangrienta, sin que al fin se decidiera en favor ni de uno ni de otro la brega, la última brega en la porfiada y larga guerra a que dió término la paz de Aquisgrán.



OCTUBRE

13

1764

## INTENDENCIA DE HACIENDA EN LA HABANA

La vuelta de La Habana de la dominación británica a la española no fué un hecho aislado y sin consecuencias. Por efecto de causas diversas, resultó centro y motor de mudanzas de todo género. Además de la influencia ejercida por la soberanía británica en aspectos fundamentales de la vida colonial, ya por eso mismo, ya por nobles propósitos de rectificación, trajo el nuevo orden de cosas un programa amplísimo de mejoramiento. La Metrópoli había comprendido la necesidad de cambiar de sistema. Empezó por escoger oportunamente los hombres capaces de realizar su designio.

El ramo de hacienda era uno de los que mayor atención demandaban de parte del Estado. Los años transcurridos desde los de la conquista no habían sido bastantes para sacar de su contextura embrionaria el ordenamiento económico de Cuba. Los hombres encargados de encauzar los destinos públicos tenían que aguzar su ingenio en busca de soluciones prácticas. ¿Cómo iba a ser posible en buena doctrina dejar las cosas a merced de la fortuna? ¿No era acaso lógico, previsor y saludable adoptar medidas tendientes a la reorganización de los ingresos y egresos del país? En la respuesta a tal interrogatorio estaba el secreto de una solución fructuosa.

Así fué cómo nació el pensamiento de crear en La Habana la Intendencia de Hacienda. El problema de Cuba era estudiado en sus distintos aspectos. En la Corte tomó forma y fuerza el proyecto de establecer en la Colonia una dependencia reguladora de la vida económica, encauzando las entradas propias del Fisco, regulando el empleo de los fondos públicos, refrenando excesos y extirpando concupiscencias. La iniciativa se abrió paso. En 13 de

octubre de 1764, resumiendo en un resultado práctico todas las gestiones realizadas, descendió del trono español la orden de instalar en La Habana la Intendencia de Hacienda.

En España se buscó a un funcionario digno de ocupar la intendencia creada en 13 de octubre de 1764. La elección recayó en Miguel Altarriba, de cuyas aptitudes hablaban los servicios prestados en la invasión de Portugal. Sus esfuerzos en Cuba respondieron a la confianza en él depositada. Se posesionó del cargo y entró en funciones en 15 de febrero de 1765. Desplegó desde luego actividades extraordinarias. El cultivo del café, los gastos de las fortificaciones, el secuestro de los bienes de los jesuitas expulsados del país y la disciplina en la administración pública fueron otros tantos motivos alrededor de los cuales giró la perseverante labor del intendente Miguel Altarriba.



OCTUBRE

14

1818

## LA ECONOMIA POLITICA EN LA SOCIEDAD PATRIOTICA

La influencia ejercida por el capitán general Luis de las Casas en el progreso intelectual de Cuba se exhibió en forma varia.

Para los días coetáneos y para los venideros fué saludable el ejemplo de altruismo, celo y diligencia de aquel modelo de gobernantes. Así como no le faltaron colaboradores generosos y dignos, tampoco se echaron de menos después de abandonar él la dirección del país elementos ganosos de continuar su obra. No había de ser detestable y nefando cuanto en la Colonia se desarrollaba. En medio de las tormentas de la política y de los resabios del absolutismo surgían alientos loables.

Verdad grande fué aquella según la cual a las ventajas inherentes a la creación de la Intendencia de Hacienda se unieron a lo largo de varias épocas los beneficios emanados de la gestión realizada por muchos de los que asumieron el manejo de ramo tan importante. Alejandro Ramírez, llegado a Cuba en 1816, al comenzar el gobierno del general José Cienfuegos, ofreció prueba de lo acabado de aseverar. Sus lauros anteriores, cosechados en Guatemala y en Puerto Rico, no pudieron parecer inmerecidos a los ojos de quienes eran en la principal de las Antillas testigos de sus afanes en pro de la cosa pública. El consenso general lo señaló como digno ocupante del cargo a que no poco prestigio había deparado José Pablo Valiente.

Los antecedentes favorables que databan de la época de Luis de las Casas y las iniciativas felices de Alejandro Ramírez concurrieron, en armónico concurso, a mejorar las condiciones de la Real Sociedad Patriótica, cuya inauguración había presidido precisamente el primero de aquellos servidores útiles y probos de los intereses públicos.

En la segunda década del siglo XIX se multiplicaron los adelantos de la benemérita corporación. La educación primaria, el cultivo del arte pictórico y el jardín botánico, entre otros progresos, merecieron especial atención en el seno de la Real Sociedad Patriótica. Sus componentes tuvieron el acierto dichosísimo de llevar a su dirección al propio Ramírez, incansable en la propulsión del bien común.

La vida y naturaleza de la Intendencia de Hacienda demostraba que la marcha económica era regida por cánones científicos. La Real Sociedad Patriótica asumía papel sobresaliente en la evolución de la cultura de Cuba. ¿Cómo había de parecer extraño que en el seno de la Corporación, y en el curso de la segunda década del siglo XIX, se fundase una cátedra de economía política? No podía parecer extraña tal novedad a quienes seguían de cerca las orientaciones de los varones justos de la Colonia. El 14 de octubre de 1818 fué un día feliz para La Habana. El establecimiento de una cátedra de economía política en la Real Sociedad Patriótica marcó aquella fecha con piedra blanca.



OCTUBRE

15

1870

## PROPOSITOS DE BISMARCK

El diario *The Sun*, de Nueva York, publicó el 15 de octubre de 1870 una noticia grave: el jefe del gobierno prusiano, Otón Eduardo Leopoldo Bismarck, estaba en tratos con personajes españoles para adquirir a Cuba. Los manejos con que se ocupaban Bismarck y los aludidos varones hispanos habían llamado la atención repetidas veces. El caso a la sazón presente suponía una novedad ante la cual América no podía permanecer indiferente. La brusca ingerencia pretendida de esa suerte por Alemania, ganosa de pesar en los destinos del Hemisferio Occidental, creaba recelos y alarma. En los momentos que corrían Prusia y sus aliados empleaban en Europa procedimientos violentos y coercitivos para ampliar la zona de su dominación. ¿Cómo no iba a producir zozobra y temores de honda perturbación el designio teutón de poseer una extensa colonia en América?

Con no disimulada alarma habló *The Sun* de los planes del primer ministro prusiano respecto de América. "El gobierno español —advirtió— no puede conservar a Cuba, y Bismarck la necesita. Para la expansión naval del comercio e influencia germánica cuyos fundamentos está colocando ese hombre ambicioso, Cuba está mejor situada que ninguna otra posesión trasatlántica. Los agentes de Bismarck han estado en Cuba para saber cuánto puede valer para Alemania y si la opinión general del pueblo cubano es tal que quiera someterse pacíficamente al gobierno semicolonial que las autoridades alemanas le impondrían. No tenemos los medios de saber qué es lo que han informado; pero no hay razón para dudar de que Bismarck haga un gran esfuerzo para adquirir la Isla tan pronto como concluya con Francia." El periódico neo-

yorquino entreveía una seria amenaza. La política imperialista de Bismarck enfocaba la posesión de Cuba por Alemania, y el peligro era inminente.

Varias circunstancias favorecían el propósito alemán de expansión en América. A la victoria sobre los franceses y a la unión de los estados que rodeaban a Prusia, con la hegemonía de ésta, se sumaba la política vacilante del gobierno del presidente Grant en la aplicación de la Doctrina de Monroe, calificada por Bismarck de insolencia extraordinaria. Norteamericanos eran quienes acusaban de debilidad al gabinete de Wáshington. "Si en Wáshington —afirmaba *The Sun*— hubiera una fuerte administración, animada de un sentimiento decididamente americano, y dotada del valor suficiente para obrar en ese concepto, esta idea jamás habría entrado en la mente de Bismarck." Contra Grant, Hamilton Fish y Bancroft Davis se dirigían severas censuras. Por seguro se tenía que, ante la floja conducta de ellos en el encauzamiento de la acción de los Estados Unidos, Bismarck miraría con desprecio la excitación y las amenazas que la consumación de su proyecto despertaría en la Unión. Necesitaba él a Cuba, y acaso resultaría difícil contener su intrepidez conquistadora en tiempos en que se creía en aptitud de variar a su antojo los destinos de gran parte del Mundo.

Dos sentimientos contrarios entre sí coincidían en mostrarse desfavorables a todo intento de traspaso de Cuba a Alemania. El partido de los incondicionales defensores de la dominación española en la Isla era enemigo acérrimo de cualquier cambio en el régimen político de esta Antilla, a la que conceptuaba parte integrante del territorio nacional hispánico y en la obligación de vivir perpetuamente bajo las normas privativas de una plaza sitiada. El bando fomentador de la independencia no podía admitir ni la posibilidad de la adquisición de Cuba por otra potencia europea cuando sostenía una lucha sangrienta para sustituir la Colonia con la República.



OCTUBRE

16

1877

## MUERTE DE EDUARDO MACHADO

Eduardo Machado y Gómez nació, en Santa Clara, el 20 de octubre de 1838. Los treinta años que siguieron a esta fecha pasaron para Cuba entre esperanzas fallidas e intentos frustrados en torno a su estado políticosocial. En el curso de la segunda parte de un período histórico tan azaroso, Machado dió señales de ser un varón sobresaliente por su capacidad intelectual, puesta en acción en estudios serios, en viajes útiles, en la adquisición de varios idiomas y en la publicación de escritos medulares. Su intervención en los esfuerzos colectivos enderezados a mejorar las condiciones de vida de esta Antilla habló de su capacidad cívica.

El fracaso de los empeños dedicados a obtener reformas políticas, sociales y económicas para Cuba dejó armado a Eduardo Machado para una lucha mayor. El y los que con él trabajaban en Santa Clara en la obra de variar el régimen de gobierno de la Isla comprendieron, como los demás reformistas cubanos, que necesitaban cambiar de procedimientos para no dejar al país sumido en el desprecio y la explotación que eran tan del gusto de la Metrópoli. En Santa Clara laboró con la mira de organizar una insurrección contra la dominación española. Fué uno de los miembros de la Junta Revolucionaria. El 6 de febrero de 1869 figuró entre los directores del movimiento rebelde iniciado en San Gil. Allí pasó a integrar con Miguel Jerónimo Gutiérrez, Arcadio S. García, Tranquilino Valdés y Antonio Lorda la Junta de Gobierno, encargada de regir las actividades separatistas de la región villareña.

Machado participó en las tareas encaminadas a lograr la unidad de los grupos revolucionarios de la Isla. La solución de Guáimaro tuvo su apoyo. Fué miembro de

la Asamblea Constituyente y de la Cámara de Representantes. En la Asamblea su palabra guió. En la Cámara su pensamiento y su acción contribuyeron a dar contenido jurídico a la rebelión contra el poder colonial y a sostener los principios democráticos que habían triunfado en los acuerdos de Guáimaro. En la lucha entre el Poder Legislativo y Carlos Manuel de Céspedes él fué uno de los ardorosos adversarios del Presidente, a cuya exoneración coadyuvó con su palabra y su voto.

En la vida de la Cámara de Representantes estuvo fuertemente vinculada la actividad políticorrevolucionaria de Eduardo Machado. La Cámara lo honró con reiteración: de ella fué secretario y presidente. Su inquebrantable adhesión a la República se exhibió plenamente en el seno de aquel cuerpo, sujeto a todas las vicisitudes de una guerra despiadada y a las inclemencias de los campos de Cuba. Y esto más: el legislador trashumante, como el historiógrafo Pánfilo D. Camacho llamó a Eduardo Machado, tuvo que afrontar los peligros extremos de la lucha bélica. En Arroyo Colorado, en la jurisdicción de Puerto Príncipe, se hallaba, formando parte de una pequeña fuerza cubana, cuando, el 16 de octubre de 1877, herido de bala, fué ultimado a machetazos por los enemigos de su causa.



OCTUBRE

17

1764

## ADMINISTRADOR DE CORREOS DE LA HABANA

Los servicios públicos de San Cristóbal de la Habana eran atendidos en forma sencilla y rudimentaria en el período constituyente de la Colonia, cuando ésta empezaba a salir del mero presidio a que estaba reducida toda Cuba. Se buscaba con demasiado interés que los adelantos ofrecidos a la población insular no gravasen el tesoro de la Corona. San Cristóbal de la Habana comenzó a tener correos a mediados del siglo XVIII.

En 1754 el capitán general Francisco Cagigal de la Vega propuso al Rey el establecimiento de correos terrestres ordinarios entre diversos lugares de Cuba. El obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, en escrito dirigido al Consejo Real y Supremo de las Indias, abonó esa iniciativa con informes sobre el buen éxito que una semejante había obtenido en Guatemala. Cagigal de la Vega de nuevo se comunicó con la Corona para señalar la importancia de la creación del oficio de correo de la Isla y la conveniencia de que se le agregase el cargo de regidor con todas las preeminencias de que gozaban los miembros del cabildo de La Habana. El Gobernador creía pertinente que los correos de Cuba fuesen sostenidos por la Real Hacienda. En agosto de 1754 Cagigal de la Vega quedó autorizado por la Metrópoli para desarrollar los planes por él indicados.

El servicio postal se inauguró en Cuba el 1º de marzo de 1756 por cuenta de la Real Hacienda. Al cabo de más de un año se vió que dejaba escasa utilidad a la Corona. Entonces una junta de ministros o funcionarios de la Real Hacienda, convocada por Cagigal de la Vega, resolvió convertir la administración de los correos de la Isla en un oficio enajenable y rematable. El remate se

celebró, y en él obtuvo el oficio José Cipriano de la Luz, a quien le fué expedido el título de correo mayor de la isla de Cuba. En diciembre de 1757 el cabildo de San Cristóbal de la Habana dió posesión a José Cipriano de la Luz, regidor-correo mayor.

Entre las innovaciones acometidas bajo el reinado de Carlos III, mayormente después de la dominación de La Habana por los británicos, se halló la incorporación del oficio de correo mayor de España e Indias a la Corona. En el nuevo orden de cosas entró la creación de los correos marítimos. El establecimiento de éstos constituyó un avance notable y útil, pues satisfizo la necesidad de mantener con regularidad la comunicación entre España y su vasto imperio colonial. Naturalmente, Cuba estuvo llamada a recibir beneficios de tal reforma administrativa.

En 17 de octubre de 1764 bajó de la Corte el nombramiento de administrador de correos de San Cristóbal de la Habana recaído en José Antonio de Armona y Murga. En 21 de febrero del año siguiente José Cipriano de la Luz cesó en el oficio de correo mayor de la isla de Cuba para dar paso a la funciones encomendadas a Armona. José Antonio de Armona y Murga era el primer administrador de correos de La Habana.



OCTUBRE

18

1662

## INVASION BRITANICA EN SANTIAGO DE CUBA

La toma de Jamaica envalentonó hasta no más a la Gran Bretaña. De nada valieron para contener su arrogancia los denodados esfuerzos de los centenares de españoles que, acaudillados por Francisco Proenza y Cristóbal de Isasi, se quedaron en la isla invadida luchando entre montes y asperezas. Los hijos de la Gran Bretaña se vieron entonces favorecidos en extremo por la suerte. Todo les fué propicio. Aquellos defensores del pabellón de España en Jamaica quedaron reducidos a la impotencia a la vez que las autoridades de Cuba llegaban a la conclusión de que era harto riesgoso emprender la reconquista de la vecina colonia.

No se detuvo allí la desgracia de España. Fuese por la cercanía de Cuba a Jamaica, fuese con el propósito de responder agresivamente a los intentos de reconquista alimentados por acá, al desastre de Jamaica hubo no mucho después que agregar las depredaciones realizadas por los propios británicos en Santiago de Cuba. Uno de los capitanes de la expedición conquistadora de Jamaica, tal vez Doiley, con dieciocho velas y novecientos hombres bien armados, se dirigió a Cuba, y el 18 de octubre de 1662, al anochecer, realizaba su alijo en la desembocadura del arroyo de Aguadores, dispuesto a apoderarse de los azúcares y cobres que hubiera en Santiago. La población, gobernada por el capitán Pedro de Morales, debía, en el desarrollo de tales planes, ser saqueada totalmente. A todo ese conjunto de aprestos y proyectos del jefe inglés había que añadir aún algo más: había que añadir la realidad, abrumadora para los españoles, de que los invasores no eran simples filibusteros, sino aguerridos soldados.

El suceso provocado por los británicos se desenvolvió

trágicamente. Los invasores contaron, para el mejor éxito de su acometividad, con las ventajas que para ellos suponía el desequilibrio del capitán Pedro de Morales. Como anonadado por la superioridad de los contrarios —la guarnición de la plaza se reducía a doscientos individuos—, sus providencias estuvieron presididas por desacierto funestísimo. Mientras aconsejó a las familias de Santiago que se pusiesen a salvo, abandonando la población y escondiendo o llevándose las cosas de más valor a las haciendas comarcanas, incidió Morales en el error de alejarse del castillejo que era su único apoyo natural, para salir al amanecer del 19 de octubre al encuentro de los extranjeros.

Terrible fué el resultado de la petulante actitud adoptada por el Gobernador, demasiado ciego ante el peligro. No pudieron él y sus hombres resistir el choque con los británicos, que, perfectamente armados con petos y mosquetes, comenzaron por acometerlos con extraordinaria fiereza. El desastre se produjo incontinenti. La guarnición de El Morro, harto reducida, no tardó en evacuar el puesto, secundando la desordenada dispersión de las huestes de Morales. Pretendieron los vencidos rehacerse desde El Caney y la Sierra Maestra, pero los vencedores, en posesión de la plaza y montados en cólera por no haber hallado otro botín que el de los azúcares, se dieron inusitada prisa en entregar a las llamas cuanto se levantaba en Santiago de Cuba.



OCTUBRE

19

1877

## ESTRADA PALMA, PRISIONERO DE GUERRA

La designación de Presidente de la República de Cuba libre recaída en Tomás Estrada Palma entrañó evidente signo de resurgimiento para la causa de los patriotas. En los días de tal elección, los de la última decena de marzo de 1876, las filas de los libertadores experimentaron el efecto de vigorosas corrientes de entusiasmo y compenetración. La Cámara de Representantes, al reunirse para tratar de la sustitución de Juan Bautista Spotorno, se vió reforzada por la presencia de hombres valiosísimos. Los sucesos del momento eran suficientes para infiltrar alientos y fe aun en los más pesimistas.

El esplendor entonces observado se mantuvo durante algún tiempo, debido en gran parte a la conducta irreprochable observada por el presidente Estrada Palma. El buen éxito de las operaciones militares y la disposición propicia de la Cámara contribuyeron asimismo al feliz desarrollo de los asuntos públicos en el seno de la Revolución. Pero la insubordinación de las tropas villareñas y la impotencia de la Cámara para dominar desmanes que iban tomando carta de legitimidad habían de resultar mortales para la República.

El presidente Estrada Palma, en su deseo de reparar las fuerzas perdidas, había decidido recorrer las comarcas orientales. Aunque el desastre estaba iniciado y ya iba pareciendo casi imposible evitarlo, los patriotas se sentían espolcados por el deber de salvar su causa. Ningún empeño era regateado a la que tanta sangre y sacrificios tantos llevaba costados. Sin embargo, la nueva empresa no supuso sino un nuevo infortunio. El 19 de octubre de 1877, en las inmediaciones de Tasajeras, en la región holguinera, Tomás Estrada Palma cayó prisionero de las

tropas españolas mandadas por el coronel Agustín Mozo-Viejo.

La captura del presidente Estrada Palma fué rudo golpe para la República. La Cámara de Representantes, al conocer la adversa nueva, hizo inmediatamente cargo del Poder Ejecutivo al general Francisco Javier de Céspedes, y, a solicitud de éste, poco después, en diciembre de 1877, se reunió y eligió Presidente de la República al general Vicente García.

Los rápidos cambios producidos en el Poder Ejecutivo después de pasar Estrada Palma a ser prisionero de guerra no consiguieron revigorar a la Revolución. Los males que la minaban no cesaron de crecer. Los largos años de cruenta lucha, debilitadas o agotadas muchas de las reservas del país lanzado a la pelea por la independencia, acentuaban el desaliento y el pesimismo de los patriotas. Además, la política de facciones había enraizado en los campos de Cuba libre. El hostigamiento externo y la discordia interna coincidían en disminuir las posibilidades de victoria de los hombres afanados en ampliar el área de la democracia republicana mediante la emancipación de Cuba.



OCTUBRE

20

1898

## CONSTITUCION DE WOOD

La caída de la plaza de Santiago de Cuba en poder de tropas de los Estados Unidos hizo pasar a éstos la gobernación de parte del territorio de la Isla mucho antes de que se firmase el tratado de paz entre la Unión y España. La capital oriental estuvo regida por el ejército norteamericano desde principios del segundo semestre de 1898. En el mes de octubre aparecía Leonard Wood con el título oficial de comandante general de la provincia de Santiago de Cuba.

Las autoridades militares norteamericanas consideraron conveniente introducir algunas mudanzas institucionales en Santiago de Cuba. Aunque estimaban deseable que continuasen rigiendo las leyes de la Colonia, llegaron a la conclusión de que algunas de ellas, así como el modo de aplicarlas, eran incompatibles con el nuevo orden de cosas. Por consiguiente, en 20 de octubre de 1898 el comandante general Leonard Wood firmó una declaración que, según sus palabras, debía tener el carácter de constitución provisional: iba dirigida a garantizar los derechos individuales, bien que no contenía las reglas ordinarias o comunes de una ley orgánica.

La constitución de Wood reconoció los derechos del hombre para opinar libremente sobre materias políticas y religiosas, para reunirse pacíficamente con la mira de tratar de asuntos referentes al bienestar general y para obtener recta administración de justicia. En esto la nueva pragmática puso énfasis: fué minuciosa en la expresión de los medios con que contaría el ciudadano para no verse privado de libertad o de cualesquier otros atributos inherentes a su personalidad. Uno de los procedimientos

franqueados a la población de la provincia de Santiago de Cuba fué el del *Habeas Corpus*.

En un país que con motivo de su lucha por la independencia se había visto sometido al capricho de los dominadores, y no al señorío de leyes preexistentes, entrañaba una novedad extraordinaria la declaración autorizada con la firma de Leonard Wood en 20 de octubre de 1898. El Comandante General expresó en este documento oficial que la libre comunicación de pensamientos y opiniones era uno de los derechos inviolables del hombre y que todas las personas podían sin restricción hablar, escribir o imprimir sobre cualquier materia, siendo responsables de esa libertad.

La breve constitución provisional de Wood, compuesta de diez artículos, comprendió definiciones y reglas esencialmente dogmáticas. No era poco para un pueblo que había peleado heroicamente por la libertad. En estos sencillos preceptos estaba el principio de una vida nueva. Por una vida nueva habían trabajado y se habían sacrificado los combatientes cubanos a lo largo de tres cuartos de centuria.



OCTUBRE

21

1896

## BANDO DE RECONCENTRACION

En Valeriano Weyler, capitán general de la Isla, infundieron pavor la actividad, el denuedo y el heroísmo que las fuerzas libertadoras al mando inmediato del general Antonio Maceo desplegaban en Vuelta Abajo. La recepción de los aprestos guerreros conducidos desde los Estados Unidos por el general Juan Rius Rivera estaba produciendo efectos extraordinarios al servicio, como se hallaban, de los dispuestos a conquistar la independencia o perecer en la demanda. Las proezas realizadas en la región occidental por el caudillo insurrecto precipitaron el descrédito de Weyler. Tanto había pregonado éste la eficacia de los batallones echados sobre el Lugarteniente General del Ejército Libertador que el resultado adverso de sus planes fué, naturalmente, mucho más ruidoso de lo que, sin aquellas fanfarronadas, en cualquier otra circunstancia, hubiese parecido a los ojos de propios y extraños.

El desdichado gobernante español ideó entonces la manera de llegar al exterminio de los enemigos del régimen colonial. Se decidió a resucitar un nefasto procedimiento ensayado en la Guerra Grande por el conde de Valmaseda, su progenitor espiritual. Weyler dictó en 21 de octubre de 1896 un bando de reconcentración llamado a ser todo un monumento de ignominia para la agonizante dominación. Acaso no pensó el Capitán General en las consecuencias definitivas de su violenta medida. Tampoco se detuvieron, de seguro, a apreciar el alcance de la misma aquellos fanáticos a quienes parecían pocos cuantos aplausos tributaban al célebre bando de reconcentración, concebido en los términos siguientes:

“1º—Todos los habitantes en los campos o fuera de la línea de fortificación de los poblados se reconcentrarán

en término de ocho días, en los pueblos ocupados por las tropas. Será considerado rebelde y juzgado como tal todo individuo que, transcurrido ese plazo, se encuentre en des poblado.

"2°—Quedan prohibidas en absoluto la extracción de víveres de los poblados y la conducción de uno a otro por mar o tierra sin permiso de la autoridad militar del punto de partida. A los infractores se les juzgará y penará como auxiliares de los rebeldes.

"3°—Los dueños de reses deberán conducir las a los pueblos o a sus inmediaciones, para lo cual se les dará la protección conveniente.

"4°—Transcurrido el plazo de ocho días, que en cada término municipal se contará desde la publicación de este Bando en la cabecera del término, todos los insurrectos que se presenten serán puestos a mi disposición, para fijarles el punto en que hayan de residir, sirviéndoles de recomendación el que faciliten noticias del enemigo que se puedan aprovechar, que la presentación se haga con armas de fuego y más especial si ésta fuera colectiva.

"5°—Las disposiciones de este Bando sólo son aplicables a la provincia de Pinar del Río."

No pudo contener mayores enormidades el bando de reconcentración de Weyler. Su análisis tuvo que arrancar siempre de toda conciencia honrada duras execraciones. Aquellas providencias draconianas, dictadas por la autoridad omnimoda de un hombre en quien se hallaban depositadas todas las facultades de los tres poderes del Estado y enderezadas desde el primer momento a la provincia de Pinar del Río, teatro a la sazón de las épicas hazañas de Maceo, estaban anunciando el colapso de la soberanía de España en Cuba. Era el esfuerzo loco y desesperado de la agonía. Pero nunca, en manera alguna, se halló justificada la adopción de medidas en absoluto incompatibles con la civilización.



OCTUBRE

22

1895

## PRINCIPIO DE LA INVASION LIBERTADORA

Desde muy al principio de la insurrección iniciada en febrero de 1895 se había convenido por sus jefes en la necesidad de conducir las armas libertadoras de Oriente a Occidente, de un extremo a otro del país. Se comprendía que era de una importancia excepcional la realización de tal proyecto, por los defensores de la independencia alentado en la Guerra Grande. En 1895 se discurió con insistencia sobre la urgencia de que los libertadores armados en la parte oriental de la Isla auxiliasen con su presencia a los de las comarcas occidentales, sujetos al enorme aparato represivo montado en La Habana. Con buen juicio fué acordado iniciar la Invasión en el mes de octubre, para aprovechar las ventajas de la estación y para sorprender a los españoles entregados de lleno a las tareas de la zafra.

Baraguá, el mismo lugar en que diecisiete años atrás, en diálogo inolvidable con el general Arsenio Martínez de Campos, había formulado el general Antonio Maceo su protesta contra una paz sin gloria para el cubano, fué, en el momento de organizar el contingente invasor, el punto de cita de los patriotas. En el campamento de Baraguá se agregó al Lugarteniente General del Ejército Libertador el Consejo de Gobierno de la República, proclamada en Jimaguayú. El alto personal del Estado, constituido en los campos de Cuba, quiso presenciar los primeros pasos de la temeraria empresa iniciada en Baraguá.

"El día 22 de octubre —narró el general José Miró— partió de Baraguá la columna expedicionaria, tomando el camino de Holguín por la margen derecha del Cauto, vía que no recorrían los españoles y la más breve para llegar

sin obstáculo al territorio de Camagüey. Si el general Martínez Campos estaba prevenido, como era de esperarse, contra los intentos del jefe cubano, le sería muy difícil llevar a cabo cualquier operación estratégica sobre la línea divisoria del departamento oriental, en atención a la larga distancia que necesariamente tendría que salvar la columna que saliera de Holguín, acto indispensable para el buen éxito de la operación."

La primera marcha de las huestes invasoras fué penosísima. Las ventajas de la temporada de la seca no podían disfrutarse aún. La tropa cubana tuvo aquel día, el 22 de octubre de 1895, que recorrer la ruta de Baraguá a Júcaro sobre terrenos anegadizos y bajo recios aguaceros. No se hallaba todavía definitivamente organizada la columna que había de avanzar, guiada por el Sol, en busca del nuevo Ayacucho. Fué al cabo de varias caminatas y de poco más de una semana, en el vivaque de Mala Noche, cuando ese cuerpo de ejército quedó disciplinado y listo para la hazaña, cuyo principio, con todo, estaba consumado desde el instante en que el general Antonio Maceo abandonó el campamento de Baraguá.



OCTUBRE

23

1823

## LA ESPADA DEL LIBERTADOR

Aunque la constitución de Cádiz regía en España y sus dominios —en todas las Españas—, el estado político de Cuba en 1823 era deplorable por todos conceptos. Para los que pensaban en la independencia de esta Antilla la situación era caótica. Trastornos y reveses graves obstruían el progreso. En extremo fuertes habían de ser aquellos que se sintiesen con alientos para bregar.

En tanto los libertadores residentes en Cuba sufrían persecuciones otros en tierras extrañas no daban reposo ni tregua a sus aspiraciones. Hijos de la valentía y de la generosidad fueron los que, reunidos en Nueva York para celebrar las victorias de Simón Bolívar sobre los ejércitos españoles en Colombia y Venezuela, concibieron la idea de partir en busca del Libertador, a fin de solicitar de él la ayuda necesaria para emancipar a Cuba. El destierro, reaccionando enérgicamente sobre los individuos, había logrado compenetrarlos. La suerte de Cuba era norte y guía de los patriotas que vagaban por el extranjero.

En 23 de octubre de 1823 salieron de Nueva York, a bordo de una goleta, entre otros, el argentino José Antonio Miralla y los cubanos Gaspar Betancourt Cisneros, José Aniceto Iznaga, José Agustín Arango y Fructuoso del Castillo. La empresa resultaba digna de la causa a que estaba consagrada. Aquellos claros varones iban a impetrar el auxilio poderoso y eficaz del Libertador. Juzgaban que la obra de emancipar a América no se hallaría completa mientras Cuba continuase siendopreciado florón de la corona de Castilla.

Miralla y sus compañeros pasaron a Venezuela. En La Guaira encontraron al cubano Francisco Javier Yanes, hijo de Camagüey y personaje del gobierno independiente.

El se sintió conmovido, y les prometió hablar con Bolívar y con Santander de Cuba, de su cautiverio y de la necesidad de ayudarla a sacudir las cadenas que la ataban a la tiranía. Mucho y muy tenazmente laboraron, a trueque de sacrificios sin cuento, los generosos patriotas. Pero todo era inútil en la hora fatal que para Cuba corría. La cruzada, noble y trascendental en su esencia, resultó baldía, como baldías resultaron las gestiones posteriormente realizadas en torno al Congreso de Panamá y ante el propio Bolívar, imposibilitado de volar en auxilio de las Antillas.

De lo más complejo en la vida y obra del Libertador fué su pensamiento acerca de la situación políticosocial de Cuba o, como él repetía, de La Habana. Su condición de estadista lo constriñó a ver con extremada cautela este asunto americano, sobre el que, a mayor abundamiento, pesaba la política de las grandes potencias. La espada del Libertador era necesaria para acelerar la emancipación de Cuba, pero el uso de ella no dependía de la sola voluntad de su egregio dueño.



OCTUBRE

24

1898

## LA ASAMBLEA DE REPRESENTANTES

El triunfo de las armas cubanas, auxiliadas por las norteamericanas, había decidido a mediados del año de 1898 la suerte de España en las Antillas. La extinción de la soberanía hispánica en Cuba llevaba aparejada una serie incalculable de novedades para los hijos del país emancipado. Por parte de éstos era menester adoptar graves resoluciones y medidas. Los que aún cargaban arreos guerreros, y seguían teniendo la responsabilidad de la contienda iniciada el 24 de febrero de 1895, tuvieron que ocuparse en proceder con arreglo a las circunstancias. El momento era excepcional para Cuba y para los cubanos.

El Ejército Libertador no permanecía indiferente ni inactivo ante la proximidad del cambio de dominación. Las cosas habían venido de manera que al pabellón de la soberanía española iba a suceder no la enseña adoptada en Guáimaro, sino la bandera de las barras y las estrellas. Y para los cubanos conscientes no podía pasar inadvertida la trascendencia de tamaña mudanza. De la necesidad de laborar juiciosamente nació la idea de convocar y constituir la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana. Los distintos cuerpos del Ejército Libertador llevaron a cabo la elección de sus representantes con ejemplar cordura, escogiendo a ciudadanos aptos y prestigiosos. Ya el 24 de octubre de 1898 la Asamblea de Representantes de la Revolución Cubana inició sus tareas en Santa Cruz del Sur. Lo que aquello significaba, que era mucho sin duda, lo dió a entender el general Bartolomé Masó, presidente de la República, al abrir la primera sesión con estas palabras:

"Cábeme ante todo la inmensa satisfacción de dirigiros un cordial y respetuoso saludo por mí y a nombre del go-

bierno que tengo la honra de presidir, felicitándoos a la vez por haber sido los elegidos para constituir esta Asamblea, que es la cuarta que se reúne por el pueblo armado de Cuba para ocuparse de su vida política, la tercera de la presente campaña y la primera que se da en la paz."

La importancia de la reunión de aquel cuerpo deliberativo era extraordinaria. Guáimaro, Jimaguayú y La Yaya habían precedido a Santa Cruz del Sur en el privilegio de ser teatros de las asambleas del pueblo cubano en armas. Pero la de Santa Cruz del Sur, la del 24 de octubre de 1898, poseía asimismo el interés sumo de ser, como advirtió el Presidente de la República, la primera constituida en días de paz. Luego de pronunciar las palabras de apertura, el general Masó indicó que debía presidir la Asamblea el representante de más edad, que resultó ser el general Calixto García. Los dos representantes de menos edad ocuparon la secretarías de la mesa provisional lustrada por el general García: estos jóvenes patriotas eran los doctores Enrique Núñez y José Nicolás Ferrer. La Asamblea entró entonces en las funciones propias de su organización definitiva y en la obra que le competía como depositaria de la soberanía revolucionaria.



OCTUBRE

25

1895

## EXPEDICION DE CESPEDES

Carlos Manuel de Céspedes, el padre de la patria cubana, también lo fué de un hijo a quien nunca vió: el hijo de Ana de Quesada. El caudillo contrajo matrimonio con la hermana de Manuel de Quesada ya en momentos en que Cuba ardía bajo la guerra. Su nueva esposa se trasladó en el año de 1871 —tuvo que sufrir las peripecias anejas al hecho de caer prisionera con Juan Clemente Zenea— a Nueva York, donde nació Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada.

Ana de Quesada educó a su hijo en un doble culto cívico: el del amor a la patria cubana y el del respeto a la obra polítorrevolucionaria del padre. Y quien recibió tales lecciones, conjuntamente con excelentes disciplinas intelectuales, estuvo presto a venir a los campos de Cuba tan pronto como hubo oportunidad de pelear por la independencia de la Isla. Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada pasó de París a Nueva York. Allí se puso a las órdenes de Tomás Estrada Palma con la mira de que el Delegado le facilitase la manera de incorporarse en el Ejército Libertador.

En octubre de 1895 Estrada Palma dispuso lo necesario para que Céspedes pudiese venir a Cuba. "El joven Carlos Manuel de Céspedes —informó el Delegado a Antonio Maceo—, por ser hijo del ilustre caudillo de la revolución de Yara, y por sus propios méritos en el empeño mostrado de ir a compartir con el Ejército Libertador los peligros y los azares de la guerra, es digno de especial consideración. En esta virtud, he creído de justicia dar a la expedición de que él forma parte su propio nombre, y confiarle el mando civil, debiendo asumir el mando militar el capitán José López." Estrada Palma despachó

la expedición de Céspedes en la segunda quincena de octubre. La expedición condujo unos ciento veinticinco fusiles y cincuenta mil cápsulas. El costo del transporte fué de unos nueve mil pesos.

El 25 de octubre de 1895 la expedición de Céspedes se hallaba cerca de Cuba. El jefe civil de ella —Céspedes expresó que llevaba el nombre de su ilustre padre, y no el suyo, a diferencia de lo dicho por Estrada Palma— estaba satisfecho del espíritu de sus seguidores. El opinó que ni en los ejércitos mejor disciplinados se hubiese podido encontrar una obediencia más completa ni un valor más decidido. Aquello era como un homenaje a la memoria del mártir de San Lorenzo. Así, con el pensamiento de todos puesto en el anhelo de servir digna y eficazmente los intereses patrios, la expedición llegó a las costas de Cuba, y a la una de la madrugada del 28 de octubre desembarcó en la playa La Caleta, en la jurisdicción de Baracoa, Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada.



OCTUBRE

26

1843

## GOBIERNO DE LEOPOLDO O'DONNELL

El general Leopoldo O'Donnell asumió el mando de Cuba el 26 de octubre de 1843. Entonces quedó decretada la renovación de los procedimientos despóticos de Miguel Tacón. Quienes habían gobernado la Isla entre éste y aquél, sin ser cabales agentes de justicia y rectitud, no se entregaron nunca al género de extralimitaciones que constituyó el sello distintivo de los períodos de uno y otro, de Tacón y O'Donnell. Pero O'Donnell demostró desde luego que era en Cuba un servidor acérrimo de la arbitrariedad. El cielo político de la Colonia de nuevo se nubló, como anunciando la proximidad de algo sobrenatural para desdicha de todos.

Mal podía avenirse el general Leopoldo O'Donnell con ideas y aspiraciones progresistas. Su temperamento, su condición de militar autoritario y engreído y los desig-nios que lo acompañaron al venir a Cuba integraban un arquetipo de tiranos. No se dieron cuenta de ello, seguramente, los hombres bien intencionados que en Matanzas concibieron el proyecto de dirigir a la suprema autoridad de la Isla un memorial expresivo de la necesidad de suprimir la trata negrera, medida precursora de la abolición de la esclavitud. Pensaban que el sosiego y el bienestar del país demandaba tamaña solución, y, enamorados de su nobilísimo propósito, no se fijaron en la contextura política y moral de aquel a quien iban a exponer el pensamiento acariciado.

"Los patriotas —escribió Enrique Collazo— habían conseguido que la exposición fuese también firmada por el gobernador de Matanzas. De acuerdo éste con el Capitán General, que supo el proyecto, hizo que por el Gobernador no se le diera curso a la exposición, y, dándole carácter

político al hecho, resolvió aplicar a los promoventes de la exposición ligeras prisiones como medida general, desterrando a países extranjeros a los más caracterizados, como a los hermanos Guiteras y a Benigno Gener, que eran las personas más notables que figuraban al frente de los abolicionistas que firmaban la exposición."

El principio de las arbitrariedades de O'Donnell en Cuba estuvo en aquellas providencias. Ya no hubo sino una serie no interrumpida de desmanes. La muerte de Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*) y la persecución que enderezó contra José de la Luz y Caballero fueron consecuencias naturales de su manera de ser y de ver los negocios públicos. En su tiempo corrió a raudales la sangre cubana so pretexto de posibles perturbaciones de la paz por enemigos de la raza blanca y amigos de la independencia.



OCTUBRE

27

1492

## DESCUBRIMIENTO

En el Sur de España, en Palos, inició Cristóbal Colón los preparativos expedicionarios. Algunos reveses le salieron al paso.

Martín Alonso Pinzón le había prometido su concurso para el viaje trasoceánico. El Almirante omitió en las capitulaciones el reconocimiento de compromisos de que Martín Alonso Pinzón se estimaba acreedor. El agravio del defraudado adquirió tonos enérgicos: creó dificultades a la tarea de conseguir naves y tripulantes. Otra vez pudo Juan Pérez, el guardián de La Rábida, ayudar a Colón. Por su intervención, los dos navegantes retornaron a la cordialidad y se juntaron en el afán de ejecutar la empresa.

Con celeridad trabajaron Colón y sus seguidores en los preparativos del viaje. Tres carabelas, denominadas *Gallega* o *Santa María*, *Pinta* y *Niña*, compusieron la escuadrilla. Colón tomó el mando de la primera, la capitana. Martín Alonso Pinzón, el de la *Pinta*. Vicente Yáñez Pinzón, el de la *Niña*. Unos ciento veinte hombres constituyeron la totalidad de la dotación. Las naves partieron de Palos el 2 de agosto de 1492. Al día siguiente, al amanecer, en la barra de Saltés, se dieron a la vela en pos de las tierras entrevistas por Colón.

La expedición se detuvo en Islas Canarias. Durante un mes Colón dirigió las reparaciones de algunas averías y completó el equipo de las carabelas. Luego se dispuso a penetrar en lo desconocido. El 6 de septiembre levó anclas. Las peripecias del viaje revistieron gravedad. La desesperanza e incredulidad fomentaron la indisciplina y el encono en la medida misma en que se prolongaba la navegación sin más horizontes que los de las aguas cortadas por el cielo. Para reanimar a los apocados y con-

tener la insubordinación, necesitó el Almirante apurar los recursos de la persuasión. Treinta y cinco días después de la salida de Canarias, a cosa de las diez de la noche, una luz movediza en la lejanía empezó a confirmar los vaticinios de Colón. Pocas horas después, en las primeras del 12 de octubre de 1492, arribando la escuadrilla a una isla del archipiélago de las Lucayas, por los naturales de ella llamada Guanahaní y por Colón denominada San Salvador, se produjo el primer contacto de los expedicionarios con un mundo nuevo.

Colón mantenía la creencia de que estaba en las Indias Orientales. Indios consideró a los habitantes del suelo que acababa de pisar. Por señas supo la existencia hacia el Sur de más extensas tierras. Tomó a varios indigenas, a fin de que le sirviesen de guías para proseguir la exploración en el rumbo indicado. A su paso halló otras pequeñas islas. Al cabo de medio mes, al anochecer del 27 de octubre de 1492, avistó las costas de un país que, contemplado a la luz del día siguiente, le pareció el más hermoso por ojos humanos visto. Desembarcó el 28. Tomó posesión formal del territorio. Lo designó con el nombre de Juana, en memoria del príncipe Juan. No descubrió así, como él pensó, una rica porción de las Indias. Había llegado y estaba en la parte septentrional del Oriente de Cuba.



OCTUBRE

28

1896

## RENDICION DE GUAIMARO

Tras duras marchas, realizadas en el curso del mes de septiembre de 1896, el mayor general Calixto García se encontró en las inmediaciones de Guáimaro con el valiosísimo convoy de armas y municiones que el coronel Rafael M. Portuondo había desembarcado en Baconao. La empresa de sacar tales pertrechos de los montes de Ramón de las Yaguas y transportarlos a Camagüey, encomendada por Máximo Gómez a Calixto García, resultó ardua. Pero la abnegación de los libertadores orientales bastó para dar cima al difícil apresto. La casualidad o la causalidad, que a ésta y no a aquélla pudo atribuir el efecto cualquier lógico, quiso que simultáneamente Antonio Maceo y Calixto García, el primero en Vuelta Abajo y el segundo en Oriente, consumasen empeños idénticos y de igual modo gloriosos para la Revolución.

García no había marchado por un azar hacia Guáimaro. El histórico pueblo, cuna de la República de Cuba, era a la sazón bien atrincherada plaza de los españoles. Con ocho fuertes, entre los que sobresalía el nombrado *Gonfau*, unidos por alambradas y fosos, en su perímetro, y con una alta torre levantada en su centro para dominar un dilatado territorio, constituía Guáimaro una posición cuya conquista por las armas cubanas entrañaba importancia excepcional para la causa de la libertad. Así lo comprendió el Generalísimo, y, desatendiendo las razones que en contrario se le expusieron, ordenó al general García que, luego de conducir el convoy en la forma dispuesta, atacase a Guáimaro.

Todo estuvo dispuesto para la ofensiva insurrecta. Los elementos de combate con que contaba Calixto García eran cuantiosos. Poseía el cañón *Cayo Hueso*, el ma-

yor de cuantos habian llegado de la emigración cubana. Las seiscientas cajas de parque de la expedición de Puertoondo contenían más de medio millón de tiros. Con pertrechos de esa naturaleza y con lugartenientes como los generales Capote, Cebreco y Collazo, comenzó el general García el cerco de Guáimaro el 17 de octubre de 1896. La guarnición de Guáimaro, unos doscientos hombres de línea al mando del capitán José Rosario Báez, aguardó el ataque con arrogancia y denuedo extraordinarios.

El general Calixto García, fiel a la consigna recibida del general Máximo Gómez, dictó acertadas órdenes. Usó de la artillería, aprovechando los servicios de varios norteamericanos diestros en el manejo de la hermosa pieza recién llegada. Al tercer día del asedio y en su deseo de hacerse sentir con ímpetu sobre el enemigo, el General dispuso que el coronel Mario G. Menocal, con cincuenta hombres de Holguín, asaltase el fuerte Gonfau. Entonces se desarrolló a la vista de unos y otros, de cubanos y españoles, un acto de arrojo inaudito, destacándose un nuevo héroe: el joven e intrépido Luis Rodolfo Miranda, enfrentándose al peligro y exponiendo su vida, fué el primero en subir al reducto y enarbolar la bandera de la estrella solitaria. Se inició con aquello el triunfo de las armas insurrectas. La línea fué sostenida por los sitiadores admirablemente, y semana y media después de comenzado el cerco, el 28 de octubre de 1896, la rendición del pueblo al general Calixto García valió a éste, con toda justicia, el título de héroe de Guáimaro. Calixto García comunicó a Máximo Gómez la fausta noticia en estos términos:

"Tomé a Guáimaro. Acaba de rendirse el cuartel, después de haberlo hecho ayer y hoy todos los fuertes.

"A usted se debe el triunfo, porque me aseguraba que se tomaba y yo no lo creía.

"Gracias por la gloria que le debo.

"Venga para abrazarlo."



OCTUBRE

29

1897

## ASAMBLEA CONSTITUYENTE EN LA YAYA

Por el artículo veinticuatro de la constitución de la República firmada en Jimaguayú el 16 de septiembre de 1895, se estatuyó que la misma regiría hasta transcurridos dos años, si antes no terminaba la guerra contra España, y que al cabo de aquel plazo se convocaría la Asamblea de Representantes, con el triple fin de modificar el código fundamental, elegir nuevo Consejo de Gobierno y determinar sobre la conducta del saliente. La previsión estuvo acertada. Los convencionales de Jimaguayú no quisieron crear instituciones para mientras se mantuviese la contienda, pues, nutriéndose de continuo la Revolución con elementos valiosos, justo había de ser que más adelante todos, en cuerpo deliberativo que los representase, discurrieran alrededor de la principal de las leyes del Estado.

El precepto ideado por los hombres de Jimaguayú se cumplió fielmente. Camagüey, gloriosa cuna del derecho constitucional de Cuba, vió de nuevo reunidos a los patriotas encargados de la reforma de la carta fundamental. En La Yaya celebró sus sesiones la nueva Asamblea Constituyente. Todos sus miembros, representantes genuinos del pueblo cubano, tuvieron especial cuidado en ratificar el propósito firme e inquebrantable de obtener la independencia absoluta e inmediata de la Isla para afirmar en ella una república democrática. La declaración, necesaria y oportuna, era el lazo de unión de los constituyentes de Jimaguayú y de La Yaya. El ideal sumo de los libertadores seguía mantenido con entereza y dignidad.

Los componentes de la Asamblea de La Yaya, en su mayoría, no habían figurado en la de Jimaguayú. Presidente, vicepresidente y secretarios de la Asamblea de La

Yaya fueron, respectivamente, Domingo Méndez Capote, José Lacret Morlot, Carlos Manuel de Céspedes y Aurelio Hevia. Integraron con éstos el cuerpo deliberativo ciudadanos de no menor prestigio: Cosme de la Torre, José Fernández Rondán, Tomás Padró Griñán, José Fernández de Castro, Lope Recio Loynaz, Manuel Rodríguez Fuentes, Manuel Ramón Silva, Nicolás Alberdi, Salvador Cisneros y Betancourt, Lucas Alvarez Cerice, Manuel Despaigne, Pedro Mendoza Guerra, Andrés Moreno de la Torre, Fernando Freyre de Andrade, Ernesto Fonts Sterling, Manuel F. Alfonso, José B. Alemán y Enrique Collazo.

La constitución firmada en La Yaya el 29 de octubre de 1897 fué elaborada con más detenimiento que las de Guáimaro y Jimaguayú, que la precedieron cronológicamente. En los cuarenta y ocho artículos que la formaron, algunos de ellos con numerosos incisos, procuraron los convencionales dejar bien organizada la marcha del Estado. Después de definir el territorio y la ciudadanía y de consagrar los derechos individuales y políticos, se ocuparon en determinar las funciones de los rectores de la República. Como la constitución de Jimaguayú, la de La Yaya estatuyó que el Consejo de Gobierno —en el que seguiría residiendo el Poder Ejecutivo, con la facultad de dictar leyes y demás disposiciones de carácter general— estuviese compuesto de un presidente, un vicepresidente y cuatro secretarios de Estado para el despacho de los asuntos de guerra, hacienda, exterior e interior. La Constitución fijó también el papel que tocaba desempeñar a la Asamblea de Representantes, consistente en reunirse a lo sumo dos años después, componer otro código político o modificar el acordado, censurar la gestión del Consejo de Gobierno, proveer a las necesidades fundamentales de la República y ratificar el tratado de paz con España.



OCTUBRE

30

1897

## NUEVO GOBIERNO REVOLUCIONARIO

La Asamblea Constituyente no dió por terminada su labor en La Yaya con la firma del código político que acababa de adoptar para Cuba. El 29 de octubre de 1897, inmediatamente después del breve receso que siguió al acto en que los representantes suscribieron la Constitución, la Convención procedió a la elección de los miembros del nuevo gobierno revolucionario. La votación fué secreta y separadamente para cada candidato. En ella participaron los veintidós ciudadanos que autorizaron la ley de leyes de la República.

El escrutinio general dió a conocer que la Asamblea se decidía, ya por unanimidad, ya por mayoría, en favor de Bartolomé Masó, Domingo Méndez Capote, José B. Alemán, Ernesto Fonts Sterling, Andrés Moreno de la Torre, Manuel Ramón Silva, Rafael de Cárdenas, Saturnino Lastra, Nicolás Alberdi y Pedro Aguilera Kindelán para los cargos de presidente, vicepresidente, secretario de la Guerra, secretario de Hacienda, secretario del Exterior, secretario del Interior, vicesecretario de la Guerra, vicesecretario de Hacienda, vicesecretario del Exterior y vicesecretario del Interior, respectivamente. Los así elegidos fueron proclamados por el presidente de la Asamblea. El propio Méndez Capote anunció que al día siguiente se celebraría sesión con este orden del día: juramento de los componentes del Gobierno y disolución de la Asamblea.

El 30 de octubre de 1897, a las quince horas, en La Yaya, celebró sesión la Asamblea Constituyente. Presidió José Lacret Morlot, asistido de los secretarios, Aurelio Hevia y Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada. Lacret procedió a tomar juramento a los miembros pre-

sentes del Consejo de Gobierno electo, que eran Masó, Méndez Capote, Alemán, Fonts Sterling, Moreno de la Torre, Silva y Alberdi. Los componentes de la Asamblea se pusieron de pie. Los del Consejo de Gobierno se acercaron a la mesa presidencial. Estos juraron por su honor de cubanos guardar y hacer cumplir la constitución de la República y desempeñar bien y fielmente los cargos que les habían sido conferidos. El presidente de la Asamblea los declaró en posesión de sus respectivos altos oficios y dió por terminado el período constituyente de 1897 y por disuelta la Convención.

La presidencia y la vicepresidencia del Consejo de Gobierno eran, en realidad, las de la República. Por consiguiente, Bartolomé Masó y Domingo Méndez Capote fueron el presidente y el vicepresidente de la República desde el 30 de octubre de 1897. En este día entró en funciones el nuevo gobierno revolucionario. El precedente había rendido cuentas a la Asamblea Constituyente, la que sirvió de eslabón entre ambos. Los sucesos de fines de octubre de 1897 en el seno de la Revolución afirmaron dos hechos históricos que ya tenían hondas raíces en Cuba: seguía siendo Camagüey la cuna de las instituciones jurídicas patrias y mantenían los forjadores de la independencia el propósito de que el movimiento ascensional impulsado por las armas se desarrollase bajo la influencia de esas mismas instituciones jurídicas.



OCTUBRE

31

1895

## EL EJERCITO INVASOR EN MALA NOCHE

Mala Noche, crucero de los caminos de Holguín, Tunas y Bayamo, sirvió de campamento a las huestes insurrectas en la hora de organizar definitivamente la marcha invasora. Aunque ésta quedó iniciada el 22 de octubre en Baraguá, no recibió su disciplina total sino en Mala Noche. El 31 de octubre de 1895 llegó a Mala Noche la columna del general Antonio Maceo. Las jornadas hasta entonces rendidas ya sumaban cerca de cuarenta leguas, contadas desde Baraguá. El suelo escogido el 31 de octubre para hacer alto resultó teatro de novedades extraordinarias para el Ejército Libertador.

Lo primero que se advirtió al sentar los insurrectos sus reales en Mala Noche fué la incorporación de los regimientos de caballería *Martí y García*. Los componían unos trescientos cincuenta jinetes, decididos y llenos de entusiasmo bélico. Con el ingreso de este contingente, ya el efectivo armado del cuerpo de ejército invasor se elevó, sin contar los asistentes, ordenanzas y acemileros, a mil cuatrocientas tres plazas, así descompuestas: veinticinco del Estado Mayor, ochenta y dos de la escolta del Cuartel General, cuarenta de la del Consejo de Gobierno, veinte de Sanidad, treinta y seis de agregados al Estado Mayor, cuarenta del cuerpo de vigilancia, trescientos cincuenta de infantería y ochocientos diez de caballería. El aumento de los individuos del arma de caballería era una medida juiciosa.

También se organizó el mando de la columna. El general Antonio Maceo, comandante en jefe de la expedición, se ocupó en asesorarse de personal brillante. Los brigadieres José Miró, Quintín Bandera y Luis de Feria y los coroneles Joaquín Castillo, Federico Pérez

Carbó, Pedro Sotomayor y Francisco Frexes fueron designados, respectivamente, jefes de Estado Mayor, de Infantería, de Caballería, de Sanidad y del Despacho, instructor y auditor general. La elección de los hombres que habían de secundar al ilustre caudillo en la magna empresa no pudo ser más acertada.

En el campamento de Mala Noche, donde los libertadores permanecieron hasta el 3 de noviembre, Maceo desplegó actividades y energías fecundas. Allí concibió planes, maduró proyectos, dictó disposiciones y ordenó, por último, la marcha de la columna en términos que aseguraban su buen éxito. Los soldados de la libertad, conscientes de la magnitud del empeño iniciado, podrían gloriarse de consumir una de las más trascendentales proezas de que Cuba fué testigo a través de las luchas emancipadoras. Al de Baraguá hubo que unir desde luego, en el concierto de los sucesos singulares de la guerra, el nombre de Mala Noche.



NOVIEMBRE

1

1873

## CESPEDES Y CISNEROS

La deposición del general Manuel de Quesada, acordada por la Cámara de Representantes el 17 de diciembre de 1869, fué sin duda el punto de partida de frecuentes discrepancias entre el Presidente de la República y el Poder Legislativo. Desde 1870 comprendió Céspedes que se hallaba amenazado por la Cámara. Mas ésta, en momentos de crisis y peligros para la causa común, en dos ocasiones, no tuvo inconveniente en ampliar las facultades del Poder Ejecutivo, poniendo en sus manos cuantas atribuciones podían ser necesarias para el mejor éxito de la Revolución. Las cosas cambiaron cuando, acentuándose de consuno los progresos de los libertadores y los enconos que dividían al Presidente y a la Cámara, la situación pareció insostenible.

El propio Carlos Manuel de Céspedes precipitó los acontecimientos. Publicó el 24 de octubre de 1873 un manifiesto en que, expuestas en toda su amarga realidad las condiciones en que consideraba colocado al Poder Ejecutivo, requería la independencia que estimaba indispensable para su normal y satisfactorio desenvolvimiento. Envío a los diputados el 27 de octubre el documento que había dado el 24, declarando que estaba dirigido al pueblo como única y absoluta potestad que reconocía. Casi al mismo tiempo la Cámara, rodeada de unos dos mil soldados al mando de Calixto García, celebraba sesión extraordinaria en Bijagual de Jiguani.

Salvador Cisneros y Betancourt presidió aquella sesión, a la que asistieron los diputados Tomás Estrada Palma, Jesús Rodríguez, Juan Bautista Spotorno, Luis Victoriano Betancourt, Ramón Pérez Trujillo, Marcos García, Fernando Fornaris y Eduardo Machado. Se abrió debate

sobre la conducta del Presidente de la República. Pérez Trujillo tomó la palabra y, luego de acusar a Céspedes de extralimitaciones repetidas y graves, propuso su deposición. Estrada, García, Machado, Fornaris, Spotorno, Rodríguez y Betancourt, en discursos de tonos severísimos, ampliaron las manifestaciones y apoyaron la proposición de Pérez Trujillo. Sometida ésta a votación, quedó aprobada por la voluntad de los diputados presentes, a excepción de Cisneros y Betancourt, que se abstuvo. El hombre que en 1868 había sido el primero en lanzar el grito de rebelión, el iniciador de la gran contienda en marcha, caía en la consideración de notables conciudadanos, víctima de exageraciones e intransigencias.

A Céspedes substituyó Salvador Cisneros y Betancourt en la Presidencia de la República. ¿Cuáles fueron las relaciones inmediatas entre ambos próceres? Las comunicaciones que con carácter oficial recibió y escribió entonces Carlos Manuel de Céspedes reflejaron perfectamente la naturaleza de aquellas relaciones, a veces justas y a veces amargas para el caudillo del 10 de octubre. La correspondencia del 1º de noviembre de 1873 dijo lo duro que para Céspedes era la orden del presidente Cisneros tendiente a que su predecesor permaneciese cerca del Gobierno, donde, según se le hizo saber, siempre encontraría las garantías necesarias y las consideraciones consiguientes al elevado cargo que acababa de desempeñar. Céspedes protestó de tal disposición, tachándola de restrictiva de sus derechos de ciudadano libre, y se decidió incontinenti a buscar el medio hábil y decoroso de salir del trance a que así era sometido sin que lo pidiese su voluntad ni lo exigiera su deber.



NOVIEMBRE

2

1903

## REPUBLICA DEL PUEBLO

La República empezó a desenvolverse con dignidad y cordura dignas del universal alborozo con que el 20 de mayo de 1902 ingresó en la comunidad jurídica internacional. República había habido en Cuba de 1868 a 1878 y de 1895 a 1898: la República organizada por los combatientes contra la dominación de España en la Isla. En ambos períodos históricos las miradas del Mundo se dirigían al Ejército Libertador más que a la República. En cambio, a partir del 20 de mayo de 1902 era la República lo que más llamaba la atención entre todas las creaciones humanas que tenían vida en Cuba.

En el mensaje que el presidente Tomás Estrada Palma dirigió al Congreso el 2 de noviembre de 1903 se refirió a lo que la República significaba para el pueblo de Cuba. En menos de año y medio la República había demostrado una capacidad extraordinaria. A la virtud de los gobernantes correspondía el equilibrio de los gobernados. Las palabras del Jefe del Estado fueron muy instructivas:

"La administración pública ha seguido su marcha regular acentuándose de día en día el amor de nuestro pueblo a las instituciones que nos rigen y su decidido propósito de no permitir que por nadie ni por nada se pongan éstas en peligro. Nuestro pueblo está completamente identificado con la República, la considera una encarnación de sí propio, y se muestra en extremo celoso de su conservación."

La observación de Estrada Palma llegaba a lo profundo de la cuestión nacional. La República no era producto de la voluntad de todo el pueblo de Cuba. Por su advenimiento había trabajado activamente una minoría de la población de la Isla. La mayoría se había abstenido

de luchar con las armas en las manos, de afrontar las amarguras del destierro o de correr los riesgos anejos a las silenciosas agencias revolucionarias de las poblaciones dominadas por el régimen colonial. Por consiguiente, era alentador el espectáculo que la totalidad del pueblo de Cuba ofrecía en 1903 considerando como patrimonio muy suyo la República.

La República a que Estrada Palma se refirió en el mensaje presidencial de 2 de noviembre de 1903 era hija del esfuerzo de una parte de los cubanos y madre de todos los cubanos. República del pueblo era aquella que el pueblo veía como encarnación de sí propio. Las virtudes de sus rectores, acrisoladas en la extremada modestia de la vida pública, producían la sinergia social que permitía al Presidente sentirse gozoso de una obra cívica en mucho debida al valor de su conducta.



NOVIEMBRE

3

1868

## PLANES DE LOS CAMAGÜEYANOS

Después de la reunión revolucionaria celebrada por orientales y camagüeyanos en San Miguel de Rompe en 3 de agosto de 1868 Camagüey estuvo penetrado de la necesidad de persistir en los preparativos de la lucha contra la situación dominante. Todos comprendían allí que la hora del rompimiento se aproximaba. ¿Qué aguardar de España ante la inutilidad absoluta de la información abierta por el Ministerio de Ultramar? ¿Cómo esperar un rasgo siquiera de prudencia y previsión de quienes habían erigido en sistema el desprecio a los justos requerimientos del país? Infructuosos serían cuantos nuevos empeños se realizasen dentro de la llamada legalidad. Ni las esperanzas de los optimistas tenían ya explicación lógica en el régimen de que Cuba era víctima.

El recurso de las armas resultaba el único compatible con la dura realidad de las cosas. Lo entendieron así aquellos camagüeyanos que, con Salvador Cisneros y Betancourt, Carlos Mola, Augusto Arango, Ignacio Mora, Eduardo Agramonte y Cristóbal Mendoza a la cabeza, conspiraban sin cesar. Hombres con experiencia adquirida en el esfuerzo de 1851 prestaban el concurso de su conocimiento en ese género de empresas y de su probada lealtad a la causa emancipadora. En sociedades secretas también se laboraba con la mira de acelerar la transformación política de Cuba.

Hijos de Camagüey buscaban el acercamiento con los del resto de la Isla. Medida precursora de la unidad de acción, capaz de lograr la victoria por todos anhelada, era la de llegar a una compenetración absoluta en el plan de trabajo. El comité revolucionario existente en Puerto Príncipe, tan luego como hubo regresado de San Miguel

de Rompe el marqués de Santa Lucía, lo comisionó para que marchase a La Habana y se pusiera al habla con los correligionarios occidentales. En La Habana conoció Cisneros y Betancourt a José Morales Lemus, le trató de los proyectos que se maduraban por camagüeyanos y orientales y obtuvo del valioso paladín del deshecho reformismo promesas de una franca cooperación.

El marqués de Santa Lucía trabajaba activamente en La Habana cuando supo la sensacional noticia de haberse insurreccionado la jurisdicción de Bayamo. A muchos de los laborantes, a Morales Lemus, al propio Cisneros y Betancourt, pareció aquello casi inverosímil. Pero la nueva del pronunciamiento de Carlos Manuel de Céspedes era cierta: la poseía José Ramón Betancourt. Tuvo que pensarse en seguida que algo inesperado había precipitado allá los acontecimientos. Morales Lemus aconsejó a Cisneros y Betancourt que retornase sin dilación a Camagüey. Lo hizo así el emisario en la segunda quincena de octubre.

En Puerto Príncipe desplegó Cisneros y Betancourt grande energía para secundar en un plazo breve la actitud de los orientales. Un telegrama que desde La Habana le dirigió José Ramón Betancourt lo puso en antecedentes de que por el puerto de Nuevitas entrarían en aquella comarca quinientos rifles *Peabody* destinados a los defensores de España. El natural deseo de interceptar el convoy en que esos armamentos iban a ser trasladados a Puerto Príncipe determinó que Cisneros y Betancourt comunicase a los conjurados, el 3 de noviembre de 1868, la orden de que se reuniesen, para darles a conocer el objeto de la cita, en las márgenes del Clavellinas, a tres leguas de la ciudad por el camino de Nuevitas.



NOVIEMBRE

4

1868

## REVOLUCION EN CAMAGÜEY

La orden dada por Salvador Cisneros y Betancourt a los conjurados de Puerto Príncipe, para que el 4 de noviembre se reuniesen en las márgenes del Clavellinas, fué por todos acatada. Al amanecer de aquel día los setenta y seis comprometidos de la cabecera de la jurisdicción partían, de cierta manera organizados en grupos, con rumbo al lugar señalado. Ya se hallaban en rebeldía Manuel de Jesús Valdés, Bernabé de Varona y Fernando Agüero y Betancourt. Habían sido éstos los primeros en ponerse, en el seno del territorio camagüeyano y en la nueva empresa guerrera, frente al régimen colonial.

A noventa y tres ascendía el número de hombres reunidos en Clavellinas la mañana del 4 de noviembre de 1868. Jerónimo Boza y Agramonte, asumiendo el papel de jefe, abrió los pliegos de instrucciones, dispositivos del alzamiento, en rigor ya consumado. Desde aquel instante la obra revolucionaria iniciada menos de un mes atrás por Carlos Manuel de Céspedes fué común a orientales y camagüeyanos. Quienes habían deliberado en San Miguel de Rompe acerca de la necesidad de rebelarse contra la dominación hispánica, como antes en el pensamiento, coincidieron entonces en la acción.

Los reunidos en Clavellinas procedieron inmediatamente a la organización de las fuerzas. Ratificaron en la jefatura a Jerónimo Boza. Designaron lugartenientes suyos, para mandar los siete núcleos en que fué dividida la masa de los sublevados, a Ignacio Mora, Manuel Boza, Martín Loynaz, José Recio Betancourt, Eduardo Agramonte, Francisco Arteaga y Manuel Agramonte. Los acontecimientos no se desarrollaron por el momento tan bien como se esperaba, pues la operación proyectada para

capturar el armamento que los españoles trasladarían de Nuevitas a Puerto Príncipe, por lo mismo que el Gobierno lo envió a Oriente, resultó fallida. Hubiese sido un refuerzo importantísimo la posesión de pertrechos en cantidad considerable, tomada en cuenta la decisión de los insurrectos camagüeyanos.

El propio 4 de noviembre de 1868 Augusto y Napoleón Arango, puestos a tiempo fuera del alcance de las autoridades y sobre las armas, obligaron a rendirse a la guarnición de Guáimaro. La componían un teniente y treinta soldados de caballería. La sangre no corrió copiosamente en Guáimaro. El asalto dirigido por Augusto y Napoleón Arango revistió los caracteres de improvisada acometida, y los españoles apenas tuvieron tiempo para resistir. Lo que sí supieron, y de manera concluyente, los defensores del poder colonial, fué que había revolución en Camagüey.



NOVIEMBRE

5

1900

## CONSTITUYENTE EN LA HABANA

Cuba se vió en el camino del advenimiento definitivo de la República el 5 de noviembre de 1900. El Gobernador Militar había convocado al pueblo de la Isla para elegir los delegados a la Convención Constituyente. Los comicios se celebraron el tercer sábado de septiembre. Y fué señalado el primer lunes de noviembre para la reunión inicial. No podía haber duda alguna acerca de que la suma aspiración de los patriotas iba a tener feliz realización. El 5 de noviembre de 1900, con motivo de la apertura de la Convención Constituyente, fué día de intensas emociones para los cubanos. El triunfo era ya realidad magnífica. Los delegados a la Asamblea se reunían para redactar y adoptar la carta fundamental de la República, llamada a surgir no al amparo de las armas, sino en plena paz.

El teatro *Martí* de La Habana fué escogido para las reuniones de la Convención Constituyente. Para la inaugural se señaló la tarde del 5 de noviembre de 1900. Los delegados electos eran Pedro González Llorente, Enrique Villuendas, Joaquín Quilez, Juan Rius Rivera, Gonzalo de Quesada, Domingo Méndez Capote, Eudaldo Tamayo, José Fernández de Castro, Joaquín Castillo, Antonio Bravo Correoso, Rafael Manduley, Manuel Ramón Silva, Eliseo Giberga, José Miguel Gómez, José B. Alemán, Rafael M. Portuondo, José de Jesús Monteagudo, Leopoldo Berriel, Alejandro Rodríguez, Diego Tamayo, Juan Gualberto Gómez, Martín Morúa Delgado, José Luis Robau, José Lacret Morlot, Luis Fortún, Pedro E. Betancourt, Salvador Cisneros y Betancourt, Emilio Núñez, Alfredo Zayas, Miguel Gener y Manuel Sanguily. No pudo tener el pueblo de Cuba mandatarios más dignos ni más ilustres en la elaboración de su carta fundamental. El

mayor general y gobernador militar Leonard Wood, que ocupó la presidencia de la Asamblea, teniendo a su izquierda al doctor Enrique José Varona, secretario de Instrucción Pública, declaró constituida la Convención mediante la lectura en lengua inglesa de una alocución, que Varona tradujo al idioma español, encaminada a encarecer la obra que debían desarrollar los delegados.

Wood dejó la presidencia de la Convención al coronel Fernando Figueredo, subsecretario de Estado y Gobernación. Este viejo paladín de las libertades patrias invitó a los delegados a elegir un presidente de su seno. El general Juan Rius Rivera propuso, con el apoyo del doctor Leopoldo Berriel, que se nombrase presidente al de más edad y secretario al más joven de entre los miembros de la Convención. Así se acordó. Y tomaron posesión de aquellos cargos, respectivamente, el doctor Pedro González Llorente y el coronel Enrique Villuendas, quienes pronunciaron breves frases alusivas a la suerte que les cabía. Inmediatamente después los delegados presentes prestaron ante el Tribunal Supremo, cuyo Presidente lo leyó, el juramento que los obligaba a cumplir fielmente los deberes inherentes a sus cargos.

El juramento prestado había puesto en acción a los delegados. Necesario era comenzar en seguida los trabajos a la Convención encomendados. El Presidente indicó la conveniencia de adoptar desde luego, siquiera con carácter provisional, un reglamento. El general José B. Alemán propuso el de la Asamblea Constituyente de La Yaya, que fué aceptado por aclamación. A poco más se llegó en la sesión inaugural de la Convención. Los delegados Quesada, Sanguily, Fernández de Castro, Méndez Capote y Juan Gualberto Gómez mantuvieron ligero debate en torno a la comisión que examinaría las actas. Para que aquel día resultase por siempre memorable, bastaba el acto llevado a cabo en medio de transportes de entusiasmo popular.



NOVIEMBRE

6

1873

## EL "VIRGINIUS" Y LA "NIOBE"

Los fusilamientos perpetrados en las personas de los expedicionarios y tripulantes del vapor *Virginus*, como consecuencia de la captura del mismo por la corbeta española *Tornado*, fueron de los hechos más bárbaros e inicuos realizados por los servidores del poder colonial en Cuba. El bajel insurgente fué apresado el 31 de octubre de 1873 y conducido a Santiago de Cuba. La ciudad oriental comenzó a ser teatro de atrocidades propias no de una sociedad conturbada, sino de hombres habituados al crimen frío, fiero y despiadado.

Todo estuvo propicio y fácil al cumplimiento de la orden dictada por el brigadier Burriel, gobernador de Santiago de Cuba, enderezada a la formación del consejo de guerra que había de juzgar a los ciento sesenta y cinco tripulantes y expedicionarios del *Virginus*. El 4 de noviembre fueron fusilados, entre otros, los generales Bernabé de Varona, Pedro de Céspedes y William O'Ryan. La inhumana matanza, consumada a despecho de las enérgicas protestas de los gobiernos británico y norteamericano, arrancó a Burriel un bando contentivo de aseveraciones tan desalmadas como la siguiente:

"La ley se ha cumplido y la vindicta pública está satisfecha con los cincuenta y tres cabecillas y piratas extranjeros y cubanos fusilados."

Tal era el tono de la actitud asumida por aquellos a quienes cupo desempeñar el papel de verdugos de los patriotas del *Virginus*. A mayor abundamiento, entre los adictos al régimen dominante no aparecía una sola persona con autoridad y coraje lo suficientemente decisivos para poner un dique a tamaño torrente de sangre. Hasta estuvieron a punto de resultar en absoluto baldíos

los esfuerzos del ministro norteamericano que en Madrid logró que Emilio Castelar, presidente de la República, se mostrase digno y justo frente a la censurable conducta del general Jovellar, capitán general de Cuba.

A los crueles desmanes perpetrados en Santiago de Cuba puso coto el noble y valeroso empeño de que fué vehículo la fragata británica *Niobe*. El 6 de noviembre de 1873 el gobernador de Jamaica dispuso que el mencionado buque de guerra saliese hacia Santiago de Cuba con instrucciones de impedir a todo trance que continuaran las ejecuciones. El capitán de la *Niobe*, Lambton Lorraine, supo colocarse a la altura del agravio inferido a la civilización.

El 8 de noviembre hubo nuevas ejecuciones. Pero todavía quedaban ciento doce prisioneros en peligro de correr igual suerte que sus compañeros fusilados. Lorraine detuvo la marcha de la hecatombe, dando así tiempo y ocasión a que España se viese compelida irremisiblemente a entregar a los Estados Unidos el *Virginus* y a los sobrevivientes de uno de los sucesos más infaustos entre los registrados en los anales revolucionarios de Cuba.



NOVIEMBRE

7

1531

## GOBIERNO DE JUAN DE VADILLO

La simiente de la discordia fué regada en Cuba al tiempo de iniciarse la conquista del país por los castellanos. Ya en tiempo de Diego Velázquez, sin reparar en que era el hombre encargado de echar los cimientos de la colonización, las pasiones se desataron, y pudo verse con cuánta saña lo persiguieron sus enemigos aun más allá de la tumba. El mal nació con el establecimiento del poder español en esta Antilla.

De los sucesores de Velázquez en el mando de Cuba el primero en llamar la atención como eje de escándalos y desafueros fué Gonzalo de Guzmán, regidor de Santiago de Cuba y uno de los cabos principales de Velázquez. Personero de éste era en la Corte, en el juicio seguido contra Hernán Cortés, cuando allá se supo la muerte del Adelantado. Movi6 buenas influencias, halagó a los valedores de la Metrópoli y apuró los recursos de su ingenio hasta lograr que Carlos V ratificase la providencia de Diego Colón que le entregaba el gobierno de Cuba. Los acontecimientos desarrollados bajo la nueva autoridad fueron infortunados para la Isla. Los alzamientos de indios se sucedieron, los desórdenes en las escasas rentas públicas se multiplicaron y las rencillas y acusaciones de los empleados y vecinos entre sí llegaron a lo vergonzoso.

El odio contra el gobernador Guzmán se manifestó en los habitantes del país. Estos produjeron y repitieron sus denuncias y quejas ante la audiencia de La Española o Santo Domingo. De tal naturaleza fueron las imputaciones hechas a Gonzalo de Guzmán que el tribunal antillano resolvió comisionar a uno de sus oidores, el licenciado Juan de Vadillo, para que se trasladase a Cuba a relevar

a Guzmán, pesquisar sus actos y tomar a los oficiales reales las cuentas de los últimos años.

El 7 de noviembre de 1531 entró Juan de Vadillo en el desempeño de sus funciones, tomando el mando de la Isla y procediendo a enjuiciar a Guzmán y a sus favorecidos. Pero la honrada conducta de Vadillo fué impotente para librar a Cuba de las tropelías de Guzmán. La audiencia de La Española se mostró demasiado indulgente para con el mal funcionario, a quien Vadillo había enviado preso a Santo Domingo: la Audiencia cedió a las vivas instancias del residenciado y lo dejó volver a Santiago de Cuba. Allí pudo el suspenso gobernador preparar y disponer a su antojo las pruebas que en definitiva le valieron su absolución y su restitución al más alto oficio de la Colonia.



NOVIEMBRE

8

1895

## LA COLUMNA INVASORA EN CAMAGÜEY

La marcha de la columna invasora organizada en Baraguá no había sido detenida. De jornada en jornada, con más o menos contratiempos, el general Antonio Maceo condujo la fuerza expedicionaria en medio mes desde el punto de partida hasta el límite occidental de la provincia de Santiago de Cuba. La resistencia presentada por la tropa española, sobre todo en 7 y 8 de noviembre, tendió, naturalmente, a impedir el avance de la insurrecta. Pero ésta encontró en ello ocasión para poner de manifiesto su decisión de abrirse paso a todo trance.

El 8 de noviembre de 1895 se hallaron frente a frente el inquebrantable propósito de Maceo de marchar hacia Occidente y el empeño de tenaz oposición abrigado por los jefes españoles que no ignoraban la trascendencia de la hazaña de que el país fuese atravesado de un extremo a otro por los soldados libertadores. Maceo, que estaba sobre aviso por la acción librada el 7 de noviembre en la jornada de Soledad a Lavado, envió al amanecer del 8 por el camino de Guaramanao exploradores que encontraron a las tropas enemigas marchando en dirección al campamento insurrecto. Y a las nueve de la mañana quedó generalizada la polémica, dirigida por el brigadier Capote, jefe de la división de Tunas y Holguín, a quien Maceo había comunicado instrucciones tendientes a vigilar los movimientos del adversario. Tres horas de sangrienta refriega culminaron en un feliz éxito para las armas cubanas.

A las doce del día terminó la acción en que el denuedo del soldado cubano rayó a grande altura, por lo mismo que medía y comprendía la necesidad e importancia de limpiar de obstáculos la senda por donde se encaminaba

al territorio camagüeyano. El general Maceo no dió paz a su espíritu ni tregua a su esfuerzo, y entre dos y tres de la tarde del propio 8 de noviembre de 1895 era vadeado por el ejército invasor el río Jobabo, límite de las provincias de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe.

La entrada del cuerpo invasor en Camagüey entrañó enorme trascendencia. Puso de relieve a la faz de amigos y adversarios, para alentar a los primeros y abatir a los segundos, que la Revolución se hallaba en franca marcha hacia la victoria.



NOVIEMBRE

9

1879

## SUBLEVACION DE FRANCISCO CARRILLO

El pacto de El Zanjón, principio del fin de la contienda bélica sostenida por los cubanos durante diez años en pos de la independencia patria, no fué para muchos de los que lo aceptaron sino mera tregua. El intento del general Antonio Maceo, tan animoso como en los mejores tiempos después de su entrevista con el general Arsenio Martínez de Campos en Baraguá, resultó baldío. Pero había transcurrido poco más de un año cuando, en agosto de 1879, resonó de nuevo el clarín guerrero en Oriente, "la tierra de las grandes energías y de las grandes desobediencias". Oriente no participaba de la conformidad que reinaba en otras partes de la Isla y que con tesón insuperable predicaba el Partido Liberal, el partido autonomista, apegado sobre todo y a todo trance al principio de que era necesario sostener inalterable la paz pública.

En Oriente tomaron por su cuenta la nueva demanda José Maceo, Guillermo Moncada, Belisario Peralta, Limbano Sánchez, Francisco Varona, Jesús Rabi, Gregorio Benítez y Emiliano Crombet, entre otros, secundados por unos seis mil hombres, dispuestos a luchar por la causa de la emancipación. Pero no fué Oriente la única región que estuvo alerta y respondió al nuevo llamamiento cívico. También la provincia de Santa Clara dió señales inequívocas de que en su seno persistía, a modo de fuego sagrado, la aspiración de librarse de la tutela colonial. Hombres hubo allí —Serafín Sánchez, Francisco Carrillo y Emilio Núñez, verbigracia— que contribuyeron con su decisión a reencender la guerra.

El 9 de noviembre de 1879 Francisco Carrillo, veterano de la guerra de los Diez Años, se sublevó en la ciudad de San Juan de los Remedios, de concierto con instruccio-

• nes recibidas de Calixto García Iñíguez. Carrillo libró en poco tiempo acciones de importancia, ora combatiendo en Potrero Cabrera, Sabanas Nuevas, Tienda de Cintra, Ingenio Viejo, Jiquibú, Ajenjibral, Pesquera, Canibas, Dionisio Lazo y Seborucales, ora tomando las posiciones del enemigo. Dirigió magníficas cargas al machete. Y pasó por el duro trance de ver caer a su hermano Sixto, atravesado el pecho por la fusilería de los servidores del régimen colonial.

Tantos y tan señalados afanes resultaron ineficaces por el momento. El general Francisco Carrillo, casi por completo aislado en el teatro de sus operaciones, se vió compelido a aceptar del gobierno español puerto libre para abandonar la Isla. Ante éxito tan desastroso para los patriotas, ¿pudo acaso decirse que todo había sido inútil? Aquella rebelión —la Guerra Chiquita o revolución de Calixto García— constituyó algo así como la prueba y el aviso de que el pacto de El Zanjón, lejos de ser la tumba de los ideales emancipadores, abrió únicamente un breve paréntesis en las luchas del cubano por la creación de la República.



NOVIEMBRE

10

1873

## ASALTO DE MANZANILLO

Máximo Gómez, al suceder a Ignacio Agramonte en el mando de las huestes libertadoras de Camagüey, reverdeció los laureles de acometividad y denuedo de aquellos soldados a quienes, según la frase del Bayardo cubano, bastaba la vergüenza para combatir y vencer. También el general Calixto García, nombrado jefe del cuerpo de ejército de Oriente, procuró, lográndolo felizmente, que el año de 1873, tan azaroso para la Revolución, no expirase sin haber realizado él acciones de guerra dignas de los atributos de la fama. El mayor general Calixto García, hombre "de arrogante presencia, buen trato, modales finos y agradables, inteligente y ambicioso de gloria", como lo pintó Enrique Collazo, se hallaba rodeado, al asumir la dirección militar de Oriente, de una oficialidad brillantísima. Era su lugarteniente Manuel de Jesús Calvar, tenía a sus órdenes a Antonio Maceo y lo secundaban bizarramente Crombet, Prado, Fonseca, Moncada y otros no menos aguerridos y valientes adalides de la libertad patria. La organización de sus fuerzas corría parejas con las condiciones del personal con que contaba. Podía considerarse preparado para la lucha.

En tan brillante situación se presentó el mayor general Calixto García el 10 de noviembre de 1873 a las puertas de Manzanillo, una de las plazas mejor defendidas de la Isla. A las dos de la tarde de este día las fuerzas de García hallaron en la sabana de Carahatas una guerrilla española, y, puesta en dispersión a los primeros tiros, los prófugos corrieron a Manzanillo, dando la noticia de la proximidad de los patriotas y la alarma de un posible ataque. A los ocupantes de la población fué posible preparar mejor aún la resistencia.

El general García dividió sus fuerzas en cuatro columnas de ataque, poniendo con acierto al frente de ellas al general Calvar, al brigadier Maceo y a los coroneles Leonardo Mármol y Ricardo Céspedes. El plan de asalto consistía en marchar el brigadier Maceo, con su contingente a paso de carga y a despecho del fuego que se le hiciera, hacia la Plaza de Armas, centro de la ciudad, para apoderarse de la cárcel pública y del cuartel de infantería. Maceo escogió a los valientes que habían de estar con él a la cabeza en la acometida. Todas las fuerzas quedaron dispuestas para la pelea. A las once de la noche del 10 de noviembre de 1873 fué atacada la plaza de Manzanillo, y el brigadier Maceo realizó, a costa de sangre a raudales y de vidas preciosas, el atrevido asalto, con motivo del cual sucumbieron, entre otros muchos heroicos subalternos del general García, el teniente coronel Silva, los comandantes Blas Almirall y Juan Vega y el capitán Bernardo Milanés y Céspedes.

¿Sólo bajas entre los patriotas tuvo como consecuencia el asalto de Manzanillo? La adversidad tronchó allí magníficas existencias cubanas. Pero la temeraria acción deparó a la causa revolucionaria, con honra para el general García y sus huestes, valiosos elementos de vida. Los asaltantes, ante la necesidad de hacer eficaz su esfuerzo, incendiaron varios establecimientos y lograron, merced a la confusión así sembrada en las filas enemigas, apoderarse de riquísimo botín.





## JURA DE LA BANDERA EN SIBANICU

Los acontecimientos desarrollados en Oriente a partir del 10 de octubre de 1868 aceleraron los preparativos bélicos en Camagüey. Los hombres que en la ciudad de Puerto Príncipe premeditaban rebelarse contra la soberanía de España en Cuba no se atreguaron desde que advirtieron la conveniencia de secundar el movimiento iniciado por Céspedes.

Los valientes cuanto distinguidos por su lustre y solvencia que se lanzaron al campo insurgente, desde Salvador Cisneros y Betancourt hasta Ignacio Agramonte, demostraron que se hallaban penetrados de la necesidad y del deber de combatir. Asaltos de posiciones enemigas, intercepción de trenes y providencias propias de hombres conscientes de la importancia del empeño en marcha constituyeron los ensayos de la Revolución en Camagüey.

Entre los actos cívicos a que se entregaron los camagüeyanos descolló la jura de la bandera cubana en Sibanicú el 11 de noviembre de 1868. A Camagüey había llegado una enseña —formada de dos listas anchas paralelas, dividido el campo superior en blanco y rojo con una estrella blanca, ocupando el azul todo el campo inferior— igual a la enarbolada por Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre. Y este pabellón fué utilizado por los bisoños soldados libertadores conducidos por Jerónimo Boza hasta Sibanicú para prestar juramento de fidelidad a la causa de la independencia de Cuba.

En las filas de combatientes al mando de Jerónimo Boza, en Sibanicú, el 11 de noviembre de 1868, estaba Ignacio Mora y Pera. Y fué él el encargado de decir a todos lo que significaba el acto cívico de Sibanicú.

“No es —escribió Gonzalo de Quesada— tanto por

sus servicios militares, ni por sus labores periodísticas, ni por sus méritos en los cargos de confianza que desempeñó, ni por el cruento padecer de su vida, ni por su muerte hermosa, por lo que Cuba conservará el nombre de Ignacio Mora entre los que la han amado y servido, como por su diplomacia hábil, por el peso de su consejo, por su obra de concordia, por el éxito con que consolidó los elementos disgregados de la patria naciente. ¡Bien merece una página en nuestra historia quien conjuró la tempestad de pasiones y de celos aldeanos que amenazaban la Revolución, quien con su alma serena y fogosa ayudó eficazmente a cementar la unión de todos los cubanos, que resplandeció en Guáimaro en la Carta de nuestras libertades, el 10 de abril de 1869!"

Ignacio Mora y Pera habló en Sibanicú de los principios sustentados por la Revolución, madre amorosa de la abolición de la esclavitud, de las libertades públicas y de la independencia patria. E hizo comprender cómo el juramento de fidelidad prestado a la bandera de Cuba suponía el despertar de la conciencia del criollo y la base de la república democrática a cuya fundación era preciso llegar por medio del sacrificio y de la virtud.



NOVIEMBRE

12

1870

## PORFIRIO VALIENTE Y DE LAS CUEVAS

Porfirio Valiente y de las Cuevas no tenía aún treinta años —había nacido, en Santiago de Cuba, en 1807— cuando, ocupado con el ejercicio de la abogacía en su ciudad, demostró ser digno discípulo de Félix Varela, cuyas lecciones recibió en el Colegio Seminario de San Carlos de La Habana. En Santiago de Cuba se encontraba el 29 de septiembre de 1836, el día en que el bergantín *Guadalupe*, de travesía entre Cádiz y La Habana, arribó a aquel puerto, siendo portador de la *Gaceta* de Madrid en que el general Manuel Lorenzo, gobernador de la plaza, leyó la noticia de que la Reina Gobernadora había restablecido la constitución del estado español. El dictamen de Porfirio Valiente acerca de si debía proclamarse en Santiago la carta fundamental fué solicitado y oído. Su parecer determinó la existencia de un destello de libertad en medio del absolutismo en que el general Miguel Tacón mantenía sumida la conciencia pública.

El gobernador Lorenzo declaró vigente en Santiago de Cuba la constitución de 1812. Contra esta novedad se revolvió Tacón. Las corporaciones orientales, de acuerdo con Lorenzo, comisionaron a Valiente para que fuese a Madrid e hiciera llegar hasta el Trono la verdad de lo sucedido en Cuba, pues a todos interesaba dejar sentado que no era aquel un brote en pos de la independencia de la Isla, sino la satisfacción debida a justas ansias de gozar en la Isla de las mismas prerrogativas constitucionales, de los mismos derechos políticos y de las mismas innovaciones liberales que en la Península.

Valiente aceptó de buen grado y sin emolumento de ningún género la espinosa comisión. Partió con rumbo a La Coruña en un buque que se dió a la vela el 10 de no-

viembre de 1836. Llegó a Madrid dispuesto a ser un sincero portavoz de la verdad y de la razón. Las comunicaciones de Tacón, adelantándose a Valiente, le habían cerrado el paso. La Metrópoli, mediante el empleo de subterfugios de toda índole, desconoció prácticamente su carácter de comisionado y tomó de esa suerte el tiempo necesario para que se recibiesen en la Corte noticias del sometimiento de los constitucionalistas de Santiago a la represión taconiana. Y el talentoso agente de los liberales de Santiago de Cuba quedó comprendido en el decreto de extrañamiento con que se apagó el eco del grito de libertad dado por Lorenzo. Valiente fué compelido a salir de Madrid y hasta 1840 no pudo volver a Cuba.

Con ideas y conocimientos adquiridos durante su obligada emigración en países de Europa y América, y ya perfectamente consolidado en él el pensamiento de contribuir por todos los medios asequibles a la creación de la nación cubana, colaboró en los empeños revolucionarios que precedieron al muy glorioso iniciado en 1868. Sin titubeos ni dilación se adhirió al nuevo movimiento emancipador, a cuya preparación había cooperado tanto con su acción como con escritos liberales publicados en periódicos y libros en su país y en el extranjero. La Revolución lo nombró plenipotenciario de Cuba en París y Londres. Pero sus males físicos lo obligaron a retirarse a la isla de Jamaica, y en Kingston, el 12 de noviembre de 1870, dejó de existir.



NOVIEMBRE

13

1850

## MANDO DE JOSE GUTIERREZ DE LA CONCHA

La Isla de Cuba estaba conturbada cuando, en 13 de noviembre de 1850, tomó posesión de su mando, como Capitán General, José Gutiérrez de la Concha. La simiente revolucionaria abonada con la acción tiránica y omnimoda de Tacón, O'Donnell y sus conmlitones había germinado. La azarosa situación del país demandaba la presencia de un hombre de carácter firme, resolución severa y talento previsor. El general Concha distaba mucho de hallarse en el disfrute de tan señaladas prendas humanas.

En una alocución al país dirigida al posesionarse de la Capitanía General dijo Concha que abrigaba la firme resolución de aplicar todo el rigor de las leyes militares a cuantos se atreviesen a atentar contra los derechos, que juzgaba por supuesto sagrados, de la rama borbónica por él representada. El hombre que hablaba así se hallaba precedido en Cuba de la fama de liberal sincero, sin dobleces ni titubeos. ¿Cuál era la causa de la discrepancia entre los antecedentes y la primera manifestación del gobernante? ¿Sería la diferencia de latitudes entre la Metrópoli y la Colonia?

Las gentes honradas, teniendo por cierto y valedero cuanto las trompetas de la fama habían anunciado respecto de José Gutiérrez de la Concha, lo acogieron, aun después de los desplantes de su alocución, con respetuoso afecto. Su liberalismo se tradujo en muy poco. Creyó él que había traspuesto los linderos de la prudencia o que por lo menos se había excedido en bondades permitiendo, por el precio de una grande ovación, que, de concierto con el texto del dúo de *Los Puritanos*, se dijese en un escenario libertad, y no lealtad, como la ridícula censura exigía, y admitiendo en su trato y amistad a un hombre de ideas

avanzadas, Ramón Pintó, catalán con familia respetable y arraigo hondo en La Habana. Concha fué gobernante irresoluto, a la par que desposeído de un verdadero criterio de justicia, hasta dejar, en abril de 1852, el mando de Cuba.

Del gobierno de Concha quedaron en Cuba infaustas memorias. Puerto Príncipe y Trinidad sufrieron los efectos de sus procedimientos draconianos. Con ensañamiento sofocó los brotes de patriotismo dirigidos por Narciso López, a quien hizo ejecutar en garrote. Su público proceder estuvo acorde con el tono de su alocución del 13 de noviembre de 1850. Las amenazas fulminadas tuvieron fatal realización.



NOVIEMBRE

14

1896

## WEYLER EN PINAR DEL RIO

La forma en que se produjo el fracaso de Weyler en Vuelta Abajo precipitó todos los acontecimientos con su columna famosa relacionados. En pocos días, en horas, por mejor decir, los designios del Capitán General rodaron por tierra. Más pronto de lo que hubiera podido calcularse se consideró la empinada autoridad colonial vencida en sus planes acerca de la campaña en Pinar del Río. Los golpes dados por el Lugarteniente General del Ejército Libertador lo habían desconcertado por completo. La suerte favoreció a los cubanos en aquellas horas difíciles y excepcionales.

En tanto Weyler se dirigía a Candelaria, para tomar el ferrocarril, sus principales subalternos consumaron las maniobras postreras de su columna en Pinar del Río. El 14 de noviembre de 1896 fué día de conjunciones y esfuerzos para los españoles. En las inmediaciones de Río Hondo se hallaron entonces Bernal, González Muñoz y Suárez Inclán, jefes de otras tantas unidades al mando supremo de Weyler. Acaso animados de más amor propio que el Capitán General, combatieron con no escaso empeño al tiempo en que aquél se daba prisa en llegar al camino de hierro y dirigirse a La Habana.

En San Blas, El Brujo y El Brujito las armas de cubanos y españoles chocaron bravamente. Los soldados de Bernal, Suárez Inclán y González Muñoz se hallaron frente a las secciones insurrectas mandadas por Vidal Ducasse, Pedro Ibonet, Francisco Peraza y Pedro Sáenz. Y no fué sólo el 14 de noviembre cuando tales choques ocurrieron. Aun en los días 16, 17 y 18 la fusilería dejó sentir sus estruendos por allá, a manera de eco de las mentidas proezas de Weyler. Por fin, invictos los liber-

tadores, la columna del Capitán General llegó a su desorganización, tomando cada uno de sus lugartenientes por distinto rumbo. La hora adversa sonó con inusitada precipitación para los defensores del régimen colonial.

Las maniobras finales de la columna de Weyler en Vuelta Abajo evidenciaron la arrogancia y el valor de los libertadores. La campaña fué desastrosa para las armas españolas. Por cincuenta y seis bajas experimentadas en las filas cubanas, ellas sufrieron más de cuatrocientas. En operaciones complicadas, con una desigualdad numérica extraordinaria, el general Antonio Maceo enseñó al general Valeriano Weyler cómo era cierto que estaban basados en cálculos imaginarios sus proyectos de aniquilar en Pinar del Río a los servidores de la independencia de Cuba.



NOVIEMBRE

15

1863

## FUNERALES DE JOSE JACINTO MILANES

La muerte de José Jacinto Milanés, ocurrida el 14 de noviembre de 1863, en Matanzas, estuvo precedida de dilatado letargo moral. Veinte años de desarreglo mental, de dolores físicos incurables, como condenado por la fatalidad a sufrirlos, habían sustraído al esclarecido poeta de la plenitud de la vida. La desgracia fué inmensa. De su estro hubiese logrado Cuba, de no sobrevenir tamaño infortunio, frutos magníficos. La patria tuvo que llorar adversidad tan irreparable.

Llegó la hora del desenlace final en la existencia de Milanés. Su acabamiento, por mucho que fuese esperado, no pudo dejar de estremecer el alma cubana. Los intelectuales de Matanzas y de La Habana quisieron aprovechar la triste ocasión para poner de relieve cuánto admiraban al bardo insigne. Los funerales de José Jacinto Milanés, llevados a cabo el 15 de noviembre de 1863, dijeron cómo estaba profundamente arraigado su prestigio en la conciencia de sus compatriotas. Como impulsados por ardiente deseo, pareció que aspiraban a comunicar su sentimiento de amoroso dolor al alma pura del cantor que había dicho:

Pero la cosa que ignoro  
poder pintar como es ella  
es el alma pura y bella  
de la hermosura que adoro.

Como es tanto su decoro,  
su compasión, su ternura,  
a veces se me figura  
que un ángel debe de ser  
que ha bajado a ser mujer  
por consolar mi amargura.

Los discursos pronunciados ante el cadáver de Milanés por el licenciado José María Zayas y el doctor Emilio Blanchet reflejaron el pensamiento de la sociedad cubana con motivo de la pérdida del cantor de la inocencia y la virtud. Fueron expresiones de dolor arrancadas por el eclipse total del esclaerido poeta matancero. Pero quizá donde mejor se produjo la elocuencia fué en las palabras vertidas en el cementerio, en representación de la juventud habanera, por el doctor Ramón Zambrana. Todos los presentes dieron pruebas de hallarse hondamente conmovidos. El ilustre Zambrana supo hablar al corazón.

"La muerte de Milanés —dijo— no ha sido un tránsito amargo, sino el triunfo de su espíritu. Este ha ido a abismarse en el seno del Eterno... El vaso se ha roto y el perfume se ha escapado. El espíritu de Milanés ha volado al Infinito que ya conocía cuando en sus grandiosas inspiraciones por él se espaciaba: ha ido a tomar posesión de su legítimo domicilio."



NOVIEMBRE

16

1900

## ACTAS DE LOS DELEGADOS A LA CONVENCION

Labor de los delegados a la Convención Constituyente tuvo que ser, después de la sesión inaugural, ocuparse en discutir las actas de todos y cada uno de ellos. Al abrirse la Convención no pudieron llegar a un acuerdo acerca de la designación de quienes habían de examinar aquellas actas. La proposición de Gonzalo de Quesada tendiente a llevar a cabo este paso previo suscitó el choque de opiniones diversas, y a nada práctico se llegó entonces. La falta de ejemplares del reglamento de la Asamblea de La Yaya imposibilitó resolver lo indicado por Quesada.

En la sesión del 6 de noviembre de 1900 la Convención designó la Comisión de Actas. La integraron Rafael M. Portuondo y Tamayo, José Miguel Gómez y Gómez, Manuel R. Silva y Zayas, Luis Fortún y Govín y Martín Morúa Delgado. Los componentes de la Comisión de Actas se reunieron y designaron a los generales Portuondo y Gómez, respectivamente, presidente y vicepresidente de la misma.

El 12 de noviembre comenzó la Comisión de Actas a rendir su labor examinadora. Sus trabajos comenzaron por el estudio de los documentos acreditativos de la elección de los delegados por Pinar del Río. Un solo informe contuvo el resultado de la pesquisa sobre las actas de Pinar del Río, Puerto Príncipe, Matanzas, Santa Clara y Santiago de Cuba. Cuando el general Portuondo dirigió al presidente de la Convención los dictámenes relativos a esas cinco provincias, en 12 de noviembre, pudo anunciar que el referente a La Habana no se haría esperar. El 15, en efecto, era presentado, para ser seguido, al otro día, de una enmienda propuesta por el licenciado Eliseo Giberga.

El 16 de noviembre de 1900 quedaron aprobadas las actas de los delegados a la Convención Constituyente de Cuba. Los encargados de examinarlas habían laborado con seriedad, y, merced a ello, la Asamblea no encontró mayores obstáculos en su tarea. Ocho días después la Convención eligió su mesa, recayendo la presidencia en Domingo Méndez Capote, las vicepresidencias en Juan Rius Rivera y Pedro González Llorente y las secretarías en Alfredo Zayas y Enrique Villuendas. Ya la Asamblea podía entrar en lo medular de los trabajos que entrañaban su razón de ser.



NOVIEMBRE

17

1898

## ITALIA Y CUBA

Italia fué la nación europea que más fervoroso concurso prestó a Cuba en la lucha por la independencia patria. Italia y Cuba se hallaban unidas espiritualmente merced a la obra de varones ilustres. Desde los días del descubrimiento de la Isla por el inmortal genovés hasta las horas en que la República se constituyó y consolidó, de empeño en empeño, italianos generosos contribuyeron con el esfuerzo de su brazo, con su sangre y con sus talentos al progreso de Cuba.

La intervención de Garibaldi, el héroe de ambos mundos, como Fernando Ortiz lo llamó, en los esfuerzos revolucionarios realizados alrededor de la independencia de Cuba a mediados del siglo XIX, aclaró que las aflicciones de esta Antilla no pasaban indiferentes para quienes trabajaban por la redención y la unidad italianas. Después, en el curso de la guerra de los Diez Años, a despecho de hallarse por allá consolidando la obra anhelada desde la época del papa Julio II, hubo, ya que no esfuerzos colectivos, sí personales, para coadyuvar a los sacrificios del cubano, y, sobre todas las voces de aliento, se oyó la de Mazzini. En la Guerra Chiquita no se echó de menos la abnegación de italianos que, como Natalio Argenta, ofrecieron su vida por la causa cubana. Cuanto a la lucha de 1895 a 1898, mucho realizó Italia en favor de Cuba, con sus hijos que aquí pelearon, con las simpatías y la propaganda que se manifestaron en su propio suelo y con los actos oficiales efectuados en momentos difíciles para la Isla.

Tantas y tan elocuentes eran las pruebas de adhesión de Italia a Cuba que pareció natural y hermoso que los hombres de la Revolución, aún no vueltos a sus hogares

ni despojados de sus equipos guerreros, se apresurasen a rendir sincero cuanto expresivo homenaje de gratitud y admiración a la nación europea que no había hallado inconveniente en estar abiertamente al lado de los que aquí bregaban por la libertad. En Santa Cruz del Sur, donde estaba reunida la Asamblea de Representantes, escribió, en 17 de noviembre de 1898, el doctor y general Domingo Méndez Capote, presidente de la Asamblea, estas palabras:

"El nacimiento de una nueva nacionalidad, en los últimos días del siglo XIX, realizado en un pueblo culto que ha batallado loca, decididamente por su independencia, es un fenómeno histórico que ha de interesar en alto grado a la noble nación italiana, a la que tantos sacrificios y tanta lucha costara su constitución como pueblo nuevo, independiente y libre. Y la República de Cuba, la más joven de las naciones latinas, volverá siempre, con amor y admiración, su vista hacia la vieja Italia, la madre de nuestra raza, para inspirarse en el elevado sentido jurídico que ha guiado a la heredera y sostenedora de la cultura tradicional romana."



NOVIEMBRE

18

1771

## EL MARQUES DE LA TORRE

Felipe de Fonsdeviela, marqués de la Torre, tomó posesión de la Capitanía General el 18 de noviembre de 1771. Pero el Marqués no había esperado a asumir el mando para comenzar a observar la fortuna que a la Colonia le depa-  
raban sus administradores. Así fué como, en escala que hizo en Santiago de Cuba viajando de Caracas a La Habana, notó y comprendió, en su noble celo por atajar el mal y contribuir al bien, que, por culpa del brigadier Antonio Ayanz de Ureta, gobernador de Santiago, "aquellos moradores estaban sujetos a violencias e insultos, y que el mando se ejercía allí sin el decoro y la circunspección que lo hacen respetable". Semejante juicio, expresado por el mismo Fonsdeviela, reflejó la índole de las inclinaciones de la nueva máxima autoridad de la Isla.

El estado de La Habana en particular y el de la Isla en general eran deplorables. La capital de Cuba sólo tenía de ciudad, según la frase del historiador Antonio José Valdés, su denominación y las reales concesiones que la colocaban en ese rango, pues en nada lo parecía en lo material. Y acordes con las necesidades premiosas que en seguida advirtió estuvieron las providencias y tareas del Marqués para encauzar el país por la senda del progreso. Transformó casi por completo La Habana. A él se debieron el primer empedrado de las mejores calles, el ensanche de la urbanización, la sustitución por otras mejores de las casas de guano que aún existían, la ampliación del muelle, la construcción del Teatro Principal, la Plaza de Armas, la Alameda de Paula, primer paseo regular trazado en las playas habaneras, y la Alameda Nueva.

Realizó numerosas obras públicas de carácter general,

ya dando cima a fortalezas defensivas de las plazas de la Isla, ya levantando puentes sobre los ríos principales, ya cuidando el mejoramiento de los caminos. Recorrió a caballo zonas dilatadas, para mejor conocer y remediar sus necesidades. No se limitó a proteger la agricultura por esos solos medios. Conocía las depredaciones que constituían el patrimonio de los llamados visitadores de los partidos, y abolió la funesta práctica de nombrarlos, fundando su resolución en que los que obtenían semejantes comisiones no se ocupaban sino en hacer a los habitantes víctimas de sus violencias y rapacidad, "siendo lo más sensible que los excesos y desórdenes públicos quedaban de ordinario sin corrección ni reforma".

Se dejó llevar de afán en afán. Se interesó por la fundación de poblaciones tan bien asentadas como Güines a la par que, atendiendo a la importancia que debía darse al cultivo del tabaco, creó la jurisdicción de Filipina. Combatió y persiguió el contrabando. Buscó ventajas para el tráfico mercantil. El primer censo de población oficial se formó en su período de gobierno. La enseñanza recibió impulso e innovaciones plausibles. El marqués de la Torre lo estudió todo, lo removió todo, en términos tales que, al dejar el mando de la Isla en junio de 1777, pudo estar seguro de que en Cuba había señales de regeneración material y social.



NOVIEMBRE

19

1837

## PRIMERA LINEA FERREA EN CUBA

La perfección del invento del ferrocarril, transformándose el pensamiento luminoso en aprovechamiento industrial, fué acogido en Cuba con entusiasmo. Su aplicación se extendía en los Estados Unidos de América, Inglaterra y Bélgica. En La Habana hubo hombres de iniciativa y buena voluntad que se ocuparon en deparar al país el admirable medio de locomoción. Cortapisas no faltaron. Los inconvenientes a veces se multiplicaron y crecieron. No todos veían claro el progreso extraordinario que entrañaba la existencia de la vía férrea. Pero, colocadas frente a frente ambas contradictorias tendencias, la útil y generosa triunfó.

Palanca y sostén del proyecto de iniciar en Cuba la construcción de caminos de hierro fué Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva. Como Superintendente General de Hacienda y presidente de la Real Junta de Fomento, empleando hábil y útilmente sus energías e influencias, dió calor y vida al atrevido plan. Tuvo amigos pudientes que lo secundaron con eficacia. E impulsó la idea hasta encauzarla con éxito felicísimo.

Dos problemas se presentaron a la consideración de los iniciadores de la construcción del primer ferrocarril cubano: el concurso de los medios pecuniarios indispensables y la elección del territorio por donde se extendería el camino de hierro. De lo uno y de lo otro se ocuparon los propios promovedores del proyecto. La Real Junta de Fomento, en acuerdos repetidos y meditados, planeó suficientemente la manera de allegar los recursos monetarios que la obra demandaba. Para ello valió de mucho la confirmación del conde de Villanueva, decretada en 9 de noviembre de 1832, en el elevado cargo que

desempeñaba en la Colonia. Cuanto a la zona que iba a ser favorecida por la vía férrea, todos estuvieron acordes en designar la comprendida entre La Habana y Güines.

La actividad y los afanes puestos en juego para lograr la consolidación del proyecto fueron incalculables. Las gestiones que, por comisión de la Real Junta de Fomento, realizó el notable economista Joaquín de Uriarte, establecido en Madrid, se vieron coronadas por el buen éxito al contratar en Londres, el 18 de octubre de 1834, con M. A. Robertson, un empréstito de dos millones de pesos con el seis por ciento de interés anual. La construcción de la línea se inició sin dilación. Aunque en el curso de las obras se suscitaron nuevos obstáculos —algunos tan serios como el levantado respecto de la ubicación del paradero del ferrocarril en La Habana—, la iniciativa del conde de Villanueva y sus amigos se abrió paso y triunfó. El 19 de noviembre de 1837, cuando aún en España no existía ni siquiera un tramo de ferrocarril, fué inaugurado el de La Habana a Bejucal, el primero de los caminos de hierro existentes en Cuba.



NOVIEMBRE

20

1870

## DONATO DEL MÁRMOL Y TAMAYO

Donato del Mármol y Tamayo había llegado al principio de la madurez de la vida —nació, en Santiago de Cuba, el 14 de febrero de 1839— al estallar la guerra por la independencia en 1868. Apenas fué menester instancia alguna para lograr su concurso valioso. A sí propio debió de señalarse él la ruta del deber, y a seguirla, aun a trueque de sacrificios y sinsabores de todo género, se decidió sin tardanza. Como casi todos los hombres de la Revolución, al campo rebelde marchó con su familia, rompiendo así cuantos nexos podían mantenerlo en relaciones con los enemigos del ideal a que se consagró.

Desde los primeros días de la contienda se reveló Donato del Mármol como lo que era: como un bravo, animoso y resuelto adalid. En la acción de Baire su valentía quedó cumplidamente acreditada. En el choque de El Saladillo también se halló Mármol. En torno a lo que allí ocurrió respecto de la actitud de este intrépido caudillo pudo decirse en definitiva que la inexperiencia militar jugó papel importantísimo.

La guerra estaba todavía en sus comienzos cuando las relaciones de Mármol con Carlos Manuel de Céspedes llegaron a lamentable tirantez. En el primer trimestre de 1869 el cariz sangriento de la lucha inquietaba a Céspedes. El hombre del 10 de octubre fué entonces sorprendido por la noticia de que Mármol, instigado por amigos y deudos y aduciendo su inconformidad con los actos realizados por el propio Céspedes, se había proclamado dictador. Céspedes, conocedor del ascendiente de que Francisco Vicente Aguilera gozaba sobre todos los revolucionarios, demandó su intervención para conjurar el conflicto. Ambos marcharon a Tacajó, donde

se hallaban Mármol y sus parciales. Al habla se pusieron Céspedes y Mármol, previa la gestión de Aguilera: hubo recíprocas explicaciones, y la reconciliación quedó sellada con un abrazo. Si Mármol se mostró inflexible ante los requerimientos pacificadores de los emisarios españoles, no pudo, en cambio, ser más propicio a la armonía y a la compenetración en obsequio de la salud patria.

Poco más de dos años sirvió Mármol a Cuba con las armas. El 20 de noviembre de 1870, si respetado por las balas enemigas, perseguido por horribles males físicos, en las inmediateces del Cauto, dejó de existir. Nunca dejó de ser pundonoroso, abnegado y patriota. Siempre concilió sus arranques apasionados con el servicio al suelo materno. Del esfuerzo de su brazo, de la lealtad de su conducta y de la rectitud de sus procedimientos Cuba podía sentirse orgullosa.



NOVIEMBRE

21

1786

## BENIGNO GARCIA CALDERON

Benigno García Calderón, hijo de La Habana, vivió en el último cuarto del siglo XVIII y en el primer tercio del XIX. Estudió literatura por mera afición, se hizo helenista y latinista y sostuvo asiduo comercio con los autores clásicos. En relación con el estado de la instrucción pública en La Habana por el tiempo en que se desarrolló su juventud, el esfuerzo que realizó para cultivar su inteligencia fué digno del mayor elogio. El Colegio Seminario de San Carlos no había llegado a ser una fuente de sabiduría para el cubano. García Calderón, supliendo con sus desvelos las deficiencias escolares, logró alcanzar un grado de cultura superior a su época en su país. Su tenacidad debió de correr parejas con su talento, que era lozano.

Este hombre, a despecho de sus inclinaciones artísticas, no pudo sustraerse a los hábitos y a las prácticas de su tiempo, que tendían, más que a coronar la frente del hijo de Apolo o de Minerva, a ceñirle la espada militar, en busca siempre de querellas que sostener, agravios que vengar y entuertos que enderezar, a modo de reminiscencia del manchego sublime. García Calderón ingresó en la carrera de las armas. Muy joven aún, cuando apenas le permitían sus condiciones físicas tomar demanda alguna, el 21 de noviembre de 1786, quedó alistado, a título de lo que entonces se llamaba distinguido, en el regimiento de Luisiana, fijo en Nueva Orleans.

En Nueva Orleans alcanzó García Calderón diversas preeminencias. Ascendió a comandante. Mereció que a menudo se le confiasen comisiones delicadas. Fué secretario del Gobierno y de la Real Hacienda en Penzacola, comandante del castillo de Placaminas y de la plaza de Mobila y secretario de la Subinspección de Luisiana.

En 1819 volvió a La Habana, donde figuró como jefe del batallón de pardos y morenos, desempeñó papel importante en el período constitucional de 1820 a 1823 y recibió de la Metrópoli señaladas muestras de aprecio y condecoraciones en premio a su brillante hoja de servicios militares y civiles.

El caso de Benigno García Calderón, abrazando la carrera de las armas cuando sus inclinaciones intelectuales lo indicaban para más suaves empleos, no pasó, al cabo, de ser uno de los muchos de su tiempo. José Martín Félix de Arrate, uno de los primeros, por orden cronológico, de los historiadores de Cuba, abogado y hombre esencialmente civil, no dejó de empuñar las armas. De Manuel de Zequeira y Arango, el padre de la poesía cubana, pudo decirse que ciñó sus sienes con los laureles que alternativamente cortaba en el Monte Parnaso y en el Campo de Marte. Cosa parecida fué posible aducir respecto de casi todos los varones de tales días. Las circunstancias de ocasión y lugar mantenían dulcemente hermanadas la pluma y la espada.



NOVIEMBRE

22

1868

## LA REVOLUCION EN EL COBRE

Las conferencias celebradas por Donato del Mármol y Félix Figueredo con el teniente pedáneo Jesús Pérez, para atraerlo al partido de la insurrección con toda la gente que a sus órdenes habían armado comerciantes y agricultores de El Cobre y sus inmediaciones, lograron éxito feliz. La noticia de la defección de Pérez corrió aceleradamente por la comarca y causó enorme pavor en autoridades y pudientes.

A la defección de Jesús Pérez, tan favorable para las armas cubanas, siguieron otras novedades dichas. Félix Figueredo ensayó el sistema, suave y difícil a un tiempo, de sumarse el concurso de las gentes de El Cobre por medio de la convicción y de la paz. Explicó circunstanciadamente el problema político que se proponían resolver los cubanos sublevados, extinguiendo el régimen colonial y la inhumana institución de la esclavitud, pero respetando el derecho de propiedad después del triunfo. Los que escuchaban a Figueredo volvían a sus casas llenos de simpatía por los alzados y de esperanzas para su bienestar. Figueredo condujo sus gestiones hacia dos puntos en relación con El Cobre: la toma de la plaza por los cubanos sin derramamiento de sangre y la evacuación de la misma por los españoles mediante un pacto de guerra que los dejase a cubierto en su honor militar.

El 22 de noviembre de 1868, reunidos en la finca de Zacarías Cosme personajes de El Cobre e insurrectos, se preparó la entrada de éstos en la villa. Figueredo quedó encargado de redactar dos oficios: el de intimación y el de la respuesta que había de dar el jefe español. Y Luis Marcano dictó las comunicaciones necesarias para que los

generales Mármol, Santiesteban y Gómez se dirigiesen inmediatamente a El Cobre.

El acuerdo a que llegaron criollos y peninsulares en 22 de noviembre de 1868 en relación con El Cobre estuvo expuesto a complicaciones. La habilidad de Félix Figueredo se había proyectado sobre la flaqueza de los defensores de la Colonia y contaba con la discreción y prudencia de los libertadores llamados a cooperar en la realización de su atrevido plan. De todos modos, algo quedó probado: el tacto de hombres nuevos en afanes políticorrevolucionarios. Sin un tacto exquisito no hubiese sido posible adelantar un concierto como el señalado. Otra cosa fué evidenciada: la facilidad con que podían penetrar en las filas adversarias las ideas de los separatistas. Estos exhibían propósitos tan justos y claros, y tan en conexión con la fraternidad humana, que con razón se creía factible la convivencia de todos los habitantes de la Isla.



NOVIEMBRE

23

1868

## SITIO DE HOLGUIN

La chispa revolucionaria, prendida en Yara, se extendió por casi toda la región oriental de Cuba. Pueblos, villas y ciudades se vieron bajo las armas libertadoras en el transcurso de pocas semanas. La jurisdicción de Holguín se halló invadida por los patriotas. Las fuerzas cubanas mandadas por el general Amado Manuit fueron en Holguín rechazadas a fines de octubre de 1868. El 20 de noviembre de nuevo se presentaron a sus puertas el propio Manuit, los generales Julio Grave de Peralta y Francisco Maceo y el coronel Luis Figueredo. Jefe de los españoles de Holguín era el comandante militar Francisco de Camps y Feliú, que, encerrado en *La Periquera*, tuvo que hacer esfuerzos extraordinarios para evitar la rendición.

Los cubanos iniciaron el ataque el 20 de noviembre de 1868. El 21 les pareció llegada la hora de intimar la rendición de la plaza. Manuit hizo la demanda a Camps y Feliú. Ambos jefes acordaron celebrar una conferencia en la Plaza de Armas. La efectuaron a presencia de una muchedumbre de curiosos de la población y de individuos del Ejército Libertador. El diálogo terminó con la exigencia reiterada de Manuit en el sentido de que Camps y Feliú le entregase *La Periquera* con armas y municiones. Camps expresó su propósito de consultar con personas caracterizadas y oficiales a sus órdenes.

Los defensores de *La Periquera* no deseaban deliberar acerca de la exigida rendición: deseaban dar tiempo a que apareciesen refuerzos para sí. La carta conminatoria que el 22 de noviembre dirigió Julio Grave de Peralta a Camps y Feliú, las nuevas entrevistas de españoles e insurrectos en la Plaza de Armas y las amenazas

de Manuit no valieron de nada. Cuando, el 23 de noviembre de 1868, los soldados de Cuba libre aguardaban con impaciencia la noticia de la rendición de la casa-fuerte que era *La Periquera*, el general Manuit recibió y leyó la comunicación de Camps significativa de que sus subalternos sabían vencer o morir, pero no rendirse.

La determinación del jefe español entrañaba la inmediata ruptura de las hostilidades, como al fin ocurrió, no obstante las nuevas diligencias pacificadoras de Manuit. Fué sin duda un acto decisivo, un golpe temerario, estudiado y preconcebido con la esperanza cierta de recibir refuerzos. Los servidores del régimen colonial no abandonaron *La Periquera* y hasta lograron, merced a la presencia de la columna esperada, adueñarse otra vez de toda la ciudad. En cambio, los bravos insurrectos lograron dejar bien sentada allí su reputación bélica.



NOVIEMBRE

24

1859

## GOBIERNO DE FRANCISCO SERRANO

Difícil y amarga labor pareció que iba a ser la de gobernar la isla de Cuba inmediatamente después de ocupar la Capitanía General por segunda vez José Gutiérrez de la Concha. Un reguero de sangre señalaba su paso por el mando supremo de esta Antilla. Persecuciones, intrigas, venganzas ruines y suplicios fueron arbitrios aprovechados por Concha para oprimir a los criollos. La senda que debía recorrer su sucesor estaba erizada de abrojos.

A Concha sucedió en el mando de Cuba el general Francisco Serrano, hombre de criterio amplio, conciliador, digno por temperamento y justiciero por convicción. Genuina virtud tenía que poseer quien ante la actitud de la intransigencia española, ganosa de elevar a sistema los draconianos procedimientos de Concha y sus iguales, se aventurase, como se aventuró Serrano, a tender su mano al cubano, cobijándolo también con la justicia y el derecho.

Serrano asumió el gobierno de la Isla el 24 de noviembre de 1859. La sociedad cubana lo acogió con respeto. Por su parte, él trató de no perder la consideración de los criollos. Desde la protección prestada a la instrucción pública hasta el homenaje que oficialmente rindió a la veneranda memoria de José de la Luz y Caballero, en todo quiso y logró estar Serrano como cumplía a su condición de gobernante caballeroso e hidalgo.

Supo ser severo con los dictados de su conciencia para obedecerlos y seguirlos hasta el día mismo en que entregó el gobernalle de la Isla al general Domingo Dulce y Garay. Hubo en su tiempo toda la libertad que era posible que hubiese dentro del absolutismo colonial. La prensa periódica, a cuya cabeza llegó a marchar *El Siglo*,

gozó de las garantías que estaba en el poder de Serrano deparar a la emisión del pensamiento. Autorizó la organización de los reformistas para que defendiesen mejor sus principios y aspiraciones frente a los españoles intransigentes, a quienes ni semejante acto de equidad parecía tolerable. Procuró ser hombre de honor y gobernante de honor. Apreció con exactitud sus derechos y deberes. En el desarrollo de su actividad brillaron un talento previsor y un alma abierta al bien y al decoro.



NOVIEMBRE

25

1891

## MARTI EN TAMPA

El nombre de José Martí en el año de 1891 no era ya el de uno de tantos cubanos emigrados del país natal en busca de ambiente de libertad. La misión de aquel a quien con razón se llamaba Maestro había sido revelada a sus discípulos. A despecho de la distancia, los patriotas advirtieron que Martí resumía en sí las aflicciones y ansias de Cuba. Y era que él se adentraba en los corazones de los demás en tanto el suyo, grande y tierno por excelencia, permanecía abierto a la patria y a sus servidores, para sentir como propios los dolores y júbilos de todos.

Tampa, la ciudad del Sur de los Estados Unidos, había acogido a miles de cubanos, mayormente torcedores de tabacos. Estos cubanos, entre los que había antiguos servidores de la independencia de la Isla, mantenían el culto patriótico fervorosamente. A ellos llegaron noticias relativas a las altas calidades de Martí, residente en Nueva York. Los cubanos emigrados en Tampa no pudieron ser indiferentes ante la existencia de tamaño valor humano. Y mucho menos fué posible una omisión de tal índole encontrándose en Tampa un patriota del temple de Néstor Leonelo Carbonell.

Carbonell, fundador y presidente del club *Ignacio Agramonte*, invitó a Martí a que visitase a Tampa. No descansó hasta tener asegurado el viaje del alterador a La Florida. Y pudo sentirse satisfechísimo, pues con la aceptación de Martí se exhibió la actitud de sus compatriotas de Tampa, que, escuchando algo así como el clamor de Cuba irredenta, estuvieron prestos a demostrar su compenetración con el portavoz ilustre de la unidad de los revolucionarios cubanos.

Martí anunció a Carbonell en 24 de noviembre, desde Nueva York, su partida hacia Tampa, y a las cuatro de la tarde del día 25 era el telégrafo conductor de la grata noticia de que se hallaba muy cerca. A medianoche llegó el hombre extraordinario que traía la estrella y la paloma en el corazón. Centenares de cubanos aguardaban el arribo del huésped esclarecido. El acto de la presentación preliminar de Martí fué sencillísimo: breves palabras, ahogadas por la emoción, de Néstor Leonelo Carbonell, y breves palabras también de José Martí, a quien, coreando el frenético viva dado por Eligio Carbonell, la muchedumbre saludaba como prenuncio de una edad nueva.



NOVIEMBRE

26

1891

## CON TODOS Y PARA EL BIEN DE TODOS

El entusiasmo inusitado con que los nobles y sinceros cubanos de Tampa recibieron a Martí a su llegada de Nueva York decía a las claras que era grande la avidez existente entre ellos por escucharlo. La realidad sobrepasó todos los cálculos en la fiesta cívica celebrada en la noche del 26 de noviembre de 1891. La presencia de una muchedumbre extraordinaria y el desarrollo del programa preparado por la directiva del club *Ignacio Agramonte* contribuyeron de consuno a la brillantez de la velada. Para tomar parte en ella, como orador y como taquígrafo, concurrió desde La Habana Francisco María González. Cuanto quiso realizarse estuvo dispuesto a la hora señalada para comenzar el acto, y la esplendidez y trascendencia del mismo pronto pusieron fe hasta en los pechos de los pesimistas.

A eso de las ocho y media de la noche el presidente del club *Ignacio Agramonte*, Néstor Leonelo Carbonell, en breve discurso, declaró abierta la velada, rememoración de glorias patrias y expresión de esperanzas risueñas para Cuba. Ramón Rivero y Rivero presentó con palabra fácil a José Martí y a Francisco María González. Canto, música y recitaciones precedieron el discurso del Maestro. Su presencia en la tribuna provocó una grande ovación. La oración que pronunció fué profunda, conmovedora, magistral. ¿Cómo no había de considerarse el espíritu del cubano poseído de un poder superior al escuchar de labios del Apóstol, apenas perdido en el espacio el eco de tanto aplauso, sus admirables proposiciones? "De altar —dijo en seguida— se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal para levantarnos sobre ella." Más adelante dijo evan-

géricamente: "Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón." Era, sí, el portador de los preludios de la liberación del cubano: era la encarnación del ideal de una república nueva, justa y virtuosa.

El prócer que supo hablar a los suyos en días de infortunios y de esperanzas, ¿cómo no había de ser tenido por el Maestro? ¿Podía dudarse de que su concepción de la República estaba acompañada de una fe absoluta en el poder de la voluntad humana? Al amparo de su fórmula de amor triunfante —"con todos y para el bien de todos"— señaló el sendero de las virtudes públicas, advirtió los males provenientes de la corrupción y el deshonor del ciudadano y dejó prácticamente trazadas las líneas generales dentro de las cuales quedaría redactado el programa del partido llamado a unir a todos los que aspiraban a la transformación políticosocial de Cuba.

Con todos y para el bien de todos quiso Martí dar peso y volumen a la tarea de acelerar la reanudación de la guerra liberadora en su patria. Su discurso del 26 de noviembre de 1891 tuvo mucho de programa: fortaleció corazones, diafanizó actitudes, expandió claridades y señaló caminos de acción transmutatoria. Los emigrados en Tampa oyeron la palabra de un fundador: el fundador que trabajaba por el advenimiento de una república preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos.

Aquella predicación fué labor genuina del Maestro, y los discípulos, fieles a la fe jurada a la patria oprimida, lograron comprenderlo y seguirlo en sus supremos designios. La grande obra de la conquista definitiva de la justicia y del derecho quedó entonces iniciada, para arrancar de pechos generosos, y de brazos aguerridos, nuevos inextinguibles esfuerzos encaminados a la satisfacción de los anhelos del cubano.



NOVIEMBRE

27

1871

## FUSILAMIENTO DE ESTUDIANTES

El 23 de noviembre de 1871, en horas de la tarde, alumnos del primer año de medicina se reunieron en el anfiteatro anatómico denominado San Dionisio, contiguo al cementerio de Espada, en La Habana, en espera de uno de sus profesores. Algunos de los congregados —Anacleto Bermúdez, Angel Laborde, José de Marcos y Medina y Pascual Rodríguez y Pérez— subieron al carro mortuario de la Escuela de Medicina y dieron vueltas por la plaza que existía frente al cementerio. Por otra parte, Alonso Álvarez de la Campa, de dieciséis años de edad, tomó una flor del propio camposanto.

El 25 de noviembre el gobernador político de La Habana, Dionisio López Roberts, visitó el cementerio de Espada, recogió del celador del mismo la falsa versión de que algunos estudiantes habían rayado el cristal del nicho de Gonzalo Castañón —el director de *La Voz de Cuba* muerto violentamente en Cayo Hueso, a manos del separatismo cubano— y, acompañado de varios voluntarios y agentes de policía, se presentó en la Escuela de Medicina, en busca, según dijo, del "autor de los desmanes cometidos la tarde del 23 en el cementerio". Tras las palabras amenazadoras de López Roberts, fué iniciado el sumario. Cerca de cincuenta alumnos quedaron detenidos. Seis de ellos ingresaron en la cárcel de La Habana bajo absoluta incomunicación.

El 26 de noviembre la mendaz imputación hecha a los estudiantes de medicina adquirió los caracteres de verdad inconcusa. Y los voluntarios, vociferantes, por medio de comisiones negociaron con el Segundo Cabo, Romualdo Crespo, el fusilamiento de víctimas propiciatorias. Un consejo de guerra verbal se encargó de juzgar a los acu-

sados. La defensa de éstos fué asumida por Federico R. de Capdevilla, capitán graduado del Ejército, quien calificó de "triste, lamentable y esencialmente repugnante" el acto que le concedía la honra de comparecer y elevar su voz ante un tribunal reunido "por la fuerza, por la violencia y por el frenesí de un puñado de revoltosos". La sentencia dictada por el consejo de guerra, injusta por cuanto era condenatoria, pero sin pronunciamiento de la pena de muerte, exacerbó a los amotinados voluntarios, que lograron de Crespo la formación de un nuevo tribunal, en el que ellos tuvieron mayoría.

El 27 de noviembre se reunió el segundo consejo de guerra. El delirio de los voluntarios había creado un ambiente en todo propicio al sacrificio de los acusados. En forma irregular, sin garantías para los enjuiciados, se desarrolló la vista. Lo predominante fué el pugilato establecido en torno al número de los que habían de ser fusilados. A la una de la tarde el consejo de guerra firmó la sentencia, que condenó a ocho a ser pasados por las armas y a treinta y cinco a presidio y reclusión por términos de seis años, cuatro años y seis meses.

A las cuatro y veinte minutos de la tarde del 27 de noviembre de 1871, en la Plaza de la Punta, frente al costado Norte de la cárcel de La Habana, se llevó a cabo el fusilamiento de los ocho estudiantes de medicina condenados a muerte por la supuesta profanación del sepulcro de Gonzalo Castañón. Los ocho inocentes así inmolados a la furia del integrismo fueron Alonso Alvarez de la Campa, José de Marcos y Medina, Carlos Augusto de la Torre, Eladio González y Toledo, Pascual Rodríguez y Pérez, Anacleto Bermúdez, Angel Laborde y Carlos Verdugo. Estos inocentes fueron víctimas de los excesos desatados en Cuba por la reacción encaminada a contener los avances del separatismo insular.



NOVIEMBRE

28

1868

## ACCION DE BONILLA

El conde de Valmaseda, al trasladarse de Manzanillo a Puerto Príncipe en la segunda quincena de noviembre de 1868, persistía en buscar y concertar un arreglo con los revolucionarios camagüeyanos. En la red así tendida cayó Napoleón Arango, erigido en general en jefe de la jurisdicción. Para mejor entrar en negociaciones de paz y prevalido de la preeminencia de que gozaba, Arango se opuso a que Angel del Castillo e Ignacio Agramonte resistiesen a la columna enemiga y alejó las huestes cubanas de los lugares en que podían hostilizarla. Después convocó a una junta en Clavellinas, donde, aunque al principio pareció dividir las opiniones, sufrió terrible desengaño.

Arango no se curó de su obstinación culpable. De nuevo fué a ver a Valmaseda. Y, poseedor de ofertas falaces, reunió a los principales revolucionarios en el poblado de Minas. Salvador Cisneros, Ignacio Agramonte e Ignacio Mora, entre otros, pusieron fin a las maquinaciones en juego. Ignacio Agramonte, con vehemencia y valentía, exigió que cesasen de una vez para siempre las torpes dilaciones y las demandas humillantes y proclamó que Cuba no tenía más camino que el de conquistar su libertad por la fuerza de las armas. La inmensa mayoría se decidió por la guerra, y el Comité Revolucionario, integrado por Salvador Cisneros y Betancourt, Ignacio Agramonte y Loynaz y Eduardo Agramonte y Piña, se encargó del gobierno provisional de Camagüey. Uno de sus primeros acuerdos consistió en nombrar director militar del departamento a Augusto Arango, a quien sus compatriotas llamaban, con reverente cariño, el muerto

vivo, el de cráneo de plata, recordando las hazañas que en 1851 había realizado al servicio de Cuba.

El 28 de noviembre de 1868, media semana después de la constitución del Comité Revolucionario, la acción de Bonilla fué bautismo de sangre de Camagüey. Valmaseda quedó convencido del fracaso de sus tentativas para someter a los rebeldes con planes mentirosos e incompatibles con las aspiraciones patrióticas. Se encaminó a Nuevitas con su columna, fuerte de dos mil quinientos individuos de tropa, buen armamento y poderosa artillería. Los cubanos se sintieron como atizados por fuego irresistible, y corrieron a desafiar el empuje y la arrogancia del adversario. No eran los camagüeyanos sino ciento cincuenta y carecían del más rudimentario conocimiento de táctica militar.

Los camagüeyanos carecían de armamento adecuado. Con sólo tres rifles, deficientes escopetas de cazar pájaros y algunos revólveres se atrevieron a hacer frente a los españoles. El Conde fué contenido en su intentado avance, luego obligado a retroceder y por último puesto en retirada hacia el pueblo de San Miguel, en tanto trece camagüeyanos —entre ellos, Augusto Arango, Salvador Cisneros, Ignacio Agramonte, Rafael Argilagos, Diego y Gaspar Agüero e Ignacio Mora— quedaron dueños del campo, y Angel del Castillo, Bernabé de Varona y Manuel Boza no cesaron de hostigar al maltrecho ejército contrario. La acción de Bonilla dió prestigio y gloria a los libertadores de Camagüey.



NOVIEMBRE

29

1895

## LA COLUMNA INVASORA EN LA TROCHA DE MORON

Al cabo de veinte días de hallarse en la región camagüeyana el general Antonio Maceo, al frente de la columna invasora que había penetrado en la tierra de Agramonte el 8 de noviembre de 1895, se encontraba sobre la Trocha, el valladar levantado de Júcaro a Morón con el propósito de incomunicar las dos provincias orientales con Las Villas. El intrépido capitán no se detenía ante obstáculo humano alguno. A despecho de las esperanzas puestas por las autoridades españolas en la Trocha, para Maceo fué cosa decidida franquearla con la hueste insurrecta.

La columna invasora acampó en la noche del 28 de noviembre en el caserío de Artemisa, inmediato a la Trocha. Allí tomó informes y prevenciones. En las primeras horas de la madrugada del 29 Maceo marchaba ya hacia la Trocha, para encontrarse al romper el alba en aptitud de burlar el amenazante valladar por entre fortines y alambradas. Una sección de éstas fué rota por la vanguardia libertadora. La hazaña estaba librada en su parte más riesgosa. El General resguardó el paso de la impedimenta por el centro de las fuerzas, ocupó los terraplenes del camino de hierro e hizo ejecutar en menos de una hora totalmente la operación.

Mil quinientos treinta y seis hombres cruzaron la Trocha, y ni una sola baja hubo que anotar. La caballería de Camagüey, ganosa de ser digna continuadora de aquella que había obedecido a Agramonte, contramarchó para su territorio tan luego como la hueste invasora dejó salvado el obstáculo por los españoles juzgado infranqueable. En el momento de terminar el paso de la impedimenta uno de los fuertes españoles rompió vivo tiro-teo, que no fué apagado con la metralla de la fusilería

mambisa, sino con vivas atronadores y con las notas marciales del himno bayamés.

La jornada del 29 de noviembre de 1895 fué brillante para las armas cubanas. Después de franquear la Trocha se ocupó Maceo, situado a unos ocho kilómetros de la barrera burlada, en comunicarse con Máximo Gómez. Por ser grande el deseo que en ambos jefes existía de abrazarse y por hallarse a corta distancia uno del otro, Maceo prosiguió la marcha hasta encontrarse con el hombre de Palo Seco. En aquellos momentos acompañaban al general Máximo Gómez el general Carlos Roloff y seis escuadrones de la división de Sancti Spiritus, comandados por el general Serafín Sánchez y el teniente coronel José Miguel Gómez. La entrevista de Antonio Maceo y Máximo Gómez fué como la celebración de la victoria acabada de conquistar en la Trocha.



NOVIEMBRE

30

1665

## ESCUDO DE ARMAS DE LA HABANA

Muchas de las poblaciones fundadas en Indias por los castellanos nacieron provistas de títulos y preeminencias notables.

Otras no llegaron a poseer tales galardones sino por la acción del tiempo y de sus esfuerzos propios. La Habana, cuyo cabildo municipal fué desde lejanos días guardián de los prestigios y las distinciones que iban mereciendo primeramente la villa y después la ciudad, figuró entre aquellas que tuvieron que bregar con tesón para obtener honores muy apetecidos entonces. ¿Cómo era posible que San Cristóbal de la Habana careciese de escudo de armas? Grande injusticia venía consumándose cuando, en 30 de noviembre de 1665, en Madrid, Mariana de Austria, viuda de Felipe IV y reina gobernadora, otorgó la merced de escudo de armas a La Habana.

El ayuntamiento de La Habana había solicitado en 22 de mayo de 1665 de la Reina Gobernadora aquella gracia, aduciendo la razón de que, no obstante las pesquisas practicadas, resultaba desconocido el origen de la merced a virtud de la cual podía usar la ciudad el escudo de armas compuesto de tres castillos y una llave en campo azul. La Reina Gobernadora, muy complacida de que sus vasallos de la capital de Cuba le hiciesen tal requerimiento, accedió a él en términos lisonjeros para La Habana. La real cédula de 30 de noviembre de 1665 fué, en puridad de verdad, una ratificación del honor que debió de recibir La Habana con el de su exaltación, en 1592, de villa a ciudad.

Cuanto a su composición, el escudo primitivo de La Habana estuvo formado por los tres castillos y la llave en campo azul, exacta alegoría, según la expresión de un historiador, de sus primeras fortificaciones y de ser su

puerto la llave del paso para América. Ya estaba reconocida la importancia excepcional de la situación geográfica de Cuba: en el escudo de armas de La Habana quedó grabada. El acontecimiento, en el orden moral, entrañaba verdadero interés.

La Habana mereció de sobra la distinción por la Reina Gobernadora ratificada. Ni escasa ni circunstancial era la importancia que ya tenía lograda la ciudad, relegando a un orden inferior al suyo a Santiago de Cuba. Su excelente posición en el seno del Golfo de México y las condiciones superiores de su puerto habían determinado la preferencia de que comenzó a ser objeto tan luego como tomó incremento el tráfico marítimo en las riberas del Nuevo Mundo. Los destellos de la buena suerte de la capital de Cuba empezaban a ser advertidos. Acaso no hubo por aquel tiempo ningún espíritu que abarcase en toda su amplitud las posibles grandezas de la ciudad. En cambio, se vislumbraba mucho de lo que estaba llamada a ser La Habana como llave del Nuevo Mundo y antemural de las Indias Occidentales.



DICIEMBRE

1

1895

## GOMEZ Y MACEO EN LA REFORMA

En el campamento de Lázaro López, en territorio camagüeyano, los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, con sus huestes, experimentaron sensaciones gratisimas. El entusiasmo de los revolucionarios se manifestó allí gallardamente. Las palabras que el Generalísimo dirigió en la mañana del 30 de noviembre de 1895 a los libertadores fueron resumen y compendio de las opiniones de los patriotas. El cumplimiento del deber que a sí propios se habían impuesto era superior a toda otra consideración.

En el deseo de adelantar en la ruta de Oriente a Occidente, el mismo 30 de noviembre partió la columna invasora del campamento de Lázaro López. El paraje elegido para vivaquear fué La Reforma, en las márgenes del Río Grande, casi contiguo al territorio de Las Villas. Era un magnífico punto de observación. Había que proseguir la marcha emprendida en Baraguá y permanecer alerta sobre las maniobras del enemigo.

Al tiempo de hacer parada los libertadores en La Reforma los españoles al mando del general Suárez Valdés acampaban en Trilladeritas. Ambos bandos adversarios, el de Gómez y Maceo y el de Suárez Valdés, se encontraban a no mucha distancia entre sí. Unos doce kilómetros tan sólo los separaban. El vivaque insurrecto era accesible por diversos puntos, debido a la extensión que abarcaba y a la situación que ocupaba. Pudo creerse que el choque de las armas adversarias no se haría esperar, con mayores veras si se tenía en cuenta la necesidad en que estaba Suárez Valdés de demostrar la pregonada eficacia de su táctica.

El 1º de diciembre de 1895 continuaron los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo en La Reforma. Se

creyó que iba a sobrevenir la acometida de Suárez Valdés contra las huestes insurrectas, pues su misión, en aquellos momentos, como que ocupaba la comandancia general de Las Villas, debía tender a impedir el avance de los libertadores. En efecto, Suárez Valdés levantó sus reales el 1º de diciembre. Quiso acercarse algo, solamente algo, al campo de La Reforma. Conocía que allí se encontraba Gómez y acaso presumía la presencia de Maceo. Pero su resolución era tímida, demasiado tímida. Lo fué en términos tales que durante todo aquel día hubo lo bastante para que Gómez y Maceo, sin moverse de La Reforma, quedasen informados de las maniobras y de la situación de Suárez Valdés y preparasen sus huestes para combatir próximamente.



DICIEMBRE

2

1873

## ACCION DE PALO SECO

La arremetida del general Máximo Gómez en La Sacra y el asalto de Manzanillo por el general Calixto García habían elevado los prestigios revolucionarios. Y a los actos de arrojo y valentía así realizados se agregaban providencias juiciosas, como la de reorganizar las fuerzas libertadoras. Entre éstas existía un excelente espíritu bélico. En tales condiciones psíquicas por parte de los insurrectos se desarrolló, en 2 de diciembre de 1873, la acción de Palo Seco. El general Máximo Gómez había concebido el plan de amagar al pueblo de Guáimaro, ocupado y fortificado por los españoles, y de correrse después sobre la loma de Bagá, para interrumpir los trabajos de una trocha que intentaba construir el enemigo.

En los momentos en que los españoles de Guáimaro rompían fuego contra la hueste insurrecta y ésta se disponía a realizar su plan a favor del humo del cañón adversario un mensajero de Guáimaro informó al general Máximo Gómez que en la madrugada del día anterior la columna del coronel Vilches, fuerte de seiscientos hombres de caballería e infantería, había partido de allí con rumbo a Lajas y con la intención de apoderarse de un depósito de municiones tomadas poco tiempo atrás por el general Vicente García en el campamento enemigo de Zanja. La orden de marcha fué dada incontinenti, y los trescientos hombres escasos que componían la tropa libertadora recibieron la advertencia de que urgía correr a salvar el parque guardado por García.

Al cabo de una jornada realizada por combatientes ansiosos de desafiar la muerte, a cosa de las tres de la tarde del 2 de diciembre de 1873, los cubanos se hallaron ante la columna de Vilches, en el campo de Palo Seco.

¿Cómo pelearon allí los soldados de Cuba rebelde? ¿Sostuvieron en lo alto el pabellón con tanta gloria paseado por Agramonte a través de la campiña camagüeyana? Nunca tuvo la patria mejores hijos.

El de Palo Seco fué un choque terrible de valientes contra valientes. La vanguardia insurrecta, al mando del teniente coronel Baldomero Rodríguez, consumó proezas. El coronel Vilches sucumbió a manos de los intrépidos asaltantes. Los españoles tuvieron centenares de muertos. El resto de la maltrecha columna, con el comandante Martitegui al frente, se rindió a la intimación del teniente coronel Baldomero Rodríguez. Las bajas de los libertadores consistieron en tres muertos y diecisiete heridos. La acción de Palo Seco, y así la describió Máximo Gómez, el héroe de la hazaña, fué no menos afortunada que temeraria. Valió a la Revolución, con la fama del suceso y con sus consecuencias de orden superior, la salvación del depósito de municiones del general Vicente García y la toma del "equipo rico y valioso de una columna de seiscientos hombres que se prometía conseguir un triunfo de trascendencia militar".



DICIEMBRE

3

1853

## GOBIERNO DE JUAN DE LA PEZUELA

El gobierno de Juan de la Pezuela en Cuba comenzó en 3 de diciembre de 1853. No llegó a los diez meses. Sin embargo, dejó huellas que ni el tiempo ni las vicisitudes políticas pudieron borrar.

Un escritor hispano juzgó la conducta de Pezuela en Cuba sin despojarse de la influencia de pasiones emanadas de circunstancias borrascosas. Dió pábulo a las aberraciones de los inconscientes de determinado momento histórico. Y expuso que con el nombramiento de José Gutiérrez de la Concha para suceder a Pezuela quiso la Metrópoli brindar cumplida satisfacción a la masa de españoles que se puso frente al segundo, porque éste, con una tan grande como inesperada falta de tino, intentó quebrantar con medidas intempestivas los sentimientos de los leales y conmover los intereses de la Colonia. La acusación, sobre ser destemplada, careció de todo fundamento sólido. La conveniencia del traficante indigno, en la que sin duda se fijaba Justo de Zaragoza al emitir la opinión citada, no pudo servir de punto de vista para dictaminar acerca de la conducta humana en relación con problemas de entidad.

La obra de Pezuela descolló por la pulcritud y serenidad con que fué llevada adelante. La honradez acrisolada de aquel caballero español a la antigua usanza, como lo llamó José Ignacio Rodríguez, no pudo ser desvirtuada por sus enemigos. La generosidad y nobleza que le acrearon la inquina del partido de los intransigentes resultaron cabalmente las condiciones que le permitieron prestar señalados servicios, no ya a los cubanos, sino a la humanidad. Protegió a la raza negra. Adoptó medidas enérgicas para lograr la extinción de la trata. Y de-

fendió a los emancipados, que hasta entonces no eran sino perpetuos esclavos del Gobierno.

Un vulgar delator se acercó una vez a Pezuela para hablarle de una conspiración y entregarle la lista de los complotados. El General manifestó al visitante que las maquinaciones de los hijos del país lo indignaban, y le preguntó qué sanción merecían, a su juicio, tales ingratos. El denunciante contestó que tan sólo en la hoguera expiarían los acusados su delito. Pezuela, con serena naturalidad, repuso:

—¡Tiene usted razón; voy a quemar a esos traidores, a quemarlos a todos, sin perdonar a uno siquiera!

Y, uniendo la acción a la palabra, acercó la lista a la llama de una vela que en el aposento ardía y aguardó a que el papel, que no leyó, quedase completamente reducido a cenizas. En aquel momento Pezuela hizo honor al régimen colonial y a su reputación de hombre civilizado y culto. Desdichadamente, su conducta no tuvo muchos imitadores en Cuba, aun siendo la correcta. En el gobierno de la Isla solían predominar el odio, el resentimiento, el espíritu de venganza y la concupiscencia. Una metrópoli deseosa de ser justa y humana en sus colonias hubiese procurado poner en los altos oficios de sus posesiones ultramarinas a varones de la calidad de Juan de la Pezuela. Los rectores de la política española no pudieron realizar una operación tan sencilla y prudente.



DICIEMBRE

4

1896

## EL PASO DE MARIEL

En la noche del 3 de diciembre de 1896 Antonio Maceo quedó informado de la manera de hacer el paso por el mar entre Pinar del Río y La Habana. Aceptó realizarlo en un bote tripulado por Carlos Soto, Gerardo Llaneras y Eduardo Concepción, quienes cubrían el servicio de correos de la Revolución a través de aguas de Mariel. Un temporal de pertinaz lluvia y fuerte aire imposibilitó consumir el proyecto la propia noche del 3. El día 4, sobre todo en su segunda mitad, fué empleado en organizar la expedición.

Los momentos empleados en los preparativos de la expedición fueron de zozobra y consternación. Maceo escogió a los que debían formar su séquito en la jornada de la noche que se aproximaba: el general José Miró Argenter, el brigadier Pedro Díaz, los coroneles Alberto Nodarse y Charles Gordon, los tenientes coroneles Manuel Piedra y Alfredo Jústiz, los capitanes Nicolás Souvanell, Ramón Peñalver y Ramón Ahumada, los tenientes Francisco Gómez Toro y José Urbina, el médico Máximo Zertucha, los asistentes Benito y Ricardo Hechavarría, Juan Pérez, José Delgado y Andrés Cuervo y los tripulantes Soto, Llaneras y Concepción.

La travesía de la Caleta de la Caña a Los Mosquitos, fuera de la bahía de Mariel, resultó imposible al ser intentada: la lluvia y el aire continuaban mostrándose inclementes. Entonces el humilde piloto insurrecto indicó que por la boca de Mariel podía llevarse a cabo el empeño sin los peligros del agitado mar, pero desafiando la vigilancia de la ronda, las trincheras enemigas y los dos cañoneros surtos en el puerto. A Maceo sedujo el viaje por la nueva ruta señalada, y la aceptó.

A las once de la noche del 4 de diciembre de 1896 el bote insurrecto fué conducido en hombros de la Caleta de la Caña a La Aguada, a menos de cien metros del reducto levantado dentro de Mariel. No mucho más que doble era la distancia entre el Lazareto y el lugar adonde llegaron el Lugarteniente y su séquito como en entierro misterioso. De la exploración de la playa de La Aguada sólo se derivó la certeza del peligro conocido. La barca de la fortuna fué puesta en condiciones de navegar. Embarcaron Maceo, cuatro de sus acompañantes, José Miró, Pedro Díaz, Francisco Gómez Toro y Máximo Zertucha, y los tres tripulantes. Llaneras y Concepción remaban en tanto Soto achicaba con una jícara de güira el agua que de continuo inundaba la embarcación. Surcaron la bahía en dirección al muelle de Gerardo Llaneras, en las inmediaciones de El Torreón, custodiado por trescientos españoles, y a setenta metros de una avanzada de aquella antigua fortaleza. A las doce menos cuarto de la noche desembarcó el General. Fué introducido en la casa de Valentín Brito, frente al muelle. A su lado quedó Carlos Soto. Siguiéron inmediatamente cuatro expediciones, dirigidas por Gerardo Llaneras, dos desembarcadas en su muelle y las otras dos en el de José González, "un español amante de Cuba y de la libertad". A las tres de la mañana terminó la insólita aventura. ¡El sueño del héroe estaba cumplido! Maceo dijo:

—¡Silencio, y en marcha!



DICIEMBRE

5

1895

## INVASION DE LAS VILLAS

Maceo consideró que debía ser medida anterior a la invasión de Las Villas la organización del Cuarto Cuerpo del Ejército Libertador, pues su mando superior, al igual que el del Quinto Cuerpo, le había sido otorgado por el General en Jefe. El Quinto Cuerpo se constituiría, según el plan concebido, con los elementos de las provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río. El Cuarto Cuerpo, integrado por las fuerzas de Las Villas y bajo la jefatura del general Serafín Sánchez, comprendería dos divisiones, con las brigadas de Sancti Spiritus, Remedios, Trinidad, Santa Clara, Sagua la Grande y Cienfuegos.

El brigadier Quintín Bandera y el teniente coronel José Miguel Gómez recibieron la orden de marchar hacia el valle de Trinidad. Se pusieron a la cabeza de fuerzas de infantería orientales y de un regimiento de caballería. Su objetivo consistía en sembrar la alarma en la comarca de Trinidad, adonde acudirían refuerzos españoles que, merced a tal estratagema, no podrían oponer su resistencia a la columna central invasora.

Todo estaba listo para iniciar la invasión del territorio villareño. Efectivamente, la iniciaron los generales Gómez y Maceo al cruzar en las primeras horas de la mañana del 3 de diciembre el río Jatibonico, límite de las provincias de Puerto Príncipe y Santa Clara. El español, atento a los movimientos de avance de las huestes insurrectas, afrontó incontinenti el duelo a que éstas lo invitaban. En el campo de Iguará, algo así como un reducto defensivo de Jatibonico del Sur, entablaron reñida pelea Maceo y Gómez con el enemigo, mandado por el coronel Segura. La tragedia, una prueba hermosa de la decisión y valentía de los combatientes criollos, les

costó, lo mismo que al adversario, notables pérdidas. Mas la nueva conquista intentada se había consumado. La invasión de Las Villas por la columna organizada en Baraguá dejaba de ser una ilusión: era una realidad triunfante.

La invasión de Las Villas fué celebrada con una prueba de confianza dada por el Consejo de Gobierno. Este acompañaba a la columna invasora desde Baraguá. Aunque Maceo había instado al presidente Cisneros para que el Gobierno, encargado de atender la marcha de los asuntos de toda índole de la Revolución, no se expusiese a los azares de una campaña ruda, sus componentes, con el marqués de Santa Lucía a la cabeza, habían insistido en el empeño de coadyuvar a la obra de abrir paso al Ejército Libertador a través de Camagüey y de Las Villas. Cisneros y sus colaboradores, al hallarse en el seno de la región villareña, consideraron asegurada la empresa a que venían prestando el calor de su presencia, y sobre el campamento de Ciego Potrero, el 5 de diciembre de 1895, despidiéndose de la intrépida columna, para regresar a Oriente, solemnizaron la invasión de la tierra de Miguel Jerónimo Gutiérrez y Eduardo Machado.



DICIEMBRE

6

1796

## EL CONDE DE SANTA CLARA

El teniente general Juan Procopio Bassecourt, conde de Santa Clara, tomó posesión del gobierno de la Isla el 6 de diciembre de 1796. El Conde quiso y logró seguir las huellas de Luis de la Casas, su predecesor. Cuantos empeños realizó hasta el 13 de mayo de 1799, en que dejó la Capitanía General, estuvieron encaminados a procurar la prosperidad del país.

Contra enemigos terribles tuvo que luchar Santa Clara. El último acto público de Luis de las Casas había sido la publicación del aviso de una nueva guerra entre España y la Gran Bretaña. Las primeras providencias del Conde se dirigieron a preparar la Isla para su defensa ante las posibles correrías del enemigo. La Habana y Santiago de Cuba, plazas fuertes, no fueron molestadas por la marina británica. Mas no ocurrió lo mismo respecto del puerto de Casilda, cuyos moradores repelieron la agresión, y de otras playas, indefensas y casi des pobladas, de que se sirvieron los adversarios para consumir sus rapiñas. La lucha no alcanzó sino proporciones de escaramuzas navales. Así y todo, fatigó al Capitán General, tomándole actividades y elementos que tuvo que restar a medidas de orden administrativo.

Las franquicias concedidas en 18 de noviembre de 1797, autorizando el tráfico de importación y exportación en cualquier bandera amiga durante la guerra con la Gran Bretaña, fueron poco menos que fugaces. Por real orden de 20 de abril de 1799 quedaron derogadas todas las anteriormente otorgadas al país. En vano lucharon el intendente José Pablo Valiente y el conde de Santa Clara. Excesiva hostilidad hubo en la Metrópoli para la defensa de la riqueza de Cuba. Bien pudo creerse

que los usufructuarios del gobierno español se complacían en mantener a la Isla en una situación económica desesperada. El monopolio seguía enseñoreado de la Colonia.

La comisión del conde de Mopox y de Jaruco, los progresos de la elaboración del azúcar y los proyectos y la ejecución de obras de utilidad y trascendencia públicas pusieron de relieve la capacidad y hombría de bien de Santa Clara. Bajo su administración Cuba atravesó días de zozobra e infortunio grandes. Pero su deseo y su noble ambición se hallaron siempre frente a las demasiadas intentadas contra el país. Por defenderlo, llegó a colocarse en situaciones difíciles y graves respecto de la Metrópoli.



DICIEMBRE

7

1896

## DESPLOME DE MACEO

Antonio Maceo se situó el 7 de diciembre de 1896 en San Pedro de Hernández. En este campamento, no lejos de Punta Brava, empezó a dictar órdenes encaminadas a hacerse sentir en la provincia de La Habana. Deseaba atacar a Marianao, para llevar la alarma a la misma capital de la Isla. Estaba ansioso de luchar contra el adversario tantas veces desconcertado y vencido.

Con el batallón de San Quintín y guerrillas de Peral, formando en junto una columna hispana de cuatrocientos cincuenta hombres, y procedente de Punta Brava, el comandante Cirujeda se presentó al mediodía del 7 de diciembre en las proximidades de San Pedro. La arremetida española fué recia, pero más violenta aún fué no la defensiva, sino la ofensiva insurrecta, iniciada por no más de ciento veinte hombres. Pronto se observó que la acción estaba resuelta en favor de las armas cubanas. Maceo no se contentó con llevar la mejor parte. Quiso dar rienda suelta al coraje que le producía el haber sido asaltado en instantes de descuido. Ordenó a Pedro Díaz que flanquease por la derecha. Dispuso que picasen la cerca que se levantaba a modo de valladar entre la infantería española y la posición ocupada por él. Una lluvia de proyectiles interrumpió la faena. Sin embargo, Maceo se sentía animoso: acababa de expresar su optimismo a Miró. "Al erguirse, una bala le cogió el rostro." Se sostuvo dos o tres segundos a caballo. Vaciló. Soltó las bridas. Se le desprendió el machete. Se desplomó. ¡Se desplomó el titán!

Sucumbió el héroe epónimo. Y tras su caída surgió la lucha para rescatar su cadáver. Juan Manuel Sánchez, Alberto Nodarse y el soldado *Cayuco* realizaron

esfuerzos sobrehumanos para conducir los despojos del prócer fuera del alcance de los guerrilleros de Cirujeda. Sin embargo, todo fué inútil por el momento.

En lo más duro de aquella brega de héroes en torno al héroe por excelencia, bajo el fuego de las contrarias filas, surgió el ayudante Francisco Gómez Toro, hijo del Generalísimo. Desoyó advertencias y exhortaciones de sus compañeros, y corrió a caer, acribillado a balazos por el enemigo, junto al cadáver de Maceo.

La gente de Cirujeda se entregó al despojo de los cadáveres, aunque no llegó a reconocer a la víctima ilustre. Los bravos que lloraban la desaparición del jefe insustituible no cejaron. Al cabo de pesquisas y exploraciones, realizadas a costa de inmenso peligro, uno de ellos, Miguel Hernández, encontró el cadáver de Maceo y el de Francisco Gómez Toro. Cargaron con los dos muertos. Los trasladaron a una casa desvencijada. Los tendieron. Encendieron cuatro rústicas velas de cera. Montaron la primera guardia. Prolongaron la velación hasta la madrugada. Eligieron El Cacahual para la fosa de los restos venerados. Y entonces empezó El Cacahual a ser la gran tumba de Cuba, altar de la patria, solera de puros valores de la Nación.



DICIEMBRE

8

1897

## LEY DE ORGANIZACION MILITAR

La constitución firmada en La Yaya dispuso que los servicios administrativos del Ejército Libertador, dependientes de la Secretaría de la Guerra, fuesen reglamentados o disciplinados por la Ley de Organización Militar. Al Consejo de Gobierno, en el que residía la potestad legislativa, tocaba redactar o disponer la redacción del proyecto correspondiente. En uso de esta facultad, encomendó al Secretario de la Guerra la presentación de lo que había de convertirse en el necesario cuerpo legal. La Revolución, para su mejor desenvolvimiento, demandaba preceptos terminantes que diesen uniformidad al orden y a la composición de los elementos armados que se hallaban a su servicio.

Un hombre de talento y energía, el general José B. Alemán, ocupaba la Secretaría de la Guerra al tiempo de adoptar el Consejo de Gobierno el acuerdo relativo al proyecto de ley de Organización Militar. No fué tardado ni remiso el general Alemán en el cumplimiento del deber impuesto. El 1° de diciembre de 1897, en la residencia del Consejo de Gobierno, en tierra de Camagüey, dió por terminada su tarea. En su exposición al Consejo de Gobierno, precediendo el proyecto de cuerpo legal, el Secretario de la Guerra dijo:

"Con medios de acción limitados; con elementos proporcionados, pero reducidos; con campo de desenvolvimiento estrecho; con militares en su mayor parte improvisados por el patriotismo y la inquebrantable fe en la causa nobilísima que defienden; con hombres, en fin, que todo lo dan por la patria, sonrientes y con agrado, sin exigir nada, absolutamente nada más que batir al enemigo artero en todas las posiciones y de todas las maneras;

la Ley de Organización de esa legión de héroes sin igual en la historia de los pueblos del Mundo, ha de tener el sello característico del aglomerado de circunstancias que la estructura y composición de un ejército que sirve por voluntad exigen, a pesar de su veteranización reconocida y sin olvidar la disciplina, base de todo ejército y motor de todas las victorias."

En lo cierto estaba el general Alemán al hablar en tal sentido. Su obra, meditada y minuciosa, mereció la aprobación del Consejo de Gobierno. En sesión por éste celebrada el 7 de diciembre quedó adoptada la Ley de Organización Militar. Al día siguiente, el 8 de diciembre de 1897, fué promulgada, en la forma establecida, con la firma del Secretario del Consejo de Gobierno, José Clemente Vivanco, y la del Presidente de la República, Bartolomé Masó. La Ley de Organización Militar se dividió en seis títulos, algunos de ellos subdivididos en secciones, y la integraron ciento ochenta y cinco artículos. En el primero, se dejó declarado que el Ejército Libertador de Cuba era una institución patriótica creada para alcanzar por medio de las armas, y por procedimientos revolucionarios, la independencia absoluta de todo el territorio de esta Antilla e islas y cayos adyacentes, a fin de constituir una república democrática y cordial.



DICIEMBRE

9

1823

## RESTABLECIMIENTO DEL ABSOLUTISMO

Francisco Dionisio Vives se encargó de referirlo en oficio al ministerio español: había tenido él especial cuidado en preparar a los pueblos de la isla de Cuba para el restablecimiento del absolutismo. Las circunstancias del suceso así lo dijeron también. Inmediatamente después de llegar a La Habana el teniente coronel Isidro Barradas con los decretos derogatorios del régimen constitucional convocó Vives a los jefes de los cuerpos y a las autoridades, para acatar sin dilación los nuevos mandatos soberanos y dictar las disposiciones enderezadas a la publicación de la trascendental noticia.

El 9 de diciembre de 1823, desde muy temprano, aparecieron en las calles de La Habana, con sobrada pompa publicados, los bandos contentivos de los decretos traídos por Barradas. Correos extraordinarios partieron en todas direcciones, para llevar a gobernadores y justicias de los pueblos las instrucciones concernientes a la novedad. Durante la noche del 8 al 9 de diciembre, por orden de Vives, fueron arrancadas de los lugares públicos la lápida y las inscripciones de la Constitución. Las diputaciones provinciales y los municipios constitucionales desaparecieron inmediatamente, restituyendo a la vida los antiguos ayuntamientos. La milicia nacional, tan enérgica y altiva en otros días, depuso las armas sin resistencia ni protesta de ningún género. Los clamores de la prensa periódica cedieron su puesto a la templanza y al comedimiento. Mas esto no bastaba, a juicio de Vives, para dejar cumplidas las providencias reales. El Capitán General no quería tener enemigos ni amigos.

Algunos sinceros devotos de la libertad pretendieron mantener su culto, y la furia del despotismo estuvo a

punto de desencadenarse. La sesión celebrada por una logia francmasónica de La Habana la noche del 9 de diciembre de 1823 fué considerada antipolítica e ilegal, y se acusó a sus componentes de abrigar el propósito de pedir que se sostuviese en Cuba el régimen constitucional a todo trance. En distintos partidos la violencia oficial adquirió tamaños enormes. La cuadrilla de Domingo Armona entró en acción al servicio del absolutismo de Fernando VII.

Los atropellos y las persecuciones se extendieron a todas las manifestaciones de la vida de la Colonia. Venganzas ruines se alzaron para envilecer la conciencia pública. Entrañaba un antecedente gravísimo, en opinión de los servidores del monarca absoluto, el hecho de haber figurado entre los partidarios de la Constitución. Cuba quedó a la merced de gente desalmada.



DICIEMBRE

10

1898

## TRATADO DE PARÍS

En cumplimiento de lo estipulado en el protocolo firmado en Wáshington el 12 de agosto de 1898, España y los Estados Unidos designaron los comisarios que habían de negociar y concluir el tratado de paz consiguiente a aquel protocolo, tan estrechamente relacionado con Cuba. La reina regente de España nombró a Eugenio Montero Ríos, Buenaventura Abarzuza, José Garnica, Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia y Rafael Cerero. El presidente de la Unión, a William R. Day, Cusham K. Davis, William P. Frye, George Gray y Whitelaw Reid. En 1º de octubre, en París, comenzaron su labor los plenipotenciarios. Las conferencias, memorables tanto para Cuba como para los Estados Unidos y España, fueron varias. En 10 de diciembre de 1898 quedó firmado el tratado que, naturalmente, tomó el nombre de París.

Los debates de los representantes de España y los Estados Unidos giraron en gran parte sobre Cuba. La personalidad jurídica del pueblo de la Isla en la vida internacional fué punto capital entre los allí discutidos y resueltos. La legislación federal precursora de la guerra entre la Unión y España y el protocolo de paz que puso término a esa contienda habían desconocido la existencia del gobierno revolucionario organizado en la Isla. El poder privativo de la nación cubana tampoco fué tenido en cuenta para las conferencias de París. Sólo España y los Estados Unidos intervinieron en negociaciones que tocaban fundamentalmente a Cuba.

El tratado de París, en lo relativo a Cuba, marchó sobre las rutas trazadas por la resolución conjunta promulgada en Wáshington en 20 de abril de 1898 y por el protocolo de paz firmado en la Casa Blanca en 12 de

agosto del citado año. España renunció a todo derecho de soberanía y propiedad en relación con la Isla. Cuba sería ocupada, al evacuarla España, por los Estados Unidos. Estos tomarían sobre sí y cumplirían las obligaciones impuestas por el Derecho Internacional para la protección de vidas y haciendas. La Unión y España libertarían a los detenidos y presos a causa de la insurrección de Cuba. España hizo dejación de los edificios, muelles, cuarteles, fortalezas, establecimientos, vías y demás bienes inmuebles que jurídicamente eran del dominio público en la Isla, así como de los documentos que, referentes a la soberanía renunciada, existiesen en los archivos de la Península. Los habitantes de Cuba tendrían asegurado el libre ejercicio de su religión. Reglas precisas determinaron la tramitación a que debían acomodarse los procedimientos judiciales pendientes en Cuba al canjearse las ratificaciones del tratado. Se consagró el respeto a los derechos adquiridos en materia de propiedad literaria, artística e industrial por españoles en Cuba. Se otorgó franquicia de todo derecho de aduana por un plazo de diez años a las obras españolas científicas, literarias y artísticas.

Los compromisos contraídos por los Estados Unidos acerca de Cuba en el tratado de París de 10 de diciembre de 1898 quedaron limitados al tiempo que durase su ocupación en la Isla. Pero los Estados Unidos prometieron aconsejar la asunción de tales compromisos al gobierno que el país antillano estaba llamado a darse.



DICIEMBRE

11

1898

## MUERTE DE CALIXTO GARCIA

La Asamblea de Representantes de la Revolución comprendió la necesidad y urgencia de satisfacer en la medida de lo equitativo la deuda que Cuba había contraído con sus servidores. Se aprestó a buscar una solución satisfactoria antes de proceder a la disolución del Ejército Libertador. Para atender a todo lo concerniente a tan importantísimo asunto la Asamblea eligió una comisión especial. Buscó varones dignos de su confianza en misión tan delicada. Los nombres de algunos de ellos —el mayor general Calixto García, el coronel Manuel Sanguily, el general José Miguel Gómez— constituían por sí solos magnífica garantía respecto de la diafanidad de sus relaciones y tratos con el extranjero amigo.

Al servicio una vez más de su patria, poseído de aquella inquebrantable entereza de carácter que corría parejas con su valor extraordinario, estaba en Wáshington, donde la comisión especial había comenzado a efectuar sus espinosas gestiones, el mayor general Calixto García Iñiguez. Y en ese afán lo sorprendió una violentísima pulmonía, que el 11 de diciembre de 1898 venció al héroe de tanta jornada inmarcesible. El golpe fué para Cuba no menos rudo que si lo hubiese sufrido en la lucha bélica. Los nuevos tiempos resultaban asimismo azarosos y difíciles, y eran entonces tan necesarios y útiles como en los periodos más críticos de la guerra los talentos, las energías y las actividades de cubanos del temple de Calixto García.

Los funerales del héroe revistieron caracteres extraordinarios. El gobierno y el pueblo norteamericanos rindieron imponentes homenajes al cadáver. En Wáshington, durante la primera parte de los piadosos actos con

tal motivo realizados, llevaron los cordones del féretro senadores de la Unión, el Secretario de Estado y los generales Miles, Shafter, Wheeler y Ludlow. Los venerandos despojos mortales fueron depositados en el cementerio de Arlington hasta el momento de iniciar su traslado a La Habana en el buque de guerra *Nashville*.

El *Nashville* arribó al puerto de La Habana el 9 de febrero de 1899. A los grandes honores por el gobierno norteamericano rendidos al cadáver del caudillo siguieron en La Habana homenajes sin precedentes. Las fortalezas pusieron a media asta sus banderas. Disparos de cañón recordaban que eran las que corrían horas de duelo nacional. Ante los restos, en lujoso sarcófago expuestos en la casa municipal y a los que dieron guardia los conmlitones del héroe en las guerras libertadoras, desfiló con recogimiento una muchedumbre inmensa. La concurrencia a los funerales traspasó los límites de lo común en casos semejantes. En suma, era el postrer tributo consagrado a los despojos mortales del mayor general Calixto García Iñiguez, y la conciencia pública dió muestras inequívocas de estar preparada para sentir y pensar con la patria nueva.



DICIEMBRE

12

1896

## LA EMIGRACION CUBANA EN NUEVA YORK

La obra de las emigraciones cubanas, en la historia de los esfuerzos en pos de la independencia patria, fué extraordinaria y fecundísima. Servicios de toda índole prestaron a la causa libertadora. Con anterioridad a la Revolución y durante la misma, especialmente, la labor de los proscritos se tradujo en beneficios continuos. El sentido de unidad y solidaridad se sobrepuso a discordias y quere-llas. La simiente regada por José Martí fructificó de manera sorprendente.

Los cubanos emigrados en los Estados Unidos permanecieron en todo momento pendientes de la fortuna de la Revolución. Lo mismo para mostrarse fuertes y serenos ante la adversidad que para exaltar los derechos y las virtudes de los criollos que combatían en la Isla, los patriotas dejaron escuchar su voz en la nación vecina. La muerte del general Antonio Maceo, acaecida en instantes decisivos para la Revolución, fué uno de aquellos casos en que la entereza de los buenos hijos de Cuba se exhibió ejemplarmente. Los residentes en Nueva York, apenas enterados del desastre, el 12 de diciembre de 1896, dirigieron a los demás compatriotas un manifiesto, rebo-sante de dignidad, para contrarrestar el efecto que hubiese podido producir la propaganda española con motivo de la caída del héroe epónimo.

“Ante la actitud del enemigo —dijeron aquellos patriotas— y dejando suceder en el ánimo a la esperanza que alentamos de que el Destino conservara a la patria el corazón noble y el esforzado brazo del general invicto cuya figura rodea ya el Mundo con la doble aureola del genio y del martirio, el oleaje de horror y de indignación que levanta en la conciencia la sola sospecha del medio

artero empleado para rendirlo, entendemos que es nuestro deber más inmediato oponer a la delirante confianza de los españoles la indomable firmeza de los cubanos; hacer saber a España, que supone próximo el fin de la revolución redentora porque sucumba en la lucha gloriosa uno de los brazos más poderosos que guiaba su marcha triunfante, y a este noble pueblo americano, que comparte nuestras aspiraciones y se dispone a prestarnos su eficaz ayuda, que el pueblo cubano, ya llorando a sus héroes más queridos, ya confiando en que la muerte los respetará para el cumplimiento del fin grande y generoso por cuya consecución luchan, continúa inquebrantablemente unido en el mismo sentimiento que lo ha llevado hasta el sacrificio de su vida y de su riqueza, y resuelto a obtener a toda costa la independencia de la patria."

Un mensaje de ardoroso patriotismo fué aquel que los núcleos de revolucionarios emigrados enviaron a los demás servidores de la emancipación de la Isla. Los clubes de Nueva York continuaron compenetrados absolutamente con los que derramaban su sangre y sacrificaban sus vidas por la común redención. Entre los firmantes del manifiesto fechado en Nueva York el 12 de diciembre de 1896 se encontró Enrique José Varona, en su carácter de presidente honorario del club *Patria*. Su personalidad, como la de otros de los que con él suscribieron el hermoso papel, deparó a éste inusitada importancia.



DICIEMBRE

13

1867

## SEGUNDO MANDO DE LERSUNDI

El 13 de diciembre de 1867 asumió por segunda vez el mando de Cuba el general Francisco Lersundi. En aquellos momentos la chispa revolucionaria prendía en pechos cubanos. La desesperación, poniendo colmo a los agravios inferidos al colono, se dejaba sentir en las víctimas del despotismo. La hora de rebeldía cruenta estaba próxima. El cúmulo de desafueros realizados en todos los órdenes era demasiado grande.

A despecho de los síntomas de ruidosos acontecimientos que se notaban en la Isla, Lersundi no se preocupó de la suerte que podía correr la Colonia. Se acomodó en Guanabacoa, y se entregó a gozar de las delicias de nueva Capua, entre saturnales y orgías. El Capitán General no quiso o no pudo, acaso por sufrir miopía política, penetrarse de la verdad de lo que ocurría, para contribuir, en consecuencia, a conjurar la honda crisis creada en la Isla. Los hijos del país se veían maltratados de continuo, reducidos a la condición de hombres con deberes y sin derechos y engañados en la Corte al cabo de renovadas promesas. De ellos no podía esperarse que siguieran prestándose a ser instrumento de ambiciones desenfrenadas y procedimientos detestables.

La conducta de Lersundi al surgir la insurrección de Céspedes fué consecuente con la observada por él hasta entonces. La reunión celebrada bajo su presidencia, en su despacho, a raíz del grave suceso, dió oportunidad a uno de sus más sonados desplantes. Se negó a analizar las razones expuestas por José Manuel Mestre a nombre de elementos valiosos de la sociedad habanera. No trató de disimular su enojo ante las manifestaciones expresivas de la necesidad de adoptar medidas liberales y jus-

tas para todos. Llevó aún a más su destemplanza en momentos tan críticos para los intereses que representaba. No pudo ser de peor efecto su actitud impolítica y grosera con motivo de ciertas aclaraciones que pretendió hacer José Morales Lemus, interrumpiéndolo y amenazándolo en forma impropia entre personas de su condición.

El fracaso de Lersundi tuvo necesariamente que producirse en poco tiempo. Sus veleidades respecto de la Metrópoli, donde había sido destronada Isabel II, y sus complacencias para con las tropelías de los españoles intransigentes de La Habana, factores de la mayor importancia en tales momentos, le hicieron indeseable lo mismo ante los cubanos que ante muchos de sus propios compatriotas. En enero de 1869 entregó el mando al general Domingo Dulce y Garay. Su paso por la Capitanía General dejaba un cúmulo de desatinos y desmanes.





## GRAN LEGION DEL AGUILA NEGRA

Bajo el absolutismo de Francisco Dionisio Vives, y a pesar de su red de espionaje, fué organizada la conspiración de la Gran Legión del Aguila Negra con la mira de acelerar la independencia de Cuba. En México tuvo su cuna este nuevo esfuerzo, patrocinado por una sociedad que dirigía el presidente Guadalupe Victoria. Pero la época era adversa a la idea de hacer a Cuba partícipe del movimiento político que cubría el Continente.

Los hombres de la Gran Legión del Aguila Negra no habían sospechado que un espíritu débil y pobre, como el de José Julián Solís, agente revolucionario en La Habana, podía llegar a ser el vil instrumento de que se valdría el enemigo para descubrir y conocer hasta en sus más minuciosos detalles la obra concebida y adelantada en la reserva y en el sigilo. Agentes de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente detuvieron a Solís. Y éste, desde el primer momento, confesó todo lo que sabía acerca del plan subversivo. Dió a conocer los propósitos, los trabajos y la constitución misma de la secreta orden, así como los nombres de sus principales auxiliares en La Habana, Matanzas, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba. Y llegó a exponer circunstanciadamente el origen, que databa de 1828, y los fines de la Gran Legión del Aguila Negra, la forma en que se llevaban a cabo las reuniones, el lugar del partido de Guanajay en que el hacendado Manuel Abreu tenía un depósito de armas y las indicaciones que del exterior se aguardaban para iniciar el golpe revolucionario.

La Comisión Militar, en sentencias de 7 de julio y 5 de agosto de 1830, condenó a la pena ordinaria de horca, a la de presidio y a la de prisión a individuos. José

Julián Solís entre ellos, acusados de ejercer actos masónicos y de laborar en favor de la independencia. Sin embargo, no terminaron así las actuaciones del draconiano tribunal contra los conspiradores de la Gran Legión del Aguila Negra.

El 14 de diciembre de 1830 la Comisión Militar volvió a la carga contra los conspiradores de la Gran Legión del Aguila Negra. Esta vez no se mostró más indulgente. No acordó penas de muerte —las impuestas en sentencias anteriores fueron conmutadas por la inmediata—, pero el presidio se abrió de nuevo en Ceuta y en Extremadura para albergar a Mateo Someillán, Juan Nepomuceno Escovedo, Francisco Cordero, José Machado, Francisco Maceda, Pedro Muros, Manuel Palacios y Diego Araoz. Este fué el golpe de gracia por Vives asestado a los patriotas de Cuba.



DICIEMBRE

15

1895

## ACCION DE MAL TIEMPO

Lo ocurrido en Mal Tiempo, en territorio villareño, el 15 de diciembre de 1895, fué de una importancia excepcional para las armas cubanas. La guerra estaba organizada con toda la crudeza que demandaba para llegar a su fin con el triunfo de los libertadores. La hora de la lucha fiera y la devastación completa había sonado. Al frente de la columna invasora seguían Máximo Gómez y Antonio Maceo. Ambos ilustres campeones causaban pavor y asombro inmensos en las filas adversarias. El valor de sus huestes, la eficacia de sus providencias y la decisión de sus aprestos sembraban el desconcierto entre los adictos al régimen colonial.

A poco de emprender marcha en Guamá, minutos después de las siete de la mañana del 15 de diciembre de 1895, la vanguardia insurrecta fué saludada por una nutrida descarga. La ofensiva española se mostró inusitada. Pero los caudillos cubanos estuvieron prestos a contrarrestar el intempestivo golpe de mano. Gómez y Maceo, a un tiempo mismo, se abalanzaron sobre la infantería enemiga. La sangrienta escena se desarrolló en no más de un cuarto de hora. De nada valió al adversario, rodilla en tierra y calada la bayoneta, el esfuerzo realizado para repeler el ataque del soldado libertador.

La jornada quedó consumada en breve tiempo. Los generales Maceo y Gómez reverdecieron sus laureles de caudillos gloriosos. La columna española deshecha en Mal Tiempo se componía de un batallón de *Canarias*, dos secciones de *Bailén* y un escuadrón de *Treviño*. Doscientos diez armamentos y seis cajas de municiones fueron tomados sobre el campo de la pelea por las fuerzas cubanas. El conjunto de trofeos comprendió también la

bandera, el archivo, el botiquín, los equipos, las acémilas y los caballos. Las bajas españolas excedieron de un centenar, entre tanto las cubanas se redujeron a cuatro muertos y veintitrés heridos. Para los servidores de la causa cubana fué la de Mal Tiempo una hazaña trascendental.

Los españoles pretendieron buscar el desquite en el propio terreno de Mal Tiempo. Su empeño fracasó completamente. El general Maceo se encargó de oponer resistencia enérgica a los refuerzos enviados al teatro de la brega ruidosa. El lance cruento había tenido ya su resultado definitivo, deparando a los libertadores ocasión para trazar con sus típicos machetes una de las páginas más brillantes de la guerra. El golpe dado entonces estaba llamado a ser de una eficacia suma para los sostenedores de la República.

Maceo advirtió al iniciarse la acción de Mal Tiempo que la nave entraba en alta mar. La expresión prenunció lo que aquel encuentro acabó siendo para las armas coloniales. Y su efecto fué doble: descalabro para las tropas hispanas y facilidad para las cubanas en su camino hacia el Oeste.



DICIEMBRE

16

1766

## MUERTE DE LUIS JOSE DE AGUIAR

Luis José de Aguiar, que en La Habana nació a principios del siglo XVIII y murió el 16 de diciembre de 1766, dejó en el Mundo un buen nombre. A su ciudad prestó excelentes servicios civiles como regidor. Pero mayores y a costa de peligros extremados fueron los que deparó a la Colonia en el ejercicio de las armas. Muy joven era cuando ingresó de subteniente en las compañías de milicias de La Habana, y tan notables resultaron sus esfuerzos y su conducta que en las postrimerías de la primera mitad de su centuria se hallaba ya en posesión del empleo de teniente coronel.

Si a aquel habanero faltaba encontrarse en algún trance realmente duro para probar su arrojo, la invasión de la capital de la Isla por los británicos vino a ofrecerle ocasión propicia. Puesto que eran conocidas las aptitudes de Aguiar, al aumentarse las milicias voluntarias para reforzar la guarnición de la plaza, fué él promovido a coronel, colocado al frente de uno de los escuadrones y encargado en 10 de junio de 1762 de la defensa del torreón de La Chorrera y de la playa de San Lázaro. A la cabeza de sus milicianos sostuvo la resistencia en La Chorrera contra el ataque de los buques y se opuso tenaz y briosamente al desembarco hasta que, agotadas las municiones y obedeciendo órdenes superiores, abandonó el fuerte, ya en ruinas por obra de la metralla enemiga.

Se replegó al dejar el baluarte de La Chorrera sobre San Lázaro, para batirse de nuevo, capturando a algunos británicos y acuchillando a otros, y acometer la altura de Taganana, con "quinientos milicianos y ciento cincuenta negros esclavos, de los cuales los ciento cuatro supervivientes fueron declarados libres por esta heroica acción

en que logró Aguiar, con gente no acostumbrada al estruendo de la guerra, hacer gran mortalidad en las agueridas tropas británicas, clavándoles los cañones, desalojándolas de la altura que habían fortificado y cogiéndoles dieciocho prisioneros". En El Horcón detuvo el avance de los sitiadores desembarcados por Cojímar.

Hubiera seguido peleando en defensa de La Habana de no haber llegado para la plaza sitiada la hora de rendirse. Mas Aguiar no capituló. Se negó a concurrir a la junta de autoridades que el 11 de agosto de 1762 acordó la rendición, y, cuando ésta quedó consumada, se retiró a Jaruco. Ni entonces descansó. Intentó, aunque en vano, reconquistar La Habana. Luego se entregó a la faena de inculcar a las poblaciones e instituciones del interior de la Isla el desconocimiento de las intimaciones de Albemarle. Así, con lealtad a sí propio, se sostuvo Aguiar hasta la restauración, en que volvió a La Habana, donde recibió el empleo de coronel del ejército regular y la jefatura del batallón de milicias disciplinadas. Su apellidado quedó consagrado al tomarlo por nombre la calle de la ciudad de La Habana en que estuvo —una de las esquinas de Aguiar y Tejadillo— la casa que habitó hasta su muerte aquel sencillo dechado de pundonor y valentía.



DICIEMBRE

17

1869

## DESTITUCION DE MANUEL DE QUESADA

La Cámara de Representantes, organizada, como uno de los poderes de la República, el 11 de abril de 1869, en el pueblo de Guáimaro, inició sus labores afanosamente. En la década de la Guerra Grande, entre victorias y adversidades, el Legislativo realizó altos empeños. Sus designios fueron por lo común elevados. Desde los primeros días de su existencia se ocupó con el estudio y la adopción de reformas útiles.

La libertad de comercio, el matrimonio civil, el funcionamiento militar, la instrucción pública, la deuda interior, la marcha de las secretarías del despacho, la materia electoral y la existencia de instituciones bancarias fueron problemas de carácter general sometidos a la disciplina de leyes votadas por la Cámara. En lo administrativo, dividida la República en cuatro estados, se hallaban éstos integrados por distritos, prefecturas y subprefecturas, que regían gobernadores, tenientes gobernadores, prefectos y subprefectos, de acuerdo con normas salidas de la Cámara. El ejército se formó con los institutos de infantería, caballería, artillería, ingenieros, estado mayor, inspección, sanidad, administración y policía. Cuanto a la enseñanza primaria, se estatuyó que sería gratuita y se dictaron reglas tendientes a hacer eficaz el propósito de iluminar las conciencias, inspirado el legislador en el criterio de que la educación popular, en aquellas circunstancias como en cualesquiera otras, era la garantía más segura del sufragio.

La obra previsor y sana de la Cámara de Representantes fué interrumpida con frecuencia, no sólo por los azares propios de la guerra, sino también por funestas disparidades entre los poderes de la República. El ge-

neral Manuel de Quesada, espoleado por los triunfos de sus armas y descontento por las trabas que quiso ver en las prerrogativas constitucionales de que gozaba la Cámara, pretendió perturbar la marcha ordenada de las instituciones democráticas erigiendo el campo revolucionario en imperio de la espada. Y dirigió a la Cámara un memorial concebido en términos tales que Antonio Zambrana, a quien encargó de hacerlo llegar a su destino, se negó a ello y se lo devolvió, calificándolo de documento que rememoraba las proclamas de Napoleón Bonaparte en vísperas de disolver con las bayonetas el Consejo de los Quinientos.

El incidente, a despecho de la interposición de Zambrana, agrió los ánimos y acabó por precipitar el término de la lucha empeñada por el General en Jefe del Ejército contra la Cámara de Representantes. Una reunión por él convocada el 15 de diciembre de 1869 en el Horcón de Najaza, a fin de exponer su criterio dictatorial y oír las opiniones de los miembros de la Cámara que acudieron a la cita, debió de evidenciarle que estaba perdido, pues inmediatamente se decidió a suscribir la renuncia de su cargo. La Cámara, en el entretanto, celebró sesión en Palo Quemado, para adoptar las providencias que el caso demandaba, y cuando, el día 17, a las ocho menos cuarto de la noche, recibió la dimisión de Quesada, pudo contestarle Miguel Jerónimo Gutiérrez, en funciones de presidente, que la Cámara lo había depuesto por aclamación.



DICIEMBRE

18

1836

## REACCION EN SANTIAGO DE CUBA

Las providencias dictadas por el mariscal de campo Manuel Lorenzo, las tendencias sustentadas por la prensa que veía la luz pública en Santiago de Cuba, la organización de algunos batallones de milicia nacional y la partida, con rumbo a España, de Porfirio Valiente y Benito Rubio Bocanegra, elegidos por el propio gobernador Lorenzo, la Diputación y el Ayuntamiento para solicitar de la Metrópoli que se extendiese a la Isla la constitución adoptada en la Península, demostraron que los hombres que habían jurado el código de Cádiz en el Departamento Oriental se hallaban resueltos a mantenerse firmes en su manifestación liberal. Las órdenes de Tacón, divulgadas con la noticia de que allí se desobedecerían, fueron contraproducentes. Aunque no faltaron expresiones de desafecto para la bandera española, no hubo la idea de separatismo ni aun en el momento crítico.

Pero las cosas pronto cambiaron de dirección. Pocos días después de la partida de Valiente y Rubio hacia España comenzó a tomar cuerpo la intención de quienes pretendían mostrarse obedientes a Tacón. Un día infausto para las libertades públicas de la Isla, el 18 de diciembre de 1836, jefes y oficiales de los destacados en Santiago de Cuba expusieron a Lorenzo, en una mezcla de templanza y firmeza, su resolución de no hacer armas contra las fuerzas que la Capitanía General enviase para someterlos. Esto era un aviso, más que de prevención, de ataque por parte del absolutismo.

El 19 de diciembre las dos compañías que guarnecían a Bayamo y Guisa dieron el grito de reacción. El conocimiento de esta ocurrencia decidió a Lorenzo a buscar una rápida solución al problema creado. El 21 convocó

a una junta de autoridades. A las palabras de natural franqueza de Lorenzo, que no ocultó su parecer de que la causa constitucional y sus sostenedores estaban seriamente amenazados, siguió la actitud del coronel Santiago Fortún, que se apresuró a manifestar, no sin la sorpresa de muchos de los circunstantes, que tenía en su poder una orden del Capitán General para hacerse cargo del Gobierno.

Lorenzo resignó el mando de Santiago de Cuba en Fortún. Sin mayor dilación, y sin lucha, pasó a bordo de una corbeta de guerra británica. Lo acompañaban en la triste fuga, con pasaportes autorizados por Fortún, su consejero el abogado Francisco Muñoz del Monte, el coronel de milicias Juan Kindelán y el sincero liberal Manuel Arcaya. Algunos se transbordaron con Lorenzo al bergantín español que los condujo a Cádiz y otros marcharon a Jamaica.



DICIEMBRE

19

1895

## DE ELOY ALFARO A LA REINA DE ESPAÑA

En el conflicto de intereses que dificultaba la abierta ayuda de las repúblicas latinoamericanas a la causa de los patriotas de Cuba en 1895 correspondió a Eloy Alfaro el honor de hablar por los pueblos afines al de la Isla en términos enaltecedores para la solidaridad hemisférica. Alfaro asumió la función de jefe supremo del Ecuador cuando Cuba luchaba de nuevo por su soberanía internacional. De atrás él era amigo de preeminentes cubanos y simpatizaba con la transformación política de Cuba. En una carta a la reina María Cristina, regente de España, Alfaro—uno de los grandes caracteres y alteradores del Nuevo Mundo—señaló el modo de restablecer la paz en las Antillas.

En 19 de diciembre de 1895 la mano de Alfaro firmó y rubricó un documento sin par entre los que corrientemente ascendían al trono hispánico. El Jefe Supremo habló a la Reina Regente un lenguaje llano, sincero y explícito. El motivo de la epístola era de suma gravedad: la contienda armada que arrasaba a Cuba. No menos gravedad revestía el objetivo de tan inusitadas letras: la expresión de que España debía allanarse a la demanda revolucionaria mediante el reconocimiento de la independencia de la Isla.

¿Por qué no aprovechar las lecciones ofrecidas por la historia de la emancipación de Colombia? Durante quince años Colombia había lidiado por su independencia, conquistada a costa de más de doscientas mil vidas, la casi total extinción de su riqueza y una deuda de doscientos millones de pesos. Preciso había sido mucho tiempo para que las antiguas colonias, ya constituidas en repúblicas, hubiesen reanudado y estrechado los lazos de

amistad con la extinta metrópoli. España perdió la mayor parte de su comercio con América. ¿No habría evitado tan profundo quebranto oyendo el consejo de los estadistas británicos que la inducían a que ajustase la paz con sus posesiones rebeldes mediante el reconocimiento de su liberación, compensado con ventajas especiales de orden mercantil para la bandera hispánica? Estas reflexiones de Alfaro querían dejar sentado que el conflicto entre España y Cuba no podía terminar sino con el triunfo de los revolucionarios de la Isla. Si España acataba las enseñanzas de la experiencia, pondría a cubierto sus intereses y haría justicia a las aspiraciones de Cuba sin mengua de su decoro.

La guerra de Cuba producía aflicción, y deber de humanidad era procurar que cesase tamaña hecatombe. La independencia de Cuba se hallaba aconsejada, y reclamada por la democracia republicana que pugnaba por abrirse paso en el mundo de Colón, y deber de americanismo era interceder en favor de la transformación política de esta Antilla. El hombre de los deberes, el hombre que miraba a los deberes por cumplir más que a los derechos por obtener, satisfizo un deber de humanidad y un deber de americanismo cuando levantó su voz para solicitar de España la emancipación de Cuba.



DICIEMBRE

20

1895

## MANUEL DE JESUS CALVAR

Entre los iniciadores de la guerra de 1868 se halló Manuel de Jesús Calvar y Odoardo, nacido en Manzanillo. Poco más de un tercio de siglo contaba de edad al tomar participación en los trabajos preparatorios de la Revolución. Sus consejos y su experiencia valieron de mucho para el buen suceso de la conspiración. En las reuniones previas su voz se dejó escuchar con frecuencia, señalando rutas salvadoras. Sus compatriotas apreciaron desde entonces sus merecimientos y virtudes personales.

A la hora del esfuerzo temerario y cruento, sin vacilaciones ni rodeos, Titá Calvar, como todos llamaban a Manuel de Jesús Calvar, se situó en el puesto que el honor le había indicado. Carlos Manuel de Céspedes lo tuvo a su lado a partir de los primeros momentos. En el asedio y la toma de Bayamo su arrojo y su valentía sobresalieron. Los azares de la contienda templaron el espíritu del noble campeón de la libertad y del decoro. Ocho años después de iniciada la lucha, el 26 de julio de 1876, hizo sentir su acción bélica dirigiendo el ataque a la ciudad de Santa Clara.

Los acontecimientos se desarrollaron luego en términos adversos para la causa cubana. El pacto de El Zanjón pareció la tumba de los ideales patrióticos. Pero en aquella hora amarga no faltó la protesta airada. El general Antonio Maceo, fuerte en momentos de honda crisis, deparó vida al movimiento contrario a una paz sin provecho ni gloria. Entonces, una vez más, se destacó el general Manuel de Jesús Calvar. Por considerarlo genuino representante de tradiciones patrióticas y encarnación de la rebeldía útil, los hombres que prefirieron se-

guir peleando contra España lo eligieron Presidente de la República.

La mala suerte persistió. Los libertadores que habían protestado en Baraguá no tardaron en llegar a la conclusión de que era insostenible la brega. Todo nuevo esfuerzo parecía estéril. Las circunstancias impusieron una tregua. No quedó a los patriotas rebeldes otro camino que el de la emigración. Lo tomó el general Manuel de Jesús Calvar, decidido a no deponer jamás sus aspiraciones de soldado de la libertad. Y hubiera sin duda combatido en las avanzadas de la nueva insurrección, lleno de bríos, en no arrebatándolo la muerte, tras larga y cruel dolencia, el 20 de diciembre de 1895, en Cayo Hueso, la isla que fué amparo y como suelo propio del cubano.



DICIEMBRE

21

1895

## LA HUESTE INVASORA EN MATANZAS

La marcha de la columna invasora de un extremo a otro de Las Villas constituyó un nuevo triunfo de la Revolución. A las acciones de Fomento, Los Indios y Manicaragua sucedió el duelo de Mal Tiempo, otra prueba de la bravura y acometividad del cubano. La excursión por la comarca de Cienfuegos y la incorporación del regimiento de caballería mandado por el coronel Juan Bruno Zayas y Alfonso, con el aspecto general que, merced al concurso de elementos no menos valiosos, ofrecía aquella tierra amiga de la libertad, demostraban que se había consolidado en Las Villas la obra revolucionaria.

De nuevo Las Villas deparaban a la liberación patria la eficaz contribución de su esfuerzo. En las dos semanas que en atravesar la Provincia invirtió la columna invasora, secundada por los valientes villareños, todos, adictos y adversarios de la Revolución, pudieron apreciar la magnitud que la misma adquiría allí. Los planes de los jefes cubanos tuvieron entonces realización felicísima. La alarma cundió por dondequiera, paralizando las actividades agrícolas e industriales hasta poner en evidencia la inutilidad de las prevenciones de que tanto alardeaban los españoles, y la Revolución —enorme verdad dictada por hechos consumados e inconcusos— se impuso.

El mando de Matanzas fué confiado al brigadier José Lacret. Con esto, y con otras medidas pertinentes, llegó para Gómez y Maceo el momento de pasar a la provincia vecina. La columna invasora acampó el 19 de diciembre de 1895 en la frontera occidental de Las Villas. Algunas horas después, el día 20, salvó el río Hanámana, límite entre Santa Clara y Matanzas. En La Colmena entabló polémica con el adversario. Al fin, un

sueño dorado de los hombres de la Guerra Grande iba a convertirse, estaba convertido, en realidad fausta. ¿Era posible dudarlo? La planta del soldado libertador había hollado el suelo matancero.

El genio de la guerra no podía contentarse con un acto de relativa resonancia para celebrar sin dilación la entrada en Matanzas de la hueste que, con el Generalísimo y el Lugarteniente a la cabeza, marchaba en pos, más que de glorias, de duelos redentores. Maceo quiso efectuar una jornada de entidad, y la dispuso para el 21 de diciembre de 1895. Así como la invasión de Las Villas había sido ostensiblemente exaltada con el regreso del Consejo de Gobierno a la región de Levante, la posesión de Matanzas debía serlo, y lo fué desde luego, mediante el desfile a dos kilómetros de distancia del observatorio de Colón, mostrando a Martínez de Campos la caballería desplegada, "para dejarlo a retaguardia del invasor y llevarlo a remolque por las llanuras de Matanzas". El atrevimiento fué consumado, no obstante la trampa constituida por los dos caminos de hierro que defendía la tropa española, y quedó abierto para el cubano un capítulo más de hazañas.



DICIEMBRE

22

1692

## ESCANDALOS EN SANTIAGO DE CUBA

Viejas y constantes rencillas entre los vecinos de Bayamo, hijas de la forma en que se había hecho el repartimiento de hatos y corrales, existían en la antigua población en 1684. El desenfreno culminó en el asesinato del capitán Arias Maldonado. Las luchas se desarrollaban siempre en torno a los procedimientos adoptados para el gobierno de la comarca y para la aplicación de la justicia en la misma. La ambición solía sobreponerse a todo. La muerte premeditada y alevosa de Arias Maldonado, por la propia gravedad del caso, sirvió de oportunidad para contener los graves males sufridos.

"Después de tan triste lance —contó Jacobo de la Pezuela— volvieron a gobernar allí durante muchos años las justicias ordinarias, hasta que en el de 1684, ocurriendo siempre debates y competencias entre los alcaldes, envió el gobernador de Santiago por teniente suyo al capitán Andrés Cisneros, recibido por los bayameses con repugnancia y con discordias. Tanto repugnaron el Ayuntamiento y los vecinos el depender de jueces militares que obtuvieron del condescendiente Villalobos que se dividiese en dos jurisdicciones el gobierno de Bayamo, una política y otra militar: aquélla encargada a los alcaldes y ésta al sargento mayor D. Sebastián Romano Castañeda."

El sargento mayor Juan de Villalobos, gobernador de Santiago de Cuba, al pretender encontrar la solución del conflicto bayamés en la separación de las jurisdicciones ordinaria y militar, labró su propia desgracia. El capitán general Severino de Manzaneda se enojó por haber dictado Villalobos aquellas y otras providencias sin contar con su acuerdo, y ordenó a Francisco Roa que en nombre suyo suspendiese en sus funciones al Gobernador, lo

aprehendiera y le instruyese causa criminal. Las medidas dispuestas por Manzaneda no podían ser más radicales ni más violentas. El juez encargado de llevarlas a cabo era capaz para cuanto se le mandaba y para mucho más. Francisco Roa tenía espíritu de inquisidor.

Demasiada prisa se dió Roa en iniciar la persecución contra Villalobos. Llegó la noche del 22 de diciembre de 1692 a Santiago de Cuba, e inmediatamente comenzó sus actuaciones. A espaldas del Gobernador, sin comunicarle prevención alguna, hizo reunir el Ayuntamiento en sesión extraordinaria. Exhibió ante el cuerpo municipal sus credenciales, declaró suspenso a Villalobos, asumió el mando y libró las órdenes conducentes a su arresto. El Gobernador, noticioso de todo esto, se retiró sin dilación a El Cobre, seguido de gente armada y algunos adictos. Santiago de Cuba pasó por duros trances, convertida la población, por obra de la intemperancia de las autoridades, en teatro de escándalos, cuyas consecuencias sufría aún el Departamento Oriental en la primera mitad de 1693, para mengua y vergüenza de sus principales actores.



DICIEMBRE

23

1824

## REAL SALA DEL CRIMEN

Francisco Dionisio Vives tuvo conocimiento de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar desde que ocupó la Capitanía General. Utilizó en seguida agentes secretos que, organizados independientemente y en íntimo contacto con los hombres de más ascendiente de los Soles y Rayos de Bolívar, inquirían y aun presenciaban cuanto se preparaba. El Capitán General y sus auxiliares secretos creyeron que el intento revolucionario estaba consolidado, y en agosto de 1823 comenzaron las prisiones y persecuciones contra los que aparecían comprometidos.

Fueron conocidos los nombres y el signo de los conjurados y perseguidos todos éstos, desde el intrépido habanero José Francisco Lemus hasta el poeta José María Heredia. Algunos quedaron presos. Otros se fugaron. Las delaciones y las proclamas y demás piezas de convicción metieron a más de seiscientas personas en el proceso. El caso resultaba grave —el Fiscal llegó a declarar que la conjuración tenía ramificaciones en toda la Isla—, y de él conoció un tribunal especial. Se le llamó Real Sala del Crimen, y lo componían togados procedentes de la audiencia de Puerto Príncipe. Su instalación se efectuó con extremado aparato, rayano en solemnidad, ofreciendo marcado aspecto de institución inquisitorial.

Las actuaciones en torno a la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar parecieron interminables, dilatadas de incidente en incidente. Mas no faltaron en ellas destellos de luz. Provinieron de la actitud del fiscal Francisco R. Hernández de la Joya. Pocos representantes del ministerio público supieron en Cuba evidenciar como él la posesión de un alto sentido jurídico. Luego de buscar el cuerpo del delito, de fijarse en cuántas

pruebas habían concurrido a dar carácter tenebroso a los proyectos revolucionarios y de significar que aparecían más de seiscientas personas abrigándolos, no tuvo inconveniente en solicitar el sobreseimiento de la causa, fundando su dictamen en consideraciones elevadas. El merecido castigo se tornaría en crueldad —aseveraba el Fiscal— en extendiéndose a un muy crecido número de personas, y la pena, solamente justa para el bien público a que se dirigía como tratamiento de defensa social, produciría entonces, en vez de provecho, daño irreparable.

La aparatosa Real Sala del Crimen no atendió la petición fiscal. No impuso pena de muerte alguna, pero tampoco dictó el auto de sobreseimiento indicado por Hernández de la Joya. Por sentencia de 23 de diciembre de 1824, en efecto, vecinos de Guatao, San Antonio de los Baños, Güira de Melena y Hanábana fueron condenados, ya a confinamientos, ya al pago de multas onerosas. La vasta conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar se extinguió de esta manera, sin dejar huellas luminosas para el cubano ni enseñanzas prácticas para la Metrópoli, incurable en errores y excesos.



DICIEMBRE

24

1895

## TEA REDENTORA Y FUEGO PURIFICADOR

El Generalísimo lo había advertido categóricamente en su arenga del 30 de noviembre de 1895 en el vivaque de Lázaro López: no debía espantar al soldado cubano la destrucción del país. Preciso era no detenerse, si así lo demandaba el curso de los sucesos revolucionarios, ante la devastación de la riqueza cubana. Un ideal supremo, el de redimir la tierra amada, estaba por encima de toda otra consideración, y a su logro fueron encaminadas las decisiones de los caudillos de la insurrección iniciada el 24 de febrero.

La obra destructora, impuesta irremisiblemente por la necesidad de llevar a cabo la Invasión, tomó incremento extraordinario en la provincia de Matanzas. Ya la operación, tan feliz como complicada, que Maceo y Gómez realizaron el 22 de diciembre de 1895 tuvo, entre otros objetivos, el de sembrar en las clases pudientes del país el pánico merced al incendio de los cañaverales de todos los ingenios de Colón, Jovellanos y Cárdenas. La zafra resultaría imposible. El conflicto adquiriría tamaños aterradores. "Las humaredas del siniestro ocasionado por la columna de Maceo —refirió el cronista de la Revolución— señalarían a Gómez nuestra ruta, y, a la inversa, las columnas de humo que éste levantara a su paso nos advertirían su derrotero."

Algo más de prisa de lo que juzgaba Martínez de Campos, la devastación llegó a su colmo. El gobierno de la República había prohibido la zafra en el territorio cubano. La hueste invasora fué cumplidora fiel y justa del acuerdo adoptado por el Consejo de Gobierno. Hacendados y colonos recibieron el aviso pertinente: la infracción de lo dispuesto por la Revolución los colocaría

en situación de enemigos de la República y sería sancionada con la total destrucción de sus maquinarias y establecimientos y el incendio de sus campos de caña. Lo demás, cuanto no estaba incluido en esas propiedades exceptuadas, debía ser arrasado.

Nunca hubo en Cuba un día más propicio a la tea redentora y al fuego purificador que el 24 de diciembre de 1895. Los dos principales caudillos de la causa cubana se movían en la región central de Matanzas, donde las fincas azucareras, confiados sus dueños en la eficacia de las tropas españolas, habían reanudado la molienda. Todo ardió en aquella hora memorable de la Revolución. Desde las nueve de la mañana hasta bien entrada la noche —realmente noche buena en el concepto exactísimo de que a veces la guerra había de ser sin cuartel ni tregua, para edificar en el porvenir sobre las ruinas del presente trágico— ingenios, material rodante de la vía férrea, estaciones telegráficas, maderaje de los puentes y alcantarillas fueron pasto de las llamas. Densas nubes de humo cerraban el horizonte y eclipsaban los rayos solares. Las dimensiones horribles de la catástrofe presagiaban la proximidad de la liberación.



DICIEMBRE

25

1891

## MARTI EN CAYO HUESO

Después de la visita de Martí a Tampa, del 25 al 28 de noviembre de 1891, la presencia del Maestro en Cayo Hueso, tierra hospitalaria, pareció impuesta por la razón, la cordura y el patriotismo. No quisieron ser tardos ni remisos los cubanos que en el Cayo se habían refugiado, y a iniciativa de dos excelentes servidores de la libertad, Angel Peláez y Gualterio García, se aprestaron a allanar las dificultades que se oponían al logro de escuchar la palabra del Maestro.

Una comisión organizada en el club *San Carlos*, regentado por el meritísimo Martín Herrera, se encargó de todo lo concerniente a la recepción de Martí, el alma del nuevo esfuerzo por Cuba. De semejante comité gestor fueron presidente Angel Peláez del Pozo, secretario Gualterio García, tesorero Frank E. Bolio y vocales Aurelio C. Rodríguez, José G. Pompey y Genaro Hernández.

Los trabajos de la comisión adelantaron por horas. Mas era necesario contar con la seguridad de la visita, y esto vino a depararlo la intervención del patriota José Dolores Poyo. En su periódico *El Yara* apuntó el general deseo de ver en Cayo Hueso al prócer, que se apresuró a poner a Poyo, en 5 de diciembre de 1891, una epístola expresiva de su ansia de correr al Cayo, a la par que de su resolución de no satisfacer semejante anhelo mientras no se le llamase, porque entendía que era tan dulce obedecer el mandato de sus compatriotas como era indecoroso solicitarlo. Los cubanos de Cayo Hueso, una vez preparados los festejos populares para el caso, invitaron debidamente al Maestro, quien el 16 de diciembre dirigió a Peláez, desde Nueva York, el despacho telegráfico así concebido:

"Acepto con contento vivísimo. Me es imprescindible presidir aquí una reunión el sábado a prima noche. Puedo salir en el tren de las doce para Tampa y llegar a ésa el 22."

El aviso prendió en todos los corazones cubanos de Cayo Hueso el entusiasmo y la fe, el júbilo y la esperanza. Los patriotas ardían en deseos de congregarse alrededor de aquel a quien atribuían capacidad para ser sostén y luz de las aspiraciones republicanas. El manifiesto que en 22 de diciembre de 1891 publicó en Cayo Hueso la comisión presidida por Angel Peláez exhibió lo que acerca de los designios de Martí se pensaba por la gente sincera y previsor.

Sin embargo del anuncio de la llegada para el día 22, la misma se retardó por acuerdo de la comisión organizadora de las próximas fiestas patrias. El 24 se hallaba Martí en Tampa. Desde allí telegrafió a Angel Peláez que se encontraba "enfermo, pero cerca del noble Cayo". Pocas horas después, el 25 de diciembre de 1891, en el vapor *Olivette*, arribó el Maestro a Cayo Hueso. Los brazos cubanos se abrieron para estrechar al campeón de la libertad. Martí continuaba siendo víctima de pertinaz y no leve dolencia. Pero el genial alterador estaba ya sobre el campo de acción: pronto se verían brillar los destellos de su extraordinario talento y de su magno corazón.



DICIEMBRE

26

1665

## SAQUEO E INCENDIO DE SANCTI SPIRITUS

Dura y asoladora fué la obra que, como guiados por el genio de la maldad, realizaron en Cuba el corso y la piratería. Pero semejante labor, de que resultó víctima Cuba, llegó a ser horrible en la segunda mitad del siglo XVII. De nada valía entonces que la Metrópoli tuviese ajustadas y celebradas paces con Francia y la Gran Bretaña cuando era lo cierto que la Colonia se veía con frecuencia despojada de progresos adquiridos a gran costa. Dueñas eran aquellas potencias europeas de todas las Antillas, exceptuando a Cuba, Puerto Rico y la parte oriental de La Española. Se hallaban en posesión de magníficas bases para preparar y consumir sus correrías, sin que las protestas de España alcanzasen atención alguna en las cortes que autorizaban, más o menos directamente, tales depredaciones.

Tipo acabado de las perpetradas en Cuba resultó la realizada por los filibusteros franceses acaudillados por Pierre Le Grand en Sancti Spiritus el 26 de diciembre de 1665. Los moradores de la villa estaban entregados aún a la celebración de la Pascua de Navidad cuando la paz de sus ánimos y el natural regocijo de las fiestas quedaron en suspenso por la noticia de la proximidad de trescientos enemigos. Aunque el gobernador de la Isla, el maestre de campo Francisco Dávila Orejón y Gastón, tenía muy prevenidos al teniente y a los vecinos de Sancti Spiritus para que nunca dejaran los puertos y entradas sin vigías y para que se aprestasen con sus armas como si hubiese guerra declarada, las circunstancias del suceso expresaron lo contrario.

“Pasaron los enemigos —escribía Dávila a su monarca en 30 de enero de 1666— doce leguas tierra aden-

tro y en su retirada ocho, sin que les costase una gota de sangre, habiéndose ocupado un día natural en el saqueo, y teniendo aquella población más de doscientos cincuenta hombres de armas y muchos esclavos capaces de llevarlas. Parece que Dios, por justos juicios, les cegó el entendimiento y la razón para que, olvidados de su obligación y del amor a su patria, la desamparasen y se refugiasen como alarbes a los montes, sin hacer ninguna demostración para su crédito."

Un verdadero desastre sufrió, ciertamente, Sancti Spiritus. Los invasores quemaron treinta y tres casas —pocas más existían allí— y las restantes quedaron saqueadas y destrozadas. En medio de su indignación por la conducta cobarde de aquellos colonos y a despecho de su penuria en materia de recursos, Dávila acudió con peones y otros elementos en socorro de la dismantelada villa. Todos se afanaron por emprender la reconstrucción. Hubo de parte de los propios damnificados como un esfuerzo emanado de la vergüenza misma de no haber sabido defender la población, y no tardaron en llegar las horas en que nuevos y perseverantes empeños borraron las huellas del saqueo e incendio de Sancti Spiritus.



DICIEMBRE

**27**

1868

## ABOLICION DE LA ESCLAVITUD POR CESPEDES

Carlos Manuel de Céspedes, como cabal servidor de la libertad, se ocupó desde el principio del movimiento guerrero de 1868 en elevar al negro esclavo a la dignidad de persona sin restricciones de ningún género. El mismo 10 de octubre de 1868, al cabo de su jornada inicial, Céspedes emancipó a sus esclavos. Quien emprendía una lucha sangrienta en pos de la nacionalidad sobre bases republicanas y democráticas ajustó su conducta a los principios de que pretendía ser sostenedor.

Era menester realizar algo ostensible, pasar de lo particular a lo general, poner de manifiesto la sinceridad de los propósitos abrigados. Así lo entendió Céspedes. Poco importaba, a su juicio, que el partido cubano se viese privado de la adhesión o la neutralidad de los hacendados que se habían mostrado no más que benévolos simpatizantes de la Revolución. La abolición de la esclavitud —la amenaza que aquellos pudientes observaban para sus intereses— era un acto de justicia y una satisfacción demandada por la conciencia humana. No podía presentarse dignamente el pueblo de Cuba ante las naciones proclamando su independencia y su soberanía y sancionando con un silencio criminal la miserable servidumbre de una raza.

Consecuencia lógica de la actitud asumida por los cubanos en armas fué la medida que respecto de la esclavitud adoptó Céspedes tan luego como constituyó el gobierno provisional que tomó el título de Capitanía General. El 27 de diciembre de 1868 Carlos Manuel de Céspedes expidió el decreto de abolición de la esclavitud africana en Cuba.

El ejemplo dado por Céspedes fué una prueba con-

cluyente de cómo pensaban y sentían los cubanos que consciente y decididamente habían acogido la idea y la aspiración de libertar el suelo patrio. La conducta de los orientales representados por Céspedes al tiempo de firmar el decreto de 27 de diciembre de 1868 tenía hondas raíces. Los que laboraban por la independencia de la Isla consideraban inseparables esa solución y la extinción de la condición servil de parte de la población del país. Céspedes alcanzó el honor de iniciar en Cuba la magna obra de hacer iguales a todos los habitantes de esta Antilla.



DICIEMBRE

28

1895

## AVANCES DE LA INVASION

En medio de la inmensa ola de fuego en que se halló envuelta la región matancera en las postrimerías de 1895 la columna invasora realizó nuevas marchas y contramarchas de importancia. Los ilustres campeones que se encontraban al frente de la hueste insurrecta no desperdiciaron coyuntura alguna para asegurar el buen éxito de la causa revolucionaria. Eran días de una gravedad extremada para los combatientes. La actividad reflexiva del cubano estaba llamada a provocar, ya merced a empeños enérgicos, ya gracias a estratagemas de fina ley, tropiezos y caídas de consideración para los servidores de la integridad colonial.

A la obra de devastación que llegó a su colmo el 24 de diciembre de 1895 sucedió la ejecución del plan que comenzó con una falsa retirada y quedó encauzado con un movimiento de avance eficaz. Maceo tomó el camino de la Ciénaga de Zapata. Existía la necesidad imperiosa de establecer convenientemente un hospital de sangre. Pero había aún algo más premioso: se pretendía simular una retirada con apariencias de definitiva. Y este secreto lo fué por igual para el enemigo y para muchos, por no decir la totalidad, de los componentes del ejército invasor.

“Encerrado Maceo en una reserva absoluta —contó el general Miró—, a nadie le comunicó el móvil verdadero de aquella marcha retrógrada, que para todos nosotros tenía el aspecto del último acto de la campaña de invasión. En muchos corazones despertaba júbilo inmenso; especialmente los orientales, al verse caminantes de cara al Sol durante las primeras horas del día, se entregaban a las más risueñas esperanzas, creyendo que

muy pronto volverían a recorrer el país natal, la tierra encantadora de Oriente, donde habían dejado la mitad de su existencia: los amores de la juventud, los lazos de la familia, las prendas del alma y el hogar con sus dulces atractivos; ¡cuán lejos estaba el retorno, y qué de vicisitudes nos reservaba el misterioso porvenir!"

De jornada en jornada, bajo tales ideas, el invasor tuvo refriegas de relativa importancia, marchó por los vericuetos de la Ciénaga de Zapata y llegó, ya el 27 de diciembre, a vivaquear en el distrito de Cienfuegos. Pero la próxima correría inició el nuevo y decisivo avance de la intrépida columna libertadora. El 28 de diciembre de 1895, vuelta otra vez la cara al Poniente, tomó el camino de la conquista de las comarcas occidentales. La falsa retirada concebida por el Lugarteniente había cesado. Los pasos del soldado libertador se dirigían, de modo efectivo y resuelto, a pasear por el resto de la Isla la bandera de Cuba libre.



DICIEMBRE

29

1897

## ORGANIZACION DEL GOBIERNO AUTONOMICO

El gobierno de España comprendió demasiado tarde que la principal de sus colonias antillanas había demandado con justicia un régimen autonómico. Los antiguos clamores del cubano fueron tan desatendidos que, tras el incumplimiento de aparatosas promesas, surgió la Guerra Grande. La tregua que al pacto de El Zanjón sucedió sólo sirvió para exacerbar a los hijos del país que con sinceridad y patriotismo laboraban por sacarlo de la abyección en que se obstinó en mantenerlo la Metrópoli. La insurrección del 24 de febrero de 1895 fué consecuencia inevitable de la política desarrollada por España en Cuba. De nada habían valido las propagandas y los esfuerzos del Partido Liberal, el portavoz de la autonomía, a despecho de su discreción y de su adhesión a la llamada integridad nacional.

La nueva guerra sobrevino lógicamente. La hueste invasora recorrió a sangre y fuego el país en tres meses. Por todas partes se vió flotar, gallarda y venturosa, la bandera de Narciso López y de Guáimaro. La Metrópoli, fracasada y confusa, acabó por rendirse a la evidencia, pero a una evidencia cuyo reconocimiento, si en otros días le hubiese sido salvador, ya en 25 de noviembre de 1897 llegaba con retraso irreparable.

El real decreto de 25 de noviembre de 1897, a virtud del cual se estableció el régimen autonómico en el gobierno y la administración de la isla de Cuba, fué remedio aplicado cuando ya los males de la Colonia habían hecho tomar a los patriotas la resolución inquebrantable de sostener la lucha hasta sucumbir en ella o lograr la liberación patria. Pero España creyó, como creyeron los servidores del poder colonial en Cuba, que aún llegaban a tiempo

las medidas liberales que habían ocupado la atención del país a lo largo de dos tercios de centuria.

España había reconocido la autonomía de Cuba. Diversas providencias se sucedieron para establecer el nuevo régimen en la Isla. Entre tales medidas, y como una de las más importantes, figuró la contenida en el decreto que la Capitanía General expidió en 29 de diciembre de 1897, de concierto con el soberano de 25 de noviembre. El gobernador general de la Isla organizó técnicamente el gobierno autonómico que comenzaría a regir los destinos del país el 1º de enero de 1898. La más alta autoridad de la Colonia, dictando su decreto de 29 de diciembre de 1897, suprimió totalmente los centros de la Intendencia General de Hacienda, con sus correspondientes administraciones provinciales, y la Secretaría General del gobierno de la Isla, estableció en su lugar otra Secretaría General y un Consejo de Gobierno responsable y señaló las atribuciones y funciones de los departamentos así creados. Todo esto venía a ser uno de los postreros ensayos realizados para salvar los restos del imperio colonial de Carlos V y Felipe II en el mundo de Colón.





## UN PRIVILEGIO NACIDO DE UNA GRACIA REAL

El gobierno de Luis de las Casas mereció de sus contemporáneos y de la posteridad juicios tan elevados como elevadas fueron casi todas sus providencias y obras. La población, las costumbres, la agricultura y el comercio alcanzaron innovaciones y adelantos de vital importancia. La civilización experimentó impulsos decisivos. En suma, la gestión de Luis de las Casas se consideró como la génesis de la vida intelectual de Cuba.

Mas hubo en la fructuosa administración de Luis de las Casas decisiones deplorables. Ya por iniciativa propia, ya merced a complacencias de la Metrópoli, se vieron prosperar las consecuencias de actos en pugna con los principios esenciales de la civilización. La escuela perniciosa pudo en determinados casos ser tenida por ópimo fruto de sabia resolución. En otras ocasiones la maldad quedó en seguida de manifiesto y la causa y el efecto por igual fueron considerados despreciables y nefandos.

De acuerdo con el criterio del tiempo y del medio en que vivió, Luis de las Casas creyó que no podía abstenerse de procurar la introducción de esclavos en la Isla. La agricultura reclamaba brazos, y él quiso proporcionárselos favoreciendo con sus instancias la trata. La real cédula de 24 de noviembre de 1791, expedida de concierto con las observaciones del gobernador general de Cuba, prorrogó por seis años la absoluta libertad del comercio de carne humana y suprimió casi en su totalidad las trabas que habían acompañado la primitiva licencia. Se pretendía levantar la riqueza material del país, y, cegados los gobernantes previsores y honrados tanto como los especuladores sin conciencia ni escrúpulos, la civili-

zación fué ultrajada en nombre del progreso y hasta de principios de alta moral.

En el tráfico comercial, tan favorecido por Luis de las Casas, ocurrieron cosas muy deplorables. Al lado de concesiones propicias a la importación de máquinas y utensilios para la elaboración de azúcar y junto a la facultad de proveerse de harinas norteamericanas en casos perfectamente especificados —franquicias de carácter general en sumo grado beneficiosas—, pudieron los contemporáneos ver cómo se expedían, a expensas del bienestar de los más, licencias que pasaron a ser fuentes de monopolio y hasta de contrabandos. Una real cédula de 30 de diciembre de 1791 autorizó a una casa de La Habana para introducir víveres de procedencia extranjera en tanto a las demás se les privaba de igual prerrogativa. No podían entonces Luis de las Casas y José Pablo Valiente estar conformes con semejante medida, como tampoco después lo estuvieron ni el propio Valiente ni el conde de Santa Clara con disposiciones atentatorias a la prosperidad del país. Pero, nacidos los privilegios de esa índole de otras tantas gracias reales, el interés sórdido de los favorecidos y el error o la mala fe de la Corona y sus consejeros acallaban en la Metrópoli el clamor de los administradores de la Colonia que velaban por la salud y el engrandecimiento de Cuba.



DICIEMBRE

31

1901

## ELECCIONES GENERALES

El gobierno militar de Cuba dispuso en 14 de octubre de 1901 que se efectuasen dos elecciones en la Isla: una el 31 de diciembre de 1901 y otra el 24 de febrero de 1902, declarados festivos. En la primera debían ser designados compromisarios presidenciales y senatoriales, miembros de la Cámara de Representantes y gobernadores y consejeros provinciales. En la segunda, presidente, vicepresidente y senadores. Todos serían los funcionarios encargados de constituir el gobierno de la República.

El 31 de diciembre se celebraron las elecciones dispuestas por el Gobernador Militar. De ellas salieron los compromisarios, representantes a la Cámara y funcionarios provinciales. De las elecciones de segundo grado señaladas para el 24 de febrero saldrían el presidente y vicepresidente de la República y los senadores. Puesto que realmente no hubo lucha en las urnas en torno a las dos primeras magistraturas nacionales, ya se sabía el 31 de diciembre de 1901 que presidente y vicepresidente de la República serían Tomás Estrada Palma y Luis Estévez y Romero, dos patriotas muy destacados. Estrada Palma estaba rodeado de los inmensos prestigios acumulados en las dos grandes guerras por la independencia y en el lapso desarrollado entre ambas, durante el cual había permanecido fuera de Cuba, renuente a convivir con los detentadores de la gobernación de su patria.

Las elecciones generales del 31 de diciembre de 1901 probaron la buena fe de las promesas hechas por los Estados Unidos acerca del tiempo durante el cual sus funcionarios y soldados ocuparían la Isla. El poder interventor llevaba justamente tres años en Cuba. Al cabo de ellos se efectuaron elecciones precursoras de la pronta

entrega del gobernalle de esta Antilla a los hombres, hijos suyos, designados por el pueblo. Esto era posible por el concurso de dos factores: el ya reconocido de la buena fe de los Estados Unidos y el consistente en la capacidad demostrada por los cubanos para el manejo por sí mismos de sus negocios públicos. Los cubanos —y a la cabeza de todos se hallaban los que habían empuñado las armas libertadoras y los que habían laborado en el destierro por la extinción del régimen colonial— probaron de manera absoluta que poseían las condiciones necesarias para asumir la regencia de la Nación.

En Cuba fué un día comicial de significación y alcance excepcionales el 31 de diciembre de 1901. Ya no quedaba duda alguna respecto del próximo establecimiento de la República como parte de la comunidad jurídica internacional. El 31 de diciembre de 1901 era complemento hermoso del 1º de enero de 1899. Pero el 31 de diciembre de 1901 tenía sobre el 1º de enero de 1899 el hecho de llevar aparejada la seguridad de que dentro de muy pocos meses la Isla, colocada bajo el gobierno de sus hijos, iba a empezar a ser libre e independiente.





# INDICE

	Págs.
PREFACIO .....	5
ENERO	
1—1899—Cambio de soberanía.....	7
2—1897—Acción de Santa Teresa.....	9
3—1896—La Invasión en La Habana.....	11
4—1896—Toma de Güira de Melena.....	13
5—1892—Cayo Hueso.....	15
6—1875—Invasión de Las Villas.....	17
7—1896—Maceo a las puertas de Pinar del Río.....	19
8—1896—La Invasión en Vuelta Abajo.....	21
9—1517—Armas y divisas para Cuba.....	23
10—1896—Progresos de la Invasión.....	25
11—1521—Alonso Zuazo.....	27
12—1896—La justicia en el Ejército Libertador.....	29
13—1896—Alzamiento en Remates de Guane.....	31
14—1574—Ordenanzas Municipales de Alonso de Cáceres..	33
15—1887—Un discurso de Manuel Sanguily.....	35
16—1897—Asalto del tren de Regla a Guanabacoa.....	37
17—1896—Combate en Las Taironas.....	39
18—1876—Segundo mando de Joaquín Jovellar.....	41
19—1898—Defección de Masó Parra.....	43
20—1896—El Ejército invasor en Guane.....	45
21—1896—Máximo Gómez en las inmediaciones de Güines..	47
22—1869—Sucesos en el teatro de Villanueva.....	49
23—1896—Termino de la invasión libertadora.....	51
24—1898—Una proclama de Alfredo Rego.....	53
25—1869—Antecedentes de la dictadura de Dulce.....	55
26—1855—Planes de Ramón Pintó.....	57
27—1860—Coronación de Gertrudis Gómez de Avellaneda..	59
28—1909—Restauración de la República.....	61
29—1895—Autorización para el alzamiento libertador.....	63
30—1871—Orden general expedida por Agramonte.....	65
31—1895—Actitud expectante de los patriotas.....	67

## FEBRERO

-1-1751-San Isidoro de Holguin.....	69
2-1544-Gobierno de Juan de Avila.....	71
3-1874-El Himno de Las Villas.....	73
4-1878-Jornadas postreras de la Guerra Grande.....	75
5-1896-Asedio de Candelaria.....	77
6-1869-Revolución en las Cinco Villas.....	79
7-1880-Política de Cánovas del Castillo.....	81
8-1898-Acción internacional de España.....	83
9-1898-Carta famosa de Dupuy de Lome.....	85
10-1878-Pacto en El Zanjón.....	87
11-1901-Relaciones entre Cuba y los Estados Unidos....	89
12-1867-Junta de Información.....	91
13-1872-La escuela política de Fish.....	93
14-1869-Conspiración en Cárdenas.....	95
15-1898-La catástrofe del <i>Maine</i> .....	97
-16-1739-Abolición de la facultad de mercedar tierras.....	99
17-1867-Un voto de Pozos Dulces.....	101
18-1711-El oidor Pablo Caveró.....	103
19-1897-Justicia de Pi y Margall.....	105
20-1871-La torre óptica de Colón.....	107
21-1723-Sublevación y muerte de vegueros.....	109
22-1877-Muerte de Aguilera.....	111
23-1896-Maceo en Matanzas.....	113
24-1895-La revolución de Martí.....	115
25-1896-Acción de La Perla.....	117
26-1869-Abolición de la esclavitud en Camagüey.....	119
27-1874-Muerte de Céspedes.....	121
28-1895-El último hombre y la última peseta.....	123
29-1896-Weyler juzgado por Estrada Palma.....	125

## MARZO

1-1878-Reformas políticas.....	127
2-1895-Juan Gualberto Gómez en La Habana.....	129
3-1895-Firmeza de Masó.....	131
4-1878-Un rasgo de Antonio Maceo.....	133
5-1874-Deportación de un arzobispo.....	135
6-1896-Encuentro bélico en La Teneria.....	137
7-1825-López de Santa Anna.....	139
8-1826-La expedición de los trece.....	141
9-1870-Bibliotecas de separatistas.....	143
10-1818-José Pablo Valiente.....	145
11-1896-Combate en Nueva Paz.....	147



	Págs.
12—1870—Luis Marcano.....	149
13—1896—Asalto de Batabanó.....	151
14—1899—Gómez y la Asamblea.....	153
15—1878—Baraguá.....	155
16—1826—Suplicio de Agüero y Sánchez.....	157
17—1874—Guásimas de Machado.....	159
18—1734—Gobierno de Güemes de Horcasitas.....	161
19—1828—El Templete de La Habana.....	163
20—1876—La Cámara en la Matilde de Simoni.....	165
21—1834—Nuevas armas del absolutismo.....	167
22—1797—Cultivo del café.....	169
23—1898—Tirantez entre Washington y Madrid.....	171
24—1896—Acción de guerra en Blanquiazales.....	173
25—1895—Montecristi.....	175
26—1896—La Cordillera de los Organos.....	177
27—1854—Contra las irrupciones de los ignorantes.....	179
28—1873—Integridad española y revolución cubana.....	181
29—1668—Saqueo de Puerto Príncipe.....	183
30—1894—Enrique Loynaz en actividad.....	185
31—1589—Tejeda y Antonelli.....	187

## ABRIL

1—1667—Francisco Dávila Orejón.....	189
2—1901—Elihu Root y la enmienda Platt.....	191
3—1896—San Diego de Tapia.....	193
4—1869—Bando de Valmaseda.....	195
5—1538—Combate naval en Santiago de Cuba.....	197
6—1895—Martí y Gómez en Cabo Haitiano.....	199
7—1898—Las grandes potencias europeas.....	201
8—1852—Un proyecto de convención tripartita.....	203
9—1896—Acción de San Claudio.....	205
10—1869—Asamblea en Guáimaro.....	207
11—1869—La Cámara de Representantes.....	209
12—1869—Céspedes y Quesada.....	211
13—1822—La partida de Armona.....	213
14—1825—Fermentación revolucionaria.....	215
15—1869—La Cámara y Morales Lemus.....	217
16—1874—Vacilaciones en los Estados Unidos.....	219
17—1492—Capitulaciones de Colón.....	221
18—1896—Lucha en las lomas de Tapia.....	223
19—1820—Régimen constitucional.....	225
20—1898—Resolución conjunta en Washington.....	227
21—1869—Acuerdos de la Cámara.....	229

	Págs.
22—1896—Resistencia en las lomas de Tapia.....	231
23—1895—Próceres en acción.....	233
24—1898—Manifiesto de Sebastopol.....	235
25—1901—Comisión cubana en Washington.....	237
26—1869—Disolución de la Asamblea de Camagüey.....	239
27—1875—Lagunas de Varona.....	241
28—1872—Un veto de Céspedes.....	243
29—1896—La goleta <i>Competitor</i> .....	245
30—1896—Cacarajicara.....	247

## MAYO

1—1881—La paz nueva.....	249
- 2—1823—Francisco Dionisio Vives.....	251
3—1896—Maceo en Bahía Honda.....	253
4—1853—Manifiesto de Sánchez Iznaga.....	255
5—1895—Incomprensiones en Mejorana.....	257
6—1669—Quiebra y rescate de la justicia.....	259
7—1897—La pacificación de Weyler.....	261
- 8—1796—Caña de azúcar de Otahiti.....	263
9—1666—Proclamación de Carlos II.....	265
10—1869—Incendio en Guáimaro.....	267
11—1902—Estrada Palma en La Habana.....	269
12—1895—De Martí a Maceo.....	271
13—1799—El marqués de Someruelos.....	273
14—1872—Excepciones de Valmaseda.....	275
- 15—1795—San Antonio de los Baños.....	277
16—1705—Casa de Expósitos.....	279
- 17—1783—Bernardo de Gálvez en La Habana.....	281
- 18—1783—Visita de William Lancaster.....	283
19—1895—Muerte de Martí.....	285
20—1902—Soberanía internacional.....	287
21—1870—La escuela de Agramonte.....	289
22—1896—Guerra en la Cordillera de los Organos.....	291
23—1866—Tranquilino Sandalio de Noda.....	293
24—1857—William Walker en La Habana.....	295
25—1848—Revolución y anexión.....	297
26—1716—Vicente Raja.....	299
27—1640—Confirmación de las Ordenanzas de Cáceres.....	301
- 28—1825—Facultades omnímodas.....	303
29—1586—Francis Drake.....	305
30—1866—Mando de Francisco Lersundi.....	307
31—1869—Violencia de los voluntarios de La Habana.....	309



## JUNIO

1—1834—Gobierno de Miguel Tacón.....	311
2—1869—Caída de Domingo Dulce.....	313
3—1805—Mariel o Muelle de Tablas.....	315
4—1843—Cárdenas, tenencia de gobierno.....	317
5—1546—Gobierno de Antonio Chaves.....	319
6—1762—Escuadra británica en La Habana.....	321
7—1494—Colón en el Surgidero de Batabanó.....	323
8—1885—Luis Victoriano Betancourt.....	325
9—1626—Escuadra holandesa en Cabañas.....	327
10—1896—Saratoga.....	329
11—1798—Sublevación de esclavos.....	331
12—1766—Terremoto en Santiago de Cuba.....	333
13—1896—San Gabriel de Lombillo.....	335
14—1785—Gremio de panaderos.....	337
15—1848—Portazgo en Jesús del Monte.....	339
16—1608—Gobierno de Ruiz de Pereda.....	341
17—1905—Muerte del Generalísimo.....	343
18—1617—Producción azucarera.....	345
19—1896—Lomas de Tapia.....	347
20—1898—Norteamericanos en Santiago de Cuba.....	349
21—1791—Temporal en la región occidental.....	351
22—1874—Victor Hugo.....	353
23—1817—Supresión de la Factoría de Tabacos.....	355
24—1898—Norteamericanos y españoles.....	357
25—1653—Contrabando de esclavos.....	359
26—1897—El presidente McKinley y España.....	361
27—1760—Estanco absoluto del tabaco.....	363
28—1869—Gobierno de Caballero Fernández de Rodas.....	365
29—1856—Ascensión aerostática de Matías Pérez.....	367
30—1800—La Audiencia en Puerto Príncipe.....	369

## JULIO

1—1550—Azúcar y esclavitud.....	371
2—1626—El almirante Hans Van-Dort.....	373
3—1898—Batalla naval en Santiago de Cuba.....	375
4—1825—Junta cubana en México.....	377
5—1898—Santiago de Cuba en peligro.....	379
6—1814—Caída del régimen constitucional.....	381
7—1898—Francisco Javier Cisneros.....	383
8—1578—Riqueza y penuria.....	385
9—1898—Bombardeo en Santiago de Cuba.....	387
10—1871—Federico Fernández Cavada.....	389

	Págs.
11—1525—Sentencia contra Velázquez.....	391
12—1895—Maceo en las vegas de Yao.....	393
13—1812—La constitución de las Españas.....	395
14—1765—Funerales de Diego Antonio de Manrique.....	397
15—1689—Fundación de Villa Clara.....	399
16—1804—Mitra arquiépiscopal.....	401
17—1898—La plaza de Santiago de Cuba.....	403
18—1898—Gestiones de paz.....	405
19—1797—Británicos en Casilda.....	407
20—1808—Juramento de fidelidad a Fernando VII.....	409
21—1895—La opinión nacional en el Uruguay.....	411
22—1779—Bando de guerra contra la Gran Bretaña.....	413
23—1774—Fundación de Filipina.....	415
24—1731—Sublevación de esclavos en El Cobre.....	417
25—1515—Fundación de San Cristóbal de la Habana.....	419
26—1762—Muerte de Pepe Antonio.....	421
27—1859—Reforma del régimen municipal.....	423
28—1898—Deseos de España.....	425
29—1896—Juan Bruno Zayas en La Jaima.....	427
30—1810—Un emisario de José Bonaparte.....	429
31—1861—Tasadores de esclavos.....	431

## AGOSTO

1—1828—Colonización de Isla de Pinos.....	433
2—1911—José Joaquín Palma.....	435
3—1898—La honra de la Revolución.....	437
4—1876—Henry Reeve.....	439
5—1555—Jacques de Sores en La Habana.....	441
6—1895—Mérida de Yucatán.....	443
7—1896—Puerta de la Muralla.....	445
8—1898—Renuncia de Calixto García.....	447
9—1633—Muerte del almirante Miguel Redín.....	449
10—1898—Preliminares de un protocolo de paz.....	451
11—1898—Proyecto de protocolo de paz.....	453
12—1898—Protocolo de paz.....	455
13—1898—Cesación de hostilidades.....	457
14—1762—Comienzo de la dominación británica.....	459
15—1762—Dos regimenes.....	461
16—1851—Fusilamientos en Atarés.....	463
17—1734—Contrata de Tallapiedra.....	465
18—1851—Fusilamiento de Isidoro de Armenteros.....	467
19—1823—José Francisco Lemus.....	469
20—1898—Comisarios de paz.....	471



	Págs.
21—1823—Soles y Rayos de Bolívar.....	473
22—1896—Un mensaje a Maceo.....	475
23—1824—Pronunciamiento en Matanzas.....	477
24—1878—Billetes de banco.....	479
25—1871—Fusilamiento de Zenea.....	481
26—1896—Pertrechos bélicos en Cabo Corrientes.....	483
27—1876—Decreto contra el ñañiguismo.....	485
28—1892—Muerte de Modesto Díaz.....	487
29—1851—Aprehensión de Narciso López.....	489
30—1895—Ramón de las Yaguas.....	491
31—1895—Sao del Indio.....	493

## SEPTIEMBRE

1—1851—Ejecución de Narciso López.....	495
2—1852—Funerales de Anacleto Bermúdez.....	497
3—1896—Dimas o San Pedro de Murias.....	499
4—1640—Pie de Palo frente a La Habana.....	501
5—1896—Planes en la campaña mantuana.....	503
6—1869—John A. Rawlins.....	505
7—1896—Reorganización de fuerzas libertadoras.....	507
8—1896—Revés revolucionario en La Habana.....	509
9—1895—Complicaciones en México.....	511
10—1798—Británicos contra criollos.....	513
11—1896—Calixto García en Baire.....	515
12—1896—En la derrota de Cabo Corrientes.....	517
13—1895—Asamblea Constituyente en Jimaguayú.....	519
14—1899—Ponce de León en los archivos oficiales.....	521
15—1639—Gobierno de Alvaro de Luna.....	523
16—1895—Firma de la Constitución.....	525
17—1896—Maceo en Remates de Guane.....	527
18—1896—La expedición de Rius Rivera.....	529
19—1565—Mando de Francisco García Osorio.....	531
20—1814—Coplas en loor de la Constitución.....	533
21—1854—Segundo mando de Gutiérrez de la Concha.....	535
22—1895—Contribuciones de guerra.....	537
23—1728—Universidad en La Habana.....	539
24—1870—Suplicio de Luis Ayestarán.....	541
25—1898—Elección de representantes.....	543
26—1896—Tumbas de Estorino.....	545
27—1852—Junta Cubana en Nueva York.....	547
28—1906—Eclipse de la República.....	549
29—1906—Gobierno Provisional.....	551
30—1779—Villa y escudo de armas de Güines.....	553

## OCTUBRE

1—1896—El baluarte de Viñales.....	555
2—1695—Gobierno de Diego de Córdoba.....	557
3—1896—La guerra en los pinares occidentales.....	559
4—1896—Ceja del Negro.....	561
5—1634—Naufragio en la costa de Mariel.....	563
6—1896—Fusilamiento de Manuel Valdés.....	565
7—1630—Gobierno y flaqueza de Bitrián de Viamonte....	567
8—1607—Dos gobiernos en una insula.....	569
9—1895—Eugenio Maria de Hostos.....	571
10—1868—Alzamiento de Céspedes.....	573
11—1896—Sanidad en el Ejército Libertador.....	575
12—1747—Encuentro naval entre británicos y españoles....	577
13—1764—Intendencia de Hacienda en La Habana.....	579
14—1818—La economía política en la Sociedad Patriótica...	581
15—1870—Propósitos de Bismarck.....	583
16—1877—Muerte de Eduardo Machado.....	585
17—1764—Administrador de correos de La Habana.....	587
18—1662—Invasión británica en Santiago de Cuba.....	589
19—1877—Estrada Palma, prisionero de guerra.....	591
20—1898—Constitución de Wood.....	593
21—1896—Bando de reconcentración.....	595
22—1895—Principio de la invasión libertadora.....	597
23—1823—La espada del Libertador.....	599
24—1898—La Asamblea de Representantes.....	601
25—1895—Expedición de Céspedes.....	603
26—1843—Gobierno de Leopoldo O'Donnell.....	605
27—1492—Descubrimiento.....	607
28—1896—Rendición de Guáimaro.....	609
29—1897—Asamblea Constituyente en La Yaya.....	611
30—1897—Nuevo gobierno revolucionario.....	613
31—1895—El ejército invasor en Mala Noche.....	615

## NOVIEMBRE

1—1873—Céspedes y Cisneros.....	617
2—1903—República del pueblo.....	619
3—1868—Planes de los camagüeyanos.....	621
4—1868—Revolución en Camagüey.....	623
5—1900—Constituyente en La Habana.....	625
6—1873—El <i>Virginius</i> y la <i>Niobe</i> .....	627
7—1531—Gobierno de Juan de Vadillo.....	629
8—1895—La columna invasora en Camagüey.....	631
9—1879—Sublevación de Francisco Carrillo.....	633



	Págs.
10—1873—Asalto de Manzanillo.....	635
11—1868—Jura de la bandera en Sibanicú.....	637
12—1870—Porfirio Valiente y de las Cuevas.....	639
13—1850—Mando de José Gutiérrez de la Concha.....	641
14—1896—Weyler en Pinar del Río.....	643
15—1863—Funerales de José Jacinto Milanés.....	645
16—1900—Actas de los delegados a la Convención.....	647
17—1898—Italia y Cuba.....	649
➤ 18—1771—El marqués de la Torre.....	651
➤ 19—1837—Primera línea férrea en Cuba.....	653
20—1870—Donato del Mármol y Tamayo.....	655
➤ 21—1786—Benigno García Calderón.....	657
22—1868—La Revolución en El Cobre.....	659
23—1868—Sitio de Holguín.....	661
24—1859—Gobierno de Francisco Serrano.....	663
25—1891—Marti en Tampa.....	665
26—1891—Con todos y para el bien de todos.....	667
27—1871—Fusilamiento de estudiantes.....	669
28—1868—Acción de Bonilla.....	671
29—1895—La columna invasora en la trocha de Morón.....	673
30—1665—Escudo de armas de La Habana.....	675

## DICIEMBRE

1—1895—Gómez y Maceo en La Reforma.....	677
2—1873—Acción de Palo Seco.....	679
3—1853—Gobierno de Juan de la Pezuela.....	681
4—1896—El paso de Mariel.....	683
5—1895—Invasión de Las Villas.....	685
➤ 6—1796—El conde de Santa Clara.....	687
7—1896—Desplome de Maceo.....	689
8—1897—Ley de Organización Militar.....	691
➤ 9—1823—Restablecimiento del absolutismo.....	693
10—1898—Tratado de París.....	695
11—1898—Muerte de Calixto García.....	697
12—1896—La emigración cubana en Nueva York.....	699
13—1867—Segundo mando de Lersundi.....	701
➤ 14—1830—Gran Legión del Aguila Negra.....	703
15—1895—Acción de Mal Tiempo.....	705
➤ 16—1766—Muerte de Luis José de Aguiar.....	707
17—1869—Destitución de Manuel de Quesada.....	709
➤ 18—1836—Reacción en Santiago de Cuba.....	711
19—1895—De Eloy Alfaro a la reina de España.....	713
20—1895—Manuel de Jesús Calvar.....	715

	<u>Págs.</u>
21—1895—La hueste invasora en Matanzas.....	717
22—1692—Escándalos en Santiago de Cuba.....	719
23—1824—Real Sala del Crimen.....	721
24—1895—Tea redentora y fuego purificador.....	723
25—1891—Marti en Cayo Hueso.....	725
26—1665—Saqueo e incendio de Sancti Spiritus.....	727
27—1868—Abolición de la esclavitud por Céspedes.....	729
28—1895—Avances de la Invasión.....	731
29—1897—Organización del gobierno autonómico.....	733
30—1791—Un privilegio nacido de una gracia real.....	735
31—1901—Elecciones generales.....	737



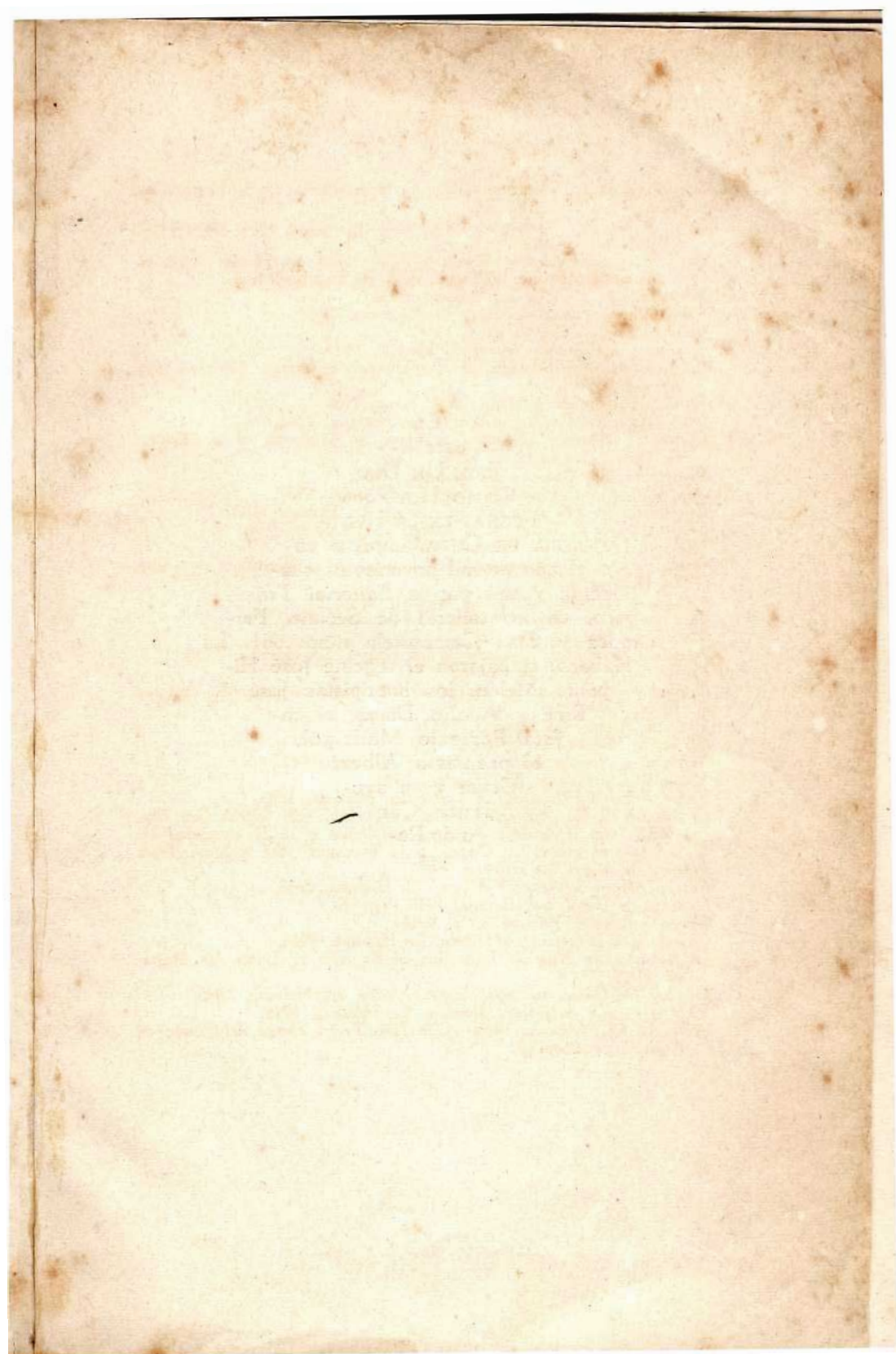
## OTRAS OBRAS DEL AUTOR

- Tranquilino Sandalio de Noda.* La Habana, 1910.  
*Cirilo Villaverde.* La Habana, 1911.  
*José Victoriano Betancourt.* La Habana, 1912.  
*El Ferrocarril a los Remates de Guane.* La Habana, 1913.  
*Ramón Lazo.* La Habana, 1914.  
*El Municipio de Ramón Lazo.* La Habana, 1914.  
*Gonzalo de Quesada.* Pinar del Río, 1915.  
*Los Arroyos de Mantua, puerto habilitado para el tráfico marítimo.* La Habana, 1915.  
*Próceres Occidentales.* La Habana, 1915.  
*Una heroína cubana.* Pinar del Río, 1918.  
*Ensayo histórico de Pinar del Río.* Pinar del Río, 1919.  
*Guáimaro.* (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.  
*Carlos Manuel de Céspedes.* (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.  
*El Ayuntamiento de La Habana.* (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.  
*Historia de Mantua (Pinar del Río).* La Habana, 1923.  
*Vuelta Abajo en la independencia de Cuba.* (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1923.  
*Pinar del Río.* Informe acerca del proyectado cambio de nombre de la provincia de Pinar del Río por el de Occidente. La Habana, 1925.  
*Cuba en 1826.* (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1926.  
*Manifiesto a los profesionales de La Habana.* La Habana, 1926.  
*Leandro González Alcorta.* La Habana, 1926.  
*Del pasado glorioso.* La Habana, 1927.  
*Huellas de Gloria.* La Habana, 1928.  
*Libro conmemorativo de la inauguración de la plaza del Maine en La Habana.* La Habana, 1928.  
*Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la guerra de la independencia.* (Recopilación e introducción en colaboración con Joaquín Llaverías). La Habana, 1928-1933. 6 ts. (Academia de la Historia de Cuba).  
*José Manuel Mestre.* (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1929.  
*Eloy Alfaro y Cuba.* La Habana, 1929.  
*González Alcorta y la libertad de Cuba.* (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1929.  
*Los Presidentes de Cuba Libre.* La Habana, 1930.

- Bartolomé Masó. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1930.
- John A. Rawlins. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1931.
- Prim, el caudillo estadista. Madrid, 1933. (Colección *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX* de Espasa-Calpe).
- Victor Hugo y Cuba. La Habana, 1933.
- Vida Constitucional de Cuba. La Habana, 1933.
- Bolívar y Martí. La Habana, 1934.
- Bolívar y las Antillas hispanas. Madrid, 1935.
- Eloy Alfaro. (Translation of *Eloy Alfaro y Cuba*). [Washington, D. C.], 1935.
- El Presidente Polk y Cuba. La Habana, 1936.
- Dos creadores: Mazzini y Martí. La Habana, 1936.
- Gómez el Máximo. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1936.
- Remember the "Maine". La Habana, 1937.
- Escovedo, el ciego que vió claro. La Habana, 1937.
- El espíritu francés y la nación cubana. La Habana, 1937.
- Genio y Acción: Sarmiento y Martí. La Habana, 1938.
- Historia de Cuba. La Habana, 1939. Vol. I.
- Bases para el reordenamiento institucional de la República de Cuba. La Habana, 1939.
- México y España. 1861-1862. México, 1939.
- Sarmiento y sus amigos cubanos. La Habana, 1940.
- Maceo. La Habana, 1940.
- Anacleto Bermúdez, abogado de los pobres. La Habana, 1940.
- Presencia de Martí. La Habana, 1941.
- Unidad histórica de la independencia hispanoamericana. Buenos Aires, 1941.
- Vida de Alfaro. La Habana, 1942.
- El Señor Valdés. La Habana, 1942.
- Reforma y Revolución en Cuba. La Habana, 1942.
- Mañach y la Nación. La Habana, 1943.
- Vidas Paralelas: Ecuador y Cuba. La Habana, 1943.
- El estudio de los problemas de la postguerra. (En folleto *Dos Discursos*, con el titulado *Nuestra República y su personalidad internacional*, por el Dr. Cosme de la Torriente). La Habana, 1943.
- Política de Martí. La Habana, 1943.
- Raíz y Altura de Antonio Maceo. La Habana, 1943.
- Historia de Cuba. La Habana, 1943. Vol. II.
- Martí, legislador. Buenos Aires, 1944.
- Cosme de la Torriente, estadista. La Habana, 1944.
- La bandera de Narciso López en el Senado de Cuba. La Habana, 1945.
- Luis de las Casas, un gobernante creador. La Habana, 1945.
- Vida y Pasión de Rafael Morales. La Habana, 1945.
- Pinar del Río. México, 1946. (Colección *Tierra Firme* del Fondo de Cultura Económica).

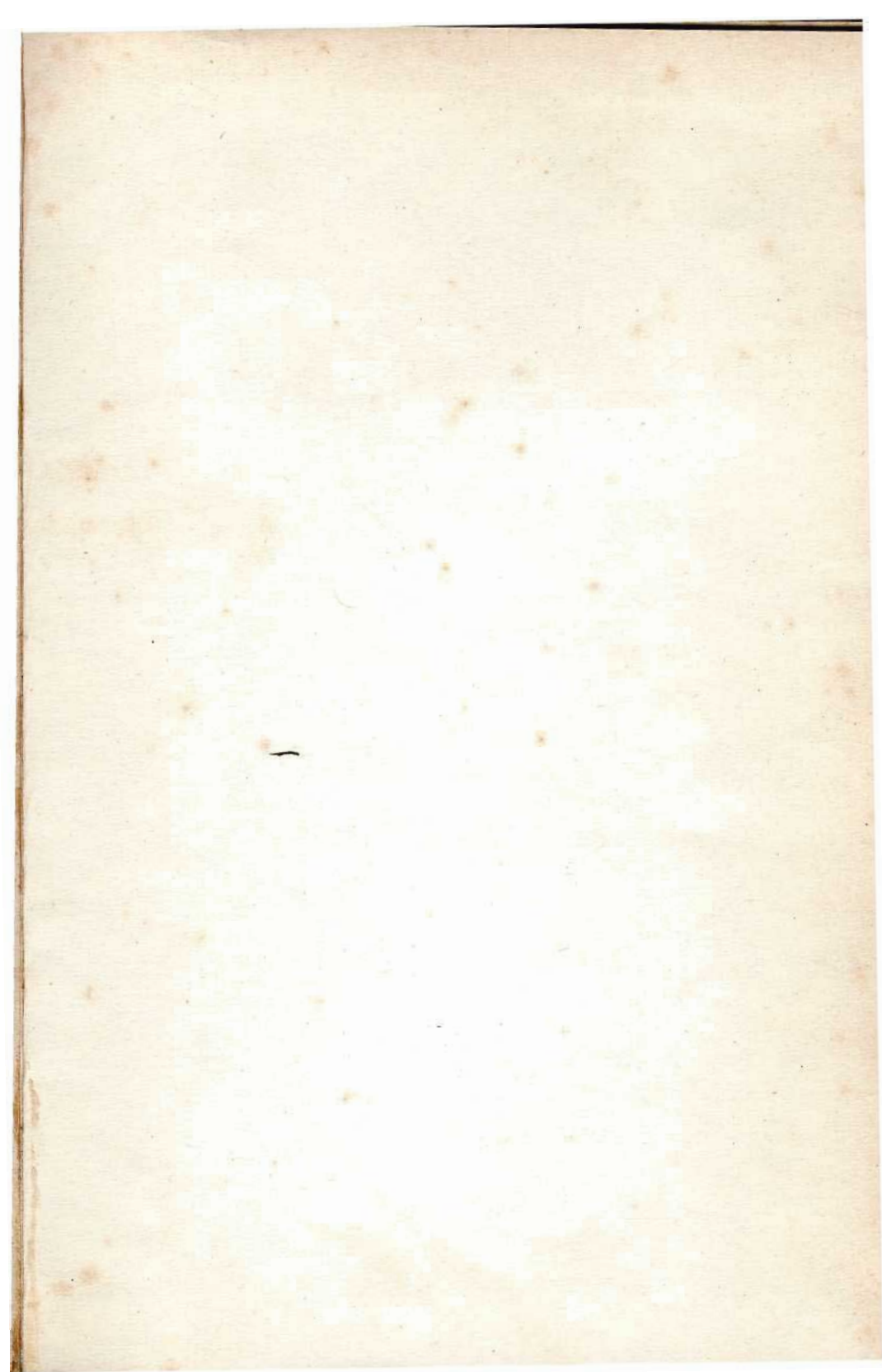






En  
este li-  
bro, UN DÍA  
COMO HOY - 366  
FECHAS EN LA HISTO-  
RIA DE CUBA, impreso en  
el año de mil novecientos cua-  
renta y seis por la *Editorial Tró-*  
*pico*, en los talleres de Seoane, Fer-  
nández y Cia., Compostela núm. 661. La  
Habana, trabajaron el regente José Hi-  
pólito Melón, los linotipistas José  
Ribé y Adolfo Diana, el ca-  
jista Perfecto Madrigal,  
el prensista Alberto  
Gener y su ayu-  
dante Cán-  
dido Re-  
yes.









154 2.2. 11-9-90-03

154 2.2 14.9.90 03

154 2.2. 26-10-90 03

154 2.2 - 12-11-90 03

18-4-2013 Tues per 200



